



**¡No te
atreverás!**

Ana María González López



¡NO TE ATREVERÁS!

Ana María González López

Tempus Fugit Ediciones S.L





Título original: ¡No te atreverás!

Copyright © ¡No te atreverás!

Copyright © Ana María González López

Diseño de cubierta: ©Tempus Fugit Ediciones

Corrección: T.F

Todos los derechos reservados.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

ÍNDICE

MES DE FEBRERO

13 Jueves: 1º Clase con Míriam

24 Lunes: Encuentro con Leonardo

25 Martes: 1º Clase con Giovanni

MES MARZO

19 Miércoles: Tutoría de Giovanni

20 Jueves: Proposición a Sofía como interina

22 Sábado: Llegada de Isabella

24 Lunes: Instalación de Sofía en el apartamento

25 Martes: Isabella se marcha

26 Miércoles: Compra en el supermercado

28 Viernes: Recogida Gio del colegio y partida póquer

29 Sábado: Mi primera noche de canguro

MES ABRIL

5 Sábado: Cumple de Leonardo

8 Martes: Entrega del coche a Sofía y charla nocturna con Leo

9 Miércoles: Salida de compras

10 Jueves: Truenos

11 Viernes: Cine de terror en casa

19 Sábado: Conocer a Javier y salida con Marga

22 Martes: Lluvia y truenos

23 Miércoles: Charla con Javier en el gimnasio

24 Jueves: Lavado de coche con Gio

25 y 26 (Viernes y Sábado): Salida a Faunia con Gio

27 Domingo: Barbacoa en casa de Christian y encuentro casual con Leo

29 Martes: Entrenamiento y Gio se pone enfermo

30 Miércoles: Cita de Sofía con Javier

MES DE MAYO

1 Jueves: Entrenamiento de Leo

2 Viernes y Sábado: Viaje a Múnich

4 Domingo: Día de las madres

7 Miércoles: Encuentro con Emma y gimnasio con Leonardo

16 Viernes: Pedida a Leonardo de entrada a la discoteca

17 Sábado: Discoteca y encuentro sexual

17. Sábado: Discoteca y encuentro sexual desde el punto de vista de Leo

18 Domingo: Llegada Isabella a la ciudad

20 Martes: Gimnasio con Víctor

22 Jueves: Entrenamiento con Javier y entrenamiento de Gio

24 Sábado: Discoteca y tensión con Leonardo

24 Sábado: Discoteca y tensión con Leonardo desde el punto de vista de Leo

25 Domingo: Drogas en el cuerpo de Sofía

26 Lunes: Caída de Sofía el gimnasio

27 Martes: Noche de película

29 Jueves: Partida de Isabella.

30 Viernes: Charla nocturna y pelea con Leo

31 Sábado: Regreso de Sofía y partido de fútbol

MES DE JUNIO

2 Lunes: Encuentro con los paparazzi

3 Martes: Analítica de Sofía

4 Miércoles: Aparición televisiva de Sofía

5 Jueves: Día en la Warner Bross
6 Viernes: Encuentro sexual con Leonardo
7 Sábado: Salida de chicas
8 Domingo: Cena benéfica con Isabella
9 Lunes: Post cena benéfica
12 Jueves: Último partido de Leonardo
13 Viernes: Salida y encuentro con Víctor
14 Sábado: Gio lo sabe
15 Domingo: Primera cita con Leonardo
16 Lunes: Día de piscina
17 Martes: Leonardo se va de viaje
18 Miércoles: Regreso de viaje
19 Jueves: Fiesta finalización del curso de Gio
20 Viernes: Salida hacia Italia
21 Sábado: Correr y visita a Florencia
22 Domingo: Café y encuentro con Ángelo
21 Lunes: Pelea de Sofía y visita a Pisa
22 Martes: Reconciliación y partido de Leonardo
23 Miércoles: Salida hacia Cádiz
24 Jueves: Comida en el chalet
25 Viernes: Grabación de Sofía
26 Sábado: Reunión en la playa
27 Domingo: Comida familiar de despedida
28 Lunes: Vuelta a Madrid

MES DE JULIO

10 Jueves: Marcha de Lorenzo y Fabiola

12 Sábado: Marcha de Sofia

14 Lunes. Vuelta al trabajo de Leonardo

26 Sábado: Flores a Sofía

31 Jueves: Gimnasio de Sofía

MES DE AGOSTO

Martes 5: Pizza en casa de Sofía

Viernes 8: Encuentro con Leo en la discoteca

Viernes 15: Compra del coche de Sofía

Viernes 22: Pelea con Leonardo en el hotel

Martes 26: Desplome de Sofia

Miércoles 27: Firma del contrato

MES DE SEPTIEMBRE

Miércoles 3: Realización del spot

Sábado 6: Conversación telefónica

Domingo 7: Regreso de Sofia a la casa de Leonardo

Lunes 8: Comienzo del curso escolar de Gio

Domingo 14: Reunión en casa de Laura y Jorge

Lunes 15: Confesión

Sábado 20: Boda

Domingo 21: Búsqueda de fecha de boda

Sábado 27: Planificación del cumple de Giovanni

MES DE OCTUBRE

Viernes 3: Cumpleaños de Gio

Viernes 10: Pedida de matrimonio

Prólogo

La vida nos puede cambiar drásticamente en cuestión de segundos. Pasar de tenerlo todo y ser simplemente feliz, a que parte de tu mundo tal y como lo conocías se destruya. Y eso fue lo que me pasó a mí.

Tras la muerte repentina de mi futuro marido, en un horroroso accidente de carretera, decidí darle un cambio radical a mi vida. Antes de conocerlo siempre había pensado que cuando hubiese terminado la carrera me iría a buscar trabajo fuera de mi hogar, tal vez a otro país. Al conocerlo, eso había pasado a un segundo plano, ya que estando junto a él, yo me sentía plena, feliz y realizada. Una parte de mí también murió en ese trágico accidente y como todo me recordaba a él, lo mejor era rehacer mi vida fuera de la ciudad que me había visto crecer, enamorarme y vivir. Después de seis terribles meses llorándole cada día, destrozada y hundida emocionalmente, pensé que eso no podría seguir así, o más bien, fueron mis familiares los que pensaron que esa situación tenía que finalizar rápidamente por el bien de mi salud. Lloré hasta que no quedó en mi cuerpo ni una sola lágrima más que derramar. Gracias a ellos y a mis amigos, pude salir de aquella oscuridad y tristeza en la que había caído. Fueron los que me animaron a seguir viviendo y a empezar de nuevo, por lo menos, a vivir día a día y no pensar en un futuro lejano. Esa fue mi meta, sobrevivir al día que tenía por delante, sin pensar en nada más.

«Si te caes siete veces, levántate ocho» proverbio chino

Me mudé a una gran ciudad, Madrid, a principios del mes de febrero tras haber cumplido los treinta años. Una vieja amiga, con la cual seguía en contacto desde que ambas terminamos el colegio, me ofreció un sofá cama donde dormir el tiempo necesario antes de que encontrara un piso y sobre todo, trabajo. Margarita, que así se llamaba, aunque prefería que la llamáramos Margui, era la típica amiga que aunque pasaran los años e hiciera mucho tiempo que no os habláis o veis, siempre estaba ahí para cuando la necesitabas. Era una chica divertida y extrovertida. No era una gran belleza, lo que se suele decir un pibón, pero tampoco era un monstruo horroroso. Una chica normalita. Tenía la piel clara de ojos celestes, pelo largo y castaño y 1,65 m de estatura. Vivía en el pueblo de Pozuelo de Alarcón y más que un municipio de Madrid formaba un continuo urbano con este, ya que salvo por los carteles que indican el cambio de municipio en algunos sitios, resultaría difícil distinguir el paso de uno a otro. Vivía en un tercer piso sin ascensor, compartiendo piso con otras tres chicas más. El piso era bastante amplio y minimalista. Nada más entrar tenía una pequeña entrada, la cual se dividía entre el amplio salón y un pasillo que conducía al resto de la casa, compuesto por: una cocina normalita y con muebles antiguos, cuatro dormitorios y dos cuartos de baño completos con ducha. Margui me presentó a sus compañeras y me dejó un hueco en su armario para que colgara las prendas que se pudieran arrugar. Por lo visto, todas eran trabajadoras y únicamente coincidían por la noche.

Tras instalarme, Margui me ayudó a hacer un planning de búsqueda de empleo. Me facilitó un mapa de Pozuelo de Alarcón y me estuvo señalando sobre él las posibles zonas donde colocar los anuncios de impartición de clases particulares: cerca de los colegios y zonas de paso. Parecía una turista con el mapa buscando los lugares que me había aconsejado. Solo me faltaba la cámara de fotos. Puse todos los anuncios posibles, me pateé todas las industrias por si podía encontrar trabajo como Ingeniera Química y después de llevar allí casi una semana estaba desesperada porque nadie me había llamado para trabajar. Margui me animó a que siguiera con la búsqueda de empleo y me comentó que cerca de la casa estaba el campus universitario de Madrid donde también podía ofrecer mis servicios. Llevaba mis folletos para pegarlos o pincharlos en algún sitio, como había hecho en muchas ocasiones a lo largo de mis años como profesora en Cádiz, pero solo me atreví a ponerlo en algunos sitios determinados, con miedo a que me llamaran la atención. Tras

poner uno de los pocos anuncios, se me acercó una chica para preguntarme sobre las clases. Estuvimos hablando e intercambiamos información. Se llamaba Miriam y estudiaba 2º de bachillerato de ciencias. La asignatura de química le estaba costando mucho trabajo, ya que quería seguir los pasos de su padre y ser fisioterapeuta. Para ello necesitaba sacar la mayor nota posible en bachillerato. Esa misma tarde, me llamó la chica para empezar las clases cuanto antes, puesto que pronto tendría un examen y quería empezar a resolver dudas con la mayor brevedad.

MES DE FEBERO

JUEVES 13

Tras la llamada de Miriam el día anterior, busqué por Internet dónde se encontraba su casa, para al día siguiente poder encontrarla sin mucha dificultad. A las 16:00 de dicho día, estaba en la puerta de su casa para empezar la clase. Uno de mis puntos fuertes era la puntualidad. Salí antes de casa para llegar con tiempo suficiente por si me perdía o simplemente no encontraba la casa, pero las indicaciones de la chica fueron estupendas y con las anotaciones que tomé de Internet llegué con diez minutos de antelación. Y allí estaba yo, muy nerviosa, con el corazón en un puño, como si fuera la primera clase que iba a dar en toda mi vida. No era precisamente la primera, pero tenía que hacerlo perfectamente para que me contratara por el resto del curso y así poder independizarme de Margui, que ya era la segunda semana que estaba en su casa. Todas sus compañeras me trataban como una más, pero no quería ser una molestia.

Realicé una gran inspiración y aguanté un poco el aire hasta que decidí llamar al porterillo. En seguida escuché la voz de Miriam y me abrió la puerta. Fui soltando el aire conforme iba hacia el interior de la casa.

—Hola, Sofía

—Hola, Miriam.

—Te presento a mi padre. Él es Vicente. Papá, ella es Sofía la profesora de la que te hablé —Vicente era un hombre de metro sesenta, moreno, muy bien afeitado, de pelo castaño y con cara de buena persona. Me cayó bien en cuanto nos conocimos.

—Encantado, Sofía —ambos nos estrechamos las manos en forma de saludo.

—Igualmente, Vicente.

—Pasa por favor. Miriam me estuvo diciendo que te dedicas a dar clases desde hace mucho tiempo.

—Llevo nueve años dando clases particulares en Cádiz y como he cambiado de residencia, pues se podría decir que estoy empezando desde

cero.

—¿Tienes alguna recomendación de tus viejos alumnos?

—La verdad es que no. —Vicente nos puso mala cara a ambas.

—Te voy a ser sincero, Sofía. Por aquí han pasado muchos profesores con buenas referencias y no han sido precisamente buenos. Siento decirte, que sin ninguna referencia, no estoy muy seguro de que quiera que le des clases a mi hija.

—Podemos hacer una cosa: Hoy le doy clase a su hija. Si ella piensa que la clase ha sido buena y que merece la pena, me paga. Si no, pues cuando termine la clase me voy y tan amigos. ¿Qué le parece mi propuesta? —No estaba dispuesta a perder mi primer cliente sin intentarlo al menos. A eso se llamaba estar desesperada.

—¿Podría quedarme a la explicación? —preguntó Vicente.

—Por supuesto, no tengo ningún inconveniente.

—Pues, entonces, empecemos con la clase. Pasad al salón. Por aquí chicas —era un salón que te puedes encontrar en cualquier casa. Sofás, mueble de salón con la televisión, comedor y muchas fotos. Un lugar muy luminoso y acogedor.

—¿Por dónde quieres empezar Miriam?

—Este viernes tengo examen de reacciones químicas y hay algunas cosas que no termino de entender.

Empezamos con el primer problema que tenía dudas y fui explicándoselo paso a paso, tal como lo hacía habitualmente. A continuación, pasamos al próximo ejercicio y después de explicarle un poco lo que tenía que hacer, vi que no se había enterado de mucho del final del problema, debido a la cara rara que puso, como si le hubiera hablado en chino. Como ella decía que se había enterado perfectamente, la puse a prueba:

—A ver, cuéntame cómo vas a hacer el problema —empezó explicándolo bien pero a medida que iba profundizando en este se fue perdiendo un poco, tal como yo sospechaba—. Si no te has enterado bien, pregúntame sin miedo por muy tonta que sea la pregunta. Estoy aquí para ayudarte y esas pequeñas dudas que te surgen, se disipan, y en vez obtener un seis saques el diez.

—Vale Sofia. —Soltó una risilla nerviosa— Explícame esta parte que no me he enterado bien.

—Así perfecto.

El padre, que no había perdido el hilo en los dos problemas, tras esta última conversación que tuvo con Miriam se fue con una sonrisa en los labios. Parecía contento con la explicación que estaba teniendo su hija y sabía que la dejaba en buenas manos. Tras la hora y veinte que habíamos dado, el padre vino a buscarnos para decirnos que ya era la hora.

—Miriam, ¿todo bien? —le preguntaba su padre.

—Sí, papá, Sofia explica muy bien, nada que ver con el profesor del instituto que no sigue un orden. Ya me ha enseñado a corregir los errores que cometía en los ejercicios. Son una tontería y con los trucos que me ha dado sacaré mucha mejor nota en este examen.

—Pues nada, esperamos volver a verte la próxima semana si no tienes ningún inconveniente. Tanto Miriam como yo te damos el visto bueno. Explicas muy bien. Yo di química en su momento, pero apenas me acuerdo como para ayudarla.

—Eso es normal. Yo estoy puesta en la asignatura porque trabajo con ella a diario, si no, se me olvidaría tal como le ocurre a usted.

—¿Qué te parece dar las clases los lunes y miércoles de cuatro a cinco?

—Por mí, perfecto.

—Pues nos vemos el próximo lunes entonces.

—Toma, la clase de hoy —me dijo mientras me daba veinte euros.

—Pero si era quince euros, que eso fue lo que quedé con su hija.

—Pero has estado más tiempo. —respondió, su tono de voz indicaba que no aceptaba réplica.

—Vale, muchas gracias.

El fin de semana pasó con más alegría y rápidamente. Margui y yo estuvimos celebrando mi primera cliente, visitando un poco Madrid sin gastar mucho. Visitamos la Plaza Mayor, la Puerta del sol, la Plaza Cibeles, la Catedral de la Almudena y el Palacio Real desde afuera. Después de comer,

nos fuimos al Parque del Retiro a respirar un poco de aire puro y posteriormente, estuvimos dando un gran paseo por su interior y viendo las parejas montarse en barca. Por la tarde, nos fuimos para casa a descansar un poco del día tan bueno que pasamos juntas poniéndonos al día de nuestras cosas y recordando viejas batallas. Desde que estaba allí en Madrid, las pesadillas fueron disminuyendo progresivamente. Antes, me levantaba a medianoche recordando el horrible accidente que tuvo mi prometido y eso lo revivía una y otra vez. Tal vez me estaba volviendo un poco loca. Mi cerebro me estaba jugando malas pasadas: de día intentaba tener la mente ocupada, pero ya de noche, esa imagen volvía a mí una y otra vez. Siempre me despertaba igual, con el pulso acelerado, con lágrimas en los ojos y con un vacío en mi interior que era como un cráter enorme, el cual iba a ser imposible de llenar.

LUNES 24

Cuando llegó el lunes, tuve una buena noticia. Miriam había aprobado el examen con buena nota. Sus padres también estaban muy contentos como era de esperar. La semana pasó tranquilamente. Nadie volvió a llamarme pero, algo se estaba cocinando en otro lugar de Madrid.

—Hombre Leonardo, hacía varios días que no te veía. ¿Qué te trae por aquí?

—Hola, Vicente, lo mismo de siempre. Para no perder la costumbre. Tengo los músculos un poco cargados y me gustaría que me los relajaras un poco.

—¿Las piernas?

—No esta vez son las cervicales. Llevo un par de noches sin poder dormir profundamente y eso hace estragos en mí.

—Quítate la camiseta y tumbate. ¿Algún problema?

—Lo de siempre. Este niño va a acabar con mi paciencia. Está volviendo a suspender y yo no sé qué hacer con él. Todos los profesores particulares que contrato salen corriendo después de una hora de clases. Algunos no duran ni media hora. ¡Es horroroso!

—Pues yo he encontrado una chica, que ha hecho un milagro con mi hija. Ha pasado del seis al ocho y medio con una hora de clase.

—¿Que sí? ¿Tan buena es?

—Si quieres, yo te doy el teléfono y pruebas si es compatible con tu hijo. O también podrías venir a casa. Hoy mismo tiene clase con mi hija de cuatro a cinco.

—Vale, perfecto. Concreta con ella una cita y nos vemos en tu casa a las cinco.

—Pues sí que estás tenso —se carcajeó.

Tras el masaje con Leonardo, Vicente se puso en contacto conmigo mediante Whatsapp.

Vicente: Hola, Sofía. Uno de mis clientes tiene un chico en tercero de primaria y le gustaría que le dieras clase. Das clases a ese nivel?

Sofia: Hola, Vicente. Sí, sin ningún problema.

Vicente: Pues cuando termines a las 17:00 con Miriam te espera en casa para concretar.

Sofia: Vale. Tengo una señora que también me había llamado para que le diera clase a su hija cerca de vuestra casa, pero no se preocupe, la llamo y atraso un poco la clase.

Vicente: Perfecto. Nos vemos a las 16:00

Sofia: Muchas gracias Vicente.

Vicente: De nada.

Ese día me había puesto unos vaqueros cómodos, es decir, más bien ancho, un jersey blanco con una bufanda roja, unas botas y bolso marrón chocolate. Me había pintado los labios, perfilado de marrón los ojos y un poco de colorete, puesto que quería causar muy buena impresión a mis dos posibles clientes, pero pareciendo natural. Llevaba una cola caballo y unas gafas de visión en color rojo. Por lo general, me gustaba vestirme de forma informal y llevar ropa cómoda para ir a trabajar.

—Cuando buscamos el reactivo limitante los pasos a seguir son: ajustamos la reacción química, calculamos los moles de cada reactivo y por último los comparamos. ¿Has apuntado los pasos, Miriam?

—Sí. ¿Lo termino?

—Por supuesto, todavía tenemos cinco minutos y te da más que tiempo suficiente para terminarlo.

—Listo Sofia. La verdad es que así es mucho más fácil —comentó Miriam.

—Me alegro de que lo hayas entendido.

—Lo he entendido hasta yo, que ya hacía muchísimos años que no daba eso —comentó Vicente sonriente y los tres empezaron a reír— Sofia, el chico del que te hablé me ha llamado debido a que se iba a retrasar. Tardaría mínimo noventa minutos.

—Ah, no se preocupe. Lo que si no le importa, voy a darle la clase a Patricia, que creo que es amiga tuya, ¿no Miriam?

—Sí, yo le di el teléfono a la madre porque este tema lo lleva mal y eso

que ella es de sacar sobresaliente siempre.

—Pues nada, aquí te esperamos.

—Vale, hasta dentro de una hora.

«Con seguridad, cuando trates de causarle buena impresión a alguien, cometerás alguna estupidez» Anónimo

A pesar de estar a finales de febrero, hacía un día realmente templado, y decidí comprarme un cono helado de chocolate y nata en el quiosco que había visto antes de llegar a la casa, y así merendar algo mientras iba a dar mi siguiente clase. Al doblar una esquina de una casa, con setos a su alrededor, me sorprendí y me quedé totalmente parada viendo como un perro estaba persiguiendo a un gato y los seguí con la mirada. Aquella caza no tendría nada bueno para ninguno de las dos mascotas si se enfrentaban. Al reanudar mi camino sin mirar hacia delante, tuve la mala suerte de estrellarle el helado en el pecho a un chico, bastante alto en comparación con el 1,72 m que yo medía, el cual caminaba en dirección opuesta a la mía.

—Dios, lo siento.

No sabía dónde meterme. Estaba muy preocupada debido al desastre que había cometido con mi merienda. Nunca me había pasado eso, y en aquel momento, era un manojo de nervios. Solamente podía mirar la mancha que le había ocasionado en medio de su amplio pecho, y estaba tan nerviosa que no lograba a encontrar un pañuelo de papel en el maldito bolso para dárselo a él, pero en cambio, a ese chico lo único que le salió por aquella boca fueron maldiciones:

—¡¡Serás tonta!! ¡¡Valiente niñaata, ya podrías mirar por dónde andas!!

—Lo siento, no le había visto, tome un pañuelo.

—¡¡Qué pañuelo ni mierda!! ¿Sabes cuánto cuesta este jersey, niñaata? ¡¡Más que todo lo que llevas tú puesto!! —después de que dijera eso, me atreví a mirarlo a la cara. ¿Pero quién coño era para hablarme así, tan despectivamente? Los ojos se me debieron de salir de las órbitas cuando vi a ese pedazo de pibón. Tragué con dificultad ¡Joder! Era impresionantemente guapo, pero no le iba a consentir esa forma de hablarme por muy bueno que estuviera.

—Lo siento, ¿vale? No lo he visto, pero usted tampoco me ha visto a mí. En

resumen, estamos en paz.

—¿Qué paz ni polla? Págame el jersey, que la mancha de chocolate no sale lavándola.

—¿Qué sabrás tú de poner la lavadora, gilipollas! Díselo a tu chacha, que seguro que ella puede quitar la mancha de chocolate sin ninguna complicación. Buenas tardes.

Seguramente me siguió con la mirada. Podía notar como aquellos ojos llenos de odio me seguían mirando hasta quitarme de su vista. ¡Joder, que mala suerte la mía, y encima llegaba tarde a la otra clase! ¡Esto mejoraba por momentos!

—Esa debe de ser Sofía — me informó Vicente— Leonardo, ella es Sofía.

—¿Tú? —eso fue lo único que contesté. ¿Esa niñata, sin gusto para la ropa, era la magnífica profesora?

Vicente nos miraba a los dos preguntándose de qué nos conocíamos. Leonardo me volvió a mirar como si fuera una criminal, con ojos oscuros por el odio y sí, volvía a ser yo. Aquel gilipollas era el padre de uno de mis supuestos alumnos, si conseguía llevármelo a mí terreno. Estaría complicada aquella acción, pero se intentaría, no tenía nada que perder... ¿o sí? El daño ya estaba hecho y por lo visto había herido a ese hombre no solo físicamente al estrellarle el helado en el jersey si no también moralmente porque seguramente su ego, que tenía pinta de ser muy grande, también lo estaba.

—Esta es la niñata que me ha manchado el jersey —le decía Leonardo a Vicente.

—Oiga, ya le pedí disculpas en su momento, y usted tampoco estaba mirando hacia delante cuando andaba —contesté en mi defensa.

—Vamos... ¡esto, ya es el colmo! No pienso contratar a.... —Lo que iba a decir era tan gordo que no le salía por la boca.

—¿Las buenas referencias de don Vicente no significan nada para usted? ¿Solo me ha descartado por el incidente del helado?

—No tengo por qué darte explicaciones —se paró y me miró con aires de grandeza y superioridad.

—La verdad es que no. Está en todo su derecho a decidir a quien contrata,

pero debería primero, ver si puedo ayudar a su hijo antes de desecharme —me miró con ojos expectantes. Había disminuido un poco resentimiento hacía mí y tenía que aprovechar que había bajado la guardia para contratacar y así obtener una clase más— Le propongo lo mismo que hice con don Vicente. Si le gusta cómo explico, me paga, si no, cuando termine la hora me voy sin cobrar.

Leonardo estuvo unos segundos considerando la propuesta, dubitativo de si aceptarla o no. Me miraba muy serio estudiando mi cara, pero posiblemente cuando empezó a sonreír ya había tomado una decisión. ¿Tan malo era su hijo para no echar ni tan siquiera una hora conmigo? Esa sonrisa suya no presagiaba nada bueno y daba a entender que lo que tenía no era un niño, sino un pequeño diablo con cara de niño.

—De acuerdo. Esta es mi dirección y este es el teléfono de contacto por si tiene algún problema para llegar. Ella es María, mi madre. La espero mañana a las cuatro en mi casa. No llegue tarde.

—No se preocupe, seré puntual.

—Eso ya lo veremos. Otra cosa, necesito saber tu nombre completo, el número de la matrícula de tu coche y qué modelo es, para darle los datos al portero.

Tras facilitarle todos los datos que él me pidió, los cuales fueron prácticamente arrancados de mi mano, rápidamente me fui por donde había venido agradeciéndoles la hospitalidad a Vicente. Estaba contenta y triste a la vez. Contenta porque el gran futbolista Leonardo me había dado una oportunidad después de nuestro trágico encuentro y triste porque no sabía si conseguiría trabajar para él. No sabía si comentárselo a Margui, porque seguramente querría muchísimos detalles y me freiría a preguntas. Únicamente, le conté el incidente del helado y que lo había conocido por casualidad. Eso dio conversación en el piso para toda la noche. Las chicas me preguntaron, todas a la vez, de lo excitadas que estaban cuando se enteraron que lo había conocido. Como era normal, estuvieron pidiéndome con lujo de detalles todo lo que yo les pudiera describir, con que, nuevamente les conté el suceso en la dichosa esquina e intenté describirlo todo lo poco que pude observar de él en aquel escaso e incómodo tiempo.

MARTES 25

Al día siguiente, fui a donde me había dicho. Estaba muchísimo más nerviosa que cuando fui a casa de Miriam. ¿Me encontraría con él?, ¿me volvería a echar en cara que le manché el jersey? Todas esas preguntas me ponían la piel de gallina. Además, Leonardo había aceptado relativamente rápido la clase y eso me hacía pensar, que en el asunto había algo de trampa. Al llegar a la dirección que me había facilitado, vi una preciosa urbanización con portero privado, y tras pasar una revisión de arriba abajo por el portero de la finca y facilitarle mi DNI, llegué a la casa seis minutos antes de la hora prevista. No me dio tiempo llamar al timbre de la casa cuando se abrió la puerta principal de esta, dando lugar a una gran explanada toda enlosada de color gris perla. Aparqué mi viejo Peugeot 206, que ya tenía catorce años, en un lado en el aparcamiento para que no molestara a los demás vehículos de la casa, y, apareció María, la madre de Leonardo que vivía con ellos en la puerta de entrada de su casa. Supe que era María, por el gran parecido con su hijo. Había una puerta de un garaje subterráneo en la zona derecha de la parcela, la cual sobresalía un poco del resto de la casa. La puerta principal estaba situada en la zona central y había un pequeño jardín decorativo en la zona izquierda. Si la casa desde afuera parecía espectacular, no me quería ni imaginar cómo sería por dentro. Estaba totalmente vallada y desde afuera no se podía ver bien cómo era por dentro, pero eso sí, era una casa de estilo contemporáneo de tres plantas.

María era una señora de sesenta años aproximadamente. De joven tuvo que haber sido muy guapa, porque todavía lo seguía siendo. Su pelo era negro y liso, igual que su hijo, y lo tenía por encima de los hombros. Sus ojos eran verdes y medía 1,65m de altura con un buen estado físico. Estaba delgada y se le veía una persona activa. Estaba muy bien vestida y parecía lista para salir, excepto por los zapatos, que llevaba zapatillas de andar por casa. Parecía una mujer muy dulce y amable. Tenía cara de buena persona.

—Buenas tardes, tú debes de ser Sofía.

—Buenas tardes, exactamente y ¿usted es María?

—Sí, pasa —tras saludarnos con dos besos me hizo pasar a la casa—. Este es mi nieto Giovanni, pero lo llamamos Gio.

—Mucho gusto Giovanni.

Gio físicamente se parecía mucho a su padre. Pelo negro, pero este tenía rizos. Seguramente, los rizos eran herencia de su madre. Unos grandes ojos verdes y tez morena. Medía 1,40 m, más alto que la media de los chicos de su edad y estaba delgado. Se le veía un chico atlético. Seguramente hacía mucho deporte al igual que su padre.

—Saluda a la muchacha, Gio. Bueno, ve por los cuadernos y el estuche que vais a hacer la tarea aquí, en la cocina, si no te importa. Ten un poco de paciencia con él. Es un niño algo complicado de tratar al principio —me previno la abuela.

—Vale.

—Leonardo me informó que hoy teníais una hora de clase para ver si los dos sois compatibles.

—Sí, exacto.

—Yo me quedo por aquí si no te importa.

—Está usted en su casa.

Nada más entrar en la casa, esta tenía una pequeña entrada y a mano derecha había dos sofás en forma de L en un tono grisáceo perla con una pequeña mesa redonda baja en el centro. La televisión estaba empotrada en la pared y junto a ella había una chimenea que daba a la cocina y al resto de la casa. La chimenea era de mármol blanco y con este mismo material había puesto una especie de mueble donde había colocadas muchas fotos de la familia. Esta sobresalía con referencia al televisor. Toda esa zona era de cristales y tenía una puerta, que por lo que pude juzgar, tendría que dar a un jardín. En la parte izquierda estaba la cocina y a su lado una mesa rectangular con seis sillas. La cocina estaba muy iluminada por las grandes ventanas que tenía a su alrededor y había una zona central con taburetes. La cocina estaba decorada en negro, así como todos los electrodomésticos, con la encimera en gris perla. Preciosa. Todas las paredes estaban pintadas en color blanco. Le daba mucha luminosidad tantas cristaleras por todos lados. ¡Cómo se notaba que ellos no eran los que limpiaban los cristales! Esa era una de las tareas de la casa que más detestaba. Giovanni ocupó su asiento en la barra de la cocina junto a mí. La abuela, empezó a sacarle el material de la maleta, el estuche y la agenda, para ver lo que tenía para hoy, pero Giovanni pronto se lo quitó a la

abuela y le dijo que él me lo diría.

—Vete abuela, que yo puedo solo —dijo mientras empujaba a su abuela fuera de la cocina.

—Muy bien Gio. ¿Te apetece un café, Sofia?

—Muchas gracias María, pero ahora mismo no me apetece, más tarde tal vez.

—¿Cómo te llamo Sofi o Sofia? —me preguntó Giovanni, tras sentarse en el taburete junto a mí.

—Me da igual, como prefieras.

—Bien Sofiíta, esta es la tarea que tengo para hoy.

La abuela que estaba leyendo en el salón contiguo a la cocina levantó la vista de su revista como diciendo... ya empezó el chico su guerra contra la profe. Volvió a bajar la cabeza mientras negaba con la cabeza. ¡Ains...! ¿Dónde me había metido?

«La paciencia es un árbol de raíz amarga pero de frutos muy dulces». Proverbio persa.

Uf, empezábamos muy mal. Este niño, aparte de que estaba súper consentido, se pensaba que me iba a torear, ¡pues lo llevaba crudo! Si lo que quería era guerra, la tendría. ¡Vamos, lo que me faltaba era que me llamara Sofiíta a mis treinta años!

—Bueno Juanito, empezaremos con matemáticas, que según pone en la agenda, es lo que tienes más tarea y después seguimos con lenguaje.

—Yo no me llamo Juanito —contestó el niño instantáneamente con cara de cabreado y mirándome fijamente a los ojos. No desvié la mirada tras contestarle.

—Claro que sí. Giovanni es un nombre italiano y su significado en español es Juan.

Giovanni me miraba con la misma mirada desafiante de su padre y estaba sopesando la posibilidad de que yo le llamara Juanito el resto de la clase. No le iba a permitir que me torear. Esperaba, que el niño no tuviese también el mismo ego que su padre, y diera su mano a torcer pronto. La abuela, que

seguía leyendo, tenía una sonrisa en el rostro al escuchar que le había llamado Juanito a su nieto del alma y que le estaba plantando cara. Este iba a ser el primer pulso de muchos que íbamos a tener nosotros dos, y si él me ganaba, estaba ya acabada.

—Me parece bien que empecemos con matemáticas, Sofí.

—Muy bien Giovanni. ¿Por qué página abro el libro?

La hora transcurrió sin ningún contratiempo más y Giovanni se portó medianamente bien después del primer pulso que tuvimos los dos. Sofía 1 Giovanni 0. Tras la hora de clase, María me dio su visto bueno para darle otra hora a Giovanni, ya que al día siguiente tenía examen de ciencias naturales y andaba un poco flojo. Su padre llegó antes de que termináramos la segunda hora de clase. Estaba claro que no esperaba verme allí, a juzgar por su cara de asombro, y mucho menos a Gio sentado y estudiando. Yo le estaba preguntando la última parte del tema, cuando lo vio, y este se iba a bajar del taburete si no se lo llegaba a impedir. Le toqué la muñeca al mismo tiempo que le decía:

—Faltan diez minutos para terminar la clase, Giovanni.

—Pero mi padre acaba de llegar.

Yo no lo quería ni mirar. Estaba algo acojonada por su reacción de ayer y cuando escuché la puerta deseé y recé para que fuera cualquier persona menos él.

—Me parece bien que haya llegado y no se va a ir. Si me dices el último trozo, te dejo que te vayas —Y como un papagayo dijo todo el trozo que le faltaba—. Perfecto. Ya puedes ir a saludarlo. Ves, no ha sido tan complicado.

—Vale.

—¿Todo listo, Sofía? —María se había levantado del sofá y saludó a su hijo con un beso en la mejilla y ya se dirigió a la cocina.

—Sí, María, ya hemos terminado.

—¿Me aceptas ahora el café?

—Sí, muchas gracias. Buenas tardes, Leonardo.

—Buenas tardes, Sofía.

—¡Papá, papá! Ya me sé todo el examen de mañana.

—Me alegro mucho Gio. Anda, recoge tus cosas y llévalas a tu cuarto. Yo te acompaño.

—¿Sabes italiano Sofía? —me preguntó María tras quedarnos las dos solas.

Reí a carcajadas.

—No —respondí—. No sé nada de italiano, solo algunas palabras sueltas. ¿Lo dice por lo de Juanito?

—Sí, precisamente por eso —sonrió—. Creo que eres el primer profesor que ha aguantado bien las horas con Gio y su forma de sacar de quicio.

—Los niños saben mucho y hay que darles donde más les duela y creo que ya he encontrado un punto flojo de Giovanni.

Mientras que María y yo seguíamos hablando de cosas triviales, como por ejemplo de cuánto tiempo llevaba en Madrid o cuántos años llevaba dando clases, Leonardo y Gio se fueron para el dormitorio de este, pero al cabo del rato volvieron a aparecer los dos.

—Sofí, ¿te puedo hacer algunas preguntas?

—Claro Giovanni. Dime...

—Si un día no tengo tarea ¿me la pondrías?

—Si no tienes tarea y no tienes nada que estudiar, ese día no vendría a darte clase.

El chico se quedó sorprendido al juzgar por su cara. Seguramente no se esperaba esa respuesta. Tanto su abuela como su padre, también estaban escuchando tanto las preguntas como las respuestas de ambos, y ninguno de los dos quiso inmiscuirse en dicha conversación.

—Si un día no quiero hacer la tarea ¿me castigarías?

—Yo no soy tu madre como para tener que castigarte, para eso están tus padres y tu abuela. Yo vengo a explicarte y ayudarte con las tareas y los estudios. Nada más.

—Yo no tengo madre.

—Vaya, lo siento mucho.

—¿Tú también vas a intentar ligar con mi padre?

Solté una carcajada... ¿Esto era verdad? ¿Dónde estaba la cámara oculta? Estuve mirando por toda la cocina a ver si la encontraba, pero nada. Gio tenía cara de impaciente, pues seguía esperando mi respuesta. Al padre tampoco le hizo mucha gracia que su hijo pensara así, y supuse que tampoco se lo esperaba porque se atragantó un poco con el café.

—Yo no estoy aquí por tu padre, si no por ti, para ayudarte a estudiar y que seas el primero de la clase. Si fuera por él no hubiera ni venido.

Gio se quedó durante un corto período de tiempo callado. Supongo que estaría pensando lo que le había contestado a sus preguntas y me estaría evaluando como profesora. Leonardo seguía tomándose el café algo lejos de mí. Mejor así, todavía me daba algo de miedo cómo me miraba.

—Vale papi, la puedes contratar.

—Gracias Gio. Sofía, antes de contratarla necesito que esté de acuerdo con el siguiente documento —puso un folio delante de mí—. Esto es un documento de privacidad, donde pone que no puedes difundir nada respecto de mí o de mi familia. También me gustaría que me facilitaras una fotocopia de tu DNI. —dijo Leonardo

—¿Me permite leerlo?

—Por supuesto.

Tras leerlo, di mi consentimiento y firmamos ambas partes. Él se quedó con una copia y yo con otra. Ponía, básicamente, que no podía difundir nada que hubiera visto, realizado u observado allí en la casa o en las intermediaciones y si lo hacía, podría demandarme.

—Una vez firmado esto, ¿qué le parece dos horas al día cada día de la semana?—me preguntó Leonardo.

—Me parece bien. Le recuerdo que lunes y miércoles de cuatro a cinco y media voy a casa de don Vicente, por lo tanto, esos días tendría que ser más tarde.

—Vale, no hay ningún problema con los horarios de Gio y los demás días a partir de esa hora —respondió la abuela.

—¿Cómo es que habéis terminado ahora? —preguntó Leonardo un poco

molesto.

—Dieron la primera hora tal como habíais acordado y después dieron otra hora para repasar el examen de mañana de Gio, con que le debes a Sofía dos horas de clase, treinta euros —le había dicho María.

Tras pagarme me fui muy contenta porque ya tenía dos alumnos. A ver si seguía mi buena racha. Ahora mismo, si no fallaba ninguno era ciento ochenta euros a la semana. Con eso, ya podría buscar una habitación para vivir y dejar de molestar a Margui. Pero mejor esperar hasta primero de mes para mudarme. No pude aguantar la alegría y llamé a mi madre y a mis hermanos para darle las buenas noticias. Aunque estábamos un poco lejos, me gustaba hablar con ellos cada dos o tres días. Decidí que esa noche invitaría a pizza a mis compañeras de piso, para celebrar mi nuevo alumno, sin decirles quien era.

Los días pasaron tranquilamente. Busqué algo de información sobre mi nuevo jefe y me enteré de que era viudo y que estaba saliendo con una famosa modelo. Todavía no podía creer que estaba trabajando para él. Algunos alumnos de la misma urbanización de Miriam me contrataron esporádicamente. Las clases con Gio fueron medianamente bien. De vez en cuando, tenía algún problema con él porque no quería hacer la tarea, o simplemente porque no quería estudiar. Aprendí bien a aguantar sus berrinches y las cosas que hacía de niño mimado.

Por lo general y a mi parecer, Leonardo intentaba no estar en la casa el tiempo que sabía que yo iba a estar allí, o simplemente estaba de viaje, cosa que le agradecía sinceramente. Me seguía dando un poco de repelús cuando me lo encontraba por la casa o en la entrada del garaje y aunque nunca me había dicho nada más de aquel incidente, su cara era un libro abierto. Aunque alguna vez que otra coincidíamos, nos saludábamos respetuosamente pero nada más. El progreso y los problemas con el niño, lo hablaba directamente con María.

MES DE MARZO

MIÉRCOLES 19

Las tres siguientes semanas pasaron rápidamente. Giovanni empezó a remontar en sus notas considerablemente. De sacar dos y tres a subir a un seis, por eso la tutora del colegio de Giovanni pidió una tutoría con nosotros y en este caso le tocó ir a mi madre a hablar con ella, ya que, yo estaba de viaje por trabajo. Esa misma tarde, llegué a mi maravillosa casa tras estar una semana y media fuera. No solo estaba cansado físicamente por tantas horas de vuelo, si no que hasta en mi cara se reflejaba el cansancio acumulado con ojeras y bolsas debajo de los ojos, debido a que llevaba varios días sin poder dormir plácidamente en mi cama.

—Hola, mamá —le di un fuerte abrazo a mi madre. Era y sería la mujer más especial de mi vida. Posteriormente, le di un beso en la mejilla el cual fue devuelto por ella. La echaba de menos.

—Hola, cariño, ¿qué tal el viaje?

—Bien, aunque estoy algo cansado. Ir de un lado para otro me deja muerto. ¿Qué tal con la tutora de Gio?

—Muy bien hijo. Ella también ha visto una gran mejoría, tanto en las notas como en su comportamiento. Dice que lo ve más centrado en el colegio.

—¿Ha llamado Isabella?

—Por lo visto te estuvo llamando, pero tenías el móvil apagado y me preguntó por dónde estabas. Si no hablaba contigo esta tarde, te volvería a llamar a la noche. ¿Todo bien con ella?

—Sí, todo bien. Ya sabes cuál es el único problema.

—Que os veis poco, lo sé, hijo. Volviendo al tema de Gio, ¿no sería mejor que aumentáramos las clases a tres horas al día? En tres semanas ha mejorado bastante las notas. A lo mejor con una hora más al día lleguemos al notable, aunque...

—¿Qué pasa?

—Esta semana, Sofia no ha podido venir algunos de los días a la hora que

quedamos, debido a los atascos que ha cogido por las obras que están realizando en la autovía y Gio ha perdido varias clases. Sabes que la agenda de Gio está bastante completa y tres horas seguidas con las actividades extraescolares es imposible.

—¿Y qué tenías en mente?

—¿Y si la contratamos como interina?

—¿Esa chica todo el día aquí en casa? Ni lo sueñes.

—¿Qué te pasa con ella? Desde el principio no te gusta y no sé por qué. ¿Qué ves de malo en ella? Tan mala no puede ser cuando se ha ganado a Gio.

—No sé mamá. No me termina de fiar esa carita de niña santa que tiene. No me gusta como viste, está gorda y tiene la ropa anticuada. Su coche debería estar en un museo de lo viejo que es y eso da muy mala imagen —hice un suspiro profundo reflexionando. Todo fuera porque Gio mejorase mucho más en el colegio—. Bueno, si ella aceptara, habría que hacerle un contrato más específico, que recogiera más puntos y demás.

—También podíamos incluir que vaya a recogerlo, tanto al colegio como a las actividades extraescolares, dejándome a mí algo más libre. ¿Te parece bien? Háblalo con tu abogado y mañana se lo podríamos proponer.

—Haz lo que creas mejor para Gio y para ti. Yo apenas estoy por aquí y básicamente vosotros dos, sois los que tendréis que convivir con ella. Voy a saludar a Gio, luego me voy a la ducha y a echarme un poco antes de cenar. Avísame cuando esté lista la cena.

JUEVES 20

Por norma habitual, dábamos la clase en el cuarto de Gio para que no se distrajera literalmente con cualquier cosa, como por ejemplo: con un par de gomas de borrar o dos bolígrafos. Y lo peor no era eso, sino que encima parecía que se lo estaba pasando bien. Paciencia Sofía, me decía a mí misma. Gio tenía su habitación en la primera planta, justamente enfrente de la escalera. Después de la cocina había una escalera abierta en forma de caracol en blanca, preciosa, la cual tenía mucha luminosidad debido a que toda esa pared era de cristales. A mano derecha nada más subir había dos habitaciones de invitados y a mano izquierda tenía María su dormitorio. Después de la clase habitual con Giovanni bajamos a la cocina:

—Buenas tardes, Sofía, ¿tienes un momento? Nos gustaría hablar contigo.

—Claro, María.

—Vente por aquí.

En la mesa de la cocina estaba Leonardo, María, un hombre trajeado y una servidora. A Gio lo habían mandado a su cuarto a jugar a la videoconsola. El chico estaba más que encantado, pero a mí me iba a dar un ataque al corazón al ver a ese hombre trajeado junto con la frase «tenemos que hablar contigo».

—Sofía, este es Pedro, el abogado de la familia —al ver que me tensaba y mis ojos expresaban temor o simplemente me había quedado blanca como la leche, continuó hablando—. No te preocupes, no ha pasado nada, simplemente que nos gustaría proponerte que trabajaras para nosotros como profesora interina. Eso quiere decir, que le darías a Gio todas las clases que él necesitara pero que vivirías aquí, con nosotros.

—Me pilla un poco por sorpresa, la verdad y ahora mismo no sabría qué contestarles.

—No te preocupes, puedes pensártelo el tiempo que necesites, pero antes nos gustaría que supieses los términos del acuerdo.

—Vale. Ustedes dirán.

—Pedro, toda suya.

—Buenas tardes, Sofía. —Yo lo saludé asintiendo con el rostro— Básicamente sería el mismo acuerdo que usted había firmado anteriormente con el señor Leonardo pero con más deberes, obligaciones y otras ventajas. Se las voy a explicar:

—Cobraría ochocientos euros/neto al mes, los cuales serían ingresados del uno al cinco de cada mes.

—Se le daría de alta en la seguridad social.

—Tendría prácticamente las mismas vacaciones que tiene Giovanni, así como los fines de semana que él no tuviera exámenes ni tareas pendientes.

—Daría las horas de clases necesarias para que Giovanni sacara la mayor nota posible en todas las asignaturas.

—Tendría acceso a la casa principal, ya que usted viviría en el apartamento

que tiene la familia enfrente de la piscina, con dormitorio, cuarto de baño, una pequeña cocina y salón. La limpieza diaria de este correría a cargo de las asistentes de los propietarios, así como las comidas y la lavandería.

—No podría traer visitas ni mascotas sin el consentimiento previo de los propietarios.

—Tendría un dinero extra mensualmente para la compra de ropa y para gasolina.

—Tendría acceso a un coche que le facilitaría el señor Leonardo el cual sería devuelto al mismo tras finalizar el contrato.

—Tendría que recoger a Giovanni del colegio y de las actividades extraescolares, siempre que sus tutores legales no indiquen lo contrario.

—Nunca podría divulgar información sobre la familia, actividades ni ubicación de su domicilio, ni siquiera treinta años después de su muerte. Y en caso de no cumplirlo deberá abonar trescientos mil euros como indemnización a la familia.

— Si quisiera dejar el trabajo por cuestiones personales, tendría que comunicarlo con un mes mínimo de anterioridad.

—En ocasiones, tendría que viajar con la familia sin fecha de regreso a Madrid.

—Tendría un móvil facilitado por la familia, los cuales le pagarían el consumo mínimo.

—Estaría localizable veinticuatro horas al día.

—Si se incumpliera alguna de estas cláusulas, el acuerdo quedaría roto y se le podría demandar.

—Se le avisaría con un mes de antelación la finalización del contrato.

—Le daría clase exclusivamente a Giovanni.

—¿Qué te parece Sofia? —me preguntó María, tras leer el último punto del contrato.

—Todo lo que comenta tiene lógica, María. Me ha surgido una duda: si tuviera un problema familiar urgente, ¿podría acudir comunicándolo previamente, aunque fuera con poco tiempo antes de salir de viaje?

—Sí, no creo que haya problema en incluirlo en contrato... —afirmó María— ¿Pedro?

—Ninguno.

—¿Alguna pregunta más señorita Sofía? —preguntó Pedro.

—Actualmente le estoy dando clases particulares a otra chica, supongo que ¿también tendría que dejarlo?

—Sí —indicó Pedro.

No me gustaba mucho la idea, pero con lo que me pagaba Leonardo era más que suficiente y además, no tendría que buscar ni compartir piso. Me daba cosa dejarla plantada a estas alturas del curso y con la buena liga que habíamos hecho.

—¿Me pondrían enseñar el apartamento? —pregunté mirando a María, ya que aunque Leonardo estaba en la mesa sentado no había abierto la boca en ningún momento. Se le veía bastante enfadado. Seguramente él estaba en contra de aquella propuesta

—Claro, ven por aquí —contestó María.

El apartamento estaba comunicado a la casa por un pasillo interior, pero también tenía una entrada desde el jardín. Era una preciosidad. Se veía que estaba decorado con buen gusto. Era sencillo pero muy cómodo. No parecía muy grande a simple vista, pero pintaba bien. Entramos por el pasillo de cristaleras desde la casa. ¡Más cristaleras! Había una puerta que daba directamente al salón. El salón era muy luminoso debido a que tenía toda la pared de enfrente de cristales con un sofá en forma de L en rojo con una pequeña mesa y la televisión volvía a estar incrustada en la pared. La parte de atrás al sofá era un cuarto de baño completo. El cuarto de baño tenía una bañera de las antiguas con patas y una ducha independiente. En la entrada, había un pequeño muro y cuando lo girabas daba lugar a la cocina. La pequeña cocina constaba de un par de fuegos, microondas, fregadero y frigorífico. Tenía una isleta en medio, ideal para preparar la comida en ella y justo enfrente, había una mesa con cuatros sillas. Desde la cocina, y a través de una puerta de cristaleras, se tenía acceso a la piscina. Y por último, tras la mesa de comedor se encontraba un dormitorio. Nada más entrar había una cama de matrimonio y a mano izquierda un vestidor bastante amplio. Con la poca ropa de invierno que había traído de Cádiz, no tendría ni para rellenar la mitad de

ese vestidor. Era el sueño de toda mujer, un gran vestidor con muchos detalles. Todas las paredes estaban pintadas de blanco y en este caso, tanto la cocina como los detalles que tenía el apartamento, era en rojo.

—Bueno Sofía, ¿qué te ha parecido el apartamento?

—¿La ha decorado usted, María?

Sonrió.

—No Sofía. Se lo pedimos a un decorador, pero yo le he dado mi toque personal.

—Es precioso, María.

—¿Se pensará la propuesta?

—No hay nada que pensar María, estoy más que encantada. ¿Cuándo podríamos firmar?

—Antes de eso, habría que hablar de otros puntos del contrato que no se han mencionado —dijo Leonardo, el cual era la primera vez en toda la tarde que hablaba y continuaba algo serio.

—Vale

—¿Volvemos a la cocina y terminamos con el papeleo? —preguntó María.

—¿Estás de acuerdo con el contrato que previamente te leyó Pedro? —quiso saber María.

—Sí, no tengo ninguna duda ni nada.

—Vale, pues empecemos con la segunda parte. Necesitaríamos que nos firmes este documento donde consientes en que tengamos acceso a tus antecedentes penales. Como comprenderás tengo que proteger a mi familia —dijo Leonardo. Ya apareció el dominante que tenía dentro, y fue él, el que llevó prácticamente el resto de la conversación.

—Solo he tenido una multa de aparcamiento y un golpe con el coche en diez años de conductora, pero sin problemas. ¿Dónde firmo?

—Aquí señorita —me indicó Pedro.

—Tienes que hacerte un análisis clínico completo: tanto de sangre como de orina y del VIH. Nosotros correríamos con todos los gastos de los análisis. Si

no tienes inconveniente, esta misma semana se harían todos —informó Leonardo.

—De acuerdo.

—Sigamos entonces. Ahora me gustaría que respondieras a las preguntas que te va a hacer Pedro —dijo Leonardo, todavía con el rostro algo serio.

—Adelante Pedro.

—Sí, señor Leonardo.

—¿Fuma tabaco o consume algún tipo de sustancias ilegales?

—No

—¿Suele beber alcohol habitualmente?

—No, solo esporádicamente.

—¿Ve habitualmente los programas del corazón o compra revistas del mismo estilo?

—No, en absoluto.

—¿Hace deporte habitualmente?

—No

—¿Le gusta viajar?

—Sí, me encanta.

—¿Le da miedo volar o navegar?

—No

—¿Le gustan los parques de atracciones?

—Sí.

—¿Lee habitualmente? Nombre tres libros que haya leído.

—Los pilares de la tierra, la saga crepúsculo y El tiempo entre costuras.

—¿Alguna alergia a la comida?

—Ninguna

—¿Alguna mascota?

—Ninguna

—¿Fobias?

—No me gustan los insectos en general, ni las ratas ni las serpientes. Me dan miedo los truenos.

—¿Es hetero u homosexual?

—Hetero

—¿Tiene pareja?

—No tengo pareja

—¿Es una persona sexualmente activa? —Hasta al abogado se había sonrojado al hacer la pregunta. No me podía creer que me hubiera preguntado aquello.

—No creo que el que me acueste con alguien pueda interferir en mi trabajo —dije algo molesta con la preguntita y eso precisamente era lo que él había querido.

—Claro que sí. Puede interferir cuando te los quieras traer a la casa —dijo Leo tajante.

Otro pulso, pero ahora iba a ser con el padre y me temía que este lo iba a perder desde que empezó. Respiré hondo antes de contestar. La pobre María no sabía si matar a su hijo o simplemente ayudarme a mí a matarlo, tras ver de reojo como ella lo miraba. ¿Cómo un tío que era tan guapo podía reconcentrar tanta maldad? ¿Todavía estaba molesto por lo del helado? Pues sí. Se estaba cobrando su venganza por aquello. Nuestras miradas se encontraron, y en ellas se pudo ver la tensión que se desprendía entre nosotros. La sangre me estaba hirviendo y a pesar de ser una persona paciente, muy paciente, se me estaba acabando esa virtud. Lo que pareció mucho tiempo, fueron segundos los que tardé en responderle a esa maldita pregunta.

—No me acuesto con un chico que conozca en una noche. No tengo sexo esporádico.

—Muy bien. Pues esa era la última pregunta —Pedro pareció agradecido de que yo le contestara para apuntar la última respuesta y así quitarse ese peso de encima.

—¿Listo entonces? —preguntó María.

—Yo tengo una cuestión más que me gustaría incluir en el contrato. Todos nosotros practicamos deporte diariamente y me gustaría, Sofía, que tú también lo hicieras. Tendrías que ir, mínimo cuatro veces en semana una hora al día, al gimnasio donde somos socios. Puedes practicar el ejercicio que te apetezca y también hacer uso del spa. Nosotros correríamos con los gastos.

—Me parece bien, pero también ha de incluir que si estoy enferma o con la menstruación puedo saltarme el gimnasio.

—Muy bien, pero tendrás que decirnos cuando estés menstruando.

Si no llega a ser por lo que me pagaría, lo hubiera mandado a la mierda en aquel mismo momento, en cuanto Pedro formuló la última pregunta. Solo le faltó preguntarme si me masturbaba. Sentía como la sangre me hervía y cómo mi corazón latía fuertemente debido a las ganas tan grandes de darle un puñetazo a ese gilipollas engreído y repeinado. Me mordí, metafóricamente, la lengua e intenté tranquilizarme. No me podía permitir el lujo de hacer ninguna escena.

—¿Cuánto suele tardar el test del VIH? —preguntó María a Pedro.

—Suele tardar varias semanas, pero a la señorita Sofía se le hará previamente la prueba OraQuick.

—¿En qué consiste eso? —pregunté.

—Es una prueba oral que puede completarse en unos segundos y devuelven resultados en tan solo veinticinco minutos. Son utilizadas como un método de detección, si el resultado es positivo, se requiere una prueba de seguimiento para poder confirmarlo. Si da negativo, ya no tendría que realizarse el test del VIH.

—Bueno, hoy estamos a veinte de marzo. Mañana te haces todas las pruebas y si todo es correcto, podías mudarte el mismo lunes veinticuatro —informó María en voz alta— ¿Los datos lo dan el mismo día o necesitan algo más de tiempo?

—El viernes pueden tener los resultados, tanto de los análisis como los antecedentes penales —afirmó Pedro

—¿Entonces hacemos eso, Sofía? —preguntó María.

—Vale. ¿A dónde he de ir? —quise saber.

—Estos son los datos de la clínica y la dirección —Pedro me facilitó un papel con la dirección y los datos de la clínica, así como un vaso para la orina—. Le recuerdo que tiene que ir en ayunas y tiene que llevar muestra de orina del mismo día. Allí mismo le harán el OraQuick —indicó Pedro.

—En cuanto tengamos los resultados nos pondremos en contacto contigo Sofia —dijo Leonardo el cual ya no estaba tan serio.

—Otra cosa, Sofía, antes de que te vayas. Mañana viernes no hace falta que vengas. Gio no va a estar en casa, va de excursión todo el día y ya cuando venga va a ser muy tarde para la clase — comentó María.

—Muy bien. Hasta el lunes entonces.

—Muchas gracias, Sofia.

—De nada, María. Un placer conocerle, Pedro —y nos estrechamos las manos.

—Igualmente Sofia.

—Yo la acompaño a la puerta —dijo Leonardo.

Ya en la puerta él tenía una sonrisa triunfal en la cara y estaba de muy buen humor.

—Gracias por todo, Leonardo.

—De nada.

—Se habrá quedado a gusto con la última pregunta del abogado.

—Creo que no lo ha hecho nada mal.

—Se le pasó una pregunta más picante... —Él sonrió al saber que no se me había escapado aquel detalle.

—¿Cómo cual, si se puede saber? —me preguntó haciéndose el inocente.

—A veces los partidos se juegan en pareja, pero a veces también se pueden jugar en solitario. ¿Verdad que últimamente los está jugando solo?

«Conoce al enemigo, concóctete a ti mismo, y en cien batallas no correrás el menor peligro». Chang Yu

Su cara pasó de la sonrisa triunfal, a ponerse más serio de lo que había estado en toda la tarde.

—Dijiste que no te gustaban los programas rosas.

—Y no me gustan. Pero a mí también me gusta hacer los deberes y saber para quien trabajo. Su vida sexual es mucho más pública que la mía y eso me consuela bastante. Buenas noches.

¡Ja! ¿Te pensabas que me ibas a ganar todas las partidas? Ahora mismo estamos en empate. Si querías guerra, yo seré una gran contrincante. No estaba dispuesta a que ese engominado millonario me dejara en ridículo, por mucho dinero que tuviera. Aunque tenía una cara que te podrías pasar horas y horas contemplándola, ahora mismo solamente tenía ganas de estrangularlo. Me había sacado de mis casillas y había agotado mi incalculable paciencia.

LUNES 24

—Sofía, te voy a echar mucho de menos.

—No te preocupes Margui, que nos vamos a ver muy seguido. Te lo prometo. No me voy a la guerra ni nada por el estilo. Además, mínimo nos vamos a ver todos los martes en clases de salsa.

—Vale. Lo que todavía no me has dicho a dónde vas.

—Por aquí cerquita. Lo siento, pero no puedo decírtelo.

—¿Te vas con la mafia china o qué?

Solté una carcajada.

—¡¡Me iba a hartar de rollitos de primavera!! Esa va a ser nuestra próxima cena o comida cuando nos veamos. ¿Trato hecho?

—Perfecto.

Tras llegar a la casa, las doncellas de María me ayudaron a traer el poco equipaje que tenía a mi nueva casa y acomodarme. En cuestión de dos horas ya lo tenía todo listo. Después de instalarme, María muy amablemente me enseñó el resto de la casa. A continuación de la cocina, y pasando la escalera de caracol, había un aseo y ya por último estaba la oficina de Leo: como él decía, su santuario, desde el cual también tenía acceso al jardín. En la oficina, había una gran librería con bastantes libros de diferentes temáticas, situada en la pared frontal nada más entrar y justo delante de la librería había una mesa de escritorio de roble preciosa. La mesa estaba muy ordenada, solamente había un par de papeles en una esquina de ella, un lapicero con bolígrafos y un portátil. También había una zona con asientos individuales y una pequeña mesa. Tenía muchos trofeos en una gran vitrina de cristal. Más que una oficina parecía una galería de arte con tanto premio. También tenía muchas fotos colocadas en las paredes de él con famosos: actores, músicos y futbolistas y de sí mismo, de las publicidades que había hecho. En el otro lado de la casa, y después de la cocina, había un salón de celebraciones con una mesa enorme y a continuación el dormitorio de Leo, cosa que no me enseñó. María me comentó que como solía llegar tarde muchas veces, habían pasado su dormitorio abajo para que no despertara a nadie.

A continuación, bajamos al sótano donde había un gran garaje con mínimo

7 coches diferentes, todos de alta gama, un aseo y por último un salón amplio para diferentes eventos. Había una pequeña barra americana con diferentes licores, una mesa de billar, una mesa redonda con sus sillas. Sería otro de los santuarios de Leo. Volvimos a la planta principal. Como no había mucho que hacer después del tour por la casa, y hacía un día bastante caluroso para estar a finales del mes de marzo, María y yo decidimos salir al jardín a tomar un poco el sol antes de la comida. La piscina era rectangular y bastante larga e iba de menor a mayor profundidad. Los escalones estaban incorporados dentro de la piscina. Había tumbonas enfrente de la oficina de Leo y a continuación de mi nueva casa. Debajo de la terraza del dormitorio de María, había sofás de mimbrés con su mesa. Allí nos encontramos a la feliz parejita. Los dos también estaban tomando el sol, aunque ellos estaban en bañador. Ella de espaldas y sin la parte superior del bikini y él sentado leyendo el periódico del día con un bañador minúsculo. Era el típico bañador que se ponen los chicos que hacen natación.

Yo me fui con mis gafas de sol graduadas y un libro de lectura y María también se llevó otro libro. Por tanto, teníamos poca conversación. Si levantaba un poco el libro podía ver a mi guapo jefe sentado enfrente de mí y como tenía las gafas de sol me podía recrear en ese pedazo de cuerpo, el cual podía admirarlo de perfil. Era la primera vez, desde que lo conocía, que me podía recrear en él sin que nada ni nadie me interrumpiera. Cuando aquel día lo manché con el helado, había pensado que era un sueño. No me podía creer que me hubiera encontrado con el gran y famoso futbolista Leonardo. Lo había visto alguna que otra vez en la televisión y en varios spots televisivos y allí lo tenía delante de mí, muy enfadado porque le había manchado su jersey de cien Euros. Me quise morir en ese instante. Ahora mirándolo ¿cómo puedo describir a un dios griego de carne y hueso? Era el típico chico que te vuelves para mirarle el trasero, de lo atractivo que era y que se te caía la baba cuando lo veías en un anuncio de ropa interior. Pelo negro, sus ojos azules claros, tez morena, mirada penetrante. Solo con una mirada suya más de uno y una, habría suspirado por él y lo peor era que él lo sabía. Su nariz era normal al igual que el tamaño de sus orejas. Su boca... mmm...sus labios se veían aterciopelados y el labio inferior era más carnoso que el superior. Cuando sonreía se le iluminaba el rostro y le salían algunas arrugas muy graciosas en las mejillas y ¡qué dientes más blancos y perfectos! ¡Hasta el lunar que tenía debajo del labio inferior le daba un toque sensual! Me encantaba cuando sonreía, porque se ponía más guapo si era posible, pero desde que yo estaba allí solamente le

había visto serio. Pero a pesar de ello, seguía siendo jodidamente guapo. Su cara en sí era bastante masculina. Además, esos abdominales esculpados con tanto trabajo en el gimnasio durante años, me estaban volviendo loca. Loca no era la palabra correcta. Era cachonda. Se encontraba bien proporcionado en cuestión de cuerpo, espalda y culo. También era un chico alto, el 1,85 m media seguro. Mmm y ahora que lo pensaba, ¡sí que se parecía al muñeco Ken que yo tenía de pequeña! Seguramente mi madre lo tendrá por ahí guardado. Me entraron ganas de echarme a reír, pero todos pensarían que estaba loca. Seguía observándolo: la verdad era que le sentaba bien ese bañador pequeñito. ¡Será presumido! Tampoco quería marcas de bañador. Era demasiado bello para no querer estar mirándolo todo el día, pero tenía un carácter horroroso: pijo, engreído, creído, egocéntrico, prepotente, temperamental y lo peor era que su hijo Gio se parecía a él, con la salvedad de que Gio estaba mal criado y muy consentido. Aparte de darle clases, también iba a tener que ser su «súper nani» y enseñarle que la vida no te daba siempre lo que querías. Le seguía mirando aquella tableta de chocolate y sospechaba que él se dio cuenta, porque giró su cara y me miraba fijamente. A pesar de que ambos teníamos puestas las gafas de sol, podía notar su penetrante mirada y eso me acongojó y me ruborizó por lo que había estado haciendo. Enseguida me puse a leer como si no hubiera pasado nada.

Cuando eran aproximadamente la una y media nos avisaron de que la comida se serviría en breve. Fue muy tranquila, e Isabella me miraba con cara de asco, pero no dijo absolutamente nada. Ella era guapísima. Pelo largo, ojos azules, súper delgada y alta. Por lo menos medía 1,80 metros. ¿Quién se iba a fijar en mí? Una chica morena de ojos verdes, pelo por debajo de los hombros castaño oscuro. Mido 1,72 cm, pero me temía que mi peso actual no era el ideal. En los últimos meses, había cogido algunos kilos y ahora pesaba 80kg. No era precisamente miss universo, pero tenía unas bonitas piernas y unas buenas curvas, cintura estrecha y una talla 100 de sujetador, algo de lo que estaba realmente orgullosa. Según mi madre poseía carita de ángel, aunque en el fondo fuera un poco diablilla. No podía parar de mirarlos, pero... ¡qué buena pareja hacían los dos! Se les veían felices. ¡¡Cómo se notaba que habían estado follando!! A ella no la conocía y solo la había visto en algún que otro spot televisivo, pero a Leo lo conocía un poco, y ahora mismo estaba muy simpático, demasiado. Ains que envidia poder tener un poco de sexo. Ya no recordaba la última vez que lo había practicado.

Isabella se fue al día siguiente y supuse que solamente tuvo un hola con Giovanni. Entre ellos no había mucha química y ambos hacían bien su papel. Intuía que ninguno de los dos se tragaba. Los días fueron pasando y cada cual tenía su rutina. Giovanni había mejorado mucho en sus notas. Ya casi siempre sacaba sobresaliente o como mínimo notable. Ahora cuando María iba a las tutorías de este, también iba yo con ella para ponerme al día. Estaba muy contenta de trabajar para ellos y ganando un dineral, ya que ellos prácticamente pagaban todos mis gastos cotidianos. Muchas mañanas yo me iba al gimnasio con María, aunque una vez allí cada cual prefería una actividad física. Entre un poco de dieta y mucho ejercicio físico, pronto perdería todos los kilos que tenía de más. Los viernes habíamos cogido por costumbre ir al spa, porque nosotras lo valíamos. Apenas coincidía con Leo en la casa y ambos lo preferíamos así. Seguíamos sin dirigirnos mucho la palabra y si teníamos algo que decirle al otro, cogíamos a María de intermediaria.

MIÉRCOLES 26

Por la tarde, María estaba preparando la lista de la compra para ir a comprar ese mismo día y estaba mirando en el frigorífico y las estanterías por si le faltaba algo por apuntar.

—Buenas tardes, María. ¿Necesitas ayuda?

—Buenas tardes, Sofía. No gracias, ya estoy terminando.

—¿A qué hora tienes dentista?

—¿Hoy era el dentista? —María me miró con cara de asombro.

—¿No te acordabas de la cita, verdad?

—La verdad es que ya no me acordaba y eso que me llamó esta mañana para confirmarla. Lo tengo a las siete y media —dijo mientras consultaba con el reloj—. Si voy al dentista no me dará tiempo hacer la compra.

—Por eso no te preocupes, yo iré gustosamente a hacer la compra.

—¿No te importa?

—Claro que no. Encantada de poder ayudarte.

—¿A quién vas a ayudar, Sofía? —preguntaba Giovanni que acababa de entrar en la cocina.

—A María. Voy a hacer la compra.

—¿Yo puedo ir? —al niño se le había iluminado la cara mientras lo preguntaba.

—Si te vas a portar bien Gio, puedes ir con Sofía —le había dicho la abuela.

—Me portaré bien, abuela.

—Pues coge tu abrigo que nos vamos a ir ya, antes de que sea más tarde y haya más tráfico —le dije a Gio.

—Gracias de nuevo, Sofía. Toma, esta es la lista de la compra y doscientos Euros. Espero que con eso tengas más que suficiente. Coge mi coche que tiene la silla de Gio, yo cogeré un taxi. Ten cuidado con Gio. Se pone muy caprichoso en el supermercado —ese fue el consejo que me dio María, aunque

no le di mucha importancia al principio.

—Vale.

—Ya estoy listo, Sofi.

Nos fuimos al supermercado que habitualmente compraban ellos. Como había que comprar bastantes cosas tomamos un carro. Cuando llegamos a la zona de cereales, yo tomé el que indicaba en la lista e iba a continuar con la compra, pero a Gio se le antojaron unos de chocolate.

—Sofi, yo quiero estos cereales —Informó Gio mientras señalaba los que quería.

—Ya sabes cómo es tu padre con estas porquerías.

—¡¡Pero yo los quiero!! —me había dicho con cara de enfado.

—Lo siento, pero no puede ser. No están en la lista.

—¡¡Yo los quiero!! Se lo diré a mi padre y a mi abuela si no me lo compras. —amenazó Giovanni. El niño cada vez iba aumentando más el volumen de sus exigencias y yo no estaba dispuesta a que diera un espectáculo allí mismo.

—A ver Gio, ¿qué le has prometido a la abuela antes de salir?

—¡¡Que me da igual, yo quiero esos cereales!!

Fui a cogerlo del brazo, para seguir con la lista de la compra, pero él no se dejó y empezó a llorar desconsoladamente, como si le hubiese pegado. Todas las personas a nuestro alrededor no paraban de mirar a la supuesta madre e hijo por semejante escándalo. Ahora entendía cómo se sentían aquellas pobres madres cuando el niño o niña daba el numerito en público: un gran bochorno. Ahora comprendí lo que me había dicho María sobre Gio. Seguro que eso se lo hacía siempre que iban de compras y María terminaría cediendo a las exigencias de su querido y consentido nieto. Como no le hice caso, más lloraba Gio. Como yo no toleraba esos comportamientos de niño mal criado y caprichoso, me fui hacia adelante, sin prestarle atención a sus sollozos. Cuando Gio vio que me iba sin él, sin ni siquiera mirarlo, se fue calmando y antes de que girase al final del pasillo tenía a Gio a mi lado, todavía con lágrimas en los ojos. Saqué un pañuelo de papel del bolso y le limpié los mocos y las lágrimas. Le di un beso en la mejilla y seguimos con la compra tan

tranquilamente, sin ningún incidente más. Ninguno de los dos comentó nada de aquello a los demás componentes de la casa.

VIERNES 28

Un punto del contrato era que si ninguno de los tutores podía recoger al niño del colegio, me tocaría a mí. María estaba muy ocupada porque esa misma tarde había quedado con sus amigas y la salida seguramente duraría hasta altas horas de la noche. Quería dejarle algo de comida preparada a Leo, ya que esa noche, este se iba a reunir con sus amigos en la casa para jugar al póquer. El servicio doméstico solo estaba por las mañanas de lunes a viernes y los viernes la cocinera solía preparar comida para todo el fin de semana. Tomé el coche de María para ir al gimnasio, y después me fui directamente a recoger a Giovanni al colegio. Gio salió corriendo de clase y al verme allí, se alegró mucho. Llegó hasta mí corriendo y se detuvo entre mis brazos. Tras el abrazo inicial, le di un par de besos y posteriormente, fuimos andando hasta el coche. Le cogí la maleta y este me fue contando lo que había hecho durante toda la mañana. Le gustaba mucho que fuera a recogerlo. Cuando él veía que las madres recogían a sus hijos, sentía celos de ellos, porque él no tenía madre. En un mes, habíamos tenido nuestros altos y bajos, y lo seguiríamos teniendo, pero habíamos establecido una buena relación de amistad y cariño. Cuando llegamos al coche metí la maleta en el maletero mientras Gio se subía al coche. Una vez sentado en su silla, lo amarré, me subí al coche y me puse el cinturón. Nos fuimos para la casa charlando animadamente.

Esa misma noche, Leonardo se había reunido en el salón del sótano con algunos de sus compañeros de trabajo. Allí estaban Jorge, Eduardo y Christian. A todos ellos, ese tiempo entre chicos les sentaban bien, porque podían desconectar de la rutina diaria, según me comentó María. Habían empezado a jugar, cuando al cabo del tiempo fue Gio en pijama a darle las buenas noches a su padre, mientras que yo lo esperaba en la entrada de la habitación. Yo llevaba un vaquero que me quedaba una talla más grande de la que debería usar, un jersey de lana, una cola de caballo y mis habituales gafas rojas.

—Hombre Gio, ¡qué alto te estás poniendo! —le había dicho Jorge.

—Gracias Jorge —dio la mano a todos los ocupantes de la mesa

—Solo venía a darle las buenas noches a mi padre. Hemos estado viendo una peli —dijo mientras señalaba hacia donde yo estaba—, y ya me voy para la cama.

—Buenas noches —respondí.

—Buenas noches —contestaron en coro los chicos, dándome un repaso de arriba abajo. Odiaba eso de los hombres, los descarados que podían llegar a ser.

—Vamos Gio, dejemos a los chicos jugar —le dije a Gio.

—¿Tú sabes jugar, Sofía? —preguntó Jorge.

—No soy una experta, pero no se me da mal.

—¿Te apuntas? —preguntó Jorge divertido al ver la cara de Leo mientras hacía la pregunta.

—Me encantaría, pero no me gustaría dejaros sin blanca.

Sabía por María, que Leo era una persona muy competitiva, y si quería mosquearlo ese iba a ser su punto débil. Tal como se lo dije, a Leo le tuvo que sonar como un desafío, y el que alguien se tirarse un farol lo pondría de muy mala leche. Al juzgar por su cara había dado justo en el blanco.

—Acuesta a Gio y te esperamos— me dijo Leonardo.

—Me encantaría participar, pero me temo que no he sacado dinero y estoy tiesa.

—No te preocupes, yo te lo dejo —contestó Leonardo secamente.

—Vale, dadme unos minutos y ahora vuelvo —y me marché con Gio.

—Te los presento de izquierda a derecha: Eduardo, Christian y Jorge.

—Encantada de conoceros —fui repartiendo besos a los tres chicos.

—¿Tomas algo? —me preguntó Leonardo.

—¿Qué estáis tomando?

—Whisky y ron miel.

—Un poco de ron miel con hielo, por favor —Leonardo se levantó a preparármelo.

—Leo nos ha dicho que eres de Cádiz —comentó Jorge.

—Efectivamente, ¿pero...?

—¿Cómo sabías que había un pero? — respondió Jorge

—Siempre lo hay. —comenté con una sonrisa.

—No tienes mucho acento —dijo Christian.

—Sí que lo tengo, solamente que al estar aquí en Madrid lo tengo un poco camuflado o refinado, por así decirlo. Leonardo os puede confirmar que ese acento sigue ahí.

—Es verdad. El otro día estuvo hablando con su familia y solo llegué a entender el hola del saludo. Empezó a hablar tan rápido, que no supe de qué estuvieron hablando.

—Porque no diga «pisha o kiyó», ¿ya no soy gaditana?

—Creo que esa es la palabra más universal del gaditano, pero también tenéis fama de lo mal que habláis, no te lo tomes a mal. Si no llego a saber que eres de allí, tampoco hubiera dicho que eras de Cádiz —informó Jorge.

—¿Qué es lo más que echas de menos de tu tierra? —preguntó Christian.

—Aparte de mi familia, el mar. Me encanta su sonido y su olor. Es como el fuego, puedes estar mirándolo horas y horas y te sigue pareciendo igual de bello que desde el primer instante.

—Bueno, ¿jugamos y nos dejamos de tanto charlar? —preguntó Leonardo un poco molesto por el protagonismo que yo estaba teniendo.

Estuvimos jugando y hablando esporádicamente. Me di cuenta de que cada cual tenía un pequeño gesto cuando la jugada era buena, excepto Leonardo, que siempre tenía el mismo semblante. Empecé perdiendo ya que no me tocaron cartas muy buenas. Cuando ya fui cogiendo el truco a cada jugador fui ganándoles unas veces y otras perdiendo. Echamos a Jorge y Eduardo. Christian estaba jugando su última partida, ya que se había quedado sin fichas. Leonardo y yo teníamos buenas cartas. Leo tenía un par de ases y yo el cinco y el siete de trébol. Christian tenía dos reinas. En la mesa aparecieron en primer lugar el as de trébol, un rey de trébol y cinco de corazones. Seguimos apostando los tres y se volteó la siguiente carta: tres de trébol. Todos pasamos y se volvió a voltear la otra carta: cuatro rombos. Leo fue el primero en levantar. Tenía una sonrisa de oreja a oreja al ver sus maravillosas cartas. Posteriormente levantó Christian, el cual había perdido con sus dos reinas frente al trío de ases. Todos estaban expectantes por las cartas que yo tenía: fui

levantando una a una mis dos cartas. Cuando vieron que tenía escalera de color, era la mayor puntuación que se puede obtener en el póquer, por poco se muere Leonardo al ver todas mis cartas. Todos los demás se empezaron a reír.

Ya solo quedábamos Leo y yo con fichas. Prácticamente, teníamos los dos las mismas fichas, solo que Leo me superaba por algunas fichas más. Estuvimos jugando algunas partidas normales más, hasta que decidimos que jugaríamos una última, donde nos lo apostaríamos todo. Jorge nos repartió las cartas: Leo tenía una J y una Q ambas de corazones. Yo tenía dos ases. A continuación, se levantaron las tres cartas de la mesa sin ningún valor para ninguno de los dos.

—¿Qué te parece si lo dejamos en tablas?— le propuse a Leonardo.

—¿Tienes miedo de perder? —me había contestado este, tan prepotente como siempre.

—Tus cartas son buenas, yo diría que tienes figuras al juzgar la expresión de tu cara.

—¿Acaso puedes adivinar lo que tengo por mi cara?

—Si fuera una buena jugadora, debería. Además, puedo decir que las cartas que hay en la mesa no te sirven para nada. ¿Me equivoco?

Los compañeros estaban atónitos por lo que estaban escuchando. Se miraron unos a otros y quisieron ver si Leonardo tenía figuras tal como yo había comentado, pero este nos lo dejó ni acercarse a sus cartas.

—Entonces, ¿quedamos en tablas?

—¿Tan segura estás de que vas a perder?

—No precisamente. Estoy segura de lo contrario.

—¿Entonces por qué quieres dejarlo en tablas, si estás segura de ganar?

—Me da cosita ganarle a mi jefe. Otro día no va a querer que juegue.

Los compañeros estallaron en risas y más mosqueado se puso Leonardo. Upss... No pretendía importunarlo y mucho menos en presencia de sus amigos. Las risas de sus amigos fueron la gota que colmó su escasa paciencia.

—¿Quieres que hagamos la partida más interesante, ya que estás tan segura de ganar? —me preguntó Leonardo bastante mosqueado.

—¿Más interesante aún? Tú dirás.

—Si gano, estarás una semana con mi entrenador personal.

—Mmm me parece bien. Si gano, vendrás un día a bailar salsa conmigo a la academia —se escuchó de fondo uuuh...

—Me parece bien. ¿Trato hecho?

—Trato hecho —y nos estrechamos las manos— Vosotros estáis de testigo —informó Leonardo.

Continuó la partida: se volteó una Q y un rey. Nosotros también levantamos y ambos teníamos dobles parejas, con la diferencia de que yo tenía dos ases, mientras que Leo solo dos Q.

—Y de winner is..... Sofia. Oh, Leo, te toca clase de salsa —anunció Christian.

—Nos tendrás que enseñar como sabes las cartas que tenemos cada uno, pero eso tendrá que ser otra noche. Es muy tarde y mañana hay que madrugar —informó Jorge.

—Cuando quieras, Jorge.

Ya estaban saliendo de la habitación y cogiendo sus abrigos cuando Christian se me acercó y me dijo:

—Bueno Sofía, ha sido un placer haberte conocido. Creo que harías buenas amistades con mi esposa. A ver si organizamos una barbacoa en mi casa y te vienes para que la conozcas.

—Muchas gracias, Christian. Será un placer aceptar vuestra invitación— y nos dimos un par de besos para despedirnos.

—Buenas noches Sofía, que descanses.

—Igualmente Jorge, Eduardo.

—Voy para adentro para recoger un poco —le informé a Leo.

Fui a despedir a mis amigos. Ya en la puerta de la entrada a la casa, necesitaba obtener alguna información de mi amigo Jorge:

—¿Qué te parece, Sofía? —le pregunté.

—Hombre... Isabella está mucho más buena que Sofía, con diferencia, pero

en carácter, esta es más simpática y divertida. Si te la quieres follar tampoco pasaría nada, un dulce no le amarga a nadie. La chica es mona y a pesar de que usa ropa súper ancha, seguro que debajo de todo eso tiene sus curvas.

—Gracias Jorge. ¡¡Buenas noches, chicos!!

Tras ver como mis amigos salían en coche de la propiedad y que la puerta se cerrara, volví a bajar al sótano, donde Sofía seguramente seguía allí recogiendo un poco aquello.

—No tenía ni idea de que sabías jugar bastante bien al póquer. Eres una caja de sorpresas —comenté apoyándome en la puerta de la habitación sobre mi hombro derecho con los brazos cruzados sobre mi pecho, bloqueando la salida.

—Es cuestión de tener un poco de suerte y cierta idea de cuándo hay que arriesgar —había fregado los vasos y se estaba secando las manos con un paño de cocina—

—Como comprenderás, no pienso ir a esa clase de salsa —le dije muy serio. Ella se había acercado más a mí. No obstante, yo seguía en la misma posición.

—Vaya, siento escuchar que tu palabra y un apretón de manos no tienen mucha validez para ti. Lo tendré en cuenta en el futuro —nos mirábamos a los ojos. Me gustaba cuando era tan directa.

—Sabes que soy demasiado popular como para ir a un sitio así.

—Pues deberías habértelo pensado antes de aceptar la apuesta.

—Siempre podemos llegar a un acuerdo, ¿no crees?

—Ya lo hablaremos otro día. Estoy algo cansada —Me aparté hacia un lado para dejarla pasar— Hasta mañana, Leonardo.

—Hasta mañana, Sofía.

SÁBADO 29

María se había ido a celebrar el cumpleaños de una amiga fuera de Madrid, por lo tanto, estábamos en casa solamente nosotros tres. Era el primer fin de semana, desde que yo estaba allí, que María se había ido y me había dejado a cargo de Gio, aunque su padre estuviera por allí. Era ya sobre las 23.00 de la noche cuando fui al cuarto de Gio para acostarlo y ver que se había lavado los dientes.

Toc...toc

—Hola, Gio, ve apagando la videoconsola y.... ¿te has lavado los dientes?

—Jo, Sofi, ¡no quiero lavarme los dientes!

—Gio, es por tu bien. Si no cuando seas más mayor, tendrán que quitarte todos los dientes porque los tienes picados.

—Me da igual, me compro unos nuevos.

—Eso no es posible Gio. Los dientes no son como unos vaqueros que te puedes comprar nuevos cuando estos están gastados.

—Eso lo dices tú porque eres pobre y no tienes dinero.

—Vale Gio, como quieras, pero ahora te vas a lavar los dientes y no se hable más.

—¿Y si no quiero lavármelos? —Gio parecía enfadado y se estaba poniendo demasiado prepotente.

—Pues si no te los lavas, pienso borrarle la partida de la videoconsola.

—Tú no sabes cómo se hace eso.

—¿Estás seguro?

¿De verdad tendré siempre que estar con este niño así? Uf, ¡no podría ser simplemente obediente e ir a lavarse los dichosos dientes! No era posible que algo que simplemente duraba, como mucho diez minutos, fueran tan malo. Después de desafiarnos durante un buen rato con la mirada, sospechaba que no se iba a arriesgar a averiguar si yo sabía usar la dichosa videoconsola. Tendría que hablar con mi hermano para que me facilitara ese detalle, por si algún día me plantaba cara y tenía que mostrarle que sabía perfectamente

hacerlo. Después de lavarse los dientes y meterse en la cama, mientras lo arropaba, noté que estaba algo rojo, algo fuera de lo normal en él.

—Gio, ¿te encuentras bien?

—Sí, aunque tengo un poco de calor —me acerqué a él y le di un beso en la frente. Noté, que efectivamente, estaba más caliente de lo normal.

—Creo que tienes un poco de fiebre. ¿Sabes dónde está el termómetro?

—No.

—Vale, ahora vengo.

Tras bajar las escaleras, decidí preguntarle primero a Leonardo donde estaban los medicamentos, antes de importunar a María. Hacía muy poco tiempo que estaba allí y todavía no los tenía ubicado. Me dirigí hacia su dormitorio y tras llamar un par de veces energéticamente, decidí entrar por si no me había oído con la música que tenía puesta de fondo. Abrí la puerta lentamente, pero allí no había nadie, pero estaba en el baño puesto que se escuchaba ruido de fondo. Me aproximé al cuarto de baño, pero a un par de pasos de llegar a la puerta apareció envuelto en una toalla de cintura para abajo y con otra secándose la cabeza. ¡Dios! Mi corazón se paró en aquel momento. Al verlo allí, medio desnudo, tuve que hacer un esfuerzo sobre humano para no babear delante de él y sobre todo, necesitaba que mi cerebro recobrarla la compostura para poder empezar a hablar de forma lógica. ¡Qué jodidamente bueno estaba y lo peor era que lo sabía! Ese pecho aún mojado le daba un brillo a todo su cuerpo espectacular y estaba algo bronceado, aunque no mucho. Tenía la toalla atada bastante baja, dejando ver los abductores, dándome una vista maravillosa de tu torso. En cuanto me vio aparecer en su dormitorio se había quedado parado con la toalla sobre su pelo. No era precisamente normal que yo entrara en su dormitorio, y justamente era la primera vez que lo hacía. En cuanto me miró, yo me puse bastante colorada y no sé si sería porque me había metido en su terreno o simplemente porque ese hombre con solo mirarme me ruborizaba. Mi corazón latía rápidamente y sentía mariposas en el estómago cada vez que lo miraba. No le hizo mucha gracia verme allí, al juzgar por su rostro, pero no fue precisamente grosero conmigo:

—¿Te importaría explicarme qué haces en mi dormitorio? —dijo tranquilamente.

—Eh...yo...Gio... —Sofía céntrate, me dije a mí misma, que pareces media tonta. Normal, todavía me estaba recuperando de haberlo visto tan de cerca, con tan poca ropa encima y oliendo tan bien. Respiré hondo y empecé a hablar coherentemente— Creo que Gio tiene un poco de fiebre.

—Eso no explica por qué has entrado en mi dormitorio sin permiso —estaba algo serio, pero no molesto. ¿Le gustaba verme colorada?

—He estado llamando varias veces, pero creo que no me ha escuchado por la música. Pensaba volver a llamarle en la puerta del cuarto de baño.

—Ya. Otra vez, hazme el favor de esperar antes de entrar en mi dormitorio y llamar más fuerte. Por lo general suelo salir sin toalla al dormitorio.

—Sí, sí, descuida. No volverá a ocurrir.

¿Estaba sonriendo? ¿Le hacía gracia que pudiera pillarlo en pelotas? ¡No me lo podía creer! Supuse que más bien se estaba cachondeando de mí, porque seguramente me había puesto más colorada aún si se podía. Descalzo y tal como estaba, se dirigió hacia la cocina y yo detrás de él, pero ya no me atrevía ni a mirarle el culo. Estaba pasando demasiada vergüenza. Me dio el termómetro, me indicó donde estaban los medicamentos y allí mismo había apuntado un papel con las indicaciones por si Gio tenía fiebre y se fue por el mismo sitio. Yo me dirigí hacia el cuarto de Gio con el dichoso termómetro. Cuando Leonardo llegó al dormitorio de este, yo ya le había dado el jarabe a pesar de que solo tenía un poco de destemplanza y dejé a padre e hijo charlando en el dormitorio.

—Gio, si necesitas algo, avísame. Yo estaré abajo viendo la tele.

—Gracias Sofí.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Sofí.

Estuve preparando un poco de té en una pequeña jarra de medio litro, una nueva mezcla que me había comentado mi madre que estaba muy buena, y cuando iba a poner una película, llegó Leonardo al salón. Ya se había despedido de Gio y le había dejado la puerta abierta por si necesitaba algo.

—¿Cómo es que no te vas a tu salón?

—Supuse que saldría y yo me quedaría a cargo de Gio. Si este necesita

algo y estoy en el apartamento no me enteraré. ¿Quiere que me vaya de aquí?

—No, no. No hace falta, solamente que me ha extrañado.

Era la primera vez que estábamos los dos solos en la misma habitación más de diez minutos. Ambos estábamos en pijama y en bata. Por lo visto, esa noche se iba a quedar en casa. Sospechaba que no se terminaba de fiar de mí y era comprensible. No había mala relación entre nosotros, simplemente nos respetábamos como profesionales, pero la conversación no era precisamente fluida.

—Tenía pensado ver Avatar

—Ya la he visto.

—Yo también la he visto, pero me parece una película que está bastante bien. ¿Le apetece verla o prefiere poner la televisión u otra película tal vez?

—No, está bien. Yo me acostaré en breve. Estoy algo cansado —estuvo mirando el té que había preparado.

—¿Le apetece un poco de té? Es una mezcla de varios té y no está mal.

—Sí, gracias.

Mientras que yo fui por un vaso para él, este puso el DVD y nos sentamos en el mismo sofá pero separados. La película estaba tan bien y tenía unos gráficos tan buenos, que al final se quedó hasta el final. Entre los dos nos bebimos el medio litro de té. Estaba bastante bueno, mejor de lo que me esperaba. Cuando esta terminó, estuvimos hablando de ella y contrastando nuestros puntos de vista. No había sido una conversación muy extensa, pero íbamos avanzando. A continuación, fuimos a ver qué tal estaba Gio y ya tenía una temperatura ideal, con lo cual, cada cual nos fuimos para nuestros respectivos dormitorios a dormir.

«Entre un hombre y una mujer la amistad es tan solo una pasarela que conduce al amor»

[Jules Renard](#)

MES DE ABRIL

SÁBADO 5

El sábado era el cumpleaños de Leonardo. Gio llevaba desde el martes preparando la fiesta sorpresa que quería darle a su padre por sus 28 años. Le había comprado su perfume favorito, el cual ya le quedaba poco para terminarlo y el mismo sábado fuimos a comprarle una tarta pequeña de chocolate con crema, su preferida. A la hora de comer, Leonardo llamó a María diciéndole que no venía a comer porque se iba con los compañeros del trabajo a celebrar su cumpleaños. Cuando ya eran aproximadamente las cinco, me estaba empezando a impacientar. Empezamos a decorar el salón y el comedor, con globos y guirnaldas, y por último, decoramos la entrada a la casa. El niño no paraba de hablar de la fiesta sorpresa que le iba a dar a su padre, pero yo no estaba tan segura de que su padre llegara a las 18:00 para cortar la tarta y por eso me fui a mi apartamento y lo llamé desde allí:

—Dígame. Chicos, callaos un poco que no me entero. ¡Dígame!

—Hola, Leonardo, soy Sofía.

—Dime Sofía, ¿pasa algo?

—Solamente quería saber a qué hora tiene pensado llegar esta tarde a la casa.

—Pues sobre las ocho o las nueve, no lo sé todavía. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque Gio le ha preparado una fiesta sorpresa y esperaba que a las seis estuviera aquí para cortar la tarta.

—Gio comprenderá que no he podido ir.

—Gio no lo comprenderá porque es un niño que está ilusionado con el cumpleaños de su padre. —Me estaba sacando nuevamente de mis casillas y escuchar el jaleo que tenía sus compañeros no me ayudaba mucho a apaciguar el mosqueo con él— Sus compañeros si comprenderán que se puede ir antes de las cinco y media para poder celebrar el cumpleaños con su hijo.

—¡Mira niñata, yo hago lo que me da la gana y tú no eres nadie para hablarme así!

—Primero: aquí el único niño eres tú, que es el que cumple los veintiocho. Segundo: me encargaste la responsabilidad de cuidar del bienestar de tu hijo y por eso te he llamado. Que no quieres venir, es cosa tuya. Yo solamente te recuerdo que tienes un hijo de 8 años que cuenta con su padre a las seis para cortar la puta tarta. Por cierto.... ¡felicidades!

Leonardo llegó a la casa un poco antes de las seis, seguramente bastante enfadado y dispuesto a pelearse conmigo por haberle colgado el teléfono dejándolo con la palabra en la boca, pero tuve la suerte de que se encontrara con Gio nada más abrir la puerta. Leo se hizo el sorprendido a ver la fiesta que su pequeño le había hecho.

—¡¡ Papi, felicidades!!

—Gracias Gio. ¿Tú has organizado todo esto? —habíamos puesto una guirnalda que ponía feliz cumpleaños en la entrada de la casa.

—Si papá. La abuela y Sófi también me han ayudado.

—Felicidades hijo.

—Gracias, mamá.

—Felicidades Leonardo.

—Gracias —me contestó de mala gana y algo serio.

Nos sentamos en la mesa que estaba situada en la cocina, y después de cantarle cumpleaños feliz, Gio le dio su regalo al igual que María, unos preciosos gemelos de diamante. Yo también le di un pequeño regalo. Me costó mucho trabajo encontrar algo que no fuera muy caro y que ya tuviera. Me acordé de la botella de agua del gimnasio. La tenía algo estropeada del uso y le regalé una botella ergonómica para disfrutase del agua fría ahora que se acercaba el calor. Después de abrir todos los regalos, nos tomamos la tarta. Al ser tan pequeña, prácticamente nos la comimos esa misma tarde. Después de merendar, Leo se fue a duchar y ya cuando iba saliendo de la casa para continuar con la celebración, aunque esta vez solo para adultos, se acordaría de mí. Estaba saliendo del cuarto de baño, en albornoz, para irme a vestir al dormitorio cuando me encontré con Leonardo de cara muy perfumado y bastante elegante. No me esperaba verlo allí y di un pequeño respingo debido a la sorpresa.

—¿Querías algo?— le pregunté.

—Que sea la primera y última vez que me cuelgas el teléfono —me había dicho Leo muy enfadado, moviendo el dedo índice señalando hacia mí para hacer hincapié.

—Que sea la primera y última vez que me llamas niñata —le dije en mi defensa.

—No eres nadie para colgarme el teléfono.

—Y tú no eres nadie para llamarme así. Creo que ya soy bastante mayorcita y si no quieres que te cuelgue el teléfono, ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Qué?

—Hablarne con el mismo respeto.

Como yo no me iba a disculpar y él tampoco, seguramente se fue peor de cómo vino al apartamento: mucho más cabreado.

MARTES 8

Otro de los puntos buenos del contrato era, que me iban a facilitar un coche para que yo me moviera a mi aire, y no condujera más mi viejo coche. Pensaba guardarlo en algún lugar del garaje, pero esa mañana expiró, por lo tanto, directamente al desguace, ya que me costaba un dineral arreglarlo y no valía la pena hacerlo con la de años que tenía encima. Al final me dieron 100 euros por él. Una pena. Habíamos hecho muchos kilómetros juntos y le tenía bastante cariño a ese viejo trasto. Parecía que el destino lo había querido así, porque cuando llegué a la casa me encontré una grata sorpresa. Cuando me bajé del taxi y pagué, vi a María, Gio y Leonardo que me estaban esperando en la puerta de la casa con un coche envuelto en una funda protectora, en la cual solamente se podía ver un poco la forma que tenía el coche. Parecía el día de reyes, donde el corazón te palpitaba fuertemente porque sabías lo que te habían comprado, pero la ilusión de abrir el regalo era enorme. La funda del coche era voluminosa, y todos me miraban con expectación. Gio se acercó a mí y me ofreció una caja de regalo pequeña, con un gran lazo rojo. En su interior había una llave de coche y una pequeña tarjeta que decía: «Esperamos que te guste y que lo disfrutes sin muchos golpes.»

—Ábrelo Sofía — dijo Giovanni también excitado por el acontecimiento.

Le di mi bolso a María para poder tener las manos libres. Me dirigí con paso firme a mi futuro coche y cuando le quité la funda protectora vi un majestuoso Alfa Romeo 149 de cinco puertas en rojo. Los ojos se me iban a salir de órbitas. Miraba el coche y los miraba a ellos como si me hubiera tocado la lotería. Mi corazón latía tan rápido como si hubiera estado corriendo los 100 metros lisos. ¿Y esa preciosidad era para mí? Cogí a Gio desprevenido y con un gran abrazo, lo retuve entre mis brazos, inmóvil, y le pude dar un montón de besos con sus respectivos achuchones. Con lo repipi que era, le gustaba mucho ser mimado con besos y ese gesto le encantó. María que era la próxima, también le di un beso y un gran abrazo y le dije:

—Muchísimas gracias, María.

—Ha venido justo a tiempo.

—¡¡ Nunca mejor dicho!! —se carcajeó.

Cuando me separé quedaba Leonardo. Al principio dudé un poco si

acercarme o no, pero él había pagado el maravilloso coche, y seguramente también lo había elegido y por qué no darle también un beso. Me acerqué a él e hice lo mismo que con María aunque el abrazo fue más breve. Nuestra relación no era precisamente la mejor, pero yo estaba de muy buen humor por ese maravilloso coche y él parecía que también tenía un buen día. Aunque no estaba con una sonrisa de oreja a oreja, estaba sonriendo. En la vida me hubiera haber podido pagar aquel coche.

—Muchas gracias, Leonardo —al darle el abrazo, le susurré:— Le libro de la clase de salsa — le guiñé un ojo.

—¡¡Abre el coche Sofía!! —dijo nervioso Gio. Abrió el coche. ¡¡Vamos a dar una vuelta!!

—¿Os importa que demos una vuelta por la urbanización?

—No, pasadlo bien —respondió su abuela.

Leonardo que no había dicho nada, me seguía mirando con una sonrisa en sus labios. Seguramente estaba viendo lo ilusionado que estaba su hijo con el coche. Dentro de poco se iba a tener que pelear con él por el uso de sus coches, pero hasta entonces, todavía faltaban 10 largos y maravillosos años. El interior del coche era todo en color negro y las luces interiores del panel de velocidad estaban iluminadas en rojo. Nada más entrar, podías inhalar el maravilloso olor a nuevo. La tapicería de los sillones también era en tono negro y era un sillón muy cómodo. Así no daría pereza hacer kilómetros. En la parte de atrás habían instalado una silla elevadora para Gio.

Eran las 23:23 y yo seguía desvelada. Decidí levantarme e irme a leer un rato al salón. Me senté, me coloqué una mantita sobre las piernas y encendí un foco portátil que me había comprado, ya que era mucho mejor para leer. Eran las 00:15 y yo seguía enfrascada en mi lectura cuando de pronto lo escuché a mi lado. ¡Qué susto me dio! No me había dado cuenta de que estaba allí si no me llega a hablar:

—¿Sofía que haces levantada a estas horas?

—¿Christian... digo Leonardo, que hace aquí? ¿Necesita algo? —él venía con un vaso de agua en la mano, en pijama y con el pelo algo alborotado. Cambié el foco que tenía apuntando a mi libro hacia arriba, para poder verlo mientras hablábamos.

—Estoy bien, gracias. Me pareció un poco raro ver luz y vine a ver. ¿Quién es Christian?

—Christian es el protagonista de mi novela.

—¿El de las 50 sombras de Grey?

—Sí, el mismo. ¿Conoce el libro?

—No lo he leído, pero conozco el argumento. No sabía que te gustara ese tipo de lectura.

—Cuando dice lectura a que se refiere, ¿a la novela erótica o al sadomasoquismo?

—A lo segundo más bien.

—Mmm... no lo he probado, pero sinceramente no me atrae mucho. Es la segunda novela que leo de millonarios y es la segunda vez que también le gusta el sado. ¿Eso es propio de los millonarios?

Rio, me volvía a mirar y el tío se volvía a reír. Me alegro de que le hiciera gracia la pregunta—. No creo que hayas conocido a muchos millonarios, pero a mí no me va nada ese tipo de relaciones —después de decir esto, se sentó a mis pies, dejó el vaso de agua en la mesa y se acomodó en el sofá. Parecía cómodo estar hablando de sexo conmigo.

—¿Qué prefiere las relaciones vainilla?

—Deja de hablarme de usted, me haces mayor. Es mejor que nos tuteemos si no te importa.

—Vale.

—Si con relación vainilla te refieres a tradicional, sin fustas, latigazos y demás, supongo que sí. Seré así de soso. ¿Y a ti, te va ese tipo de relación? —ufff que carita de niño malo tenía. Me estaba empezando a poner colorada.

—La verdad es que no lo he probado, pero no me atrae mucho eso de los latigazos, ni pinzas en los pezones.

—¿Y qué has probado, si se puede saber?

—Mmm...supongo que lo normal. Algunas posturas del kamasutra y poco más.

—¿Alguna que sea tu preferida?

—Siempre hay una preferida.

—¿Me vas a decir cuál?

—No —y los dos empezamos a reír.

—En el kamasutra hay posturas que son imposibles de hacer y Además, está pensado para las parejas heterosexuales.

—Coincido contigo sobre que hay posturas imposibles y Además, peligrosas, pero las parejas homosexuales también las pueden hacer, sobre todo si son dos chicas— vaya, esto le ha debido de resultar un poco raro e interesante, porque me mira muy detenidamente—

—¿Y tú como sabes eso, si eres hetero? ¿Acaso experimentaste con tus compañeras en tus años de universidad? —¡qué cara de pícaro ha puesto! ¡Pues sí que está interesado en el tema!

—¿Te encantaría saber la respuesta, verdad? —empezó a reír— ¿Te da morbo pensar en dos tías liándose, a que sí? —volvió a reírse y yo había dado justo en el blanco.

—No me has respondido —me dijo todavía con ojos expectantes y son una preciosa sonrisa en su boca.

—Ni tú a mí tampoco.

—La verdad es que me cuesta mucho imaginarte enrollada con una chica y Además, sé que te gustan los chicos.

—¿Cómo lo sabes?

—Mmm...secreto profesional.

—No me vale esa respuesta. Mójate un poco.

—¿Segura?

—Sí.

Y ni corto ni perezoso se levantó, vino hacia dónde yo estaba sentada y se puso de rodillas junto a mí. Mi sonrisa se evaporó y pasó a ser una línea recta. ¿Qué pretendía? Su cara estaba a la misma altura que la mía. Yo me congelé, pero ¿qué iba a hacer allí, besarme? No. No podía, tenía novia. ¿Me iba a

provocar para que yo lo besara? Mi cabeza iba a mil por hora pensando en todas las posibilidades, pero si mi cabeza iba rápida, mi corazón bombeaba al límite de sus posibilidades. Nuestros ojos estaban a menos de 20 centímetros y a la misma altura. Él se humedeció los labios y empezó más que a hablar, a susurrar:

—Si te gustan los hombres, ahora mismo tienes que tener el pulso muy acelerado y al juzgar por el subir y bajar de tu pecho lo estás.

—El que tenga el pulso acelerado no quiere decir que esté excitada. Son dos cosas totalmente diferentes.

—¿Segura?

—Sí. Puedo tener el pulso acelerado porque simplemente me intimida tu mirada o porque estás muy próximo a mí. Para saber si una mujer está excitada tienes dos formas, pero ninguna podrás practicarla conmigo.

—Supongo que estarás pensando en dos muy íntimas, pero hay una tercera. Los pechos. Si tienes los pezones duros, es que estás excitada. Y tú los tienes —por favor, ¡qué descarado! ¿Qué se quería hacer el machote conmigo?

—Puede ser también porque tenga frío. Lo siento, pero si quieres verme excitada lo tendrás que hacer mejor. El que estés delante de mí de rodilla, no es precisamente excitante, por muy roja que esté en estos momentos —algo se le debió de pasar por la mente ya que a continuación le apareció una sonrisa pícaro— ¡No te atreverás! —le dije intuyendo su mirada.

—¿Qué te apuestas?

—Lo que quieras, pero no creo que sea lo más correcto, ni para ti ni para mí. —Se separó un poco de mí y mirándome directamente a los ojos, se iba a quitar la parte superior del pijama. Empezó a subírsela lentamente, enseñando unos bonitos abdominales, un pecho sin ningún bello. Me iba a dar un infarto si seguía. Cuando tenía la camiseta a punto de sacársela por los hombros lo toqué en el hombro e hice que se la colocase nuevamente— No sería correcto exceder nuestros límites profesionales, Leonardo —ya a mí me costaba lo mío tener mis sentimientos controlados, cuanto más si él se proponía seducirme.

—Que conste que tú has sido la que se ha rajado —y empezó a reírse como diciendo, ¿has visto como yo tenía razón?, estabas excitada. Ni corta ni perezosa, sin decirle absolutamente nada, me quitó la manta de mis piernas y

las puse entre el cuerpo de él. Hice que este se tumbara sobre la alfombra blanca, ya que con mi cuerpo me iba aproximando al suyo. Estaba a cuatro patas sobre él, pero no nos rozábamos. Ahora él tenía la respiración acelerada y se había puesto serio— Sofía...esto...

—Tranquilo.... Seguirás conservando tu virginidad cuando terminemos —ahora le apareció una pequeña sonrisa en esa boca tan seductora, pero él no se movió ni un centímetro tras colocarme encima de él. Seguía respirando con dificultad. Le empecé a susurrar al oído y para ello bajé un poco más mi torso, pero sin tocarlo y mirándolo directamente a los ojos— Solo quiero aclararte unas cuantas cosas. La primera: si te vas a tirar un farol conmigo que sea bueno, por favor. Ya habrás podido comprobar que no me ando por las ramas. Segundo: espero que esto quede entre nosotros, es decir, que no se lo vayas a contar a tus amigotes, porque no quiero comentarios inapropiados. Tal como tú me pediste discreción, ahora mismo también te lo pido yo. No sería nada productivo, para ninguno de los dos, que esto se conociera. Tercero: si te da un calentón y quieres un revolcón búscate a otra. No sé qué tipo de relación tienes con Isabella, pero a mí no me gusta jugar con chicos comprometidos. Y por último... ¿quieres que compruebe cómo de excitado estas?....— su respiración seguía bastante acelerada, por el subir y bajar de su torso— Solo me hace falta agachar un poco el culo y apretarme contra ti para comprobarlo —él me miraba intensamente. Podríamos fundirnos juntos solo con el calor que mi cuerpo poseía. Estaba realmente excitada. Su olor, su cercanía. Esos preciosos ojos azules que parecían un océano. Sus labios... Joder... que ganas de besarlo...

—No.... hará falta —me dijo con una sonrisa

—Eso pensaba —y me levanté. Le iba a ofrecer una mano, pero ya él se había incorporado. Supuse que estaba algo nervioso por salir de aquí. Le quise dejar claro cuáles eran las normas del juego que parecía que había empezado entre nosotros.

—Muchas gracias por la charla, ha sido... muy instructiva. Buenas noches.

—Buenas noches, Leonardo.

En las cenas, que era prácticamente cuando coincidíamos, nos mirábamos y lo que más me gustaba de él era, que si estaba hablando contigo te miraba directamente a los ojos. Sabía por experiencia, que cuando una persona te caía

bien el sentimiento era mutuo, pero suponía que si te gustaba alguien eso no era igual. Cuando se acercó a mí, y con su boca tan cerca de la mía, lo hubiera dejado besarme a pesar de que tuviera novia. Hacía bastante tiempo que no me masturbaba y hacía mucho más que no estaba con un hombre.

MIÉRCOLES 9

Para estrenar mi nuevo coche, me fui con María de compras. Ella se había tomado al pie de la letra el dinero para compras que ponía en mi contrato y me compró mucha ropa, una talla o dos menos de la que tenía mis actuales prendas. Entre ellas había pantalones, faldas, camisetas, ropa interior, pijamas, lencería muy sexy, zapatos y una multitud de complementos. Vamos, lo que se decía un vestuario nuevo. Prácticamente, mi vieja ropa había pasado a una maleta al final del vestidor. Fuimos a un sin fin de tiendas, a las que a mí nunca se me hubiera ocurrido ir por lo caro que era todo, pero claro, yo estaba acostumbrada a comprar en el mercadillo, que con 50 Euros venías con bastantes prendas. Aquí en estas tiendas, a veces no tenías ni para comprar una. Después de pasar infinitamente la tarjeta de crédito y antes de que empezara a echar humo, fuimos a tomarnos algo. Parece que no, pero esto era muy agotador.

—Me alegro mucho de que estés con nosotros Sofia.

—Yo también me alegro. La verdad es que sois maravillosos.

—Sabes... desde que estás en casa, he notado que Gio está muy cambiado. Ya, cuando viene conmigo de compras, no se pone tan caprichoso. Por último, terminé por no llevármelo porque quería de todo.

—Te entiendo. El otro día que yo me lo llevé estuvo dando el numerito porque quería unos cereales de chocolate y me negué a comprarlos. Le dio un buen berrinche en el supermercado y viendo que no entraba en razones me fui muy despacio de su lado. Cuando llegué al final del pasillo y viendo que no le hacía caso, se vino hacia a mí y ya seguimos bien con la compra.

—Desde que falta su madre, he de confesar que tanto su padre como yo lo hemos malcriado.

—¿Qué le pasó a su madre?

—Su madre era una modelo italiana muy famosa allí y muy bella. Era una mujer muy especial para todos nosotros. Después de dar a luz a Gio se sentía muy gorda y empezó a tener problemas con la comida. Padecía de bulimia. Aparte de eso, Leo la encontró en varias ocasiones esnifando cocaína y una cosa llevó a la otra y murió de un infarto cuando Gio tenía solamente 2 años.

Cuando ocurrió eso, yo ya estaba viuda, con que me hice cargo del niño. He intentado rellenar el hueco que dejó su madre como he podido, pero es complicado ser madre y abuela a la vez. Leo ha tenido muchas parejas desde entonces, pero ninguna se parece a nuestra adorable Gisela —dio un pequeño sorbo a su refresco e inspiró profundamente y siguió con la historia. Se notaba que aquellos días fueron complicados para ella— Gio no se ha llevado bien con ninguna de las novias de Leo. No sé si es que no quiere cogerles cariño o simplemente espera que se vayan con el tiempo. Desde que estás con nosotros, veo a Gio más ilusionado y parece que te ha aceptado desde el principio. Lo de Juanito le llegó al alma —empezamos a reír—, todavía me acuerdo de la cara de mosqueo que puso, y desde ese momento, supo que serías estricta y no le harías gracias a esas tonterías como hacían sus antiguos tutores.

—¿Tantos profesores han pasado por allí?

—Más de los que me hubiera gustado. La última que estuvo era una chica que creemos que prefería ligar con Leo que darle clases a Gio.

—¿Por eso fue por lo que me preguntó si yo quería ligarme a su padre?

—Sí, efectivamente. Aunque solo tiene ocho años es un niño muy despierto y observador, no se le escapa lo más mínimo. Ya me comentó Leo cómo os conocisteis. Venía súper enfadado porque le habían manchado su jersey nuevo, antes de una entrevista, que al final fue contigo.

—Sí, me lo imagino.

—¿Seguimos con las compras o te apetece volver a casa?

—Prefiero que nos vayamos a casa. Estoy muerta.

—Muy bien, vámonos.

JUEVES 10

Se había llevado toda la tarde lloviendo, no con mucha intensidad, pero la suficiente como para tener que coger el paraguas. Por la noche, empezó a llover torrencialmente y con la lluvia llegaron los truenos y los relámpagos. Antes de acostarse Gio, fui a su dormitorio para pedirle un favor:

—Gio, ¿te vienes a dormir conmigo?

—¿Por qué?

—Me da miedo los truenos y como sé que tú eres muy valiente me preguntaba si no te importaría dormir conmigo en mi cuarto.

—Claro, pero voy a decírselo a la abuela para que no se vaya a asustar.

—No te preocupes, yo ya he hablado con ella y no hay ningún problema.

Estábamos preparando la cama para dormir, quitando los cojines y poniéndolos a un lado cuando Gio reparó en una foto que tenía junto a mi mesita de noche. Era una foto de mi familia.

—¿Tú tienes dos hermanos, Sofía?

—Sí, un hermano y una hermana.

—¿Y cuándo tenías miedo, quién dormía contigo?

—Por lo general mi hermana, porque nosotras compartíamos cuarto.

—¿Es divertido tener hermanos?

—Tiene su parte buena y su parte mala. Buena porque puedes jugar con ellos y cuando los necesitas sabes que te van a ayudar y mala porque te peleas con ellos por los juguetes y por tonterías.

—Mis amigos me cuentan muchas veces que se han peleado con sus hermanos, y vienen con arañazos o con golpes. Es lo que tú dices. Se pelean por los juguetes, las chuches y cosas así.

—¿Te gustaría tener un hermano o hermana?

—Pues no lo sé. ¿Tú crees que debería tener uno?

—Yo creo que tendríamos que apagar la luz y dormirnos, que mañana tienes colegio y ya es tarde.

—Vale. Un besito.

Apagamos la luz y a dormir. La mañana siguiente amaneció sin una nube en el cielo. Había estado toda la noche lloviendo sin parar y con bastantes truenos.

Como cada mañana, yo era el encargado de llamar a Gio para que se levantara para ir al colegio y cuál fue mi sorpresa cuando me encontré la cama sin deshacer y con una nota que decía: «duermo con Sofía». Me pareció un poco extraño que Gio durmiera con Sofía, pero de todas formas, tenía que levantarlo para el colegio. Encendí la luz del comedor para tener un poco de luz y cuando llegué al dormitorio me encontré a Sofía abrazada con Gio en posición cucharita y los dos durmiendo profundamente. Me daba pena levantarlo, pero no podía esperar más o se le haría tarde. Me acerqué a la cama muy cuidadosamente y lo llamé mientras lo movía un poco:

—Gio, hora del cole —le estaba susurrado.

—Mmm

—Venga Gio, que vas a llegar tarde —ella en ese instante había abierto los ojos y me había visto.

—Mmm

—Gio, cariño, levántate, que si no, no vas a llegar a tu hora al cole y luego te ponen parte —le dijo Sofía a Gio

—Jo, yo quiero dormir un poco más —protestó Gio

—Enciende la luz de la mesita de noche, Leonardo.

—Vale, vale, ya me levanto —dijo Gio no muy convencido.

—Anda, dame un beso y a vestirse como un relámpago —el niño salió disparo para su cuarto.

—¿Por qué está Gio durmiendo contigo, si no es mucho preguntar? —le pregunté a Sofía en cuanto Gio abandonó el dormitorio.

—Me da miedo los relámpagos y Gio se ofreció a hacerme compañía —respondió algo dormida. Era verdad. Lo recordaba del cuestionario que le hice, pero no suponía que fuera tan grave como para tener que dormir mi hijo con ella.

Leonardo apagó la lámpara y dejó que siguiera durmiendo, hasta que me levanté a las 9:00. Ese día me tocaba recoger a Gio del colegio, con que había salido más tarde de lo habitual de casa. Me llevé ropa para después cambiarme tras ducharme en el gimnasio. Llegué al gimnasio ataviada con unas mallas finas, una camiseta y sujetador deportivo, igual que hacía siempre. Me puse los cascos y me fui directamente a la máquina de correr para calentar. Empecé andando y fui aumentando la velocidad poco a poco. Después de correr 20 minutos volví a realizar lo mismo, pero a la inversa, de mayor velocidad a menor. Cuando me bajé, me sequé el sudor y al empezar a andar me choqué con un chico al cual no lo había visto.

—Perdona —le había gritado, ya que continuaba con los cascos puestos— Lo siento, no sabía que lo había dicho tan fuerte —me di cuenta de que lo había gritado debido a que todo el mundo me estaba mirando.

—Jajaja, no pasa nada.

—Me llamo Sofía.

—Javier —y nos estrechamos las manos—. Pues ya nos vemos por aquí, Sofía.

—Muy bien, Javier.

Javier era lo que habitualmente se solía decir, un chico atractivo. No era un chico guapo, pero tenía su encanto. Tendría unos 37 años, con un poco de barba, pelo oscuro y mirada penetrante. Poseía unos bonitos ojos marrones oscuros, unos labios muy sensuales y los músculos bien marcados. Era prácticamente casi igual de alto que Leonardo, pero este, se le veía que tenía pelo en el pecho y era más madurito. Casi siempre lo veía por el gimnasio ayudando a diferentes personas. Posiblemente fuera uno de los monitores del gimnasio, aunque no llevaba el mismo uniforme que ellos. Se lo tendría que preguntar la próxima vez que lo viera.

VIERNES 11

Gio llevaba varios días queriendo ver una película de miedo, pero el cine de terror era uno de los que menos me gustaba ver, ya que, después te quedaban algunas secuelas de ciertas escenas y alguna paranoia. Gio quería ver el «Amanecer de los muertos» una película de zombis, y esa misma mañana me llegué al videoclub del cual ellos eran socios y me la traje para casa. Esa noche María había quedado con las amigas y me comentó que Leo había quedado con los amigos para salir. Como estábamos solos, decidí comprar unas palomitas para hacerlas al microondas, ya que el protestón de Leonardo no iba a estar por allí diciéndome cuántas calorías tenían aquellas dichosas palomitas. Tras cenar, nos duchamos. A continuación, cogimos una mantita que yo tenía en mi apartamento para ver la tele y con ella nos taparíamos. Pusimos las palomitas en un gran bol de plástico y nos sentamos a ver la película. El salón estaba a oscuras y teníamos el volumen del televisor más alto de lo normal. Estábamos los dos muy atentos a la escena, puesto que se había abierto una puerta y una pareja estaba durmiendo, pero en el fondo del pasillo se veía a una chica con sangre en el camisón. Mi corazón latía rápidamente. Solo con esa música de suspense ya me tenía nerviosa. El padre se despertó y observó a su hija. Cuando la vio con la boca ensangrentada, le pidió a su esposa que aún dormía, que llamara a una ambulancia, pero la hija se abalanzó sobre el cuello del padre y fue la madre la que lo apartó de él. Tiró a la niña al pasillo y cerró la puerta con pestillo, para que no volviera a entrar, mientras atendía a su marido. Por la forma de actuar, dio a entender que era enfermera o doctora. Intentó llamar a urgencias, pero las líneas estaban colapsadas. Se volvió mientras seguía llamando por teléfono y su marido la atacó, teniendo la suerte de que no pudo atraparla. Cogió las llaves del coche que estaba en un mueble y se refugió en el cuarto de baño cerrando la puerta tras entrar. Se quedó un momento en él, puesto que no escuchaba nada a través de la puerta y se acercó a esta y llamó al marido... Y entonces, noté como una mano se posaba sobre mi hombro y me apretaba... A Gio, también debió de tocarlo a la vez que a mí, porque los dos pegamos un gran grito simultáneamente: yo me caí al suelo del salón con la intención de salir corriendo de allí, mientras que Gio había tirado hacia arriba todo el bol con las palomitas que quedaban. Cuando consigo estabilizar mi corazón, Leonardo ya había encendido la luz del salón y se estaba riendo de nuestro numerito, mejor dicho, tronchándose con lo ocurrido.

—¿Pero tú eres tonto o qué? ¿Cómo se te ocurre hacernos algo así? ¡¡No tiene ni puta gracia!!

—Eh... cuidado con las palabrotas —él seguía riéndose sin parar— Es que me lo habéis puesto a tiro. Mejor escena imposible.

—Jo papá no tiene gracia. Creo que me he cagado y todo con el susto.

—Anda, vete para arriba y cámbiate, Gio.

—Vale Sófi.

—Leo, ni se te ocurra volverlo a hacer nunca más y lo digo en serio.

—Vale, vale. Intentaré que no vuelva a ocurrir. ¿Estás bien?

—¿Por qué lo dices?

—Te has golpeado con la mesa en un brazo.

—Pues no me había dado cuenta —empecé a tocarme ese brazo, pero creo que con el susto hasta el brazo estaba inconsciente—. No, no me duele.

—Mejor así. Solo venía a deciros que volveré tarde.

—Pues muchas gracias por avisar —le dije sarcásticamente.

—De nada. Ha sido un placer —me respondió el muy imbécil. Si antes le tenía pánico a las películas de miedo ahora más.

Gio y yo continuamos viendo la película, pero ya con la luz encendida y con el sonido más flojo. No nos volverían a asustar así nunca más.

SÁBADO 19

El sábado había quedado en salir con mi amiga Margui de fiesta. Primero, una cena para las dos solas en un restaurante chino, que estaba pendiente el rollito de primavera, y luego nos íbamos a juntar con su grupo de amigos para ir a algún pub o discoteca. Aunque solo hacía diez días que había ido de compras, ya notaba la ropa algo más suelta desde que la compré. Para dicha cita, había elegido un pantalón de pinzas negro con su respectiva chaqueta y un top rojo de licra con tirantes finos. Tenía el escote en forma de pico. Cuando la compré la había visto muy escotada, pero María me había dado el visto bueno y me dijo: «Lo que se vayan a comer los gusanos, que lo vean los humanos. Tienes un pecho muy bonito como para esconderlo» Me había puesto un sujetador que me levantaba el pecho. También fui a la peluquería, ya que necesitaba cambiar de look. Hacía tiempo que necesitaba un buen corte de pelo, pero me gustaba mi melena. Decidí darse unas transparencias rubias y cobrizas y seguir con la melena por debajo de los hombros. La peluquera me dejó el pelo liso. Estaba cogiendo una botella de agua del frigorífico cuando escuché:

—¿Sofía?

—Hola, Leonardo, ¿qué tal estás?

—Bien, gracias.

Desde el día en que me dio el gran susto viendo la película en el salón, no nos habíamos vuelto a coincidir por la casa y de eso hacía ya ocho días. Me miraba una y otra vez de arriba abajo, ¡pero qué descarado era este hombre! ¡Ya se podía cortar un poco! ¡Al final me iba a poner colorada y todo! ¿Sorprendido por el cambio que he dado? Claro, siempre me ves con vaqueros más bien anchos, porque eran más cómodos al igual que las camisetas, y ahora, con ropa estrecha y con cuatro kilos menos, era normal que no parara de mirarme. Mi pelo suelto y sin gafas, cualquiera se podría quedar sorprendido. Aunque no éramos los mejores amigos, nuestra «relación» estaba algo más calmada. Parecía que ya se le había pasado el mosqueo que tenía conmigo y aunque no hablábamos mucho, ya cuando nos veíamos por el pasillo nos parábamos para hablar de cosas triviales como podía ser el tiempo, cine o de Gio. Eran nuestros únicos temas de conversación. No habíamos vuelto a hablar de sexo. Ambos preferíamos no tocar ese tema porque no fuera a tener

alguna consecuencia, aunque sinceramente, me encantaría tenerla sobre todo si iba seguida de un orgasmo.

—Solo he venido por una botella de agua y ya me voy.

—¿A dónde vas, si se puede saber?

—Primero voy a ir a cenar con una amiga. Luego iremos a algún bar a tomar algo y a bailar si los zapatos me lo permiten.

—¿Amiga con derecho a roce o sin él? —Yo pensando que no sacaría más el tema y ahí estaba.

—Me temo que sin derecho —y los dos empezamos a reír.

—Pues que te diviertas.

—Gracias.

Aquella noche la pasé de lujo. Después de cenar fuimos a un pub muy conocido en Madrid, según Margui, y menos mal que me lleve unos zapatos más cómodos, porque así y todo, al día siguiente amanecí con los pies hecho polvo. Tuve varios admiradores, pero ninguno que valiera la pena acercarse. Allí nos encontramos con nuestro profesor de salsa y estuvimos un buen rato bailando con él y su novia. Margui me había insistido en que me apuntara a clases de salsa con ella y acepté a principios del mes de marzo. Íbamos un día a la semana dos horas seguidas. Suficiente para sudar, aprender a bailar y reírnos un poco de los patosos que había en clase. Nosotras no éramos las mejores del grupo, pero con el poco tiempo que llevábamos, no se nos daba del todo mal. Algunos días, pero muy esporádicamente, quedaba con Margui para ir a su apartamento y ensayar las dos juntas.

MARTES 22

Son las once y media cuando decido irme para la cama, después de un larguísimo día, pero antes de acostarme decido hacer cincuentas flexiones. Ya había apagado la luz del cuarto de baño y me iba a meter en la cama cuando llamaron a la puerta. Abrí completamente la puerta. Me sorprendí al verla allí con la cara descompuesta, empecé a preocuparme y rápidamente le pregunté:

—¿Ha pasado algo, Sofia?

—No, no, todo está bien.

Tras ella contestarme, escuché un sonido muy fuerte proveniente de la tormenta que había afuera y ella se agarró a mí, fuertemente, tan fuerte que pensaba que me iba a partir en dos. Recordaba que le daban miedo los truenos. Este último había caído muy cerca de la casa. Solté el pomo y la abracé, para ver si así se sentía más segura y dejaba de apretarme tanto. Nada más abrazarla, sentí un cosquilleo por todo el cuerpo. ¿Qué fue eso? No le di la mayor importancia. Viendo que ella no me soltaba y que seguía temblando, la fui separando lentamente de mí y con mis manos puestas en sus brazos, mirándola directamente a los ojos le volví a preguntar el motivo de su preocupación:

—¿Qué es lo que te pasa, Sofia?

—Me da pánico los truenos. Necesito que estés conmigo hasta que pasen, te lo pido por favor. Los demás ya están durmiendo. Si no fuera importante para mí no estaría aquí molestándote.

—Ya eres mayorcita para esto. Anda, vete a la cama y ya verás que no pasa nada —no entendía cómo podía darle tanto miedo los truenos si nos encontrábamos bajo techo. Si estuviera en el jardín, lo podría entender.

Volvió a retumbar otro trueno, pero este había sonado tan cerca, que me asusté al escucharlo, ya que parecía como si hubiera caído dentro del dormitorio y tuve la necesidad de mirar hacia la ventana para comprobar que solamente había sido afuera. Cuando volví a mirar hacia donde estaba Sofia, ella ya no estaba allí. Se había ido. Menos mal. Me encontraba demasiado cansado para hacer el tonto, pero cuando fui a cerrar la puerta, me di cuenta de que ella se había hecho un ovillo en posición de cuclillas en el suelo, y había

colocado sus manos en los oídos. Joder, pues sí que tenía que estar asustada. Sabía que en algún momento me iba a arrepentir de que entrara en mi cuarto y durmiera conmigo, pero estaba demasiado cansado para estar esperando a que pasara la tormenta. Sabía que ella era prudente y no le diría nada a Isabella... joder, Isabella. Me cortarían los huevos y se harían un par de pendientes con ellos si se enteraba de que la iba a meter en mi cama. Ya habíamos tenido alguna bronca que otra por esto mismo, pero ahora era diferente. No era sexo, si no dormir. Hacía años que no dormía solamente con una chica, sin sexo de por medio. Una novedad, sí señor. Bueno, que Dios me cogiera confesado por hacer esto. Me daba demasiada pena dejarla así como estaba. No me podía creer que estuviera temblando. La toqué para que me mirase y le tendí la mano para ayudarla a que se levantara del suelo. Nada más que colocar su mano sobre la mía volví a sentir aquella electricidad que me recorrió por completo. Sin decirle nada más, con su mano cogida de la mía, tiré suavemente de ella para que entrara hacia el dormitorio. Me fui hacia el sitio en el cual prefería dormir y ella se dirigió hacia el otro lado. Esperaba que no roncara.

—Anda, entra en la cama y tápate que estas helada. ¿No roncaras, verdad?

—No.

—¿Apago la luz?

—Sí. Gracias Leonardo. —Me acosté en la parte izquierda de la cama, bocarriba y mi cabeza descansaba bajo mi mano izquierda y la otra simplemente la había dejado pegada al cuerpo. A pesar de que no se había acercado a mí, notaba cómo ella titiritaba y podía notar su cuerpo frío. Eso era lo que necesitaba ahora mismo, porque entre la manta y el ejercicio estaba hirviendo.

—Leonardo —Respiré profundamente antes de contestarle. Mi paciencia se estaba terminando.

—Dime Sofía.

—En cuanto pase la tormenta me iré a mi cuarto —no esperaba menos de ella— y...

—Y...

—No es por tentar más mi suerte esta noche, pero ¿sería posible que me acurrucaras un rato? Desde aquí puedo notar el calor que desprendes y yo

estoy helada.

—¿Algo más quiere la señorita?

—Con eso sería suficiente.

—Venga, acércate. ¿Cómo te vas a poner? —la verdad era que un poco de fresquito me ayudaría a coger mejor el sueño. A ver cómo quería ponerse porque después de casi un mes sin sexo, mi cuerpo respondía por sí mismo.

—¿Posición cucharita? —¡Ja!, ni de coña. Se me pondría dura en cuanto empezara a acercarme a ella.

—No hemos follado como para hacer eso —lo siento chiquilla, pero esa postura era exclusiva para mi novia, con la cual tenía sexo y tú eso no lo tendrías conmigo.

—Eso tiene remedio rápido, pero si te da cosa, date tú la vuelta y yo me acerco por detrás.

¡Será descarada! Me lo dijo como la que no quería la cosa y se quedó tan tranquila. ¡Qué fuerte me pareció! Pero eso no fue lo más grave. Lo peor era que si se hubiera puesto un poco melosa y me hubiera acariciado con algo de insistencia, en menos de diez minutos se hallaría debajo de mí gimiendo. Arrinconé ese pensamiento en algún lugar de mi cerebro para poder únicamente conciliar el sueño. Me coloqué de lado, mirando hacia afuera, para que ella se aproximara por detrás. En cuanto sentí su cuerpo frío en mi espalda, me tensé rápidamente. Fue un acto reflejo. Se hallaba verdaderamente fría y sus pechos estaban rozándome justamente en la parte superior de la espalda. ¡Joder, me excité! Otra vez, mi cerebro hizo de las suyas. Ahora, me imaginaba esos grandes pechos... ¿serían suaves, cómo tendría los pezones? Si seguía por ahí con mis pensamientos al final me iba a dar el calentón del año e iba a hacer todo lo posible por follármela y me temía que las consecuencias de todo ello iban a ser enormes. Intenté relajarme otra vez y funcionó. Tras colocarse, lo más próximo a mí, pero sin tocarme apenas, ella pondría su mano sobre su cadera, pero se le caería ya que me rozó a mí y sentí como volvía a levantarla. Seguramente no encontraba una posición con la que estuviera cómoda. Jajaja que graciosa, ha intentado pasar su mano para ponerla en mi pecho, pero se ha acobardado y eso que no me había tocado. Cariño, la posición más cómoda era poniendo tu mano sobre mi abdomen, pero como sabía que eso no lo ibas a intentar, porque sería demasiado para ti,

lo haré yo mismo, y a ver si así te duermes pronto, que tú podrás dormir todo lo que quieras, pero yo me tenía que levantar temprano. Joder, me excité otra vez cuando coloqué su mano sobre mi abdomen, pero solo necesitaba unos segundos para calmarme. La verdad era que me ha venido genial que ella estuviera fría. Se acercó un poco más a mí tras cogerle la mano y podía notar que estaba helada. ¿Cómo una persona podía estar tan fría con un pijama gordo y los calcetines? Se amoldó a mi cuerpo; noté sus muslos contra mis abductores y sus pies también estaban fríos, a pesar de que llevaba los calcetines. Me dio pena y enlacé mis pies con los de ella, para que se terminara de calentar.

Eran las cinco de la madrugada. Tenía el reloj junto a mí y lo más curioso, era que seguía en la misma posición, pero ella ya no estaba. Me di la vuelta y ella estaba mirando hacia el otro lado. Inconscientemente me moví hacia donde ella se encontraba. Me amoldé a su cuerpo y le pasé la mano por encima, posándola en su abdomen. Cuando me di cuenta de lo que acababa de hacer, era demasiado tarde. Ella había atrapado mi mano contra la suya y yo simplemente, dejé que mis ojos se cerraran de nuevo. Ya se encontraba mucho más caliente y mmm... su pelo olía muy bien. Me gustaba el olor de su cuerpo. Eran las siete y cuarto cuando mi reloj de mesa sonó. Lo tenía programado para que saltara con música, en vez del típico pitido que hacía que me levantara de mala leche. Cuando conseguí abrir los ojos, ella ya no estaba allí. Se ha tenido que ir antes, pero no mucho antes, porque todavía seguía un poco caliente su lado. Solo por curiosidad cogí su almohada y la olí. Mmm... Era lo único que se me venía a mi mente. Parecía como si oliese a cerezas. ¿Sería su olor corporal o su perfume? Fuera lo que fuera, me gustaba.

«No hay nada que incremente más la lujuria que lo prohibido.» Blanca Miosi.

MIÉRCOLES 23

Como de costumbre me fui al gimnasio después de desayunar. Tras aparcar, me encontré con Javier que también iba para el gimnasio. Empezamos a andar hacia la puerta mientras hablábamos:

—Buenos días, Sofia.

—Buenos días, Javier.

—¿Le puedo hacer una pregunta?

—Claro, dime.

—¿A qué se dedica?

—Pues soy entrenador personal. Mi labor consiste básicamente en sacar el mayor rendimiento físico de una persona.

—Ah, tiene sentido lo que me comenta. Es que suelo verle por aquí casi siempre que vengo, pero había descartado que formara parte del grupo de monitores del gimnasio, ya que no lleva la misma indumentaria.

—Por favor, tutéame.

—Muy bien. ¿Y que suelen contratarte por horas? —le pregunté mientras entrábamos en el gimnasio.

—Por lo general, sí. Una o dos horas suele ser lo normal.

—Y ya para terminar y no ponerme muy pesada... ¿cuánto cobras por la hora?

—Suelo trabajar con personas que se dedican al mundo del deporte y he de reconocer que soy caro, pero también muy bueno en lo que hago. Si quieres te puedo ir dando pequeños consejos de ejercicios que puedes hacer para fortalecer tus músculos. Estás perdiendo mucho peso y por tanto, necesitas que toda esa piel que se está formando vuelva a su sitio — tras lo que acaba de decirme me paré en seco, sorprendida por aquella confesión tan inocentemente dicha, y él se volvió a mirarme.

—¿Cómo sabes que estoy perdiendo peso?

—Llevas casi un mes por aquí y a las chicas guapas hay que vigilarlas de

cerca —dijo mientras me guiñaba un ojo y se iba hacia el vestuario masculino— Dentro de un rato te busco y te digo unos ejercicios que te vendría bien.

Solo retumbaba una palabra en mi cabeza... ¡guau! No sé si sería solamente un cumplido, pero sabía perfectamente cuanto tiempo llevaba por allí. Ese día estuve realizando los ejercicios mucho más animada de lo habitual. Tal como había dicho el atractivo Javier, a la hora vino a buscarme y me estuvo explicando un par de ejercicios para hacer. Cuando me duché me quedé nueva con tanto correr y tanto deporte. Al otro día tendría bastantes agujetas.

Hoy era el cumple de Margui y le organizamos una fiesta sorpresa. Ella solamente sabía que debía vestirse elegante. Nos reunimos, entre chicos y chicas, 19 personas. Pensé en llevarme el coche, pero era más cómodo coger un taxi. Me fui directamente hacia el restaurante. Una vez que estuvimos todos sentados, llegó ella junto con sus compis de piso, con los ojos vendados. Al quitarle la venda, le cantamos cumpleaños feliz con una tarta que había traído uno de los camareros, la cual sería nuestro postre. Mientras esperábamos que nos trajeran la comida, íbamos dándole los regalos, poco a poco. Cuando me tocó el turno, se lo di, ya que ella estaba sentada enfrente de mí. Una vez que lo abrió, creí que se iba a morir. Era una camiseta firmada de Christian, su ídolo. Leo tuvo el detalle de pedírsela en mi nombre y este de firmarla. En cuanto la vio, vino hacia mí sonriendo. Era la última camiseta que había salido a la venta y por lo general, siempre estaba agotada. Me dio un gran abrazo y estuvo más que encantada de enseñárselas a todos. La mayoría me preguntó que de dónde la había sacado y a todos les dije lo mismo: «Tengo un jefe con algunos enchufes». Una vez que terminamos de comer, nos íbamos a ir a tomar una copa, puesto que solamente eran las 22:15. Una vez que nos repartimos en los coches, me quedé sola con Roberto, un chico que había conocido algunas semanas atrás y con el que estuve hablando durante la cena. Pensaba que Margui vendría con nosotros en el coche. Me dio un beso en la mejilla y me dijo: «Luego hablamos» Me guiñó un ojo y se fue. Tras acompañarlo al coche y montarme, este puso un poco de música house de fondo. Arrancó y salimos los cuatro coches más una moto, todos en fila. Al girar en una rotonda, todos giraron a la derecha, pero él siguió hacia adelante:

—Voy a sacar dinero que hay en un cajero más adelante. Ahora nos reunimos con ellos, no te preocupes.

Ya me quedé un poco más tranquila al decirme hacía dónde nos dirigíamos. Paró en doble fila y sacó rápidamente dinero. Tras acomodarse, dimos la vuelta y retomamos nuestro camino. Me puso la mano en la rodilla y yo ni lo miré. Estaba mirando hacia afuera, ya que esa parte de la ciudad apenas la conocía. Después de unos minutos, volvió a subir la mano por el muslo, poniéndolo casi en el medio de este. Ahora sí que lo miré. Se estaba tomando demasiadas confianzas para no conocerme. Lentamente le quité la mano de mi muslo y se la dejé en el suyo. No quería nada con él y era mejor dejárselo claro. Él siguió conduciendo, pero al cabo de los minutos la volvió a poner:

—Roberto, por favor, quita la mano de mi pierna.

—¿Por qué? ¿No te gusta?

—Eres un chico muy simpático, pero no estoy interesada en tener nada contigo.

—¿Te gusta otro chico?

—Sí —seguía con su mano puesta en mi muslo, y yo me estaba poniendo nerviosa.

—¿Quién es?

—Y a ti qué te importa.

—¿Siempre eres tan borde?

—No. Lo siento. Gracias por llevarme, pero agradecería que me quitaras la mano de la pierna.

—¿Y si no quiero? —ahora la movió hacia el interior de mis muslos. Ya eso era el colmo.

—Pues tanto la conversación como el viaje no van a terminar muy bien.

—¿Sabes que me gustas desde que te vi? Pero cuando te he visto esta noche, uff, estabas espectacular. Ese pantalón te hace un culo precioso y la camiseta te marca muy bien las curvas —ahora intenté quitarle la mano, pero hizo fuerza con sus dedos, haciéndome daño.

—Haz el favor de soltarme. Me estás haciendo daño.

—¿No te apetecería echar un polvo rápido antes de reunirnos con los

demás?

¿Pero este tío era tonto o se lo hacía? Me estaba cabreando. Giró hacia el sentido contrario de dónde nos esperaban los demás. Me encontraba bastante nerviosa. Paramos en un semáforo y ni corta ni perezosa, me iba a bajar.

—¡Eh! ¿Pero qué haces, te has vuelto loca?

—¡Suéltame imbécil!

—¡De aquí no te bajas! —volvió a apretarme el muslo con su mano. Lo miré y le di una cachetada. Enseguida me soltó. Me desabroché el cinturón. Abrí la puerta y puse un pie fuera, pero él me agarró del brazo, cayendo mi bolso al suelo del coche.

—Suéltame o será lo último que hagas esta noche.

Estaba conduciendo el BMW X6, regresando a casa, cuando Jorge me llamó. Conecté el manos libres y estuve hablando con él:

—¿Leo, ya solucionaste lo de la discoteca?

—Sí, ya voy para casa. ¡Anda!

—¿Qué pasa?

—El coche que está delante de mí, está en plena pelea.

—¡Cuenta!

—Estoy en un semáforo en rojo. Delante hay un coche y dentro hay una pareja joven. Están discutiendo. La chica ha sacado un pie del coche, pero no se ha bajado. Está buscando algo en el suelo del coche, pero el chico se acaba de bajar y corre hacia ella. Están discutiendo. La ha cogido por los brazos. ¡Ostras!

—¿Qué ha pasado?

—La chica le ha dado un buen empujón, chocando este contra el coche. Ella se quiere ir pero el tío la ha vuelto a coger, pero esta vez por la cintura y se la ha acercado. Va a besarla... ¡Joder! ¡Auch.....!

—¿Qué ha pasado? ¡No te quedes callado!

—¡Ahhh...! Le ha metido un magnífico rodillazo en la entrepierna. Creo que he escuchado cómo le partía los huevos. Hasta a mí me duele con solo

pensarlo. Jajaja... El muy imbécil se ha hecho una rosca contra el coche. La chica le ha dado con ganas. Ella camina hacia mí bastante enfadada... ¿Sofía?

—¿Qué dices de Sofía ahora?

—Que la chica es Sofía. Te dejo.

—¡Leo, coño, no me cortes ahora....! —Me quité el cinturón y me bajé del coche y empecé a llamarla.

—¡Sofía! —ella se volvió, pensaba que era ese inútil— ¡Sofía!

—¿Qué?

—¡Sofía, soy Leo!

—¡Leo! —de fondo se oía... «Sofía por favor, no te vayas...Sofía...» Nos miramos. En sus ojos había puro fuego. Estaba realmente enfadada.

—Sofía, ¿te ha hecho algo?, ¿se ha propasado contigo? —ella se giró a mirarlo con cara de asco. Vimos cómo este todavía no se había incorporado completamente. Se volvió a girar y me contestó.

—No, no ha pasado nada. Por favor, Leo, sácame de aquí.

Nada más entrar pude olerla. Volví a oler a cerezas pero también a jazmín. Se montó y se abrochó el cinturón. Simplemente aceleré y me la llevé de allí. Desde que se montó estuvo mirando por la ventana sin dirigirme la palabra. Apretaba la mandíbula y estaba seria. Tenía las manos en el regazo y vi cómo les temblaban. Su respiración era agitada. Cerró los ojos y colocó su mejilla contra el asiento. Lo había tenido que pasar realmente mal. Tras conducir unos minutos, rompí el silencio. Parecía que se iba calmando poco a poco.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio, Sofía?

—¿Para dónde ibas?

—Para casa.

—No. Vayamos para casa.

—¿Quieres hablar de lo que te ha pasado? O... ¿prefieres que vayamos a tomar un café o una copa?

—Ahora mismo, no me apetece hablar. Dame un poco de tiempo —Ella estaba bastante nerviosa. Todavía le temblaban un poco las manos.

—¿Te ha hecho algo?

—No. Estoy bien —me miró y forzó una sonrisa. A los cinco minutos de haber salido de allí le sonaba el teléfono.

—Dime Margui.

—¿Qué te ha pasado con Roberto? Me ha dicho que te habías bajado de su coche y te has montado en otro. ¿Estás bien?

—Sí Margui. Todo bien. Oye, ahora mismo no puedo hablar. Mañana te llamo y hablamos, ¿vale?

—¿El gilipollas de Roberto te ha hecho algo? Porque como así sea, te juro que cuando llegue, le corto las pelotas. Él me pidió que os dejara a solas. Si te ha hecho algo...

—Margui, que estoy bien. Tú disfruta de tu noche. Yo me voy para casa.

—¿Es verdad que te has montado en el coche que estaba detrás de vosotros?

—Era mi jefe y no te preocupes.

—Oye... Sofía, por favor...

—¡Margarita, escúchame! —solamente la llamaba así cuando estaba cabreada— Estoy bien. Mañana hablamos detenidamente y te cuento todo lo que quieras saber.

—¿Él está ahí?

—Sí.

—Vale. Mañana hablamos. Besitos.

—Besitos —Él seguía sin decir nada. No tenía ganas de llegar a casa. Seguía demasiado nerviosa como para poder dormir— ¿Sigue en pie ese café?

—Claro.

Nos desviamos hacia un restaurante. Nada más entrar, Leo saludó al maître. Este directamente nos llevó a un reservado. Nos sentamos uno al lado del otro. Una vez que vino el camarero, Leo se ofreció a pedir por los dos. Nos trajeron un tazón de moka para cada uno. Leo me explicó que tenía un tercio de café y dos tercios de leche, pero además, se añadía una parte de

chocolate con leche y crema de leche encima. Tras removerlo como él me había indicado, lo probé. Estaba realmente delicioso. Una vez que entramos en el local, mis nervios ya casi habían desaparecido. El encuentro con Roberto había sido bastante desagradable.

—¿Estás mejor?

—Sí, muchas gracias Leo. Me has salvado la noche.

—¿Te apetece contarme lo que pasó?

—¿Quieres que te cuente la versión corta o la larga?

—Estoy empezando el café y tengo tiempo —me dijo con una amable sonrisa. Hasta con un vaquero estaba realmente sexy. Necesitaba que él me aclarase una duda que siempre me había surgido.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro, dime.

—Necesito que me aclares algo de la psicología masculina —asintió y yo continué—, pon tu mano sobre mi rodilla.

—¿Qué?

—Que pongas tu mano sobre mi rodilla. Necesito ponerte en situación.

—A ver Sofía, el que yo ponga tu mano sobre la rodilla no cambiará nada. Continúa.

—¿Te da corte?

—Sí, un poco.

—¿Te importa si te la pongo yo? —Él dudaba— Por favor, Leo. No vamos a hacer nada indecoroso —Entonces, él asintió—, si tú me pones la mano ahí mientras conduces, ¿cuáles son tus intenciones?

—Pues depende de muchas cosas.

—Por ejemplo... —Había muchas variables a tener en cuenta sobre la cuestión que Sofía me planteaba.

—Si previamente somos pareja o hace tiempo que nos conocemos. Si me das algún detalle más, yo podré ser más explícito —ella quitó su mano de mi rodilla para coger la taza de café. Al ponerla, había notado un escalofrío que

me había recorrido todo el cuerpo.

—Al chico lo conocí hace algunas semanas. Me lo presentaron y poco más. Hoy, mientras cenábamos, se sentó a mi lado y hemos estado hablando. Por lo visto, él le pidió a mi amiga Margui que nos dejaran a solas.

—Vale, entonces le gustas —me volvió a colocar la mano en la rodilla, y otra vez, esa electricidad me volvió a recorrer el cuerpo. Yo no podía dejar de mirarle la mano. Ella esperaba respuesta—, si ha puesto ahí la mano es que estaba tanteando el terreno —ahora subió su mano hasta ponerla en la mitad de mi muslo. Ahora me estaba poniendo nervioso yo— ¿eso fue lo que hizo a continuación? — ¡joder, me estaba excitando a pasos agigantados!

—Sí.

—¿Igual que me la has puesto a mí?

—Sí, creo que sí. ¿Hay mucha diferencia si la pone de otra forma? —ella quitó su mano de mi pierna.

—Si está más hacia el interior del muslo, es que está un poco salido y ya pasa de formalidades. Pero si es así —y ahora fui yo el que le puso la mano en el muslo, tal como ella lo había hecho conmigo— aquí está viendo si eres receptiva. Es decir, si le vas a dejar continuar sin poner ningún obstáculo. Si hubiera movido su mano hacia el interior del muslo —e hice el movimiento. Ella dio un pequeño respingo— prácticamente te está pidiendo permiso para meterte mano.

—¿Y si yo te quito la mano? —Y eso mismo fue lo que hizo. Me tomó de la mano y me la puso en la mesa.

—Pues tengo dos opciones: me doy por aludido, que eso es lo que suele hacer la mayoría de los chicos y desisten, o vuelven a intentarlo pasado... unos doce minutos. ¿He de suponer que no esperó el tiempo de cortesía?

—Efectivamente.

Me gustó el contacto de mi mano con su pierna y cuando ella tomó mi mano y me la puso en la mesa. Tenía unas manos suaves. Volví a ponerle la mano en la mitad del muslo. Ella me miró y no dijo nada, sino simplemente hizo exactamente lo mismo sobre mi muslo. Yo le sonreí. Volví a subirla un poco más y con los dedos le hice una breve presión. Ella sonreía. Ella movió su mano hacia el interior de mis muslos y al igual que yo hice, aplicando una

leve presión con sus dedos. Los dos estábamos en silencio y nuestras respiraciones eran aceleradas. Me tocaba mover ficha. Esto parecía una partida al ajedrez. Nos mirábamos directamente a los ojos. Esta vez, dirigí mi mano hacia el interior de sus muslos. Si ella subía la longitud de su mano, directamente estaría en mi ingle. Mis huevos me iban a explotar. Estaba muy cachondo. Solo con ese breve roce con sus yemas sobre mi pantalón me la estaba poniendo dura. Vale, estábamos jugando con fuego y alguno de los dos se iba a quemar. ¿Pero quién sería? ¿Cuál de los dos pararía? ¿Se atrevería ella llegar hasta la ingle? Estaba bastante excitado solamente con el hecho de tener su mano en mi muslo y la presión de sus dedos me estaba calentando a pasos agigantados. Nada más mirarla, supe la respuesta: tenía una sonrisa pícaro en sus aterciopelados labios.

—Un movimiento más y te doy jaque mate, Leo.

—¡No te atreverás!

—¿Qué te quieres apostar?

—Lo que quieras.

Sosegadamente, empezó a subir su mano por mi muslo. Mi entrepierna tenía vida propia. Podía notar cómo Sofía iba subiendo poco a poco acercándose a mi ingle. Se estaba tomando su tiempo. Supongo que para hacerme reaccionar: la paré. Puse mi mano sobre la suya. Esta vez, perdí. Ella había sido más osada que yo. Nos terminamos nuestro café y antes de irnos:

—Quiero mi premio.

—Tú dirás.

—Quiero un beso cariñoso.

—Sofía...

—Has perdido, Leo. Ya te dije, que si te tirabas un farol conmigo, que fuera bueno —Lo recordaba perfectamente, cómo para que olvidara aquella noche. Salí de allí muy nervioso. Haría de tripas corazón— cuando tú quieras. —Tomé una gran inspiración y me fui acercando a ella muy tranquilamente y cuando me faltan diez centímetros para llegar a sus labios, movió la cara y me puso la mejilla. Eso me desconcertó y me paré— ¿Qué te pasa?

—¿No querías un beso cariñoso?

—Sí. Me lo puedes dar en la mejilla o en la frente. Como prefieras —me dijo ella tan tranquilamente. Eso me desconcertó aún más— Si te piensas que te estaba pidiendo un beso en los labios, siento decirte, que respeto tu relación de pareja como para pedirte eso. Vivo lejos de mi familia y hay veces como hoy, que necesito un beso y un abrazo. ¿Por qué te crees que me besuqueo tanto con tu madre? Simplemente, es una forma de tener cariño y sentirme un poco protegida.

¡Joder!, ella se estaba sincerando. Era verdad que la había visto muchas veces abrazarse a mi madre y casi siempre que se veían por las mañanas se daban un beso, pero no le había dado importancia. Iba a retomar el darle el beso, cuando se levantó.

—¿Nos vamos? Creo que es hora de regresar a casa.

—Espera —me acerqué a ella y la estreché contra mi cuerpo. Ella a su vez me colocó sus manos sobre mi espalda. Era un abrazo mutuo. Me encantó. Un rápido cosquilleo atravesó todo mi cuerpo. Tras separarla, le di un beso en la mejilla—, ahora nos podemos ir.

Llegamos a casa. Desde que nos montamos, ninguno de los dos había vuelto a hablar. Ella estaba algo pensativa. No podía soportar lo dolida que se veía, pero lo peor era que no sabía qué podría hacerle para que eso cambiara. Tal vez, necesitaba otro abrazo. Me gustó la sensación de protección que le ofrecí. Si lo pensaba bien, nunca me había dado un abrazo en público con Isabella. Qué diferentes eran las dos. Tras bajarme del coche, pude ver que Sofía se había secado los ojos. ¡Uff...!, esto era el colmo! Podía con todo, menos el ver a una mujer llorar. Me acerqué a ella y me sonrió. Vale, ella tampoco quería que la viera llorar, pero algo en mi interior se revolvió al verle caer una lágrima. Lo que fue, no lo sabía, pero necesitaba acurrucarla entre mis brazos para hacerle saber que yo la protegería. Me acerqué a ella y la atraje hacia mí. Le puse las manos en la espalda y la apreté contra mí. Ella empezó a temblar y se agarró fuertemente a mí.

—Sofía, si necesitas llorar, hazlo. Seguiremos así hasta que estés bien —y eso fue lo que hizo. Podía notar sus lágrimas sobre mi camisa, pero no me importaba—, tranquila preciosa, todo pasó —yo le seguía pasando mis manos por la espalda, de arriba abajo, y de vez en cuando, le tocaba el pelo. Coloqué mi cabeza sobre la de ella. Cuando fue parando de llorar me acordé de algo—, algún día me tendrás que aclarar si en el colegio, a las chicas, os dan una clase

extra de cómo cascarle los huevos a los hombres, porque pude oír cómo les crujió al idiota ese —noté como ella sonreía. Se separó de mí y tenía una preciosa sonrisa. Con el dorso de mi mano le enjuague las últimas lágrimas.

—Gracias.

—No tienes por qué darlas —ella fue a separarse, pero no la dejé. Le puse el brazo por el hombro y así subimos las escaleras. La acompañé hasta el apartamento, y una vez allí, la volví a atraer hacia mí y le di un fuerte abrazo—. Siempre que lo necesites, búscame. Estaré encantado de regalarte uno —se separó de mí y me miró a los ojos. Subió una mano y me acarició la mejilla. Fue un acto muy tierno por su parte. Me dolía hasta respirar, ¿qué me estaba pasando? Prácticamente estábamos a la misma altura, ya que ella lleva puesto unos tacones altos.

—Gracias —y me besó en los labios. Fue tan rápido que me quedé perplejo— Gracias por lo de esta noche, pero esto no se volverá a repetir. Tú y yo no nos podemos permitir esta cercanía y aunque me encantara pedirte un abrazo diario, no es correcto y los dos lo sabemos —asentí— Buenas noches.

—Buenas noches.

Me fui a mi dormitorio con la sensación de que me había perdido algo. ¿A qué vino ese beso? Tampoco fue un beso salvaje ni erótico.... era....era un beso de despedida. ¿Ella también habría notado esa electricidad que corría entre nosotros cada vez que estábamos juntos?

JUEVES 24

—He visto en la entrada que tienes el coche un poco guarro, por decir algo —me comentó Gio.

—Eres muy observador, Gio.

—¿Por qué no lo llevas a que te lo laven?

—¿Y por qué no me echas una mano y este sábado como recompensa vamos a Faunia? —Giovanni me miró con antipatía. Seguramente nunca había lavado un coche, para ese trabajo ya había gente que lo hiciera— Con la cara de asco que has puesto, seguro que nunca lo has hecho. A mí me parece algo que debe hacer toda persona por su coche.

—Vale.

—Yo voy por la aspiradora y lo demás, y tú a por la manguera.

—¿Dónde está eso?

—En el jardín.

—Vale.

Cada cual estuvo realizando sus labores sin coincidir en lo más mínimo pero después de que pasara la aspiradora me puse con Gio al lavado con jabón de la zona exterior. Pusimos un poco de música para animarnos y ya empezamos a charlar y creamos un buen ambiente de trabajo. Jorge había llamado al porterillo de la casa y Gio fue a abrirle.

—Hola, Gio, ¿está tu padre?

—No, ha salido.

—Cuando termines te puedes pasar por mi casa, que al coche de Laura también le hace falta. Hola, Sofía —yo lo saludé con la mano.

—¿También me vas a pagar, Jorge?

—¿Ella te paga? —En ese momento Jorge se había fijado en mí. Llevaba unas mallas algo ajustadas en comparación del día en que habíamos jugado al póquer. Aquel día llevaba unos vaqueros más bien anchos. Se estuvo fijando en cómo me estiraba para limpiar la parte delantera del coche y también me había mirado la parte superior, ya que llevaba una camiseta ancha, la cual la

tenía anudada abajo, pero no dejaba ver nada más. Jorge tampoco era muy sutil en cuanto a miradas se tratasen. Literalmente me estaba devorando con la mirada.

—Claro. Me va a llevar a Faunia el sábado —dijo Gio con una gran sonrisa en los labios.

—Interesante. Hasta luego, chicos.

Por lo general, la hora de la cena era un momento de tertulia para todos los componentes de la casa. Solíamos ponernos al día en ese momento e intercambiar lo realizado durante el día. A Leonardo le gustaba mucho ese momento familiar que con los años se había ido perdiendo, según me comentó María. La relación entre Leo y yo había avanzado un poco más desde la noche en que dormimos juntos. Nos sentíamos más relajados cuando estábamos en la misma habitación. Ya no me ponía como un tomate cuando él me hablaba y eso lo agradecía enormemente. Estábamos todos cenando en la mesa de la cocina cuando saqué el tema de Faunia:

—Esta tarde Giovanni me ayudó a limpiar el coche y como estamos estudiando los diferentes grupos de animales, he pensado que sería bueno para él ir el sábado a Faunia, siempre cuando ustedes estéis de acuerdo.

—Es una buena idea —respondió Leonardo.

—¿Ya sabes a qué hora os vais? —preguntó María.

—Abre a las diez y media. Lo ideal sería salir de casa a las diez. Preparamos algo para picotear allí y pasamos el día completo. ¿Os apuntáis alguno de los dos?

—Estamos los dos liados Sofía, pero seguro que lo pasáis genial —comentó María.

—Se me había olvidado por completo. Hoy he estado hablando con Christian y nos ha invitado el domingo a una barbacoa en su casa. Iremos los tres —informó Leonardo.

—¿A qué tres te refieres Leo? —preguntó María.

—Gio, Sofía y yo.

—¿A mí también me han invitado? —pregunté incrédula. Pensaba que Christian me lo había dicho por compromiso.

—Sí, me dijo expresamente que vinieras tú.

—Habrá que preparar algo para llevar. ¿Sabes cuántos seremos?

—Pues ni idea.

—¿Me puedes facilitar el teléfono para llamarlo? Me gustaría preparar algo de postre.

—Espera que lo llamo.

—Dígame.

—Hola, Christian, soy Leo. Mira, acabo de hablar con Sofía lo del domingo y me pregunta que cuántos seremos que le gustaría preparar algo para llevar.

—Anda, que no sea tonta y no prepare nada, ya se encarga Emma de todo —tras Leo comentarme lo que Christian había dicho, tomé el mando de la conversación telefónica.

—¿Me permites el teléfono? —Leo muy amablemente me lo ofreció—... Buenas noches Christian.

—Buenas noches, Sofía.

—¿Me puedes poner con la señora de la casa, por favor? Es mejor hablar sin intermediarios, si no te parece mal.

—No, por supuesto. Toma Emma, quieren hablar contigo. Es Sofía.

—Buenas noches, Sofía.

—Buenas noches, Emma. Ante todo agradeceros la invitación.

—De nada, Christian venía muy animado tras la partida de póquer y como ha dado un tiempo bueno, pues por eso lo de hacer la barbacoa.

—Quería preguntarte cuántos seremos para comer. Me gustaría preparar un postre.

—Pues en un principio seríamos las 4 parejas con los respectivos niños, pero hasta mañana no podría confirmarte seguro.

—Pues si no es mucho inconveniente, cuando sepas los que somos, que Christian avise a Leonardo para preparar más o menos cantidad. ¿Os gusta el chocolate?

—Mmm nos encanta a todos —rio.

—Entonces perfecto. Hasta el domingo.

—Hasta el domingo.

VIERNES 25 Y SÁBADO 26

—¿A qué hora os vais mañana, Sofía? —preguntó Leo que seguía hablando por teléfono.

—A las diez —respondí.

—Sí. Ella se pasa a recoger a Aron. Vale Jorge, ya hablamos. Hasta luego.

—¿Quién es Aron?

—Es un compañero de clase de Gio y que ha sido invitado a vuestra salida.

—¿Estás de cachondeo, no? —yo que hasta ese preciso momento había estado sonriente, pasé a ponerme seria rápidamente.

—No, ¿por qué lo dices? —comentó Leo de forma natural.

—Porque en mi contrato no aparece nada de hacer de canguro de niños ajenos a esta familia.

—¡Pues te lo tienes que llevar y se acabó la discusión!

—¿Tanto te hubiera costado preguntármelo antes de invitarlo?

—Mira, es así de simple. Su padre es amigo mío y como Gio se lo había dicho a Aron, pues su padre me llamó para ver si te lo podías llevar. Y deberías estar contenta porque se querían venir los dos hermanos —ahora Leo se había enfadado conmigo porque le estaba plantando cara en vez de asimilar sus órdenes, algo habitual en nosotros.

—¡¡Esto es el colmo!!

—¿Por qué te ríes, mamá?

—Porque ya parecéis un matrimonio —se carcajeó.

—¡¡Me debes una Leonardo, apúntala a la cuenta!! —dije muy enfadada, y me fui de la cocina bastante cabreada con él.

Al cabo del rato, algo más calmado tras la discusión que habíamos tenido, Leonardo vino a buscarme al apartamento. Yo estaba sentada en el sofá leyendo un libro.

—¿Puedo pasar?

—Puedes pasar —dije algo seria.

—No pensé que te molestaría el que invitara a uno de sus compañeros.

—Eso no ha sido lo que me ha molestado. Ha sido, el hecho de que no tengas en cuenta mi opinión. Te gusta ordenar y que yo las acate estando o no de acuerdo.

—Vale, lo siento. Intentaré consultarte en un futuro antes que nada.

—Gracias. —Vaya... ¿una disculpa de él? Pues era la primera vez que se había disculpado. Tendría que apuntarlo en el calendario como una bonita novedad y Además, no estaba precisamente enfadado conmigo por reprocharle una orden suya. Otra novedad.

—Me ha llamado Christian que al final seremos las dos parejas. Los demás no pueden. ¿Qué tenías pensado hacer de postre?

—Pues estaba entre un flan de chocolate o un postre de frutas con mascarpone. ¿Cuál te apetece más?

—Quizás el de frutas.

—Si te hago una lista, ¿me lo compras mañana todo?

—Yo no sé si podré, pero si yo no puedo, ya se lo digo a mi madre.

—Gracias.

—De nada, hasta mañana.

El sábado lo pasamos genial los dos chicos y yo. Se portaron muy bien y me hicieron caso en casi todo. Estuvimos en el ecosistema de los polos, viendo cómo vivían los pingüinos y como eran alimentados por sus cuidadores. Posteriormente, pasamos por el pabellón de sombras silenciosas el cual estaba habitado por animales nocturnos y así estuvimos todo el día, de pabellón en pabellón. Cuando tuvimos hambre nos hicimos un picnic con lo que había preparado. Unos bocatas con filete, unas zanahorias cortadas finas, patatas fritas y algo de fruta. Para merendar nos tomamos unas cuantas galletas y unos zumos. Cuando fueron las 20:00 nos fuimos a casa a descansar después del largo día. Hicimos muchísimas fotos y pasamos un día realmente bueno. Ese mismo día Leonardo había comprado todo lo que le había apuntado en la lista de la compra. Después de que llegáramos a casa y tras una ducha, Leo me ayudó a preparar el postre.

—Buenas noches, ¿qué estáis preparando que huele de maravilla? —había preguntado María.

—Un postre para mañana que tenemos barbacoa y no me gusta colarme en casa de nadie sin nada. Pero no te preocupes, hemos hecho uno para ti, no ibas a ser menos.

—Muchas gracias, corazón —y me dio un beso en la mejilla.

—¿Y para mí no hay beso que la estoy ayudando a cocinar y he ido por la compra? —las dos empezamos a reír por el comentario y María no tuvo más alternativa que darle un beso también a su hijo.

—¿Queréis probarlo ahora? —les pregunté a María y a Leo.

—Claro, no vaya a ser que eso no sea comestible —comentó Leo.

—Hombre de poca fe. Anda, pásame la fruta que está en el frigorífico enfriándose mientras yo voy montando un poco de mascarpone.

—Pues listo. Tú y yo, tendremos que compartirlo —le dije a Leo. Estábamos los tres, comiéndonos y saboreando el delicioso postre tranquilamente mientras charlábamos cuando Gio apareció en la cocina.

—Yo también quiero lo que estáis ustedes comiendo —comentó Gio en cuanto vio el postre.

—Toma Gio —le di a probar de mi cuchara.

Hasta ese momento no se había dado cuenta su padre de la complicidad que había entre Gio y yo. En vez de pedírselo a su abuela o a él, me había buscado directamente a mí. En dos meses, me había ganado la confianza y el cariño de su hijo, pero claro nos veíamos todos los días y estábamos prácticamente todas las tardes juntos. Más quisiera él, que Gio se llevara con Isabella igual de bien que conmigo, pero me temo que a su querida Isabella no le gustaban para nada los niños y a pesar de que llevaban dos años de relación, Gio la trataba como si fuera una extraña.

—Mmm está muy bueno. Yo quiero más —respondió Gio.

—Esta es la última, Gio —y esta vez se la dio Leonardo.

—Mis más sinceras felicitaciones a los cocineros. Está muy rico. Venga, Gio, da las buenas noches y para la cama. Ahora voy yo —comentó la abuela.

Gio le dio un beso de buenas noches a su padre y a mí, pero este se quedó un poco sorprendido al ver que su hijo también me lo daba. Esa costumbre de levantarnos y acostarnos dándonos un beso, me la había inculcado mi madre desde pequeña, y en mi opinión era la mejor forma de terminar o empezar el día y por eso, también se la estaba enseñando a un Gio un poco arisco.

DOMINGO 27

El domingo hizo un día soleado, sin mucho viento e ideal para hacer una barbacoa en la terraza. Llegamos a casa de Christian y Emma sobre la 13:00 para charlar y tapear antes de comer. Leonardo había comprado una botella de vino para llevarla a la casa y yo llevé el postre, el cual le faltaba la decoración final por montar. Cuando llamamos a la puerta, Emma fue la encargada de abrir, ya que Christian estaba preparando la barbacoa.

—Hola, chicos.

—Hola, Emma, tan guapa como siempre.

—Eres horroroso, Leo —los dos se echaron a reír.

—Te presento a Sofía. Sofía, ella es Emma.

—Mucho gusto —comentamos a la vez y nos dimos dos besos como forma de saludo.

—Pasad. Christian está en el jardín, liado con la barbacoa —comentó mientras señalaba hacia el jardín.

—¿Dónde te dejó el postre, Emma? —llevaba una bandeja con este.

—Vente conmigo para la cocina. ¿Necesita frigorífico?

—Lo podemos meter un poco en el frigorífico y cuando vayamos a comer ya se saca para que no esté muy frío.

—Estupendo. Te presento a nuestra pequeña Daniela que tiene un añito.

—¡Ains que cosa más bonita! —Daniela tenía un pelo rubio muy fino y con poca cantidad. Unos ojos azules grandes como su madre y unas mejillas sonrosadas gorditas. Estaba toda vestida de rosa. Parecía una muñeca sentada en su sillita. Tenía una cara de ser muy simpática, risueña y algo inquieta.

—Pues aquí estoy preparándole la comida y espero dársela antes de que nosotros comamos y así poder comer tranquilos, si no, no nos dejará, porque después de comer se pone muy tonta con el sueño que le entra.

—¿Te puedo ayudar con algo?

—¿Te atreverías a darle de comer? —Emma casi me miraba con cara de

pena.

—Claro, ¿por qué no? Que conste que va a ser mi primera vez.

—¿No tienes sobrinos?

—No. Mis hermanos son más pequeños que yo y todavía no se han casado ni han hecho ninguna trastada que implique niños.

Y allí estaba yo, distraendo a Daniela para que comiera sin que ninguna de las dos acabara hasta arriba de papilla. Leo fue a coger algo de la cocina y se quedó mirando cómo le daba la papilla a Daniela, embobado. Ella comió muy bien, era una chica tragona y después de comerse todo el puré y el yogur era hora de que su papi la durmiera.

—¿Te ha tocado a ti? —me preguntó Christian.

—Pues sí, pero lo hemos hecho muy bien, ¿a qué sí, Daniela? Cuéntale a papi como te lo has comido todo sin mancharnos mucho —tanto Christian como Emma y yo empezamos a reír.

—Pues te tomo el relevo. El fin de semana me toca dormirla a mí.

—Muy bien, toda tuya.

—Gracias.

Christian era un verdadero padrazo y en cuestión de un cuarto de hora estaba Daniela durmiendo en el salón mientras que nosotros cinco comíamos en la terraza. Leo se había quedado al cargo de la barbacoa mientras que Christian se había ausentado. Estuvimos charlando de todo un poco, hasta tratamos temas donde Gio estuvo conversando animadamente. Tras unas cuantas chuletas, ensalada, verduras a la plancha y alguna botella de vino era hora del postre. Todos nos habíamos quedado muy satisfechos con la comida, pero siempre se dejaba una parte para algo dulce.

—Voy a retirar los platos para tomarnos el postre, ¿os parece bien? —dijo Emma mientras los quitaba.

—Claro. Espera que te ayudo. Gio, coge las botellas y tráetelas a la cocina, por favor.

Mientras montaba la decoración de los postres, estuvimos Emma y yo charlando un poco cosas de chicas en la cocina:

—Según me comentó Christian eres la profesora de Gio y por lo visto, está sacando notas excelentes desde que estás con ellos.

—Efectivamente, pero...

—Jajaja... Pero creo que no solamente le ayudas con las cosas de clase, ¿me equivoco?

—¿Por qué lo dices? —no sabía a dónde quería llegar Emma con el comentario y paré de montar la decoración cuando la escuché.

—Aparte de que Gio está muy cambiado en cuanto a comportamiento, está muy pendiente de ti. Sinceramente, me he quedado muy sorprendida. Cuando estuvieron aquí las pasadas navidades, Gio era un torbellino. Arrasaba con todo lo que estuviera a su paso.

—Gio está un poco mal criado y creo que hay que educarlo siendo algo más estrictos. No se le puede dar a un niño todo lo que pide.

—Yo pienso igual que tú. Serás una buena madre.

—Muchas gracias. Muchas gracias, Gio —le dije a este cuando trajo las botellas vacías a la cocina—. Vete para la mesa que ya vamos nosotras con el postre —mientras le daba un bastoncillo de galleta como recompensa. Él iba más que contento mientras se lo comía.

El postre estaba presentado en un vaso ancho y bajo. En el fondo había manzana y piña troceada. A continuación, le añadí mascarpone previamente cocinado y por último un poco de chocolate rayado y un bastoncillo de galleta. Todos estuvieron más que encantados con el postre. Había sido una comida deliciosa.

Posteriormente Emma fue a preparar café a la cocina y en este caso fui yo a ayudarla mientras que Sofía y Gio se quedaban con Christian en la terraza:

—¿Qué te parece Sofía? —le había preguntado casi en un susurro a Emma.

—¿Sinceramente?

—Por supuesto.

—Espero que no te enfades conmigo, pero ella sería una buena madre para Gio. Es encantadora, guapa y muy simpática. Christian venía encantado de tu casa el otro día que estuvisteis jugando al póquer. Tal vez no sea una chica

como las que sueles estar acostumbrado a salir, pero es una mujer de los pies a la cabeza.

—Ya. La verdad es que Gio se lleva muy bien con ella —comenté mientras miraba hacia donde estaba Sofia y Gio sentados— No puedo decir lo mismo de Isabella y eso que me gusta mucho.

—Tu hijo ha cambiado mucho en muy poco tiempo. ¿Te diste cuenta cuando Gio quería pan o cuando ella le dijo que ayudara a quitar la mesa? Lo ha hecho rápidamente, pidiéndolo por favor y sin protestar ni nada. Ese no era el Gio que vino a mi casa estas navidades.

—Papá, Christian me ha dado permiso para jugar con su videoconsola que está en el salón.

—Muy bien hijo. Pon la tele bajita que está Daniela durmiendo.

—¿Ves el cambio?

—Ahora que lo dices, sí.

—También me contó Christian que la noche del póquer fue Gio a darte el beso de buenas noches. ¿Cuándo ha hecho eso?

—La verdad es que nunca. Siempre le tenía que pedirle yo un beso.

—Y ahora...

—Ahora es un beso por la mañana y otro por la noche.

—Tienes una joya en casa y todavía no te has dado cuenta.

—Ya. Será maravillosa y la mejor madre que Gio pudiese tener, y todo lo que tú quieras, pero a mí no me gusta. No es mi tipo.

—Ya, eso es diferente, pero yo creo que podrías enamorarte de ella si le dieras una oportunidad. El corazón de tu hijo ya lo tiene....Tal vez solo la ves como la profesora de tu hijo y no como una mujer.

—Por cierto, Christian, muchísimas gracias por la camiseta. Mi amiga se quedó maravillada cuando se la di. Todos los que estaban allí, fliparon.

—Jajaja, de nada Sofia, para mí fue todo un placer ayudarte. Cuando necesites alguna más, solo tienes que decírmelo.

—Muchas gracias de nuevo.

Seguimos hablando los tres y al cabo del rato Christian gritó desde la terraza:

—¿Qué habéis ido a fabricar el café?

—¡¡Ya vamos!!

—Bueno Sofia, ya que estamos todos, me gustaría que me explicaras tu técnica del póquer —comentó Christian.

—Mmm no sé, no sé, si te la cuento no voy a poder jugar más con ustedes aunque, después de ganarle a Leonardo no creo que me deje jugar otra vez.

—¿Y por qué habría de hacerlo? —preguntó Leo un poco enfadado.

—Ves, no quiere que le vuelva a ganar —los tres se rieron menos Leo que tenía cara de cabreado.

—No me volverás a ganar —afirmó Leo.

—¿Qué te quieres apostar? —le respondí.

—Lo que quieras.

—Va, no me sirve, después no cumples tus promesas. Todavía no ha me ha acompañado a la clase de salsa —les estuve explicando a Emma y Christian.

—Pero el día en que te di las llaves del coche me perdonaste la apuesta.

—Porque me enamoré de ese coche, ¡qué maravilla, qué curvas!.....

—Parece que estuvieras hablando de una mujer —rio Christian.

—Casi... este solo se queja si no le echo gasolina y me temo que las mujeres somos algo más complicadas.

—Uff no te puedes hacer una idea... —comentó Leo.

—Bueno, volviendo al tema de origen. Christian cuando tienes una buena mano te tocas el pelo, así como cuando sale una carta que te interesa de verdad.

—¿Qué yo hago eso? —dijo con los ojos muy abiertos, ya que estaba algo sorprendido.

—Sí.

—¿Y yo que hago? —me preguntó Leo el cual estaba muy relajado en el

asiento.

—¿Te acuerdas de que te puse un poco más de ron miel en el vaso? —él afirmó con la cabeza— Pues cuando tienes una buena mano bebes un poco.

—¡¡¡ Serás tramposa!!! —me dijo con los ojos muy abiertos por tal revelación.

—No jefe, soy lista que es muy diferente. Más vale maña que fuerza —y todos empezaron a reírse por mi comentario.

—Leo, ¿qué te parece si nos vamos a jugar con Gio a la videoconsola y dejamos a las mujeres solas para que puedan criticar tranquilamente?

—Me parece perfecto. Señoras —dijo con una reverencia de cabeza y los dos chicos estaban saliendo cuando Christian se paró en la puerta.

—¿Sabes también jugar al FIFA, Sofia?

—Lo siento, ese juego no se me da bien. Lo mío es más de matar bichos.

—Ah... había que intentarlo —rio Christian divertido.

—Es gracioso, se llevan todo el día jugando al fútbol y cuando cogen la videoconsola es para seguir jugando a lo mismo —comentó Emma.

—Son hombres y la verdad es que son simples: sexo y comida son básicamente su ley de vida. Nosotras en cambio queremos más y si pueden dar más, mucho mejor —ambas nos reímos porque sabíamos que eso era una verdad como una catedral de grande.

Permanecimos hablando el resto de la tarde y caímos en la cuenta de que teníamos más cosas en común de lo que inicialmente nos habíamos imaginado. Cuando Daniela se despertó, Leo estuvo jugando un rato con ella en el salón mientras que Christian y Gio jugaban. Cuando le tocó a él, se la llevó a Emma para poder jugar tranquilos, ya que era la hora de la merienda de Daniela y eso le tocaba a la madre. Christian no tenía mucha paciencia y ese día estaba demasiado entretenido intentando ganarles a los dos. Llegó la hora de irse y nos estuvieron despidiendo en la entrada.

—Espero que nos volvamos a ver otro día, Sofía. Ya sé sobre qué hora vas al gimnasio, a ver si allí podemos coincidir algún día que otro.

—Tú es que vas muy temprano al gimnasio y yo soy más dormilona, pero

espero que nos veamos pronto, Emma. Ha sido un placer conocerte.

—Ya le pido el teléfono a Leo y seguimos en contacto, si te parece bien.

—Me parece estupendo. Muchas gracias por todo.

Eran las 22:48 cuando decidí irme para la cama. Me quité la ropa, pero antes de ponerme el pijama me iba a lavar rápidamente los dientes. Salí para afuera del dormitorio, descalza, cuando se encendieron las luces del salón. ¿Ahora se encendían solas? Cuál fue mi sorpresa cuando vi a Leo que venía hacia donde yo estaba. ¡Joder y yo sin ropa! ¿Qué podía hacer?, ¿Me metería en el dormitorio? Imposible, ya me había visto y eso le diría que me daba miedo de que me viese en ropa interior. Uf, por lo menos llevo un conjunto de ropa interior bastante decente. ¡Ánimo Sofía y échale un par de huevos al asunto, me dije a mí misma! Se paró a un par de metros de mi posición y no paraba de mirarme. Normal, yo también lo haría si estuviera en ropa interior y mi lencería fuera de encaje blanco.

—Perdona, pero por si no te has dado cuenta, los ojos los tengo un poco más arriba —parpadeó un par de veces, supongo que para cambiar el rumbo de sus pensamientos. Bien, por fin se dignó a mirarme a la cara.

—¿No deberías llevar un poco más de ropa? —y el muy descarado volvió a bajar los ojos. Con la mano le hice señas para que mirase para arriba.

—¿No deberías de haber llamado a la puerta? Por lo general, a estas horas están todos durmiendo y por si no te has dado cuenta, es mi zona privada.

—Ya.

—Y por favor, sé un caballero y deja de mirarme así.

—¿Así como?

—Dándome un repaso de arriba abajo como si fuera la primera mujer que has visto en tu vida.

—Va, tampoco es para tanto —¿Qué? ¿Pero quién se cree que es él? ¿Míster España?

—¿Perdona?

—Me refiero que el conjunto te sienta muy bien, pero que hay otros con menos tela. ¿Te darías la vuelta? —me dice el tonto como el que no quiere la

cosa. ¿Aquí hay cámara oculta o yo estoy flipando? Me tenía que reír o le iba a dar un guantazo al muy descarado.

—¿Me has visto cara de tonta o es que te estás quedando conmigo?

—Ni lo uno ni lo otro. Tengo curiosidad por saber si es un tanga o normal —me acerqué a él, prácticamente nos encontrábamos a treinta centímetros. Se había excitado, ya que se le notaba un poco debido a que llevaba el pijama de tela. Volvíamos a jugar. Interesante.

—Si es un tanga... ¿qué va a ser lo siguiente, quitármelo con los dientes? —él empezó a sonreír, inspiró profundamente y dio un paso para atrás. Se mojó los labios con la lengua y empezó a sonreír nuevamente y negó con la cabeza.

—Sofía, eres una chica mala. No puedes jugar con fuego sin quemarte.

—Yo no estoy jugando con fuego, que yo sepa. Por cierto, no muerdo.

—Pero yo sí —volví a dar un paso hacia él y él volvió a hacer lo mismo: mojar los labios con la lengua y sonreír. Pero esta vez no dio un paso hacia atrás. Me seguía mirando descaradamente y el bulto en sus pantalones iba en aumento. Su respiración también era acelerada, al igual que la mía.

—¿Estás seguro de que no quieres morder?

—Solo sé que no debo. Si fuera otras circunstancias no estaríamos aquí hablando, te lo aseguro.

—Sabes que si quiero las circunstancias podrían cambiar.

—Lo sé. Soy consciente de ello, pero sé que eres buena conmigo. Solo venía a decirte que mañana recojas a Gio del colegio y lo llesves a sus actividades extraescolares. Mi madre va a estar liada toda la tarde y yo no podré.

—Sin problemas. ¿Algo más? —ambos seguíamos con una sonrisa en los labios.

—Nada más. Buenas noches.

Se fue de allí, pero antes de desaparecer, se volvió. Yo seguía en la misma posición.

—¿De verdad que no me lo vas a enseñar?

—Buenas noches Leonardo... —y con su maravillosa sonrisa salió del

apartamento.

MARTES 29

Después del entrenamiento diario comprometí a Christian para que se quedara un poco más. Era nuestro portero titular y había estado practicando un nuevo disparo. La verdad era que rara vez lo fallaba, pero necesitaba saber si también era complicado de parar. Después de casi una hora, decidimos parar. Nos fuimos a las duchas. En el vestuario solo quedábamos nosotros dos. Christian se puso en la ducha que estaba a continuación mía. Puse el agua templada, ya que me encontraba muy acalorado. Después de enjabonarme y enjuagarme apoyé mis manos contra la pared y bajé la cabeza mientras me seguía cayendo agua en la cabeza, cuello y espalda. Habían pasado dos noches desde que la vi en ropa interior y todavía no me podía quitar aquella imagen. Me hubiera encantado haberle dado yo mismo la vuelta para ver cómo era la parte de atrás de su braguita. Joder, si hubiera sido un tanga...me hubiera acercado a ella por detrás y le hubiera refregado mi erección contra su trasero. Después le habría bajado los tirantes del sujetador, le habría besado el cuello pasando mis labios por aquella piel que se veía tan suave y habría bajado mi mano...

—Leo, yo ya me salgo. Será mejor que cambies el rumbo de tus pensamientos o los termines de completar —subí la cabeza y lo miré. Miré hacia donde él miraba y allí estaba mi polla empalmada.

—¡Joder, lo siento Christian! —joder, ¡qué vergüenza!

—No hace falta que te disculpes. Deberías terminar lo que has empezado. Te espero fuera.

Y eso fue lo que hice. Volví al hilo de mis pensamientos. Terminé por masturbarme y correrme. Era la primera vez que me pasaba aquello en el gimnasio y menos mal que solo estaba Christian. Una vez fuera, Christian tenía colocado el pantalón y estaba sentado esperándome.

—¿Mejor?

—Sí, mucho mejor.

—¿Necesitas hablar de algo?

—Pues ahora que lo mencionas sí. Sé que eres muy prudente y por eso me gustaría que me dieras tu punto de vista, pero que conste, que esta

conversación no la hemos tenido nunca, ¿vale?

—Vale. Tú dirás.

—El domingo fui, más bien tarde, a decirle a Sofía que el lunes tendría que recoger a Gio del colegio. Cuando entré, en su apartamento, me la encontré en ropa interior. Después de recrearme y coquetear un poco le di el recado y me fui. Desde entonces no paro de fantasear con ella.

—¿Habéis tenido contacto carnal o solo visual?

—La semana pasada hubo truenos y a ella le dan miedo. Esa noche durmió en mi cama. Solo dormimos, te lo juro.

—¡Ostras Leonardo! ¿No crees que estás jugando con fuego?

—Sí, lo sé. Pero sabes lo peor, es que me muero por quemarme. Esta mal que yo lo diga, pero Sofía es una mujer muy sexy y con unas bonitas curvas. También es divertida y me siento muy bien cuando estoy a su lado. El lunes por la noche decidí sentarme enfrente de ella mientras cenábamos. Como el que no quería la cosa, la miré y le pregunté en voz alta: por cierto, ¿cómo eran al final? Cuando ella se pensó que me refería a sus bragas, me dio una patada por debajo de la mesa y se puso como un tomate. Tuve que reprimir mucho la risa. Ya cuando mi madre preguntó yo le especificué que me refería a las sábanas que me iba a comprar. No te puedes ni imaginar la cara de Sofía.

—Eres malo. ¿Dejarías a Isabella por ella?

—No... No lo creo... No lo sé. Me gusta el tira y afloja que tenemos, pero tanto como para dejar a Isa...

—Siento decirte amigo mío, que no deberías jugar con los sentimientos de Sofía. Cualquiera día te va a dar un buen calentón como el de hoy y si Sofía está por la labor, no te vas a escapar. Ella está soltera y sin compromiso alguno, pero tú, majete, tienes novia, aunque creo que no pasáis mucho tiempo juntos. ¿De verdad te merece la pena tener novia para verla diez veces al año?

Solo me encogí de hombros. Ni yo mismo sabía la respuesta.

Eran las siete de la tarde cuando llegué a casa algo cansado después de un largo día. Nada más llegar me encontré con mi madre, que me estaba esperando para irse al cine con sus amigas. Me dio un beso y se fue. Después dejé mis cosas en el dormitorio y subí a ver a Gio. Pensaba que iba a estar

jugando con la videoconsola, su pasatiempo favorito, pero no fue así. Se hallaba viendo un programa en la televisión encima de la cama envuelto en una manta. ¿Gio viendo la televisión? O Sofía lo ha vuelto a castigar o se encontraba enfermo.

—Hola, Gio, ¿estás castigado?

—No, papá. ¿Por qué lo dices?

—No estás jugando a la videoconsola.

—Ah, es que no me apetece.

—¿Te encuentras bien?

—La verdad es que tengo un poco de frío.

Le toqué la frente y lo noté bastante caliente. Lo dejé allí y bajé a buscar el termómetro. Una vez que subí con él, se lo puse y efectivamente tenía fiebre. Marcaba 38°. ¿Y ahora qué hacía? Hoy era martes, con que Sofía estaría en su clase de baile. Son las 19:55, con que posiblemente no hubiera empezado. La llamé a ver qué me decía. Después de llamarla dos veces no obtuve respuesta por su parte. Llamaría a mi madre para ver si hubiera suerte. Después de un par de intentos nada. Volví a llamar a Sofía, pero esta seguía sin cogerlo. Me estaba impacientando cuando empezó sonar mi teléfono:

—Hombre, por fin... ¿dónde coño tienes metido el móvil?

—Te iba a decir un borderío, pero espero que sea importante para tanta insistencia.

—Gio tiene fiebre. Dice que tiene frío y está bastante caliente.

—Yo lo he dejado hace media hora y se encontraba perfectamente.

—¿Qué hago? Mi madre se había ido al cine y no he querido importunarla.

—¿Le has puesto el termómetro?

—Sí, tiene 38° C.

—Vale... ¿Le has dado el Dalsy?

—No... ¿Eso qué es?

—¿Entonces qué has hecho?

—Pues lo he tapado porque tenía frío.

—Pues quítale todas las mantas o ropa de abrigo que tenga. Déjalo en pijama y mantenlo lo más fresco posible. Que beba agua aunque no quiera.

—¿Quieres matar al niño o qué?

—Haz lo que yo te he dicho sin discutir. Ahora mismo voy para casa.

Y después de decir eso me colgó. La mataba. ¡Ya no sabía en qué idioma decirle que no me colgara el puto teléfono! Pero esto no se iba a quedar así. ¡Me iba a oír!

Al cuarto de hora ya estaba en la casa y yo la estaba esperando en la cocina algo impaciente andando de izquierda a derecha de la cocina y vuelta a empezar. Tras abrir la puerta, allí estaba yo con los brazos cruzados y con cara de mosqueado porque me había vuelto a colgar el dichoso teléfono. Cuando fui a abrir la boca, para reclamarle y recordarle lo del teléfono, abrió la mano hacía mí y empezó a hablar sin darme ningún tiempo a nada más. Soltó el bolso en el recibidor y se quitó el chaquetón mientras seguía andando hacia la cocina:

—Guárdate tu mal humor para después. Vamos para arriba que hay que duchar a Gio —después de decir eso me fui para arriba para esperarla. Venía bastante acelerada y ni se me ocurriría llevarle la contraria—. Hola cariño, ¿cómo te sientes? —le preguntó a Gio tras ponerle los labios en la frente— Vamos a ponerte otra vez el termómetro a ver como sigues —a los segundos el termómetro marcaba 38.1°C—. Le está subiendo. Tómate esto Gio, venga, y ahora el zumo. Leo, prepara la ducha con agua templada.

Me fui inmediatamente a hacer lo que Sofía me había ordenado sin rechistar. ¡Había llegado la sargento! Ella cogió un nuevo pijama del armario y ropa interior para cambiarlo después de la ducha. Tomó a Gio de la mano y vinieron hasta el cuarto de baño.

—Leonardo, ayúdale a quitarse el pijama.

—¿No crees que esa agua está muy fría? —pregunté un poco preocupado tras tomar la temperatura del agua, el pobre se iba a congelar.

—Consiste en bajarle la temperatura, no que se dé un baño de agua caliente.

Gio estaba temblando, pero más tembló en cuanto le empezó a caer agua templada. Lo enjabonó rápidamente y después de quitarle toda la espuma, cerró el grifo, tomó una gran toalla y lo arropó en ella para secarlo. Yo miraba la escena como si estuviera viendo una película: estaba embobado. Tal vez, ella no fuera una de las chicas más guapa que había conocido, pero tampoco estaba mal. Allí estaba ella de rodillas, mimando a mi hijo enfermo. Se encontraba algo seria, concentrada en secar cada parte del cuerpo de Gio. Su boca estaba abierta y su respiración era un poco agitada por todo lo que estaba realizando. Tras quitarse el chaquetón, se había quedado en mangas cortas y en vaquero, un vaquero que le estaba algo ajustado marcando trasero. ¿Tendría el culo duro o no? Mmm...Me gustaba su perfil. Tenía un pecho generoso y unas caderas anchas, aunque su cintura era bastante estrecha. Todavía podía notar como ella se había acercado a mí por detrás la noche que dormimos juntos y cómo esta había pegado sus pechos a mí, los cuales los había notado fríos, pero suaves, y verla en ropa interior había sido una maravilla. Era una mujer muy sensual. Escuchaba mi nombre, pero muy lejos, pero los seguía mirándolos sin poder reaccionar. Vi como ella había cogido una zapatilla de Gio y me la tiró dándome en una pierna. Fue justamente ahí, cuando encontré nuevamente la realidad.

—¿Pero qué ... ? —pregunté molesto.

—Pues que no paro de llamarte y estás ahí haciendo el tonto. Dame la ropa de Gio para vestirlo.

Le acerqué la ropa y ella lo vistió rápidamente, puesto que Gio seguía tiritando. A continuación, lo acostó en su cama, pero únicamente lo tapó con la sábana. Me daba mucha lástima que estuviera temblando, pero era lo mejor para él, según había dicho Sofía. Espero por su bien que estuviera en lo cierto. Después de acostarlo, mi madre había llamado al ver las dos llamadas perdidas en su teléfono y me comentó que Sofía había hecho lo correcto. Como el niño estaba plácidamente durmiendo, los dos nos fuimos a cenar a la cocina.

—Gracias por todo, aunque sigo molesto por lo del móvil —le había dicho a Sofía después de hablar con mi madre y quedarme más tranquilo.

—De nada. Siento haberte colgado. Lo siento de veras, pero me puse muy nerviosa.

—Por favor, no lo vuelvas a hacer. No te puedes ni imaginar el coraje que

me da.

—Intentaré recordarlo para un futuro. ¿Qué hay para cenar?

—Hay un poco de berenjenas con queso, pero no lo suficiente para los dos.

—¿Preparo un par de tortillas a la francesa con un poco de cebolla y perejil y compartimos las berenjenas?

—Vale, perfecto. Siento haberte fastidiado tu noche de baile.

—No te preocupes, ya iré la próxima semana. Esta semana intentaré quedar con mi amiga Margui para que me enseñe lo que han hecho hoy y así no quedarme atrás. ¿Me acercas dos huevos, leche y el perejil? —me dijo mientras troceaba un poco de cebolla y ponía un poco de aceite en una sartén a calentar.

Me quedé muy sorprendido al verla moverse en la cocina. De un golpe firme y rápido partió los dos huevos. Empezó a batirlos y posteriormente le echó un poco de sal y un poco de leche: —Es para que esté la tortilla más esponjosa —me había explicado al ver la cara tan rara que tuve que poner. A continuación, le añadió la cebolla muy picada y un poco de perejil también troceado. Lo echó todo a la sartén y cuando estuvo dorada por una parte, media vuelta y para que se hiciera por el otro lado. Mientras tanto, estuvo recogiendo el cuchillo y el plato que había utilizado y los metió en el lavavajillas. Sacó dos platos limpios y un par de cubiertos. Tomó las berenjenas y las metió en el microondas y la puso tres minutos, tras taparlas con una tapadera, para que no salpicara el microondas.

—¿Hay algo que no sepas hacer? —le pregunté al ver su destreza en la cocina. A mis antiguas ex novias y a la actual nunca las había visto cocinar.

—Demasiadas cosas.

—Dime una.

—No sé cambiar una rueda del coche, ni coser, por ejemplo. Lista la tortilla. ¿Pillas las berenjenas y el pan?

—¿Pan a estas horas?

—Venga jefe, mañana me porto bien y estoy diez minutos más corriendo.

—Si lo vas a cumplir, los cojos —y ella con su carita de ángel aceptó con

un gesto de cabeza—. Pues sí que está buena la tortilla.

—Me alegro de que te guste. ¿Gio está llamando?

—Sí, creo que sí. Subo yo, ahora vengo. No te lo comas todo —diciéndolo por las berenjenas.

—Valeeee.

A los segundos de que Leo se fuera empezó a sonar su teléfono, pero como no cesaba de llamar y era identificación oculta, contesté:

—Dígame...

—¿Quién eres y qué haces con el teléfono de mi novio?

—Ah, hola Isabella. Soy Sofia. Leonardo ha subido a ver a Gio que está enfermo y se ha dejado el teléfono en la cocina. Si quieres, ahora le digo que te llame cuando baje.

—Tú no eres nadie para cogerle el teléfono —Aunque nunca habíamos tenido mucho contacto entre nosotras, no nos podíamos ver. La antipatía era mutua, aunque yo tenía algo más de educación.

—¿Quieres algo más? —Su voz cada vez se me hacía más insoportable.

—Sé perfectamente que te gusta Leo y tratas de engatusarlo ganándote a su hijo pero que sepas que eso no te va a funcionar porque.... —le corté la llamada. Estaba cansada de escuchar gilipollecitas de esa niñata pija y egocéntrica porque no tenía otro nombre.

Al segundo de haber cortado la llamada, ella volvió a llamar y esta vez estaba allí Leonardo para cogerlo:

—Yo ya he terminado de comer —dijo mientras colocaba su plato, vaso y cubierto en el lavavajillas— ¿Qué quería Gio?

—Un yogur.

—No te preocupes, yo se lo subo y me como el mío con él —mi móvil no paraba de sonar—. Es Isabella. Si quieres comer tranquilo, te recomiendo que comas y luego la llares —y se fue con dos yogures para arriba.

—Hola, cariño. ¡Qué hola ni mierda! ¿Qué hace esa imbécil cogiendo tu teléfono?

—A ver Isabella, cálmate un momento. Gio está enfermo y...

—¡¡Pero ella no es nadie para coger tu teléfono!! ¡Leonardo, esto se tiene que terminar ya! Esa arpía se quiere liar contigo y lo único que está haciendo es engatusarte, ganándose a tu hijo. ¡Cualquier día te pilla calentito y terminarás por follártela! ¡La quiero fuera de la casa ya! ¿Me has entendido?

—A ver Isabella, ya hemos hablado mucho de esto, cariño. Por favor, confía en mí y en cuanto al teléfono, no te preocupes que ahora le echo una buena bronca que no va a querer cogerlo en la vida.

—¡Y sabes cuál es la guinda del papel! ¡Esa estúpida me ha colgado el teléfono con la palabra en la boca!

Sofía bajó las dos cucharas y los dos envases vacíos y para mi pesar, allí seguía escuchando cómo Isabella se subía por las paredes. Sofía intentó pasar lo más silenciosamente posible, pero me di cuenta de su presencia y no dejé que se fuera de la cocina, tapándole la salida. Tras colgar el teléfono, yo estaba hecho una furia, tanto por ella como por Isabella.

—Te lo advertí y ahora no me quieras echar a mí la culpa del berrinche de Isabella —me dijo Sofía tras ver la comida en la mesa.

—¿Pero quién te crees que eres para coger mi teléfono?

—No paraba de sonar y...

—Te vuelvo a repetir... ¿quién coño te crees que eres para coger mi teléfono? —hice mucho hincapié en el mí. Inmediatamente se puso colorada y no se atrevía a mirarme a la cara. El volumen de mis acusaciones iba en aumento— Estoy esperando a que me contestes —al ver que ella seguía sin contestar, más me cabreó su silencio y ya no me pude contener. Ahora ya le estaba gritando— ¡Que sea la última vez que le cuelgas a alguien que te está hablando! y...¡¡ mírame cuando te hablo!! —Mi madre había llegado y había abierto la puerta cuando yo le grité esto último.

—¡Leonardo!... ¿qué forma es esa de hablarle a Sofía? ¡Discúlpate ahora mismo! —me exigió mi madre.

—¡Esa! —dije señalando a Sofía con el dedo índice— ¡no tiene por qué descolgar mi teléfono, ni hablar con nadie!

—El caso no es ese Leonardo... no son formas de hablarle a nadie. Las

cosas se pueden decir de muchas formas y no te estás comportando como debes —ella tenía lágrimas saltadas en los ojos y salió disparada de la cocina, pero yo no estaba dispuesto a que se fuera. Esas lagrimitas de cocodrilo no me afectaban, pero mi madre me agarró del brazo— Déjala tranquila un rato y después espero que vayas a disculparte, ¿me has entendido? Ella ha dejado su clase de baile por ti, porque la necesitabas. Yo voy a ver a Gio a ver qué tal sigue.

No estaba dispuesto a disculparme con Sofía. Estaba muy seguro de lo que había hecho era lo correcto y ya no se atrevería a cogerme más el teléfono. La pelea con Isabella me había servido para algo. Ahora la tendría que volver a llamar y ver si ya estaba más calmada.

«Hay discusiones y peleas, incluso guerras que llegan a un punto muerto, en el cual nadie quiere proseguir... Pero esto no significa la paz»

Luis Gabriel Carrillo Navas.

MIÉRCOLES 30

Ese día me levanté más tarde de lo habitual, ya que me había pasado medianoche llorando debido a la maldita pelea con Leonardo. ¿Pero quién se creerá que era para hablarme así? Pero esto le va a salir muy caro al gilipollas de mi jefe. Al final, se va a tener que tragar su maldito orgullo. ¿Y la estúpida esa? Ya sé por qué a Gio no le caía nada bien, era simplemente una bruja. Todavía no me podía creer cómo se había puesto por haber cogido una simple llamada. Si antes no podía verla, ahora intentaría no encontrarme con ella cuando estuviera por la casa. Tras desayunar, me fui al gimnasio. Esta vez me encontré a Javier dentro, el cual estaba esperando a un cliente. Nos saludamos con un gesto con la cabeza y tras dejar mi bolsa en las taquillas del vestuario femenino, tomé la toalla, una botella de agua y me fui directa a la cinta de correr. Justo cuando me iba a subir y colocarme los cascos, alguien me tocó en el hombro: era Javier.

—Hola, Javier.

—Buenos días, Sofía. Esta tarde me han cancelado un par de citas y salgo antes de trabajar. Me preguntaba si te gustaría ir a tomar algo por la tarde.

—¿Sobre qué hora tenías pensado?

—¿Sobre las ocho te vendría bien?

—Sí, no tengo ningún problema a esa hora. ¿Tienes pensado algún sitio?

—¿Vives por aquí cerca?

—Sí.

—¿Sabes dónde está el restaurante chino en el centro de Pozuelo? —asentí— Pues al lado hay un pub donde ponen un poco de música tranquila y se puede charlar.

—Perfecto, entonces. Nos vemos allí a las ocho.

—Muy bien. Hasta luego, entonces.

—Una cosa antes de irte. Mejor intercambiar teléfonos por si alguno tiene algún contratiempo.

—Vale. Te dejo mi teléfono en recepción. Acuérdate de cogerlo y dejarme

el tuyo —dijo con una amplia sonrisa y guiñándome un ojo.

Por lo general, cuando entrenaba siempre estaba hablando y haciéndoles bromas a mis compañeros, pero ese día estaba muy callado y algo serio. Jorge se me acercó y empezó a hablarme:

—Suelta lo que te ha pasado en casa o vas a explotar.

—Esa chica, por día que pasa, me saca más de mis casillas. Ayer subí al dormitorio de Gio que estaba con un poco de fiebre y había dejado el teléfono en la cocina. Sofía le cogió el teléfono a Isabella y después le colgó con la palabra en la boca. Ya te puedes imaginar el numerito que me formó Isabella. Que si me estoy follando a la niñera, que si le estoy poniendo los cuernos.... en fin.

—¿Y es verdad? —me había preguntado Eduardo con cara de pillín.

—Nooo... ¡estás loco o qué! Sería lo último que hiciera. Prefiero matarme a pajas antes que meterle mano.

—Pues eres un poco gilipollas. No es la tía más guapa del mundo, pero está bien para echar un polvo y descargar tensiones. Yo creo que eso es lo que os pasa, que tenéis atracción física y como no folláis, pues siempre ordenó el míster.

Ya eran las siete cuando Gio vino a buscarme al despacho, ya que, quería hablar conmigo un tema de hombres. Antes de entrar, llamó a la puerta tal como Sofía le había enseñado.

—Pasa. Hombre Gio, ¿qué haces por aquí?

—Quería hablar contigo un momento, ¿puedes ahora?

—Claro, dime.

—El domingo es el día de las madres y me gustaría que me llevaras a la tienda para poder comprar algo.

—¿Este año no haces ninguna manualidad en el colegio?

—Sí, pero también me gustaría regalar una flor. El otro día Sófi estuvo hablando con la abuela mientras miraba un folleto del supermercado y había flores. Las dos dijeron que las flores eran muy bonitas y que el mejor regalo para una mujer es una flor.

—Gio, con los años entenderás que el mejor regalo son joyas, pero bueno, tú eres el que decide. ¿Y qué flor vas a comprar?

—Esta —me dijo mientras sacaba la propaganda que tenía escondida en su espalda y la colocaba en el escritorio para que la pudiese ver. Era una orquídea. Las había de muchos colores. Venía en una maceta roja. Cada maceta era una planta, en la cual salía una o dos ramas con pequeñas orquídeas

—¿Ya sabes de qué color la vas a comprar?

—A la abuela le gusta blanca y a Sófi rosa —No me gustaba mucho la idea de que Gio le regalase algo a Sofía.

—Gio, no debieras comprarle a Sofia nada por el día de las madres. Ella no es tu madre.

—Ya lo sé papá, pero quiero regalársela. Me gusta mucho Sófi y aunque muchas veces me regaña, se porta bien conmigo.

—Vale Gio, el viernes o el sábado iremos a comprarlas. ¿Te parece bien?

—Gracias papá.

—¿Cuándo vuelves a tener exámenes?

—El lunes. Este fin de semana Sofia y yo vamos a estudiar.

—Muy bien, así me gusta.

A las 19:40 me despedí de Gio y le informé a María que esa noche no cenaría en casa. Para esa ocasión me había vestido de manera informal. Me puse un vaquero tradicional ajustado, una camiseta de manga corta azul añil, la cual tenía la parte del cuello de encaje y por abajo normal, marcando curvas y una chaqueta de cuero. Como complementos, llevaba unos botines bajos de tacón y el bolso del mismo color, marrón chocolate. Me dejé el pelo liso y como complementos unos pendientes largos y brazalete ambos de plata. A las ocho en punto ya había aparcado el coche y me dirigía al pub donde habíamos quedado. Allí estaba Javier en la puerta esperándome. Llevaba unos vaqueros, una camiseta blanca y una chaqueta de cuero. Se había engominado el pelo y estaba realmente sexy con esa barba incipiente. Cuando llegué, nos dimos dos besos, a modo de saludo, y entramos dentro del local. Nos sentamos en una mesa que estaba alejada del bullicio de la gente y ambos nos quitamos

nuestras respectivas chaquetas. Aunque era entre semana, había muchas personas. Nos pedimos dos cervezas y empezamos a conversar.

—¿A qué te dedicas, Sofía? —me preguntó Javier para romper el hielo.

—Actualmente estoy dando clases particulares, ya que como Ingeniero no me ha salido nada.

—Vaya, una ingeniería. Tengo entendido que son carreras duras.

—No son tan complicadas. El problema radica en los profesores que no saben explicar. Tendrán muchos títulos, pero la mayoría no saben transmitir los conocimientos. El gran problema es que no puedes dar clases particulares, porque solamente te la podría dar alguien que esté trabajando en ese campo, y resulta bastante complicado encontrar a alguien así.

—La mayoría de las personas, antes o temprano, necesitamos ayuda con alguna materia. Por lo que veo te va muy bien en tus clases.

—No me puedo quejar, pero ¿por qué lo dices?

—Aparte del precioso coche que tienes, vas a un gimnasio caro y vistes muy bien.

—Ya ves, un poco de suerte.

—¿No eres madrileña, verdad?

—Mmm, no. Soy gaditana.

—Ya notaba yo un acento un poco raro. No te expresas igual que nosotros.

—Lo siento, o sea... es que no sé hablar tan pijo.

—Jajaja... nosotros no somos pijos hablando, bueno, algunos sí.

—¿Sueles venir mucho por este pub? —no era uno de los mejores que había visto, pero tenía su encanto. Él no me quitó los ojos de encima mientras que yo observaba todo el local.

—Está al lado de casa y suelo quedar con los amigos aquí, aunque por lo general no suelo beber. Hago una excepción por ti —cuando terminó la frase, ambos nos estábamos mirando a los ojos.

—Oh, que honor —dije agradeciendo el gesto con una inclinación de cabeza.

—De vez en cuando hay que darse algún capricho, ¿no crees?

—Pues sí, pienso igual que tú.

—¿Y qué te ha traído hasta Madrid?

—Necesitaba darle un cambio de 180 grados a mi vida, y como tenía una amiga del colegio viviendo aquí, pues la llamé y me vine.

—Interesante.... eso suena que hay un hombre detrás de todo eso.

—Sí. Había un hombre detrás de todo eso, pero ya quedó en el pasado. Prefiero no seguir con eso, porque me trae malos recuerdos.

—Muy bien, nada de exparejas. ¿Trato hecho?

—Jajaja... ¿tú tampoco te has escapado?

—Que va, tampoco me he librado. Pillé a mi exmujer con un amigo metido en mi cama.

—Vale. Nada de hablar de exparejas... Jajaja

—¿Te puedo hacer una pregunta personal?

—Dime... —se tomó su tiempo en formular la pregunta.

—¿Cuántos años tienes?

—Pensaba que me ibas a preguntar otra cosa con la cara que has puesto. ¿Cuántos me echas?

—Sinceramente... es complicado. Tienes carita de joven y apenas tienes arrugas en los ojos, pero al juzgar como te comportas y ahora cuando te he visto llegar tan arreglada, me gustaría pensar que tienes más de lo que había supuesto inicialmente cuando te invité a salir esta mañana.

—¿Cuántos me echabas esta mañana?

—Veinticinco.

—¿Y tú tienes?

—No te voy a decir mi edad —se había puesto algo serio al contestar. Me pareció divertido que me echase menos edad y sobre todo que él no me quería decir sus años.

—Al juzgar la madurez de tu cuerpo, las pequeñas arrugas que tienes en los

ojos, yo te hecho unos treinta y cuatro años.

—Mmm, casi. Treinta y siete.

—¡Ohhhh!... ¡eres un asaltacunas!

—Jo, no me digas eso —se había puesto una mano en la frente y mirando hacia abajo como expresando de que había realizado una locura al invitarme a salir, pero en seguida volvió a su posición inicial y a mirarme nuevamente a los ojos, tenía una sonrisa en sus labios— Me ha costado mucho decidirme a pedirte una cita y si tienes veinticinco que dios me libre.

—¿Y ahora cuando he llegado, cuántos me echabas?

—Siento decirte que unos años más.... veintiocho.

—Pues lamento informarte que todavía te faltan años... este año he cumplido treinta.

—¿Me enseñarías el DNI?

—Jajaja, que fuerte, ¿no te lo crees?

—La verdad es que no mucho, lo siento —saqué mi DNI de la cartera y se lo mostré a Javier.

—Toma. Bienvenida a los treintañeros.

—¡Salud! —y los dos chocamos nuestras cervezas.

—¿Te apetece otra?

—La verdad es que sí, pero me tengo que abstener, que luego conduzco y no tengo ganas de que me pongan el pipo. Lo que sí me gustaría es ir a cenar. ¿Te apetece darme una segunda cita?

—Claro que sí, estoy encantado. ¿Chino?

—Perfecto.

Ambos nos colocamos nuestras respectivas chaquetas y salimos. Javier se encontró con un viejo amigo en la entrada del pub y me presentó como una amiga. Estuvieron charlando un rato los dos chicos y ya a continuación nos dirigimos a cenar. Tras acomodarnos en la mesa y pedir, le pregunté a Javier:

—¿Por qué tu amigo me ha mirado así? —el amigo me miró de arriba abajo y cuando volvió a subir estaba sonriendo.

—Desde que me separé de mi mujer, ninguno de mis amigos me han vuelto a ver con una chica. Supongo que sería por eso.

—Si no es mucha indiscreción... ¿cuánto tiempo hace que os divorciasteis?

—Oficialmente cinco meses, pero llevo siete meses sin vivir con ella. Ella se fue con su madre, ya que la casa era mía antes de casarnos.

—¿Tenéis hijos?

—No. Estuvimos buscando, pero ella tenía problemas y menos mal que no vino.

—¿Y tú tienes hijos, Sofía?

—No y tampoco los he buscado. He estado ensayando, pero sin buscarlos.

—Se pasa bien ensayando ehh... Jajaja

—Demasiado bien, pero hace tanto tiempo de eso que ya ni me acuerdo. Supongo que eso será como montar en bicicleta. Nunca se olvida.

—Pues es una lástima que una chica como tú no utilice sus encantos para tener a los chicos que quiera.

—Eso es un mito. No es tan fácil como lo pintas.

—¿Cómo qué no? Solo con pestañear tenéis a vuestros pies a miles de hombres. Si una mujer quiere, se puede acostar con cualquier chico, ya sea soltero o casado. Somos así de tontos. Ains si yo fuera mujer... ¡que Madrid temblara! —los dos empezamos a reír.

Tras seguir con la animada conversación y cenar, ya eran las diez y media de la noche y Javier, como todo un caballero decidió acompañarme al coche.

—Lo he pasado genial, Sofía. Hacía mucho tiempo que no me reía tanto y mira que me costó pedirte la cita.

—Yo también lo he pasado muy bien, Javier. ¿Por qué te costó tanto?

—Aparte de que no quería parecer un asaltacunas, pues no sé... te veía una chica independiente que no quería saber nada de nadie y posiblemente tuvieras novio. Como cada vez que nos veíamos por el gimnasio venias a hablar conmigo, eso me dio confianza para invitarte a salir.

—Pues me alegro de que lo hicieras.

—Eres una chica que merece la pena conocer —me empezó a pasar su pulgar por la mejilla en forma de caricia y sin dejar de mirarme a los ojos. Dicha acaricia finalizó en la barbilla y cuando terminó quitó la mano de allí—, pero me temo, que aunque me pareces una preciosidad y súper simpática, ahora mismo no te puedo ofrecer nada más que mi amistad. No estoy preparado para una relación —dijo mientras se estaba poniendo algo serio,

—Ah... ¡y yo que pensaba que solo te querías acostar conmigo! —la frase le había pillado totalmente por sorpresa.

—Yo no he dicho nada de qué no quisiera acostarme contigo —ahora en la cara de ambos había aparecido una sonrisa traviesa.

—¿Entonces te quieres acostar conmigo? —los dos nos mirábamos a los ojos y ambos teníamos la respiración agitada. Se acercó a mí y me susurró al oído.

—Me he querido acostar contigo desde aquel día que me pediste disculpas en voz alta —se separó de mí, me miró a los ojos, tomó mi cara entre sus grandes manos y me besó con dulzura. Tras dejar de besarme, se separó unos centímetros y sin quitar sus manos de mi rostro me preguntó— ¿Te apetecería subir a mi casa?

—Sí.

Subimos a su piso. Era un piso de 80 metros cuadrados, el cual estaba muy bien distribuido. Nada más entrar estaba el salón, comedor y cocina. Los muebles eran modernos. Todo estaba impecable y bien ordenado. Después de la cocina, había un cuarto de baño completo y a mano izquierda estaba su dormitorio, el cual era bastante amplio. Cuando entramos le di mi bolso y la chaqueta y él también se lo quitó. Ambos estábamos algo nerviosos. Era la primera vez que un chico me besaba después de lo que pasó con mi prometido y me sentí viva de nuevo, como si una descarga eléctrica hubiera recorrido mi cuerpo de arriba abajo. Y quería más. Necesitaba mucho más. Leo me tenía muy alterada y necesita descargar toda la tensión acumulada.

—¿Te apetece beber algo?

—La verdad es que no mucho, pero si me apetece aclarar algo contigo antes de nada.

—Tú dirás.

—Siento si lo que te voy a decir te suena raro o fuerte, pero después de acostarnos... ¿qué esperas que haga? Estoy algo desentrenada con los procedimientos postcoito.

—A decir verdad, yo también, pero me gustaría que te quedaras a dormir, si no tienes ningún inconveniente. Informarte que mañana a las 9:00 tengo trabajo, por lo tanto, a las ocho habría que levantarse.

—Ok. No te prometo que me quede a dormir. Te lo diré más adelante. Otra cosa: me gustaría que esto quedara entre nosotros dos y no se enterase nadie más.

—Me parece bien.

—Y una última cosa... ¿tienes preservativos?

—Jajaja...sí, más de los que vayamos a usar, seguro.

—Qué te parece si sacas algo que lleve alcohol y brindamos...

—Vale. Vente para la cocina. Tengo en el congelador vodka con caramelo, ¿te parece bien?

—Perfecto.

—¿ Y por quién brindamos? —dijo tras rellenar los dos vasos de chupito de licor y volver a colocar la botella en el congelador.

—Por nosotros, por la amistad.

Los dos chocamos los vasos de licor y de un trago nos lo bebimos. Yo fui a su encuentro. Ese poco de alcohol extra me había dado las fuerzas suficientes para lanzarme a por él. Ambos nos devoramos. Fuimos besándonos hasta llegar a la entrada del dormitorio. Apoyó mi espalda contra la pared que había entre las dos habitaciones. Allí estuvimos jugando un poco. Él iba a besarme y yo me echaba para atrás y viceversa. Esto hizo que los dos nos encendiéramos más de lo que ya nos encontrábamos anteriormente. Javier me sujetó ambas manos por encima de la cabeza con una sola mano, y con la otra que tenía libre me fue recorriendo todo el pecho, bajando por mi tórax hasta llegar a la cintura. Se dispuso a perfilar todo mi cuerpo y cuando llegó al trasero me apretó contra él para que notara su erección. Me soltó las manos y con una de ellas me apartó el pelo colocándomelo a un lado y empezó a besarme el cuello. Gemía cada vez que sentía sus dulces labios apretarse contra mi

cuello. Nos estuvimos desvistiendo el uno al otro mientras no parábamos de besarnos, dejando una estela de ropa hasta llegar a la cama de Javier. Cuando ya estuvimos en ropa interior, de un tirón deshizo la cama rápidamente. Yo me tumbé sobre la cama y atraje a Javier hacía mí. Él empezó a darme pequeños besos por el cuello mientras se frotaba contra mí, sexo contra sexo. Ambos gemíamos de placer. Dejamos encendida una luz de la mesita de noche para no estar completamente a oscuras.

—Qué bien hueles... qué bien sabes... —me susurraba Javier al oído.

Javier iba a ser el tercer chico con el que iba a estar, sexualmente hablando y no sabía cómo iba a ser aquello, pero anhelaba el estar entre los brazos de un hombre y de sentirme querida, amada y deseada. Había llegado a un punto de no retorno y no era momento de echarme para atrás. Quería más de él. Le di la vuelta a él quedando este debajo de mí. Me puse a horcajadas sobre él y le estuve besando el cuello y el lóbulo de la oreja. Javier empezó a gemir y entonces me quité el sujetador de encaje negro que llevaba, dejando al descubierto un pecho generoso y firme, que para el deleite de Javier fue un acto muy sexy, al juzgar por la sonrisa de su cara. Ante aquella aparición, él me volvió a dar la vuelta quedando nuevamente debajo de él. Se apoyó en un costado y me estuvo besando y lamiendo los pechos. Yo podía notar su lengua juguetona alrededor de mi pezón y su barba me pinchaba un poco, pero no le dije nada. Estaba demasiado excitada para que él parase. Cuando ya acabó con ellos, me volvió a besar y con la mano que le quedaba libre me fue acariciando el clítoris a través de la braguita de encaje y yo a su vez, también le estuve tocando el pene a través del bóxer que llevaba puesto. Cuando la timidez entre nosotros había disminuido y estando más excitados, nos quitamos la ropa interior, ya dando lugar a una bonita erección. Él se mojó dos de sus dedos y empezó a acariciarme el clítoris con pequeños círculos y yo a su vez, tomé entre mis manos su pene y le estuve masturbando. Sus respiraciones cada vez eran más aceleradas. Mientras que nos masturbábamos mutuamente, nuestros besos se volvieron más salvajes y violentos. Los dos estábamos hambrientos de deseo. Introdujo un dedo dentro de mí para saber si ya estaba preparada para la penetración y así fue, estaba completamente húmeda para su satisfacción. Tomó un preservativo de la mesa de noche y enseguida se lo puso. Se tumbó sobre mí y me fue penetrando muy despacio. A medida que el preservativo se fue humedeciendo, fue tomando velocidad en las penetraciones. No tardamos mucho en consumir el acto. Hacía mucho tiempo

que ninguno de los dos mantenía relaciones sexuales y eso se notaba, ya que duramos muy poco. Tras terminar, Javier se quitó el preservativo y fue a tirarlo a la papelera que tenía en el dormitorio. Se tumbó bocarriba e hizo que me abrazara a él, pasándome un brazo por encima de sus hombros. Cuando ya estubo abrazado a mí me dio un beso en la frente y nos tapamos con la sábana y la manta, ya que ahora estábamos sintiendo un poco de frío después del calentón que habíamos tenido.

— ¿Has pensado si te vas a quedar o prefieres irte? —me preguntó Javier tras un largo momento de silencio y tras recobrar el aliento. Yo solo estaba pensando en lo bueno que era follar y lo bien que se sentía después de llegar al orgasmo. Parecía como si hubiera pasado una eternidad desde la última vez. El acto había sido breve, pero muy intenso.

—Pues todo depende de ti —contesté mientras me movía para mirarlo a los ojos.

—¿Y eso? —preguntó Javier con los ojos muy abiertos.

—Me ha sabido a poco. ¿Puedes con un segundo asalto?

—Si me das veinte minutos, sin problemas. A mí también me supo a poco —ambos estuvimos abrazados en silencio. Le puse el brazo por el abdomen y le estaba tocando los pectorales y jugando con el vello que tenía en el pecho, mientras que él me tocaba la espalda.

—¿Me dejarías una camiseta para dormir? No me gusta dormir desnuda.

—Claro, ahora te saco una.

—Espero que ahora cuando me veas por el gimnasio no te hagas el loco y hagas como si no me conocieras. Me gustaría que siguiéramos teniendo la misma relación de antes.

—¿Acaso lo dudabas? No soy el típico gilipollas que le cuenta a sus amigos con cuantas me acuesto y si te he visto no me acuerdo. Supongo que te habrás encontrado a más de uno así.

—No te puedes ni imaginar lo malo que está el mercado.

—Sí preciosa, sé cómo está el mercado y me temo que hay chicas que hacen lo mismo que los hombres, pero estate tranquila que yo no soy uno de esos. ¿Preparada?

Volvimos a hacer el amor, pero ya con más calma, con movimientos más lentos y cambiando de posición en varias ocasiones, propios de dos buenos amantes. Después del segundo coito, nos quedamos los dos dormidos. Al principio estuvimos durmiendo agarrados, pero posteriormente cada cual tomó su postura habitual de dormir.

Javier puso el despertador a las 7:45, pero antes de que sonara ya se había despertado, ya que no lo llegué a escuchar. Sentí como se movía el colchón, pero tenía tanto sueño que no pude abrir los ojos. Me quitó un mechón de pelo que tenía en el rostro y se fue al cuarto de baño a ducharse, pero antes de meterse en la ducha preparó café. Tras recoger la ropa que habíamos dejado de camino al dormitorio y en albornoz, vino a llamarme para que me vistiera y también vestirse él.

—Buenos días, preciosa. Hora de levantarse. Hay café recién hecho. ¿Te apetece una taza?

—Buenos días —antes de que pudiera abrir los ojos, ya estaba sentado junto a mí casi totalmente vestido. Me dio un beso en los labios.

—¿Has dormido bien? Yo de un tirón. Hacía mucho tiempo que no dormía tan bien.

—La verdad es que sí, que he dormido muy bien y sí, me apetece ese café. Huele de maravilla.

—¿Azúcar y leche?

—Si tienes sacarina mucho mejor, y con leche, por favor.

—Lo siento, pero no tengo nada para comer. Suelo desayunar en el bar del gimnasio.

—No te preocupes, tan temprano no me apetece nada.

Los dos estuvimos tomándonos el café en la mesa que tenía al lado de la cocina en completo silencio. Ambos nos estábamos mirando, muy sonrientes, pero sin mediar palabra. Javier estaba muy alegre esa mañana. Tal vez fuera verdad que hacía tiempo que no tenía sexo, pero eso no me importó mucho. Ya me había comentado previamente que solamente quería mi amistad, por lo tanto, mejor no enamorarse de un hombre como ese, que solo te quería para acostarse contigo. Nos despedimos con un gran y apasionado beso al lado de mi coche, acción, que nos daría buen sabor de boca a los dos para que pasar el

día.

Llegando a la casa me dio por mirar la hora. Posiblemente, Leo estaba a punto de salir. Accioné la puerta del garaje y efectivamente allí estaba parado. ¡Joder, que mala suerte la mía! Tenía que haber esperado un poco antes de verme para no coincidir con él. Parecía sorprendido de verme allí y bajó su ventanilla para hablar conmigo.

—Buenos días, Sofia.

—Buenos días, Leonardo.

—¿Te has caído de la cama o entras ahora? —me preguntó sarcásticamente. Viendo que yo permanecía callada continuó hablando— ¿Te has ido de fiesta un miércoles? —dijo divertido. ¡Ja.. ja... ja! Pensé.

—Que tengas un buen día —le dije muy seria. Seguía bastante enfadada por lo del martes.

—Igualmente.

Estábamos en la cocina María y yo preparando la cena cuando esta me comentó:

—Sofía, ¿has visitado Múnich?

—No, no he salido de España.

—Pues ve preparando la maleta porque el viernes sobre las ocho hay que salir para el aeropuerto. Leo tiene partido el sábado y aparte de ir a verlo jugar me gustaría visitar la ciudad.

—Ah, perfecto

Me quedé pensando en un viejo amigo que conocí en la facultad con el que todavía seguía en contacto gracias al Facebook, pero no recordaba en qué parte de Alemania residía. Mientras que estaba allí preparando la mesa le mandé un mensaje:

Sofía: Hola. Por dónde andas?

Casi al instante obtuve respuesta:

Klaus: Hola preciosa. Cuánto tiempo! Me tienes un poco abandonado ☹
Pues ahora mismo estoy en casa. Por qué lo preguntas?

Sofia: Porque este finde voy a viajar a Múnich y no me acuerdo donde vives

Klaus: De verdad? Vivo en el centro. Te puedo llamar por Skype y hablamos? No me puedo creer que nos podamos volver a ver.

Sofia: Voy a cenar en breves. Dame media hora y hablamos. Ok?

Klaus: Perfe. Besos, preciosa

Ya sentados los tres en la mesa decido contarle el asunto a María:

—María, tengo un amigo en Múnich con el que me gustaría quedar. ¿Sería posible no ir al partido?

—Ah. Pues no creo que hubiera ningún inconveniente. Lo que sí me gustaría pedirte es que el viernes por la noche te quedaras con Gio. Tengo una amiga allí y me gustaría salir con ella.

—Sin problemas. Me parece perfecto.

—¡Hey!

—Hola Klaus. ¿Qué tal estas?

—Pues ahora estoy maravillosamente bien. Me acabas de alegrar el día. Dios, estás guapísima.

—Tú siempre tan adulator.

—No, preciosa, es la verdad. Bueno, cuéntame cuando piensas venir.

—Pues nos iríamos para allá el viernes por la mañana, pero hasta el sábado a eso de las siete y media no estaría disponible para quedar contigo.

—¿Nos iríamos? ¿Con quién vienes?

—Estoy trabajando para el hijo de un futbolista y voy con su familia.

—¿Quién es el afortunado?

—Leonardo.

—¡Vaya... es un pez gordo! ¡Felicidades!

—Jajaja, gracias.

—Déjame mirar la agenda —y allí estaba ese pedazo de alemán rubio,

recién duchado mirando su agenda para hacerme un hueco. Qué cielo— Pues a ver, tengo una reunión hasta las ocho. Intentaré terminar un poco antes y a las ocho y media paso a recogerte a tu hotel. ¿Te parece?

—Perfecto. Luego te paso el nombre del hotel que es imposible de leer.

—¿Una cena formal y luego vamos a bailar o ya vemos después?

—Me parece un plan estupendo.

—Me parece hasta mentira que nos volvamos a ver. Aunque no te lo creas me acuerdo mucho de ti. Me marcaste mucho.

—No te pongas melodramático.

—¿No te lo crees, verdad? —rio.

—No.

—Sigo igual de golfo, pero en otras cosas he cambiado. Bueno, ya nos pondremos al día. He de dejarte. Voy a salir.

—Muy bien. Que te diviertas.

—Muchas gracias. Besitos, preciosa.

—Besitos

«Amor y deseo son dos cosas diferentes; que no todo lo que se ama se desea, ni todo lo que se desea se ama» Miguel de Cervantes

MES DE ABRIL

SÁBADO 5

El sábado era el cumpleaños de Leonardo. Gio llevaba desde el martes preparando la fiesta sorpresa que quería darle a su padre por sus 28 años. Le había comprado su perfume favorito, el cual ya le quedaba poco para terminarlo y el mismo sábado fuimos a comprarle una tarta pequeña de chocolate con crema, su preferida. A la hora de comer, Leonardo llamó a María diciéndole que no venía a comer porque se iba con los compañeros del trabajo a celebrar su cumpleaños. Cuando ya eran aproximadamente las cinco, me estaba empezando a impacientar. Empezamos a decorar el salón y el comedor, con globos y guirnaldas, y por último, decoramos la entrada a la casa. El niño no paraba de hablar de la fiesta sorpresa que le iba a dar a su padre, pero yo no estaba tan segura de que su padre llegara a las 18:00 para cortar la tarta y por eso me fui a mi apartamento y lo llamé desde allí:

—Dígame. Chicos, callaos un poco que no me entero. ¡Dígame!

—Hola, Leonardo, soy Sofía.

—Dime Sofía, ¿pasa algo?

—Solamente quería saber a qué hora tiene pensado llegar esta tarde a la casa.

—Pues sobre las ocho o las nueve, no lo sé todavía. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque Gio le ha preparado una fiesta sorpresa y esperaba que a las seis estuviera aquí para cortar la tarta.

—Gio comprenderá que no he podido ir.

—Gio no lo comprenderá porque es un niño que está ilusionado con el cumpleaños de su padre. —Me estaba sacando nuevamente de mis casillas y escuchar el jaleo que tenía sus compañeros no me ayudaba mucho a apaciguar el mosqueo con él— Sus compañeros si comprenderán que se puede ir antes de las cinco y media para poder celebrar el cumpleaños con su hijo.

—¡Mira niñata, yo hago lo que me da la gana y tú no eres nadie para hablarme así!

—Primero: aquí el único niño eres tú, que es el que cumple los veintiocho. Segundo: me encargaste la responsabilidad de cuidar del bienestar de tu hijo y por eso te he llamado. Que no quieres venir, es cosa tuya. Yo solamente te recuerdo que tienes un hijo de 8 años que cuenta con su padre a las seis para cortar la puta tarta. Por cierto.... ¡felicidades!

Leonardo llegó a la casa un poco antes de las seis, seguramente bastante enfadado y dispuesto a pelearse conmigo por haberle colgado el teléfono dejándolo con la palabra en la boca, pero tuve la suerte de que se encontrara con Gio nada más abrir la puerta. Leo se hizo el sorprendido a ver la fiesta que su pequeño le había hecho.

—¡¡ Papi, felicidades!!

—Gracias Gio. ¿Tú has organizado todo esto? —habíamos puesto una guirnalda que ponía feliz cumpleaños en la entrada de la casa.

—Si papá. La abuela y Sófi también me han ayudado.

—Felicidades hijo.

—Gracias, mamá.

—Felicidades Leonardo.

—Gracias —me contestó de mala gana y algo serio.

Nos sentamos en la mesa que estaba situada en la cocina, y después de cantarle cumpleaños feliz, Gio le dio su regalo al igual que María, unos preciosos gemelos de diamante. Yo también le di un pequeño regalo. Me costó mucho trabajo encontrar algo que no fuera muy caro y que ya tuviera. Me acordé de la botella de agua del gimnasio. La tenía algo estropeada del uso y le regalé una botella ergonómica para disfrutase del agua fría ahora que se acercaba el calor. Después de abrir todos los regalos, nos tomamos la tarta. Al ser tan pequeña, prácticamente nos la comimos esa misma tarde. Después de merendar, Leo se fue a duchar y ya cuando iba saliendo de la casa para continuar con la celebración, aunque esta vez solo para adultos, se acordaría de mí. Estaba saliendo del cuarto de baño, en albornoz, para irme a vestir al dormitorio cuando me encontré con Leonardo de cara muy perfumado y bastante elegante. No me esperaba verlo allí y di un pequeño respingo debido a la sorpresa.

—¿Querías algo?— le pregunté.

—Que sea la primera y última vez que me cuelgas el teléfono —me había dicho Leo muy enfadado, moviendo el dedo índice señalando hacia mí para hacer hincapié.

—Que sea la primera y última vez que me llamas niñata —le dije en mi defensa.

—No eres nadie para colgarme el teléfono.

—Y tú no eres nadie para llamarme así. Creo que ya soy bastante mayorcita y si no quieres que te cuelgue el teléfono, ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Qué?

—Hablarne con el mismo respeto.

Como yo no me iba a disculpar y él tampoco, seguramente se fue peor de cómo vino al apartamento: mucho más cabreado.

MARTES 8

Otro de los puntos buenos del contrato era, que me iban a facilitar un coche para que yo me moviera a mi aire, y no condujera más mi viejo coche. Pensaba guardarlo en algún lugar del garaje, pero esa mañana expiró, por lo tanto, directamente al desguace, ya que me costaba un dineral arreglarlo y no valía la pena hacerlo con la de años que tenía encima. Al final me dieron 100 euros por él. Una pena. Habíamos hecho muchos kilómetros juntos y le tenía bastante cariño a ese viejo trasto. Parecía que el destino lo había querido así, porque cuando llegué a la casa me encontré una grata sorpresa. Cuando me bajé del taxi y pagué, vi a María, Gio y Leonardo que me estaban esperando en la puerta de la casa con un coche envuelto en una funda protectora, en la cual solamente se podía ver un poco la forma que tenía el coche. Parecía el día de reyes, donde el corazón te palpitaba fuertemente porque sabías lo que te habían comprado, pero la ilusión de abrir el regalo era enorme. La funda del coche era voluminosa, y todos me miraban con expectación. Gio se acercó a mí y me ofreció una caja de regalo pequeña, con un gran lazo rojo. En su interior había una llave de coche y una pequeña tarjeta que decía: «Esperamos que te guste y que lo disfrutes sin muchos golpes.»

—Ábrelo Sofía — dijo Giovanni también excitado por el acontecimiento.

Le di mi bolso a María para poder tener las manos libres. Me dirigí con paso firme a mi futuro coche y cuando le quité la funda protectora vi un majestuoso Alfa Romeo 149 de cinco puertas en rojo. Los ojos se me iban a salir de órbitas. Miraba el coche y los miraba a ellos como si me hubiera tocado la lotería. Mi corazón latía tan rápido como si hubiera estado corriendo los 100 metros lisos. ¿Y esa preciosidad era para mí? Cogí a Gio desprevenido y con un gran abrazo, lo retuve entre mis brazos, inmóvil, y le pude dar un montón de besos con sus respectivos achuchones. Con lo repipi que era, le gustaba mucho ser mimado con besos y ese gesto le encantó. María que era la próxima, también le di un beso y un gran abrazo y le dije:

—Muchísimas gracias, María.

—Ha venido justo a tiempo.

—¡¡Nunca mejor dicho!! —se carcajeó.

Cuando me separé quedaba Leonardo. Al principio dudé un poco si

acercarme o no, pero él había pagado el maravilloso coche, y seguramente también lo había elegido y por qué no darle también un beso. Me acerqué a él e hice lo mismo que con María aunque el abrazo fue más breve. Nuestra relación no era precisamente la mejor, pero yo estaba de muy buen humor por ese maravilloso coche y él parecía que también tenía un buen día. Aunque no estaba con una sonrisa de oreja a oreja, estaba sonriendo. En la vida me hubiera haber podido pagar aquel coche.

—Muchas gracias, Leonardo —al darle el abrazo, le susurré: —Le libro de la clase de salsa — le guiñé un ojo.

—¡¡Abre el coche Sofía!! —dijo nervioso Gio. Abrió el coche. ¡¡Vamos a dar una vuelta!!

—¿Os importa que demos una vuelta por la urbanización?

—No, pasadlo bien —respondió su abuela.

Leonardo que no había dicho nada, me seguía mirando con una sonrisa en sus labios. Seguramente estaba viendo lo ilusionado que estaba su hijo con el coche. Dentro de poco se iba a tener que pelear con él por el uso de sus coches, pero hasta entonces, todavía faltaban 10 largos y maravillosos años. El interior del coche era todo en color negro y las luces interiores del panel de velocidad estaban iluminadas en rojo. Nada más entrar, podías inhalar el maravilloso olor a nuevo. La tapicería de los sillones también era en tono negro y era un sillón muy cómodo. Así no daría pereza hacer kilómetros. En la parte de atrás habían instalado una silla elevadora para Gio.

Eran las 23:23 y yo seguía desvelada. Decidí levantarme e irme a leer un rato al salón. Me senté, me coloqué una mantita sobre las piernas y encendí un foco portátil que me había comprado, ya que era mucho mejor para leer. Eran las 00:15 y yo seguía enfrascada en mi lectura cuando de pronto lo escuché a mi lado. ¡Qué susto me dio! No me había dado cuenta de que estaba allí si no me llega a hablar:

—¿Sofía que haces levantada a estas horas?

—¿Christian... digo Leonardo, que hace aquí? ¿Necesita algo? —él venía con un vaso de agua en la mano, en pijama y con el pelo algo alborotado. Cambié el foco que tenía apuntando a mi libro hacia arriba, para poder verlo mientras hablábamos.

—Estoy bien, gracias. Me pareció un poco raro ver luz y vine a ver. ¿Quién es Christian?

—Christian es el protagonista de mi novela.

—¿El de las 50 sombras de Grey?

—Sí, el mismo. ¿Conoce el libro?

—No lo he leído, pero conozco el argumento. No sabía que te gustara ese tipo de lectura.

—Cuando dice lectura a que se refiere, ¿a la novela erótica o al sadomasoquismo?

—A lo segundo más bien.

—Mmm... no lo he probado, pero sinceramente no me atrae mucho. Es la segunda novela que leo de millonarios y es la segunda vez que también le gusta el sado. ¿Eso es propio de los millonarios?

Rio, me volvía a mirar y el tío se volvía a reír. Me alegro de que le hiciera gracia la pregunta—. No creo que hayas conocido a muchos millonarios, pero a mí no me va nada ese tipo de relaciones —después de decir esto, se sentó a mis pies, dejó el vaso de agua en la mesa y se acomodó en el sofá. Parecía cómodo estar hablando de sexo conmigo.

—¿Qué prefiere las relaciones vainilla?

—Deja de hablarme de usted, me haces mayor. Es mejor que nos tuteemos si no te importa.

—Vale.

—Si con relación vainilla te refieres a tradicional, sin fustas, latigazos y demás, supongo que sí. Seré así de soso. ¿Y a ti, te va ese tipo de relación? —ufff que carita de niño malo tenía. Me estaba empezando a poner colorada.

—La verdad es que no lo he probado, pero no me atrae mucho eso de los latigazos, ni pinzas en los pezones.

—¿Y qué has probado, si se puede saber?

—Mmm...supongo que lo normal. Algunas posturas del kamasutra y poco más.

—¿Alguna que sea tu preferida?

—Siempre hay una preferida.

—¿Me vas a decir cuál?

—No —y los dos empezamos a reír.

—En el kamasutra hay posturas que son imposibles de hacer y Además, está pensado para las parejas heterosexuales.

—Coincido contigo sobre que hay posturas imposibles y Además, peligrosas, pero las parejas homosexuales también las pueden hacer, sobre todo si son dos chicas— vaya, esto le ha debido de resultar un poco raro e interesante, porque me mira muy detenidamente.

—¿Y tú como sabes eso, si eres hetero? ¿Acaso experimentaste con tus compañeras en tus años de universidad? —¡qué cara de pícaro ha puesto! ¡Pues sí que está interesado en el tema!

—Jajaja... ¿te encantaría saber la respuesta, verdad? —empezó a reír— ¿te da morbo pensar en dos tías liándose, a que sí? —volvió a reírse y yo había dado justo en el blanco.

—No me has respondido —me dijo todavía con ojos expectantes y son una preciosa sonrisa en su boca.

—Ni tú a mí tampoco.

—La verdad es que me cuesta mucho imaginarte enrollada con una chica y además, sé que te gustan los chicos.

—¿Cómo lo sabes?

—Mmm...secreto profesional.

—No me vale esa respuesta. Mójate un poco.

—¿Segura?

—Sí.

Y ni corto ni perezoso se levantó, vino hacia dónde yo estaba sentada y se puso de rodillas junto a mí. Mi sonrisa se evaporó y pasó a ser una línea recta. ¿Qué pretendía? Su cara estaba a la misma altura que la mía. Yo me congelé, pero ¿qué iba a hacer allí, besarme? No. No podía, tenía novia. ¿Me iba a

provocar para que yo lo besara? Mi cabeza iba a mil por hora pensando en todas las posibilidades, pero si mi cabeza iba rápida, mi corazón bombeaba al límite de sus posibilidades. Nuestros ojos estaban a menos de 20 centímetros y a la misma altura. Él se humedeció los labios y empezó más que a hablar, a susurrar:

—Si te gustan los hombres, ahora mismo tienes que tener el pulso muy acelerado y al juzgar por el subir y bajar de tu pecho lo estás.

—El que tenga el pulso acelerado no quiere decir que esté excitada. Son dos cosas totalmente diferentes.

—¿Segura?

—Sí. Puedo tener el pulso acelerado porque simplemente me intimida tu mirada o porque estás muy próximo a mí. Para saber si una mujer está excitada tienes dos formas, pero ninguna podrás practicarla conmigo.

—Supongo que estarás pensando en dos muy íntimas, pero hay una tercera. Los pechos. Si tienes los pezones duros, es que estás excitada. Y tú los tienes —por favor, ¡qué descarado! ¿Qué se quería hacer el machote conmigo?

—Puede ser también porque tenga frío. Lo siento, pero si quieres verme excitada lo tendrás que hacer mejor. El que estés delante de mí de rodilla, no es precisamente excitante, por muy roja que esté en estos momentos —algo se le debió de pasar por la mente ya que a continuación le apareció una sonrisa pícaro— ¡No te atreverás! —le dije intuyendo su mirada.

—¿Qué te apuestas?

—Lo que quieras, pero no creo que sea lo más correcto, ni para ti ni para mí. —Se separó un poco de mí y mirándome directamente a los ojos, se iba a quitar la parte superior del pijama. Empezó a subírsela lentamente, enseñando unos bonitos abdominales, un pecho sin ningún bello. Me iba a dar un infarto si seguía. Cuando tenía la camiseta a punto de sacársela por los hombros lo toqué en el hombro e hice que se la colocase nuevamente— No sería correcto exceder nuestros límites profesionales, Leonardo —ya a mí me costaba lo mío tener mis sentimientos controlados, cuanto más si él se proponía seducirme.

—Que conste que tú has sido la que se ha rajado —y empezó a reírse como diciendo, ¿has visto como yo tenía razón?, estabas excitada. Ni corta ni perezosa, sin decirle absolutamente nada, me quitó la manta de mis piernas y

las puse entre el cuerpo de él. Hice que este se tumbara sobre la alfombra blanca, ya que con mi cuerpo me iba aproximando al suyo. Estaba a cuatro patas sobre él, pero no nos rozábamos. Ahora él tenía la respiración acelerada y se había puesto serio— Sofía...esto...

—Tranquilo.... Seguirás conservando tu virginidad cuando terminemos —ahora le apareció una pequeña sonrisa en esa boca tan seductora, pero él no se movió ni un centímetro tras colocarme encima de él. Seguía respirando con dificultad. Le empecé a susurrar al oído y para ello bajé un poco más mi torso, pero sin tocarlo y mirándolo directamente a los ojos— Solo quiero aclararte unas cuantas cosas. La primera: si te vas a tirar un farol conmigo que sea bueno, por favor. Ya habrás podido comprobar que no me ando por las ramas. Segundo: espero que esto quede entre nosotros, es decir, que no se lo vayas a contar a tus amigotes, porque no quiero comentarios inapropiados. Tal como tú me pediste discreción, ahora mismo también te lo pido yo. No sería nada productivo, para ninguno de los dos, que esto se conociera. Tercero: si te da un calentón y quieres un revolcón búscate a otra. No sé qué tipo de relación tienes con Isabella, pero a mí no me gusta jugar con chicos comprometidos. Y por último... ¿quieres que compruebe cómo de excitado estas?...— su respiración seguía bastante acelerada, por el subir y bajar de su torso— Solo me hace falta agachar un poco el culo y apretarme contra ti para comprobarlo —él me miraba intensamente. Podríamos fundirnos juntos solo con el calor que mi cuerpo poseía. Estaba realmente excitada. Su olor, su cercanía. Esos preciosos ojos azules que parecían un océano. Sus labios... Joder... que ganas de besarlo...

—No.... hará falta —me dijo con una sonrisa

—Eso pensaba —y me levanté. Le iba a ofrecer una mano, pero ya él se había incorporado. Supuse que estaba algo nervioso por salir de aquí. Le quise dejar claro cuáles eran las normas del juego que parecía que había empezado entre nosotros—

—Muchas gracias por la charla, ha sido... muy instructiva. Buenas noches.

—Buenas noches, Leonardo.

En las cenas, que era prácticamente cuando coincidíamos, nos mirábamos y lo que más me gustaba de él era, que si estaba hablando contigo te miraba directamente a los ojos. Sabía por experiencia, que cuando una persona te caía

bien el sentimiento era mutuo, pero suponía que si te gustaba alguien eso no era igual. Cuando se acercó a mí, y con su boca tan cerca de la mía, lo hubiera dejado besarme a pesar de que tuviera novia. Hacía bastante tiempo que no me masturbaba y hacía mucho más que no estaba con un hombre.

MIÉRCOLES 9

Para estrenar mi nuevo coche, me fui con María de compras. Ella se había tomado al pie de la letra el dinero para compras que ponía en mi contrato y me compró mucha ropa, una talla o dos menos de la que tenía mis actuales prendas. Entre ellas había pantalones, faldas, camisetas, ropa interior, pijamas, lencería muy sexy, zapatos y una multitud de complementos. Vamos, lo que se decía un vestuario nuevo. Prácticamente, mi vieja ropa había pasado a una maleta al final del vestidor. Fuimos a un sin fin de tiendas, a las que a mí nunca se me hubiera ocurrido ir por lo caro que era todo, pero claro, yo estaba acostumbrada a comprar en el mercadillo, que con 50 Euros venías con bastantes prendas. Aquí en estas tiendas, a veces no tenías ni para comprar una. Después de pasar infinitamente la tarjeta de crédito y antes de que empezara a echar humo, fuimos a tomarnos algo. Parece que no, pero esto era muy agotador.

—Me alegro mucho de que estés con nosotros Sofia.

—Yo también me alegro. La verdad es que sois maravillosos.

—Sabes... desde que estás en casa, he notado que Gio está muy cambiado. Ya, cuando viene conmigo de compras, no se pone tan caprichoso. Por último, terminé por no llevármelo porque quería de todo.

—Te entiendo. El otro día que yo me lo llevé estuvo dando el numerito porque quería unos cereales de chocolate y me negué a comprarlos. Le dio un buen berrinche en el supermercado y viendo que no entraba en razones me fui muy despacio de su lado. Cuando llegué al final del pasillo y viendo que no le hacía caso, se vino hacia a mí y ya seguimos bien con la compra.

—Desde que falta su madre, he de confesar que tanto su padre como yo lo hemos malcriado.

—¿Qué le pasó a su madre?

—Su madre era una modelo italiana muy famosa allí y muy bella. Era una mujer muy especial para todos nosotros. Después de dar a luz a Gio se sentía muy gorda y empezó a tener problemas con la comida. Padecía de bulimia. Aparte de eso, Leo la encontró en varias ocasiones esnifando cocaína y una cosa llevó a la otra y murió de un infarto cuando Gio tenía solamente 2 años.

Cuando ocurrió eso, yo ya estaba viuda, con que me hice cargo del niño. He intentado rellenar el hueco que dejó su madre como he podido, pero es complicado ser madre y abuela a la vez. Leo ha tenido muchas parejas desde entonces, pero ninguna se parece a nuestra adorable Gisela —dio un pequeño sorbo a su refresco e inspiró profundamente y siguió con la historia. Se notaba que aquellos días fueron complicados para ella— Gio no se ha llevado bien con ninguna de las novias de Leo. No sé si es que no quiere cogerles cariño o simplemente espera que se vayan con el tiempo. Desde que estás con nosotros, veo a Gio más ilusionado y parece que te ha aceptado desde el principio. Lo de Juanito le llegó al alma —empezamos a reír—, todavía me acuerdo de la cara de mosqueo que puso, y desde ese momento, supo que serías estricta y no le harías gracias a esas tonterías como hacían sus antiguos tutores.

—¿Tantos profesores han pasado por allí?

—Más de los que me hubiera gustado. La última que estuvo era una chica que creemos que prefería ligar con Leo que darle clases a Gio.

—¿Por eso fue por lo que me preguntó si yo quería ligarme a su padre?

—Sí, efectivamente. Aunque solo tiene ocho años es un niño muy despierto y observador, no se le escapa lo más mínimo. Ya me comentó Leo cómo os conocisteis. Venía súper enfadado porque le habían manchado su jersey nuevo, antes de una entrevista, que al final fue contigo.

—Sí, me lo imagino.

—¿Seguimos con las compras o te apetece volver a casa?

—Prefiero que nos vayamos a casa. Estoy muerta.

—Muy bien, vámonos.

JUEVES 10

Se había llevado toda la tarde lloviendo, no con mucha intensidad, pero la suficiente como para tener que coger el paraguas. Por la noche, empezó a llover torrencialmente y con la lluvia llegaron los truenos y los relámpagos. Antes de acostarse Gio, fui a su dormitorio para pedirle un favor:

—Gio, ¿te vienes a dormir conmigo?

—¿Por qué?

—Me da miedo los truenos y como sé que tú eres muy valiente me preguntaba si no te importaría dormir conmigo en mi cuarto.

—Claro, pero voy a decírselo a la abuela para que no se vaya a asustar.

—No te preocupes, yo ya he hablado con ella y no hay ningún problema.

Estábamos preparando la cama para dormir, quitando los cojines y poniéndolos a un lado cuando Gio reparó en una foto que tenía junto a mi mesita de noche. Era una foto de mi familia.

—¿Tú tienes dos hermanos, Sofía?

—Sí, un hermano y una hermana.

—¿Y cuándo tenías miedo, quién dormía contigo?

—Por lo general mi hermana, porque nosotras compartíamos cuarto.

—¿Es divertido tener hermanos?

—Tiene su parte buena y su parte mala. Buena porque puedes jugar con ellos y cuando los necesitas sabes que te van a ayudar y mala porque te peleas con ellos por los juguetes y por tonterías.

—Mis amigos me cuentan muchas veces que se han peleado con sus hermanos, y vienen con arañazos o con golpes. Es lo que tú dices. Se pelean por los juguetes, las chuches y cosas así.

—¿Te gustaría tener un hermano o hermana?

—Pues no lo sé. ¿Tú crees que debería tener uno?

—Yo creo que tendríamos que apagar la luz y dormirnos, que mañana tienes colegio y ya es tarde.

—Vale. Un besito.

Apagamos la luz y a dormir. La mañana siguiente amaneció sin una nube en el cielo. Había estado toda la noche lloviendo sin parar y con bastantes truenos.

Como cada mañana, yo era el encargado de llamar a Gio para que se levantara para ir al colegio y cuál fue mi sorpresa cuando me encontré la cama sin deshacer y con una nota que decía: «duermo con Sofía». Me pareció un poco extraño que Gio durmiera con Sofía, pero de todas formas, tenía que levantarlo para el colegio. Encendí la luz del comedor para tener un poco de luz y cuando llegué al dormitorio me encontré a Sofía abrazada con Gio en posición cucharita y los dos durmiendo profundamente. Me daba pena levantarlo, pero no podía esperar más o se le haría tarde. Me acerqué a la cama muy cuidadosamente y lo llamé mientras lo movía un poco:

—Gio, hora del cole —le estaba susurrado.

—Mmm

—Venga Gio, que vas a llegar tarde —ella en ese instante había abierto los ojos y me había visto.

—Mmm

—Gio, cariño, levántate, que si no, no vas a llegar a tu hora al cole y luego te ponen parte —le dijo Sofía a Gio

—Jo, yo quiero dormir un poco más —protestó Gio

—Enciende la luz de la mesita de noche, Leonardo.

—Vale, vale, ya me levanto —dijo Gio no muy convencido

—Anda, dame un beso y a vestirse como un relámpago —el niño salió disparo para su cuarto.

—¿Por qué está Gio durmiendo contigo, si no es mucho preguntar? —le pregunté a Sofía en cuanto Gio abandonó el dormitorio.

—Me da miedo los relámpagos y Gio se ofreció a hacerme compañía —respondió algo dormida. Era verdad. Lo recordaba del cuestionario que le hice, pero no suponía que fuera tan grave como para tener que dormir mi hijo con ella.

Leonardo apagó la lámpara y dejó que siguiera durmiendo, hasta que me levanté a las 9:00. Ese día me tocaba recoger a Gio del colegio, con que había salido más tarde de lo habitual de casa. Me llevé ropa para después cambiarme tras ducharme en el gimnasio. Llegué al gimnasio ataviada con unas mallas finas, una camiseta y sujetador deportivo, igual que hacía siempre. Me puse los cascos y me fui directamente a la máquina de correr para calentar. Empecé andando y fui aumentando la velocidad poco a poco. Después de correr 20 minutos volví a realizar lo mismo, pero a la inversa, de mayor velocidad a menor. Cuando me bajé, me sequé el sudor y al empezar a andar me choqué con un chico al cual no lo había visto.

—Perdona —le había gritado, ya que continuaba con los cascos puestos— Lo siento, no sabía que lo había dicho tan fuerte —me di cuenta de que lo había gritado debido a que todo el mundo me estaba mirando.

—Jajaja, no pasa nada.

—Me llamo Sofía.

—Javier —y nos estrechamos las manos—. Pues ya nos vemos por aquí, Sofía.

—Muy bien, Javier.

Javier era lo que habitualmente se solía decir, un chico atractivo. No era un chico guapo, pero tenía su encanto. Tendría unos 37 años, con un poco de barba, pelo oscuro y mirada penetrante. Poseía unos bonitos ojos marrones oscuros, unos labios muy sensuales y los músculos bien marcados. Era prácticamente casi igual de alto que Leonardo, pero este, se le veía que tenía pelo en el pecho y era más madurito. Casi siempre lo veía por el gimnasio ayudando a diferentes personas. Posiblemente fuera uno de los monitores del gimnasio, aunque no llevaba el mismo uniforme que ellos. Se lo tendría que preguntar la próxima vez que lo viera.

VIERNES 11

Gio llevaba varios días queriendo ver una película de miedo, pero el cine de terror era uno de los que menos me gustaba ver, ya que, después te quedaban algunas secuelas de ciertas escenas y alguna paranoia. Gio quería ver el «Amanecer de los muertos» una película de zombis, y esa misma mañana me llegué al videoclub del cual ellos eran socios y me la traje para casa. Esa noche María había quedado con las amigas y me comentó que Leo había quedado con los amigos para salir. Como estábamos solos, decidí comprar unas palomitas para hacerlas al microondas, ya que el protestón de Leonardo no iba a estar por allí diciéndome cuántas calorías tenían aquellas dichosas palomitas. Tras cenar, nos duchamos. A continuación, cogimos una mantita que yo tenía en mi apartamento para ver la tele y con ella nos taparíamos. Pusimos las palomitas en un gran bol de plástico y nos sentamos a ver la película. El salón estaba a oscuras y teníamos el volumen del televisor más alto de lo normal. Estábamos los dos muy atentos a la escena, puesto que se había abierto una puerta y una pareja estaba durmiendo, pero en el fondo del pasillo se veía a una chica con sangre en el camisón. Mi corazón latía rápidamente. Solo con esa música de suspense ya me tenía nerviosa. El padre se despertó y observó a su hija. Cuando la vio con la boca ensangrentada, le pidió a su esposa que aún dormía, que llamara a una ambulancia, pero la hija se abalanzó sobre el cuello del padre y fue la madre la que lo apartó de él. Tiró a la niña al pasillo y cerró la puerta con pestillo, para que no volviera a entrar, mientras atendía a su marido. Por la forma de actuar, dio a entender que era enfermera o doctora. Intentó llamar a urgencias, pero las líneas estaban colapsadas. Se volvió mientras seguía llamando por teléfono y su marido la atacó, teniendo la suerte de que no pudo atraparla. Cogió las llaves del coche que estaba en un mueble y se refugió en el cuarto de baño cerrando la puerta tras entrar. Se quedó un momento en él, puesto que no escuchaba nada a través de la puerta y se acercó a esta y llamó al marido... Y entonces, noté como una mano se posaba sobre mi hombro y me apretaba... A Gio, también debió de tocarlo a la vez que a mí, porque los dos pegamos un gran grito simultáneamente: yo me caí al suelo del salón con la intención de salir corriendo de allí, mientras que Gio había tirado hacia arriba todo el bol con las palomitas que quedaban. Cuando consigo estabilizar mi corazón, Leonardo ya había encendido la luz del salón y se estaba riendo de nuestro numerito, mejor dicho, tronchándose con lo ocurrido.

—¿Pero tú eres tonto o qué? ¿Cómo se te ocurre hacernos algo así? ¡¡No tiene ni puta gracia!!

—Eh... cuidado con las palabrotas —él seguía riéndose sin parar— Es que me lo habéis puesto a tiro. Mejor escena imposible.

—Jo papá no tiene gracia. Creo que me he cagado y todo con el susto.

—Anda, vete para arriba y cámbiate, Gio.

—Vale Sófi.

—Leo, ni se te ocurra volverlo a hacer nunca más y lo digo en serio.

—Vale, vale. Intentaré que no vuelva a ocurrir. ¿Estás bien?

—¿Por qué lo dices?

—Te has golpeado con la mesa en un brazo.

—Pues no me había dado cuenta —empecé a tocarme ese brazo, pero creo que con el susto hasta el brazo estaba inconsciente—. No, no me duele.

—Mejor así. Solo venía a deciros que volveré tarde.

—Pues muchas gracias por avisar —le dije sarcásticamente.

—De nada. Ha sido un placer —me respondió el muy imbécil. Si antes le tenía pánico a las películas de miedo ahora más.

Gio y yo continuamos viendo la película, pero ya con la luz encendida y con el sonido más flojo. No nos volverían a asustar así nunca más.

SÁBADO 19

El sábado había quedado en salir con mi amiga Margui de fiesta. Primero, una cena para las dos solas en un restaurante chino, que estaba pendiente el rollito de primavera, y luego nos íbamos a juntar con su grupo de amigos para ir a algún pub o discoteca. Aunque solo hacía diez días que había ido de compras, ya notaba la ropa algo más suelta desde que la compré. Para dicha cita, había elegido un pantalón de pinzas negro con su respectiva chaqueta y un top rojo de licra con tirantes finos. Tenía el escote en forma de pico. Cuando la compré la había visto muy escotada, pero María me había dado el visto bueno y me dijo: «Lo que se vayan a comer los gusanos, que lo vean los humanos. Tienes un pecho muy bonito como para esconderlo» Me había puesto un sujetador que me levantaba el pecho. También fui a la peluquería, ya que necesitaba cambiar de look. Hacía tiempo que necesitaba un buen corte de pelo, pero me gustaba mi melena. Decidí darse unas transparencias rubias y cobrizas y seguir con la melena por debajo de los hombros. La peluquera me dejó el pelo liso. Estaba cogiendo una botella de agua del frigorífico cuando escuché:

—¿Sofía?

—Hola, Leonardo, ¿qué tal estás?

—Bien, gracias.

Desde el día en que me dio el gran susto viendo la película en el salón, no nos habíamos vuelto a coincidir por la casa y de eso hacía ya ocho días. Me miraba una y otra vez de arriba abajo, ¡pero qué descarado era este hombre! ¡Ya se podía cortar un poco! ¡Al final me iba a poner colorada y todo! ¿Sorprendido por el cambio que he dado? Claro, siempre me ves con vaqueros más bien anchos, porque eran más cómodos al igual que las camisetas, y ahora, con ropa estrecha y con cuatro kilos menos, era normal que no parara de mirarme. Mi pelo suelto y sin gafas, cualquiera se podría quedar sorprendido. Aunque no éramos los mejores amigos, nuestra «relación» estaba algo más calmada. Parecía que ya se le había pasado el mosqueo que tenía conmigo y aunque no hablábamos mucho, ya cuando nos veíamos por el pasillo nos parábamos para hablar de cosas triviales como podía ser el tiempo, cine o de Gio. Eran nuestros únicos temas de conversación. No habíamos vuelto a hablar de sexo. Ambos preferíamos no tocar ese tema porque no fuera a tener

alguna consecuencia, aunque sinceramente, me encantaría tenerla sobre todo si iba seguida de un orgasmo.

—Solo he venido por una botella de agua y ya me voy.

—¿A dónde vas, si se puede saber?

—Primero voy a ir a cenar con una amiga. Luego iremos a algún bar a tomar algo y a bailar si los zapatos me lo permiten.

—¿Amiga con derecho a roce o sin él? —Yo pensando que no sacaría más el tema y ahí estaba.

—Me temo que sin derecho —comenzamos a reír.

—Pues que te diviertas.

—Gracias.

Aquella noche la pasé de lujo. Después de cenar fuimos a un pub muy conocido en Madrid, según Margui, y menos mal que me lleve unos zapatos más cómodos, porque así y todo, al día siguiente amanecí con los pies hecho polvo. Tuve varios admiradores, pero ninguno que valiera la pena acercarse. Allí nos encontramos con nuestro profesor de salsa y estuvimos un buen rato bailando con él y su novia. Margui me había insistido en que me apuntara a clases de salsa con ella y acepté a principios del mes de marzo. Íbamos un día a la semana dos horas seguidas. Suficiente para sudar, aprender a bailar y reírnos un poco de los patosos que había en clase. Nosotras no éramos las mejores del grupo, pero con el poco tiempo que llevábamos, no se nos daba del todo mal. Algunos días, pero muy esporádicamente, quedaba con Margui para ir a su apartamento y ensayar las dos juntas.

MARTES 22

Son las 23:30 cuando decido irme para la cama, después de un larguísimo día, pero antes de acostarme decido hacer cincuentas flexiones. Ya había apagado la luz del cuarto de baño y me iba a meter en la cama cuando llamaron a la puerta. Abrí completamente la puerta. Me sorprendí al verla allí con la cara descompuesta, empecé a preocuparme y rápidamente le pregunté:

—¿Ha pasado algo, Sofia?

—No, no, todo está bien.

Tras ella contestarme, escuché un sonido muy fuerte proveniente de la tormenta que había afuera y ella se agarró a mí, fuertemente, tan fuerte que pensaba que me iba a partir en dos. Recordaba que le daban miedo los truenos. Este último había caído muy cerca de la casa. Solté el pomo y la abracé, para ver si así se sentía más segura y dejaba de apretarme tanto. Nada más abrazarla, sentí un cosquilleo por todo el cuerpo. ¿Qué fue eso? No le di la mayor importancia. Viendo que ella no me soltaba y que seguía temblando, la fui separando lentamente de mí y con mis manos puestas en sus brazos, mirándola directamente a los ojos le volví a preguntar el motivo de su preocupación:

—¿Qué es lo que te pasa, Sofia?

—Me da pánico los truenos. Necesito que estés conmigo hasta que pasen, te lo pido por favor. Los demás ya están durmiendo. Si no fuera importante para mí no estaría aquí molestandote.

—Ya eres mayorcita para esto. Anda, vete a la cama y ya verás que no pasa nada —no entendía cómo podía darle tanto miedo los truenos si nos encontrábamos bajo techo. Si estuviera en el jardín, lo podría entender.

Volvió a retumbar otro trueno, pero este había sonado tan cerca, que me asusté al escucharlo, ya que parecía como si hubiera caído dentro del dormitorio y tuve la necesidad de mirar hacia la ventana para comprobar que solamente había sido afuera. Cuando volví a mirar hacia donde estaba Sofia, ella ya no estaba allí. Se había ido. Menos mal. Me encontraba demasiado cansado para hacer el tonto, pero cuando fui a cerrar la puerta, me di cuenta de que ella se había hecho un ovillo en posición de cuclillas en el suelo, y había

colocado sus manos en los oídos. Joder, pues sí que tenía que estar asustada. Sabía que en algún momento me iba a arrepentir de que entrara en mi cuarto y durmiera conmigo, pero estaba demasiado cansado para estar esperando a que pasara la tormenta. Sabía que ella era prudente y no le diría nada a Isabella... joder, Isabella. Me cortarían los huevos y se harían un par de pendientes con ellos si se enteraba de que la iba a meter en mi cama. Ya habíamos tenido alguna bronca que otra por esto mismo, pero ahora era diferente. No era sexo, si no dormir. Hacía años que no dormía solamente con una chica, sin sexo de por medio. Una novedad, sí señor. Bueno, que Dios me cogiera confesado por hacer esto. Me daba demasiada pena dejarla así como estaba. No me podía creer que estuviera temblando. La toqué para que me mirase y le tendí la mano para ayudarla a que se levantara del suelo. Nada más que colocar su mano sobre la mía volví a sentir aquella electricidad que me recorrió por completo. Sin decirle nada más, con su mano cogida de la mía, tiré suavemente de ella para que entrara hacia el dormitorio. Me fui hacia el sitio en el cual prefería dormir y ella se dirigió hacia el otro lado. Esperaba que no roncara.

—Anda, entra en la cama y tápate que estas helada. ¿No roncaras, verdad?

—No.

—¿Apago la luz?

—Sí. Gracias Leonardo. —Me acosté en la parte izquierda de la cama, bocarriba y mi cabeza descansaba bajo mi mano izquierda y la otra simplemente la había dejado pegada al cuerpo. A pesar de que no se había acercado a mí, notaba cómo ella titiritaba y podía notar su cuerpo frío. Eso era lo que necesitaba ahora mismo, porque entre la manta y el ejercicio estaba hirviendo.

—Leonardo —Respiré profundamente antes de contestarle. Mi paciencia se estaba terminando.

—Dime Sofía.

—En cuanto pase la tormenta me iré a mi cuarto —no esperaba menos de ella— y...

—Y...

—No es por tentar más mi suerte esta noche, pero ¿sería posible que me acurrucaras un rato? Desde aquí puedo notar el calor que desprendes y yo

estoy helada.

—¿Algo más quiere la señorita?

—Con eso sería suficiente.

—Venga, acércate. ¿Cómo te vas a poner? —la verdad era que un poco de fresquito me ayudaría a coger mejor el sueño. A ver cómo quería ponerse porque después de casi un mes sin sexo, mi cuerpo respondía por sí mismo.

—¿Posición cucharita? —¡Ja!, ni de coña. Se me pondría dura en cuanto empezara a acercarme a ella.

—No hemos follado como para hacer eso —lo siento chiquilla, pero esa postura era exclusiva para mi novia, con la cual tenía sexo y tú eso no lo tendrías conmigo.

—Eso tiene remedio rápido, pero si te da cosa, date tú la vuelta y yo me acerco por detrás.

¡Será descarada! Me lo dijo como la que no quería la cosa y se quedó tan tranquila. ¡Qué fuerte me pareció! Pero eso no fue lo más grave. Lo peor era que si se hubiera puesto un poco melosa y me hubiera acariciado con algo de insistencia, en menos de diez minutos se hallaría debajo de mí gimiendo. Arrinconé ese pensamiento en algún lugar de mi cerebro para poder únicamente conciliar el sueño. Me coloqué de lado, mirando hacia afuera, para que ella se aproximara por detrás. En cuanto sentí su cuerpo frío en mi espalda, me tensé rápidamente. Fue un acto reflejo. Se hallaba verdaderamente fría y sus pechos estaban rozándome justamente en la parte superior de la espalda. ¡Joder, me excité! Otra vez, mi cerebro hizo de las suyas. Ahora, me imaginaba esos grandes pechos... ¿serían suaves, cómo tendría los pezones? Si seguía por ahí con mis pensamientos al final me iba a dar el calentón del año e iba a hacer todo lo posible por follármela y me temía que las consecuencias de todo ello iban a ser enormes. Intenté relajarme otra vez y funcionó. Tras colocarse, lo más próximo a mí, pero sin tocarme apenas, ella pondría su mano sobre su cadera, pero se le caería ya que me rozó a mí y sentí como volvía a levantarla. Seguramente no encontraba una posición con la que estuviera cómoda. Jajaja que graciosa, ha intentado pasar su mano para ponerla en mi pecho, pero se ha acobardado y eso que no me había tocado. Cariño, la posición más cómoda era poniendo tu mano sobre mi abdomen, pero como sabía que eso no lo ibas a intentar, porque sería demasiado para ti,

lo haré yo mismo, y a ver si así te duermes pronto, que tú podrás dormir todo lo que quieras, pero yo me tenía que levantar temprano. Joder, me excité otra vez cuando coloqué su mano sobre mi abdomen, pero solo necesitaba unos segundos para calmarme. La verdad era que me ha venido genial que ella estuviera fría. Se acercó un poco más a mí tras cogerle la mano y podía notar que estaba helada. ¿Cómo una persona podía estar tan fría con un pijama gordo y los calcetines? Se amoldó a mi cuerpo; noté sus muslos contra mis abductores y sus pies también estaban fríos, a pesar de que llevaba los calcetines. Me dio pena y enlacé mis pies con los de ella, para que se terminara de calentar.

Eran las cinco de la madrugada. Tenía el reloj junto a mí y lo más curioso, era que seguía en la misma posición, pero ella ya no estaba. Me di la vuelta y ella estaba mirando hacia el otro lado. Inconscientemente me moví hacia donde ella se encontraba. Me amoldé a su cuerpo y le pasé la mano por encima, posándola en su abdomen. Cuando me di cuenta de lo que acababa de hacer, era demasiado tarde. Ella había atrapado mi mano contra la suya y yo simplemente, dejé que mis ojos se cerraran de nuevo. Ya se encontraba mucho más caliente y mmm... su pelo olía muy bien. Me gustaba el olor de su cuerpo. Eran las siete y cuarto cuando mi reloj de mesa sonó. Lo tenía programado para que saltara con música, en vez del típico pitido que hacía que me levantara de mala leche. Cuando conseguí abrir los ojos, ella ya no estaba allí. Se ha tenido que ir antes, pero no mucho antes, porque todavía seguía un poco caliente su lado. Solo por curiosidad cogí su almohada y la olí. Mmm... Era lo único que se me venía a mi mente. Parecía como si oliese a cerezas. ¿Sería su olor corporal o su perfume? Fuera lo que fuera, me gustaba.

«No hay nada que incremente más la lujuria que lo prohibido.» Blanca Miosi.

MIÉRCOLES 23

Como de costumbre me fui al gimnasio después de desayunar. Tras aparcar, me encontré con Javier que también iba para el gimnasio. Empezamos a andar hacia la puerta mientras hablábamos:

—Buenos días, Sofia.

—Buenos días, Javier.

—¿Le puedo hacer una pregunta?

—Claro, dime.

—¿A qué se dedica?

—Pues soy entrenador personal. Mi labor consiste básicamente en sacar el mayor rendimiento físico de una persona.

—Ah, tiene sentido lo que me comenta. Es que suelo verle por aquí casi siempre que vengo, pero había descartado que formara parte del grupo de monitores del gimnasio, ya que no lleva la misma indumentaria.

—Por favor, tutéame.

—Muy bien. ¿Y que suelen contratarte por horas? —le pregunté mientras entrábamos en el gimnasio.

—Por lo general, sí. Una o dos horas suele ser lo normal.

—Y ya para terminar y no ponerme muy pesada... ¿cuánto cobras por la hora?

—Suelo trabajar con personas que se dedican al mundo del deporte y he de reconocer que soy caro, pero también muy bueno en lo que hago. Si quieres te puedo ir dando pequeños consejos de ejercicios que puedes hacer para fortalecer tus músculos. Estás perdiendo mucho peso y por tanto, necesitas que toda esa piel que se está formando vuelva a su sitio — tras lo que acaba de decirme me paré en seco, sorprendida por aquella confesión tan inocentemente dicha, y él se volvió a mirarme.

—¿Cómo sabes que estoy perdiendo peso?

—Llevas casi un mes por aquí y a las chicas guapas hay que vigilarlas de cerca —dijo mientras me guiñaba un ojo y se iba hacia el vestuario

masculino—. Dentro de un rato te busco y te digo unos ejercicios que te vendría bien.

Solo retumbaba una palabra en mi cabeza... ¡guau! No sé si sería solamente un cumplido, pero sabía perfectamente cuanto tiempo llevaba por allí. Ese día estuve realizando los ejercicios mucho más animada de lo habitual. Tal como había dicho el atractivo Javier, a la hora vino a buscarme y me estuvo explicando un par de ejercicios para hacer. Cuando me duché me quedé nueva con tanto correr y tanto deporte. Al otro día tendría bastantes agujetas.

Hoy era el cumple de Margui y le organizamos una fiesta sorpresa. Ella solamente sabía que debía vestirse elegante. Nos reunimos, entre chicos y chicas, 19 personas. Pensé en llevarme el coche, pero era más cómodo coger un taxi. Me fui directamente hacia el restaurante. Una vez que estuvimos todos sentados, llegó ella junto con sus compis de piso, con los ojos vendados. Al quitarle la venda, le cantamos cumpleaños feliz con una tarta que había traído uno de los camareros, la cual sería nuestro postre. Mientras esperábamos que nos trajeran la comida, íbamos dándole los regalos, poco a poco. Cuando me tocó el turno, se lo di, ya que ella estaba sentada enfrente de mí. Una vez que lo abrió, creí que se iba a morir. Era una camiseta firmada de Christian, su ídolo. Leo tuvo el detalle de pedírsela en mi nombre y este de firmarla. En cuanto la vio, vino hacia mí sonriendo. Era la última camiseta que había salido a la venta y por lo general, siempre estaba agotada. Me dio un gran abrazo y estuvo más que encantada de enseñárselas a todos. La mayoría me preguntó que de dónde la había sacado y a todos les dije lo mismo: «Tengo un jefe con algunos enchufes». Una vez que terminamos de comer, nos íbamos a ir a tomar una copa, puesto que solamente eran las 22:15. Una vez que nos repartimos en los coches, me quedé sola con Roberto, un chico que había conocido algunas semanas atrás y con el que estuve hablando durante la cena. Pensaba que Margui vendría con nosotros en el coche. Me dio un beso en la mejilla y me dijo: «Luego hablamos» Me guiñó un ojo y se fue. Tras acompañarlo al coche y montarme, este puso un poco de música house de fondo. Arrancó y salimos los cuatro coches más una moto, todos en fila. Al girar en una rotonda, todos giraron a la derecha, pero él siguió hacia adelante:

—Voy a sacar dinero que hay en un cajero más adelante. Ahora nos reunimos con ellos, no te preocupes.

Ya me quedé un poco más tranquila al decirme hacía dónde nos dirigíamos. Paró en doble fila y sacó rápidamente dinero. Tras acomodarse, dimos la vuelta y retomamos nuestro camino. Me puso la mano en la rodilla y yo ni lo miré. Estaba mirando hacia afuera, ya que esa parte de la ciudad apenas la conocía. Después de unos minutos, volvió a subir la mano por el muslo, poniéndolo casi en el medio de este. Ahora sí que lo miré. Se estaba tomando demasiadas confianzas para no conocerme. Lentamente le quité la mano de mi muslo y se la dejé en el suyo. No quería nada con él y era mejor dejárselo claro. Él siguió conduciendo, pero al cabo de los minutos la volvió a poner:

—Roberto, por favor, quita la mano de mi pierna.

—¿Por qué? ¿No te gusta?

—Eres un chico muy simpático, pero no estoy interesada en tener nada contigo.

—¿Te gusta otro chico?

—Sí —seguía con su mano puesta en mi muslo, y yo me estaba poniendo nerviosa.

—¿Quién es?

—Y a ti qué te importa.

—¿Siempre eres tan borde?

—No. Lo siento. Gracias por llevarme, pero agradecería que me quitaras la mano de la pierna.

—¿Y si no quiero? —ahora la movió hacia el interior de mis muslos. Ya eso era el colmo.

—Pues tanto la conversación como el viaje no van a terminar muy bien.

—¿Sabes que me gustas desde que te vi? Pero cuando te he visto esta noche, uff, estabas espectacular. Ese pantalón te hace un culo precioso y la camiseta te marca muy bien las curvas —ahora intenté quitarle la mano, pero hizo fuerza con sus dedos, haciéndome daño.

—Haz el favor de soltarme. Me estás haciendo daño.

—¿No te apetecería echar un polvo rápido antes de reunirnos con los

demás?

¿Pero este tío era tonto o se lo hacía? Me estaba cabreando. Giró hacia el sentido contrario de dónde nos esperaban los demás. Me encontraba bastante nerviosa. Paramos en un semáforo y ni corta ni perezosa, me iba a bajar.

—¡Eh! ¿Pero qué haces, te has vuelto loca?

—¡Suéltame imbécil!

—¡De aquí no te bajas! —volvió a apretarme el muslo con su mano. Lo miré y le di una cachetada. Enseguida me soltó. Me desabroché el cinturón. Abrí la puerta y puse un pie fuera, pero él me agarró del brazo, cayendo mi bolso al suelo del coche.

—Suéltame o será lo último que hagas esta noche.

Estaba conduciendo el BMW X6, regresando a casa, cuando Jorge me llamó. Conecté el manos libres y estuve hablando con él:

—¿Leo, ya solucionaste lo de la discoteca?

—Sí, ya voy para casa. ¡Anda!

—¿Qué pasa?

—El coche que está delante de mí, está en plena pelea.

—¡Cuenta!

—Estoy en un semáforo en rojo. Delante hay un coche y dentro hay una pareja joven. Están discutiendo. La chica ha sacado un pie del coche, pero no se ha bajado. Está buscando algo en el suelo del coche, pero el chico se acaba de bajar y corre hacia ella. Están discutiendo. La ha cogido por los brazos. ¡Ostras!

—¿Qué ha pasado?

—La chica le ha dado un buen empujón, chocando este contra el coche. Ella se quiere ir pero el tío la ha vuelto a coger, pero esta vez por la cintura y se la ha acercado. Va a besarla... ¡Joder! ¡Auch.....!

—¿Qué ha pasado? ¡No te quedes callado!

—¡Ahhh...! Le ha metido un magnífico rodillazo en la entrepierna. Creo que he escuchado cómo le partía los huevos. Hasta a mí me duele con solo

pensarlo. Jajaja... El muy imbécil se ha hecho una rosca contra el coche. La chica le ha dado con ganas. Ella camina hacia mí bastante enfadada... ¿Sofía?

—¿Qué dices de Sofía ahora?

—Que la chica es Sofía. Te dejo.

—¡Leo, coño, no me cortes ahora....! —Me quité el cinturón y me bajé del coche y empecé a llamarla.

—¡Sofía! —ella se volvió, pensaba que era ese inútil— ¡Sofía!

—¿Qué?

—¡Sofía, soy Leo!

—¡Leo! —de fondo se oía... «Sofía por favor, no te vayas...Sofía...» Nos miramos. En sus ojos había puro fuego. Estaba realmente enfadada.

—Sofía, ¿te ha hecho algo?, ¿se ha propasado contigo? —ella se giró a mirarlo con cara de asco. Vimos cómo este todavía no se había incorporado completamente. Se volvió a girar y me contestó.

—No, no ha pasado nada. Por favor, Leo, sácame de aquí.

Nada más entrar pude olerla. Volví a oler a cerezas pero también a jazmín. Se montó y se abrochó el cinturón. Simplemente aceleré y me la llevé de allí. Desde que se montó estuvo mirando por la ventana sin dirigirme la palabra. Apretaba la mandíbula y estaba seria. Tenía las manos en el regazo y vi cómo les temblaban. Su respiración era agitada. Cerró los ojos y colocó su mejilla contra el asiento. Lo había tenido que pasar realmente mal. Tras conducir unos minutos, rompí el silencio. Parecía que se iba calmando poco a poco.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio, Sofía?

—¿Para dónde ibas?

—Para casa.

—No. Vayamos para casa.

—¿Quieres hablar de lo que te ha pasado? O... ¿prefieres que vayamos a tomar un café o una copa?

—Ahora mismo, no me apetece hablar. Dame un poco de tiempo —Ella estaba bastante nerviosa. Todavía le temblaban un poco las manos.

—¿Te ha hecho algo?

—No. Estoy bien —me miró y forzó una sonrisa. A los cinco minutos de haber salido de allí le sonaba el teléfono.

—Dime Margui.

—¿Qué te ha pasado con Roberto? Me ha dicho que te habías bajado de su coche y te has montado en otro. ¿Estás bien?

—Sí Margui. Todo bien. Oye, ahora mismo no puedo hablar. Mañana te llamo y hablamos, ¿vale?

—¿El gilipollas de Roberto te ha hecho algo? Porque como así sea, te juro que cuando llegue, le corto las pelotas. Él me pidió que os dejara a solas. Si te ha hecho algo...

—Margui, que estoy bien. Tú disfruta de tu noche. Yo me voy para casa.

—¿Es verdad que te has montado en el coche que estaba detrás de vosotros?

—Era mi jefe y no te preocupes.

—Oye... Sofía, por favor...

—¡Margarita, escúchame! —solamente la llamaba así cuando estaba cabreada— Estoy bien. Mañana hablamos detenidamente y te cuento todo lo que quieras saber.

—¿Él está ahí?

—Sí.

—Vale. Mañana hablamos. Besitos.

—Besitos —Él seguía sin decir nada. No tenía ganas de llegar a casa. Seguía demasiado nerviosa como para poder dormir— ¿Sigue en pie ese café?

—Claro.

Nos desviamos hacia un restaurante. Nada más entrar, Leo saludó al maître. Este directamente nos llevó a un reservado. Nos sentamos uno al lado del otro. Una vez que vino el camarero, Leo se ofreció a pedir por los dos. Nos trajeron un tazón de moka para cada uno. Leo me explicó que tenía un tercio de café y dos tercios de leche, pero además, se añadía una parte de

chocolate con leche y crema de leche encima. Tras removerlo como él me había indicado, lo probé. Estaba realmente delicioso. Una vez que entramos en el local, mis nervios ya casi habían desaparecido. El encuentro con Roberto había sido bastante desagradable.

—¿Estás mejor?

—Sí, muchas gracias Leo. Me has salvado la noche.

—¿Te apetece contarme lo que pasó?

—¿Quieres que te cuente la versión corta o la larga?

—Estoy empezando el café y tengo tiempo —me dijo con una amable sonrisa. Hasta con un vaquero estaba realmente sexy. Necesitaba que él me aclarase una duda que siempre me había surgido.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro, dime.

—Necesito que me aclares algo de la psicología masculina —asintió y yo continué—, pon tu mano sobre mi rodilla.

—¿Qué?

—Que pongas tu mano sobre mi rodilla. Necesito ponerte en situación.

—A ver Sofía, el que yo ponga tu mano sobre la rodilla no cambiará nada. Continúa.

—¿Te da corte?

—Sí, un poco.

—¿Te importa si te la pongo yo? —Él dudaba— Por favor, Leo. No vamos a hacer nada indecoroso —Entonces, él asintió—, si tú me pones la mano ahí mientras conduces, ¿cuáles son tus intenciones?

—Pues depende de muchas cosas.

—Por ejemplo... —Había muchas variables a tener en cuenta sobre la cuestión que Sofía me planteaba.

—Si previamente somos pareja o hace tiempo que nos conocemos. Si me das algún detalle más, yo podré ser más explícito —ella quitó su mano de mi rodilla para coger la taza de café. Al ponerla, había notado un escalofrío que

me había recorrido todo el cuerpo.

—Al chico lo conocí hace algunas semanas. Me lo presentaron y poco más. Hoy, mientras cenábamos, se sentó a mi lado y hemos estado hablando. Por lo visto, él le pidió a mi amiga Margui que nos dejaran a solas.

—Vale, entonces le gustas —me volvió a colocar la mano en la rodilla, y otra vez, esa electricidad me volvió a recorrer el cuerpo. Yo no podía dejar de mirarle la mano. Ella esperaba respuesta—, si ha puesto ahí la mano es que estaba tanteando el terreno —ahora subió su mano hasta ponerla en la mitad de mi muslo. Ahora me estaba poniendo nervioso yo— ¿eso fue lo que hizo a continuación? — ¡joder, me estaba excitando a pasos agigantados!

—Sí.

—¿Igual que me la has puesto a mí?

—Sí, creo que sí. ¿Hay mucha diferencia si la pone de otra forma? —ella quitó su mano de mi pierna.

—Si está más hacia el interior del muslo, es que está un poco salido y ya pasa de formalidades. Pero si es así —y ahora fui yo el que le puso la mano en el muslo, tal como ella lo había hecho conmigo— aquí está viendo si eres receptiva. Es decir, si le vas a dejar continuar sin poner ningún obstáculo. Si hubiera movido su mano hacía el interior del muslo —e hice el movimiento. Ella dio un pequeño respingo— prácticamente te está pidiendo permiso para meterte mano.

—¿Y si yo te quito la mano? —Y eso mismo fue lo que hizo. Me tomó de la mano y me la puso en la mesa.

—Pues tengo dos opciones: me doy por aludido, que eso es lo que suele hacer la mayoría de los chicos y desisten, o vuelven a intentarlo pasado... unos doce minutos. ¿He de suponer que no esperó el tiempo de cortesía?

—Efectivamente.

Me gustó el contacto de mi mano con su pierna y cuando ella tomó mi mano y me la puso en la mesa. Tenía unas manos suaves. Volví a ponerle la mano en la mitad del muslo. Ella me miró y no dijo nada, simplemente hizo exactamente lo mismo sobre mi muslo. Yo le sonreí. Volví a subirla un poco más y con los dedos le hice una breve presión. Ella sonreía. Ella movió su mano hacia el interior de mis muslos y al igual que yo hice, aplicando una leve

presión con sus dedos. Los dos estábamos en silencio y nuestras respiraciones eran aceleradas. Me tocaba mover ficha. Esto parecía una partida al ajedrez. Nos mirábamos directamente a los ojos. Esta vez, dirigí mi mano hacia el interior de sus muslos. Si ella subía la longitud de su mano, directamente estaría en mi ingle. Mis huevos me iban a explotar. Estaba muy cachondo. Solo con ese breve roce con sus yemas sobre mi pantalón me la estaba poniendo dura. Vale, estábamos jugando con fuego y alguno de los dos se iba a quemar. ¿Pero quién sería? ¿Cuál de los dos pararía? ¿Se atrevería ella llegar hasta la ingle? Estaba bastante excitado solamente con el hecho de tener su mano en mi muslo y la presión de sus dedos me estaba calentando a pasos agigantados. Nada más mirarla, supe la respuesta: tenía una sonrisa pícaro en sus aterciopelados labios.

—Un movimiento más y te doy jaque mate, Leo.

—¡No te atreverás!

—¿Qué te quieres apostar?

—Lo que quieras.

Sosegadamente, empezó a subir su mano por mi muslo. Mi entrepierna tenía vida propia. Podía notar cómo Sofía iba subiendo poco a poco acercándose a mi ingle. Se estaba tomando su tiempo. Supongo que para hacerme reaccionar: la paré. Puse mi mano sobre la suya. Esta vez, perdí. Ella había sido más osada que yo. Nos terminamos nuestro café y antes de irnos:

—Quiero mi premio.

—Tú dirás.

—Quiero un beso cariñoso.

—Sofía...

—Has perdido, Leo. Ya te dije, que si te tirabas un farol conmigo, que fuera bueno —Lo recordaba perfectamente, cómo para que olvidara aquella noche. Salí de allí muy nervioso. Haría de tripas corazón— cuando tú quieras. —Tomé una gran inspiración y me fui acercando a ella muy tranquilamente y cuando me faltan diez centímetros para llegar a sus labios, movió la cara y me puso la mejilla. Eso me desconcertó y me paré— ¿Qué te pasa?

—¿No querías un beso cariñoso?

—Sí. Me lo puedes dar en la mejilla o en la frente. Como prefieras —me dijo ella tan tranquilamente. Eso me desconcertó aún más— Si te piensas que te estaba pidiendo un beso en los labios, siento decirte, que respeto tu relación de pareja como para pedirte eso. Vivo lejos de mi familia y hay veces como hoy, que necesito un beso y un abrazo. ¿Por qué te crees que me besuqueo tanto con tu madre? Simplemente, es una forma de tener cariño y sentirme un poco protegida.

¡Joder!, ella se estaba sincerando. Era verdad que la había visto muchas veces abrazarse a mi madre y casi siempre que se veían por las mañanas se daban un beso, pero no le había dado importancia. Iba a retomar el darle el beso, cuando se levantó.

—¿Nos vamos? Creo que es hora de regresar a casa.

—Espera —me acerqué a ella y la estreché contra mi cuerpo. Ella a su vez me colocó sus manos sobre mi espalda. Era un abrazo mutuo. Me encantó. Un rápido cosquilleo atravesó todo mi cuerpo. Tras separarla, le di un beso en la mejilla—, ahora nos podemos ir.

Llegamos a casa. Desde que nos montamos, ninguno de los dos había vuelto a hablar. Ella estaba algo pensativa. No podía soportar lo dolida que se veía, pero lo peor era que no sabía qué podría hacerle para que eso cambiara. Tal vez, necesitaba otro abrazo. Me gustó la sensación de protección que le ofrecí. Si lo pensaba bien, nunca me había dado un abrazo en público con Isabella. Qué diferentes eran las dos. Tras bajarme del coche, pude ver que Sofía se había secado los ojos. ¡uff...., esto era el colmo! Podía con todo, menos el ver a una mujer llorar. Me acerqué a ella y me sonrió. Vale, ella tampoco quería que la viera llorar, pero algo en mi interior se revolvió al verle caer una lágrima. Lo que fue, no lo sabía, pero necesitaba acurrucarla entre mis brazos para hacerle saber que yo la protegería. Me acerqué a ella y la atraje hacia mí. Le puse las manos en la espalda y la apreté contra mí. Ella empezó a temblar y se agarró fuertemente a mí.

—Sofía, si necesitas llorar, hazlo. Seguiremos así hasta que estés bien —y eso fue lo que hizo. Podía notar sus lágrimas sobre mi camisa, pero no me importaba—, tranquila preciosa, todo pasó —yo le seguía pasando mis manos por la espalda, de arriba abajo, y de vez en cuando, le tocaba el pelo. Coloqué mi cabeza sobre la de ella. Cuando fue parando de llorar me acordé de algo—, algún día me tendrás que aclarar si en el colegio, a las chicas, os dan una clase

extra de cómo cascarle los huevos a los hombres, porque pude oír cómo les crujió al idiota ese —noté como ella sonreía. Se separó de mí y tenía una preciosa sonrisa. Con el dorso de mi mano le enjuague las últimas lágrimas.

—Gracias.

—No tienes por qué darlas —ella fue a separarse, pero no la dejé. Le puse el brazo por el hombro y así subimos las escaleras. La acompañé hasta el apartamento, y una vez allí, la volví a atraer hacia mí y le di un fuerte abrazo—. Siempre que lo necesites, búscame. Estaré encantado de regalarte uno —se separó de mí y me miró a los ojos. Subió una mano y me acarició la mejilla. Fue un acto muy tierno por su parte. Me dolía hasta respirar, ¿qué me estaba pasando? Prácticamente estábamos a la misma altura, ya que ella lleva puesto unos tacones altos.

—Gracias —y me besó en los labios. Fue tan rápido que me quedé perplejo— Gracias por lo de esta noche, pero esto no se volverá a repetir. Tú y yo no nos podemos permitir esta cercanía y aunque me encantara pedirte un abrazo diario, no es correcto y los dos lo sabemos —asentí— Buenas noches.

—Buenas noches.

Me fui a mi dormitorio con la sensación de que me había perdido algo. ¿A qué vino ese beso? Tampoco fue un beso salvaje ni erótico.... era....era un beso de despedida. ¿Ella también habría notado esa electricidad que corría entre nosotros cada vez que estábamos juntos?

JUEVES 24

—He visto en la entrada que tienes el coche un poco guarro, por decir algo —me comentó Gio.

—Eres muy observador, Gio.

—¿Por qué no lo llevas a que te lo laven?

—¿Y por qué no me echas una mano y este sábado como recompensa vamos a Faunia? —Giovanni me miró con antipatía. Seguramente nunca había lavado un coche, para ese trabajo ya había gente que lo hiciera— Con la cara de asco que has puesto, seguro que nunca lo has hecho. A mí me parece algo que debe hacer toda persona por su coche.

—Vale.

—Yo voy por la aspiradora y lo demás, y tú a por la manguera.

—¿Dónde está eso?

—En el jardín.

—Vale.

Cada cual estuvo realizando sus labores sin coincidir en lo más mínimo pero después de que pasara la aspiradora me puse con Gio al lavado con jabón de la zona exterior. Pusimos un poco de música para animarnos y ya empezamos a charlar y creamos un buen ambiente de trabajo. Jorge había llamado al porterillo de la casa y Gio fue a abrirle.

—Hola, Gio, ¿está tu padre?

—No, ha salido.

—Cuando termines te puedes pasar por mi casa, que al coche de Laura también le hace falta. Hola, Sofía —yo lo saludé con la mano.

—¿También me vas a pagar, Jorge?

—¿Ella te paga? —En ese momento Jorge se había fijado en mí. Llevaba unas mallas algo ajustadas en comparación del día en que habíamos jugado al póquer. Aquel día llevaba unos vaqueros más bien anchos. Se estuvo fijando en cómo me estiraba para limpiar la parte delantera del coche y también me había mirado la parte superior, ya que llevaba una camiseta ancha, la cual la

tenía anudada abajo, pero no dejaba ver nada más. Jorge tampoco era muy sutil en cuanto a miradas se tratasen. Literalmente me estaba devorando con la mirada.

—Claro. Me va a llevar a Faunia el sábado —dijo Gio con una gran sonrisa en los labios.

—Interesante. Hasta luego, chicos.

Por lo general, la hora de la cena era un momento de tertulia para todos los componentes de la casa. Solíamos ponernos al día en ese momento e intercambiar lo realizado durante el día. A Leonardo le gustaba mucho ese momento familiar que con los años se había ido perdiendo, según me comentó María. La relación entre Leo y yo había avanzado un poco más desde la noche en que dormimos juntos. Nos sentíamos más relajados cuando estábamos en la misma habitación. Ya no me ponía como un tomate cuando él me hablaba y eso lo agradecía enormemente. Estábamos todos cenando en la mesa de la cocina cuando saqué el tema de Faunia:

—Esta tarde Giovanni me ayudó a limpiar el coche y como estamos estudiando los diferentes grupos de animales, he pensado que sería bueno para él ir el sábado a Faunia, siempre cuando ustedes estéis de acuerdo.

—Es una buena idea —respondió Leonardo.

—¿Ya sabes a qué hora os vais? —preguntó María.

—Abre a las diez y media. Lo ideal sería salir de casa a las diez. Preparamos algo para picotear allí y pasamos el día completo. ¿Os apuntáis alguno de los dos?

—Estamos los dos liados Sofía, pero seguro que lo pasáis genial —comentó María.

—Se me había olvidado por completo. Hoy he estado hablando con Christian y nos ha invitado el domingo a una barbacoa en su casa. Iremos los tres —informó Leonardo.

—¿A qué tres te refieres Leo? —preguntó María.

—Gio, Sofía y yo.

—¿A mí también me han invitado? —pregunté incrédula. Pensaba que Christian me lo había dicho por compromiso.

—Sí, me dijo expresamente que vinieras tú.

—Habrá que preparar algo para llevar. ¿Sabes cuántos seremos?

—Pues ni idea.

—¿Me puedes facilitar el teléfono para llamarlo? Me gustaría preparar algo de postre.

—Espera que lo llamo.

—Dígame.

—Hola, Christian, soy Leo. Mira, acabo de hablar con Sofía lo del domingo y me pregunta que cuántos seremos que le gustaría preparar algo para llevar.

—Anda, que no sea tonta y no prepare nada, ya se encarga Emma de todo —tras Leo comentarme lo que Christian había dicho, tomé el mando de la conversación telefónica.

—¿Me permites el teléfono? —Leo muy amablemente me lo ofreció—... Buenas noches Christian.

—Buenas noches, Sofía.

—¿Me puedes poner con la señora de la casa, por favor? Es mejor hablar sin intermediarios, si no te parece mal.

—No, por supuesto. Toma Emma, quieren hablar contigo. Es Sofía.

—Buenas noches, Sofía.

—Buenas noches, Emma. Ante todo agradeceros la invitación.

—De nada, Christian venía muy animado tras la partida de póquer y como ha dado un tiempo bueno, pues por eso lo de hacer la barbacoa.

—Quería preguntarte cuántos seremos para comer. Me gustaría preparar un postre.

—Pues en un principio seríamos las 4 parejas con los respectivos niños, pero hasta mañana no podría confirmarte seguro.

—Pues si no es mucho inconveniente, cuando sepas los que somos, que Christian avise a Leonardo para preparar más o menos cantidad. ¿Os gusta el chocolate?

—Mmm nos encanta a todos —rio.

—Entonces perfecto. Hasta el domingo.

—Hasta el domingo.

VIERNES 25 Y SÁBADO 26

—¿A qué hora os vais mañana, Sofía? —preguntó Leo que seguía hablando por teléfono.

—A las diez —respondí.

—Sí. Ella se pasa a recoger a Aron. Vale Jorge, ya hablamos. Hasta luego.

—¿Quién es Aron?

—Es un compañero de clase de Gio y que ha sido invitado a vuestra salida.

—¿Estás de cachondeo, no? —yo que hasta ese preciso momento había estado sonriente, pasé a ponerme seria rápidamente.

—No, ¿por qué lo dices? —comentó Leo de forma natural.

—Porque en mi contrato no aparece nada de hacer de canguro de niños ajenos a esta familia.

—¡Pues te lo tienes que llevar y se acabó la discusión!

—¿Tanto te hubiera costado preguntármelo antes de invitarlo?

—Mira, es así de simple. Su padre es amigo mío y como Gio se lo había dicho a Aron, pues su padre me llamó para ver si te lo podías llevar. Y deberías estar contenta porque se querían venir los dos hermanos —ahora Leo se había enfadado conmigo porque le estaba plantando cara en vez de asimilar sus órdenes, algo habitual en nosotros.

—¡¡Esto es el colmo!!

—¿Por qué te ríes, mamá?

—Porque ya parecéis un matrimonio —se carcajeó.

—¡¡Me debes una Leonardo, apúntala a la cuenta!! —dije muy enfadada, y me fui de la cocina bastante cabreada con él.

Al cabo del rato, algo más calmado tras la discusión que habíamos tenido, Leonardo vino a buscarme al apartamento. Yo estaba sentada en el sofá leyendo un libro.

—¿Puedo pasar?

—Puedes pasar —dije algo seria.

—No pensé que te molestaría el que invitara a uno de sus compañeros.

—Eso no ha sido lo que me ha molestado. Ha sido, el hecho de que no tengas en cuenta mi opinión. Te gusta ordenar y que yo las acate estando o no de acuerdo.

—Vale, lo siento. Intentaré consultarte en un futuro antes que nada.

—Gracias. —Vaya... ¿una disculpa de él? Pues era la primera vez que se había disculpado. Tendría que apuntarlo en el calendario como una bonita novedad y además, no estaba precisamente enfadado conmigo por reprocharle una orden suya. Otra novedad.

—Me ha llamado Christian que al final seremos las dos parejas. Los demás no pueden. ¿Qué tenías pensado hacer de postre?

—Pues estaba entre un flan de chocolate o un postre de frutas con mascarpone. ¿Cuál te apetece más?

—Quizás el de frutas.

—Si te hago una lista, ¿me lo compras mañana todo?

—Yo no sé si podré, pero si yo no puedo, ya se lo digo a mi madre.

—Gracias.

—De nada, hasta mañana.

El sábado lo pasamos genial los dos chicos y yo. Se portaron muy bien y me hicieron caso en casi todo. Estuvimos en el ecosistema de los polos, viendo cómo vivían los pingüinos y como eran alimentados por sus cuidadores. Posteriormente, pasamos por el pabellón de sombras silenciosas el cual estaba habitado por animales nocturnos y así estuvimos todo el día, de pabellón en pabellón. Cuando tuvimos hambre nos hicimos un picnic con lo que había preparado. Unos bocatas con filete, unas zanahorias cortadas finas, patatas fritas y algo de fruta. Para merendar nos tomamos unas cuantas galletas y unos zumos. Cuando fueron las 20:00 nos fuimos a casa a descansar después del largo día. Hicimos muchísimas fotos y pasamos un día realmente bueno. Ese mismo día Leonardo había comprado todo lo que le había apuntado en la lista de la compra. Después de que llegáramos a casa y tras una ducha, Leo me ayudó a preparar el postre.

—Buenas noches, ¿qué estáis preparando que huele de maravilla? —había preguntado María.

—Un postre para mañana que tenemos barbacoa y no me gusta colarme en casa de nadie sin nada. Pero no te preocupes, hemos hecho uno para ti, no ibas a ser menos.

—Muchas gracias, corazón —y me dio un beso en la mejilla.

—¿Y para mí no hay beso que la estoy ayudando a cocinar y he ido por la compra? —las dos empezamos a reír por el comentario y María no tuvo más alternativa que darle un beso también a su hijo.

—¿Queréis probarlo ahora? —les pregunté a María y a Leo.

—Claro, no vaya a ser que eso no sea comestible —comentó Leo.

—Hombre de poca fe. Anda, pásame la fruta que está en el frigorífico enfriándose mientras yo voy montando un poco de mascarpone.

—Pues listo. Tú y yo, tendremos que compartirlo —le dije a Leo. Estábamos los tres, comiéndonos y saboreando el delicioso postre tranquilamente mientras charlábamos cuando Gio apareció en la cocina.

—Yo también quiero lo que estáis ustedes comiendo —comentó Gio en cuanto vio el postre.

—Toma Gio —le di a probar de mi cuchara.

Hasta ese momento no se había dado cuenta su padre de la complicidad que había entre Gio y yo. En vez de pedírselo a su abuela o a él, me había buscado directamente a mí. En dos meses, me había ganado la confianza y el cariño de su hijo, pero claro nos veíamos todos los días y estábamos prácticamente todas las tardes juntos. Más quisiera él, que Gio se llevara con Isabella igual de bien que conmigo, pero me temo que a su querida Isabella no le gustaban para nada los niños y a pesar de que llevaban dos años de relación, Gio la trataba como si fuera una extraña.

—Mmm está muy bueno. Yo quiero más —respondió Gio.

—Esta es la última, Gio —y esta vez se la dio Leonardo.

—Mis más sinceras felicitaciones a los cocineros. Está muy rico. Venga, Gio, da las buenas noches y para la cama. Ahora voy yo —comentó la abuela.

Gio le dio un beso de buenas noches a su padre y a mí, pero este se quedó un poco sorprendido al ver que su hijo también me lo daba. Esa costumbre de levantarnos y acostarnos dándonos un beso, me la había inculcado mi madre desde pequeña, y en mi opinión era la mejor forma de terminar o empezar el día y por eso, también se la estaba enseñando a un Gio un poco arisco.

DOMINGO 27

El domingo hizo un día soleado, sin mucho viento e ideal para hacer una barbacoa en la terraza. Llegamos a casa de Christian y Emma sobre la 13:00 para charlar y tapear antes de comer. Leonardo había comprado una botella de vino para llevarla a la casa y yo llevé el postre, el cual le faltaba la decoración final por montar. Cuando llamamos a la puerta, Emma fue la encargada de abrir, ya que Christian estaba preparando la barbacoa.

—Hola, chicos.

—Hola, Emma, tan guapa como siempre.

—Eres horroroso, Leo —los dos se echaron a reír.

—Te presento a Sofía. Sofía, ella es Emma.

—Mucho gusto —comentamos a la vez y nos dimos dos besos como forma de saludo.

—Pasad. Christian está en el jardín, liado con la barbacoa —comentó mientras señalaba hacia el jardín.

—¿Dónde te dejó el postre, Emma? —llevaba una bandeja con este.

—Vente conmigo para la cocina. ¿Necesita frigorífico?

—Lo podemos meter un poco en el frigorífico y cuando vayamos a comer ya se saca para que no esté muy frío.

—Estupendo. Te presento a nuestra pequeña Daniela que tiene un añito.

—¡Ains que cosa más bonita! —Daniela tenía un pelo rubio muy fino y con poca cantidad. Unos ojos azules grandes como su madre y unas mejillas sonrosadas gorditas. Estaba toda vestida de rosa. Parecía una muñeca sentada en su sillita. Tenía una cara de ser muy simpática, risueña y algo inquieta.

—Pues aquí estoy preparándole la comida y espero dársela antes de que nosotros comamos y así poder comer tranquilos, si no, no nos dejará, porque después de comer se pone muy tonta con el sueño que le entra.

—¿Te puedo ayudar con algo?

—¿Te atreverías a darle de comer? —Emma casi me miraba con cara de

pena.

—Claro, ¿por qué no? Que conste que va a ser mi primera vez.

—¿No tienes sobrinos?

—No. Mis hermanos son más pequeños que yo y todavía no se han casado ni han hecho ninguna trastada que implique niños.

Y allí estaba yo, distraendo a Daniela para que comiera sin que ninguna de las dos acabara hasta arriba de papilla. Leo fue a coger algo de la cocina y se quedó mirando cómo le daba la papilla a Daniela, embobado. Ella comió muy bien, era una chica tragona y después de comerse todo el puré y el yogur era hora de que su papi la durmiera.

—¿Te ha tocado a ti? —me preguntó Christian.

—Pues sí, pero lo hemos hecho muy bien, ¿a qué sí, Daniela? Cuéntale a papi como te lo has comido todo sin mancharnos mucho —tanto Christian como Emma y yo empezamos a reír.

—Pues te tomo el relevo. El fin de semana me toca dormirla a mí.

—Muy bien, toda tuya.

—Gracias.

Christian era un verdadero padrazo y en cuestión de un cuarto de hora estaba Daniela durmiendo en el salón mientras que nosotros cinco comíamos en la terraza. Leo se había quedado al cargo de la barbacoa mientras que Christian se había ausentado. Estuvimos charlando de todo un poco, hasta tratamos temas donde Gio estuvo conversando animadamente. Tras unas cuantas chuletas, ensalada, verduras a la plancha y alguna botella de vino era hora del postre. Todos nos habíamos quedado muy satisfechos con la comida, pero siempre se dejaba una parte para algo dulce.

—Voy a retirar los platos para tomarnos el postre, ¿os parece bien? —dijo Emma mientras los quitaba.

—Claro. Espera que te ayudo. Gio, coge las botellas y tráetelas a la cocina, por favor.

Mientras montaba la decoración de los postres, estuvimos Emma y yo charlando un poco cosas de chicas en la cocina:

—Según me comentó Christian eres la profesora de Gio y por lo visto, está sacando notas excelentes desde que estás con ellos.

—Efectivamente, pero...

—Jajaja... Pero creo que no solamente le ayudas con las cosas de clase, ¿me equivoco?

—¿Por qué lo dices? —no sabía a dónde quería llegar Emma con el comentario y paré de montar la decoración cuando la escuché.

—Aparte de que Gio está muy cambiado en cuanto a comportamiento, está muy pendiente de ti. Sinceramente, me he quedado muy sorprendida. Cuando estuvieron aquí las pasadas navidades, Gio era un torbellino. Arrasaba con todo lo que estuviera a su paso.

—Gio está un poco mal criado y creo que hay que educarlo siendo algo más estrictos. No se le puede dar a un niño todo lo que pide.

—Yo pienso igual que tú. Serás una buena madre.

—Muchas gracias. Muchas gracias, Gio —le dije a este cuando trajo las botellas vacías a la cocina—. Vete para la mesa que ya vamos nosotras con el postre —mientras le daba un bastoncillo de galleta como recompensa. Él iba más que contento mientras se lo comía.

El postre estaba presentado en un vaso ancho y bajo. En el fondo había manzana y piña troceada. A continuación, le añadí mascarpone previamente cocinado y por último un poco de chocolate rayado y un bastoncillo de galleta. Todos estuvieron más que encantados con el postre. Había sido una comida deliciosa.

Posteriormente Emma fue a preparar café a la cocina y en este caso fui yo a ayudarla mientras que Sofía y Gio se quedaban con Christian en la terraza:

—¿Qué te parece Sofía? —le había preguntado casi en un susurro a Emma.

—¿Sinceramente?

—Por supuesto.

—Espero que no te enfades conmigo, pero ella sería una buena madre para Gio. Es encantadora, guapa y muy simpática. Christian venía encantado de tu casa el otro día que estuvisteis jugando al póquer. Tal vez no sea una chica

como las que sueles estar acostumbrado a salir, pero es una mujer de los pies a la cabeza.

—Ya. La verdad es que Gio se lleva muy bien con ella —comenté mientras miraba hacia donde estaba Sofia y Gio sentados— No puedo decir lo mismo de Isabella y eso que me gusta mucho.

—Tu hijo ha cambiado mucho en muy poco tiempo. ¿Te diste cuenta cuando Gio quería pan o cuando ella le dijo que ayudara a quitar la mesa? Lo ha hecho rápidamente, pidiéndolo por favor y sin protestar ni nada. Ese no era el Gio que vino a mi casa estas navidades.

—Papá, Christian me ha dado permiso para jugar con su videoconsola que está en el salón.

—Muy bien hijo. Pon la tele bajita que está Daniela durmiendo.

—¿Ves el cambio?

—Ahora que lo dices, sí.

—También me contó Christian que la noche del póquer fue Gio a darte el beso de buenas noches. ¿Cuándo ha hecho eso?

—La verdad es que nunca. Siempre le tenía que pedirle yo un beso.

—Y ahora...

—Ahora es un beso por la mañana y otro por la noche.

—Tienes una joya en casa y todavía no te has dado cuenta.

—Ya. Será maravillosa y la mejor madre que Gio pudiese tener, y todo lo que tú quieras, pero a mí no me gusta. No es mi tipo.

—Ya, eso es diferente, pero yo creo que podrías enamorarte de ella si le dieras una oportunidad. El corazón de tu hijo ya lo tiene....Tal vez solo la ves como la profesora de tu hijo y no como una mujer.

—Por cierto, Christian, muchísimas gracias por la camiseta. Mi amiga se quedó maravillada cuando se la di. Todos los que estaban allí, fliparon.

—Jajaja, de nada Sofia, para mí fue todo un placer ayudarte. Cuando necesites alguna más, solo tienes que decírmelo.

—Muchas gracias de nuevo.

Seguimos hablando los tres y al cabo del rato Christian gritó desde la terraza:

—¿Qué habéis ido a fabricar el café?

—¡¡Ya vamos!!

—Bueno Sofia, ya que estamos todos, me gustaría que me explicaras tu técnica del póquer —comentó Christian.

—Mmm no sé, no sé, si te la cuento no voy a poder jugar más con ustedes aunque, después de ganarle a Leonardo no creo que me deje jugar otra vez.

—¿Y por qué habría de hacerlo? —preguntó Leo un poco enfadado.

—Ves, no quiere que le vuelva a ganar —los tres se rieron menos Leo que tenía cara de cabreado.

—No me volverás a ganar —afirmó Leo.

—¿Qué te quieres apostar? —le respondí.

—Lo que quieras.

—Va, no me sirve, después no cumples tus promesas. Todavía no ha me ha acompañado a la clase de salsa —les estuve explicando a Emma y Christian.

—Pero el día en que te di las llaves del coche me perdonaste la apuesta.

—Porque me enamoré de ese coche, ¡qué maravilla, qué curvas!.....

—Parece que estuvieras hablando de una mujer —rio Christian.

—Casi... este solo se queja si no le echo gasolina y me temo que las mujeres somos algo más complicadas.

—Uff no te puedes hacer una idea... —comentó Leo.

—Bueno, volviendo al tema de origen. Christian cuando tienes una buena mano te tocas el pelo, así como cuando sale una carta que te interesa de verdad.

—¿Qué yo hago eso? —dijo con los ojos muy abiertos, ya que estaba algo sorprendido.

—Sí.

—¿Y yo que hago? —me preguntó Leo el cual estaba muy relajado en el

asiento.

—¿Te acuerdas de que te puse un poco más de ron miel en el vaso? —él afirmó con la cabeza— Pues cuando tienes una buena mano bebes un poco.

—¡¡¡ Serás tramposa!!! —me dijo con los ojos muy abiertos por tal revelación.

—No jefe, soy lista que es muy diferente. Más vale maña que fuerza —y todos empezaron a reírse por mi comentario.

—Leo, ¿qué te parece si nos vamos a jugar con Gio a la videoconsola y dejamos a las mujeres solas para que puedan criticar tranquilamente?

—Me parece perfecto. Señoras —dijo con una reverencia de cabeza y los dos chicos estaban saliendo cuando Christian se paró en la puerta.

—¿Sabes también jugar al FIFA, Sofia?

—Lo siento, ese juego no se me da bien. Lo mío es más de matar bichos.

—Ah... había que intentarlo —rio Christian divertido.

—Es gracioso, se llevan todo el día jugando al fútbol y cuando cogen la videoconsola es para seguir jugando a lo mismo —comentó Emma.

—Son hombres y la verdad es que son simples: sexo y comida son básicamente su ley de vida. Nosotras en cambio queremos más y si pueden dar más, mucho mejor —ambas nos reímos porque sabíamos que eso era una verdad como una catedral de grande.

Permanecimos hablando el resto de la tarde y caímos en la cuenta de que teníamos más cosas en común de lo que inicialmente nos habíamos imaginado. Cuando Daniela se despertó, Leo estuvo jugando un rato con ella en el salón mientras que Christian y Gio jugaban. Cuando le tocó a él, se la llevó a Emma para poder jugar tranquilos, ya que era la hora de la merienda de Daniela y eso le tocaba a la madre. Christian no tenía mucha paciencia y ese día estaba demasiado entretenido intentando ganarles a los dos. Llegó la hora de irse y nos estuvieron despidiendo en la entrada.

—Espero que nos volvamos a ver otro día, Sofía. Ya sé sobre qué hora vas al gimnasio, a ver si allí podemos coincidir algún día que otro.

—Tú es que vas muy temprano al gimnasio y yo soy más dormilona, pero

espero que nos veamos pronto, Emma. Ha sido un placer conocerte.

—Ya le pido el teléfono a Leo y seguimos en contacto, si te parece bien.

—Me parece estupendo. Muchas gracias por todo.

Eran las 22:48 cuando decidí irme para la cama. Me quité la ropa, pero antes de ponerme el pijama me iba a lavar rápidamente los dientes. Salí para afuera del dormitorio, descalza, cuando se encendieron las luces del salón. ¿Ahora se encendían solas? Cuál fue mi sorpresa cuando vi a Leo que venía hacia donde yo estaba. ¡Joder y yo sin ropa! ¿Qué podía hacer?, ¿Me metería en el dormitorio? Imposible, ya me había visto y eso le diría que me daba miedo de que me viese en ropa interior. Uf, por lo menos llevo un conjunto de ropa interior bastante decente. ¡Ánimo Sofía y échale un par de huevos al asunto, me dije a mí misma! Se paró a un par de metros de mi posición y no paraba de mirarme. Normal, yo también lo haría si estuviera en ropa interior y mi lencería fuera de encaje blanco.

—Perdona, pero por si no te has dado cuenta, los ojos los tengo un poco más arriba —parpadeó un par de veces, supongo que para cambiar el rumbo de sus pensamientos. Bien, por fin se dignó a mirarme a la cara.

—¿No deberías llevar un poco más de ropa? —y el muy descarado volvió a bajar los ojos. Con la mano le hice señas para que mirase para arriba.

—¿No deberías de haber llamado a la puerta? Por lo general, a estas horas están todos durmiendo y por si no te has dado cuenta, es mi zona privada.

—Ya.

—Y por favor, sé un caballero y deja de mirarme así.

—¿Así como?

—Dándome un repaso de arriba abajo como si fuera la primera mujer que has visto en tu vida.

—Va, tampoco es para tanto —¿Qué? ¿Pero quién se cree que es él? ¿Míster España?

—¿Perdona?

—Me refiero que el conjunto te sienta muy bien, pero que hay otros con menos tela. ¿Te darías la vuelta? —me dice el tonto como el que no quiere la

cosa. ¿Aquí hay cámara oculta o yo estoy flipando? Me tenía que reír o le iba a dar un guantazo al muy descarado.

—¿Me has visto cara de tonta o es que te estás quedando conmigo?

—Ni lo uno ni lo otro. Tengo curiosidad por saber si es un tanga o normal —me acerqué a él, prácticamente nos encontrábamos a treinta centímetros. Se había excitado, ya que se le notaba un poco debido a que llevaba el pijama de tela. Volvíamos a jugar. Interesante.

—Si es un tanga... ¿qué va a ser lo siguiente, quitármelo con los dientes? —él empezó a sonreír, inspiró profundamente y dio un paso para atrás. Se mojó los labios con la lengua y empezó a sonreír nuevamente y negó con la cabeza.

—Sofía, eres una chica mala. No puedes jugar con fuego sin quemarte.

—Yo no estoy jugando con fuego, que yo sepa. Por cierto, no muerdo.

—Pero yo sí —volví a dar un paso hacia él y él volvió a hacer lo mismo: mojar los labios con la lengua y sonreír. Pero esta vez no dio un paso hacia atrás. Me seguía mirando descaradamente y el bulto en sus pantalones iba en aumento. Su respiración también era acelerada, al igual que la mía.

—¿Estás seguro de que no quieres morder?

—Solo sé que no debo. Si fuera otras circunstancias no estaríamos aquí hablando, te lo aseguro.

—Sabes que si quiero las circunstancias podrían cambiar.

—Lo sé. Soy consciente de ello, pero sé que eres buena conmigo. Solo venía a decirte que mañana recojas a Gio del colegio y lo llesves a sus actividades extraescolares. Mi madre va a estar liada toda la tarde y yo no podré.

—Sin problemas. ¿Algo más? —ambos seguíamos con una sonrisa en los labios.

—Nada más. Buenas noches.

Se fue de allí, pero antes de desaparecer, se volvió. Yo seguía en la misma posición.

—¿De verdad que no me lo vas a enseñar?

—Buenas noches Leonardo... —y con su maravillosa sonrisa salió del

apartamento.

MARTES 29

Después del entrenamiento diario comprometí a Christian para que se quedara un poco más. Era nuestro portero titular y había estado practicando un nuevo disparo. La verdad era que rara vez lo fallaba, pero necesitaba saber si también era complicado de parar. Después de casi una hora, decidimos parar. Nos fuimos a las duchas. En el vestuario solo quedábamos nosotros dos. Christian se puso en la ducha que estaba a continuación mía. Puse el agua templada, ya que me encontraba muy acalorado. Después de enjabonarme y enjuagarme apoyé mis manos contra la pared y bajé la cabeza mientras me seguía cayendo agua en la cabeza, cuello y espalda. Habían pasado dos noches desde que la vi en ropa interior y todavía no me podía quitar aquella imagen. Me hubiera encantado haberle dado yo mismo la vuelta para ver cómo era la parte de atrás de su braguita. Joder, si hubiera sido un tanga...me hubiera acercado a ella por detrás y le hubiera refregado mi erección contra su trasero. Después le habría bajado los tirantes del sujetador, le habría besado el cuello pasando mis labios por aquella piel que se veía tan suave y habría bajado mi mano...

—Leo, yo ya me salgo. Será mejor que cambies el rumbo de tus pensamientos o los termines de completar —subí la cabeza y lo miré. Miré hacia donde él miraba y allí estaba mi polla empalmada.

—¡Joder, lo siento Christian! —joder, ¡qué vergüenza!

—No hace falta que te disculpes. Deberías terminar lo que has empezado. Te espero fuera.

Y eso fue lo que hice. Volví al hilo de mis pensamientos. Terminé por masturbarme y correrme. Era la primera vez que me pasaba aquello en el gimnasio y menos mal que solo estaba Christian. Una vez fuera, Christian tenía colocado el pantalón y estaba sentado esperándome.

—¿Mejor?

—Sí, mucho mejor.

—¿Necesitas hablar de algo?

—Pues ahora que lo mencionas sí. Sé que eres muy prudente y por eso me gustaría que me dieras tu punto de vista, pero que conste, que esta

conversación no la hemos tenido nunca, ¿vale?

—Vale. Tú dirás.

—El domingo fui, más bien tarde, a decirle a Sofía que el lunes tendría que recoger a Gio del colegio. Cuando entré, en su apartamento, me la encontré en ropa interior. Después de recrearme y coquetear un poco le di el recado y me fui. Desde entonces no paro de fantasear con ella.

—¿Habéis tenido contacto carnal o solo visual?

—La semana pasada hubo truenos y a ella le dan miedo. Esa noche durmió en mi cama. Solo dormimos, te lo juro.

—¡Ostras Leonardo! ¿No crees que estás jugando con fuego?

—Sí, lo sé. Pero sabes lo peor, es que me muero por quemarme. Esta mal que yo lo diga, pero Sofía es una mujer muy sexy y con unas bonitas curvas. También es divertida y me siento muy bien cuando estoy a su lado. El lunes por la noche decidí sentarme enfrente de ella mientras cenábamos. Como el que no quería la cosa, la miré y le pregunté en voz alta: por cierto, ¿cómo eran al final? Cuando ella se pensó que me refería a sus bragas, me dio una patada por debajo de la mesa y se puso como un tomate. Tuve que reprimir mucho la risa. Ya cuando mi madre preguntó yo le especificué que me refería a las sábanas que me iba a comprar. No te puedes ni imaginar la cara de Sofía.

—Eres malo. ¿Dejarías a Isabella por ella?

—No... No lo creo... No lo sé. Me gusta el tira y afloja que tenemos, pero tanto como para dejar a Isa...

—Siento decirte amigo mío, que no deberías jugar con los sentimientos de Sofía. Cualquiera día te va a dar un buen calentón como el de hoy y si Sofía está por la labor, no te vas a escapar. Ella está soltera y sin compromiso alguno, pero tú, majete, tienes novia, aunque creo que no pasáis mucho tiempo juntos. ¿De verdad te merece la pena tener novia para verla diez veces al año?

Solo me encogí de hombros. Ni yo mismo sabía la respuesta.

Eran las siete de la tarde cuando llegué a casa algo cansado después de un largo día. Nada más llegar me encontré con mi madre, que me estaba esperando para irse al cine con sus amigas. Me dio un beso y se fue. Después dejé mis cosas en el dormitorio y subí a ver a Gio. Pensaba que iba a estar

jugando con la videoconsola, su pasatiempo favorito, pero no fue así. Se hallaba viendo un programa en la televisión encima de la cama envuelto en una manta. ¿Gio viendo la televisión? O Sofía lo ha vuelto a castigar o se encontraba enfermo.

—Hola, Gio, ¿estás castigado?

—No, papá. ¿Por qué lo dices?

—No estás jugando a la videoconsola.

—Ah, es que no me apetece.

—¿Te encuentras bien?

—La verdad es que tengo un poco de frío.

Le toqué la frente y lo noté bastante caliente. Lo dejé allí y bajé a buscar el termómetro. Una vez que subí con él, se lo puse y efectivamente tenía fiebre. Marcaba 38°. ¿Y ahora qué hacía? Hoy era martes, con que Sofía estaría en su clase de baile. Son las 19:55, con que posiblemente no hubiera empezado. La llamé a ver qué me decía. Después de llamarla dos veces no obtuve respuesta por su parte. Llamaría a mi madre para ver si hubiera suerte. Después de un par de intentos nada. Volví a llamar a Sofía, pero esta seguía sin cogerlo. Me estaba impacientando cuando empezó sonar mi teléfono:

—Hombre, por fin... ¿dónde coño tienes metido el móvil?

—Te iba a decir un borderío, pero espero que sea importante para tanta insistencia.

—Gio tiene fiebre. Dice que tiene frío y está bastante caliente.

—Yo lo he dejado hace media hora y se encontraba perfectamente.

—¿Qué hago? Mi madre se había ido al cine y no he querido importunarla.

—¿Le has puesto el termómetro?

—Sí, tiene 38° C.

—Vale... ¿Le has dado el dalsy?

—No... ¿Eso qué es?

—¿Entonces qué has hecho?

—Pues lo he tapado porque tenía frío.

—Pues quítale todas las mantas o ropa de abrigo que tenga. Déjalo en pijama y mantenlo lo más fresco posible. Que beba agua aunque no quiera.

—¿Quieres matar al niño o qué?

—Haz lo que yo te he dicho sin discutir. Ahora mismo voy para casa.

Y después de decir eso me colgó. La mataba. ¡Ya no sabía en qué idioma decirle que no me colgara el puto teléfono! Pero esto no se iba a quedar así. ¡Me iba a oír!

Al cuarto de hora ya estaba en la casa y yo la estaba esperando en la cocina algo impaciente andando de izquierda a derecha de la cocina y vuelta a empezar. Tras abrir la puerta, allí estaba yo con los brazos cruzados y con cara de mosqueado porque me había vuelto a colgar el dichoso teléfono. Cuando fui a abrir la boca, para reclamarle y recordarle lo del teléfono, abrió la mano hacía mí y empezó a hablar sin darme ningún tiempo a nada más. Soltó el bolso en el recibidor y se quitó el chaquetón mientras seguía andando hacia la cocina:

—Guárdate tu mal humor para después. Vamos para arriba que hay que duchar a Gio —después de decir eso me fui para arriba para esperarla. Venía bastante acelerada y ni se me ocurriría llevarle la contraria—. Hola cariño, ¿cómo te sientes? —le preguntó a Gio tras ponerle los labios en la frente— Vamos a ponerte otra vez el termómetro a ver como sigues —a los segundos el termómetro marcaba 38.1°C—. Le está subiendo. Tómate esto Gio, venga, y ahora el zumo. Leo, prepara la ducha con agua templada.

Me fui inmediatamente a hacer lo que Sofía me había ordenado sin rechistar. ¡Había llegado la sargento! Ella cogió un nuevo pijama del armario y ropa interior para cambiarlo después de la ducha. Tomó a Gio de la mano y vinieron hasta el cuarto de baño.

—Leonardo, ayúdale a quitarse el pijama.

—¿No crees que esa agua está muy fría? —pregunté un poco preocupado tras tomar la temperatura del agua, el pobre se iba a congelar.

—Consiste en bajarle la temperatura, no que se dé un baño de agua caliente.

Gio estaba temblando, pero más tembló en cuanto le empezó a caer agua templada. Lo enjabonó rápidamente y después de quitarle toda la espuma, cerró el grifo, tomó una gran toalla y lo arropó en ella para secarlo. Yo miraba la escena como si estuviera viendo una película: estaba embobado. Tal vez, ella no fuera una de las chicas más guapa que había conocido, pero tampoco estaba mal. Allí estaba ella de rodillas, mimando a mi hijo enfermo. Se encontraba algo seria, concentrada en secar cada parte del cuerpo de Gio. Su boca estaba abierta y su respiración era un poco agitada por todo lo que estaba realizando. Tras quitarse el chaquetón, se había quedado en mangas cortas y en vaquero, un vaquero que le estaba algo ajustado marcando trasero. ¿Tendría el culo duro o no? Mmm...Me gustaba su perfil. Tenía un pecho generoso y unas caderas anchas, aunque su cintura era bastante estrecha. Todavía podía notar como ella se había acercado a mí por detrás la noche que dormimos juntos y cómo esta había pegado sus pechos a mí, los cuales los había notado fríos, pero suaves, y verla en ropa interior había sido una maravilla. Era una mujer muy sensual. Escuchaba mi nombre, pero muy lejos, pero los seguía mirándolos sin poder reaccionar. Vi como ella había cogido una zapatilla de Gio y me la tiró dándome en una pierna. Fue justamente ahí, cuando encontré nuevamente la realidad.

—¿Pero qué ... ? —pregunté molesto.

—Pues que no paro de llamarte y estás ahí haciendo el tonto. Dame la ropa de Gio para vestirlo.

Le acerqué la ropa y ella lo vistió rápidamente, puesto que Gio seguía tiritando. A continuación, lo acostó en su cama, pero únicamente lo tapó con la sábana. Me daba mucha lástima que estuviera temblando, pero era lo mejor para él, según había dicho Sofía. Espero por su bien que estuviera en lo cierto. Después de acostarlo, mi madre había llamado al ver las dos llamadas perdidas en su teléfono y me comentó que Sofía había hecho lo correcto. Como el niño estaba plácidamente durmiendo, los dos nos fuimos a cenar a la cocina.

—Gracias por todo, aunque sigo molesto por lo del móvil —le había dicho a Sofía después de hablar con mi madre y quedarme más tranquilo.

—De nada. Siento haberte colgado. Lo siento de veras, pero me puse muy nerviosa.

—Por favor, no lo vuelvas a hacer. No te puedes ni imaginar el coraje que

me da.

—Intentaré recordarlo para un futuro. ¿Qué hay para cenar?

—Hay un poco de berenjenas con queso, pero no lo suficiente para los dos.

—¿Preparo un par de tortillas a la francesa con un poco de cebolla y perejil y compartimos las berenjenas?

—Vale, perfecto. Siento haberte fastidiado tu noche de baile.

—No te preocupes, ya iré la próxima semana. Esta semana intentaré quedar con mi amiga Margui para que me enseñe lo que han hecho hoy y así no quedarme atrás. ¿Me acercas dos huevos, leche y el perejil? —me dijo mientras troceaba un poco de cebolla y ponía un poco de aceite en una sartén a calentar.

Me quedé muy sorprendido al verla moverse en la cocina. De un golpe firme y rápido partió los dos huevos. Empezó a batirlos y posteriormente le echó un poco de sal y un poco de leche: —Es para que esté la tortilla más esponjosa —me había explicado al ver la cara tan rara que tuve que poner. A continuación, le añadió la cebolla muy picada y un poco de perejil también troceado. Lo echó todo a la sartén y cuando estuvo dorada por una parte, media vuelta y para que se hiciera por el otro lado. Mientras tanto, estuvo recogiendo el cuchillo y el plato que había utilizado y los metió en el lavavajillas. Sacó dos platos limpios y un par de cubiertos. Tomó las berenjenas y las metió en el microondas y la puso tres minutos, tras taparlas con una tapadera, para que no salpicara el microondas.

—¿Hay algo que no sepas hacer? —le pregunté al ver su destreza en la cocina. A mis antiguas ex novias y a la actual nunca las había visto cocinar.

—Demasiadas cosas.

—Dime una.

—No sé cambiar una rueda del coche, ni coser, por ejemplo. Lista la tortilla. ¿Pillas las berenjenas y el pan?

—¿Pan a estas horas?

—Venga jefe, mañana me porto bien y estoy diez minutos más corriendo.

—Si lo vas a cumplir, los cojos —y ella con su carita de ángel aceptó con

un gesto de cabeza—. Pues sí que está buena la tortilla.

—Me alegro de que te guste. ¿Gio está llamando?

—Sí, creo que sí. Subo yo, ahora vengo. No te lo comas todo —diciéndolo por las berenjenas.

—Valeeee.

A los segundos de que Leo se fuera empezó a sonar su teléfono, pero como no cesaba de llamar y era identificación oculta, contesté:

—Dígame...

—¿Quién eres y qué haces con el teléfono de mi novio?

—Ah, hola Isabella. Soy Sofia. Leonardo ha subido a ver a Gio que está enfermo y se ha dejado el teléfono en la cocina. Si quieres, ahora le digo que te llame cuando baje.

—Tú no eres nadie para cogerle el teléfono —Aunque nunca habíamos tenido mucho contacto entre nosotras, no nos podíamos ver. La antipatía era mutua, aunque yo tenía algo más de educación.

—¿Quieres algo más? —Su voz cada vez se me hacía más insoportable.

—Sé perfectamente que te gusta Leo y tratas de engatusarlo ganándote a su hijo pero que sepas que eso no te va a funcionar porque.... —le corté la llamada. Estaba cansada de escuchar gilipollecies de esa niñata pija y egocéntrica porque no tenía otro nombre.

Al segundo de haber cortado la llamada, ella volvió a llamar y esta vez estaba allí Leonardo para cogerlo:

—Yo ya he terminado de comer —dijo mientras colocaba su plato, vaso y cubierto en el lavavajillas— ¿Qué quería Gio?

—Un yogur.

—No te preocupes, yo se lo subo y me como el mío con él —mi móvil no paraba de sonar—. Es Isabella. Si quieres comer tranquilo, te recomiendo que comas y luego la llares —se fue con dos yogures para arriba.

—Hola, cariño. ¡Qué hola ni mierda! ¿Qué hace esa imbécil cogiendo tu teléfono?

—A ver Isabella, cálmate un momento. Gio está enfermo y...

—¡Pero ella no es nadie para coger tu teléfono!! ¡Leonardo, esto se tiene que terminar ya! Esa arpía se quiere liar contigo y lo único que está haciendo es engatusarte, ganándose a tu hijo. ¡Cualquier día te pilla calentito y terminarás por follártela! ¡La quiero fuera de la casa ya! ¿Me has entendido?

—A ver Isabella, ya hemos hablado mucho de esto, cariño. Por favor, confía en mí y en cuanto al teléfono, no te preocupes que ahora le echo una buena bronca que no va a querer cogerlo en la vida.

—¡Y sabes cuál es la guinda del papel! ¡Esa estúpida me ha colgado el teléfono con la palabra en la boca!

Sofía bajó las dos cucharas y los dos envases vacíos y para mi pesar, allí seguía escuchando cómo Isabella se subía por las paredes. Sofía intentó pasar lo más silenciosamente posible, pero me di cuenta de su presencia y no dejé que se fuera de la cocina, tapándole la salida. Tras colgar el teléfono, yo estaba hecho una furia, tanto por ella como por Isabella.

—Te lo advertí y ahora no me quieras echar a mí la culpa del berrinche de Isabella —me dijo Sofía tras ver la comida en la mesa.

—¿Pero quién te crees que eres para coger mi teléfono?

—No paraba de sonar y...

—Te vuelvo a repetir... ¿quién coño te crees que eres para coger mi teléfono? —hice mucho hincapié en el mí. Inmediatamente se puso colorada y no se atrevía a mirarme a la cara. El volumen de mis acusaciones iba en aumento— Estoy esperando a que me contestes —al ver que ella seguía sin contestar, más me cabreó su silencio y ya no me pude contener. Ahora ya le estaba gritando— ¡Que sea la última vez que le cuelgas a alguien que te está hablando! y...¡¡ mírame cuando te hablo!! —Mi madre había llegado y había abierto la puerta cuando yo le grité esto último.

—¡Leonardo!... ¿qué forma es esa de hablarle a Sofía? ¡Discúlpate ahora mismo!— me exigió mi madre —

—¡Esa! —dije señalando a Sofía con el dedo índice— ¡no tiene por qué descolgar mi teléfono, ni hablar con nadie!

—El caso no es ese Leonardo... no son formas de hablarle a nadie. Las

cosas se pueden decir de muchas formas y no te estás comportando como debes —ella tenía lágrimas saltadas en los ojos y salió disparada de la cocina, pero yo no estaba dispuesto a que se fuera. Esas lagrimitas de cocodrilo no me afectaban, pero mi madre me agarró del brazo—. Déjala tranquila un rato y después espero que vayas a disculparte, ¿me has entendido? Ella ha dejado su clase de baile por ti, porque la necesitabas. Yo voy a ver a Gio a ver qué tal sigue.

No estaba dispuesto a disculparme con Sofía. Estaba muy seguro de lo que había hecho era lo correcto y ya no se atrevería a cogerme más el teléfono. La pelea con Isabella me había servido para algo. Ahora la tendría que volver a llamar y ver si ya estaba más calmada.

«Hay discusiones y peleas, incluso guerras que llegan a un punto muerto, en el cual nadie quiere proseguir... Pero esto no significa la paz»

Luis Gabriel Carrillo Navas.

MIÉRCOLES 30

Ese día me levanté más tarde de lo habitual, ya que me había pasado medianoche llorando debido a la maldita pelea con Leonardo. ¿Pero quién se creerá que era para hablarme así? Pero esto le va a salir muy caro al gilipollas de mi jefe. Al final, se va a tener que tragar su maldito orgullo. ¿Y la estúpida esa? Ya sé por qué a Gio no le caía nada bien, era simplemente una bruja. Todavía no me podía creer cómo se había puesto por haber cogido una simple llamada. Si antes no podía verla, ahora intentaría no encontrarme con ella cuando estuviera por la casa. Tras desayunar, me fui al gimnasio. Esta vez me encontré a Javier dentro, el cual estaba esperando a un cliente. Nos saludamos con un gesto con la cabeza y tras dejar mi bolsa en las taquillas del vestuario femenino, tomé la toalla, una botella de agua y me fui directa a la cinta de correr. Justo cuando me iba a subir y colocarme los cascos, alguien me tocó en el hombro: era Javier.

—Hola, Javier.

—Buenos días, Sofía. Esta tarde me han cancelado un par de citas y salgo antes de trabajar. Me preguntaba si te gustaría ir a tomar algo por la tarde.

—¿Sobre qué hora tenías pensado?

—¿Sobre las ocho te vendría bien?

—Sí, no tengo ningún problema a esa hora. ¿Tienes pensado algún sitio?

—¿Vives por aquí cerca?

—Sí.

—¿Sabes dónde está el restaurante chino en el centro de Pozuelo? —asentí— Pues al lado hay un pub donde ponen un poco de música tranquila y se puede charlar.

—Perfecto, entonces. Nos vemos allí a las ocho.

—Muy bien. Hasta luego, entonces.

—Una cosa antes de irte. Mejor intercambiar teléfonos por si alguno tiene algún contratiempo.

—Vale. Te dejo mi teléfono en recepción. Acuérdate de cogerlo y dejarme

el tuyo —dijo con una amplia sonrisa y guiñándome un ojo.

Por lo general, cuando entrenaba siempre estaba hablando y haciéndoles bromas a mis compañeros, pero ese día estaba muy callado y algo serio. Jorge se me acercó y empezó a hablarme:

—Suelta lo que te ha pasado en casa o vas a explotar.

—Esa chica, por día que pasa, me saca más de mis casillas. Ayer subí al dormitorio de Gio que estaba con un poco de fiebre y había dejado el teléfono en la cocina. Sofía le cogió el teléfono a Isabella y después le colgó con la palabra en la boca. Ya te puedes imaginar el numerito que me formó Isabella. Que si me estoy follando a la niñera, que si le estoy poniendo los cuernos.... en fin.

—¿Y es verdad? —me había preguntado Eduardo con cara de pillín.

—Nooo... ¡estás loco o qué! Sería lo último que hiciera. Prefiero matarme a pajas antes que meterle mano.

—Pues eres un poco gilipollas. No es la tía más guapa del mundo, pero está bien para echar un polvo y descargar tensiones. Yo creo que eso es lo que os pasa, que tenéis atracción física y como no folláis, pues siempre ordenó el míster.

Ya eran las siete cuando Gio vino a buscarme al despacho, ya que, quería hablar conmigo un tema de hombres. Antes de entrar, llamó a la puerta tal como Sofía le había enseñado.

—Pasa. Hombre Gio, ¿qué haces por aquí?

—Quería hablar contigo un momento, ¿puedes ahora?

—Claro, dime.

—El domingo es el día de las madres y me gustaría que me llevaras a la tienda para poder comprar algo.

—¿Este año no haces ninguna manualidad en el colegio?

—Sí, pero también me gustaría regalar una flor. El otro día Sófi estuvo hablando con la abuela mientras miraba un folleto del supermercado y había flores. Las dos dijeron que las flores eran muy bonitas y que el mejor regalo para una mujer es una flor.

—Gio, con los años entenderás que el mejor regalo son joyas, pero bueno, tú eres el que decide. ¿Y qué flor vas a comprar?

—Esta —me dijo mientras sacaba la propaganda que tenía escondida en su espalda y la colocaba en el escritorio para que la pudiese ver. Era una orquídea. Las había de muchos colores. Venía en una maceta roja. Cada maceta era una planta, en la cual salía una o dos ramas con pequeñas orquídeas

—¿Ya sabes de qué color la vas a comprar?

—A la abuela le gusta blanca y a Sófi rosa —No me gustaba mucho la idea de que Gio le regalase algo a Sofía.

—Gio, no debieras comprarle a Sofia nada por el día de las madres. Ella no es tu madre.

—Ya lo sé papá, pero quiero regalársela. Me gusta mucho Sófi y aunque muchas veces me regaña, se porta bien conmigo.

—Vale Gio, el viernes o el sábado iremos a comprarlas. ¿Te parece bien?

—Gracias papá.

—¿Cuándo vuelves a tener exámenes?

—El lunes. Este fin de semana Sofia y yo vamos a estudiar.

—Muy bien, así me gusta.

A las 19:40 me despedí de Gio y le informé a María que esa noche no cenaría en casa. Para esa ocasión me había vestido de manera informal. Me puse un vaquero tradicional ajustado, una camiseta de manga corta azul añil, la cual tenía la parte del cuello de encaje y por abajo normal, marcando curvas y una chaqueta de cuero. Como complementos, llevaba unos botines bajos de tacón y el bolso del mismo color, marrón chocolate. Me dejé el pelo liso y como complementos unos pendientes largos y brazalete ambos de plata. A las ocho en punto ya había aparcado el coche y me dirigía al pub donde habíamos quedado. Allí estaba Javier en la puerta esperándome. Llevaba unos vaqueros, una camiseta blanca y una chaqueta de cuero. Se había engominado el pelo y estaba realmente sexy con esa barba incipiente. Cuando llegué, nos dimos dos besos, a modo de saludo, y entramos dentro del local. Nos sentamos en una mesa que estaba alejada del bullicio de la gente y ambos nos quitamos

nuestras respectivas chaquetas. Aunque era entre semana, había muchas personas. Nos pedimos dos cervezas y empezamos a conversar.

—¿A qué te dedicas, Sofía? —me preguntó Javier para romper el hielo.

—Actualmente estoy dando clases particulares, ya que como Ingeniero no me ha salido nada.

—Vaya, una ingeniería. Tengo entendido que son carreras duras.

—No son tan complicadas. El problema radica en los profesores que no saben explicar. Tendrán muchos títulos, pero la mayoría no saben transmitir los conocimientos. El gran problema es que no puedes dar clases particulares, porque solamente te la podría dar alguien que esté trabajando en ese campo, y resulta bastante complicado encontrar a alguien así.

—La mayoría de las personas, antes o temprano, necesitamos ayuda con alguna materia. Por lo que veo te va muy bien en tus clases.

—No me puedo quejar, pero ¿por qué lo dices?

—Aparte del precioso coche que tienes, vas a un gimnasio caro y vistes muy bien.

—Ya ves, un poco de suerte.

—¿No eres madrileña, verdad?

—Mmm, no. Soy gaditana.

—Ya notaba yo un acento un poco raro. No te expresas igual que nosotros.

—Lo siento, o sea... es que no sé hablar tan pijo.

—Jajaja... nosotros no somos pijos hablando, bueno, algunos sí.

—¿Sueles venir mucho por este pub? —no era uno de los mejores que había visto, pero tenía su encanto. Él no me quitó los ojos de encima mientras que yo observaba todo el local.

—Está al lado de casa y suelo quedar con los amigos aquí, aunque por lo general no suelo beber. Hago una excepción por ti —cuando terminó la frase, ambos nos estábamos mirando a los ojos.

—Oh, que honor —dije agradeciendo el gesto con una inclinación de cabeza.

—De vez en cuando hay que darse algún capricho, ¿no crees?

—Pues sí, pienso igual que tú.

—¿Y qué te ha traído hasta Madrid?

—Necesitaba darle un cambio de 180 grados a mi vida, y como tenía una amiga del colegio viviendo aquí, pues la llamé y me vine.

—Interesante.... eso suena que hay un hombre detrás de todo eso.

—Sí. Había un hombre detrás de todo eso, pero ya quedó en el pasado. Prefiero no seguir con eso, porque me trae malos recuerdos.

—Muy bien, nada de exparejas. ¿Trato hecho?

—¿Tú tampoco te has escapado?

—Que va, tampoco me he librado. Pillé a mi exmujer con un amigo metido en mi cama.

—Vale. Nada de hablar de exparejas... jajaja

—¿Te puedo hacer una pregunta personal?

—Dime... —se tomó su tiempo en formular la pregunta.

—¿Cuántos años tienes?

—Pensaba que me ibas a preguntar otra cosa con la cara que has puesto. ¿Cuántos me echas?

—Sinceramente... es complicado. Tienes carita de joven y apenas tienes arrugas en los ojos, pero al juzgar como te comportas y ahora cuando te he visto llegar tan arreglada, me gustaría pensar que tienes más de lo que había supuesto inicialmente cuando te invité a salir esta mañana.

—¿Cuántos me echabas esta mañana?

—Veinticinco.

—¿Y tú tienes?

—No te voy a decir mi edad —se había puesto algo serio al contestar. Me pareció divertido que me echase menos edad y sobre todo que él no me quería decir sus años.

—Al juzgar la madurez de tu cuerpo, las pequeñas arrugas que tienes en los

ojos, yo te hecho unos treinta y cuatro años.

—Mmm, casi. Treinta y siete.

—¡Ohhhh!... ¡eres un asaltacunas!

—Jo, no me digas eso —se había puesto una mano en la frente y mirando hacia abajo como expresando de que había realizado una locura al invitarme a salir, pero en seguida volvió a su posición inicial y a mirarme nuevamente a los ojos, tenía una sonrisa en sus labios— Me ha costado mucho decidirme a pedirte una cita y si tienes veinticinco que dios me libre.

—¿Y ahora cuando he llegado, cuántos me echabas?

—Siento decirte que unos años más.... veintiocho.

—Pues lamento informarte que todavía te faltan años... este año he cumplido treinta.

—¿Me enseñarías el DNI?

—Jajaja, que fuerte, ¿no te lo crees?

—La verdad es que no mucho, lo siento —saqué mi DNI de la cartera y se lo mostré a Javier.

—Toma. Bienvenida a los treintañeros.

—¡Salud! —y los dos chocamos nuestras cervezas.

—¿Te apetece otra?

—La verdad es que sí, pero me tengo que abstener, que luego conduzco y no tengo ganas de que me pongan el pipo. Lo que sí me gustaría es ir a cenar. ¿Te apetece darme una segunda cita?

—Claro que sí, estoy encantado. ¿Chino?

—Perfecto.

Ambos nos colocamos nuestras respectivas chaquetas y salimos. Javier se encontró con un viejo amigo en la entrada del pub y me presentó como una amiga. Estuvieron charlando un rato los dos chicos y ya a continuación nos dirigimos a cenar. Tras acomodarnos en la mesa y pedir, le pregunté a Javier:

—¿Por qué tu amigo me ha mirado así? —el amigo me miró de arriba abajo y cuando volvió a subir estaba sonriendo.

—Desde que me separé de mi mujer, ninguno de mis amigos me han vuelto a ver con una chica. Supongo que sería por eso.

—Si no es mucha indiscreción... ¿cuánto tiempo hace que os divorciasteis?

—Oficialmente cinco meses, pero llevo siete meses sin vivir con ella. Ella se fue con su madre, ya que la casa era mía antes de casarnos.

—¿Tenéis hijos?

—No. Estuvimos buscando, pero ella tenía problemas y menos mal que no vino.

—¿Y tú tienes hijos, Sofía?

—No y tampoco los he buscado. He estado ensayando, pero sin buscarlos.

—Se pasa bien ensayando ehh... jajaja

—Demasiado bien, pero hace tanto tiempo de eso que ya ni me acuerdo. Supongo que eso será como montar en bicicleta. Nunca se olvida.

—Pues es una lástima que una chica como tú no utilice sus encantos para tener a los chicos que quiera.

—Eso es un mito. No es tan fácil como lo pintas.

—¿Cómo qué no? Solo con pestañear tenéis a vuestros pies a miles de hombres. Si una mujer quiere, se puede acostar con cualquier chico, ya sea soltero o casado. Somos así de tontos. Ains si yo fuera mujer... ¡que Madrid temblara! —los dos empezamos a reír.

Tras seguir con la animada conversación y cenar, ya eran las diez y media de la noche y Javier, como todo un caballero decidió acompañarme al coche.

—Lo he pasado genial, Sofía. Hacía mucho tiempo que no me reía tanto y mira que me costó pedirte la cita.

—Yo también lo he pasado muy bien, Javier. ¿Por qué te costó tanto?

—Aparte de que no quería parecer un asaltacunas, pues no sé... te veía una chica independiente que no quería saber nada de nadie y posiblemente tuvieras novio. Como cada vez que nos veíamos por el gimnasio venias a hablar conmigo, eso me dio confianza para invitarte a salir.

—Pues me alegro de que lo hicieras.

—Eres una chica que merece la pena conocer —me empezó a pasar su pulgar por la mejilla en forma de caricia y sin dejar de mirarme a los ojos. Dicha acaricia finalizó en la barbilla y cuando terminó quitó la mano de allí—, pero me temo, que aunque me pareces una preciosidad y súper simpática, ahora mismo no te puedo ofrecer nada más que mi amistad. No estoy preparado para una relación —dijo mientras se estaba poniendo algo serio,

—Ah... ¡y yo que pensaba que solo te querías acostar conmigo! —la frase le había pillado totalmente por sorpresa.

—Yo no he dicho nada de qué no quisiera acostarme contigo —ahora en la cara de ambos había aparecido una sonrisa traviesa.

—¿Entonces te quieres acostar conmigo? —los dos nos mirábamos a los ojos y ambos teníamos la respiración agitada. Se acercó a mí y me susurró al oído.

—Me he querido acostar contigo desde aquel día que me pediste disculpas en voz alta —se separó de mí, me miró a los ojos, tomó mi cara entre sus grandes manos y me besó con dulzura. Tras dejar de besarme, se separó unos centímetros y sin quitar sus manos de mi rostro me preguntó— ¿Te apetecería subir a mi casa?

—Sí.

Subimos a su piso. Era un piso de 80 metros cuadrados, el cual estaba muy bien distribuido. Nada más entrar estaba el salón, comedor y cocina. Los muebles eran modernos. Todo estaba impecable y bien ordenado. Después de la cocina, había un cuarto de baño completo y a mano izquierda estaba su dormitorio, el cual era bastante amplio. Cuando entramos le di mi bolso y la chaqueta y él también se lo quitó. Ambos estábamos algo nerviosos. Era la primera vez que un chico me besaba después de lo que pasó con mi prometido y me sentí viva de nuevo, como si una descarga eléctrica hubiera recorrido mi cuerpo de arriba abajo. Y quería más. Necesitaba mucho más. Leo me tenía muy alterada y necesita descargar toda la tensión acumulada.

—¿Te apetece beber algo?

—La verdad es que no mucho, pero si me apetece aclarar algo contigo antes de nada.

—Tú dirás.

—Siento si lo que te voy a decir te suena raro o fuerte, pero después de acostarnos... ¿qué esperas que haga? Estoy algo desentrenada con los procedimientos postcoito.

—A decir verdad, yo también, pero me gustaría que te quedaras a dormir, si no tienes ningún inconveniente. Informarte que mañana a las nueve tengo trabajo, por lo tanto, a las ocho habría que levantarse.

—Ok. No te prometo que me quede a dormir. Te lo diré más adelante. Otra cosa: me gustaría que esto quedara entre nosotros dos y no se enterase nadie más.

—Me parece bien.

—Y una última cosa... ¿tienes preservativos?

—Jajaja...sí, más de los que vayamos a usar, seguro.

—Qué te parece si sacas algo que lleve alcohol y brindamos...

—Vale. Vente para la cocina. Tengo en el congelador vodka con caramelo, ¿te parece bien?

—Perfecto.

—¿ Y por quién brindamos? —dijo tras rellenar los dos vasos de chupito de licor y volver a colocar la botella en el congelador.

—Por nosotros, por la amistad.

Los dos chocamos los vasos de licor y de un trago nos lo bebimos. Yo fui a su encuentro. Ese poco de alcohol extra me había dado las fuerzas suficientes para lanzarme a por él. Ambos nos devoramos. Fuimos besándonos hasta llegar a la entrada del dormitorio. Apoyó mi espalda contra la pared que había entre las dos habitaciones. Allí estuvimos jugando un poco. Él iba a besarme y yo me echaba para atrás y viceversa. Esto hizo que los dos nos encendiéramos más de lo que ya nos encontrábamos anteriormente. Javier me sujetó ambas manos por encima de la cabeza con una sola mano, y con la otra que tenía libre me fue recorriendo todo el pecho, bajando por mi tórax hasta llegar a la cintura. Se dispuso a perfilar todo mi cuerpo y cuando llegó al trasero me apretó contra él para que notara su erección. Me soltó las manos y con una de ellas me apartó el pelo colocándomelo a un lado y empezó a besarme el cuello. Gemía cada vez que sentía sus dulces labios apretarse contra mi

cuello. Nos estuvimos desvistiendo el uno al otro mientras no parábamos de besarnos, dejando una estela de ropa hasta llegar a la cama de Javier. Cuando ya estuvimos en ropa interior, de un tirón deshizo la cama rápidamente. Yo me tumbé sobre la cama y atraje a Javier hacía mí. Él empezó a darme pequeños besos por el cuello mientras se frotaba contra mí, sexo contra sexo. Ambos gemíamos de placer. Dejamos encendida una luz de la mesita de noche para no estar completamente a oscuras.

—Qué bien hueles... qué bien sabes... —me susurraba Javier al oído.

Javier iba a ser el tercer chico con el que iba a estar, sexualmente hablando y no sabía cómo iba a ser aquello, pero anhelaba el estar entre los brazos de un hombre y de sentirme querida, amada y deseada. Había llegado a un punto de no retorno y no era momento de echarme para atrás. Quería más de él. Le di la vuelta a él quedando este debajo de mí. Me puse a horcajadas sobre él y le estuve besando el cuello y el lóbulo de la oreja. Javier empezó a gemir y entonces me quité el sujetador de encaje negro que llevaba, dejando al descubierto un pecho generoso y firme, que para el deleite de Javier fue un acto muy sexy, al juzgar por la sonrisa de su cara. Ante aquella aparición, él me volvió a dar la vuelta quedando nuevamente debajo de él. Se apoyó en un costado y me estuvo besando y lamiendo los pechos. Yo podía notar su lengua juguetona alrededor de mi pezón y su barba me pinchaba un poco, pero no le dije nada. Estaba demasiado excitada para que él parase. Cuando ya acabó con ellos, me volvió a besar y con la mano que le quedaba libre me fue acariciando el clítoris a través de la braguita de encaje y yo a su vez, también le estuve tocando el pene a través del bóxer que llevaba puesto. Cuando la timidez entre nosotros había disminuido y estando más excitados, nos quitamos la ropa interior, ya dando lugar a una bonita erección. Él se mojó dos de sus dedos y empezó a acariciarme el clítoris con pequeños círculos y yo a su vez, tomé entre mis manos su pene y le estuve masturbando. Sus respiraciones cada vez eran más aceleradas. Mientras que nos masturbábamos mutuamente, nuestros besos se volvieron más salvajes y violentos. Los dos estábamos hambrientos de deseo. Introdujo un dedo dentro de mí para saber si ya estaba preparada para la penetración y así fue, estaba completamente húmeda para su satisfacción. Tomó un preservativo de la mesa de noche y enseguida se lo puso. Se tumbó sobre mí y me fue penetrando muy despacio. A medida que el preservativo se fue humedeciendo, fue tomando velocidad en las penetraciones. No tardamos mucho en consumir el acto. Hacía mucho tiempo

que ninguno de los dos mantenía relaciones sexuales y eso se notaba, ya que duramos muy poco. Tras terminar, Javier se quitó el preservativo y fue a tirarlo a la papelera que tenía en el dormitorio. Se tumbó bocarriba e hizo que me abrazara a él, pasándome un brazo por encima de sus hombros. Cuando ya estubo abrazado a mí me dio un beso en la frente y nos tapamos con la sábana y la manta, ya que ahora estábamos sintiendo un poco de frío después del calentón que habíamos tenido.

— ¿Has pensado si te vas a quedar o prefieres irte? —me preguntó Javier tras un largo momento de silencio y tras recobrar el aliento. Yo solo estaba pensando en lo bueno que era follar y lo bien que se sentía después de llegar al orgasmo. Parecía como si hubiera pasado una eternidad desde la última vez. El acto había sido breve, pero muy intenso.

—Pues todo depende de ti —contesté mientras me movía para mirarlo a los ojos.

—¿Y eso? —preguntó Javier con los ojos muy abiertos.

—Me ha sabido a poco. ¿Puedes con un segundo asalto?

—Si me das veinte minutos, sin problemas. A mí también me supo a poco —ambos estuvimos abrazados en silencio. Le puse el brazo por el abdomen y le estaba tocando los pectorales y jugando con el vello que tenía en el pecho, mientras que él me tocaba la espalda.

—¿Me dejarías una camiseta para dormir? No me gusta dormir desnuda.

—Claro, ahora te saco una.

—Espero que ahora cuando me veas por el gimnasio no te hagas el loco y hagas como si no me conocieras. Me gustaría que siguiéramos teniendo la misma relación de antes.

—¿Acaso lo dudabas? No soy el típico gilipollas que le cuenta a sus amigos con cuantas me acuesto y si te he visto no me acuerdo. Supongo que te habrás encontrado a más de uno así.

—No te puedes ni imaginar lo malo que está el mercado.

—Sí preciosa, sé cómo está el mercado y me temo que hay chicas que hacen lo mismo que los hombres, pero estate tranquila que yo no soy uno de esos. ¿Preparada?

Volvimos a hacer el amor, pero ya con más calma, con movimientos más lentos y cambiando de posición en varias ocasiones, propios de dos buenos amantes. Después del segundo coito, nos quedamos los dos dormidos. Al principio estuvimos durmiendo agarrados, pero posteriormente cada cual tomó su postura habitual de dormir.

Javier puso el despertador a las 7:45, pero antes de que sonara ya se había despertado, ya que no lo llegué a escuchar. Sentí como se movía el colchón, pero tenía tanto sueño que no pude abrir los ojos. Me quitó un mechón de pelo que tenía en el rostro y se fue al cuarto de baño a ducharse, pero antes de meterse en la ducha preparó café. Tras recoger la ropa que habíamos dejado de camino al dormitorio y en albornoz, vino a llamarme para que me vistiera y también vestirse él.

—Buenos días, preciosa. Hora de levantarse. Hay café recién hecho. ¿Te apetece una taza?

—Buenos días —antes de que pudiera abrir los ojos, ya estaba sentado junto a mí casi totalmente vestido. Me dio un beso en los labios.

—¿Has dormido bien? Yo de un tirón. Hacía mucho tiempo que no dormía tan bien.

—La verdad es que sí, que he dormido muy bien y sí, me apetece ese café. Huele de maravilla.

—¿Azúcar y leche?

—Si tienes sacarina mucho mejor, y con leche, por favor.

—Lo siento, pero no tengo nada para comer. Suelo desayunar en el bar del gimnasio.

—No te preocupes, tan temprano no me apetece nada.

Los dos estuvimos tomándonos el café en la mesa que tenía al lado de la cocina en completo silencio. Ambos nos estábamos mirando, muy sonrientes, pero sin mediar palabra. Javier estaba muy alegre esa mañana. Tal vez fuera verdad que hacía tiempo que no tenía sexo, pero eso no me importó mucho. Ya me había comentado previamente que solamente quería mi amistad, por lo tanto, mejor no enamorarse de un hombre como ese, que solo te quería para acostarse contigo. Nos despedimos con un gran y apasionado beso al lado de mi coche, acción, que nos daría buen sabor de boca a los dos para que pasar el

día.

Llegando a la casa me dio por mirar la hora. Posiblemente, Leo estaba a punto de salir. Accioné la puerta del garaje y efectivamente allí estaba parado. ¡Joder, que mala suerte la mía! Tenía que haber esperado un poco antes de verme para no coincidir con él. Parecía sorprendido de verme allí y bajó su ventanilla para hablar conmigo.

—Buenos días, Sofia.

—Buenos días, Leonardo.

—¿Te has caído de la cama o entras ahora? —me preguntó sarcásticamente. Viendo que yo permanecía callada continuó hablando— ¿Te has ido de fiesta un miércoles? —dijo divertido. ¡Ja.. ja... ja! Pensé.

—Que tengas un buen día —le dije muy seria. Seguía bastante enfadada por lo del martes.

—Igualmente.

Estábamos en la cocina María y yo preparando la cena cuando esta me comentó:

—Sofía, ¿has visitado Múnich?

—No, no he salido de España.

—Pues ve preparando la maleta porque el viernes sobre las ocho hay que salir para el aeropuerto. Leo tiene partido el sábado y aparte de ir a verlo jugar me gustaría visitar la ciudad.

—Ah, perfecto

Me quedé pensando en un viejo amigo que conocí en la facultad con el que todavía seguía en contacto gracias al Facebook, pero no recordaba en qué parte de Alemania residía. Mientras que estaba allí preparando la mesa le mandé un mensaje:

Sofía: Hola. Por dónde andas?

Casi al instante obtuve respuesta:

Klaus: Hola preciosa. Cuánto tiempo! Me tienes un poco abandonado ☹
Pues ahora mismo estoy en casa. Por qué lo preguntas?

Sofia: Porque este finde voy a viajar a Múnich y no me acuerdo donde vives

Klaus: De verdad? Vivo en el centro. Te puedo llamar por Skype y hablamos? No me puedo creer que nos podamos volver a ver.

Sofia: Voy a cenar en breves. Dame media hora y hablamos. Ok?

Klaus: Perfe. Besos, preciosa

Ya sentados los tres en la mesa decido contarle el asunto a María:

—María, tengo un amigo en Múnich con el que me gustaría quedar. ¿Sería posible no ir al partido?

—Ah. Pues no creo que hubiera ningún inconveniente. Lo que sí me gustaría pedirte es que el viernes por la noche te quedaras con Gio. Tengo una amiga allí y me gustaría salir con ella.

—Sin problemas. Me parece perfecto.

—¡Hey!

—Hola Klaus. ¿Qué tal estas?

—Pues ahora estoy maravillosamente bien. Me acabas de alegrar el día. Dios, estás guapísima.

—Tú siempre tan adulator.

—No, preciosa, es la verdad. Bueno, cuéntame cuando piensas venir.

—Pues nos iríamos para allá el viernes por la mañana, pero hasta el sábado a eso de las siete y media no estaría disponible para quedar contigo.

—¿Nos iríamos? ¿Con quién vienes?

—Estoy trabajando para el hijo de un futbolista y voy con su familia.

—¿Quién es el afortunado?

—Leonardo.

—¡Vaya... es un pez gordo! ¡Felicidades!

—Jajaja, gracias.

—Déjame mirar la agenda —y allí estaba ese pedazo de alemán rubio,

recién duchado mirando su agenda para hacerme un hueco. Qué cielo— Pues a ver, tengo una reunión hasta las ocho. Intentaré terminar un poco antes y a las ocho y media paso a recogerte a tu hotel. ¿Te parece?

—Perfecto. Luego te paso el nombre del hotel que es imposible de leer.

—¿Una cena formal y luego vamos a bailar o ya vemos después?

—Me parece un plan estupendo.

—Me parece hasta mentira que nos volvamos a ver. Aunque no te lo creas me acuerdo mucho de ti. Me marcaste mucho.

—No te pongas melodramático.

—¿No te lo crees, verdad? —rio.

—No.

—Sigo igual de golfo, pero en otras cosas he cambiado. Bueno, ya nos pondremos al día. He de dejarte. Voy a salir.

—Muy bien. Que te diviertas.

—Muchas gracias. Besitos, preciosa.

—Besitos

«Amor y deseo son dos cosas diferentes; que no todo lo que se ama se desea, ni todo lo que se desea se ama» Miguel de Cervantes

MES DE MAYO

JUEVES 1

Me monté en el coche para ir a trabajar como cada mañana, pero me di cuenta de que el coche de Sofía no estaba allí y me extrañó mucho. Ella no era precisamente la chica más fiestera que había conocido, y lo prefería así. Cuando abrí la puerta del garaje y ya había salido de este, la puerta principal de la casa se había abierto, pero yo no la había accionado. Tras ella apareció Sofía, en su coche rojo. Me parecía un poco raro encontrarme a Sofía tan temprano entrando en casa. ¿Dónde habría pasado la noche? Tal vez con su amiga. Seguía bastante seria y eso no era muy normal. Solía ser una chica alegre. Para mi disgusto, me llevé toda la noche anterior pensando en el sermón que le había soltado a Sofía y tal vez, me había pasado un poco con la reprimenda. Estaba entrenando y realizando los ejercicios, cuando todavía podía escuchar cómo me gritaba Isabella porque Sofía le había cogido el teléfono y después cómo le había gritado yo a ella. Uff, Isabella siempre estaba dándome la lata con lo mismo. Tenía su vocecita grabada en mi cabeza diciéndome que Sofía estaba enamorada de mí, ¿y qué? ¿Ella no podía ver que yo estaba enamorado de ella? ¡Mujeres, quiénes las entendían!

—¡Leo! ¡Leo! —me estaba gritando Jorge, pero yo seguía inmerso en mis pensamientos, hasta que me dieron con un balón en una pierna.

—¿Pero qué demonios te pasa? —había preguntado a Jorge algo molesto por el balonazo.

—Llevamos un rato llamándote —el entrenador los puso a tocar unos con otros con el balón mientras que yo tenía una leve charla con él.

—A ver Leonardo, si tienes algún problema, a veces es conveniente contarlo. Llevas toda la mañana en una nube y te necesitamos en el campo —me había dicho el entrenador.

—Gracias míster por el consejo. Esto no volverá a ocurrir.

El resto de la mañana estuve entrenado con más normalidad aunque al llegar al vestuario necesitaba comentarlo con alguien, y qué mejor persona que mis amigos. Quedé con ellos en tomarnos algo después de entrenar, para ver si me daban alguna indicación a seguir porque me estaba volviendo loco. Tras

llegar, acomodarnos y pedir algo en el bar de la ciudad deportiva, les puse al corriente de la situación, sin omitir nada, y les pedí consejo de cómo llevar la situación.

—Si yo hubiera sido Sofia te habría dado una hostia allí mismo por gilipollas. Es normal que no te hable — había dicho Christian.

—Yo opino lo mismo que Christian —afirmó Eduardo.

—Estamos aquí para ayudarle, no para cabrearlo más. Ya Sofia lo tiene bastante calentito— dijo Jorge en mi defensa— No te voy a preguntar por qué no le has pedido disculpas, porque me lo imagino, pero... ¿has intentado hablar con ella aunque sea un poco?

—Sí. He intentado que la cosa se suavizara, pero cuando yo estoy en algún sitio ella desaparece de allí. Es como si fuera un repelente. El otro día sin ir más lejos, estaba ella charlando con mi madre muy animadamente en la cocina. Llegué yo, intenté hablar con ellas, le pidió disculpas a mi madre y simplemente se fue. Mi madre no me ha dicho nada sobre el tema, pero no quiere saber nada del asunto.

—¿Solo te ha pasado eso con ella o hay algo más? —preguntó Jorge.

—Sí, hay un par de cosas más. Isabella no para de decirme que quiere que eche a Sofia. Me lo dice cada vez que hablamos. Ella está empeñada en que le guste a Sofia y que esta no parará hasta que yo me lie con ella —todos estaban en completo silencio. ¿Ellos también lo pensaban?.

—Hombre Leo. Yo creo que Isabella se siente un poco insegura con Sofia en tu casa. Ella está las 24 horas allí y trabaja, codo con codo, junto a Gio diariamente. Aron me cuenta que Gio no para de hablar de Sofia y a mí no me extrañaría que la quisiera como a una madre. Sabes perfectamente que Gio e Isabella no se llevan precisamente bien. También, el que tú pases más tiempo con Sofia que con Isabella le da mucho en que pensar. No te vamos a negar que más de uno piensa que al final tendrás algo con Sofia —dijo Jorge. Yo alucinaba— ¿Ella alguna vez se te ha insinuado de alguna forma? —más bien había sido al revés, pero de esto no pensaba decir absolutamente nada.

—No nunca —exceptuando cuando la vi en ropa interior. Eso no podría contarle o sería mi perdición— ¿De verdad pensáis eso? —todos asintieron con la cabeza— ¿Por qué?

—Ella es guapa, simpática y familiar por lo que hemos podido ver. Aunque tú te empeñes en vestirla como a un bicho, en el fondo pensamos que entre vosotros hay bastante química —dijo esta vez Christian. Por lo visto, mis queridos amigos habían estado hablando de nosotros dos alguna que otra vez— ¿Has notado de alguna forma si ella quiere ser famosa a tu costa o a la de tu familia?

—No. Ni tampoco quiere mi dinero. Por lo general tiene a su disposición una mensualidad considerable para comprar ropa y por lo general no se gasta ni 100 Euros.

—¿Qué más te ha pasado con ella? —preguntó esta vez Eduardo.

—El día después del teléfono, me fui a duchar por la tarde y me estaba enjabonando cuando empezó a sonar mi móvil. No le di la mayor importancia, pero ya estaba a punto de salir cuando empezó a sonar el de la casa. Cuando fui a salir de mi dormitorio colgaron, pero a los segundos después volvió a sonar. Salí en toalla y mojado. Cuando llegué a la cocina me la encontré leyendo un libro y tomando café. Ya os podéis hacer una idea de la mala leche que me entró y le pregunté: ¿Por qué no has cogido el teléfono?, el cual seguía sonando, y simplemente me dijo que no era suyo como para cogerlo. Me quedé muerto. Cogí el maldito teléfono y era mi madre. Estuvimos hablando y cuando fui a reprocharle el no haberlo cogido, simplemente se había esfumado. Fui a buscarla al apartamento, muy cabreado para darle el recado, con la mala suerte de que pisé lo mojado, me resbale, perdiendo un poco el equilibrio, y me di en los dedos de los pies con el único mueble que había en todo el dichoso pasillo. Cuando llegué allí, medio cojo, ella ya venía con las llaves del coche que iba a recoger a Gio y que recogiera el agua del suelo para que nadie se resbalara. —Todos mis amigos se estaban descojonando por el relato.

—Leo no te lo tomes a mal, pero cada día me cae mejor Sofia —me había dicho Jorge—, es una mujer con demasiado carácter para ti. Pero ahora pongámonos serios. Lo que tienes que hacer es follártela, majete. Lo estáis pidiendo a gritos los dos.

—Sí, claro, voy y le digo a Sofía: como no nos hablamos, ¿prefieres follar? eres imposible Jorge —le había soltado un poco cansado por la situación.

—Ahora que lo recuerdo, el otro día me pasé por tu casa y allí estaba ella lavando el coche con Gio. ¿Cuánto peso ha perdido?

—Ni idea.

—Pues ha tenido que ser bastante. Llevaba una de esas mallas ceñidas y no veas... que buen trasero tiene. Me puse hasta cachondo cuando la vi, con el culo en pompa y tan apretada.

—Hazme el favor de no hablar de ella así. ¿Me has entendido? —me puse a la defensiva y algo molesto por el comentario y ni yo mismo sabía el porqué.

—No te lo tomes a mal, Leo. Pero la chica está bien, eso tienes que reconocerlo —ninguno de los presentes negó aquel comentario dicho por Eduardo.

—Volviendo a tu problema, Leo, lo más correcto es que te disculpes e intentes solucionarlo. Ella ya ha aprendido la lección y ahora te está haciendo ver a ti lo que significa no tocar nada tuyo. Hoy puede ser el teléfono, pero otro día puede ser algo más importante.

—Gracias Christian, lo intentaré pero me va a costar mucho acercarme a ella tal como están las cosas ahora mismo en casa.

VIERNES 2 Y SÁBADO 3

A las 8:00 salimos dirección al aeropuerto de Madrid. Íbamos a tomar un vuelo privado. Solo íbamos en él los futbolistas, todo su equipo de profesionales y parte de la familia de los futbolistas. Mientras buscaba un sitio para sentarme iba dando los buenos días a todos. Leo se sentó con Jorge. Prácticamente eran los primeros. Nosotras nos sentamos en la parte de atrás del avión, mientras que Gio se fue con su padre. Era la zona más tranquila. El vuelo duraba casi tres horas. Nada más despegar, me coloqué los cascos. Supuse que di una cabezada, porque cuando volví a abrir los ojos, ya solo faltaba media hora para aterrizar.

Una vez que llegamos al hotel, hicimos el check in y a continuación nos fuimos a nuestras respectivas habitaciones y soltamos las maletas. Yo tenía una habitación individual. Gio y María dormirían juntos. Nuestras habitaciones estaban puerta con puerta y en otra planta diferente a los jugadores. Después nos fuimos a visitar la ciudad. Cuando regresamos al hotel me dolían hasta las pestañas. Vimos muchísimo: el ayuntamiento, una plaza con esculturas, la catedral (un poco fea para mi gusto) y la residencia. Esta última fue la que más me gusto. Era un palacio con los suelos de mármol y sus techos pintados. La ciudad en sí era realmente preciosa y bastante cara. Después de muchas vueltas, cenamos en una cervecería muy famosa allí, abierta desde 1828. Estaba muy animada y tenía los techos pintados con frescos de animales e instrumentos musicales. María y yo nos tomamos una de esas gigantescas cervezas de medio litro y también degustamos la famosa salchicha Frankfurt, todo ello amenizado con música folclórica. Llegamos al hotel muy contentas. Gio se duchó en mi dormitorio y esa noche dormiría conmigo, ya que no sabíamos cuándo regresaría María.

Al día siguiente, nos levantamos, fuimos a desayunar y después nos dirigimos para el centro de Múnich para continuar con nuestra visita turística, aunque ya algo más tranquilos. A María se le veía un poco cansada. Regresamos al hotel a eso de las 19:00. Tranquilamente me duché y me tumbé un rato antes de vestirme. Para esa ocasión, me llevé un traje negro por encima de las rodillas, el cual tenía encaje por la zona de los hombros, formando el tirante y cuello redondo. La tela era de gasa y formaban unos pliegues dando un toque sexy y elegante al traje. Por detrás, tenía un buen escote pero sin llegar a la zona del sujetador. La lencería, que usé para la ocasión, fue de

encaje y también en color negro. Me puse medias hasta los muslos que iban sujetas con un ligero y unos zapatos de tacón cubiertos negros. Me dejé el pelo suelto y por último, un abrigo que me llegaba por la rodilla. Tal como dijo Klaus a las 20:25 ya estaba en la puerta esperándome. ¿Eso era un Ferrari? ¡Guau! Nada más parar delante de la puerta del hotel, apagó el motor, vino directo a mí y me dio un fuerte abrazo. Hacía más de diez años que no nos veíamos. Se había vestido con traje chaqueta. Seguía igual de guapo que por aquel entonces, aunque ahora se le veía más musculoso y más hombre. Medía 1.85 m, rubio, bien afeitado con unos preciosos ojos color miel. Era demasiado guapo para ser real. Parecía un modelo de Calvin Klein.

—¡Joder Sofía, estás más guapa si se puede! El Skype no te hace justicia.

—Eres horroroso. Tú también estás muy guapo —y olía deliciosamente bien. Me abrió la puerta y me invitó a que me sentara.

—He reservado mesa en un restaurante que te va a gustar mucho. Es de un chef napolitano.

—Muchas gracias. Veo que no te has olvidado de mis gustos.

—Para nada. Ya te dije que pienso mucho en ti.

Una vez sentados y de haber pedido algo para cenar empezamos a hablar. Parecía como si no hubiera pasado el tiempo. Simplemente era él. Seguía siendo aquel chico que conocí, al que le gustaba mucho la fiesta, trabajar y el dinero.

—Cuéntame algo sobre ti. Ya me dijiste que trabajabas para Leonardo. ¿En qué consiste tu trabajo?

—Le imparto clases particulares a su hijo. Al principio iba un par de horas al día, pero después me contrataron como interina. Aparte de ayudarle a estudiar y hacer la tarea, también lo llevo a sus actividades extraescolares y algunas noches también hago de canguro. Un poquito de todo.

—Vaya, interesante. ¿Y has tenido tema con él?

—Eres tremendo. —Reí— No todo en esta vida se reduce al sexo.

—Sabes que eso es mentira. El 90% de nuestra vida gira en torno a él.

—¿Nuestra vida o tu vida?

—La mía es en torno al 99,99% —los dos empezamos a reír—. Todavía no me has contestado.

—Entre Leo y yo no hay nada.

—¿Pero te gusta?

—¿Importa?

—Mucho.

—¿Por qué?

—Me gustaría saber, si tengo alguna posibilidad de que te quedes conmigo aquí —empecé a sonreírle y a negarle con la cabeza. No tenía remedio ese chico—, aunque te pienses que el mes que estuvimos juntos para mí no significó mucho, me temo que no he conocido ninguna chica como tú. Si hubiera sabido que tenía algún futuro contigo no me hubiera venido. Por cierto, siento mucho lo que le pasó a tu prometido.

—¿De verdad? — lo miré un poco escéptica. Ellos dos nunca se llevaron precisamente bien.

—Lo siento por ti. Parecías muy feliz a su lado, pero él era un completo gilipollas —mejor cambiar de tema, porque si no íbamos a terminar fastidiando nuestro reencuentro.

—¿Y qué me cuentas de ti? ¿En qué trabajas ahora?

—Pues mi padre se quiere jubilar en un par de años y me voy a quedar con el negocio familiar. Es una empresa que fabrica cervezas. Mi abuelo fue el que la fundó y ha pasado de generación en generación.

—¿Tú tenías un hermano o yo lo he soñado?

—Lo has soñado. —Se carcajeó— Soy hijo único según me han dicho. Por cierto, ¿qué nos pasó para dejarlo?

—Tú querías más de lo que yo te podía dar en ese momento.

—¡Joder Sofía, me tenías cachondo las veinticuatro horas del día! Los años te han sentado muy bien, estás preciosa —empezó a rozarme la mano con la suya y yo simplemente me estaba derritiendo bajo ella. Volvía a sentir aquello tan especial que compartimos hacía tantos años. Era pura química sexual—
¿Me dejarías besarte?

Simplemente me acerqué a él y nos besamos. Sabía a él y había perfeccionado su beso. Ahora era más profundo y más intenso. Solo me había dado un beso y estaba realmente sofocada. Tras separarnos, terminamos de comernos nuestros postres y estuvimos hablando de qué hacer a continuación. Su mirada era intensa y aunque él había propuesto el ir a bailar, yo solo pensaba en estar debajo de ese rubio con ojos color miel gimiendo. Cuando recogimos el coche le propuse que me llevara a su casa y le empecé a tocar la pierna, lentamente. Empecé por la rodilla y fui subiendo lentamente. Su respiración cada vez era más rápida y empezó a tener cara de niño malo.

—Sofía, si no paras vamos a tener que dejar lo de ir a mi casa.

—¿Tan lejos está?

—No, pero me estás poniendo nervioso. ¿Estás segura de que te quieres acostar conmigo?

—Sí, muy segura. Aunque sigues jugando en una liga superior a la mía, esta vez me puedo defender bien.

Apretó el acelerador y en cuestión de dos minutos estábamos en la puerta de su casa. Era enorme. Un ático con suelos de parquet y con un toque moderno. Subimos en el ascensor y empezó a devorarme a besos. Una vez que estuvimos en su apartamento, cerró la puerta, me quitó el abrigo y lo colgó en el perchero. Después de eso, me cogió de la mano y me llevó hasta su dormitorio. Era grande y espacioso con una gran cama en el centro. Tras cerrar la puerta, puso un poco de música ambiental y encendió unas velas. A continuación, se acercó por detrás y empezó a besarme el cuello. Me quitó la cremallera del vestido y dejó que se cayera al suelo. Me dio la vuelta y me volvió a besar. Ya podía notar su erección contra mí.

—¿Estás segura de que quieres continuar?

—Sí.

—¡Joder!, ¡qué ganas tenía de hacer esto!

Eso fue prácticamente casi lo último que hablamos. Me estuvo haciendo el amor tranquilamente, sin prisas y disfrutando el uno del otro. Nos entregamos en cuerpo y alma a darnos placer mutuo. Me hizo el amor sobre su cama, en el filo de esta, sobre la encimera de la cocina, contra la nevera, en el sofá y sobre la alfombra del salón. No recuerdo cuántos orgasmos llegué a tener.

¡Ese hombre era inagotable! ¿Cómo podía correrse y a los minutos volver al ataque? Seguramente se tomó una pastillita azul, porque para mí, no era normal. Con mi prometido era un orgasmo al día, o dos si tenía suerte. Cuando miré por última vez el reloj eran las 5:26 de la mañana. Él me puso una camiseta suya y nos fuimos a dormir. Puso el despertador a las 8:00, ya que a las 8:30 quería salir hacia el hotel puesto que a las 10:00 regresábamos para casa y yo no había empaquetado la ropa. Cuando sonó el despertador, me quise morir. Estaba agotada. Ese hombre apenas me había dejado dormir, aparte estaba un poco escaldada. Uff, nunca había tenido tanto sexo seguido. Estaba buscando la ropa para vestirme cuando vino hacia mí, me tomó de la mano y me llevó al cuarto de baño. Me quitó la camiseta, el tanga y me invitó a entrar en la ducha. Me encantó poder sentir el agua templada en mi acalorado cuerpo. No me podía creer que todavía estuviera tan caliente y pensé que eso mismo le pasaba a él. Me empezó a lavar y al mismo tiempo yo también a él. Parecía como si nuestras manos no pudieran estar sin tocarnos. Todavía con el jabón en el cuerpo se puso un preservativo y volvió a follarme. ¡Ah! Estaba siendo más intenso que las últimas veces. Me tenía una pierna levantada y mi espalda apoyada contra la pared. No paraba de besarme y de entrar y salir dentro de mí. Esta vez no fue delicado, si no que me penetraba con fuerza. Me sentí exhausta cuando llegué al orgasmo aunque él siguió unos cuantos segundos más hasta llegar él también. Cuando salimos de la ducha, con una sonrisa de oreja a oreja, eran más de las 8:40. ¡Joder, no me iba a dar tiempo de descansar un poco! Rápidamente nos vestimos y me llevó al hotel. Eran las 9:00 cuando llegamos. Antes de salir del coche me dio una pequeña caja:

—Esto es para ti.

—No tenías que haberme comprado nada.

—Solo es un detallito —abrí la caja y eso de detallito tenía poco. Era una pulsera rígida de oro blanco y eso parecían diamantes.

—Klaus, lo siento, pero no puedo aceptarlo. Esto parece bastante caro. Te lo agradezco, pero... —me puso el dedo en los labios y me besó. Cogió la caja, sacó la preciosa pulsera y me la puso.

—Me lo puedo permitir, te lo aseguro y quiero que te quedes con ella. Cuando la mires quiero que te acuerdes de mí.

—Gracias Klaus. Es preciosa.

—Gracias a ti, por esta maravillosa noche. Ha sido mucho mejor de lo que me había imaginado. Por cierto, puedes conseguir a cualquier hombre que quieras, esté casado o soltero. Si ese tío te gusta de verdad, preciosa, hazle ver lo que se pierde por no estar contigo, porque una mujer como tú, no aparece dos veces en la vida. Por cierto, si alguna vez quieres cambiar de vida, te puedo ofrecer trabajo en la fábrica como ingeniero y un lugar en mi vida.

—Me temo, que los dos sabemos que no estás preparado para dedicarte exclusivamente a una sola mujer, pero gracias. Lo tendré en cuenta. ¿Sabes que eres una persona muy especial para mí?

—Tú también lo eres, preciosa y gracias a ti por compartir tu tiempo conmigo.

Algunas veces, Klaus, me recordaba a los protagonistas de las novelas: tan apuesto y caballeroso. Siempre con unas dulces palabras para regalarte el oído, que te llegaban hasta el corazón. Si no fuera porque era muy promiscuo, lo mandaría todo a la mierda y me quedaría con él. Me hacía sentir especial. Le toqué la mejilla y él a mí. Una lágrima corrió a través de mi mejilla. Era un adiós, ambos los sabíamos. Nos volvimos a besar apasionadamente y nos fundimos en un gran abrazo. Cuando nos conocimos fue un flechazo, pero yo seguía destrozada en el campo sexual. Cada vez que estábamos juntos, nos encendíamos, pero yo no soportaba que me tocara. Él nunca llegó a saber el porqué de mi rechazo, ya que no le conté nada de los abusos. Mi rechazo lo hacía enfadarse, y una de esas últimas veces, simplemente lo dejamos.

«Toda la actividad humana está motivada por el deseo o el impulso»
Bertrand Russell

Cuando salí del coche, me volvió a dar un gran abrazo y cuando me soltó me dio un beso en la mano y se fue. Yo me quedé allí en la entrada viendo cómo se iba. Rápidamente me puse en marcha. Era casi las 9:30 y solo tenía media hora para cambiarme. Al pasar por el restaurante vi a María desayunando.

—Hola, María. Lo siento, se me hizo un poco tarde. Subo rápidamente y hago la maleta.

—Ah, tranquila. Salimos a las 11:30, por lo tanto, tienes tiempo de

desayunar y luego de cambiarte.

—Uff, menos mal.

—¿Una buena noche? — María me miraba con cara de pillina.

—Una maravillosa noche, la verdad.

—¿Café?

—Sí, por favor.

—¿La pulsera te la ha regalado tu amigo?

—Sí —le ofrecí mi mano para que la mirase.

—Vaya, es preciosa. El chico tiene buen gusto.

—Gracias. Yo he pensado lo mismo.

Me quité el abrigo y muchos de los que estaban allí desayunando se giraron para mirarme. ¡Pero qué descarados! Aunque por la noche nos habíamos preparado algo de comer en casa de Klaus, estaba hambrienta. Me hallaba cogiendo un poco de pan y mirando qué echarle cuando se me acercó Jorge.

—Buenos días.

—¿A ti no te da vergüenza entrar así vestida? —me quedé mirándolo impresionada. Empezó a hablarme en un susurro y así seguimos.

—¿Perdona?

—No estás perdonada. ¡Joder Sofía!, los más afortunados hace días que no tenemos sexo y vienes tú así de provocativa —Se acercó un poco más a mí, tanto, que teníamos codo con codo. ¿Me estaba oliendo?

—Ah, —reí—. Creo que exageras un poco. Por cierto, siento decirte, pero sin ropa estoy mucho mejor — sus pupilas se le dilataron por completo. Me subí un poco la falda sin que nadie nos viera y le enseñé la media y el broche del ligero. Lo volví a mirar y se lamió los labios. También me di cuenta de que se había excitado.

—¿Qué quieres que me dé un infarto aquí mismo? —Le sonreí por aquel comentario, pero literalmente me estaba devorando con la mirada. El bulto de sus pantalones, el cual iba en aumento, confirmaba lo que decía— El 90% de

los que estamos en esta sala nos encantaría follarte ahora mismo.

—Mmm... ¿Y el otro 10%?

—Nos encantaría follarte siempre.

—¿Te incluyes?

—La pregunta ofende. Solo tienes que mirar mi polla para ver lo que te haría ahora mismo si te dejaras. Por cierto, hueles a sexo. Tienes cara de haber sido bien follada. ¿Una noche movidita? ¿Quién ha sido el afortunado?

—Un amigo alemán.

—Pues te has tenido que portar realmente bien cuando te ha regalado esa pulsera. Es bastante cara. No todo el mundo se puede permitir comprar diamantes.

—Se puede decir que he dejado a las españolas en buen lugar.

—Cuando quieras una buena salchicha española me llamas. Seguro que lo pasamos bien.

—¿También va a venir tu querida esposa?

—Ella no tiene por qué enterarse. No sé si me entiendes.

—Perfectamente Jorge, pero no me van los casados. Gracias de todas formas.

Había terminado de hacer la maleta y me fui hacia el dormitorio de Jorge que estaba contiguo al mío. Toc toc. Enseguida me abrió.

—Pasa Leo.

—¿Te falta mucho?

—No. Ya estoy terminando. Por cierto, ¿has visto hoy a Sofia en el desayuno?

—No. La vi en la entrada del hotel cuando llegaba. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque esa chica es una bomba sexual. Hoy, cada poro de su piel gritaba sexo. Solo te recomiendo que la huelas y sabrás lo que te digo.

—Tú y tus locuras.

—A ver... ¿me estás diciendo en mi puta cara que nunca has pensado en

follártela? —más de las que me hubiera gustado. Viendo que yo seguía callado, me dijo— Te juro que como me digas que no, no pienso hablarte nunca más —era una tontería mentirle.

—Sí, lo he pensado alguna que otra vez.

—Te voy a dar un consejo de amigo, pero si alguien me pregunta esto, pienso negarlo.

—De acuerdo —asentí.

—Deberías dejar a Isa y follar en condiciones. Que os veáis una vez al mes, no es vida de pareja, que es lo que necesitas. Entre tú y Sofía se ve bastante química por lo que he visto cuando estáis juntos. También por lo que comentas os peleáis mucho y lo que os vendría bien sería echar un buen polvo y así quitar tensiones entre vosotros.

Yo solo podía reírme.

—Anda, vámonos.

—Eso, tú hazte el loco, pero terminarás en su cama.

Me subí al avión, ya con unos vaqueros y un jersey con un poco de cuello. Saqué mi iPod, las gafas de sol, coloqué mi bolso en mis pies y me coloqué el cinturón. Me volví a sentar al final del avión. Solo necesitaba dormir las tres horas que duraba el vuelo para ser persona el resto del día. Tras el despegue alguien me tocó en el brazo. Conseguí abrir un ojo y vi que era Leonardo. ¿Pero qué querría ahora? Hice un esfuerzo sobrehumano por quitarme un auricular y lo miré. Me hizo un gesto para que me quitase las gafas de sol. ¡Uf, que manía de este hombre de mirar siempre a los ojos cuando hablaba!

—¿Qué te pasa? —le dije con muy pocas ganas de conversación. Estaba casi susurrando, ya que el avión estaba bastante silencioso.

—Que mala cara tienes. ¿Una noche movidita?

—Sí. ¿Algo más?

—¿Qué tal te lo has pasado en Múnich? ¿Te ha gustado la ciudad?

—Mucho. Es preciosa.

—¿Es la primera vez que vienes? —Joder, ¡por qué no se va y me deja tranquila!

—A ver Leonardo. Estoy cansada y no me apetece hablar, así que si no es nada importante te pediría que lo dejaras para después.

—¿Al grano?

—Sí, por favor.

—¿Quién era el tipo que te trajo al hotel esta mañana en el Ferrari?
—Anda... ¡con que era eso! Seguramente lo vio desde su habitación porque en el desayuno no estaba.

—Un viejo amigo.

—¿Y de qué lo conoces? —uff, me estaba cansando de tanta pregunta.

—¿Y a ti qué te importa? ¿Te pregunto yo con quién entras o sales?

—Joder Sofía, no hace falta que te pongas tan borde, solo era curiosidad. Me gustó su coche y no había visto ninguno como ese.

—¿Algo más?

—¿Vas a salir con él o solo era un rollo de una noche?

—Soy libre para poder follar con quien me apetezca sin tener que dar ningún tipo de explicaciones. ¿Te pregunto yo cuántas veces follas con Isabella?

—¡Joder, cómo estás! ¿Qué te pasa, por qué estás a la defensiva?

—¡Coño!, ¡pues porque estoy cansada y estás más que preguntando tonterías! Ni mis padres me preguntan tanto.

—Solo me preocupo por ti. Nada más. Debes escoger bien con quien te acuestas. Ahora trabajas para mí y en cualquier momento pueden estar persiguiéndote los paparazzi.

—Klaus, es un chico que conocí en la universidad cuando estuvo aquí en España de Erasmus. Él es ingeniero mecánico, trabaja para una importante empresa alemana y su familia es adinerada. Salimos durante un mes y algo, pero no funcionó. He quedado con él, fuimos a cenar y después estuvimos follando toda la noche en su casa. ¿Algo más? — a ver si es verdad que te callas de una puta vez.

—No hacía falta que me dieras tanto detalles.

—Por cierto, ya que tienes tantas ganas de hablar, creo que te pasaste mucho con la bronca que me echaste por cogerte el teléfono. ¿No crees?

—No creo que sea ni el sitio ni el momento para hablar de eso. Hay demasiada gente mirándonos —hizo el intento de levantarse, pero a mí no me dejaba con la palabra en la boca. Le cogí del antebrazo.

—Siéntate —parecía un poco impresionado.

—Mejor lo dejamos para otro momento.

—Siéntate o atente a las consecuencias.

—¿Me estás amenazando?

—Como te levantes y no terminemos de hablar, voy a decir a pleno pulmón que quieres follar conmigo en el baño. Y en ese momento, sí que nos van a mirar.

—¿Quién te iba a creer? — yo flipaba.

—¿Perdona?

—Hombre, después de tantos días sin sexo seguramente nos follaríamos hasta un ogro — ¿qué? ¿Pero este es gilipollas o qué?

—¿De qué coño vas? ¡Te estás pasando tres pueblos! —Creo que al ver mi cara de mala leche, eso le hizo plantearse lo que había dicho.

—Va, tampoco es para que te pongas así —me puse la gafa de sol y me iba a poner los cascos cuando fue a cogermel brazo.

—Ni se te ocurra tocarme y por lo que a mí respecta, haz como si no existiera y si tienes algo que decirme profesionalmente me hablas, si no no. ¿Me he explicado con claridad?

—Joder Sofia. Solo era una broma.

—Pues las bromas se las gastas a la estúpida de tu novia —iba a hacer el intento de ponerme el casco cuando me cogió del brazo— Sofia, por favor...

—Hazme el favor de soltarme porque si no te pienso dar una buena hostia.

Me soltó y se fue. Ya estaba un poco cansada de él. ¿Cómo se podía reír en mi cara y después decirme que era una broma? No era la mujer más espectacular que existía en el mundo, pero me consideraba guapa. Sus propios

compañeros estuvieron más que devorándome con la mirada durante el desayuno, pero solo Jorge tuvo el descaro de decirlo en voz alta. Ya me estaba cansando de sus jueguitos: unas veces me tiraba los tejos y otras me despreciaba. ¡Esto se tenía que terminar! Tal vez, después de hoy me dejaría tranquila. Si no iba a querer nada conmigo, por lo menos me iba a dejar de tirar tantas indirectas.

DOMINGO 4

El partido de ayer lo hubiéramos perdido si no llega a ser por Eduardo. ¡Qué coraje me daba que la mitad del equipo no se empleara al 100% en cada partido! Bueno, el lunes nos podría el místico el partido para ver en las tonterías que habíamos fallado. Me fui a la oficina a revisar un poco las cuentas. Aunque tenía un contable que lo hacía perfectamente, también me gustaba mirarlas. Llevaba un buen rato escuchando música de fondo. Supongo que vendría del apartamento de Sofía. Tras casi una hora de música, decidí ir para ver qué estaba haciendo. ¿No debería estar estudiando con Gio? Cuando llegué allí no me podía creer lo que veían mis ojos: los tres se encontraban bailando allí en el salón. Me quedé apoyado en la entrada del pasillo junto a la cocina. Cuando creí conveniente paré la música y a cada cual los mandé a sus quehaceres. Gio fue el único que protestó cuando la paré. Sofía solo me miró, pero no dijo nada más. Tampoco hizo falta. Su mirada lo dijo todo: seguía enfadada conmigo. A veces era un bocazas y con ella lo había fastidiado bastante.

Por la noche, estaban las chicas terminando de preparar la cena cuando Gio anunció que tenía una sorpresa para ellas. Hizo que se sentaran en la silla de la cocina y que se taparan los ojos.

—¡Ya podéis abrir los ojos! —gritó Gio muy nervioso. Allí estaban las dos macetas de orquídeas que fuimos a comprar. Blancas para su abuela y rosa para Sofía.

—Ohh —dijeron las dos a la vez, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Muchas gracias, cariño —le dijo su abuela mientras le daba un gran beso.

—Muchas gracias, Gio. Son preciosas —Sofía le dio un par de besos como forma de agradecimiento.

—También he hecho un cuadro con mi foto, pero como solo he hecho uno, ¿os parece bien que la ponga en el salón?

—Claro que sí, cariño. Ven lo pondremos al lado del televisor. Es precioso y te habrá costado mucho tiempo hacerlo —comentó mi madre.

—Un poquito —dijo Gio mientras sonreía porque la sorpresa les había gustado a las dos.

Después de pensar mucho en qué regalarle a mi madre me decanté por un tratamiento completo corporal de algas. Le pedí a la chica que me diera un vale y que mi madre fuera cuando quisiera. Gio se fue a la cama en cuanto hubo cenado. No quería ni postre, estaba muerto porque no paraba de bostezar durante la cena.

—Buenas noches, abuela —y la besó.

—Buenas noches, papá —dijo dándome otro beso.

—Sófi... ¿Puedes acompañarme un momento y te doy eso?

—Venga, ahora vuelvo.

Yo me fui un momento a mi dormitorio para ver si tenía alguna llamada perdida. Isabella todavía seguía enfadada conmigo por el tema del teléfono, ¡ni que yo tuviera la culpa! Si ella no me llamaba esta noche, mañana la llamaría yo. Cuando volví a ir a la cocina me encontré a Sofía de espaldas. Se estaba comiendo un helado de pie, mientras iba hojeando una revista de moda que había sobre la encimera de la cocina y escuchaba en un mp3, con los cascos puestos, la música que Gio le había dejado. Ella había cambiado mucho, eso tenía que reconocerlo: había perdido mucho peso y el nuevo look le había sentado fenomenal pero eso no era lo que me había llamado la atención. Mi mirada se concentró en el helado que tenía agarrado entre el dedo pulgar y el índice e iba lamiendo de abajo hacia arriba. Lo lamió lentamente, dejando que cada capa de helado se derritiese en su boca. Era una experiencia sensorial ya que la observaba desde la entrada de la cocina. Yo miraba la destrucción a la que Sofía sometía a aquel helado. Esta hizo que tomarlo fuese un ejercicio tan erótico, que la boca se me hizo agua. No pude contener el acto de tocarme la entrepierna y cuando me di cuenta de que me encontraba realmente excitado, me fui a mi cuarto. ¡Joder! Estaba cabreado conmigo mismo. Era la segunda vez que me pasaba, y eso tras mucho pensarlo, se debía a que hacía más de un mes que no mantenía relaciones sexuales y tenerla allí no me iba a traer nada bueno. Intenté por todos los medios quitarme ese pensamiento lujurioso, pero ese calor interior que había surgido de la nada no podía apaciguarlo. Lo mejor que podría hacer era masturbarme. Cerré el pestillo de mi dormitorio y me senté en la cama. Me puse cómodo y empecé a masturbarme. Mientras lo hacía no paraba de venirme a la mente como ella lamía despacio ese helado. Cómo esa lengua lamía de abajo hacia arriba y cómo esa boca carnosa se cerraba sobre ese pequeño helado. Me maldije a mí

mismo por haber ido en aquel momento a la cocina, pero no por eso podía dejar de masturbarme pensando en ella.

MIÉRCOLES 7

Ese día me tomé la mañana libre. Estaba premenstrual. Aproveché la mañana para llamar a mi madre y ponerme al día con ella. También llamé a Margui, pero la pillé trabajando, por lo tanto, tendría que esperar hasta la tarde para hablar con ella. Después de hacer la tarea con Gio por la tarde tendría que ir al gimnasio para no perder la costumbre. Ayer, me pidió María si podía acercarme a recoger unos zapatos que había pedido a la tienda, y gratamente fui a buscarlos. Ya de paso, iría un poco de tiendas. Saliendo de una tienda me encontré de cara con Emma, la cual no tuvo más alternativa que saludarme puesto que estábamos una frente a la otra en la misma acera:

—Hola, Sofía, ¿estás de compras?

—Hola, Emma. He venido a recoger unos zapatos de María. Ahora voy para la tienda de la esquina y ya después para casa. He estado mirando para comprarme algo de ropa, pero no he visto nada de mi agrado.

—Ah, estupendo. Yo he venido a ver si encuentro unos zapatos.

—Hay mucha variedad, no creo que tengas muchos problemas. Bueno, te dejo para que disfrutes de la compra.

—Sofía... yo... siento no haberte llamado.

—Ah, no te preocupes por eso Emma. Seguro que has estado muy liada. Las mujeres siempre estamos liadas con algo —le guiñé un ojo mientras decía eso— Dale un beso a Christian y a Daniela de mi parte.

—Muy bien, lo haré.

Me marché a la tienda que le había dicho a Emma. Tenía la corazonada de que Emma estaba algo extraña y no sabía por qué. La pareja me habían acogido muy bien en su casa y lo habíamos pasado muy bien, pero algo había pasado que se escapaba a mi razón.

Eran las seis de la tarde. Me vestí, preparé mi maleta con la toalla y mi botella de agua y me fui para la cocina. Allí me encontré con Gio que estaba solo.

—Hola, papá, ¿a dónde vas?

—Voy al gimnasio, que he quedado con mi entrenador.

—Jo, ¿tú también?

—¿Quién más va al gimnasio?

—Sófi.

—Buenas tardes, Leonardo —vestía unas mallas estrechas negras y una camiseta blanca de tirantes. Joder... ¿no va muy apretada al gimnasio?

—Hola, Sofía. Me ha dicho Gio que también vas al gimnasio.

—Sí. ¿Hay algún problema?

—No, no. Ninguno. Simplemente que me ha resultado raro. ¿Quieres que vayamos en el mismo coche?

—Prefiero que vayamos por separados —uff, seguía bastante seria cuando se dirigía a mí. El último día me pasé con el comentario.

—Vale.

—Bueno Gio, dale un pequeño repaso a la lección, que en cuanto vuelva te la pregunto y ya sabes lo que pasa si no te la sabes.

—Vale Sofía. —su cara era una mezcla de pena y pocas ganas.

—Anda, dame un beso y pórtate bien. Hasta luego Leonardo.

—Adiós. ¿Cuál es el castigo por no sabértelo? —le pregunté a mi hijo en cuanto ella desapareció de la cocina.

—Sófi me pregunta dos veces el texto y si a la tercera no lo digo bien, copio el texto.

—Mmm, buen método.

—Que gracioso eres —me contestó sarcásticamente.

—Ponte a estudiar si no quieres copiar. Dame un beso, que voy a llegar tarde al final.

Llevaba un rato corriendo y simplemente escuchando música, cuando vi que un chico se subía a una de las cintas de mi lado. Me sonrió, yo le devolví la sonrisa y seguí a lo mío. Necesitaba que mi cerebro simplemente desconectara y este era un buen momento. Al cabo del rato, lo oí. Se subió a la cinta que estaba en mi lado derecho y empezó a correr. Seguí corriendo mirando hacia el frente, sin prestar la mínima atención a los dos chicos que

tenía como escolta a ambos lados. Cuando llevaba cuarenta minutos corriendo, fui parando pausadamente hasta que empecé a andar para que mis pulsaciones fueran tomando normalidad. Cuando me bajé, toda sudorosa, me limpié el sudor del cuello con la toalla. También bebí un poco de agua, que debido a un descuido, me mojé parcialmente la camiseta blanca, quedando un poco transparente en la zona del escote. Vi que el chico está hablándome pero no lo escuchaba debido a que tenía los cascos y la música a todo volumen.

—Lo siento, con los cascos no te había escuchado. ¿Me decías?

—Te preguntaba si era la primera vez que vienes por aquí, porque nunca te había visto.

—No, suelo venir por las mañanas. Hoy es una excepción.

—Pues me alegro mucho. Si quieres podíamos quedar por las tardes para venir. —Antes de que pudiera contestar, ya tenía a Leo a mi lado, con la mano puesta en mi cintura. Reconocería su perfume en cualquier sitio. Lo que no llegaba a entender era qué coño hacía poniendo la mano ahí. Leo se estaba tomando demasiadas confianzas y pensaba que el último día le dejé bien clarito las limitaciones.

Esta empezó a hablar con el chico que tenía al otro lado y me daba la sensación de que... ¿quería ligar con ella? ¿Pero este chico no veía que era mucho mayor que él? Lo que necesita Sofía era un hombre, no un crío con... ¿18 años, 20 a lo máximo? Ni corto ni perezoso me acerqué a su lado y le puse la mano en la cintura y esta no pareció molestarse por eso, en cambio, el chico tomó rápidamente la indirecta y se despidió de ella.

—Hola, Sofía

—Bueno, ya nos vemos por aquí —En cuanto se fue el chico, le quité la mano de la cintura. Objetivo cumplido.

—Vale —le contestó ella.

—¿Espantándome a los moscones? —Empezó a andar y yo la seguí. Parecía algo molesta por el comentario que hizo.

—No sé de qué hablas —se paró en seco y si no llega a ser por los buenos reflejos que tenía, me hubiera tropezado con ella. Se giró y me miró directamente a los ojos. ¡Guau, estaba furiosa! Ups, creo que me pasé un poco al ponerle la mano en la cintura.

—¿Te lo tengo que explicar con una comparación, igual que hago con tu hijo?

—Ilústrame...

—Le acabas de decir a ese chico que soy propiedad tuya. Es como si fuerais un par de perros que se quieren mear en la misma esquina y tú llegas y lo haces primero marcando territorio.

—¿Y? ¿Dónde está el problema?

—Que yo no quiero que mees en la esquina. La debes de dejar libre para que lo pueda hacer otro perro que no seas tú.

—¿Eso es lo que te molesta, que yo meé primero en la esquina?

—El problema es que ni meas ni dejas que meen.

—¡Eh, chicos!, no sé a qué viene lo que estáis diciendo —dijo Javier con cara rara—, pero creo, Leonardo, que deberíamos continuar. La hora se va volando. Hola, Sofía —ambos nos seguíamos mirándonos fijamente a pesar de que Javier estaba allí.

—Hola, Javier —le saludó Sofía.

Después de que Leo se fuera con Javier, me fui directamente a una clase de spinning. Necesitaba estar entretenida y me vino genial. Después de que acabara la clase, me fui directamente a las duchas. No sé cómo la profesora podía dar tres clases seguidas sin apenas descanso. Yo solamente con una clase estaba hecha polvo, literalmente.

Para mi pesar, nos fuimos a una sala privada a trabajar, aunque no tenía muchas ganas de irme con Javier, si no que tenía ganas de seguir hablando o peleándome con Sofía. En parte, también echaba de menos las pequeñas peleas que teníamos los dos habitualmente. Hasta eso había suprimido ella. Ya no discutía conmigo, aunque sabiendo que algún tema en particular le molestase. No me pude concentrar en el entrenamiento y, después de tres cuartos de hora, lo dejamos por imposible. Habíamos trabajado duro, pero Javier no había obtenido mi máximo rendimiento como otras veces.

—Leonardo, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Dime.

—¿De qué conoces a Sofía?

—Es la profesora de mi hijo —Javier se aproximó a las ventanas y desde allí podía ver cómo Sofía estaba charlando con un grupo de chicos y chicas.

—Ah, es una chica constante. Por lo general, se pone sus cascos y a hacer ejercicios. ¿Tienes alguna relación personal con ella?

—No, solamente profesional.

—Ah... Hoy está más solicitada que nunca.

—¿A qué te refieres con solicitada? —Me aproximé a la ventana donde estaba Javier y comprobé lo que este afirmaba. Había chicos alrededor suya y muchos de ellos mirándola, más bien, devorándola con la mirada.

—A que por lo general siempre tiene algún chico cerca, hablando con ella o simplemente observándola. El lunes sin ir más lejos un chico la invitó a salir. Los chicos se piensan que ella es muy joven y nueva en el gimnasio, y eso hace que le atraigan más y quieran conocerla.

Hasta Javier se había fijado en ella. Tenía que reconocer que era guapa. Hasta ahora no la había mirado como mujer y ahora empezaba a entender el punto de vista de Isabella. Eso de que a Sofía la hubieran invitado a salir no me había sentado muy bien. No me hacía mucha gracia que pudiera estar tonteando con otros. La conversación que había tenido en el gimnasio no sabía a dónde quería llegar o qué significaba. Empecé a recordar lo que ella había dicho... como era, como era, ah, sí: «El problema es que ni meas ni dejás que meen» ¿Qué quería darme a entender? Que ni ligaba con ella ni la dejaba ligar. ¿Cómo iba a ligar con ella si no me gustaba? Era una locura lo que esa chica había dicho, ¿o no? Al final iba a tener que ir a un psicólogo para que me ayudara. Entre verla en ropa interior, lo del helado y lo de hoy me iba a volver loco. Cuando salí del gimnasio estuve buscando el coche de Sofía, pero ella ya se había ido para casa.

Después de la intensa cena, porque solo hablaban Gio y mi madre, fui al apartamento de Sofía para hablar con ella. Iba a hacerle caso a mi madre, aunque fuera bastante tarde, porque no me gustaba como estaba de tenso el ambiente entre nosotros dos. Durante ese tiempo, nos habíamos peleado muchas veces por cosas triviales y ella había vuelto a ser la misma al otro día, pero ya llevaba más de una semana enfadada y eso estaba haciendo estragos en el ambiente familiar. Llegué al apartamento y estaba todo oscuro. Solo estaba

encendida la luz de su dormitorio. No tuve que encender ninguna luz para llegar hasta allí, debido a la claridad que entraba por los ventanales de la cocina, ya que había luna llena. Llegué hasta el dormitorio y la puerta estaba un poco entreabierta, fui a llamar cuando algo hizo que me detuviera. Sofía estaba de espaldas a la puerta, solamente con la parte superior del pijama y oh... se le veía un tanga de encaje que le quedaba realmente sexy y se estaba poniendo crema hidratante en las piernas. Se depositó un poco de crema en las manos y con el pie apoyado en la cama, fue bajando y subiendo por la pierna mientras se untaba la crema. Volvió a untarse loción en las manos y ahora se estuvo masajeando el muslo hasta llegar a la zona de las braguitas. No sabía cómo ni por qué, pero aquella escena me estaba resultando demasiado erótica. Me maldije interiormente cuando intenté dejar de mirarla, pero me era imposible. Estaba como hipnotizado recorriendo una y otra vez cómo las manos de ellas tocaban aquellas piernas. Tenía que reconocer que aunque todavía le sobraban unos kilos, tenía unas piernas atléticas y un buen trasero. Casi se me escapa un gemido mientras la miraba. Ella ya estaba cerrando el bote y pensé que era hora de marcharme. No quería que ella me viera tal como estaba en ese momento: excitado y algo avergonzado por haber visto tal escena que me supuso exquisitamente sensual. No sabía que iba a hacer con el fuego que se estaba creando en mi interior a pasos agigantados. Al final tanto Isabella como los chicos iban a tener razón: Sofía me gustaba.

VIERNES 16

Era las 22:00 cuando recibí la llamada de mi amiga Margui. Como hacía una buena noche, a pesar de que ya estaba en pijama me abrigué con la bata de algodón y salí a la piscina, la cual estaba totalmente apagada. No había ninguna luz encendida iluminando el gran jardín, si no que la luna era la que iluminaba. Me puse a charlar con ella allí mismo con el manos libres, tumbada en una butaca contemplando la estrellada y la silenciosa noche. ¡Qué paz! Todavía hacía algo de frío por las noches.

—¡¡Qué de tiempo, Margui!!

—¡¡Desde que tienes dinero no quieres saber nada de los pobres, jajaja!!

—Sabes que eso no es verdad, pero he estado algo liada. ¿Cómo estás?

—Muy bien. También he estado algo liada, pero bien. ¿Y tú, cómo estás?

—Si te digo que me duele hasta pestañear, ¿te lo creerías?

—Eres un poquito exagerada, ¿no crees? —y las dos empezamos a reír.

—Hace poco me han vuelto a cambiar los ejercicios del gimnasio y estoy descubriendo nuevos músculos de mi cuerpo que no sabía que existían. Esta mañana fui a coger las zapatillas para ponerlas en su sitio y no fui capaz de agacharme, horrible. Hoy me lo he tomado más relax. Me ido al spa.

—Joe, que bien vives. ¡Te quejarás y todo!

—No me puedo quejar demasiado. ¿Tienes novedades?

—Tengo una noticia buena y otra mala. ¿Cuál te doy la primera?

—La que quieras.

—Pues han conseguido entradas para la discoteca Paradise donde van todos los famosos y eso...

—¡¡Tú, rodeada de famosos!! Ya no se te va a poder hablar después de estar con tanto famosillo. —Se carcajeó.

Reí.

—Sí, pero el problema es que no tengo entrada para ti. Este sábado por lo visto hay una fiesta y un amigo ha podido conseguir cuatro entradas y una me

la han ofrecido a mí.

—No pasa nada, de verdad, pero me alegro mucho por ti, Margui. Ya me contarás como te lo has pasado y si puede ser con fotos, mucho mejor.

—¿No me vas a contar para quien trabajas?

—Me encantaría decirte quién es el gilipollas de mi jefe, pero no puedo, lo siento.

—¿Se porta bien contigo?

—Sí, no es muy malo. Tiene sus cosillas como cualquier otro.

—¿Y está bueno?

—Condenadamente bueno.

—Joder... ¿y no te lo has ligado?

—Imposible, tiene novia. Además, no soy su tipo. Le gusta delgadas y algo gilipollas y ya sabes que no tengo ni lo uno ni lo otro. Pero no me apetece hablar de él. Cuéntame algo más...

—Ah, otra cosa... ¡¡yo sabía que tenía otro chisme que contarte!! ¿Te acuerdas del chico rubito, con el que estuviste bailando el sábado que salimos juntas?

—¿El alto o el que era más bajito? Ahh... ¿tú dices el que parecía un pulpo?

—Sí, ese mismo.

—¿Qué pasa con él?

—Pues el otro día me encontré con él y me preguntó por ti. Me dijo: ¿dónde has dejado a la preciosa morena? ¿Sofía se llamaba, no?

—Joe, se acuerda de mi nombre y todo, y eso que no paraba de mirarme las tetas. Menos mal que nos fuimos porque no veas el muchacho.

—Pues ya ves. La semana pasada que estabas de estudio, vimos otra vez al morenazo —seré una mala amiga por no contarle que estuve en Múnich, pero si se lo dijera, tendría que contarle más de lo que podía, y Margui, me temía que no era una persona muy reservada.

—Joe, no me digas. ¡Mira, ese no me importaría que me mirase las tetas!

La verdad es que el chico estaba muy bueno y bailaba de escándalo.

—Pues estaba mirando hacia nosotros, como buscando a alguien. Puede ser que te estuviera buscando, porque al cabo del rato de mirar hacia nuestro grupo, como que se dio la vuelta y volvió a lo suyo.

—Estuvimos tonteando en la distancia y cuando fui al baño se me quedó mirando, nos sonreímos, pero como no dijo nada, seguí para adelante.

—Pues él se lo pierde. Bueno te dejo, que me ducho y para la cama, que estoy muerta. Besitos.

—Besitos. —Y colgué el teléfono.

—Muy interesante tu conversación —pegué un pequeño bote, al escuchar a alguien hablar que casi se me calló el móvil de las manos—. Pensaba que al ponerte ese maravilloso Alfa Romeo a tu disposición ya no me llamarías gilipollas nunca más —dijo Leo entre risas, que se hallaba sentado en una hamaca a un metro de mí.

—¡Dios, me has asustado! ¿Tú no sabes que es de mala educación escuchar las conversaciones ajenas?

—Yo estaba aquí primero y te has puesto a charlar sin mirar para ningún lado. No sabía yo que tuvieras tantos admiradores.

—¿Algún problema con eso?

—Mientras no los traigas aquí, ninguno —me levanté para irme, pero él me llamó—. Espera Sofia un momento. Oye... esto no puede seguir así, que nos crucemos por la casa como si fuéramos dos desconocidos. Sé que estas muy molesta conmigo por lo que pasó el otro día. Me excedí en la forma de hablarte y lo siento de verdad. El comentario fue bastante grosero por mi parte y para nada pienso lo que dije. Tienes demasiada facilidad para sacarme de mis casillas —yo lo miraba pero seguía en silencio y viendo que yo no iba a decir nada, continuó hablando—. Somos mayorcitos para poder hablar del tema civilizadamente y que haya más armonía en la casa. Lo siento de veras Sofia, tanto por el comentario inapropiado como por lo del teléfono. Me calenté mucho cuando hablé con Isabella y lo pagué todo contigo. ¿Me perdonas?

—No te preocupes, no pienso volver a tocar tu teléfono ni nada que sea tuyo en la vida. Aprendí esa lección. En cuanto a Isabella, se mereció que le colgara el teléfono por decir tantas tonterías juntas y en cuanto al

comentario.... estás perdonado. Por cierto, ¿tú me puedes conseguir una entrada para esa fiesta en la discoteca Paradise?

—No creo que haya ningún problema. Mañana hago unas llamadas y ya te digo. ¿Vale?

—Gracias.

—Hasta mañana, Sofía.

—Hasta mañana.

SÁBADO 17

Era la hora de comer. Estábamos María y yo terminando de preparar la comida cuando llegó Leonardo a la cocina bastante alegre:

—Hola, Sofía.

—Hola, Leonardo.

—Tengo buenas noticias para ti. Tengo tu entrada, pero es un poco especial.

—¿Cómo que un poco especial, explícate?

—Para que entraras sin ningún impedimento, tendría que ir contigo. Una vez dentro, ya te puedes ir con tus amigos. ¿Te parece bien?

—Perfecto. ¿Nos vamos en un coche o en dos?

—Yo conduzco —se ofreció Leo.

—Perfecto. ¿A qué hora he de estar lista?

—A las once y media ¿te parece bien?

—Sí.

Enseguida llamé a Margui para decirle que había encontrado una entrada y que se llevara el móvil para cuando yo estuviera allí poder localizarla. Esa misma tarde me fui a la peluquería. Pillé a mi hada madrina María y le pedí consejo de qué ponerme. Escogimos un elegante top negro de tirantes finos, pero lo suficientemente anchos para que no se viera el sujetador. Era de encaje pero sin transparentar nada. El escote era en forma de pico tanto delante como por detrás, aunque era más bajo por la parte trasera. Y para la parte de abajo, escogí un pantalón de pinzas negro. Como complementos, una correa dorada que me quedaba sobre la cintura y un brazalete dorado a juego con los pendientes. Para completar el modelito y no menos importante, elegimos unos zapatos negros con algo de tacón y cerrados completamente, a juego con un bolso de mano. También cogí un abrigo negro que me quedaba por encima de la rodilla, puesto que todavía seguía haciendo frío. Eran las 23:15 cuando me fui hacia el salón y me encontré a Leo sentado en el sofá, leyendo, listo para irse de fiesta.

—Estoy lista, Leonardo.

Leo fue un poco descarado al mirarme de arriba abajo sin ningún reparo, pero yo también lo estuve observando, sin embargo, fui algo más discreta. ¿Ves? Yo también podía ponerme sexy, no solo la Barbie de tu novia lo sabía hacer. Él estaba a punto de hablar cuando Gio se le adelantó:

—¡¡Sofiaaaa!! ¡¡Pero qué guapa!!

—La verdad es que sí, Sofia, estás preciosa —comentó María.

—Gracias a los dos.

—¿Y tus gafas? Sin ellas no vas a ver nada en toda la noche —mencionó Gio.

—No pasa nada Gio, llevo lentillas. —respondí con una sonrisa.

—Ahh vale, vale. No te puedes ir sin darme mi beso de buenas noches.

—Ven —le di un beso—. Dale a tu padre otro beso.

—Un beso papi.

—Buenas noches, Gio. ¿Nos vamos Sofia?

—¿Qué tenéis una cita? —preguntó el chico alegremente y muy sorprendido.

—No Gio, van a una fiesta —le aclaró María. Gio pasó de estar hecho a un cascabel a ponerse serio.

—Sí, estoy lista, Leonardo.

Nos colocamos nuestros respectivos abrigos y nos fuimos hacía su Ferrari rojo. Era la primera vez que los dos estábamos a solas después de la supuesta reconciliación y en un sitio tan pequeño. Era la segunda vez que me montaba en su coche y este olía a nuevo y a él. No lo había terminado de perdonar, porque me había dolido mucho cómo me había tratado, pero Leonardo tenía mucha razón: el ambiente en casa era bastante tenso y nosotros éramos mayorcitos para poder superar lo que pasó. A ver qué tal iba la noche.

—He de reconocerlo. Cuando has entrado no sabía quién eras.

—¿Eso ha sido un cumplido, jefe?

—Puede —los dos empezamos a reír— ¿Es la primera vez que vas a esa discoteca?

—Sí, espero que valga la pena.

—Si no te importa, cuando entremos acompáñame a la zona VIP y cuando te tomes una copa allí y los seguratas ya te conozcan, pues te bajas.

—Vale, sin problemas. Por cierto, tampoco estas mal.

—¿Eso ha sido un cumplido, señorita?

—Puede. —respondí entre risas.

—Por cierto, no paro de pensarlo. Si nos encontramos con algún amigo tuyo, ¿piensas presentármelo?

—Claro.

—¿Cómo piensas presentármelo?

—¿Cómo quieres que te presente?

—¿Cómo una amiga?

—Es complicada la palabra amiga. Nosotros la utilizamos cuando estamos liados con alguien pero sin compromiso.

—Ah, no lo sabía. Pues preséntame como quieras.

—Vale. —Sonrió.

El camino se hizo más ameno después de esa especie de intercambio de cumplidos que tuvimos. Leo también estaba muy sexy. Llevaba una camisa blanca con los dos botones últimos sin poner, una chaqueta y un pantalón de lino azul marino. Los zapatos y la correa eran negros. Se había engominado y tenía una pequeña cresta que le quedaba muy bien, muy moderno. El olor de su perfume había llenado todo el coche con su esencia. Si sabía tal como olía, era un bombón andante. Llegamos a la discoteca y aparcamos sin problemas en la zona exclusiva. Ambos nos bajamos y fuimos directamente a la puerta del local. Para entrar, Leo me pasó el brazo por la espalda, poniendo su mano derecha en la parte baja derecha de esta. Iba saludando a todos, como si fuera por su casa. Tal vez pasaba más tiempo aquí que en su casa. Cuando llegamos arriba me pidió una copa de Malibú con Blue Tropic. Me puso mala cara al escuchar el nombre, pero de todas formas fue a por ella. Mientras yo lo esperaba, estaba observando la parte baja, donde estaba todo el mundo disfrutando a tope. Por lo visto, esto era lo que se sentía al estar aquí arriba: Poder. Mientras lo esperaba, próxima a la barandilla, se me acercó un chico muy guapo con cara de niño travieso, que era compañero de Leo, ya que lo

había reconocido por la televisión. Si Margui hubiera sabido dónde estaba y con quién, le hubiera dado algo. En cuanto llegó, se atrevió a cogerme por la cintura, a eso que llegaba Leo y le cortó un poco el punto.

—Toma Sofia —el chico le estrechó la mano a Leo— ¿Os han presentado?
—me chilló Leo al oído.

—No —le contesté.

—Él es mi compañero de equipo, Víctor.

—Ella es la profesora de mi hijo, Sofia.

—Mucho gusto, Sofia —y me dio dos besos en las mejillas— No me había dicho Leo que eras una preciosidad. Normal que no te haya traído antes por aquí. Una chica así seguro que ya tiene novio —me gritó al oído debido a la música alta.

—Lo siento, pero no me van los chicos —le contesté también al oído. También olía muy bien, pero su perfume era más empalagoso que el de Leonardo.

—Mira, ya tenemos una cosa en común. A mí tampoco me gustan los chicos —y los dos empezamos a reír. Él no paraba de devorarme con la mirada y eso me inquietaba un poco. Era demasiado lanzado para mi gusto.

—¿Te apetece bailar, Sofia?

—Eh...

—Tranquila, que no muerdo.

—Claro.

Estaban poniendo una música genial y Leo no paraba de mirarnos a los dos. Supuse que no se fiaba de su amigo, por la cara que tenía. Estaba muy serio, tomándose su copa, mientras hacía como que la cosa no fuera con él. Yo también lo miraba a él, siempre rodeado de modelos y chicas preciosas. Aunque no estuviera Isabella, siempre estaba con compañía femenina y eso me daba mucho coraje. Bueno, más bien eran celos. Tenía que reconocerlo, ese chico me gustaba más de lo que quería admitir y la verdad era, que me había costado mucho no hablar con él en la casa y mantenerle la distancia. Intenté pasar un poco de él y centrarme en bailar con Víctor. Su amigo se estaba poniendo más pesado de la cuenta y yo cada vez más para atrás. Cada vez

tenía más cerca su cara y la verdad era, que no me apetecía liarme con él. Me parecía muy guapo, porque había que reconocer que el chico estaba muy bien, pero era un pulpo, y ese tipo de tíos los odiaba. Menos mal que vino Leo en mi búsqueda. Le tocó en la espalda y con buena cara le dijo que quería bailar conmigo y él asintió. ¡Ufff, menos mal! Cinco minutos más y me hubiera arrinconado contra la pared.

—Gracias —le susurré al oído. Olía tan bien que me podría quedar así un buen rato. Nuestros cuerpos estaban muy próximos pero sin tocarnos. Me separé de él con todo el dolor de mi alma, porque mis sentidos se empezaban a nublar y no quería llegar al punto de no retorno.

—¿Gracias, por qué? —Él, se había aproximado a mí, y siguió así hasta que le di una explicación.

—Sabes muy bien por qué has venido a mi rescate.

—Se te veía un poco agobiada, y Víctor tiene fama de mano larga. No me gustaría que te liaras con él, la verdad. Le gusta utilizar a las chicas y yo tengo que convivir contigo.

—Si fuera otro tío, ¿no te importaría?

—¿Por qué habría de importarme?

—Yo solo pregunto. Anda, baila un poco conmigo.

—Yo no bailo.

—Mentiroso —y los dos empezamos a reír— ¿Quieres probarlo? —le dije mientras levantaba mi copa hacía él.

—¿No me envenenarás ni nada por el estilo?

—No es mi intención quedarme sin trabajo —reí mientras él sorbió de mi propia cañita, donde previamente yo lo había hecho. Cuando empezó a absorber no me quitó en ningún momento el contacto visual. Mi corazón funcionaba a más de mil por horas. Por favor, que ganas tenía de besarlo.

—Pues no está mal el pitufo.

—Si te gustan las bebidas dulces, te debería gustar —Se separó de mí, porque vinieron un par de chicas a buscarlo para hacerse una foto, pero en cuanto se fueron, me volvió a dedicar solamente a mí su tiempo y su compañía.

Después de terminarnos las bebidas, estuvimos bailando a pesar de que en un principio a Leo no le apetecía. Empezó a sonar una canción tecno con la que toda la pista de baile estaba disfrutando. Nos movíamos uno frente al otro dejando nuestros cuerpos moverse libremente por la canción tan chula que estaba sonando. Empecé a moverme alrededor de él y muy cerca. Mi jefe se movía bastante bien. Estuvimos bailando de tal forma que ambos nos rozábamos inocentemente y de forma casual. Cuando la intensidad de la canción era menor, Leo empezó a dirigirse hacia mí muy despacio hasta quedar uno frente al otro muy próximos entre sí. Él siguió avanzando, hasta quedar tan cerca de mí, que tuvimos que entrelazar nuestras piernas, moviéndonos al son de la música. Él puso su mano derecha en mi cintura, mientras que yo subí mi mano derecha y la posé en su hombro izquierdo. Ambos nos mirábamos directamente a los ojos. El alcohol me subía rápidamente, ya que no solía beber y esa simple copa me desinhibía lo suficiente como para poder mirarlo directamente a los ojos sin ponerme colorada como un tomate por la vergüenza. Mi corazón latía fuertemente y tenía mariposas en el estómago. Hacía mucho tiempo que no sentía algo tan fuerte por un chico. Permanecimos así hasta que la canción terminó, empezando otra a continuación. Deseaba con todas mis fuerzas que me besara, pero yo no iba a ser la que tomara la iniciativa, aunque me muriese por ello, y estuvo a punto de hacerlo, pero con el cambio de melodía debió de cambiar de opinión. En cuanto terminó la canción nos separamos y una camarera vino hacia nosotros con una nueva copa para mí y agua para Leo.

Serían aproximadamente las 2:30 cuando me puse en contacto con Margui, y quedamos en vernos en un lugar poco concurrido. Mediante Whatsapp estuvimos hablando:

Margui: dónde andas metida?

Sofía: ya estoy aquí. Dónde nos vemos?

Margui: en los baños que hay en la entrada

Sofía: Voy para allá.

—Leonardo, me voy para abajo. Cuando te quieras ir, llámame para saber que te quieres ir y ya me dejas algo en el Whatsapp. ¿Te parece bien? —Le grité al oído.

—Vale, perfecto, que te diviertas.

Me dio mucha alegría ver allí a Margui. Estaba muy guapa. Había venido con gente nueva. Me contó que había visto algunos futbolistas entrar en la discoteca, pero que se fueron directamente a la zona VIP y entonces no se pudo echar una foto con ellos. En aquella pista había muchísimas personas y la música era realmente buena. Hoy solo quería pasármelo bien, sin pensar en nada más. Hacía tiempo que no salía de marcha y había sido un acierto ir allí. Había varios chicos a nuestro lado, pero eran demasiados jóvenes para mí, me gustaban más maduritos. A las 5:15 sentí vibrar mi bolso: era Leo. Le corté la llamada, entonces él me mandó un Whatsapp:

Leonardo: Cómo vas?

Sofía: de maravilla y tú?

Leonardo: un poco cansado

Sofía: a mí me están matando los zapatos. Me puedes ver desde aquí?

Leonardo: Sí, una muchacha que está wasapeando con el móvil en vez de estar disfrutando

Sofía: quieres irte para casa, abuelo?

Leonardo: ehh mucho respeto a tus mayores jeje. No te importa que nos vayamos ya?

Sofía: para nada. Yo también estoy algo cansada. Me coges el abrigo del guardarropa? Yo te espero en la puerta

Leonardo: ok

En el corto trayecto hacia la casa, nada más montarme en el coche y abrocharme el cinturón me debí de quedar dormida. Lo había pasado realmente bien y estaba bastante cansada. Había sido un día largo. Cuando noté que nos paramos, abrí los ojos. Me encontraba un poco desorientada, pero Leo me indicó dónde estábamos. En el camino de vuelta había empezado a llover y había tormenta. Lo peor era que también había truenos. Lo miré y él me miró a mí.

—A ver si lo adivino, ¿quieres mi compañía otra vez hasta que pase los truenos?

—Si no es mucho pedir y... ¿podría ser esta noche en mi dormitorio?

—Vale, me cambio y voy para allá.

Ambos nos fuimos para nuestros respectivos dormitorios. Lo primero que hice fue ponerme el pijama de raso rosa de dos piezas, por si él venía enseguida, y luego me dirigí hacia el cuarto de baño para desmaquillarme. Me lavé los dientes y quitando los cojines de la cama llegó él. Ambos nos acostamos en el mismo lado de la cama, igual que la noche que dormimos juntos.

—Muchas gracias, Leonardo. Buenas noches.

—Hasta mañana.

Como nos habíamos acostado algo tarde, la noche se me hizo muy corta y al final habíamos amanecido, nuevamente, en posición de cucharita. Tenía por costumbre echar las persianas hasta abajo, dejando únicamente la claridad que entraba por la puerta entreabierta. Sentí algo moverse detrás de mí, pero tenía demasiado sueño para ver qué era y entonces recordé que supuestamente era Leonardo, el cual seguía todavía allí. Sentí su nariz contra mi cuello... ¿me estaba oliendo? Noté como su mano se movía a través de mi abdomen hacia abajo, recorriendo mi contorno. ¿De verdad quería sexo conmigo, así de pronto? No podía ser así de simple. Empezó a darme besos por el cuello y quería que me girase hacia él. Aún seguía algo dormida, pero mi corazón ya latía a más de mil por hora. Poco a poco fui reaccionando a sus besos y me giré en busca de ellos. Quería besar aquellos labios desde hacía ya algunos meses. En cuanto su boca se posó sobre la mía, mil mariposas estallaron dentro de mí. ¡Qué forma más deliciosa de besar y por lo visto no era la única que tenía ganas! Pasamos, de besos tiernos, a besos salvajes en cuestión de segundos. Mientras nos besábamos, me empezó a acariciar los pechos mientras que yo, le tocaba su pene erecto a través del pantalón. ¡Joder, pues sí que la tenía grande! Los dos estábamos necesitados de un poco de sexo. Leo me quitó unos cuantos botones de la blusa por la parte baja y metió la mano, mientras que yo le seguía frotando su entrepierna. Se colocó sobre mí, ya que estaba acostada bocarriba, y empezó a frotarse contra mí. Me susurró al oído: necesito hacerte el amor urgentemente. Ambos empezamos a gemir de placer debido al rozamiento de nuestros cuerpos y a los continuos besos apasionados que nos estábamos dando, hasta que a él empezó a hablar.

—Buenos días, Isa. Te he echado mucho de menos

¡Isa! ¡El muy imbécil ha dicho Isa! ¡Esto no me podía estar pasando a mí! Al escucharlo decir Isa, me quedé de piedra y me paré enseguida. Se había cargado mi libido con aquella frase. ¡Sería estúpido e hipócrita! ¿Cómo ha podido pensar que soy ella? Lo único en lo que nos parecemos era que nos gusta el mismo gilipollas, pero ¡físicamente... en nada! Me quité a Leo de encima de un empujón, como pude, sin decir palabra alguna. Con el corazón en un puño, el cual me palpitaba fuertemente, debido a lo excitada y enfadada que estaba con él y conmigo misma, por haberme creído que me deseaba a mí. Me levanté rápidamente de la cama y fui directamente a la persiana a levantarla. Me cerré un poco la blusa, y cuando me di la vuelta, él se dio cuenta de con quién se había estado besando y a quién le había metido mano. Leo, se quedó sentado en la cama. Al girarme comprendió lo que había estado a punto de pasar. Gilipollas... ¿no te has dado cuenta ni de mi olor o el volumen de mi cuerpo? No me lo puedo creer... ¿cómo he sido tan estúpida de pensar que me deseaba a mí si tiene a su Barbie? ¿Y desde cuándo tiene la Barbie tantas tetas? Gilipollas... era la única palabra que retumbaba en mi cabeza una y otra vez. Había un silencio en la habitación que era muy complicado llenarlo. No sé quién estaría más afectado, si él o yo. Por lo menos, esta vez, no tenía cojones de mirarme a la cara. Estaba avergonzado seguramente. Me alegraba. Me armé de valor para ser la que rompiera ese silencio tan incómodo que había:

—Sería conveniente que te vistieras y fueras a buscar a Isabella al aeropuerto. Date una buena ducha de agua fría antes que nada. Yo saldré antes que tú por si viene María o Gio. ¿vale?

—Vale

Ya en la cocina, le di un beso de buenos días tanto a María como a Gio. Seguía un poco acalorada por el encuentro con Leo, esperando que María no se diera cuenta, y este se pudiese ir a cambiar y a ducharse sin que nadie lo viera por el camino.

—¿Café y tostadas, Sofia?

—Sí, María, muchas gracias.

—¿Tan tarde llegasteis anoche? —Preguntó María. Me puse un poco colorada. Mi corazón volvía a palpar rápidamente, pero intenté tranquilizarme.

—Pues no recuerdo exactamente a qué hora llegamos.

—Es que Leo tampoco se ha levantado e Isabella ha llamado. Supongo que ya estará llegando a casa.

—Buenos días a todos —dijo Leo con algo de prisa casi quince minutos después de que yo llegara a la cocina. Le dio beso a su hijo, a su madre y a mí solamente me saludó.

—Papá, ¿a Sofía no le das beso? Es la costumbre. El que llega a la cocina tiene que dar el beso de buenos días.

—No pasa nada Gio —dije quitándole importancia. Ains Gio, si tú supieras que tu padre ya me ha dado más que los buenos días hace un momento, y me hubiera dado mucho más si no lo llego a parar.

—Es verdad, Gio, tienes razón —y me dio un rápido beso en la mejilla— Yo me voy ya, que Isabella seguro que me estará esperando en el aeropuerto.

—A decir verdad, tiene que estar a punto de llegar a casa. Anda, tomate una café tranquilo y relájate —le dijo María.

«Quien no comprende una mirada tampoco comprenderá una larga explicación»

Proverbio árabe

SÁBADO 17

Me fui a entrenar como cualquier día, aunque algo más contento, porque parecía que la cosa en casa con Sofía había mejorado levemente. Ya por lo menos se había dignado a hablarme. Durante el entrenamiento le pregunté a mis compañeros si alguno quería ir a la fiesta que había en mi discoteca. Como era normal, los padres de familia se iban a quedar con sus niños y esposas en sus respectivas casas, pero se apuntaron dos de los solteros con los que no tenía demasiado feeling. La verdad era que tenía ganas de fiesta y bueno, le podía hacer una pequeña propuesta a Sofía, sin que ella lo supiera. Era un poco malo, pero me apetecía salir, pero no precisamente con ellos. Espero que esta noche podamos limar algunas asperezas y que todo vuelva a la normalidad entre nosotros. Echaba de menos hasta pelearme con ella.

—Hola, Sofía.

—Hola, Leonardo.

—Tengo buenas noticias para ti. Tengo tu entrada, pero es un poco especial.

—¿Cómo que un poco especial, explícate?

—Para que entraras sin ningún impedimento, tendría que ir contigo. Una vez dentro, ya te puedes ir con tus amigos. ¿Te parece bien?

—Perfecto. ¿Nos vamos en un coche o en dos?

—Yo conduzco —me ofrecí.

—Perfecto. ¿A qué hora he de estar lista?

—A las once y media ¿te parece bien?

—Sí.

Dormí la siesta porque al haberme levantado tan temprano pronto tendría sueño. Por la tarde, estuve jugando y charlando un rato con Gio en su habitación, y luego me puse al corriente con el papeleo. Las ventas de la discoteca habían bajado un poco el mes anterior, y esperábamos que con esta fiesta se compensara un poco las pérdidas. Tendríamos que hacer fiestas temáticas más a menudo, aunque eso supusiera un poco más de inversión en decoración. Después de cenar, me duché y ya eran las 23:00 cuando llegué al salón. Seguramente, tendría que esperarla un buen rato, conociendo a las

mujeres, con que cogí el periódico deportivo que tenía allí.

—Estoy lista Leonardo.

Miré mi reloj y... ¡no me lo podía creer! Había llegado un cuarto de hora antes de la hora prevista. ¡Hasta mi madre me hacía esperarla un buen rato!. Me volví y no podía creer lo que estaba viendo. Le eché un repaso de arriba abajo sin reparar en detalles. Estaba preciosa. Esa ropa le marcaba muy bien las curvas. ¡Joder, qué buen escote lleva! ¿Me cabría su teta entera en la boca? ¿Pero qué coño ha sido eso? O dejaba de pensar en su escote o iba a tener un gran problema entre las piernas. Cuando fui a decirle que nos íbamos, Gio se me adelantó en hablar:

—¡¡Sofiaaaa!! ¡¡Pero qué guapa!!

—La verdad es que sí, Sofia, estás preciosa —comentó mi madre.

—Gracias a los dos.

—¿Y tus gafas? Sin ellas no vas a ver nada en toda la noche —mencionó Gio.

—No pasa nada Gio, llevo lentillas. —respondió riendo.

—Ah, vale, vale. No te puedes ir sin darme mi beso de buenas noches.

—Ven —le dio un beso en la mejilla—. Vaya, ya te pinté. Espera. Listo. Dale a tu padre otro beso.

—Un beso papi.

—Buenas noches, Gio. ¿Nos vamos Sofia?

—¿Qué tenéis una cita? —preguntó Gio alegremente y muy sorprendido.

—No Gio, van a una fiesta —le aclaró la abuela. No parecía muy contento por esto.

—Sí, estoy lista Leonardo.

Nos colocamos nuestros respectivos abrigos y nos fuimos hacia mi coche. Decidí coger el Ferrari, el último capricho que me había dado, el cual me había costado 290.000 Euros. Era la primera vez que los dos estábamos a solas después de la pelea, aunque el momento de la piscina no cuenta, y en un sitio tan pequeño. Además, era la segunda vez que ella se iba a montar conmigo en mi coche y nada más entrar y sentarse pude olerla. Me gustaba su

perfume, no era empalagoso. Iba a ver si diciéndole un piropo íbamos limando asperezas y empezaba a hablarme:

—He de reconocerlo. Cuando has entrado no sabía quién eras.

—¿Eso ha sido un cumplido, jefe?

—Puede —los dos empezamos a reír— ¿Es la primera vez que vas a esa discoteca?

—Sí, espero que valga la pena —Claro que vale la pena, nena, es mi discoteca y tiene bastante prestigio en el mundo de la noche.

—Si no te importa, cuando entremos acompáñame a la zona VIP y cuando te tomes una copa allí y los seguratas ya te conozcan, pues te bajas.

—Vale, sin problemas. Por cierto, tampoco estas mal.

—¿Eso ha sido un cumplido señorita?

—Puede.

—Por cierto, no paro de pensarlo. Si nos encontramos con algún amigo tuyo, ¿piensas presentármelo?

—Claro —No veía ningún impedimento para no hacerlo.

—¿Cómo piensas presentármelo? —¿en qué estará pensando esta chica?

—¿Cómo quieres que te presente?

—¿Cómo una amiga?

—Es complicada la palabra amiga. Nosotros la utilizamos cuando estamos liados con alguien pero sin compromiso.

—Ah, no lo sabía. Pues preséntame como quieras.

—Vale.

Llegamos a la discoteca y aparqué en mi sitio. Ambos nos bajamos del coche y fuimos directamente a la puerta. Para entrar, le pasé el brazo por la espalda, poniendo mi mano derecha en la parte baja derecha de esta. Lo hice inconscientemente, ya que, era lo que lo solía hacer cuando llevaba una chica. Fui saludando a todos mis trabajadores. Cuando llegamos arriba fui a pedir una copa y le pregunté lo que quería beber. Me dijo Malibú con Blue Tropic. ¿Pero qué bebía esta chica? ¿Hasta para eso era rara? Lo dijo muy

convencida, por tanto, seguro que lo había bebido antes. Mientras esperaba a que me lo sirvieran, vi como Víctor se aproximaba a ella, que estaba situada junto a la barandilla mirando hacia abajo. Tendría que tener cuidado con este, se había dirigido hacia ella muy rápido y por los comentarios que hacía en el vestuario, se follaba una chica diferente cada noche que salía y lo peor era que el muy cerdo lo iba contando todo con pelos y señales. Había que ser un mierda con un ego muy pequeño para darle tanto bombo al hecho de estar con una chica en la intimidad. En cuanto llegó a ella, se atrevió a cogerla por la cintura, y no estaba dispuesto a que fuera por ese camino. Me acerqué a ellos y le corté un poco.

—Toma Sofia —Víctor me estrechó la mano— ¿Os han presentado? —le chillé al oído de esta.

—No —me contestó ella.

—Él es mi compañero de equipo, Víctor.

—Ella es la profesora de mi hijo, Sofia.

No sé qué estarían hablando los dos con la música tan alta. Ya hablaría con los chicos para que la bajaran un poco, pero de lo que sí estaba seguro era que Víctor no paraba de devorarla con la mirada. Había encontrado su próxima conquista. Para mi sorpresa ella se fue a bailar con él.

—Dentro de un rato te la devuelvo, o no —me informó Víctor, muy sonriente.

No podía evitar mirarlos, aunque tal vez la quería controlar más de lo que debería. Me senté en un taburete y dejé mi copa en una de las mesas que había por allí. Ella también miraba hacia mí. Algunas amigas de Isabella se acercaron a saludarme y estuvimos hablando un rato. Después de que las chicas se fueran, volví a mirar hacia ellos. Víctor la estaba acorralando y si no lo impedía pronto estaría besándola. Sería el colmo, que se acostara con ese energúmeno y el próximo lunes escuchar en los vestuarios lo que hicieron. Ni de coña. Era mi momento para parar aquello. Le toqué en la espalda, le dije que quería bailar con ella y menos mal que se fue sin protestar.

—Gracias —me susurró al oído y se separó de mí.

—¿Gracias, por qué? —Me aproximé a ella y seguí así hasta que me diera una explicación, aunque yo sabía perfectamente por qué era.

—Sabes muy bien porque has venido a mi rescate.

—Se te veía un poco agobiada y Víctor tiene fama de mano larga. No me gustaría que te liaras con él, la verdad. Le gusta utilizar a las chicas y yo tengo que convivir contigo.

—Si fuera otro tío, ¿no te importaría? —¿a qué venía aquella pregunta?

—¿Por qué habría de importarme?

—Yo solo pregunto. Anda, baila un poco conmigo.

—Yo no bailo.

—Mentiroso —los dos empezamos a reír— ¿Quieres probarlo?

—¿No me envenenarás ni nada por el estilo? —La bebida era completamente azul.

—No es mi intención quedarme sin trabajo —Sonrió y yo sorbí de su propia cañita, donde previamente ella lo había hecho, por qué... ni yo mismo lo sabía. Cuando empecé a absorber, no le quité en ningún momento el contacto visual. Esa noche estaba realmente guapa y parecía feliz de estar allí. Yo también lo estaba.

—Pues no está mal el pitufo.

—Si te gustan las bebidas dulces, te debería gustar.

Me tocaron en el hombro y me tuve que separar de Sofía. Eran un par de chicas que querían hacerse una foto conmigo. A veces odiaba ser tan conocido. Mierda, nos habían cortado la atmósfera que se estaba creando entre nosotros. Echaba de menos estar con ella. Después de terminarnos las bebidas, estuvimos bailando a pesar de que en un principio no me apetecía. Empezó a sonar una canción tecno que me gustaba mucho. Ella empezó a moverse alrededor de mí y muy cerca. Bailaba muy bien, debía de reconocerlo. Estuvimos bailando de tal forma que ambos nos rozábamos casualmente. Me gustaba aquel juego tan sensual. Cuando la intensidad de la canción era menor, empecé a dirigirme hacia Sofía. Seguí avanzando hasta quedar tan cerca de ella que tuvimos que entrelazar nuestras piernas, moviéndonos al son de la música. Puse la mano derecha sobre su cintura, para ser más consciente de la distancia entre nosotros. Cuando las luces parpadeaban perdía la noción del espacio. Ella a su vez, subió la mano derecha y la posó en mi hombro

izquierdo. Nos mirábamos directamente a los ojos. Me miraba sin pudor alguno, cosa que nunca solía hacer. ¿Podría ser el alcohol? ¿Mi querida Sofia había cogido el puntito con su primera copa? Mmm... interesante. Sabía que si yo la miraba directamente a los ojos ella se ruborizaba, pero allí estábamos los dos, bailando uno frente al otro, moviéndonos a la vez como si fuéramos una sola persona y no se ha puesto colorada. Me gustaban sus labios carnosos y tenían que saber muy bien. Una pregunta rondaba en mi cabeza: ¿sería capaz de besarla, sin tener ese beso muchas consecuencias? Estaba realmente sexy. Permanecimos así hasta que la canción terminó, empezando otra a continuación. Gracias a que la canción terminó, pude recobrar mi sentido común. No, no, Leo. Eso hubiera sido una locura. Habría cambiado completamente nuestra relación profesional. Además, tenía novia y Sofia era la profesora de mi hijo. Ella estaba ahora mismo como si no hubiera pasado nada entre nosotros. ¡No la cagues de nuevo, con esos pensamientos! Me sentía muy bien con la compañía de ella y estaba disfrutando del momento. Con Isabella no podía bailar mucho porque ella prefería ir por libre. En cuanto terminó la canción nos separamos y una camarera vino hacia nosotros con una nueva copa para Sofia y agua para mí. Serían aproximadamente las 2:30 cuando Sofia sacó su móvil y supuse que se estuvo wasapeando con sus amigos que estaban allí abajo.

—Leonardo, me voy para abajo. Cuando te quieras ir, llámame para saber que te quieres ir y ya me dejas algo en el Whatsapp. ¿Te parece bien? —me había gritado al oído.

—Vale, perfecto, que te diviertas.

La estuve observando cómo se iba para abajo. Antes de subir a la zona VIP le dije al chico de seguridad que ella podía entrar y salir de allí. Me gustaba su contoneo al andar. En aquella pista había muchísimas personas, pero solo me podía fijar en ella. Desde el día en que la vi en ropa interior, mi mente no andaba muy bien. Lo que me había comentado Javier no había mejorado nada la situación y ya Emma había rematado la faena al decirme que sería una buena madre para Gio, el día que hicimos la barbacoa en su casa. La guinda había sido esta noche, que estuve a punto de besarla si no llega a cambiar la canción. No hubiera estado bien por mi parte hacer aquello. Sé que físicamente le gusto. A todas le gustaba y se lo notaba cuando la miraba a los ojos. Además, se lo dijo bien clarito por teléfono a su amiga en la piscina. Su mirada me tenía hipnotizado. Me estaba volviendo loco. Menos mal que

mañana vendría Isabella porque si no, no sabía que iba a hacer con esa tensión sexual que se estaba creando entre nosotros dos a pasos agigantados. No me gustó nada el comentario que hizo Jorge sobre ella sobre la maya ceñida y cuando vi a Víctor acosándola me entró ganas de darle una hostia. Tenía que protegerla de ese capullo. Tendría que hablar con Víctor, pero... ¿dónde estaba ese energúmeno? Echando un vistazo por toda la zona VIP lo encontré besando a una modelo. Bueno, problema resuelto. Ahora, al verla desde allí, me había recordado cuando estuvo bailando con Gio y mi madre: alegre, desinhibida y en su salsa. La carita angelical había conquistado el corazón de los míos poco a poco. A las 5:15 estaba ya algo cansado y bastante aburrido. Llamé a Sofía. Ella me cortó la llamada, entonces le mandé un Whatsapp:

Leonardo: Cómo vas?

Sofía: de maravilla y tú?

Leonardo: un poco cansado

Sofía: a mí me están matando los zapatos. Me puedes ver desde aquí?

Jajaja, esta chica es horrorosa. Y sí, no te he perdido de vista. Ningún tío se ha acercado más de la cuenta —pensé

Leonardo: Si, una muchacha que está wasapeando con el móvil en vez de estar disfrutando

Sofía: quieres irte para casa, abuelo?

Leonardo: ehh mucho respeto a tus mayores jaja. Te importa que nos vayamos ya?

Sofía: para nada. Yo también estoy algo cansada. Me coges el abrigo del guardarropa? Yo te espero en la puerta

Leonardo: ok

En el corto trayecto hacia la casa, Sofía nada más montarse en el coche y abrocharse el cinturón se quedó dormida. La estuve observando lo que pude mientras conducía. Lo había pasado realmente bien. Al aparcar, ella había abierto los ojos. Se encontraba un poco desorientada, pero le indiqué donde estábamos. En el camino de vuelta había empezado a llover y había tormenta. Ella me miró y yo la miré a ella. Sabía lo que me iba a pedir antes de que abriera esa preciosa boca:

—A ver si lo adivino, ¿quieres mi compañía otra vez hasta que pase los truenos?

—Si no es mucho pedir y... ¿podría ser esta noche en mi dormitorio?

—Vale, me cambio y voy para allá.

Estuve haciendo un poco de tiempo antes de irme para su dormitorio, preparando la ropa que me iba a poner al otro día, para darle a Sofía el tiempo suficiente para cambiarse. Me puse una crema hidratante, porque últimamente había tenido la piel muy seca y me lavé los dientes. Llegué a su dormitorio cuando estaba quitando los cojines de la cama. Se había puesto un pijama de raso y se había desmaquillado. Sin maquillaje y con las gafas parecía más joven, pero estaba igual de guapa. Ambos nos acostamos en el mismo lado de la cama, igual que la noche que dormimos juntos.

—Muchas gracias, Leonardo. Buenas noches.

—Hasta mañana.

Cuando abrí los ojos estaba todo oscuro, solamente entraba un poco de claridad por la puerta y estaba en posición de cucharita con una chica. ¿Era Isabella? Quién iba a ser si no. Nunca había puesto los cuernos a ninguna chica con la que había salido. Seguramente estaba en un hotel porque no reconocí el sitio. Olí su cuello y olía deliciosamente bien. Mmm... cerezas. Toqué sus curvas y se me hizo la boca agua. La hice girar muy despacio y fui dándole besitos en el cuello hasta que fue reaccionando y se volvió en busca de mis besos. ¡Joder, que bien besaba! Pasamos de besos tiernos a salvajes. Mientras la besaba, empecé a manosearles las tetas mientras que ella me tocaba mi polla a través del pantalón. Necesitaba urgentemente un poco de sexo mañanero. Era lo mejor para empezar el día. Le quité unos cuantos botones de la blusa del pijama y metí la mano para tener mejor acceso a su pecho mientras que ella me seguía frotando la entrepierna. Me había encendido como un fósforo. Isabella no tenía tanto pecho, pero no recuerdo haberme liado con ninguna chica esa noche, con que, solamente podía ser ella. Hacía tanto tiempo que no nos veíamos que posiblemente no me acordara de cómo era su cuerpo. Me puse sobre ella, la cual estaba acostada bocarriba, y empecé a frotarme contra ella mientras la besaba. Le susurré al oído: necesito hacerte el amor urgentemente. Ambos empezamos a gemir de placer.

—Buenos días, Isa. Te he echado mucho de menos

A continuación, ella se paró en seco y de un empujón me quitó de encima. ¿Pero qué coño le pasaba a esta tía? ¿Me iba a dejar así después del calentón? ¿Pero a dónde iba? ¡No me podía creer que se fuera a levantar de la cama y todo! Alzó las persianas y vi que la chica era... Sofía. ¡Joder!, no me podía creer que fuera ella. ¡He estado a punto de follarme a Sofía! Aparte de haberme quedado dormido había estado a punto de acostarse con Sofía. Me quedé en estado de shock. No sabía qué hacer. Había notado muchos cambios: el olor... ¡joder, las putas cerezas! Tenía que haber reaccionado a eso, pero... el volumen de su cuerpo, sus pechos y esos labios tan carnosos, en vez de hacerme cambiar de idea, me había ayudado a querer más. ¡¡Joder, era Sofía!! ¿Cómo no me había dado cuenta? Solo su forma de besar era diferente a la de Isabella. Mi voz interior me gritaba: «claro que te habías dado cuenta de que no era tu querida novia en cuanto la besaste pero estabas pensando con la polla en vez del cerebro, chaval». Había un silencio incómodo en la habitación y yo todavía no me había movido ni un centímetro de donde estaba. No podía mirarla a los ojos, sentía demasiada vergüenza para mirarla o hablarle. ¿Qué he hecho? Al final Isabella tendría razón: terminaría acostándome con Sofía y hubiera ocurrido si ella no me hubiera parado. Dios, esto no me podía estar pasando. ¿Cómo se le explicaba a una chica que solo la besabas por confusión? Y lo peor era, que seguía sintiendo como sus labios se apretaban contra los míos y todavía tenía más ganas de seguir besándola. ¿Y cómo cojones la miraba a la cara? Fue Sofía la que rompió ese terrible silencio.

—Sería conveniente que te vistieras y fueras a buscar a Isabella al aeropuerto. Date una buena ducha de agua fría antes que nada. Yo saldré antes que tú por si viene María o Gio. ¿vale? —su voz era fría.

—Vale —fue lo único que se me ocurrió contestar.

Esperé a que ella se fuera para salir de la cama. Todavía no me lo podía creer lo que había estado a punto de ocurrir. Después de salir, a más de mil por hora de la habitación de Sofía, y darme una ducha rápida de agua más bien fría para quitarme el dichoso calentón, cogí mi móvil y vi el montón de llamadas perdidas de Isabella. Tendría que pensar en una buena excusa para darle o me mataría.

—Buenos días a todos —dije con algo de prisa. Le di un beso a Gio, a mi madre y joder, allí estaba Sofía. Solo pude saludarla con un hola. Estaba demasiado avergonzado.

—Papá, ¿a Sofía no le das beso? Es la costumbre. El que llega a la cocina tiene que dar el beso de buenos días —¡Me cago en todo lo que se menea! ¿No podría tener este niño la boca cerrada? Eres horrible Gio: has pasado de ser un gato arisco a un oso amoroso.

—No pasa nada Gio —dijo Sofía quitándole importancia. Joder Gio, si tú supieras que he estado a punto de follármela esta mañana y lo peor era que todavía tenía ganas de hacerlo, a pesar de la ducha fría. Sé fuerte Leo, me dije a mí mismo, pero hay que actuar con naturalidad.

—Es verdad, Gio, tienes razón —le di un rápido beso en la mejilla a Sofía— Yo me voy ya, que Isabella seguro que me estará esperando en el aeropuerto.

—A decir verdad, tiene que estar a punto de llegar a casa. Anda, tomate una café tranquilo y relájate —me dijo mi madre.

DOMINGO 18

Isabella llegó a la casa un cuarto de hora después de que María le avisara a Leo de su llegada. Se habían llevado a Gio a pasar el día con ellos, debido a que habían quedado con Jorge, Laura y sus respectivos hijos. María había quedado con sus amigas para pasar el día y yo simplemente me quedé en la casa poniéndome al día en cosas que había estado dejando por pereza. No tenía ganas de nada más después de una noche de marcha. Cuando llegaron a la casa, Giovanni se vino corriendo llorando a mi apartamento por lo que le había ocurrido hacía un rato con Isabella:

—¡¡Sófi, Sófi!! —al escuchar que me llamaba me aproximé a la entrada del apartamento.

—¿Qué te pasa Gio? —Gio se lanzó a mis brazos, llorando desconsoladamente.

—¡Yo no quiero que se casen! —Lo senté en el sofá y le estuve quitando las lágrimas con las mangas.

—A ver, tranquilízate y deja de llorar. Explícame que te ha pasado para que pueda ayudarte —el pobre Gio seguía llorando, pero ahora intentaba controlar sus lágrimas, teniendo la voz un poco entrecortada.

—Yo estaba jugando con mis amigos cuando escuché a mi padre decirle a Jorge que se estaba pensando en casarse con Isabella ¡Pero yo no la quiero, no quiero que se case con ella!

—¿Tú lo has hablado con tu padre?

—No. Mi padre quiso hablar conmigo, pero yo estaba tan enfadado que no he querido hablar con él —Gio había parado de llorar.

—En primer lugar, es normal que tu padre se quiera casar con Isabella. Hace tiempo que se conocen y a él le gusta ella.

—Pero a mí no me gusta.

—Pero el que se casaría sería tu padre. Escúchame. Tú vas a estar unos años con tu padre, pero cuando seas mayor te vas a ir de casa y tu padre se quedará solo. Es normal que quiera tener alguien a su lado que lo cuide y le dé besitos cuando tú no estés.

—¿Y no podrías casarte tú con él?

—Hace unos meses, un chico un poco consentido —le había dicho mientras le hacía un poco de cosquillas—, me preguntó que si yo quería ligarme a su padre, ¿te acuerdas quién fue?

—Sí, fui yo —dijo apenadamente—, pero yo te prefiero a ti.

—Te voy a poner un ejemplo: Hugo es un niño con el que no te llevas bien, ¿verdad?

—Sí, nos llevamos fatal.

—Pues imagínate que tu padre te dice que tienes que hacerte amigo de Hugo. ¿Cómo te sentirías?

—Mal, porque yo no quiero jugar con él.

—Pues eso mismo estás haciendo con él. Le estás exigiendo que no esté con Isabella —tras pensarlo un rato, pareció que lo entendió.

—Vale Sofía, ahora lo entiendo, pero ¿qué puedo hacer?

—Podrías hablar con tu padre y contarle cómo te sientes. Y lo más importante, tienes que aceptar lo que él te diga, porque todo lo que hace y todo lo que haga en un futuro, te guste o no, será por tu bien.

—Gracias, Sofía —nos dimos un gran abrazo y le di un beso en la frente. Aunque a mí me gustara mucho Leo y a ella no la podía ver, tenía que hacerle ver a Gio que si su padre la quería a ella, todos tendríamos que aceptarlo, aunque no nos gustara a ninguno de los dos.

—De nada Gio. Tenía pensado ver la peli del rey león, ¿te quedas conmigo y la vemos juntos? Tengo por ahí un paquete de palomitas que no me ha confiscado tu padre —le dije mientras le guiñaba un ojo.

—Vale —empezamos a reírnos los dos.

Por la noche estaba preparando la cena mientras que María y Gio se duchaban. Estaba poniendo la mesa y calentando la comida cuando llegó Leonardo muy perfumado y bastante arreglado. A los poco segundos de llegar le suena el teléfono y se va de allí. Pocos minutos después llegó Isabella. Paseó su mirada por allí y viendo que no lo veía, para su pesar, me tuvo que preguntar:

—¿Dónde está Leonardo? —pensaba soltarle un comentario picante, pero no tenía muchas ganas de escucharla. Suficiente había tenido esta tarde con escucharla desde mi apartamento mientras veía la película.

—Está en su oficina atendiendo una llamada.

—Ah —me seguía mirando y eso me estaba cabreando.

—¿Algo más?

—Ahora que lo preguntas, sí.

—Pues tú dirás.

—¿Desde cuándo te gusta Leo? —¡coño, que directa!

—¿Y a ti que te importa?

—Mucho. Por si no te has dado cuenta, es mi novio.

—Ya, ¿y?

—Cómo que ¿y? Pues quiero que te alejes de él y te vayas de la casa.

—Me temo que eso no está en tus manos.

—Te aseguro de que antes de que acabe el mes estarás fuera de esta casa. Ya me encargaré yo de eso —¿la subnormal esta me está amenazando? Voy a seguirte el juego, porque si no, terminaré por ponerte la olla por sombrero.

—Como quieras, pero si te pones así, antes de que acabe el mes me follaré a tu novio. Espero que eso te parezca justo —oh, oh... creo que le está saliendo humo por las orejas. Me mira muy enfadada y quiere acercarse a mí y yo estoy intentando contener la risa— si yo fuera tú me quedaría donde estaba. Tengo una cuchara con tomate y se me puede caer en tu precioso vestido.

Me miraba, prácticamente, matándome con la mirada. Para mi suerte, salió de la cocina como un rayo y bastante enfadada. Yo no sabía si reírme o no, pero esta noche le esperaba un gran problema a Leo. Lo siento por él, pero a chulerías no me ganaba nadie.

—¿Todavía no ha llegado Isabella?

—Sí, pero se ha vuelto a ir. Supongo que se le olvidaría algo.

—Mmm ¿qué estás cocinando que huele tan bien?

—Albóndigas con tomate.

—¿Quién ha hecho eso? Déjame ver —me dice mientras que se acerca mucho a mí y le falta un cuarto de metro para meter la cabeza en la olla— ¡Joder, que bien huele! —Me aparté hacia un lado y le dejé sitio— Yo quiero probarlas.

—Las he hecho yo, ¿pero no te ibas a cenar?

—Sí, pero tengo hambre y esto huele de maravilla —abrió el cajón y sacó un tenedor y directamente de la olla se pinchó una— Joder, ¡qué buena está! —repetió el proceso. Por el camino se había manchado un poco la boca con el tomate y le hice señas con mi lengua para que se pasara la lengua por su labio superior. Me miraba alucinando, ¿qué se le estará pasando por la cabeza?

—Tienes tomate en el labio superior.

—Ah —dijo aliviado. Cogió una servilleta y se limpió.

—Yo ya estoy lista, Leo —nos miraba Isabella y me fulminó con la mirada. Yo a su vez le devolví una gran sonrisa.

—Entonces vámonos. Buenas noches, Sofia.

—Que os divirtáis.

«La amistad duplica las alegrías y divide las angustias por la mitad»

Sir Francis Bacon

MARTES 20

Gio se fue hoy de excursión con el colegio, por lo tanto, tenía todo el día libre para mí. Por la mañana, me estuve arreglando las uñas que se me habían partido y estuve un rato con el portátil poniéndome al día con los e-mails atrasados. La mañana se me fue en un suspiro. A las 14:00 comí solamente con María. Ni María sabía por dónde andaba Leonardo. Cuando estaba aquí Isabella nadie sabía nada de él. Ya por la tarde, a eso de las 16:20 me fui al gimnasio. Nada más entrar me encontré con Javier con el que me saludé y estuvimos un rato charlando y posteriormente me fui a mi maravillosa cinta de correr. Quedamos en vernos a las 18:30 en el bar del gimnasio para tomarnos un café. Como de costumbre estuve corriendo cuarenta y cinco minutos y a continuación cinco minutos más donde iba bajando progresivamente la velocidad para terminar caminando. Cuando bajé de la cinta y me senté en un banco a tomar un poco de agua y recobrar fuerzas, alguien me tocó en el hombro, y al girarme lo vi allí: Víctor.

—¿Sofía, verdad?

—Sí. Tú eres Víctor, ¿no?

—Efectivamente. ¿Qué haces por aquí?

—Pues he venido a comprarme unos zapatos... ¿a que tú también?

—No, mujer, me refería a que nunca te he visto en este gimnasio. ¿Es la primera vez que vienes?

—La verdad es que suelo venir por las mañanas —dije mientras me levantaba del banco y me iba a empezar a alejar de él. No quería estar cerca de don pulpo.

—¿Para dónde vas ahora?

—Voy un rato a la bicicleta.

—¿Te importa si te acompaño?

—No.

—¿Has conocido a mucha gente aquí? ¿Alguna chica buena que podamos compartir?

—Lo siento, pero si encuentro una que me guste no la compartiría. Soy muy celosa.

—Fíjate, yo también.

—Vaya, pues sí que tenemos cosas en común. Ya solo me falta a mí ganar tus millones.

—Eso ya va a estar más complicado, pero nunca se sabe. ¿Qué vas a hacer después del gimnasio?

—Me iré para casa.

—¿Te espera alguien?

—Supongo que Gio.

—Gio es el hijo de Leo, ¿no? —yo asentí dicha afirmación— ¿qué, eres su niñera o algo así?

—Soy la profesora de su hijo. Aparte de ayudarle a estudiar, también me encargo un poco de su educación.

—Pareces la madre del chico. ¿También te acuestas con el padre?

—Siento decepcionarte, pero no tengo ese tipo de relación con Leo.

—Va, no me seas mentirosilla. Vi cómo bailabais en la discoteca y era bastante erótico. Se os nota a los dos desde lejos que hay algo entre vosotros, o puede ser lo contrario, que no hay nada y que los dos tenéis ganas. ¡Eh! Pero no te mosquees. Yo prefiero que no tengas nada con Leo, así tengo más posibilidades contigo. El otro día en la discoteca nos presentó, pero no me dejó disfrutar de tu compañía. Qué te parece si nos duchamos y vamos a tomarnos algo.

— Gracias, pero no.

—¿Y si nos saltamos esa copa y vamos directamente a un hotel a follar? Se te nota que hace tiempo que no follas con un hombre de verdad.

—Lo siento, pero no me acuesto con críos.

—¡Eh!, yo no soy un crío y cuando quieras te lo demuestro —me dijo mientras que yo intentaba huir de él hacia los baños y me cogió del brazo impidiéndome seguir. Paré en seco y me volví hacia él.

—De la palabra ¡no!, ¿que no has entendido? —dije mientras dando un jalón de mi brazo, me solté de él.

—Yo creo que el problema es que eres frígida y te da miedo sentir una buena polla en tu coño —dijo mientras me agarraba de la mano para ponerla en su sexo. Empezó a frotarla por este sin ningún pudor y sin tener en cuenta las personas que andaban por allí.

Me cansé de la situación y su prepotencia e hice lo que creí oportuno. Cogí su mano y la pasé por debajo del brazo de él, como si estuviéramos bailando para terminar con la mano de Víctor detrás de su espalda con el suficiente ángulo hacía arriba como para dejarlo inmovilizando, debido a que si subía un poco más la mano le podía hacer bastante daño. Y para rematar la faena, y dejárselo bien clarito, lo metí un poco en el vestuario de chicas y lo estampé contra las taquillas de la entrada. Posteriormente, con todas las chicas allí mismo mirándonos, le susurré al oído:

—Que sea la última vez que intentas algo conmigo. No quiero que me vuelvas ni a mirar, ¿me he expresado con claridad, gilipollas?

—Me estás poniendo más cachondo todavía.

—Te hace falta tus piernas para jugar... pero... ¿jugarías igual de bien si te lastimo un brazo? ¿Quieres jugar el jueves o quieres seguir jugando un poco más conmigo?

—Si te quitas la ropa podíamos jugar un poco más.

Ambos susurrábamos y solo se escuchaba un pequeño susurro en el vestuario, el cual se había quedado en completo silencio. Después de decir esto, creí conveniente en subirle un poco más el brazo de Víctor para que viera que no iba de farol y entonces el humor de este fue desapareciendo. En su rostro se reflejaba el dolor que le estaba causando.

—Está bien, está bien, tú ganas —lo dijo en voz alta para que lo soltara lo antes posible.

Él se fue del vestuario de las chicas con el brazo un poco dolorido y en cuanto ya desapareció de allí, las chicas me estuvieron aplaudiendo por lo que había hecho. Emma que se estaba poniendo los zapatos para irse, vino a hablar conmigo:

—Recuérdame que nunca me pelee contigo —me sonrió—. ¿Cómo lo has

hecho? —preguntó Emma.

—Cuando te crías con dos hermanos pequeños, debes de hacer uso de tu imaginación. Bueno, también un poco de defensa personal ayuda —le sonreí a Emma, aunque fue un poco forzada. Estaba algo enfadada.

—No creo que vuelva a buscarte.

—Yo me temo que volverá. He herido su orgullo masculino, el cual, es bastante grande.

—Me alegro de verte, Sofía.

—Yo también, Emma. Dale un beso a Christian de mi parte. Me voy para la ducha —estaba bastante acalorada por el encuentro que había tenido con Víctor y lo mejor para eso, era una ducha.

—Ok. Yo se lo daré. Hasta otro día.

Necesitaba dejar toda la mala leche en la ducha, que el agua limpiara esa sensación que tanto tiempo llevaba guardando. Tras ducharme en el gimnasio, y con diez minutos de retraso, fui a buscar a Javier a la cafetería pero él no estaba allí. Entonces fui a la recepción y él me había dejado una nota:

Siento no haberte avisado antes, pero te he buscado y no te he encontrado. Me ha surgido un pequeño contratiempo que otro día espero recompensártelo. Un abrazo, Javier

JUEVES 22

Habitualmente solía apagar el teléfono cuando me iba a dormir, y lo encendía antes de levantarme de la cama. Ese día recibí bien temprano un Whatsapp de Javier que decía:

Javier: Buenos días preciosa. A las 10:30 termino con mi cliente. Te apetece una mini clase con un entrenador profesional a bajo coste?

Sofía: Buenos días Javier... Cuánto me va a salir esa mini clase y a que se debe esa bajada de honorarios? :p

Javier: te va a salir 0 Euros ya que me siento mal por no haberte avisado de que no podía ir. Cuento contigo para reservar sala?

Sofía: Vale. A esa hora estaré allí. Necesitas que corra antes de vernos?

Javier: Si has corrido 20 minutos antes, mejor. Los ejercicios los podrás

hacer con menor dificultad. Tendré 30 minutos para darte caña.

Sofía: Hecho. Luego te busco en la sala que hayas reservado.

Javier: Hasta luego, preciosa.

Sofía: Chao.

Tras llegar al gimnasio, pregunté por la sala que había reservado Javier para mí. Me fui a correr tal como me había comentado él. A las 10:30 fui a la sala y allí estaba él esperándome en la puerta, con su atuendo deportivo.

—Eres muy buena alumna... —tras verme con toda la camiseta sudada—
¿Veinte minutos?

—Un poquito más, veinticinco, ya que, he llegado un poco antes.

—Perfecto. Pasa —entramos los dos a una sala no muy grande pero que tenía colchonetas en el suelo, alguna pelota grande y más cosas repartidas a lo largo de toda la habitación y Javier cerró la puerta— He comprobado que al hacer los ejercicios de musculación no terminas de respirar como es correcto y hoy vamos a corregir eso. Túmbate bocarriba sobre la colchoneta y tomas estas pesas y pónela sobre el abdomen. Ahora apoya los dos pies en el suelo. Cuando inspires levanta los glúteos y aguanta todo el tiempo que puedas y cuando vayas a bajarlos, ve soltando el aire. Así una serie de veinte veces. Empezamos. Cierra los ojos y concéntrate en tu respiración. Muy bien, una más. Listo. Vale, creo que si sigues esas pautas podemos controlar tu respiración. Ahora vamos por tu equilibrio. Te tienes que sentar sobre la pelota y hacer abdominales echándote hacia atrás. ¿Qué te pasa Sofía? —dijo con una sonrisa al ver mi cara de pocos amigos.

—La pelota me crea mucha inseguridad.

—Suele pasar cuando es la primera vez. No te preocupes que yo estaré detrás de ti sujetando la pelota. ¿Lo intentas al menos?

—Bajo tu responsabilidad, que conste —le dije sacándole la lengua.

—Por supuesto. Venga, siéntate y ahora vamos a hacer la primera tanda de diez abdominales. Cuando termines, volvemos a hacer la repetición dos veces más. Perfecto y ahora te vas a quedar tumbada bocarriba con los pies apoyados en el suelo y te voy a dar un par de pesas, para cada mano, para que las subas y bajas quince veces. Yo volveré a quedarme detrás de ti,

ayudándote. ¿Preparada?

—Sí.

—Toma. Una, dos, tres... El martes vi cómo le diste una buena lección a Víctor.

—¿Cuánto llegaste a ver?

—Sigue respirando. Creo que lo mejor me lo perdí, pero otra de mis clientas, que estaba en el vestuario, me lo contó con lujos de detalles lo que había visto porque la pobre me dijo que no se os escuchaba hablar, solamente un leve susurro entre vosotros. Ella estaba allí cuando lo estampaste contra las taquillas. Yo lo único que vi fue como te perseguía desde las máquinas y fui con algunos monitores cuando escuchamos el ruido de las taquillas y nos lo encontramos allí. Fue estupendo. Es un completo imbécil. Sigue, todavía te queda otra tanda. Vamos.

—Nos presentó Leonardo una noche en la discoteca y por lo visto esa noche tenía algo pensado para mí. El martes cuando me vio directamente me soltó que nos acostáramos.

—Pues creo que le salió rana la jugada.

—Pues sí. Ya soy mayorcita para saber con quién me quiero acostar.

—Me parece estupendo y espero que tengas ganas de repetir conmigo. Dame las pesas y espera que las ponga en el suelo. Ahora ten cuidado al bajarte. Listo.

—Pues muchas gracias por tu clase, Javier.

—De nada, ha sido un placer.

—¿Te la puedo pagar de alguna forma?

—Me podrías dar uno de esos besos tuyos que te quitan hasta el aliento porque lamentablemente no tengo tiempo para más —dijo consultando el reloj. Me aproximé hacia él y empezamos a besarnos apasionadamente. Al cabo de unos segundos él se apartó de mí, tras una inspiración profunda.

—Tus besos son demasiados buenos y ahora tengo clase y no puedo ir tan animado —informó Javier tras ver su vigorosidad.

—No me voy a disculpar por algo que sabías perfectamente que pasaría en

un 99,99%.

—Ya, pero tus labios son tremendamente irresistibles. ¿Te apetecería que nos viéramos este fin de semana?

—Tenía pensado ir a una discoteca, ¿por qué no te vienes?

—Ah, pues entonces otro día. No me gustan las discotecas.

—Como quieras —nos dimos un casto beso en los labios y me fui. En ese momento estaba entrando otro cliente de Javier para empezar con su sesión— Ya estamos en contacto.

—Muy bien.

Gio tenía entrenamiento por la tarde y como solo era una hora me quedé allí viéndolo jugar porque después de ellos jugaban los mayores un partido amistoso. Me encontraba sentada en las gradas casi sola, debido a que hacía un viento bastante frío, cuando Leo se sentó a mi lado. Prácticamente venía vestido de incógnito, ya que llevaba un abrigo, gorra y las gafas de sol.

—¿Te has perdido? —Pensaba que estaría con la caniche, que así era cómo iba a llamar a Isabella a partir de ahora.

—He venido a verlo entrenar. Cada vez que puedo lo hago, aunque no es tan a menudo como me gustaría —aunque nos encontrábamos charlando él miraba al campo de fútbol, muy concentrado. Yo lo miraba a él.

—Ah. No sabía nada. ¿Hoy no entrenas con Javier?

—No. Después de un partido tengo el día libre. Supongo que ayer no lo viste.

—La verdad es que no. No me gusta verlo por la televisión. Se pierde la emoción de estar en el campo. ¿Cómo escapasteis?

—Ganamos 1-0. Por cierto, puedes ir cuando quieras a ver un partido siempre que me avises con tiempo para reservar asiento. Gio estará más que gustoso de acompañarte. A mi madre no le gusta verlos porque se pone muy nerviosa.

—¿Dónde has dejado a la caniche? —ostras, creo que lo he dicho en voz alta y él empieza a reírse. Sí, lo dije en voz alta, ¡mierda!

—¿De verdad la has llamado caniche en mis narices? —se carcajeó— ¿Por

qué? —se giró para mirarme y se bajó un poco las gafas para que pudiera verle los ojos.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí, por favor, me muero por conocer de dónde viene el apodo —y volvió a reírse.

—Pues me he dado cuenta de que tiene la nariz un poco respingona y ahora al dejarse el pelo corto y estar todo el día protestando, pues me recuerda a un caniche de estos pesados.

Me volvía a mirar y se volvía reír

—Simplemente buenísimo y contestando a tu pregunta, tenía cosas que hacer y si quieres preguntarme algo personal, simplemente hazlo. Ya veré yo si puedo contestarte, ¿vale? —tal vez me había pasado con tanta pregunta. Se volvió a colocar las gafas y me siguió mirando.

—Vale.

—Somos adultos y ya hay bastante confianza entre nosotros como para que no te cortes conmigo y te dejes de tanto rodeo. Por cierto, ¿no tienes frío?

—Sí, un poco. Pensaba que con la rebecca tendría suficiente pero me temo que aquí hace más frío del que supuse.

—¿Te hago un hueco en mi chaquetón? Si te apegas a mí podríamos...

—Ni de coña —no lo dejé ni acabar la frase. Me observaba un poco alucinado por mi respuesta, al juzgar por su boca. Se le había formado una especie de o. Se levantó las gafas de sol y se las colocó en la cabeza.

—A ver... tienes frío y estamos prácticamente solos.

—Que no.

—¿Por qué no? No te preocupes que no va a pasar nada indecoroso por mi parte, te lo prometo.

—Leonardo... —y me cogió de la mano.

—Tienes las manos heladas y los labios también. Te puedes enfriar y resfriarte. A Gio le falta todavía media hora. Anda, no te hagas más de rogar...

Se apoyó sobre el hormigón que tenía detrás y se abrió el chaquetón. Me

hizo señales para que fuera donde él estaba sentado. Debajo de este solo tenía una camisa de manga larga. Yo apoyé mi espalda contra su cálido pecho y posteriormente él cerró varios botones del medio del chaquetón. Se volvió a colocar sus gafas de sol. Tenía sus manos apoyadas sobre sus piernas y una de sus piernas la tenía flexionada y la otra extendida. Yo en cambio tenía mis piernas estiradas y mis brazos cruzados sobre mi pecho. Me gustaba su olor y su pecho caliente. Me sentía a salvo entre sus brazos ¿por qué no podrían ser las cosas así de simples? Miraba a nuestro alrededor y teníamos más de una miradita indiscreta por parte de alguna madre, pero no le di la mayor importancia. Mientras veíamos el entrenamiento me estuvo contando cosas tanto de los jugadores como del entrenador. Prácticamente tenía su boca en mi oído. Algunas veces se acercaba tanto a mi oreja que me hacía cosquillas con los labios y había una mariposita en mi interior que no paraba de revolotear. Sí, estaba jodidamente enamorada de él, pero suponía que a él también le gustaba pasar tiempo conmigo. Y después de pensar esto, la voz de mi conciencia me recordaba que ya le pertenecía a la caniche. ¡Qué suplicio! Al cabo del rato, empezó a sonarme el teléfono, el cual lo tenía en el bolsillo delantero del pantalón. Empecé a moverme un poco para poder cogerlo sin tener que abrir el chaquetón, estaba demasiado calentita allí dentro. Como pude lo alcancé y empecé a hablar allí dentro metida.

—¿Dígame?

—Hola Sofia, soy María.

—Dime María.

—Supongo que todavía estarás en el entrenamiento de Gio.

—Exacto. Ya le quedará poco para terminar.

—Antes de que os fuerais se me olvidó preguntarte que querías cenar esta noche, estaremos los tres.

—Mmm... ¿qué te parece si preparo un par de empanadas?, ¿la de dátiles y la de salmón con roquefort?

—Dame un segundo que voy a mirar los ingredientes..... La de salmón no podrá ser. Hay muy poco. ¿Y por qué no haces la de atún? También te sale muy rica y hay todos los ingredientes.

—Ah, pues perfecto. En cuanto terminemos aquí vamos directamente para

casa.

—Muy bien. Un beso preciosa.

—Otro para ti.

Tras guardarme el teléfono, Leonardo me dijo:

—Yo quiero un trozo de cada.

—Mmm, no creo que sobre. Lo siento. Posiblemente haga dos pequeñas.

—Más te vale por tu bien hacer una grande.

—¿Y si no quiero? —tanto su voz como la mía el tono era divertido.

—Mmm... te daré un bocado en el cuello —¿qué?, ¿me he enterado bien?

—No te atreverás.

—¿Quieres verlo?

—Pues yo te haré cosquillas —según me había comentado Gio no le gustaba mucho que le hicieran cosquillas, se sentía indefenso.

—No puedes.

—¿Seguro?

—Segurísimo —sin pensármelo dos veces, saqué la mano derecha por debajo del chaquetón y le hice cosquillas por la parte posterior de su rodilla. Él empezó a reírse, pero enseguida bajó la pierna. ¡Lo que hubiera dado por haberle visto su cara de asombro!

—¡Joder! ¿Cómo sabías tú eso? Muy pocas personas saben eso...mmm... Gio.

—Ves listillo... —volvió a subir su pierna.

—Eso es jugar sucio, Sofía. —volví a hacerle cosquillas, volvió a reírse y volvió a bajar la pierna. Se me acercó al oído y me susurró— Estás jugando con fuego, ¿lo sabes, verdad? —un escalofrío me recorrió el cuerpo. Esa cercanía suya hacía que mi cuerpo se pusiera cardíaco. Ambos seguíamos susurrando ya que había algo más de gente a nuestro alrededor. Mi respiración empezó a ser más rápida.

—Espero que eso duro que estoy sintiendo en mi espalda no sea lo que

estoy pensando.

—Y si lo es, ¿qué?, ¿no pasa nada, o sí? —sonrió.

—Si es que sí, creo que te estás tomando muchas libertades.

—Ya te dije que estabas jugando con fuego.

—Yo no he hecho nada que te haya ocasionado eso, a no ser, que también sea una zona erótica.

—No lo es.

—Entonces...

—Al moverte tú y luego, tu mano me ha rozado el muslo interno.

—¿Y....?

—¿Cómo qué y? Pues eso.

—¿Solo por eso?

—¿Te parece poco?

—Pues sí, muy poco y todavía sigo notando la presión, con que...cálmate.

—¿Y si no quiero?

—Pienso darte un codazo en el costado.

—No te atreverás.

—¿Qué te apuestas?

Ese tira y afloja que nos traíamos los dos al final nos iba a salir caro. Ambos estábamos jugando con fuego y posiblemente yo saliera chamuscada. Mi pulso se encontraba muy acelerado.

Y después de esto, los dos empezamos a reír como si nos hubieran contado el mejor chiste. Algunos de los que se encontraban a nuestro alrededor empezaron a mirarnos, pero después volvieron al entrenamiento. Una vez que nos calmamos, siento como sus labios tocan mi cuello y me muerde. ¡El muy cabrón me había mordido! ¡Y no un simple mordisquito, sino un buen mordisco! ¿Pero este de qué coño iba? Le metí un buen codazo, para que viera que yo tampoco iba de farol, se encogió un poco y como pude salí de su chaquetón muy acalorada. Me toqué el cuello para ver si había sangre pero

nada y este a ver mi cara de asombro no paraba de reírse. Ahora, estaba de pie, enfrente de él. No me puse a chillarle allí en medio porque ya había más personas a nuestro alrededor. Lo cogí de la mano y lo arrastré casi literalmente a una zona más tranquila del campo de fútbol donde apenas se nos podía ver. Al llegar allí, lo solté y lo enfrenté. Él se quitó las gafas de sol.

—¡Joder Leonardo, no tiene ni puta gracia lo que acabas de hacer!

—Tranquila, que no ha sido para tanto

—¿A qué coño estás jugando? —ahora él se puso serio.

—No estoy jugando a nada. ¿Por qué dices eso?

—Porque no paras de tontear conmigo, a eso me refiero.

—Yo no estoy tonteando contigo y siento mucho si te ha parecido eso.

—Pues si no estás tonteando conmigo hazme el favor de no tomarte esas confianzas.

—Lo siento, no sabía que eso te iba a molestar tanto.

—Lo que me molesta es que me da la sensación de que juegas conmigo. Te acercas y te alejas de mí cuando te viene bien y estoy un poco cansada de eso. A cualquiera de los que están por aquí le preguntas si estábamos tonteando y te hubiera dicho que sí.

—Sofía, yo...

—¿Tú qué Leonardo, tú qué?

—Me siento muy bien cuando estoy a tu lado y eres muy divertida.

—Ese no es el caso, Leonardo. La cosa es que tienes novia y algunas veces me da la sensación de que quieres algo conmigo. Sigo sin digerir que el día que dormimos juntos no supieras perfectamente que yo no era Isabella desde el primer momento en que me besaste, ¿o es que besamos igual? Porque si es así, podría ver casi normal que siguieras.

No nos habíamos dado cuenta de que el entrenamiento había terminado y que había empezado el partido si no llega a sonar el silbato del árbitro. Gio estaría en cualquier momento en la puerta esperándome para irnos.

—Será mejor que te vayas. Esto posiblemente se llene de gente y te cueste más salir de aquí.

—Lo siento Sofía, de veras.

Se cerró el chaquetón, se volvió a colocar las gafas de sol y se fue. Yo intenté calmarme un poco y después me fui para la puerta de los vestuarios. Cuando llegué allí estaba Gio esperándome.

«Lo bueno de los años es que curan heridas, lo malo de los besos es que crean adicción»

Joaquín Sabina

SÁBADO 24

La semana se me había ido volando. Esa misma mañana me llamó Margui para preguntarme si habría alguna posibilidad de que consiguiera alguna entrada para la discoteca Paradise, ya que, a ella le había sido imposible. Como cualquier mañana me dirigí a la cocina para desayunar. Los fines de semana, el personal tenía descanso y por lo general siempre dejaban comida para esos dos días.

—Buenos días, Gio. ¿Eres el primero?

—Sí, todos están durmiendo.

—¿Tienes hambre?

—Sí. ¿Qué hay?

—Lo de siempre Gio, no creo que nos encontremos ninguna cuña de chocolate o palmera de crema ni nada por el estilo. ¿Cereales, fruta o pan?

—¿Tú que vas a tomar?

—Yo unas tostadas con mantequilla y café.

—Vale, yo también quiero tostadas, pero con leche fría.

—Buenos días.

—Hola papá. —saludó mientras le daba un beso.

—Buenos días, Leonardo.

Como era costumbre, el que llegara a la cocina daba un beso en la mejilla a cada uno. Para nosotros dos era algo incómodo por la situación, pero lo hacíamos de forma automática, sin pensar en ello y en qué podría suponer ese pequeño beso diariamente. Con lo cual, también me lo dio a mí. A los segundos después, apareció la caniche y menos mal que no vio el beso que me dio Leonardo, si no se hubiera liado tan temprano. Aunque estaba recién levantada, era preciosa, se mirase por donde se mirase. La odiaba con todas mis ganas y sabía que el cariño era mutuo, pero mis padres me habían dado una buena educación e iba a hacer uso de ella:

—Buenos días, Isabella

—Hola —dijo esta de mala gana.

—Estoy preparando tostadas y café, ¿os apetece?

—No te preocupes, Sofía, ya nos servimos nosotros —comentó Leonardo.

—Leonardo, ¿sería posible que me consiguieras algunas entradas para ir al Paradise?

—Claro. No creo que haya problema. ¿Cuántas necesitas?

—Pues... con cuatro sería suficiente.

—Vale. Déjame hacer una llamada y hablamos. ¿Tienes los nombres y apellidos?

—No, pero ahora mismo te los consigo —me fui de la cocina para llamar a Margui para que me diera todos los nombres de las que iban a ir.

—Sofía, ya estás apuntada en una lista que tiene el portero. Cuando lleguéis a la entrada, dais vuestros nombres y para adentro. Ah, otra cosa. Aparca en el mismo sitio donde yo aparqué la semana pasada, también está hablado.

—Gracias, Leonardo.

—Margui, ya tenemos entrada para nosotras cuatro. ¿Nos vemos allí a las once y media?

—Perfecto, esperadme en la entrada.

Esa noche no estaba bajo la mirada de mi jefe y por tanto me iba a poner más sexy a ver si ligaba algo, porque ninguno de los pretendientes quería arriesgar nada y yo necesitaba quitarme de la cabeza el encuentro con Leo. Decidí ponerme un corpiño en tela vaquera, que parecía un corsé con el lazo en rojo, que me había comprado el viernes anterior. Unos vaqueros con decoraciones en los bolsillos en rojo y unos zapatos rojos cubiertos de tacón. Para el pelo había elegido un recogido a media altura. Como complementos, me puse un brazalete en rojo y los pendientes a juego, con el respectivo bolso de mano en rojo. Ya prácticamente no usaba las gafas, si no que me habitué al uso de lentillas. Cuando fui a avisar a María de que me iba, la encontré en el cuarto de Gio dándole las buenas noches.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Sofía. Vaya, vaya, vaya. Cada vez estás más guapísima

—me dijo María.

—Muchas gracias, María. Venía a decirte que ya me voy.

—Muy bien.

—Besito Gio, besito María. Que descanséis.

—Que te lo pases muy bien, Sofía —habían dicho Gio y María a la vez.

Llevábamos un buen rato bailando cuando escuchamos nuestra canción. Nada más sonar, le hice señas a Margui para empezar a bailarla. Estábamos muy cerca del centro de la pista y aunque había muchas personas ese día, había hueco suficiente para poder bailar tranquilamente. Nos pusimos una enfrente de la otra, tal como lo habíamos ensayado tantas veces, y empezamos a movernos al son de la música, moviendo nuestras caderas eróticamente, tal como nos había enseñado nuestro profesor de salsa. Dimos un giro con nuestros cuerpos de 360° y cuando empezó la melodía de la canción «Valió la pena» versión salsa de Marc Anthony, nos unimos en una sola. Nos fuimos aproximando la una hacia la otra sin dejar de mover las caderas. Margui hacía las veces de chico, ya que era la encargada de marcarme los giros. Poco a poco nos fueron dejando un poco más de espacio quedando un coro alrededor de nosotras. Estuvimos bailando tanto en pareja como de forma individual. Cuando terminamos, todos los espectadores empezaron a aplaudirnos. Después del bailecito nos fuimos a beber algo: estábamos sedientas.

—Dos Coca-cola zero —le había pedido al barman.

El chico nos puso una Coca-cola y un Malibú Blue Tropic junto con una pequeña nota que decía:

Espero que podamos hacer las paces

—Perdona, pero ¿quién te ha dado esto?

—Se lo envía aquel caballero. Él ya pagó la cuenta —y allí estaba Víctor, en la zona VIP mirándome, levantando su copa hacia mí y acosándome con la mirada.

—¿Ése no es Víctor el jugador de fútbol? —me preguntó Margui muy asombrada.

—Sí —levanté la copa como dándole las gracias y le di un pequeño sorbo.

—¿Y de qué lo conoces? ¿Cómo es que no me has dicho nada?

—Lo conozco del gimnasio.

—¿A qué gimnasio vas que me voy a apuntar? —me dijo Margui alucinando.

—Sabes que no puedo contarte nada de lo que hago.

—¿Joder, quién coño es tu jefe? ¿No me digas que es un jugador de fútbol?

—¡¡No te voy a decir nada!! Mis labios están sellados —le dije mientras le sacaba la lengua.

—¿Qué vas a hacer con la copa? —ya estaba mirando dónde dejarla después de haberle dado un par de sorbos cada una.

—No pienso beberme nada de ese gilipollas. El tal Víctor me propuso que nos acostáramos —Margui se había quedado con la boca abierta sin decir ni una sola palabra tras escuchar lo que le había revelado— Y le dije que no, y como volvió a insistir lo estampé contra la pared del vestuario de señoras dejándolo inmovilizado. Y ya se vino a razones. Ya me dejó tranquila. No me fio ni un pelo de ese tío —en cuanto no me pudo ver, puse la copa en una de las mesas para que se la llevase la camarera.

—Muy bien hecho... ¿pero me vas a decir que no está cañón?

—Está de maravilla, pero es un gilipollas integral y no quiero nada con él.

—Ah, pues muy bien y... ¿con el moreno? —dijo mientras señalaba con la cabeza hacía donde estaba el chico. Me había puesto algo tensa y enfadada por Víctor, pero al verlo a él, todo el enfado se disipó.

El chico no tenía nada que envidiarle a un jugador de fútbol, solamente el dinero que ganaban. Pelo castaño oscuro, ojos color miel, alto. Se notaba que iba al gimnasio, pero no estaba muy marcado. Era mayorcito... sus treinta y cuatro años los tenía seguro. Sonrisa seductora y un atractivo físico, que con una mirada suya derretía a cualquiera. Todo en él gritaba que era un chico malo con sonrisa traviesa. El chico se acercó a mí y nos presentamos. Tomó mi mano y estuvimos bailando. El chico se movía muy bien y parecía que le interesaba. Por lo menos, este parecía que vivía en el mundo real, donde las cosas no empiezan por un polvo rápido. Nos habíamos aproximado y estábamos conversando cuando me preguntó si tenía novio. Le contesté que no, que estaba soltera. Me dijo que hacía tiempo que llevaba buscándome. Se

enteró por un amigo que hacía algunos fines de semana me había visto aquí y vino a probar suerte. También me preguntó si podía besarme, que desde que nos vimos la primera vez tenía ganas de hacerlo y asentí. El chico me cogió la cara entre sus manos y yo puse los brazos pegados a la cintura de este. Al poco tiempo de estar besándonos, alguien me tocó insistentemente en el hombro. Eran dos pedazos de seguratas que querían que me fuera con ellos para afuera. Yo me quise morir en aquel momento. ¿Acaso estaba prohibido besarse allí? Margui que estaba cerca, me preguntó por señales que qué había pasado y yo con señales le dije que no lo sabía. Al llegar a la entrada de la discoteca, me encontré de cara con Leonardo, el cual, estaba bastante enfadado. Pasé de tener cara de muerta, blanca por aquello, a ponerme roja de la furia, ya que Leonardo me miraba muy enfadado y no entendía el por qué.

—¿Pero te has vuelto loco? —¿pero qué coño estaba haciendo este gilipollas?

—Te he llamado por teléfono y no has hecho ni caso —me respondió Leonardo.

—Porque no podría cogértelo —Miré el teléfono y solo había una llamada— ¿Solo una llamada? ¡¡Pues sí que eres impaciente!! ¿Ha pasado algo? —tal vez hubiera pasado algo en casa y por eso me estaría llamando.

—Vamos para casa —intentó cogerme por el brazo, pero yo no lo dejé. ¿A qué venía eso de sacarme de en medio de la pista de esa forma? ¿Y para qué y por qué? Necesitaba una explicación si quería que me moviese de allí.

—¿Ha pasado algo?

—No.

—¿Entonces para qué quieres que me vaya a casa?

—Por favor, vamos para casa y no des el numerito.

—Creo que soy mayorcita para saber cuándo me quiero ir, y no me quiero ir.

Parecíamos una pareja de novios en pleno conflicto. Margui que me había seguido no se podía creer que estuviera discutiendo con Leo, el famoso Leonardo, a juzgar por su boca abierta y su cara de alucinada. Claro que lo conocía, era mi jefe. Él me miraba con mucha intensidad, se acercó a mí y me dijo al oído:

—Hazme el favor de venirme conmigo a las buenas o les pediré amablemente a los seguratas que te echen de por vida de este local. —Sus palabras resonaron en mi cabeza. La amenaza la iba a cumplir si no accedía a irme con él. Ya ajustaría cuentas con él de camino a casa.

—Voy a despedirme de mi amiga —le susurré al oído.

—Vale, no tardes.

—Me voy Margui, ya hablamos, ¿vale? Por favor, no comentes nada con las demás. Diles que me habían dado un porrazo en el coche y por eso vinieron los seguratas, ¿vale?

—Ok. Sin problemas. Ahora entiendo porque no lo podías decir. Cuídate. Hablamos, ¿vale? —Margui se había quedado con la boca abierta al verme salir al lado de Leo. Jamás se hubiera imaginado para quién trabajaba.

Al llegar a mi coche me pidió las llaves y se las di sin tocarlo. No tenía ganas de volver a discutir. Me monté en el coche mirando hacia la ventana opuesta a él. ¿Cada vez que venga aquí me va a pasar algo con él? Como quiera hablarlo no iba a tener Madrid para correr. Ambos hicimos el trayecto en silencio, supongo que pensando en lo ocurrido y llegamos antes de lo previsto. Cuando aparcó, salí del coche dando un portazo y sin mediar palabra, andando lo más rápidamente que podía. No quería enfrentarme con él porque solamente tenía ganas de darle una hostia. Me estuvo llamando bajo para no despertar a los demás ocupantes de la casa mientras subíamos por las escaleras, pero al llegar al apartamento cerró la puerta y me llamó alto. ¿Por qué no lo dejaba pasar y ya está?

—¡SOFÍA!

—Olvídame, no quiero hablar contigo —y él me agarró por el brazo.

—Mírame. Vamos a hablar de lo que ha pasado —lo miré intensamente, con tanto asco, que si no llega a soltarme le hubiera dado un bocado.

—¿De qué exactamente? ¿De por qué has mandado a dos seguratas a que me sacaran de la pista? ¿Del numerito que me has liado por no haberte cogido el teléfono? ¿De qué exactamente, Leonardo, de qué? ¡No me habían hecho pasar más vergüenza en toda mi vida! —dije exasperante.

—Lo hice por tu bien.

—Ah, por mi bien, estupendo. ¿No quieres hablar? ¡Soy toda oídos! —dije sarcásticamente.

Me senté en una esquina del sofá esperando que empezara a hablar y, mientras, empecé a quitarme los zapatos. Leonardo también se sentó en el sofá pero justamente en el otro extremo del sofá donde yo estaba. En la voz de ambos había rencor y bastante orgullo herido por ambas partes.

—No me ha gustado nada el numerito que has dado en la pista —me recriminaba él.

—No sabía que bailara tan mal, tuve aplausos y todo —le dije con rin tintín mientras seguía quitándome el otro zapato que me faltaba.

—No me refería a eso, si no al morreo que te estabas dando en medio de la pista.

—¡¡No me jodas que todo esto viene a que yo me estaba besando con un tío!! —le grité¡¡Estás celoso, no me lo puedo creer!! —me puse de pie, enfrente de él, para gritarle aquello.

—¿Por qué habría de estar celoso? Para estar celoso, primero, te tiene que gustar alguien y tú no me gustas y por cierto, ¿qué te ha pasado con Víctor? —para mi desesperación, él seguía muy tranquilo y su tono de voz también lo era.

—Dímelo tú, que todo lo sabes —el sarcasmo me rebosaba por todo el cuerpo.

—Solo sé que lo empujaste contra las taquillas de los vestuarios de las chicas y que el miércoles todavía le dolía el brazo.

—Pues eso es todo lo que tienes que saber.

—No me voy a ir, hasta que no me digas que te pasó para ponerte así con él. Tú no eres una persona agresiva.

—Tendría mis motivos..... —ufff cómo me sacaba de mis casillas este hombre— me dijo que era una frígida y lo que necesitaba era una buena polla. Ya que no follaba contigo pues podía hacerlo con él. ¿Contento?

—¿Por qué no me habías dicho nada? —Leo se había puesto pálido al escuchar aquello.

—¿Cuándo? Siempre estás liado y esta semana con Isabella por aquí nunca se sabe dónde estarás.

—Por ejemplo, el jueves, aunque también me podías haber llamado, para algo están los teléfonos.

—Y que te digo... ¿tu amigo Víctor quiere follar conmigo y como me ha llamado frígida casi le rompo un brazo? ¿Eso te lo digo antes o después del entrenamiento? Que por cierto, Emma no tenía que haberte dicho nada. Ahora, cuando estés con él, lo único que te van a entrar ganas es de partirle la cara, ¿o me equivoco?

—¿Por qué iba a querer partirle la cara? ¿Por esa tontería?

—No, por eso no creo, total, yo sé defenderme bien. Puede ser cuando le cogí la polla en el gimnasio o cuando me preguntó si tú y yo nos acostábamos... puede que eso tampoco te moleste mucho, ¿no? —él se levantó de un salto en cuanto escuchó aquello. Andaba de arriba para abajo mientras me hablaba. ¡Sí!, ya lo que te faltaba era pensar que soy una caliente pollas.

—¿Qué le cogiste la polla? ¡¡Pero te has vuelto loca!! ¿Cómo se te ocurre...?

—Y a ti... ¿qué? Mientras no me los traiga aquí no es problema tuyo. ¿No fueron esas tus palabras? —se volvió a sentar resignado y mirándome directamente a los ojos.

—No puedes ir por ahí calentado al personal.

—Si lo caliente y después quiero terminar lo que he empezado, tú no me dejas.

—¿Cómo que yo no te deajo?

—Ya se te ha olvidado el numerito de la discoteca, porque a mí no.

—Pero eso es diferente.

—¿Ah sí, en qué?

—Es diferente y punto.

—¿Me vas a castigar con no poder ir más a esa discoteca?

—Pues sí, va a ser lo mejor para ti.

—¿Para mí o para ti?

—¿Por qué preguntas eso? ¿Qué gano yo con que tú no vayas?

—Menos competencia.

—Si quisiera acostarme contigo ya lo hubiera hecho hace tiempo. Pero eso nunca va a ocurrir.

—¿Sí? ¿Tan seguro estás de eso? ¡Eres un hipócrita! Por si no te acuerdas, si el domingo pasado yo no te hubiera parado, ya nos habríamos acostado. ¿Tanto nos parecemos Isabella y yo para que no te dieras cuenta?

Leonardo no paraba de mirarse las manos, estaba bastante nervioso, y supuse que se dio cuenta de lo que yo decía era totalmente verdad.

—¡Ja! ¡Reconoce que sientes algo por mí!

—Deja de flipar, niña.

Ya estaba cansada de tanta gilipollez por parte de mi jefe. Una persona que no siente nada por otra no monta tanto numerito para nada y sin pensármelo dos veces hice lo que tenía que hacer aunque al día siguiente me arrepintiera. ¿Niña? ¡Este se iba a enterar de lo que era capaz la niña! Me fui hacia él y me senté a horcajadas frente a él y lo empujé hacia atrás. Él no se esperó esa reacción porque no se movió. Yo lo miraba directamente a los ojos y él me devolvió la mirada. Tenía el corazón que me latía a mil por horas y no sabía si el paso que iba a dar iba a ser bueno o no, pero no obstante lo daría. Todavía recordaba los besos que nos habíamos dado aquella trágica mañana y eso me excitaba más. Me había tomado una copa, lo suficiente para coger el puntito, y mi cuerpo me chillaba desde cada uno de mis poros, sexo y más sexo. Iba a continuar por donde lo dejamos el domingo pasado aunque eso me costara el despido. Ya había llegado a un punto que lo deseaba a toda costa. Me daba absolutamente igual que tuviera novia y que me despidiera. Apoyé mis pechos contra sus pectorales, pero él me seguía mirando a los ojos, sin moverse y sin decir nada, con sus brazos a ambos lados de su cuerpo. A continuación, me separé un poco de él y tomé la parte baja del polo y se lo quité fácilmente, ya que Leonardo, tuvo la gentileza de colaborar subiendo los brazos y posteriormente fui rozándole con la nariz toda la zona del cuello, mientras que con las manos iba tocándole los brazos y los pectorales. Él había cerrado los ojos y su respiración era agitada. Poco a poco, subió sus manos hasta que estuvieron en mis caderas y me apretaba contra él con una suave presión.

Sabía que aquella noche estaba deslumbrante. Todo eso hizo que me diera más fuerzas para continuar.

Una vez que estuve impregnada con su olor, lo mejor era saborearlo. Lo mismo que había hecho con mi nariz, ahora eran mis labios los que le daban besos carnosos, tanto a los hombros como a su cuello. Ya no solo la respiración de él era agitada, si no que estaba gimiendo de placer. Bajo el pantalón noté su erección y empecé a mover mi sexo contra el de él con movimientos de caderas lentos y en círculos. Después de besar su cuello guie los besos hasta su mandíbula, buscándole la boca. Me paré cuando llegué a su barbilla y entonces fue cuando él abrió los ojos y descubrimos la intensidad que había entre los dos. Leonardo tomó entre sus manos mi cabeza e hizo que subiera el cuello para él poderlo besar mientras que con la otra me aguantaba la espalda. Empezó dando pequeños besos y ambos gemíamos. Cuando él creyó oportuno, se paró y nos volvimos a mirar, pero en esta ocasión nos devoramos a besos. Nuestras manos no pararon en ningún momento, recorriendo el cuerpo de cada uno. Cuando creí que estaba suficientemente excitado, paré, y me levanté de encima de él. ¡Ahora, iba a tener que reconocer que le gustaba por su bien! El pobre, no sabía muy bien lo que había ocurrido, al juzgar por la expresión en su rostro.

—¿A dónde vas, Sofía? ¿Por qué...?

—Reconoce que has sentido celos del chico de la discoteca y seguiré con lo que estaba haciendo.

—Para estar celoso primero te tiene que gustar alguien y tú no me gustas
—nuestros pechos seguían subiendo y bajando rápidamente.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Sí, mucho.

—¡Eres un puto gilipollas! —al decirle esto se quedó muy sorprendido. Nunca le había hablado así de fuerte— Si te quieres mentir a ti mismo, estupendo. Pero no me beses de esa forma y me digas que no te importo.

Se levantó del sofá y se colocó el polo. Se dirigió hacia la puerta del apartamento, pero se paró antes de llegar al pasillo, ya que yo permanecía parada delante de la puerta. Me acerqué a él y descaradamente le toqué la entrepierna y le estuve frotando contra su pantalón sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Cuando dejes de engañarte a ti mismo, ya sabes dónde estoy. Mientras, buenas noches Leonardo. Esta noche puedes terminar lo que hemos empezado con Isabella o tú solito, para no perder la costumbre.

Leonardo me miró desafiante, pero sin mediar palabra se fue de mi apartamento, como mínimo, cabreado y excitado.

«La decisión del primer beso es la más crucial en cualquier historia de amor, porque contiene dentro de sí la rendición» Emil Ludwig

SÁBADO 24. LEONARDO

No me había enterado de la semana. Entre los entrenamientos y el tiempo que pasaba con Isabella no me daba tiempo de nada más. Estaba literalmente muerto, y esta mujer quería ir hoy a visitar no sé qué cosa. Con tal de no tenerla en casa con Sofia por aquí, haría cualquier cosa. Cada vez que se ven me decía lo mismo: «cualquier día te va a pillar calentito y vas a terminar tirándotela». Joder, solo fue un error momentáneo pero digno de recordar, la verdad, y algo que no volverá a ocurrir. Me dirigí hacia la cocina para desayunar.

—Buenos días.

—Hola, papá

—Buenos días, Leonardo

—Buenos días, Isabella —le dijo Sofia. Ella siempre tan educada, sabiendo demasiado bien que no se pueden ver.

—Hola —dijo Isabella de muy malas ganas.

—Estoy preparando tostadas y café, ¿os apetece?

—No te preocupes, Sofia, ya nos servimos nosotros —le dije a Sofia.

—Leonardo, ¿sería posible que me consiguieras algunas entradas para ir al Paradise?

—Claro. No creo que haya problema. ¿Cuántas necesitarías?

—Pues con cuatro sería suficiente.

—Vale. Déjame hacer una llamada y hablamos. ¿Tienes los nombres y apellidos?

—No, pero ahora mismo te los consigo —y salió Sofia de la cocina.

—¿A qué discoteca se refiere la niñera?

—A la mía, pero ella no sabe que yo soy el propietario.

—Sofia, ya estás apuntada en una lista que tiene el portero. Cuando lleguéis a la entrada, dais vuestros nombres y para adentro. ¡Ah, otra cosa! Aparca en el mismo sitio donde yo aparqué la semana pasada, también está hablado.

—Gracias Leonardo.

Después de cenar con los amigos de Isabella nos fuimos a mi discoteca. Nada más llegar, vi que el coche de Sofía estaba allí. Saludé a todos los que conocía y me fui a pedir una copa. Los amigos de Isabella eran muy aburridos y necesitaba urgentemente una copa o me volvería loco.

—Leo, ¿te importa si voy a bailar con mis amigas?

—No Isa, te espero por aquí.

Apoyado en el barandal mientras me tomaba mi primera copa, miraba hacia abajo buscando a esa chica alegre y de tanto carácter que vivía conmigo. Y la encontré bailando con un grupo de chicas y me alegré al verla allí. Esa noche estaba muy sexy. En ese momento, vinieron a saludarme Christian y Emma. La música ya la habían bajado unos cuantos decibelios y ahora podíamos hablar en la zona VIP sin tener que gritar tanto.

—Hola, Leo.

—Hola, parejita, ¿dónde habéis dejado a la peque?

—Esta noche, se la hemos dejado a los abuelos —había comentado Christian. ¿Con quién has venido?

—Con Isabella.

—¿Y a la magnífica Sofía, dónde la has dejado? —preguntó Christian.

—Está allí abajo —dije señalando dónde se encontraba ella— Hemos venido cada cual por su lado. No sabe que yo estoy aquí. ¿Quieres ver cómo baila Sofía?

—Ya la estoy mirando —contestó Emma.

—No, dame unos segundos.

Le mandé un Whatsapp al DJ: Pon la canción «Valió la pena» versión salsa de Marc Anthony

Me había encargado de hablar con el DJ para que la tuviera para una futura noche y ese era el momento. La había encontrado, en varias ocasiones, con la canción puesta y suponía que le encantaba. Y lo más importante: quería darle una sorpresa. Nada más sonar, ella y su amiga se pusieron una enfrente de la otra, y empezaron a moverse al son de la música. Todos los que estaban a su

alrededor se pararon a mirarlas. Poco a poco, les fueron dejando espacio quedando un coro alrededor de ellas. Me había quedado flipado con el contoneo de sus caderas. Aquel movimiento me tenía hipnotizado. Pensaba sorprenderla, y seguramente lo había conseguido, pero más me sorprendí yo con sus movimientos. Cuando terminaron, todos los espectadores empezaron a aplaudir y posteriormente volvieron a lo suyo, pero ya muchos chicos las seguían mirando. Hasta Víctor estuvo contemplando el baile de Sofía con cara de enfado y no lograba entender el motivo.

—Vaya Leo, no sabía que Sofía bailaba tan bien —dijo Emma.

—Se apuntó a clases de baile hará cosa de dos meses. Yo también me he sorprendido, la verdad.

—Si yo fuera Isabella estaría muy celoso. No se toma uno tantas molestias por la profesora de tu hijo. No te lo tomes a mal Leo, no estoy diciendo que no me parece bien lo que haces. Sofía es una bella persona por lo que comentas y hemos conocido, pero puede ser que no solo sientas simpatía por ella —me dijo Christian— El físico no es lo más importante de una persona, recuérdalo. Debemos mirar más al interior aunque nos de miedo al principio.

—No es tan fácil Christian —le dije mientras saludaba a Víctor con un movimiento de cabeza.

—Ten cuidado con Víctor, Leo. El martes tuvo un encuentro algo brusco con Sofía en el gimnasio —me informó Emma.

—¿Cómo de brusco? —le pregunté algo sorprendido— ¿Por qué no me habías contado nada? —le pregunté a Christian. Este se limitó a encogerse de hombros.

—Solo sé que lo estampó contra las taquillas de los vestuarios de las chicas. No sé si te diste cuenta si el miércoles se quejaba de un brazo.

—Ahora que lo dices sí... el derecho. ¡Será cabrón! ¿Dónde está el mierda ese?

—Creo que deberías hablarlo con ambos. Según ella, Víctor volverá a molestarla porque tiene su ego herido —me dijo Emma.

—No me extrañaría nada. Gracias guapísima —ahora entendía la mirada que le había echado Víctor a Sofía.

Y con esas palabras se fueron Christian y Emma dejándome con Isabella que acababa de llegar. Ellos no se llevaban muy bien con ella. No es que se cayeran mal, simplemente intentaban tener el mínimo contacto. A Isabella, nunca le había gustado relacionarse con personas fuera de su entorno y Emma, era una de ellas. Al cabo del rato, volví a mirar para ver dónde estaba Sofía, pero no la encontré en el mismo sitio. Isabella me arrastró hacia donde estaban sus amigos, y allí empezamos a hablar sobre cosas triviales, como qué coche comprar, dónde pasar las próximas vacaciones y el coñazo de tener que hacer dieta... Después de estar escuchando un rato a la panda de egocéntricos, decidí despejarme un poco. Me aproximé a la barandilla para buscar a Sofía, mientras pensaba que nunca la había visto ponerse violenta, en todo el tiempo que llevaba viviendo en mi casa y Emma dijo, que lo había empotrado contra la pared inmovilizándolo. El lunes hablaría con Víctor y lo dejaría todo clarito pero... ¿quién coño era aquel tío con el que estaba bailando Sofía? Ese iba a ser el moreno de la conversación con la amiga. No me podía creer que estuviera bailando así con ese tío antes mis ojos. El bailecito había atraído la atención de muchos chicos. Tal vez, la idea de ponerle aquella canción tan sensual, no había sido buena idea. Me estaba entrando una mala leche pero... ¿por qué? Yo no era así... bueno, solía tener mala leche, pero no era protector con lo que no me pertenecía. Sofía no era mi novia pero un nuevo sentimiento se había despertado en mí y no sabía lo que significaba, o no quería saberlo: Los celos.

Tras ver la complicidad de los dos desde allí arriba, pensé que era necesario poner tierra de por medio antes de que llegaran a más y lo mejor era irse de allí. Era buena hora, las 4:00 y mientras llegábamos a casa por lo menos veinte minutos más. Empecé a llamarla por teléfono, pero al volver a mirar a la pista los pillé a los dos besándose. ¿Ese mamón la estaba besando delante de mis narices? ¡Eso lo cortarían de raíz! La sangre me estaba hirviendo y sabía que no podía ir a buscarla allí abajo con tantas personas y con lo conocido que era. Mi cabeza empezó a ver todas las posibilidades y di con la más rápida y eficaz, aunque posteriormente Sofía me matara allí mismo. Llamé a un par de seguras y les enseñé una foto de ella y les indiqué dónde estaba ella situada en la pista de baile. Les dije que la trajeran a una zona de la entrada menos concurrida. Estaba realmente enfadado con ella por el morreo que se había pegado con ese tío en toda mi cara.

—¿Pero te has vuelto loco? —Sofía prácticamente me escupió esas

palabras. Uff pues sí que está enfadada.

—Te he llamado por teléfono y no has hecho ni caso —le respondí en mi defensa. ¿Y si hubiera sido una urgencia? Ella tenía que estar disponible las veinticuatro horas. No se me ocurrió una mejor excusa.

—Porque no podría cogértelo —Miró su teléfono— ¿Solo una llamada? ¡¡Pues sí que eres impaciente!! ¿Ha pasado algo?

—Vamos para casa —intenté cogerla por el brazo, pero ella no me dejó.

—¿Ha pasado algo?

—No.

—¿Entonces para qué quieres que me vaya a casa? —¡Joder! No le podía decir lo que pensaba allí, con tantas personas mirándonos y hablando de nosotros.

—Por favor, vamos para casa y no des el numerito.

—Creo que soy mayorcita para saber cuándo me quiero ir, y no me quiero ir.

Me estaba poniendo nervioso a ver que todo el mundo nos estaban observando. Me acerqué a ella y le dije al oído:

—Hazme el favor de venirme conmigo a las buenas o les pediré amablemente a los seguratas que te echen de por vida de este local.

—Voy a despedirme de mi amiga —me susurró al oído.

—Vale, no tardes.

Mientras tanto, me puse en contacto con Isabella para decirle que le dejaba las llaves de mi coche en el guardarropa. A ella no le pareció mal que me fuera a casa. Ni me preguntó cómo me iba ni si me pasaba algo. Estaba muy ocupada bailando con sus amigas. Al llegar al coche de Sofia, le pedí las llaves de este y ella me las dio sin protestar. En su estado emocional no era bueno que condujera. Se montó en el coche mirando hacia la ventana, sin ni siquiera mirarme ni hablarme. Sofia estaba realmente enfadada conmigo, pero esta vez lo íbamos a hablar. Nada más entrar pude notar su aroma. Tenía que reconocerlo: me gustaba su perfume. En el camino de vuelta, estuve pensando cómo abordarla. La última vez que fuimos a la discoteca terminamos en la

cama, y desde entonces no hemos vuelto a hablar, ya que Isabella ha estado todo este tiempo aquí y no sería responsable empezar una discusión mientras conduzco. No pienso volver al mal rollo que había antes. Hicimos el trayecto en silencio y llegamos antes de lo previsto, en un cuarto de hora. Cuando aparqué, Sofía salió del coche dando un portazo y sin mediar palabra, pero yo no estaba dispuesto a que aquello se quedara así. Yo también estaba molesto con ella por su comportamiento en la discoteca. La estuve llamando bajo para no despertar a mi familia, pero al llegar a su apartamento cerré la puerta y la llamé alto.

—¡SOFÍA!

—Olvídame, no quiero hablar contigo— y la agarré por el brazo para que no siguiera huyendo y me diera la cara.

—Mírame. Vamos a hablar de lo que ha pasado —ella me miró intensamente. Pude notar su odio y le solté el brazo que le había agarrado.

—¿De qué exactamente? ¿De por qué has mandado a dos seguratas a que me sacaran de la pista? ¿Del numerito que me has liado por no haberte cogido el teléfono? ¿De qué exactamente, Leonardo, de qué? ¡No me habían hecho pasar más vergüenza en toda mi vida! —dijo exasperante.

—Lo hice por tu bien.

—Ah, por mi bien, estupendo. ¿No quieres hablar? ¡Soy toda oídos! —respondió sarcásticamente.

Ella se sentó en una esquina del sofá esperando a lo que tenía que decirle y mientras empezaba a hablar, se empezó a descalzar. Yo también me senté en el sofá, pero justamente en el otro extremo del sofá de donde ella estaba, por si se le ocurría tirarme uno de los zapatos. En la voz de ambos había rencor y bastante orgullo herido por ambas partes. Yo estaba muy calmado, pero ella estaba muy enfadada y cada vez que hablaba, su voz se elevaba.

—No me ha gustado nada el numerito que has dado en la pista —le recriminé.

—No sabía que bailara tan mal, tuve aplausos y todo —dijo ella con rín rín mientras seguía quitándose el otro zapato que le faltaba.

—No me refería a eso, si no al morreo que te estabas dando en medio de la pista.

—¡¡No me jodas que todo eso viene a que yo me estaba besando con un tío!! —me gritó la muy descarada— ¡¡Estás celoso, no me lo puedo creer!! —Sofía se había puesto de pie, enfrente de mí y me lo gritó.

—¿Por qué habría de estar celoso? Para estar celoso, primero, te tiene que gustar alguien y tú no me gustas y por cierto, ¿qué te ha pasado con Víctor?

—Dímelo tú, que todo lo sabes.

—Solo sé que lo empotraste contra las taquillas de los vestuarios de las chicas y que el miércoles todavía le dolía el brazo.

—Pues eso es todo lo que tienes que saber.

—No me voy a ir hasta que no me digas qué te pasó para ponerte así con él. Tú no eres una persona agresiva.

—Tendría mis motivos... —viendo que yo no me movía de mi sitio, se animó a hablar— me dijo que era una frígida y lo que necesitaba era una buena polla. Ya que no follaba contigo pues podía hacerlo con él. ¿Contento? —¿Cómo? ¿Qué? ¿Qué me he perdido?

—¿Por qué no me habías dicho nada?

—¿Cuándo? Siempre estás liado y esta semana con Isabella por aquí, nunca se sabe dónde estarás.

—Por ejemplo, el jueves, aunque me podías haber llamado, para algo están los teléfonos.

—Y que te digo... ¿tu amigo Víctor quiere follar conmigo y como me ha llamado frígida casi le rompo un brazo? ¿Eso te lo digo antes o después del entrenamiento? Que por cierto, Emma no tenía que haberte dicho nada. Ahora cuando estés con él lo único que te van a entrar ganas es de partirle la cara, ¿o me equivoco?

—¿Por qué iba a querer partirle la cara? ¿Por esa tontería?

—No, por eso no creo, total, yo sé defenderme bien. Puede ser cuando le cogí la polla en el vestuario o cuando me preguntó si tú y yo nos acostábamos... puede que eso tampoco te moleste mucho, ¿no?

¿Qué le cogió la polla en el gimnasio? ¡Vamos, esto es el colmo! Eso sí que no pienso aguantárselo. ¡Joder! Estaba tan furioso con ella, que me levanté

del sofá y empecé a andar de arriba para abajo mientras pensaba en lo que le iba a decir para no ofenderla:

—¿Qué le cogiste la polla? ¡¡Pero te has vuelto loca!! ¿Cómo se te ocurre...?

—Y a ti... ¿qué? Mientras no me los traiga aquí no es problema tuyo. ¿No fueron esas tus palabras?

Me lo escupió de una forma tan déspota y chula que no sabía qué hacer. Mis propias palabras se volvían en mi contra. Me volví a sentar resignado y mirándola directamente a los ojos. Esto no me podía estar pasando a mí. Ella era muy formal y tenía una buena educación. Aquí había algo que no me terminaba de encajar.

—No puedes ir por ahí calentado al personal —le dije en voz calmada.

—Si lo caliente y después quiero terminar lo que he empezado, tú no me dejas —su voz era más calmada.

—¿Cómo que yo no te dejo? —¡vamos, esto es lo que me faltaba por escuchar esta noche!

—Ya se te ha olvidado el numerito de la discoteca, porque a mí no.

—Pero eso es diferente.

—¿Ah sí, en qué? —otra vez volvíamos a chillarnos.

—Es diferente y punto.

—¿Me vas a castigar con no poder ir más a esa discoteca?

—Pues sí, va a ser lo mejor para ti.

—¿Para mí o para ti?

—¿Por qué preguntas eso? ¿Qué gano yo con que tú no vayas?

—Menos competencia.

—Si quisiera acostarme contigo ya lo hubiera hecho hace tiempo. Pero eso nunca va a ocurrir.

—¿Sí? ¿Tan seguro estás de eso? ¡Eres un hipócrita! Por si no te acuerdas, si el domingo pasado yo no te hubiera parado, ya nos habríamos acostado. ¿Tanto nos parecemos Isabella y yo para que no te dieras cuenta?

¡Mierda! ella decía la pura verdad. Ella e Isabella no se parecían en nada. Todavía recordaba cuánto la había deseado después de olerla y ese momento lo había revivido en el coche mientras volvíamos para la casa. Nada más entrar en el coche, me había hecho volver a aquella mañana tan dulce y desastrosa a la vez. Cómo ella había correspondido a mis besos, lo suave que era su pecho al tacto... su pecho. Lo bien que le sentaba ese corpiño, como su pecho sobresalía un poco por el respirar tan acelerado que tenía. No podía ser que se estuviera empalmando solo con pensarlo...

—¡Ja! ¡Reconoce que sientes algo por mí!

—Deja de flipar, niña.

Aunque quisiera, no podía reconocer que me gustaba. Estaba saliendo con Isabella y me gustaba, pero Sofía también me estaba empezando a gustar y para ser sincero, no sabía hasta qué punto Sofía era más importante para mí. ¡Mierda! ¿Cómo me puede estar pasando esto a mí? No podía dejar de mirarla y tras decirle eso se vino directamente hacía donde yo estaba y se sentó a horcajadas frente a mí y me empujó hacia atrás. ¿Qué iba a hacer? Por favor, que no quisiera continuar por donde lo dejamos aquel domingo, porque no seré capaz de pararla. No me atreví ni a moverme. Nos mirábamos directamente a los ojos. Ella apoyó sus pechos contra mis pectorales, pero yo la seguía mirando a los ojos, sin moverse y sin decir nada, con mis brazos a ambos lados de mi cuerpo, con el corazón latiendo a más de mil por hora. A continuación, se separó un poco de mí y tomó la parte baja del polo con la intención de quitármelo. ¡Que el infierno me acogiera con los brazos abiertos por lo que iba a hacer! Obedientemente, subí las manos y me lo quitó. Posteriormente, fue rozándome con la nariz toda la zona del cuello mientras que con las manos iba tocándome los brazos y los pectorales. Cerré los ojos y si mi respiración era agitada, el bulto entre mis pantalones era mucho mayor. Con el simple hecho de que estuviera pasando su nariz por mi cuello, estaba provocando que me encendiera a pasos agigantados. Delicadamente, subí las manos hasta que estuvieron en sus caderas y la apretaba contra mí, con una suave presión, para que ella también fuera notando mi erección. Lo mismo que había hecho con su nariz, ahora eran sus labios los que me daban besos tiernos, tanto a los hombros como a mi cuello. Sentí un rápido escalofrío que me recorrió todo el cuerpo. Ya no solo mi respiración era agitada, si no que también empecé a gemir. Ella empezó a moverse contra mi polla con movimientos de caderas lentos y en círculos. ¡Joder... qué bien besaba!

Después de besar mi cuello, siguió con sus besos hasta mi mandíbula, buscándome la boca. Se paró cuando llegó a mi barbilla y entonces fue cuando abrí los ojos y descubrí la necesidad que tenía de mí. Tomé entre mis manos la cabeza de Sofía e hice que subiera el cuello para poderlo besarlo mientras que con la otra le aguantaba la espalda. Empecé dando pequeños besos y ahora ambos gemíamos. Cuando creí oportuno, paré y nos volvimos a mirar, pero en esta ocasión nos devoramos. Las manos de ambos no pararon en ningún momento, recorriendo el cuerpo de cada uno. Al cabo de los minutos, ella se paró y con una sonrisa triunfal en su rostro se levantó de encima de mí. La miraba y no entendía por qué ella había parado. Se quitó de encima de mí y en su rostro había una expresión de victoria, que no sabía a qué venía. ¡Joder! Yo quería más, mucho más. Ya me daba igual Isabella. La quería a ella y la quería ¡ya!

—¿A dónde vas, Sofía? ¿Por qué...?

—Reconoce que has sentido celos del chico de la discoteca, y seguiré con lo que estaba haciendo.

¿Eso era lo que ella quería? ¿Que reconociera que estaba celoso porque se había besado con otro? No cariño, no voy a reconocerlo, solamente estoy demasiado cachondo como para rechazar un dulce. A nadie le amarga un dulce tan apetecible por lo que llegué a probar el otro día.

—Para estar celoso, primero, te tiene que gustar alguien y tú no me gustas.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Sí, mucho.

—¡Eres un puto gilipollas! —¡Joder! Nunca la había escuchado hablar así— Si te quieres mentir a ti mismo, estupendo. Pero no me beses de esa forma y me digas que no te importo.

¿Con que eso era todo? ¿Me estaba poniendo a prueba? Seré gilipollas. Ahora sí que estaba realmente enfadado con ella. No le iba a consentir que me tratase así. Me levanté del sofá con el pulso bastante acelerado y me coloqué el puto polo. Me dirigí hacia la puerta del apartamento, pero me impedía la salida. Ella se acercó a mí, y descaradamente me tocó la polla, y me la estuvo frotando contra el pantalón sin dejar de mirarme a los ojos. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que estaba tan excitado y que la deseaba con todas mis fuerzas. Tenía que haberme tragado mi maldito orgullo, haberle

confesado que estaba celoso y haberla empujado contra la pared, follándomela allí mismo. Pero, lo que pasó, fue que ella me abrió la puerta de su salón invitándome a que me fuera:

—Cuando dejes de engañarte a ti mismo, ya sabes dónde estoy. Mientras... buenas noches Leonardo. Esta noche puedes terminar lo que hemos empezado con Isabella o solito, para no perder la costumbre.

¿Eso era lo que querías? ¿Calentarme y dejarme a dos velas? Al final sí ibas a ser una calientapollas. La miré desafiante, pero sin mediar palabra me fui del apartamento cabreado, excitado y furioso conmigo mismo por haber llegado a esa situación y no tenerla controlada. Mi gran orgullo, había ganado esa batalla, contra el deseo que sentía por ella. Una vez en mi dormitorio, me di una ducha más larga de lo habitual y con agua más bien fresca. Estaba hirviendo, por todo lo que había pasado. Una vez fuera me puse unos bóxer, el pantalón del pijama y me tumbé sobre la cama. Había pasado casi dos horas desde que me fui de la discoteca y ni rastro de Isabella. Mejor. Necesitaba pensar. Tal vez debería cortar con Isabella. Parecía que le importaba una mierda estar conmigo. Solo quería divertirse con sus amigas y cuando a ella le apetecía, pues follábamos. ¿Y qué hacía con Sofía? ¡Joder, Sofía! Si me hubiera tragado mi puto orgullo la habría hecho mía y por fin nos hubiéramos relajado un poco. Me encantaba estar con ella, lo hacía todo tan fácil. Y se llevaba perfectamente con Gio. Necesitaba descansar un poco. Tal vez mañana lo viera todo más claro.

DOMINGO 25

Toc toc... Toc toc...

—Buenos días dormilona, ¿hoy no te levantas? —me preguntó Gio, tímidamente desde la puerta del dormitorio.

—Buenos días, Gio, ¿qué hora es?

—Son las once y media ¿Estás bien?

—Sí, Gio, solo que me duele un poco la cabeza. ¿Estás solo?

—No, mi padre está en su oficina y la abuela está charlando con Isabella en el salón.

—¿Me puedes hacer un favor?

—Claro, dime.

—Tráeme un yogur de fresa del frigorífico y una botella de agua.

—Vale. Ahora vuelvo.

Y el chico como se había vuelto muy obediente, volvió con lo pedido, mientras que yo intentaba levantarme de la cama. Estaba saliendo de mi cuarto, realizando un esfuerzo sobrehumano cuando me desplomé en el suelo. Gio, salió corriendo para ayudarme, pero mis movimientos eran torpes y apenas tenía fuerzas para hacer el intento de ponerme en pie. Gio se puso nervioso y fue corriendo a buscar a Leo.

—¡¡Papá, papá, ven corre, Sofia no está bien!!

Desde mi dormitorio lo escuché gritar. Leo y María vinieron corriendo de inmediato. Leo fue el primero en llegar al dormitorio. Este intentó ayudarme a levantarme pero sin mucho éxito. Mis piernas no colaboraban. Estaba sudando mucho, parecía que había salido de la sauna y apenas me sostenía en pie. Viendo que yo era un peso muerto, me tomó en brazos y con mucho cuidado me depositó en el sofá y me tomó el pulso. Lo tenía muy acelerado para estar recién levantada.

—Mamá, llama al médico que venga lo antes posible. Sofia... Sofia... mírame... ¿cómo te encuentras, qué te pasa?

—Me duele la cabeza, es como si me fuera a explotar, y tengo las piernas

dormidas, no me responden bien. Gio, me puedes dar ese yogur.

—Toma Sofía.

—Gracias, cariño.

—¿Has bebido algo desde anoche?

—Nada, ni agua. Te importa abrírmelo —le pedí a Leonardo. No tenía fuerza ni en los brazos. Todo mi cuerpo me pesaba.

—¿También quieres que te lo de? —me había preguntado la caniche sarcásticamente desde la puerta.

—Creo que yo podré hacerlo sola —¡Imbécil! Solo su presencia me daba náuseas.

Pero me había sido imposible llevar una sola cucharada entera a la boca. A mitad de camino, se me torcía la cuchara derramando parte del poco yogur que conseguía tomar del vaso. Leonardo intentó hacerse con la cuchara para darme el yogur, pero yo no lo dejé. Le lancé una mirada que lo hubiera fulminado en ese preciso instante. Estaba molesta por la presencia de Isabella en la habitación, ya que esta, me miraba con desdén y algo de asco, y no soportaba a Leonardo cuando ellos dos estaban juntos.

—Ya viene el médico. Le he dicho que estabas tomándote un yogur y ha dicho que no hay problema, pero que nada de agua. ¿Quieres que te lo de yo?

—Si no te importa mucho María, te lo agradecería.

Y allí se quedaron María y Gio haciéndome compañía mientras que llegaba el médico e Isabella se había encargado de llevarse a Leo de allí.

—Hola, doctor. Siento haberle llamado hoy domingo pero es una urgencia. Tal como le dijo mi madre, Sofía tiene el pulso acelerado, está como si estuviera borracha, sudando mucho, apenas puede andar...

—Buenos días. Necesito que salgan todos para poder examinarla.

Después de un largo rato, y de hablar con el doctor, ya tenía una conclusión:

—Pueden pasar.

—No Gio, tú no puedes entrar. Solo entraremos la abuela y yo. —le había dicho su padre— Vete a tu cuarto, que yo ahora te llamaré para que estés con

Sofía cuando se vaya el doctor.

Al niño no le hizo mucha gracia tener que quedarse fuera, pero obedeció a su padre.

—Lo que tiene la señorita Sofía posiblemente sea consecuencia de haber consumido alguna droga de diseño. La única forma de saber exactamente a lo que ha estado expuesta es mediante una analítica de orina, que tardará aproximadamente una semana. Todos los síntomas a los que apunta puede ser polvo de ángel, el cual es muy peligroso porque se puede diluir en agua y ha tomado poca cantidad porque no tiene ni vómitos ni fatiga.

—¿Has bebido de algún vaso que no era tuyo? —me preguntó Leonardo.

—No, que yo recuerde.

—¿Cuáles son exactamente los síntomas, doctor? —le pregunté.

—Los efectos empiezan cuando la droga llega al cerebro, entre los dos y cinco minutos después de su inhalación o inyección, o entre los diez y sesenta minutos cuando se consume oralmente. Esta sustancia afecta al funcionamiento cerebral, bloqueando la capacidad de pensamiento lógico, y alterando la percepción, los pensamientos y el estado de ánimo. Algunos consumidores experimentan euforia en diferentes grados, mientras que otros sienten ansiedad o pánico. Bajo sus efectos, una persona puede observar, por ejemplo su propia mano, sin darse cuenta que es suya. Los efectos que tiene, son básicamente los que le he encontrado a la señorita Sofía: Aumento de la presión arterial y de la frecuencia respiratoria, sudoración, adormecimiento y entumecimiento de las extremidades y falta de coordinación muscular. Ah, y se me olvidaba uno de los más importantes: pérdida de memoria. Por eso, esta sustancia es tan peligrosa. Suelen echarlas a las chicas en los refrescos para después poder violarlas sin consecuencias para el agresor, ya que ellas olvidan y no ponen resistencia a sus atacantes —al escuchar lo que había dicho el doctor, me entró un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo. Querían violarme.

—¿Cuánto tiempo le puede durar los síntomas? —preguntó María.

—Al ser su primera vez, posiblemente esta tarde ya esté bien.

—Gracias doctor. Le acompaño a la puerta —le dijo Leo.

—Leonardo, ¿podemos hablar un momento, a solas? —le pregunté.

—No te preocupes hijo, yo acompaño al doctor —dijo María.

Cuando cerraron la puerta empecé a hablar con él.

—Siéntate un momento. Quiero que me prometas que no te vas a enfadar con nadie y lo que tengas que hacer lo harás como una persona civilizada.

—No me gusta para nada como has empezado.

—Prométemelo.

—Vale, te lo prometo.

—Ayer Víctor me invitó a una copa de Malibú con Blue Tropic, y le di unos sorbos como muestra de que lo había perdonado por el contratiempo que tuve con él en el gimnasio.

—¿Piensas que te lo echó él?

—Estoy casi segura, porque anoche me pedí nada más llegar, ron con naranja y vi cómo me lo echaban. El resto de la noche Coca-cola y el único alcohol que tomé fue eso porque después tenía que conducir. Pedimos dos Coca-cola, pero me pusieron uno y el pitufo, sin haberlo pedido, y ese camarero era la primera vez que nos atendía.

—A ese mierda terminaré por partirle la cara —lo agarré por la mano.

—Me has prometido que serás civilizado. Si quieres partirle la cara, estupendo, pero eso no va a cambiar nada. El mal ya está hecho. No quiero que tengas problemas con un compañero tuyo solamente porque se ha encaprichado conmigo y yo no quiero bajarme las bragas, ¿vale?

—¿Entonces me quedo con los brazos cruzados esperando una próxima vez?

—No habrá una próxima vez. Yo no iré más al gimnasio por la tarde y si alguna mañana se despista, únicamente tengo que estar con gente. No se atreverá a hacerme nada si estoy en compañía. Confía en mí.

—Confío en ti, pero no en él. Bueno, he de irme. Isabella me espera y ahora te mando a Gio. Que te mejores. A la noche vengo para ver que tal sigues.

—Gracias.

Ese día Leonardo lo pasó con Isabella fuera de casa y Gio y María estuvieron prácticamente todo el día conmigo. Cuando ya era por la tarde, me

podía levantar con normalidad. Casi todos los síntomas habían desaparecido. Me acordé, de que Margui también había bebido Malibú, y a ella le había pasado exactamente lo mismo que a mí, pero se había quedado en la cama recostada todo el día. Lo peor, es que ninguna recordaba nada una hora después de haberse bebido la copa de Víctor.

LUNES 26

Ese día nos fuimos, en el mismo coche, María y yo al gimnasio. No me sentía muy segura para conducir y además, me lo tomaría con tranquilidad. Me fui directamente a las bicicletas y prácticamente estuve allí toda la hora. Me iba a levantar cuando vi a Javier. Se dirigía hacia mí. Me levanté de la bicicleta y me dio un mareo. Al caerme me di con una máquina, contrayéndose uno de los abductores mayores. Javier vino corriendo en mi ayuda y me ayudó a estirar el músculo. Me ayudó con el dolor, pero la molestia se me había quedado. Este me recomendó que el martes fuera a un masajista y que esta semana me lo tomara con filosofía. Tal vez mi cuerpo necesitara más descanso y algo de paciencia para expulsar la mierda que me había echado en la bebida. Tras hacer los deberes con Gio, me preparé un baño con espuma y agua bien caliente, para relajarme un poco. Aunque me había tomado un analgésico después de llegar del gimnasio, todavía me seguía molestando un poco. Estaba tan relajada por el agua caliente y los cascos que tenía puesto, que no escuché cuando me estuvieron llamando. Cuando estaba a unos centímetros de mí, me di cuenta de que había alguien en el cuarto de baño.

—¡Joder, qué susto me has dado! —del mismo respingo salpiqué un poco de agua fuera de la bañera. Me sequé una mano y me quité los cascos.

—Lo siento, llevaba un rato llamándote y no contestabas. Yo también me estaba preocupando. —No paraba de recrearse en la escena.

—Te podrías comportar como un caballero y darte la vuelta por lo menos.

—Con la espuma no se te ve mucho que digamos.

—Vaya, lo siento —realizando un círculo con un dedo índice, le indiqué que se diera la vuelta— ¿Qué es lo que quieres?

—Mi madre me ha contado lo del gimnasio. ¿Te sigue molestando la pierna?

—Sí, un poco.

—Ahora cuando te duches, ven a mi dormitorio que tengo una crema que es estupenda para los músculos.

—Vale, gracias.

Tras salir del baño y secarme, me puse la ropa interior y un chándal finito para estar por casa, ya que más tarde tendría que cenar. Leonardo estaba en su dormitorio preparando la ropa que se iba a poner para ir a cenar fuera con Isabella. Llamé a su puerta y este me abrió.

—Pasa —dijo mientras dejaba la puerta completamente abierta. Seguramente no tenía ganas de broncas con Isabella. Él me miraba con cara de impaciencia—. Si no te quitas los pantalones y te tumbas, me va a ser un poco complicado untarte la crema.

—Pensaba que me la ibas a dejar para ponérmela yo.

—Hay que dar un pequeño masaje mientras se pone. Es de efecto, frío-calor y con los años he aprendido a ponérmela, por tanto, quítate los pantalones y tumbate sobre la cama.

—Leonardo... no creo...

—¿Te duele, verdad? —asentí— Y yo no tengo mucho tiempo. Obedece. —Me quité el pantalón y me coloqué bocabajo sobre la cama. Él se frotó un poco las manos para no tenerlas tan frías y fue a depositar un poco de crema sobre...— ¿Qué abductor es?

—El derecho.

Y allí la echó. Me subió un poco la camiseta para no mancharla y estuvo masajeándome bien esa parte. Había zonas donde yo me quejaba más y fue donde más hincapié hizo. Seguramente no llegaba bien desde donde él estaba situado, porque apoyó una de sus rodillas sobre la cama, entre mis piernas. Tenía unas manos fuertes y me estaba dando con ganas. Para dejar de pensar en el dolor, estaba rezando porque Isabella no llegara al dormitorio. No creo que ninguno de los dos tuviéramos ganas de explicarle por qué yo estaba sin pantalones sobre su cama.

—Listo —dijo mientras bajaba su pierna y se iba a lavarse las manos. Mientras, yo me colocaba rápidamente los pantalones.

—Gracias Leonardo.

—¿Por qué le das las gracias y qué haces aquí en el dormitorio de mi novio? —preguntó Isabella muy enfadada.

—Me ha dejado esta crema para la pierna que me he fastidiado esta

mañana. Mañana te la devuelvo. Hasta luego —dije mientras cerraba la puerta a mi paso. Cinco segundos antes y se lía. Desde afuera podía escuchar como ella le chillaba.

—¡La niñera me está sacando de mis casillas! ¡Ya es el colmo que me la encuentre en tu dormitorio, cualquier día me la encuentro en tu cama y no pienso esperar a que eso llegue! ¡Quiero que se vaya de esta casa, ya! —dijo la caniche muy cabreada.

—Eso ya lo hemos hablado Isa —respondió Leo con mucha paciencia. Desde mi punto de vista tenía el cielo ganado.

—Te crees que estoy de broma, pero he visto cómo os miráis y no soy tonta. Cualquier día te da un calentón y como la tienes a la mano seguro que caes, ¡cómo todos los hombres cuando pensáis con la polla!

Después de escuchar eso me fui de allí. No tenía muchas ganas de seguir escuchándola. Tras llegar a mi apartamento, consulté el móvil: tenía varios Whatsapp de Javier y de mi hermana:

Javier: Cómo sigue tu pierna? Espero que te recuperes pronto y tienes totalmente prohibido venir por el gimnasio mínimo en tres días. Tómatelos de descanso. Anda un poco pero sin esforzarte mucho y si te empieza a doler para. Estoy a tu disposición para lo que quieras ;D

Sofia: Hola Javier, ya estoy mejor. Me he puesto una crema frío-calor que espero que me alivie. Llamé a un fisioterapeuta pero me dijo que nada de masajes, que el músculo necesitaba un poco de descanso

Javier: Me alegro de escuchar eso :)

Sofia: Tampoco puedo ir a visitarte?:(

Javier: Si quieres quedar, mejor fuera del gimnasio. Me avisas y ya te digo cómo tengo la agenda. Un beso, guapísima.

Sofia: otro para ti

Aitana: Hola Sofia, qué haces?

Sofia: Hola peque, pues poca cosa.

Aitana: Estás sola?

Sofia: Sí, por?

Aitana: Me gustaría hablar contigo por Skype y decirte algo privado.

Sofía: Vale. Dame 5 minutos para prepararlo todo.

Aitana: Ok

Hacía tiempo que no hablaba con mi hermana. Por lo general, era muy complicado hablar con ella y siempre prefería que ella contactara conmigo a tenerla que molestar. Puse el Skype y allí estaba ella con su bata blanca.

—¡¡Hola!! ¿Cuánto tiempo sin saber de ti? Te veo un poco rara. ¿Estás bien?

—Hola, peque. Estoy bien. Anoche no dormí muy bien, nada más. ¿Estás en el hospital?

—Sí. Tenía un rato libre y me he acordado de ti. ¿Qué tal estás?

—Bien, no me puedo quejar. ¿Y tú?

—Con mucho trabajo, para no variar. ¿Piensas venir a casa por vacaciones?

—Supongo que sí. Todavía no he pensado nada. Bueno...vayamos al grano. ¿Qué te pasa? Me tienes un poco intrigada. Nunca me habías llamado desde el trabajo. Algo gordo tiene que ser.

—¿Al grano?

—Sí, por favor.

—¿Desde cuándo estás liada con el futbolista Leonardo?

—¿Qué? —eso me pillo desprevenida— No estoy liada con él. ¿Por qué dices eso?

—Una amiga mía trabaja en una revista del corazón y me ha mandado estas fotos. Te las mando a tu móvil —las fotos eran del día del entrenamiento de Gio. Eran cuatro fotos: cuando llegamos uno al lado del otro sin tocarnos, cuando estaba dentro de su chaquetón, mientras me explicaba cosas al oído y la última era de cuando me dio el bocado en el cuello. Me quise morir— ¿Sofía estás bien, te has puesto blanca?

—A ver Aitana, esto no es lo que parece. Aquel día hacía mucho frío y yo apenas llevaba ropa de abrigo. Él se ofreció a calentarme un poco pero nada más.

—¿Y el beso en el cuello?

—De beso nada. Ahí, me dio un bocaio en el cuello. Lo siguiente fue un codazo mío y una buena bronca, pero supongo que eso lo habrán omitido.

—Bueno, si tú lo dices será eso. Desde fuera parece otra cosa.

—Sí, ya lo sé. Antes de meterme en su chaquetón estuve discutiendo con él eso mismo. ¡Joder! ¿Se lo has enseñado a mamá?

—No, no te preocupes por mí que no diré nada, pero me temo que mamá se enterará por la vecina en cuanto salga publicado en la revista.

—¿Cuándo será eso?

—Todavía no sabían si sería el jueves o el viernes. ¿Sófi, de verdad que no estás con él, aunque sea a escondidas del resto del mundo?

—Ojalá tuviera algo con él, Aitana. Todo sería mucho más fácil para mí, pero me temo que no hay nada.

—Por lo que se ve en las fotos hay bastante feeling.

—Sí, y ese es el problema.

—Bueno, no te preocupes. El tiempo pondrá las cosas en su sitio. ¿Por cierto, desde cuándo lo conoces y por qué no has dicho nada?

—Lo conozco desde febrero porque trabajo para él. No he dicho nada, ni a mamá, porque me hizo firmar un papel como que no divulgaría nada de él ni de su familia. Y si lo hago tendría que pagarle 300.000 Euros.

—¡Joder, que fuerte! Me estoy quedando a cuadros. No me esperaba eso Sofía.

—Ya, me lo imagino, peque. Solo espero que puedas guardarme el secreto.

—Por supuesto. Es mucho dinero como para tener que pagarlo. Lo siento, pero he de dejarte. Debo de seguir trabajando. Te quiero Sófi, cuídate.

—Besitos peque y gracias por avisarme. Te quiero.

La conversación con mi hermana me había dejado sin fuerzas. ¡Joder, mira que intenté decírselo! Necesitaba hablarlo con Leo. Fui hasta su dormitorio y llamé a la puerta. Me abrió Isabella:

—Necesito hablar con Leo.

—Ahora mismo está en el cuarto de baño. ¿Quieres pasar y servirte? —la ironía le rebosaba por las orejas.

—No gracias. Esperaré a que esté presentable —me iba a ir cuando apareció Leo todo arreglado por la puerta del cuarto de baño.

—Sofía, ¿querías algo?

—Me gustaría comentarte una cosa a solas, si es posible.

—Claro. Vete para mi despacho que ahora voy yo.

Entré en su despacho y me puse a dar vueltas por allí viendo las fotos. Me encontraba demasiado nerviosa para sentarme. A los segundos apareció él. Estaba guapísimo y listo para salir a cenar fuera.

—Tú dirás Sofía —ahora las piernas me temblaban un poco y creo que él se dio cuenta— Anda, siéntate no te vayas a caer otra vez —y me senté en uno de los sofás que tenía allí. Él traía un poco de agua cuando apareció Isabella por la puerta.

—Yo ya estoy lista, ¿nos vamos? —me dio el vaso de agua. Isabella seguía con la mano en el picaporte.

—Necesito unos minutos, Isa. Vete para la cocina que ahora voy yo.

—No.

—¿No?

—Pues no. No pienso dejarte aquí con ella —Leo inspiró profundamente. Conocía esa cara. Se estaba enfadando a pasos agigantados.

—Por favor, Isa, tenemos algo que hablar. Solo será unos minutos. Después nos iremos.

—No.

En unos cuantos pasos estaba Leonardo junto a Isabella. La cogió de la mano y cerró la puerta. No sé qué le diría, porque no se escuchaba nada, pero a los pocos minutos, él volvió a entrar y cerró la puerta con el pestillo. Se sentó enfrente de mí. Estaba bastante nervioso. No me miraba, si no que miraba a la mesa que había entre los dos. Dejé que se calmara y que él fuera el que tomara la iniciativa. No me atrevía ni a moverme. Cuando pasaron unos minutos, que para mí fueron una eternidad, él me miró a los ojos y

simplemente habló como si no hubiera pasado nada:

—Dime Sofía, ¿de qué querías hablar? —fui directa al grano. No le comenté nada, sino que le di mi móvil para que viera las fotos— Sí, ya las había visto. ¿Qué pasa con ellas? —me dice devolviéndome el móvil. ¿Qué ya las ha visto y se queda tan contento?

—¿Cómo las has visto si todavía no se han publicado?

—Tengo en nómina a algunos chicos que trabajan en este tipo de revistas. Las vi al siguiente día de que nos la hicieran —mi boca creo que tocó el suelo de lo perpleja que me quedé.

—¿No pensabas decirme nada?

—No lo vi relevante, además, tarde o temprano te ibas a enterar. Para mí este tipo de cosas son de lo más normal. Supongo que para ti es algo nuevo. Lo siento, te lo tenía que haber dicho al menos para que no te pillara por sorpresa.

—¿Isabella las ha visto?

—No, por suerte para los dos. Por fortuna para mí, Isa estará muy lejos cuando se entere. Ya veré como lidio con ella. En cuanto a mi madre tampoco sabe nada. Estoy esperando a que Isa se vaya. Después se las enseñaré y se lo explicaré todo.

—¿Sabías que esto ocurriría?

—Estaba casi seguro. Me cuesta mucho deshacerme de los paparazzi.

—¿Entonces, por qué lo hiciste, si sabías que nos fotografiarían?

—Sinceramente —ahora sonreía un poco— me daba igual que nos vieran. Me siento muy cómodo cuando estoy contigo y puedo ser yo mismo sin tener que aparentar nada. Aquella tarde mereció la pena, desde el balonazo que le dieron a aquel padre en la cabeza hasta tu codazo, y no me importa pagar las consecuencias que se avecinan. Gracias por haberme avisado. Dice mucho de ti como persona. He de irme, espero que no te importe.

—No, no. Gracias a ti por haberme atendido —casi en la puerta, se volvió y me habló.

—Por cierto, respondiendo a la pregunta que me hiciste la última vez:

besas muchísimo mejor que Isabella y simplemente no tuve fuerzas para parar.

Se volvió, abrió el pestillo, luego la puerta y se fue. Yo me quedé un momento más allí. Todavía seguía alucinada por lo que había ocurrido. Sinceramente no lograba a entender a ese hombre. Me tenía literalmente descolocada.

MARTES 27

Después de cenar, nos acomodamos los cuatro para ver una película que Leo había alquilado. Me parecía raro que él estuviera en casa, sabiendo que la caniche estaba en Madrid. María se sentó en un sofá y nosotros tres en el otro. Leo se colocó en la esquina, a continuación Gio y por último yo. Hicimos una pausa a mitad de la película y Leo fue el primero en regresar, sentándose en medio del sofá. Yo fui la siguiente en llegar:

—Leo, ¿te importaría colocarte en uno de los extremos?

—¿Por qué?

—Para poder apoyarme sobre Gio —antes de la pausa, Gio estaba apoyado contra su padre y yo sobre Gio.

—Te puedes apoyar sobre mí.

—¿De verdad me lo dices?

—Claro, ¿qué hay de malo?

—Si estuviera aquí Isabella, ¿también me lo propondrías?

—Si ella se encontrara aquí, yo no estaría viendo una película.

—¡Ah, no! ¿Y qué estarías haciendo? —en su cara apareció una sonrisa pícaro.

—¿De verdad quieres saberlo?

—¿Ya estás otra vez con el farol? Cualquiera día me voy a olvidar de todo y te vas a enterar de lo que es bueno.

—Mmm... Suena interesante. ¿Cuándo empezamos?

Me volvía a desafiar. ¡Sí!, su mirada lo expresaba todo. Si supiera que ni María ni Gio regresarían, se iba a enterar de lo caro que le iba a salir el farol, pero como en breve volverían, tendría que ser algo rápido y que lo dejara desconcertado. Me senté a su lado, tan cerca que nuestras rodillas se rozaran. Nos miramos y le di un pico. Su cara fue una maravilla: de desconcierto total. Me moría de ganas de reírme a carcajadas. No pudo decirme nada, porque enseguida llegaron los demás y tuvo que poner la película. Se volvieron a apagar las luces y notaba como de vez en cuando se giraba para mirarme, pero

yo seguía sin hacerle caso. Lo mejor era estar atenta a la película, porque si no.... ¡No sé qué iba a ser de mí!

¡Mierda! ¿Cómo, después de haberme dado un pico, puede estar tan tranquila viendo la película? ¡Joder, no me podía concentrar! ¿Cómo un simple beso, que ha durado unos segundos, me puede ocasionar tantas emociones? Si no estuviera mi madre, ya le hubiera metido mano sin que Gio se diera cuenta. Mi madre se levantó en ese instante.

—Yo me voy para la cama, buenas noches.

—Buenas noches —contestamos al unísono.

Perfecto. Mi madre parecía que me había leído la mente. Ahora se iba a enterar, Sofía. Le puse la mano en la rodilla y suavemente la apreté. Ella me miró bastante sorprendida. Su gesto pasó, de ser tranquilo y relajado, a ponerse algo seria. Acercó su boca a mi oído y me susurró:

—O quitas la mano y paras este juegucito, o como te dije antes, me voy a olvidar de que tienes pareja y vas a encontrar lo que estás buscando. Tú decides, con todas las consecuencias.

Volvió a mirar hacia la televisión. Su respiración era acelerada. Tenía muchas ganas de saber hasta dónde sería capaz de llegar. Suponía que no iría muy lejos, ya que Gio se encontraba a mi lado. Me iba a arriesgar. Volví a subir la mano por su muslo, pero hacia el interior y le volví a hacer presión con los dedos. Empezó a sonreír. Se acercó a mi oído y me susurró:

—Muy bien, campeón. Juguemos. Tenemos el tiempo que Gio tarde en volver. Cuando vuelva, se terminó el juegucito —Al principio no la entendí, pero sin dejar de mirarme le dijo a Gio— Gio, ¿te importaría acercarte al apartamento y traerme la mantita? Tiene que estar en el sofá o encima de mi cama.

—Vale, pero pausad la peli.

Enseguida se levantó y se fue, encendiendo la luz del pasillo. ¡Hostias! En eso no había pensado. Me volví hacia ella. Acercó su boca a la mía y me mordió el labio inferior provocando que se me erizaran todos los vellos de mi cuerpo y que mi polla cobrara vida propia. A continuación, apretó sus labios contra los míos. Yo no reaccioné mientras ella me seguía besando:

—Venga Leo. Supongo que sabes hacerlo bastante mejor.

Con solo esa frase, me encendí. Le tomé la cara con mis manos y la besé, como si me fuera la vida en ello. Besaba realmente bien. Era una persona apasionada y entregada. Necesitaba más de ella, pero no me podía concentrar el 100%, ya que Gio podría aparecer en cualquier momento. Cuando escuchamos pasos, nos paramos. Nuestras respiraciones eran agitadas. Nos miramos y no pude resistirme a darle un pico rápido. Eso pareció sorprenderla. Gio le entregó la mantita, se cambió de sofá y seguimos con la película. Yo quería más, necesitaba más. Mi cuerpo me lo gritaba por todos los poros. Tomé una parte de la manta y me tapé con ella, a pesar de estar sofocado y posiblemente ardiera bajo la manta, pero me daba igual. Bajé la mano, hasta el muslo de Sofía y empecé a subirla por dentro del camisón. Ella rápidamente cerró sus piernas y me miró cómo si estuviera loco: no cielo, de loco nada, estaba muy cachondo.

—¿Qué coño haces? Esto se terminó cuando llegó Gio.

—Lo sé, pero tanto tú cómo yo, necesitamos más —le tomé la mano para ponerla en mi entrepierna, pero ella vio mis intenciones y forcejeamos.

—¿Te has vuelto loco o qué? Te estás quieto o me voy. Maldita sea Leonardo, para. No quiero que pase nada entre nosotros de lo que luego te tengas que arrepentir, y mucho menos convertirme en la otra.

Entendía perfectamente a lo que se refería con la otra: no quería ser mi amante y la entendía. Yo pensaba lo mismo. Solamente la quería a ella. Necesitaba besarla y estar dentro de ella. Isabella me había dejado muy claro que también necesitaba pasar tiempo sola, sin mí y se lo iba a dar indefinidamente. Di las buenas noches y me fui a mi dormitorio. Era lo mejor. Estaba demasiado excitado para permanecer junto a ella sin poder tocarla. Me desnudé y me volví a duchar, pero esta vez, tuve un final feliz.

JUEVES 29. PARTIDA DE ISABELLA

VIERNES 30

—¿Sofía.....?, ¿qué haces ahí a estas horas? —para ser exactos eran las tres de la madrugada y estaba leyendo un libro para ver si así me entraba algo de sueño, tapada con una manta y con las piernas flexionadas.

—Pues ya ves, no tenía mucho sueño y ya estaba cansada de dar tantas vueltas en la cama. Me levanté y me he preparado un té. ¿Tampoco puedes dormir?

—No, y como tenía sed, pues he aprovechado y he venido a la cocina a por agua. Me pareció un poco raro ver luz en tu salón y por eso me he acercado. ¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Lo justo para ver que no echan mucho en la tele a esta hora. ¿Qué tal con Isabella?

—Ufff...

Se le veía un poco cansado y algo triste bajo la luz tenue del salón. Aunque llevaba un pantalón de tela y una camiseta, más ancha de lo que usaba habitualmente para dormir, y el pelo un poco alborotado, estaba tremendamente sexy.

—Sé que la cosa entre vosotros andaba mal pero... ¿qué le pasó el miércoles para estar así de furiosa y alterada?

Él se fue aproximando más a mí y ya traía consigo el vaso de agua. Se le veía en la expresión de su rostro algo preocupado. No sabía si contármelo o no, ya que sabía que parte del conflicto seguramente había sido por mi culpa. Al final se decantó por contármelo. Se empezó a reír irónicamente y posteriormente empezó a hablar.

—¿Por dónde empiezo?

—Mmm que te parece por el principio.

Se sentó en el mismo sofá casi rozándome los pies. Puso su vaso en la mesa y empezó a hablar:

—Ayer estuvimos los dos solos para estar un rato juntos y hoy me llamó

sobre la hora de comer que había terminado antes el spot televisivo y que quería cenar conmigo. Le dije que perfecto, que yo iría a recogerla. Nos estuvimos poniendo al día en el coche de lo que había hecho y vinimos directamente a casa para que se cambiara. Entramos y os encontramos a ti y a Giovanni en la cocina haciendo los deberes. Os saludasteis y continuasteis con la tarea y a eso que ella entró detrás de mí. Por cierto, ¿pasó algo en esos minutos que deba saber?

—Mmmm... Pues poca cosa. Ya sabes perfectamente, lo bien que nos caemos.

—Sí, sí. No hace falta que lo jures. Es amor mutuo. Nos duchamos y como ella necesitaba un poco más de tiempo ya me vine yo a la cocina con ustedes.

—Cuando llegó ella, nos estábamos riendo de las cosas que tiene tu hijo. Le diste un beso a Giovanni y me pediste que le dijera a tu madre que no venías a cenar.

—Sí, es verdad y ya nos fuimos. Posteriormente, durante el trayecto al restaurante, Isabella y yo seguimos hablando de lo que iba a hacer en París. Ya ahí la noté bastante tensa, pero no le di importancia. Llegamos al restaurante, que había reservado esa misma tarde, y pedimos el vino mientras mirábamos la carta tranquilamente. Cuando nos sirvieron el vino, me preguntó sin rodeos que cuándo me había acostado contigo.

Yo lo miré con cara de asombro y él me miró a mí también como un poco asustado por lo que acababa de contarme. Lo único que se me ocurrió en ese instante después de dicha confesión fue preguntarle:

—¿Qué le contestaste?

—Pues imagínate. Yo estaba flipando. No me podía creer lo que me acababa de preguntar. Yo la miraba como diciendo: ¿me ha preguntado si me he acostado contigo? Obviamente le dije que no, que no me había acostado contigo. ¿Sabes lo que me contestó?

—¡Sorpréndeme!

—Pues no lo parece, esa fue su respuesta. Hace algo de tiempo que creo que te tiene un poco de envidia o celos, como quieras llamarlo. Pasamos tiempo juntos, aunque solo sea durante las cenas y en otras ocasiones, y la verdad es que según mi punto de vista tenemos una buena relación. Pero ya

llevaba un par de noches más enfadada que de costumbre.

—Pues siento de veras que te pasara eso pero todo el tiempo estuvo conmigo Giovanni, excepto...

—¿Excepto?

—Esa misma tarde, Giovanni se fue a llevar sus cuadernos a su cuarto y tú estabas afuera hablando por teléfono y tuvimos una acalorada discusión, pero básicamente, me preguntó lo mismo. También me reprochó que había engatusado a tu familia para quedarme contigo —Él ansiaba poder comprender a Isabella, qué le había hecho pensar en aquello, y yo iba a ser la clave. Me miraba con ansiedad y expectación.

—¿Cómo de acalorada?

—Bastante.

—¿Me contarías algo, por favor?

—Uf, Leo. Me da demasiada vergüenza.

—Por favor. Es importante.

—¿Prefieres escucharla?

—¿La tienes grabada? —Se quedó bastante impresionado al juzgar la expresión de su cara— ¿Cómo es que la grabaste?

—Estaba grabando un audio, para mandárselo más tarde a mi madre, cuando ella me abordó.

—Por favor, me gustaría escucharla.

Fui a por mí móvil y se la puse:

—Primero pones en el Google, www.hotmail.com. A continuación, lo que tienes que hacer es escribir tu correo electrónico y después, le das al botón más abajo que pone siguiente.

—¿Dónde está Leo?

—Afuera hablando por teléfono.

—Después, te vuelve a salir otra pantalla.

—¿Decías?

—Nada, no estoy hablando contigo.

—Pues yo sí quiero hablar contigo, zorra.

—A ver miura, ¿qué coño te pasa ahora?

—¿Por qué me llamas miura?

—Porque puedo.

—Deberías empezar a hacer las maletas. En cuanto termine el curso estás en la puta calle.

—Perfecto, tendré tiempo suficiente para follarme un par de veces más a Leo.

Sus carcajadas retumbaron en el cuarto.

—Leo jamás te tocaría. Eres demasiado insulsa para él y ya no digamos fea y gorda.

—Pues para no querer tocarme, bien que me embistió contra la pared el otro día. Lo que nunca me hubiera imaginado es lo bien dotado que está y lo fogoso que puede llegar a ser. Y esas manos apretando mi pecho... mmm ¡qué gustazo!

—¿Te estás tirando a Leo? No me lo creo. ¡Te lo estás inventado, hija de puta!

—No tengo tanta imaginación, miura. Ni se te ocurra acercarte a mí, porque de la cachetada que te doy, te vas a llevar tres días dando vueltas.

—Eres una arpía. Has engatusado a su hijo para quedarte con Leo, pero la jugada no te va a salir bien. Él se dará cuenta de que solo vas detrás de su dinero y su fama.

—¿Eso que lo dices por experiencia propia? No todos somos igual de egoístas como tú. Me importa una mierda su dinero y mucho menos su fama. A ti lo que te jode es la buena relación que tengo con Gio y claro, con eso no puedes competir.

—Esta me la pagas, puta.

Él se había quedado mudo y de piedra. Me miraba con asombro y yo no podía mirarlo a los ojos, porque tenía la cara roja de la vergüenza que estaba pasando en ese momento. Me llamó:

—Sofi...

Yo seguía mirando su pantalón del pijama sin poder levantar la vista con el corazón palpitando rápidamente, tan rápidamente que pensaba que se me iba a salir del cuerpo. Sófi... me había llamado Sófi y él nunca me llamaba así, siempre me llamaba Sofía. Volvió a llamarme pero esta vez no solamente se limitó a llamarme, también se acercó a mí, tanto, que con su segunda llamada me cogió de la barbilla e hizo que subiera la cara lentamente hasta que pude mirarlo a los ojos. Se me erizaron todos los vellos del cuerpo al sentir sus dedos sobre mi barbilla:

—Lo siento. Me pasé con lo que le dije, pero cada vez que me ve me suelta una fresca. Hoy me pilló un poco calentita y no me pude morder la lengua.

—¿Por qué no me habías dicho nada al respecto? —su voz era casi un susurro y no estaba enfadado conmigo, solo algo preocupado y confuso por la situación.

—¿Habría habido alguna diferencia el que te lo dijera o no? Siento un gran cariño por Gio y por tu madre. Eso no cambiaría nada, independientemente de ti.

—Ya. No hace falta que los jures. Mi madre y Gio están muy contentos contigo.

Él soltó mi barbilla, colocó los codos sobre sus rodillas y entre sus manos su cabeza y miró hacia abajo pensando en todo ello, supuse. Respiró hondo y apaciguó todos sus nervios. Se acomodó en el respaldo del sofá y se volvió a mirarme y me contestó:

—La verdad es que no habría ninguna diferencia. Sé perfectamente que no os tragáis ninguna de las dos, pero no tenía que haberte preguntado nada. Últimamente se encuentra insoportable y nunca me hubiera imaginado que se hubiera atrevido a hablarte así como lo hizo. Lo siento.

—No tengo nada que perdonarte, pero ya que nos estamos sincerando me gustaría que hablaras con tu madre. Ella también piensa que hay algo entre nosotros.

Si Leo no hubiera estado sentado y apoyado en el sofá se hubiera caído fulminante. Si lo de la novia le había cogido por sorpresa, lo de su madre había sido un jarro de agua fría, no fría, si no congelada. Ahora era él el que

no tenía fuerzas para mirarme a la cara y cuando pudo asumir mis palabras me miró con cara de haber visto un fantasma.

—¿Qué fue exactamente lo que te preguntó mi madre y cuándo ha pasado eso?

—La semana pasada, cuando fui con tu madre de compras. Después de haber comprado algunas cosillas, nos sentamos en el bar a tomar un refresco. Estábamos hablando de cosas normales, a eso que me preguntó si entre nosotros había algo. Yo le pregunté si con algo se refería a sexo y me dijo que sí. Como comprenderás le dije que no había nada entre nosotros, y le pregunté cuáles habían sido los motivos para pensar en eso.

—¿Y cuál fue su respuesta?

—Cosas que ve una madre. Solo me contestó eso.

—¿Por eso has estado tan distante conmigo estos días?

—Pues sí, la verdad. No quiero que tu madre se piense que te quiero engatusar. Me caes bien y me lo paso bien en tu compañía, pero creo que lo mejor es poner un poco de tierra de por medio por el bien de ambos.

—¿Deberíamos hablar de lo que pasó el martes?

—¿De verdad quieres hablar de ello?

—Si a ti te apetece, sí.

—A veces me da la sensación de que buscas mis límites: hasta dónde seré capaz de aguantar tu seducción. Sabes, que eres muy atractivo, pero todo tiene un límite y el martes lo sobrepasaste. Si tú no pones de tu parte, a mí me va a ser difícil parar tu juego. No soy de piedra, Leo.

—Lo siento, pero no sé qué me pasa cuando estoy contigo. Me dejo llevar y algunas veces... me extralimito.

«Una vez es casualidad, dos veces es coincidencia, la tercera vez es una acción enemiga.» Ian Fleming

Se hizo el silencio en la habitación, solamente se escuchaba el latir de dos corazones que latían al mismo ritmo, pero que sentían de formas diferentes. Leo fue el que retomó la conversación:

—Y ya que estamos con las confesiones... he de agradecerte la charla que

tuviste con él aquel pasado domingo.

—Mmm no recuerdo cuál es.

—Cuando te preguntó por qué no podrías ser su madre. Me gustó mucho tu respuesta.

—Los niños son eso, niños, pero hay que darles explicaciones adultas de por qué una cosa no puede ser y los ejemplos son los mejores.

—Escogiste una buena metáfora entre Hugo y mi relación con Isabella.

—Gracias. ¿Qué pasó entonces con Isabella?

—Ah, pues después de cenar, si a eso lo llamamos cenar porque nos llevamos toda la cena discutiendo, posteriormente me pidió que la llevara a un hotel y que le llevara su maleta esta mañana. Prácticamente me dio un ultimátum: tú o ella.

—Ah.

Fue lo único que pude decir. Me había quedado demasiado sorprendida por aquello. No me podía imaginar que una chica que parecía muy segura de sí misma se había visto intimidada por mí. Mi corazón seguía palpitando por un chico con el cual me peleaba habitualmente y que cuanto más lo viera diariamente más me atraía físicamente. Me seguía mirando a los ojos como intentando encontrar la respuesta adecuada a sus problemas.

—¿Sigues pensando en las dos opciones o ya tienes veredicto?

—No, ya tengo el veredicto. Hace días que tomé la decisión. Me voy a la cama, que mañana tengo que madrugar —se levanta y me da un beso en la mejilla. Le cojo del brazo y él se para.

—¿Tengo que empezar a hacer la maleta? —después de preguntárselo pensaba que mi corazón se me iba a salir del cuerpo. Él empezó a sonreír cuando me contestó.

—No. Todo lo contrario.

—Solo te voy a pedir un favor: no juegues con mis sentimientos.

—No te preocupes, no lo haré.

—¿Estás seguro de tu decisión?

—Mucho Sofia. No he tenido nada tan claro en mi vida.

—Demuéstramelo.

—Aunque ahora mismo me estoy muriendo por besarte, no debo. Si empiezo, no podré parar.

—¿Y si yo tampoco quiero que pares?

—Ese es el problema. Solo te pido un poco de paciencia. Pronto terminará todo. Gracias por la charla de esta noche, me ha ayudado mucho. Buenas noches.

—Buenas noches, Leonardo.

A la mañana siguiente todo era silencio. Yo me había levantado más tarde de lo normal, a las 10:00 y ya no había nadie en la casa. Dejé una nota en el frigorífico diciendo que me iba al gimnasio y que no sabía si volvería para comer, que ya llamaría. Estuve en el gimnasio mucho más tiempo que otros días, dos horas y media, y prácticamente una hora me la lleve corriendo en la cinta con la música al máximo para no poder escuchar mis pensamientos ni la conversación que habíamos tenido los dos aquella madrugada. Cuando me bajé descubrí el cansancio de tanto correr y de la mala noche que había pasado.

—¿Tanto chocolate te comiste anoche para tener que pagarlo con la pobre máquina? —comentó Javier divertido.

—Ojalá mi mayor preocupación fuera una tableta de chocolate.

—¿Qué te pasa? Se te ve algo cansada... ¿mala noche?

—Sí, un poco.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Gracias Javier, eres un sol.

—De nada. Sigo esperando una llamada tuya para quedar. Te dejo, que tengo ahora otro cliente.

Cuando llegué al vestuario para ducharme comprobé que tenía tres llamadas de María y dos de Leonardo. Algo había pasado. Llamé a María y no me lo cogió, y entonces llamé a Leonardo. Tras hablar con él, me quedé más tranquila, porque solamente quería que recogiera a Giovanni del colegio

porque ninguno de los dos podía. Me duché en el gimnasio y como era temprano para recoger a Gio fui a recepción a preguntar por Javier. Me dieron el número de la sala donde estaba y que le quedaba poco tiempo para terminar. Al llegar a la sala, la puerta estaba un poco abierta y por curiosidad me dio por mirar. Dentro apenas se escuchaba hablar a nadie, solamente un susurro de fondo. Abrí un poco más la puerta, y allí estaba Javier con su clienta. Él tenía los pantalones bajados y la mujer le estaba realizando una felación al juzgar por los suaves gemidos que desde la puerta se escuchaban y por la posición de ambos. Nunca hablamos de una amistad cerrada pero el hecho me había cogido de imprevisto. Me vine tal como había llegado, pero con un dolor en el pecho. Pensaba que era especial para Javier, pero había sido una más en su lista. Me monté en mi coche y me fui tranquilamente a recoger a Gio al colegio. Cuando llegamos a casa comimos y después nos pusimos con los deberes en su dormitorio. Tras llevar una hora de tarea me preguntó:

—Sófi... ¿qué significa tirarse? —me extrañó un poco la pregunta y le expliqué lo que era.

—Tirarse es cuando una persona se dirige hacia el suelo queriendo. Es como caerse pero con la diferencia que tú te caes sin querer. Pero eso ya lo sabías, ¿no?

—Entonces, no lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—¿Por qué te dijo Isabella que si te tirabas a mi padre? —¡Joder, el niño se había enterado! Que suplicio. La maldad de Isabella no tenía límites. Uff... ¡esto no se iba a acabar nunca!

—A ver cómo te lo explico. Tirar tiene muchos significados, que pueden ser cosas muy diferentes e Isabella ahí se refería a que si yo era novia de tu padre.

—Pero ella ya es la novia de mi padre.

—Eh, sí. Pero ella quería saber si yo también le doy besos en la boca a él.

—Pero tú no se los das. Se los das en las mejillas. ¿Eso también es tirártelo?

—No, cariño, no. Tirártelo es una palabra muy fea para decir hacer el amor. Es cuando dos novios se dan muchos besos, abrazos, se cogen el culo...

¡¡ esas cosas de mayores!!

—¡Ahhh! Vale, vale, jajaja. Ya lo entiendo.

Tras terminar los deberes, Giovanni se fue a la cocina, mientras que yo recogía un poco la mesa de estudio. Bajando la escalera escuchaba como María discutía con Leo:

—Que no mamá, que entre ella y yo no hay nada. ¡Que no me he acostado con Sofía, a ver en qué idioma te lo tengo que decir! ¡Jamás me podría acostar con esa gorda y fea!

—¡¡Abuela!! ¡¡Qué Sofía no se ha tirado a papá!!

Y tras la confesión, de este pequeño, casi a pleno pulmón de lo fuerte que lo había dicho, nos quedamos los tres con la boca abierta y los ojos desorbitados. Yo, que me dirigía a la cocina, me quedé totalmente parada, momificada, en la entrada de esta.

—¿Pero quién coño te ha dicho a ti eso? —Preguntó el padre muy enojado. Y con la cara de cabrón me miró a mí rápidamente y preguntó señalando hacia a mí— ¿Sofía te ha dicho eso?

—No papá, se lo escuché a Isabella preguntárselo a Sofía. Pensaban que me había ido a mi cuarto, pero me volví a la cocina porque se me había olvidado el estuche y fue cuando lo escuché. ¡Y ella no ha hecho nada! ¡No te vayas a enfadar con ella!

—No te preocupes, Gio. No estoy enfadado con nadie, solamente sorprendido por lo que has dicho.

—Vale papá, no volveré a decirlo. ¿Puedo merendar?

—Sí, claro. ¿Lo mismo de siempre, cariño?

—Sí, abuela.

—¿Tú quieres algo Sofía? —Me preguntó María. Supongo que yo seguía blanca por el susto.

—No María, muchas gracias. Solamente venía a pedir permiso para salir un rato. Giovanni y yo ya hemos terminado la tarea y ha estudiado.

—Vale. No hay problema, te puedes ir.

—Gracias.

Nada más llegar al aparcamiento del parque, que estaba a diez minutos de la casa, apagué el motor y me puse a llorar. Me dolía la reacción de Leonardo al pensar que yo le había dicho eso a su hijo. Me había hecho polvo. Este trabajo se estaba poniendo muy difícil emocionalmente hablando y era un buen momento para cambiar. En la misma urbanización habían querido que les diera clases a sus hijos, pero había firmado un contrato de exclusividad con Leonardo. En un mes había habido muchos cambios y me sentía mal. Me sentía cansada, destrozada emocionalmente y también humillada. ¿Cómo podría pensar eso de mí Leonardo? Después de tantos meses conviviendo juntos, tantas cenas en familia, los besos tan apasionados que nos habíamos dado... las lágrimas volvieron a mi rostro nuevamente. Aquel domingo me besó como nunca en mi vida lo habían hecho y no me podía creer que ese gilipollas egocéntrico no se diera cuenta de que yo no era su puta novia. Cuando salí de casa sería sobre las 18:00 y ya era las 20:00 y estaba todo oscuro. Todos los coches que estaban ya se habían ido, dejándome sola. Había llorado hasta cansarme, pero todavía estaba triste y enfadada conmigo misma. Él nunca me iba a querer abiertamente, tenía demasiados prejuicios, aunque su cuerpo le gritara lo contrario. Eso me dolía más que si me hubiera rechazado. Por lo menos, si me hubiera rechazado, sabría que no le gustaba. En mi móvil en silencio había varias llamadas de María y algunos Whatsapp tanto de ella como de Leonardo. Estaban los dos preocupados por mí. Le contesté a ambos con el mismo mensaje:

Voy para casa. Estoy en el parque próximo a casa

Pero la verdad era que no tenía ganas de volver a aquella casa donde en cuestión de segundos me había pisoteado, destrozado mi ego y había herido mi corazón. Había sido la gota para explotar. Solo le pedí que no jugara con mis sentimientos. Volvió a usarme y se ha vuelto a reír de mí. Quería salir corriendo de allí, seguir llorando desconsoladamente, aclarar mis ideas y eso fue lo que hice. En un principio consideré la idea de irme a casa de Margui, pero tendría que contarle muchas cosas y detalles, y ni quería ni podía. Volví a mandar otro mensaje a ambos, pero este tuvo respuesta directa de Leonardo:

Sofía: Cambio de planes. Necesito la noche libre. Espero que no os importe. Necesito pensar. Mañana estaré en casa a las 12:00 y ya hablaremos.

Leonardo: No te muevas de allí. Enseguida llego. Necesito que hablemos.

No me sentía con fuerzas de verlo. Todavía resonaba en mi cabeza las

palabras que le había gritado a su madre: ¡¡ Jamás me podría acostar con esa gorda y fea!! Había perdido mucho peso desde que estaba allí. No era la chica más guapa del mundo, pero tampoco me consideraba fea. Vaya, eso era lo que pensaba de mí y ahora... ¿ese cabrón egocéntrico quería hablar conmigo? ¡Pues se iba a joder! Hoy no sería. En cuanto recibí el mensaje de Leonardo, arranqué el coche y me puse en marcha sin rumbo. No iba a esperar a que viniera. Insistió en llamarme más veces de las que pude recordar, pero al ver sus insistencias lo único que hice fue apagar el móvil. Me hospedé en un pequeño hotel, donde tuve tiempo de recapacitar sobre mi nueva situación y todas las cosas que me estaban pasando últimamente. Tenía que hacerme de valor para poder hablar con Leo, del cual sentía atracción física y me gustaba, porque a pesar de ser tan gilipollas, era una buena persona y tenía un buen corazón. Cuando los dos estábamos juntos, nos lo pasábamos bien y habíamos pasado muy buenas noches en familia, pero él no estaba dispuesto a nada más. Cuando Isabella estaba por allí, me veía insignificante al lado de ella y esta me menospreciaba y lo peor era que Leo se mostraba y me trataba diferente cuando ella estaba por la casa y eso me dolía mucho. Mi relación de amistad y cariño había avanzado mucho con Gio y María, pero Leonardo, era diferente. Se dejaba influenciar por su entorno y lo peor de todo no era eso, si no que me había enamorado perdidamente de Leo sin quererlo.

SÁBADO 31

A la mañana siguiente cuando llegué a casa sobre las 11:00 me encontré con una sorpresa. Leonardo no había ido a entrenar y me estaba esperando en el salón de la casa principal.

—Buenos días, Sofia

—Leonardo.

—¿Te apetece un café?

—No, gracias.

La tensión entre los dos era enorme y casi se podía palpar. Yo, después de mucho reflexionar, ya había tomado la decisión de dimitir. El servicio desapareció de la cocina en cuanto llegué.

—Si no te importa, me gustaría hablar contigo sobre lo de ayer. Por favor, siéntate.

—Creo que ya lo dejaste todo bien clarito.

Estaba más que cansada de ser su felpudo y ahora lo miraba con ojos desafiante. Mi ego había sido destruido en cuestión de segundos pero mi orgullo seguía ahí y no estaba dispuesta a perderlo también. Leo tenía que estar bastante arrepentido al juzgar su mirada triste y apagada. Seguramente tampoco había pasado una buena noche debido a las ojeras que se vislumbraba alrededor de sus ojos. Se volvió a sentar en el sofá.

—Ayer cuando mandaste el Whatsapp de que volvías a casa me puse contento, porque podría explicarte lo de ayer, pero cuando mandaste el segundo sabía que si no hablaba contigo me volvería loco. Ahora mismo eres fundamental en esta familia, y no me gustaría perderte por nada en este mundo.

Él me miraba y yo lo miraba, pero por mi garganta no salía nada. Él estaba esperando una respuesta, pero yo solo tenía una pregunta para él:

—¿Te gusto?

—Eres muy simpática y...

—No te he preguntado eso, solamente si te gusto. Con un sí o un no será suficiente.

—No lo sé. Te juro que no lo sé. Mi madre dice que sí, pero que yo todavía no lo sé. Eres una chica súper especial. Me encuentro muy bien cuando estoy a tu lado. Mi familia te adora pero... —Nos miramos mutuamente y decido irme de la habitación, ya había escuchado bastantes gilipolleces. Él se levantó bruscamente del sofá y me apresó la muñeca con su cálida mano— No te vayas, por favor —ahora nos mirábamos directamente a los ojos.

—No tengo nada que me retenga aquí.

—Mi hijo te necesita.

—Seguiré viniendo a darle las clases todas las tardes, pero búscate otro profesor para el próximo curso.

—Piénsatelo mejor Sofia. No tomes una decisión a la ligera.

—La decisión ya está tomada. A Giovanni no le afectará nada el que yo no viva bajo el mismo techo. A finales del mes de junio cancelamos el contrato. Ya estás avisado con un mes de antelación.

—Por favor, quédate, por mí. Dame tiempo para aclarar mis ideas con respecto a ti.

—Si ya tienes las ideas claras... —le dije con retintín e ironía— ¿cómo era la frase? Ah sí —¡Joder, esa frase me había estado quemado toda la garganta durante toda la maldita noche y si antes estábamos hablando bajito ahora se la tuve que escupir a pleno pulmón— ¡Jamás me podría acostar con esa gorda y fea! Pero sabes lo peor de todo, es que si aquel día no te hubiera parado, ya nos habríamos acostado. ¡Eres un completo estúpido y me deseas más de lo que quieres reconocer!

Le escupí aquellas palabras que tanto me habían dañado y tanto me dolían en mi interior. Mi furia estalló en aquel momento. De un tirón de la muñeca, me solté del apresamiento de su mano y con mirada desafiante le volví a gritarle las palabras que él le había dicho a su madre:

—¡Jamás me podría acostar con esa gorda y fea! —sin pensármelo dos veces, le propiné una buena cachetada en toda la mejilla. Él tampoco se lo esperó— Te pedí que no jugaras con mis sentimientos y eso es lo primero que has hecho.

Intenté irme, pero él me volvió a agarrar rápidamente. Con su mano izquierda agarró mi muñeca derecha inmovilizándomela en la espalda y me

atrajo hacia su cuerpo. Una vez que me tuvo enfrente, yo intenté soltarme pero sin mucho éxito, y con su mano derecha libre me tomó de la parte posterior de la cabeza y me atrajo hacia él, dándome un gran beso. Al principio me resistía, pero siguió con sus labios sobre los míos intentando que yo respondiera a su incesante beso. Cuando consiguió que entreabriera los labios, me volvió a besar y todo mi enfado se estaba menguando. ¿Por qué tendría que besar así de bien? Al principio, fueron besos de desesperación, pero a medida que nos íbamos besando se volvieron más tiernos y ardientes de deseo. Él fue aflojando su fiero abrazo y fue besándome con más suavidad, a medida que la aceptación de mis besos era mayor. Esos besos que tanto ansiábamos los dos desde hacía tanto tiempo. Cuando paramos para poder tomar aire, escuchamos la puerta de entrada. Su madre acababa de llegar. Yo quería soltarme, pero más me agarraba él la mano. En voz baja le supliqué:

—Suéltame, por favor.

—¿Por qué?

—No quiero que tu madre nos veas así.

—Vale. ¿Piensas irte de todas formas?

—Te daré el tiempo que le queda a Gio de colegio. Después lo hablaremos nuevamente.

—Me parece bien.

—Buenos días, María.

—Buenos días, Sofia. ¿Está todo bien?

—Sí, creo que sí.

—Esta tarde Leonardo tiene partido aquí en Madrid y nosotros vamos a ir a verle. ¿Te apetecería acompañarnos? —comentó María.

—¿A qué hora sería? —pregunté.

—A las 19:00 pero sería mejor que nos fuéramos mínimo 20 minutos antes de que empezara el partido.

—Ahora mismo no lo sé, María. Luego te lo digo.

—Muy bien. Ah, Gio está arriba. Esta mañana le dolía la barriga y no ha ido a clases — contestó María.

—Voy a subir a ver qué tal está. Hasta luego.

Me fui hacia las escaleras para subir al cuarto de Gio, pero Leonardo me interceptó antes de que llegara, y me metió rápidamente en su oficina. Nada más meterme, me puso contra la puerta, y ambas manos de este a ambos lados de mi cuerpo, para no darme ni tiempo ni espacio a que me escabullera. Tenía la mirada fija en mí y en sus ojos se reflejaba cierta ansiedad. Estaba serio. Mi corazón latía fuertemente.

—Dime que vendrás. Es muy importante para mí que vayas. Prométemelo que estarás allí.

—¿A qué estás jugando, Leo?

—A nada, ¿por qué me preguntas eso?

—Ayer me repudiaste ante tu madre y hoy... ¿por qué ese cambio?

—La simple idea de que te vayas de nuestras vidas me destroza. El que anoche te fueras muy enfadada de la casa, y con razón, ya me hizo recapacitar. ¿Me gustas, vale? Hace tiempo que me siento raramente atraído por ti... —yo no me podía creer que lo estuviera confesando.

—¿Pero?

—No estoy preparado para salir formalmente contigo. Primero tengo que atar muchos aspectos de mi vida.

—¿Isabella, por ejemplo?

—Sí, exacto.

—Ya —¿no podría encontrar a un hombre sin complicaciones?

—De verdad que me gustaría que vinieras a verme jugar, aunque solo sea como profesora de mi hijo.

—No lo has pedido por favor.

—Por favor, ven a ver el partido.

—Vale.

Me seguía mirando intensamente. Me miraba a los ojos y luego a los labios. Hizo el intento de acercarse a besarme, pero yo no me moví y él no siguió. Yo tenía mis labios cerrados y mis brazos cruzados delante de mi

pecho. Esta vez, él acercó bastante más su boca a la mía. Si hubiera sacado la lengua le podría haber rozado los labios con ella. Él estaba esperando a que yo reaccionara. Podía notar que él también estaba bastante acelerado por el subir y bajar de su camiseta. Cerré mis ojos y acerqué mis labios a los suyos, atrayendo su cuerpo hacia el mío. Nos fundimos en un tierno y maravilloso beso, tanto tiempo, que perdimos la noción de él. Después de recobrar el aliento, me acarició el rostro con el dorso de su mano y me volvió a dar un simple beso.

—Hola, Gio.

—Hola, Sófi.

—¿Qué tal sigues?

—Ya estoy mejor, gracias —Gio estaba jugando un poco a la videoconsola, para no perder la costumbre.

—Ah, muy bien. Me han invitado a ver el partido de tu padre y después del partido ¿qué te parece si nos vamos a cenar unas pizzas?

—¿Te apuntas?

—¡Por supuesto! Me encanta la pizza.

Una vez en las gradas, disfrutamos como uno más como Leonardo había marcado el primer gol de la noche. Se fue hacia dónde estábamos nosotros y nos señaló indicando que era para nosotros. El campo entero gritaba su nombre tras el primer gol y nosotros, para no ser menos, también. Fue un partido peleón. Al final, logró meter otro gol más gracias a un pase que le puso en bandeja su compañero Jorge. Este gol también nos lo dedicó. Cuando terminó el partido nosotros estábamos aplaudiendo y los jugadores celebrando el gran partido que habían hecho. Tras el partido, ellos se fueron hacia los vestuarios para ducharse y nosotros a cenar pizza.

MES DE JUNIO

LUNES 2

Después del gimnasio, me tocó a mí ir a recoger a Gio del colegio, ya que tenía tutoría y María no podía ir. Como habitualmente yo había asistido a las tutorías, a la profesora no le extrañó que yo fuera sola esta vez.

—Buenos tardes, Sofía, tome asiento.

—Muchas gracias. Disculpe que no hayan venido los tutores legales de Gio, pero al ser yo la encargada directa del rendimiento de Gio, me he tomado la libertad de venir en representación de ellos.

—Es un placer tenerla aquí. La había llamado para informarle de que Gio tiene la segunda y la tercera evaluación con una nota media de notable. Debido a que el primer trimestre fue horroroso para él, la nota final del curso, en general, le sale aprobada con un 5.

—Sí, entiendo.

—Vamos a hacer exámenes de recuperación de todas las evaluaciones y me gustaría que Gio se presentara a las de la primera evaluación.

—Por supuesto. ¿Me podría facilitar el temario y algunos ejercicios de la primera evaluación?

—Tome este ejemplar y estos son los exámenes que hizo durante esta.

—Muchas gracias. ¿Eso es todo?

—Sí señorita.

—Muchas gracias por todo.

—A usted. Que tenga un buen día.

—Igualmente.

A la salida del colegio, me estaba esperando Gio y no solamente él. También había un grupo de paparazzi esperándonos. Cuando Gio estaba cerca de mi coche, me dio un beso en la mejilla y yo se lo devolví. A continuación, me levanté me di cuenta de que había tres hombres haciéndonos fotos sin ningún reparo, un cámara grabando y una chica haciendo preguntas que yo no

lograba escuchar, debido al nerviosismo que me entró en el cuerpo. Lo único que logré articular fue:

—Gio, sube al coche —mientras que él se sentaba en su silla, yo metía la maleta en el maletero y le abroché torpemente el cinturón.

Como pude, me hice paso entre ellos y entré en el coche. Me hubiera gustado haber salido corriendo, pero la casa estaba demasiado lejos para hacer eso. Fui conduciendo al límite de velocidad, pero ellos nos perseguían en su furgoneta. Sin darme mucha cuenta, puse el coche a prueba, ya que a más de 100 km/h no había conducido, pero sabía perfectamente donde pondría el coche a 130 km/h y así poder librarme de ellos sin el menor peligro para nosotros dos. Y eso fue lo que hice. Al llegar al punto exacto, pisé el acelerador y los fui dejando atrás. Llegué a la puerta principal de la urbanización con tiempo para que abrieran la puerta y pudiese entrar sin ser vista por ellos. Cuando llegué a la casa, aparqué delante del garaje. Apagué el motor, pero estaba muy tensa y me temblaba todo el cuerpo. No fui capaz de soltarme del volante. Tenía la respiración rápida y aunque escuchaba a Gio hablarme no podía reaccionar. El pobre de Gio, se bajó del coche y fue corriendo a la casa pidiendo ayuda. Leo y María salieron rápidamente de la casa y Gio les explicó brevemente lo que nos había pasado. Leo le pidió a Gio que cogiera la bolsa marrón de papel situada debajo del asiento del conductor y que se la diera. Leo muy tranquilo me fue hablando.

—Sofía, escúchame. Lo único que tienes es hiperventilación. Para que se te pase la dificultad respiratoria es necesario que respires más despacio. Para eso te voy a colocar esta bolsa en la boca, para que inspires y espire. Para hacerlo bien, necesito que tú sujetes la bolsa con una mano y yo te la aguanto con la otra. Venga, tú puedes soltarte del volante. —solté una de las manos y la puse en la bolsa. Con la otra seguía fuertemente agarrada al volante— Muy bien. Sigue el ritmo: Inspiración, espiración. Inspiración, espiración. Vale una vez más: Inspiración, espiración.

Ya estaba más calmada después de hacer esos ejercicios y cuando terminé de hiperventilar me quitó la bolsa y miré a su cara de preocupación, a esos preciosos ojos azulados como el cielo. Ya había soltado también la otra mano del volante.

—Gracias Leonardo.

—Uff, menos mal Sofía. Ven, te ayudo a salir. Gio coge su bolso. Mamá llama al médico.

—No. No hace falta que llame al médico. Estoy bien.

—¿Estás segura, cariño?, estás muy pálida —había dicho María.

—Si María, solo ha sido un poco de ansiedad.

—Vamos, apóyate en mí, no vaya a ser que te entre un poco de mareo y te caigas. Siéntate en el sofá.

—Mamá, un poco de agua.

—¿Sofía de veras que no quieres que llame al médico? —dijo nuevamente María.

—De verdad María, que estoy bien.

—Mamá, hazme el favor y llámalo y así nos quedamos más tranquilos. Está muy blanca.

—Pero es por el susto. —afirmé en mi defensa.

Después de una hora en el apartamento de Sofía:

—Pueden pasar. —Ya que todos estaban esperando en la puerta al diagnóstico del doctor.

—La señorita Sofía está bien. Tiene el azúcar bien aunque algo descompensada la tensión, pero no es nada alarmante. Lo que tiene fue lo que ustedes me informaron previamente y tenemos varias opciones que se pueden hacer en estos casos porque necesitará controlar la situación en un futuro: aprender ejercicios respiratorios que le ayuden a relajarse, practicar técnicas de relajación de manera regular y como última opción, tendría que acudir a un psicólogo para que le ayudase.

—Gracias doctor. Intentaré las primeras. Espero no tener que llegar a la última de mis opciones.

—Eso espero. Pues eso es todo. Hoy un poco de tranquilidad y ya mañana puede hacer vida normal.

—Muchas gracias, doctor. —Habíamos contestado Leo y yo a la vez

—Doctor, ¿se sabe algo de la analítica que le hizo a Sofía el pasado

domingo?

—Sí, mañana mismo les haré llegar el informe. Buenas tardes.

—Acompáñeme por aquí doctor. Gio, vamos que hay que hacer la tarea.
—le había dicho la abuela.

—Pero yo quiero quedarme con Sofía —contestó Gio con enfado.

—Después de tus tareas, vamos. —respondió tajante la abuela y no había discusión ninguna.

—Vaya susto nos has dado. —estaba diciendo Leo mientras que me acariciaba la mano con las yemas de sus dedos.

—Lo siento de veras, no era mi intención.

—Lo sé. Siento mucho que te hayas encontrado con nuestra mayor pesadilla.

—Yo pensaba que era cómo gastar tanto dinero en tan poco tiempo.

—Veo que no has perdido tu humor después del asunto de hoy.

—¿Cómo sabías que esa bolsa estaba allí?

—Porque suponía que tarde o temprano llegaría un momento en que tuvieras que usarla.

—Yo había pensado que era bolsa normal. Valiente tonta.

—¿Te apetece comer?

—Ahora mismo no. Dame media hora para relajarme un poco más.

—¿Te importa que te deje sola ese ratito? Luego comemos juntos, ¿vale?

—Vale.

Leo me dio un beso en la frente antes de irse de mi lado. Al cabo de la media hora volvió a mi apartamento para ver cómo estaba.

—Ya estoy de vuelta. ¿Estás mejor?

—Sí, ya creo que estoy lista para irnos a comer.

Comimos María, Leo y yo y cuando nos estábamos tomando el postre, Leo contó parte de la conversación que había tenido con su representante:

—Por lo visto, el viernes se filtró la noticia de que Isabella y yo lo habíamos dejado y se puede decir que fue confirmado por las fotos que os hicieron en el estadio de fútbol. Hasta ayer no sabían quién era Sofia y por eso hoy han ido a por ti.

—¿Pero lo habíais dejado? —pregunté sin tener muchas ganas de escuchar la respuesta.

El jueves cuando le llevé su maleta al hotel lo dejé con ella.

Esa misma tarde mi teléfono no paró de sonar. Mi familia me había llamado al ver en un programa rosa que estaba saliendo con Leonardo, aparte de las fotos de la revista. Desmentí totalmente aquello y ya le expliqué a mi madre lo ocurrido aquel día. Les dije que Leonardo tenía problemas con su pareja, pero que yo no tenía ningún romance con él. No sé hasta qué punto me creyeron, pero era la verdad. Solo a mi madre le conté cómo me sentía de verdad, cómo ese hombre me estaba volviendo loca. También me llamaron infinitos periodistas queriendo que les confirmara o les desmintieran lo ocurrido. Simplemente les colgué el teléfono. Si querían información, que se compraran un libro. Después de que el móvil no parase de sonar, decidí simplemente apagarlo.

MARTES 3

Esa misma mañana había llamado el doctor preguntando por Leonardo, el cual no se encontraba en casa. Este quería hablar con nosotros dos a la vez. A las 16:00 estábamos los dos reunidos en la oficina de este y llamamos al doctor. Pusimos el teléfono en manos libres para poder escucharlo:

—Doctor, tanto Sofía como yo les estamos escuchando por el manos libre.

—Bueno, he deciros que la señorita Sofía, no solamente consumió polvo de ángel, también se ha encontrado en su orina, heroína. Ambos compuestos se encontraban en baja concentración. He tardado más en los resultados, ya que los he repetido porque había algo en ellos que no me gustaban. Después de un análisis más exhaustivo, también se ha encontrado un poco de hongos alucinógenos.

—¿Cuáles son los síntomas? —le pregunté, ajena a las posibles consecuencias de tomar aquello, ya que nunca lo había probado.

—De la heroína: tras la administración, hay un ‘flash’, una sensación de placer muy intensa, y a los pocos segundos un estado de sedación total y cierta euforia, con ausencia de cualquier malestar psíquico y que dura aproximadamente 2.3 horas, desapareciendo de forma progresiva. Lo único que te puede provocar es sequedad de boca, disminución del tamaño de las pupilas y enlentecimiento del ritmo respiratorio. Al consumir hongos se busca el tener una experiencia que altere la percepción sensorial y alterar el estado de conciencia, buscando un efecto placentero y de relajación, incluso en algunos casos cerca de la disociación entre el cuerpo y la mente. Pero el más grave en mi opinión es el polvo de ángel.

—Gracias doctor —le contesté.

—De nada. ¿Alguna pregunta más? —preguntó el doctor.

—Nada más doctor, muchas gracias por su tiempo.

—De nada Leonardo, un placer ayudarle. Un saludo, Sofía.

—¿Puede ser que esa noche estuvieras muy desinhibida debido a eso? —me preguntó.

—Pues no sé. ¿Por qué dices eso? —a mí me extrañó que dijera eso.

—Porque no parecías tú misma.

—¿Por algo en especial?

—Eh... no. Nada que sea de mucha importancia.

—Ah. Bueno, me voy. Gio tiene que empezar a hacer la tarea y estudiar para los exámenes que se le aproximan.

—Muy bien.

Desde que ocurrió lo del partido, apenas hemos coincidido en la casa y en verdad lo prefería así. Yo necesitaba algo de tiempo para aclararme un poco.

MIÉRCOLES 4

Ese día no me moví de casa ya que llamé por la mañana al portero y me dijo que había una furgoneta aparcada cerca de él esperándome y que habían preguntado en más de una ocasión por mí. Mi pesadilla acababa de empezar. Estuve mirando la televisión en busca de información. Necesitaba saber lo que habían dicho de mí y cuáles eran las imágenes que se habían difundido. Básicamente lo que encontré eran las tiernas imágenes recogiendo a Gio del colegio, mi fuga en coche, las de nuestro romance en secreto y del partido de Leo. Me llamaban «la niñera a la fuga». También habían hecho comparaciones odiosas de si Leo había estado más tiempo con la niñera de su hijo que con su novia y de cuánto tiempo lo llevaríamos en secreto. Estaba bastante enfadada por tanto chisme. Mi familia también me había llamado al ver aquello en la televisión y se habían extrañado mucho al saber quién era mi jefe, ya que no les había contado mucho del tema. A mi madre solo le comenté que estaba trabajando para un futbolista. Llamé a Margui para contárselo antes de que se enterase por la televisión:

—¿Dígame?

—Hola, Margui, soy Sofia. ¿Te pillo bien?

—Sí, dime. Ahora mismo estoy en mi descanso. ¿Qué te pasa? Te noto rara.

—Puff no sé por dónde empezar. Bueno, siempre me has preguntado quién era mi jefe y hasta hoy no te lo podía decir, ya que, ahora es un secreto a voces. ¿Has visto la televisión ayer u hoy?

—No. Llevo varios días que no me da tiempo ni ver el telediario. ¿Por qué lo dices? ¿Qué tiene que ver eso con tu jefe?

— Mi jefe es el futbolista Leonardo —después de un rato en silencio en la otra línea. ¿Margui, sigues ahí?

—Sí, sí. Solamente que me he quedado en estado de shock. Me imaginaba que era alguien así, pero nunca que fuera él. ¿Tú eres la niñera a la fuga?

—Sí, esa soy yo.

—¡Qué fuerte! Ayer me comentó una de mis compañeras la noticia, pero no le di mucha importancia, la verdad. Eh... ¿Es verdad que estás liada con él?

—Margui... Por favor...

—Lo siento, pero tenía que preguntártelo. Ahora que sé que eres tú, no creo que lo hayas hecho... ¡pero es que está tan bueno! Que un desliz lo puede tener cualquiera. ¿Seguro que no habéis tenido ni un besito?

—¡Margarita!

—Vale, vale. Dejo el tema. ¿Es verdad que lo ha dejado con la modelo?

—Sí, hace casi una semana.

—Hace mucho que nos conocemos y confiamos la una en la otra, por eso me voy a tomar la libertad de preguntarte... ¿os habéis enamorado?

—El jueves pasado tuvimos una pelea bastante gorda y pensaba dejar el trabajo, pero el viernes hablamos y me dijo que le gustaba.

—¡Ains mi niña! ¿Cómo te sientes?

—Confundida.

—No te preocupes por nada. Ya verás cómo todo sale bien y el tiempo lo pondrá todo en su sitio. Te tengo que dejar guapísima. No te comas mucho la cabeza y vive el momento, ¿vale? Si necesitas hablar, llámame a la noche.

—Gracias, Margui. Besitos

—Besitos.

Hice bien en llamarla. Me sentía bien después de haber hablado con ella y con mi madre. Mi madre también me dijo, que le diera tiempo a Leo para que se terminara de decidir. Que él también estaría pasando una etapa muy dura, y el paso más grande ya lo había dado: el reconocer que yo le gustaba. A la hora de la comida:

—Sofía, no te preocupes por esos programas de televisión. Con el tiempo cambian a otro asunto y ya se olvidan de ti completamente —me había dicho María. Leo, ¿le has comentado a Sofía los planes de mañana?

—Pues no, se me había olvidado completamente. Mañana vamos a ir al parque de atracciones. ¿Te gustan los parques de atracciones, verdad?

—Sí, claro.

—Pues nos gustaría, a mí y a Gio que nos acompañaras a pasar el día. ¿Te

parece bien?

—Me parece un plan fenomenal.

—¿Qué piensas ponerte?

—Algo cómodo supongo —Al mirar su cara extraña, me pregunté si había alguna trampa en la pregunta que me había formulado anteriormente— ¿Me puedes decir por qué tienes esa cara tan extraña?

—Si me permites hijo.

—Gracias mamá, yo contestaré mientras al teléfono. ¡Salvado por el teléfono!

—El otro día que te fuiste, estuvimos conversando bastante tiempo. Cuando volvió del parque sin ti, no tuvo más remedio que hablar conmigo o explotaría. Nunca lo había visto tan triste por una chica, ni después de que ella cortarse con él. Como sabes, parte de su carrera es de publicidad y necesita vender una imagen. Que quede entre nosotras, es un tema que lo tiene siempre algo estresado. Por eso, para él es importante que sus amigos más íntimos den su aprobación en temas de parejas, coches y vanidades en general. Cosas que a ti y a mí nos puede parecer una tontería, pero cuando andas en este mundo se vuelve algo más complicado a tener en cuenta. Entonces, mañana había quedado con unos amigos del equipo e iban a ir con sus esposas e hijos a pasar el día en el parque de atracciones. Y te ha preguntado lo que piensas ponerte porque mañana te va a presentar a las mujeres de estos, que son al fin y al cabo las que mandan.

—Ya. Entiendo su postura, pero no me gusta nada.

—Es una de las cosas malas que tiene ser famoso en esta sociedad tan hipócrita. No te pongas triste, ya verás cómo le gustas a todos. A nosotros tres nos tienes enamorados —Y las dos empezamos a reír como si nos hubieran contado el mejor chiste del mundo—. Vamos a tu armario, a ver que encontramos para que estés cómoda y elegante a la vez para un parque de atracciones.

—¿Todo bien, chicas?

—Sí, Leo, todo bien.

—Me ha llamado el místico, que tengo que ir a entrenar ahora por la tarde.

Por lo visto más de uno queremos faltar mañana y vamos a ir por la tarde. ¿Hablamos luego, Sofía?

—Claro, Leonardo.

Leo antes de irse nos dio un beso en la mejilla a su madre y a mí y se fue con una maravillosa sonrisa de oreja a oreja. La tarde había transcurrido tranquilamente como un día normal, donde cada cual hacía sus tareas habituales. A las 22:30 no se escuchaba ningún ruido en la casa, ya que al otro día íbamos a tener un día bastante movidito. Giovanni había realizado todas las tareas en tiempo récord, había estudiado la parte que le correspondía a aquel día y se había ido pronto a la cama, porque a las 10:30 teníamos que estar listo para salir de casa. María ya se había acostado cuando llegó Leo a casa y yo estaba a punto de acostarme cuando llamaron a la puerta del dormitorio. Tras abrirle un poco la puerta, estuvimos charlando en el marco de esta:

—Buenas noches, Sofía.

—Leonardo. ¿No deberías estar ya en la cama? Por si no te acuerdas mañana tenemos salida.

—¡Cómo para que se me olvide! Esta tarde me llamó Gio para recordádmelo. Y cambiando de tema. ¿Ya lo tienes todo preparado para mañana?

—Sí. Espero que el modelito te guste. Tu madre lo ha escogido personalmente. ¿Es para ti muy importante que tus amigos me den el visto bueno?

—Lo verás como una gilipollez, pero lo es.

—No te preocupes, ya tu madre me explicó tus motivos. Los entiendo, pero no sé hasta qué punto los podría compartir el 100% aunque respeto tus decisiones.

—Gracias y no solamente has sido tú. Isabella también tuvo que pasar por eso.

—Me agrada saberlo. Por cierto, ¿continuáis juntos?

—No, Sofía. Ella me dio a elegir entre ella y tú y me gustaría intentarlo contigo.

—Gracias.... ¿Quieres pasar y seguimos con la charla?

—Prefiero que no. Ya es tarde y mañana Gio estará levantado antes de tiempo, para un día que puede estar un rato más en la cama. Además, no creo que si entrara estaríamos precisamente hablando. El que se te transparente el camisón y te esté viendo la aureola del pezón no ayuda mucho a calmar las ganas de hacerte el amor.

—Ahh —¡joder, que directo! me ruboricé al escuchar aquello.

Esa fue la única palabra que pude articular después de lo que acababa de escuchar. Me dio un casto beso en los labios y se fue.

—Hasta mañana, Sófi.

—Hasta mañana, Leo.

«El verdadero amor no se conoce por lo que exige, si no por lo que ofrece».

Jacinto Benavente

JUEVES 5

Eran las 8:00 de la mañana y ya llevaba un rato escuchando a Giovanni correteando de arriba abajo, nervioso por la alucinante salida. ¿Por qué nos pondremos tan nerviosos cuando tenemos algo así entre manos? Era un gran misterio sin resolver. A las 8:30 después de que Gio viniera a preguntarme que quería desayunar me levanté, me puse una bata y fui hacia la cocina donde estaban los demás componentes de la casa desayunando. Todos seguíamos en pijama y como no... El señor Leonardo solamente con la parte baja del pijama. ¿Se podía estar más bueno solamente con un pantalón de pijama recién levantado? Dios, esos abdominales me tenían atontada y no podía dejar de admirarlos. No me hubiera importado darle un par de lametones a aquella tableta de chocolate para desayunar, pero volviendo a la realidad, me tomaría mi café con tostadas o no sería persona en todo el día.

—Buenos días.

—Buenos días, Sofia.

Ya era por costumbre dar un beso de buenos días, por lo tanto, fui repartiendo besos en la mejilla a todos. Leo se quedó un poco decepcionado cuando solo le di el beso en la mejilla, pero yo miré al niño y él entendió perfectamente mi reacción. No dar falsas esperanzas al peque. A las 10:30 todos estábamos listos y tanto Leo como Giovanni aceptaron mi look. Leo me sonrió pero Giovanni fue más expresivo y contestó:

—¡Qué guapa estás, Sofía!

—Muchas gracias, Giovanni. Despidete de la abuela.

Se dieron un par de besos y nos fuimos a la Warner Bross. Cuando llegamos a la entrada, ya nos estaban esperando allí las tres parejas con sus respectivos hijos y nosotros éramos los últimos para completar el grupo. A los chicos los conocía de haber jugado con ellos al póquer y también conocía a la mujer de Christian, Emma y su pequeña Daniela, pero a las demás mujeres no las conocía, excepto a Laura que la conocía de haber ido a recoger a Aron a su casa.

—¡Hola, Leo y Gio!

—Hola chicos —contestó Leo.

Gio prácticamente se puso a charlar con los hijos de estas celebridades sin importar mucho los mayores. Se notaba bastante que hacía mucho tiempo que los conocía y que había buena relación entre ellos. Leo repartió beso a todas las mamás y dio la mano a sus compañeros de trabajo y ya por último me presentó.

—Familia, esta es Sofía.

—Hola, mucho gusto en conoceros.

Estuve saludando a los que ya conocía y presentándome a las mamás que me faltaban por conocer. Di besos a todos, excepto los niños que estaban por allí muy excitados por el día que les esperaba.

Laura y Jorge tenían dos chicos, Noah de 10 años y Aron de 8 años.

Eduardo y Nuria tenían una niña con 11 años, Marta y un chico con 9 años Pablo.

Christian y Emma tenían a la preciosa Daniela.

Cuando entramos todos al parque fuimos directos a la caída libre. Giovanni me arrastró con él y fuimos unos de los primeros en subir. A mi lado se sentaron los demás peques con sus papis y todas las mamás se quedaron con Emma para hacerle compañía. Cuando bajamos me fui a hablar con Emma por si se quería montar y yo mientras me quedaba con la pequeña.

—¿No te importa quedarte con ella? —Me preguntó Emma.

—Mmm esa no es la pregunta correcta. La pregunta es si a Daniela no le importa quedarse un momento conmigo sin hacer pucheros. El otro día se portó bien, a ver hoy.

Me la dio y no pasó nada. Daniela seguía igual de risueña que cuando estaba con su madre. Como había pocas personas en el parque todos los demás volvieron a montarse mientras yo esperaba con Daniela en los brazos. Cuando bajaron de la atracción le devolví a Emma su pequeña y seguimos a la siguiente atracción. A la siguiente atracción, donde nos arrastraron los pequeños del grupo, fue una montaña rusa que en algún momento de su trayectoria se ponía bocabajo. La oferta de Gio de montarme en esa atracción fue rotundamente denegada y Daniela volvió a mis brazos alegremente.

Prácticamente nos llevamos todo el día así, donde unos subían a las

atracciones y otros esperábamos abajo y viceversa. Ya estábamos buscando algún restaurante para comer cuando su mejor amigo, Jorge, miró hacia atrás y al no verme, le pregunta a Leo:

—¿Ya te acostaste con ella?

Yo que iba al lado de Jorge no pude reprimirme la sonrisa, ya que este fue directamente al grano. No pude controlar el responderle descaradamente, ya que había tenido la amabilidad de ver que yo no iba detrás de ellos.

—Eres la hostia, Jorge. Pero respondiendo a tu pregunta, todavía no ha tenido ese gusto.

Las palabrotas están totalmente prohibidas en la casa y yo había tenido la osadía de decirla en público, en voz alta y sobre todo, delante de niños pequeños. Leo se paró y yo como había seguido andando, me paré y miré hacia atrás. Se había encendido un fuego en sus ojos que nunca había visto: era entre pícaro y travieso. Lo que estaba a punto de hacerme no me iba a gustar nada. Al darme cuenta de lo que había dicho mi pobre cerebro reaccionó y pude articular algo sin mucha coherencia andando justamente en dirección contraria a él mientras todos los demás seguían mirándonos con expectación y él andaba hacia mí a la misma velocidad.

—Ya sé que he cometido una infracción con penalización... luego lo echo al bote.

—No señorita... eso no ha sido una infracción, eso ha sido una infracción roja que merece castigo directo. Sabes que eso está prohibido y más con menores delante —estaba diciendo mientras miraba la fuente del suelo donde salían chorros de agua.

—Va, no te cabrees... tampoco ha sido tan fuerte como para merecerme un baño de agua fría.

—Mmm claro que sí. Gio, cógele a Sofia el bolso y el reloj, que se va a dar un baño —rápidamente le di a Gio todo aquello que no quería que se mojara.

—No, no, Leo, por favor, que esa agua está muy fría y me voy a resfriar.

—Te lo tenías que haber pensado antes de haber dicho eso.

Y salió corriendo para cogerme. Estuvimos jugando al pilla-pilla por

poco tiempo para el deleite de las demás parejas y niños, por no decir del gran público que se había congregado alrededor de nosotros. Yo pesaba bastante, pero me depositó sobre uno de sus hombros con la cabeza hacia abajo, como si fuera un saco de patatas de pocos kilos. Al ver que no tenía escapatoria y por mucho que le rogué para que me bajara, utilicé mi último cartucho: soborné en voz alta a sus amigos.

—¡Si me ayudáis a permanecer seca os hago de canguro una noche!

—¿Solo una noche? —preguntó Eduardo.

—¡¡Mejor dos!!

—¿Cualquier día de la semana? —respondió Jorge.

—¡¡El día que ustedes queráis!!

Entonces y a pocos pasos de que me echara al agua entre Eduardo y Jorge pararon a Leo obligándolo a bajarme. Yo estaba roja como un tomate, tanto por intentar que no me atrapara, como la vergüenza que había pasado al echarme en su hombro. Me bajó delicadamente, nos miramos el uno al otro a los ojos y tuve una brillante idea. A eso que dije:

—¡¡¡ Chicos... aguantadlo!!!

Leo se quedó sorprendido por mi reacción y se quedó quieto y no puso ninguna resistencia a que sus amigos los aguantaran. Me quedé delante de él. Le miré con cara de traviesa y muy tranquilamente le metí las manos en los bolsillos delanteros quitándole el móvil y posteriormente hice lo mismo con el bolsillo trasero para quitarle la cartera. Por último, le quité el reloj de mano. Leo no dejaba de mirarme expectante, directamente a los ojos y yo le mantenía la mirada. No tenía prisa y me tomé mi tiempo para hacer aquello. Hubiera sido un momento muy erótico de no haber sido por el gran público que teníamos. Una vez que todo estuvo a salvo en las manos de Giovanni, tanto las pertenencias de Leo como las mías, volví a hacerle una proposición a sus amigos:

—Si lo tiráis a los chorros, añadidle otra noche más de canguro.

Y no se lo pensaron dos veces. ¡Al agua! Todos los que estábamos allí y todos los espectadores estuvieron aplaudiendo, pero las risas de sus amigos al verlo mojado no fue nada en comparación cuando Leo los pilló a los dos y los arrastró también al agua. Como era de suponer una servidora no se iba a

quedar sin su respectivo baño. Al final entre los tres y con un poco de mi voluntad, nos metimos todos en los chorros y estuvimos un rato mojándonos. Nos hicimos las respectivas fotos para la posteridad y tras jugar un rato los dos, Leo me estrechó entre sus enormes bíceps y ese cuerpo de dios griego, y se atrevió en público a darme un beso bastante apasionado. Todos estuvieron vitoreándonos hasta que dejó de besarme. Después de eso, no sabía dónde meterme de la vergüenza que estaba pasando y de lo colorada que me había puesto, otra vez, pero parecía que ya todo iba bien y que me habían dado su visto bueno. Ahora el único problema era Gio, que había visto cómo su padre me había besado, pero este no pareció muy sorprendido por aquello. Eso tendría que hablarlo con él esta noche o lo antes posible. Salimos del agua y exprimimos nuestras ropas como pudimos. Los niños no se metieron en el agua por lo fría que estaba a pesar de que hacía un día soleado y caluroso. Buscamos una zona para comer y los que estábamos empapados nos pusimos al calor y así nos fuimos secando gracias al maravilloso día.

Después de comer estuvimos viendo alguna actuación que había en el programa. Una de ellas era una película en un salón muy grande enmoquetado sin asientos. Todos los niños se sentaron delante y nosotros dos detrás de todos los demás. En cuanto empezó la película y las luces la bajaron un poco nos empezamos a besar. Estábamos deseosos de poder besarnos sin tanto público, pero tuvimos que parar pronto, porque Leo se empezó a animar rápidamente. Tras merendar algo y montarnos en alguna atracción más ya fue hora de irse a casa. Ya en la entrada del parque los niños junto con los papás se estuvieron haciendo fotos con los personajes mientras que las mamás y yo estábamos charlando. Yo había cogido a Daniela un momento cuando nos llamaron que nos iban a hacer la foto de grupo y a Emma no le importó que yo me quedara con la pequeña. Los chicos se pusieron delante todos de pie y nosotros los mayores detrás de ellos. Leo me echó el brazo por detrás y me atrajo hacia él por la cintura.

—Te devuelvo a tu pequeña —le dije a Emma.

—Se te nota que te gustan muchos los niños. Te llevas bien con todas las edades. Es la primera vez que Daniela se deja coger por personas ajenas a su círculo familiar. Con las demás mamás no quiere nada y tú le has caído muy bien, tan bien que te la has llevado y no ha protestado.

—Creo que con los años me gustan más los niños.

Leo estuvo más cariñoso de lo que me hubiera esperado y eso que estábamos en una delicada posición. Supongo que sus amigos estaban al tanto de lo que pasaba entre nosotros, porque ninguno se ha asustado cuando me besó. Ya nos estábamos despidiendo en el coche cuando se acercó a mi Laura y me comentó:

—El sábado vamos a ir a cenar y tomarnos unas copas las chicas solas. ¿Te apuntas? —Estaba muy sorprendida por la invitación y me agradó mucho de que me hubieran acogido tan bien.

—Claro que sí, muchas gracias, Laura.

—De nada, es bueno tener una chica guerrera entre nosotras —y todos los presentes nos echamos a reír— Ya nos contarás eso de la infracción con penalización.

—Claro que sí.

—Ya le pido a Leo tu móvil y hablamos por Whatsapp ¡Hasta el sábado!

—Adiós.

Giovanni se llevó un buen rato contándole a la abuela todas las cosas que había hecho durante el día, cómo se lo había pasado y, cómo no, lo gracioso que había sido cuando tiraron a su padre y luego a mí a la fuente. Del beso que nos dimos no dijo nada, mucho mejor. No obstante, había que hablarlo con él. Como ya habíamos merendado algo por la tarde, ninguno de los tres tuvimos ganas de cenar y por tanto, nos fuimos a nuestros respectivos baños a darnos una duchita y ponernos el pijama. Pero antes de eso, pillé a Leo y lo hablé con él:

—Sería conveniente que hablaras con Gio lo del beso de esta tarde.

—Sí, creo que sería lo mejor, aunque me extraña que no le haya dicho nada a mi madre.

—Ya, es algo raro que no le haya dicho nada. Ya me dices luego lo que te ha dicho. Me voy a la ducha.

—¿No te apetece ducharte conmigo? —Esa invitación fue indecente se mirase como se mirase. Me lo dijo tan sensualmente que me pareció insultante tener que decirle que no, pero con una ducha con él al día era más que suficiente.

—¿No has tenido suficiente con la ducha de agua fría de hoy?

—Para nada. Tanto tiempo sin sexo no se arregla con una duchita de agua fría. He de confesarte que me encantó la ducha de hoy, pero había demasiados espectadores para mi gusto. Me gusta más la ducha de dos y si puede ser sin ropa mucho mejor.

—Mmm estaba pensando...

—...mmm ¿sí?...

—...mmm que siempre te la puedes dar con Gio.

—Vale. Tomada indirecta. Hablo con él, me ducho y hablamos. ¿te parece bien?

—Sí, perfecto, pero por favor, ponte una camiseta antes de venir.

—¿Qué te pasa, no te gusta verme con el pecho desnudo? —Me dice con mirada picarona.

—Ese no es precisamente el problema si no... ¿qué pasaría si vienes a mi cuarto sin camiseta y yo solamente llevo el camisón de franela de tirantes?

—Pasar, pasaría lo que tú quisieras cariño, solamente que no hablaríamos.

—Ve a hablar con Gio y luego ven bien tapadito, ¿vale?

—Vale jefa.

—Vaya, aquí estabas. He ido a tu cuarto y lo vi todo apagado. Entré en la habitación por si había sorpresa, pero me la he llevado yo al ver la cama vacía.

—Me estaba preparado una infusión. ¿Te apetece una?

—Vale.

—¿Ya se acostó Gio?

—No. Iba a leer un poco, pero pronto se iría a la cama. Está despierto desde muy temprano.

—No hace falta que lo jures, ya lo escuché esta mañana de arriba para abajo como un torbellino. Toma, tu té.

—Gracias, Sófi.

Me acomodé junto a él en el sofá y ambos tomamos nuestras tazas de té entre las manos. A pesar de que era el mes de junio y de que había hecho un día espectacular, por la tarde solía refrescar un poco y se agradecía algo caliente. Yo rompí el silencio.

—¿Todo bien con Gio?

—Sí, todo perfectamente. Básicamente también esperaba que nosotros nos enamoráramos.

—¿Cómo es eso?

—Porque si a él le gustabas, ¿por qué no me ibas a gustar a mí? Esa, básicamente, fue su explicación y no se lo contó a la abuela porque no sabíamos si queríamos que ella se enterara.

—Ah, comprendo. Lo he pasado realmente bien, con baño incluido y todo.

—Yo también. Hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien. ¿Sabes que con el baño te has ganado a los indecisos?

—¿Que sí? Explícame eso.

—Christian y a Emma te los ganaste cuando fuimos a su casa. El que ya te quedaras con Daniela para que pudieran subir a las atracciones ha sido un punto más a tu favor. Daniela no quiere quedarse con nadie, pero parece que tú le has gustado, algo sorprendente, siendo hoy el segundo día que tenéis contacto. A Nuria te la ganaste cuando Pablo quería beber agua en la fuente y tú le dijiste que no, y le ofreciste agua de tu botella. Aron había estado hablando bien de ti desde el día de Faunia y a Laura y Jorge ya te tenían un poco de aprecio pero, tanto ellos dos como Eduardo te veían como una niña aburrida y tímida, de no haber roto ningún plato, y que no haríamos buena pareja porque ya sabes que yo soy muy extrovertido.

—También un poco engreído, pero vamos.

—¡Escúchame...!

—Vale...

—Cuando ya soltaste la frase... todos pensaron que estabas media loca al decir eso sin ningún tapujo, pero ya, cuando te ofreciste para hacer de canguro para mantenerte seca fue un golpe bajo, he de reconocerlo, pero ahí empezaron a valorar tu potencial de atrevida. Cuando empezaste a quitarme las llaves y la

cartera... si no llega a ser por el público que teníamos, hubiera pensado que me ibas a follar allí mismo. ¡Pero vamos!, que tanto Jorge como Eduardo pensaron lo mismo, que conste —empezamos a reír los dos.

—Tenéis la mirada sucia...

—Ya después del baño colectivo y las fotos, ya me hicieron señas de que sí, que serías buena para mí y que te aceptaban tal como eres. Que le gustabas y la mejor prueba es que te han invitado el sábado a salir con ellas.

—¿A Isabella no la invitaron?

—La invitaron cuando ya llevaba un tiempo con ella. Laura, que es la que lleva la voz cantante en el grupo no le terminaba de convencer, la veía muy estirada y egocéntrica.

—Por cierto, ¿has hablado con Isabella?

—Pues no. Desde el último día que corté con ella no me ha vuelto a hablar. ¿Te puedo pedir un favor?

—Sí, claro, dime.

—Intenta llevar nuestra relación todo lo más privada que puedas. Posiblemente, tengamos paparazzi por aquí rondando una buena temporada al saber que lo hemos dejado. No me gustaría que se filtrara que la he dejado por ti. —Solo de escuchar la palabra paparazzi se me erizaban los vellos de la piel. Esa palabra me daba escalofríos.

—¿Te avergüenzas un poco de mí, verdad? ¿No te dijeron nada de mi forma física?

—Pues me comentaron que estabas gordita, que te haría falta perder varios kilos más y que eres mona. Sabes que no me avergüenzo de ti, simplemente tengo que vender una imagen y ahora mismo en ese aspecto te falta madurar un poco. Pero no te preocupes, una buena tarjeta de crédito hace milagros y sobre tu forma física... me gustaría que te pusieras en mano de un entrenador personal. Va... no me pongas esa carita de pena.

—¿También me vas a dar un bono de producción por kilo perdido?

—Si quieres sí, aunque sabes de sobra que hoy ya te lo he querido dar y lo has rechazado, ¡eh, señorita!

—¡Tú lo que llevas es tiempo sin sexo y ahora me lo quieres cobrar todo a mí! ¿Me equivoco?

—Cariño, el sexo es algo fundamental en una relación y si no nos vamos a conocer, por qué no mejor empezar por ahí, ¿no crees?

—Claro, claro.

—Me dices eso como si estuviera loco, pero la verdad, es que la tengo dura desde el primer momento en que te vi lamiendo aquel helado de leche. Tu boca es deliciosa. Me quedé fascinado con ella en cuanto vi esos labios cerrarse en torno a aquel helado. Y quería ser... —Él sacudió la cabeza como para despejarse y se rio secamente—. Lo que me gustaría que me hicieras no se podría hacer aquí en el salón.

Ante mi asombro por aquella confesión, Leo esbozó una pícaro sonrisa. Me dio un vuelco el corazón. Sentí un cosquilleo por el estómago como si estuviera haciendo un descenso en caída libre antes de realizar un aterrizaje forzoso. Se me reseco la boca como si estuviese en el desierto.

—Por el momento, pondremos a esa maravillosa boquita a hacer algo distinto.

Nos acurrucamos un poco más en el sofá. Juntamos nuestras cabezas y empezamos a besarnos. Al principio fueron besos tiernos, lujuriosos, cargados de mucha tensión sexual. A medida de que iban aumentando el número de nuestros besos, la lengua empezó a participar en aquel acto lascivo. Cuando el fuego en mi interior se hizo más intenso, no me pude controlar y me senté entre las piernas de Leo a horcajadas. Ahora estábamos situados uno frente al otro y por tanto en una mejor postura para besarnos. Por unos instantes nos miramos fijamente, contemplándonos mutuamente y nos volvimos a devorar a besos. Yo tomé entre mis dedos el pelo alborotado que tanto ansiaba tocar e hice que me mirase a los ojos. Pero yo quería más de él. Hice que se quitara la camiseta y así poder explorar tranquilamente su cuerpo esculpido con tantas horas de gimnasio, esos abdominales que tanto había visto pasear antes mis ojos sin poder tocar. Empecé a besar sus hombros y fui subiendo poco a poco por su cuello hasta llegar al lóbulo de su oreja. Continué jugando con él, pues repetí el mismo proceso con la otra parte de su cuerpo y cuando terminé con su otra oreja volví a bajar por el cuello y no paré de darle besos hasta que se le escaparon varios gemidos de placer. Leo tenía los ojos cerrados y respiraba

con dificultad. Cuando noté su erección, empecé a hacer círculos de mi sexo contra el de él. Cuando llegué al óvulo de la oreja, él abrió los ojos y me miró. Sabía que lo había puesto muy cachondo. Hizo que me parase. Ahora era su turno.

Lo primero que hizo fue abrirme la bata para poder tener acceso a mi suave cuello. Pasó la mano por este para quitarme la melena y con la otra mano me atrajo hacia sí besando cada centímetro de mi cuello y posteriormente empezó a acariciar mis senos tras el camisón. Como el camisón era de tirantes y de escote generoso, no tuvo mucho problema en quitarme los tirantes y dejar al descubierto mis pechos. Él me miró como pidiendo permiso, y yo solamente podía mirarlo con ojos lascivos y encendidos por el fuego que habitaba en mi interior. Tomó entre sus manos mis pechos y empezó a lamerlos. Cuando ya nos percatamos de que estábamos en el salón y que tanto María como Gio podrían haber entrado en cualquier momento sin que ninguno de los dos se hubiera dado cuenta, decidimos que era mejor irse a algún dormitorio. Estábamos en la puerta de su dormitorio cuando reparamos en los anticonceptivos.

—Sofía, ¿tomas las pastillas anticonceptiva?

—No. ¿Tienes preservativos?

—No, ¡mierda! Se me acabaron y no he vuelto a comprar. ¡Pero vamos, no te me escapas!

Abrió la puerta de su dormitorio, tiró de mi mano y me metió para adentro rápidamente. Cerró la puerta tras de sí y sin tiempo para pensármelo colocó mi espalda contra la pared y empezó a besarme salvajemente. Mientras me besaba me fue quitando la bata y el camisón. Cuando me di cuenta, lo único que llevaba eran las braguitas. Él también se había quitado la camiseta y apegó su cuerpo contra el mío. Hizo que subiera una pierna prácticamente hasta su cintura y una de sus manos la puso contra mis glúteos mientras que la otra la tenía apoyada contra la pared. Yo tenía mis dos manos sobre sus hombros. No paraba de frotar su sexo contra el mío. Solo con eso me encontraba ardiendo y muy mojada. Me bajó la pierna y su mano fue directamente a la entrada de mi vagina. Apartó hacia un lado mi braguita y directamente me metió un dedo. ¡Ahh! ¡Joder! Si seguía con esa velocidad acabaría conmigo en segundos. Yo metí la mano en el pantalón para masturbarlo cuando me di cuenta de lo que ese chico tenía entre las piernas no

era normal. ¡Coño, pero qué grande era! Cuando empecé a masturbarlo, él simplemente se quitó los pantalones y los calzoncillos de Calvin Klein quedándose completamente desnudo. A los segundos, ya casi me sentía al borde del orgasmo deseando que siguiera entrando y saliendo dentro de mí. Él puso su mano sobre la mía para que dejara de masturbarlo y a los pocos segundos alcancé el clímax. Él ahogó mis gemidos en un beso. Había sido simplemente maravilloso. Él acercó su cabeza contra la mía, dejándome el tiempo necesario para que me recuperase. Me dio un tierno beso en los labios, me cogió de la mano y fue recogiendo nuestras ropas, colocándolas sobre la cama. Él se sentó y me atrajo hacía sí mismo, quedando sentada sobre una de sus piernas. Me miraba directamente a los ojos y fue el primero en hablar.

—¿Todo bien?

—Más que bien.

—Sigues muy callada. ¿Tan bueno ha sido?

—Mucho —rio—. ¿Por qué no has querido que continuara?

—Porque si yo me corro lo pondría todo perdido.

—Lo siento, no había pensado en eso. ¿Puedo ayudarte de alguna forma?

—Mmm, claro que sí, pero seguro que me dices que no.

—Prueba.

—¿Sexo anal? —¿qué?! ¿Ahora me quiere desvirgar el culo?

—¡Ja, ni de coña! Si me lo hubieras dicho en caliente tal vez me lo hubiera pensado, pero ya con lo a gusto que me he quedado, me temo que es un no rotundo —él empezó a reírse de lo lindo y yo simplemente me había puesto con un tomate maduro. Me miraba y se volvía a reír.

—Me lo imaginaba, pero había que intentarlo. ¿Y un sesenta y nueve?

Lo tumbé sobre la cama e hice que se subiera un poco para arriba. Simplemente, me di la vuelta y coloqué mi sexo próximo a su boca. Él posó su boca sobre mi pubis. Lo mordió. Y cuando me sintió vibrar de placer, con sus dedos me abrió los labios vaginales y metió su boca entre mis piernas. Al sentir aquello jadeé. Su boca era impetuosa, y cuando me chupó el clítoris con deleite, ya solo podía jadear y disfrutar. Yo mientras tanto, al darme la vuelta únicamente podía mirar su caliente erección y sin pensármelo dos veces me la

metí en la boca. La degusté. La lamí y la succioné hasta ponérsela dura como una piedra. Durante varios minutos, nos degustábamos y nos chupábamos. Allí solamente se escuchaban nuestros gemidos. Minutos después, ambos alcanzamos el clímax a la vez. Después de eso, me tumbé bocarriba para poder recuperarme de aquella sensación tan placentera que viajaba por todo mi cuerpo. Él me dio la mano y así permanecimos un buen rato.

—Sofía... ¿me puedes decir qué cojones me has estado haciendo? —su voz era casi un susurro y su voz sonaba sorprendida.

—Leonardo, por si no lo sabías eso se llama felación o mamada, si lo prefieres —se dio la vuelta y puso su cara posada sobre la cama, pero mirando hacia mí.

—Ya, eso pensaba yo cuando empezaste, pero lo último que me has hecho con la lengua... ¡eso fue impresionante!

—Me alegro de que te gustara. Tú tampoco has estado mal —y los dos empezamos a reír.

—¿Quieres quedarte a dormir?

—No creo que sea lo más sensato. Mañana madrugas.

—Ya. Pues entonces será mejor que nos vistamos y nos vayamos a dormir porque si no te vas a quedar aquí dormida.

—¿Hasta mañana, entonces?

—Hasta mañana.

Hice un esfuerzo sobrehumano por levantarme. Tenía razón. Me estaba quedando dormida. Me vestí y nos volvimos a besar con bastante lujuria. Después de eso, simplemente me fui a mi dormitorio a dormir plácidamente.

VIERNES 6

—Hola, Gio, ¿qué tal el cole?

—Muy bien, Sofía. He sacado un 9,7 en el examen de lengua de recuperación.

—¡Qué bien Gio! eso se merece un premio. ¿Qué te gustaría hacer para celebrarlo?

—Me gustaría ir al musical del Rey León. Muchos de mis compañeros han ido y le han gustado mucho.

—Según tengo entendido las entradas se agotan rápidamente. Voy a mirar si hay alguna libre para hoy y nos vamos. ¿Te parece?

—Perfecto.

—Hola, María.

—Hola, Sofía, hola cariño.

—Hola, abuela. Un pajarito me ha dicho que has sacado un 9,7 en lengua. ¡Estarás contento!

—Mucho. Sofía está mirando si hay entradas para el rey león para esta tarde.

—Me temo que las entradas están agotadas hasta el próximo mes como pronto. —comentó María.

—Jo... yo quería ir. Además,, hoy no tengo tarea y tampoco tengo que estudiar.

—Ya lo sé Gio, a mí también me apetecía. Pronto tenemos que empezar a estudiar los demás exámenes de la primera evaluación.

—Gio, ¿papá no ha hablado contigo? —le preguntó María.

—No, ¿por qué?

—Porque Laura te ha invitado a pasar el viernes con Noah y Aron en su casa. Van hacer una fiesta pijama y quiere que te apuntes, y papá ha dicho que puedes ir.

—¡Qué guay! ¡Voy a preparar la ropa y el saco de dormir!

—Por mí no te preocupes, que yo este fin de semana pensaba irme a un spa con mis amigas, con que tenéis la casa para vosotros dos. —me dio un beso de despedida mientras decía: —Pasadlo bien, y poneos protección.

—Gracias, María.

—Un beso Gio, pásalo bien y pórtate bien.

—Vale Sofía.

—Ah, otra cosa Sofía. Leo me pidió que fueras a comprar condones, porque él iba a salir un poco más tarde de lo habitual, y no le iba a dar tiempo de ir a comprarlos. Que compres más de una caja, por si acaso.

¡No me puedo creer que María me haya dicho eso, tan tranquilamente! Que fuerte me parece. No solo lo arregla todo para quedarse solamente conmigo en la casa, si no que me manda por dos cajas de condones, por si acaso. Este hombre no tiene remedio. ¿Qué quiere follar como conejos? , ¿Estar todo el día enganchados? Y Laura seguro que está también enterada del plan y mañana he quedado con ella. Qué vergüenza. Bueno, iré por los malditos condones.

—Hola, Leonardo.

—Hola, preciosa. ¿Cómo ha ido el día?

—Bien, algo raro, pero bien.

—¿Y eso, qué ha pasado?

—Lo sabes perfectamente. Mandas a Gio con Laura y a tu madre supuestamente a un spa. Y para colmo tu madre me manda por condones. ¿Sabes que hubiera sido menos embarazoso que me mandaras un Whatsapp pidiéndomelo tú mismo?

—Mmm ya. No había caído en eso, lo siento.

—Qué vergüenza me has hecho pasar, que lo sepas.

—Lo siento, espero compensártelo en unos minutos. Todavía no me has dado mi beso de bienvenida.

—Eres horroroso, no me puedo enfadar contigo porque eres tremendamente delicioso.

—¡Lo sé! Vamos a mi dormitorio que me gustaría empezar por allí.

—Vienes con las ideas bien claras por lo que veo.

—¿Tú no las tienes?

—Bueno... si no hay más remedio. Creo que hoy no me escapo.

—Oye, Sofia, mírame. Si no quieres o te apetece ir más despacio me lo puedes decir claramente. Soy bastante mayorcito y te puedo esperar el tiempo que necesites, pero no me pongas los dientes largos porque no respondo de mi cuerpo. ¿Qué te pasa, por qué esa cara de preocupación?

—Espero que siempre seas sincero conmigo.

—Siempre, te lo prometo, pero dime qué te pasa.

—Tengo miedo de que te acuestes conmigo y después me des la patada. Que simplemente haya sido un capricho tuyo.

—¿Qué te hace pensar eso de mí?

—Hace menos de una semana tenías novia, y solo hace un par de días que te has dado cuenta de que existo como mujer y ya te quieres acostar conmigo. No sé... me da la sensación de que Isabella te importaba una mierda y no me gustaría que eso mismo me lo hicieras a mí. Que te acostaras conmigo y después me desecharas como un clínex.

—Si eso fuera así, ten por seguro de que no hubieras venido con nosotros a la Warner y además, si únicamente quisiera sexo, tengo a miles de tías que se acostarían conmigo solo por placer sin importarles si las volveré a llamar. ¿Ves la diferencia? No todo el mundo se molesta en dejar una casa libre aunque solo sea un día para pasarlo con una chica especial. Que no quieras acostarte conmigo, lo acepto, no estoy muy convencido, pero respeto tu decisión. —se hizo el silencio entre nosotros. Mmm... ¿Qué te parece si me ayudas a lavar mi coche? Me comentó Gio que es divertido —lo dijo poco convencido.

—Claro que sí. Voy por la aspiradora y los paños.

—Yo voy por la manguera y los cubos.

Mientras estábamos lavando el coche pasó Jorge en el suyo. Paró y vino a hablar con nosotros.

—Hola, chicos.

—Hola, Jorge. —Habíamos saludado los dos, a la vez.

—Sofía, hoy te veo un poco más seca que el último día que nos vimos.

—Lo mismo puedo decir yo, Jorge .todos estábamos sonriendo.

—¿Ya se cobró Leo tu venganza?

—¿Qué venganza?

—Poner a sus amigos en contra de él —Upssss, eso era algo nuevo. Me pilló por sorpresa. Tuve buena intuición al mirar a Leo de reojo ya que volvía a tener esa cara de niño malo. En ese fugaz vistazo, me di cuenta de que tenía escondida una de las mangueras detrás de su espalda.

—Leo es bueno conmigo y benevolente, puede ser que me haya perdonado.

—¿Estás segura de eso, Sofía? —empezó Jorge a reír. Hasta luego chicos.

—Hasta luego, Jorge —contestamos a la vez.

Mientras que Jorge se despedía de nosotros, yo buscaba rápidamente con la mirada la otra manguera, pues estaba segura de que volvería a estar chorreando en breves, pero con la mala suerte de que Leo solo había sacado una de ellas. Empezó a darme pistoletazos de agua y yo le tiré la esponja para mojarlo. Al final terminamos forcejeando por conseguir la manguera, encima del capó de su coche ambos totalmente empapados. Cuando nos dimos cuenta teníamos la respiración acelerada de tanto forcejeo con el tira y afloja que nos traíamos. Yo estaba apoyada encima del capó con los brazos levantados y él encima de mí con los brazos levantados también para que no le quitara la manguera. Nuestros cuerpos estaban tan próximos entre sí, tanto, como para poder notar su erección. Cuando él se dio cuenta de que yo había notado lo excitado que estaba, se apartó de mí avergonzado por no poder controlar sus instintos masculinos. Era una tontería aplazar algo que estábamos deseando los dos que pasara desde hacía tanto tiempo. Le pedí que soltara la manguera y no me pude contener el besarle allí mismo. Lo empujé contra el coche de cara hacia mí y le besé salvajemente. Él estuvo más que dispuesto a mis besos. Rápidamente cerramos el coche y nos metimos para adentro de la casa, cerrando la puerta principal con llave. Una vez dentro fuimos dándonos besos hasta que llegamos al cuarto de baño de Leo. Era la primera vez que entraba allí. Era un cuarto de baño muy luminoso en tonos ocres y marrones tostados. Nada más entrar en la habitación había un lavabo doble, en el cual estaba muy

bien ordenado: las toallas, todos los perfumes y los cosméticos. De estos dos últimos podía tener el triple que yo, ¡qué barbaridad! A su derecha nos encontramos una ducha muy espaciosa y al fondo del cuarto de baño, como si fuera otra habitación diferente, una bañera doble.

Sin dejar de besarnos nos fuimos quitando la ropa hasta quedarnos en ropa interior, también húmeda. Una vez que me quedé en ropa interior, Leo me puso mirando hacia el espejo, de espaldas a él y me fue besando el cuello despacio, recreándose en cada beso. Me apartó el pelo hacia la izquierda y fue bajando su mano a través de mi cuello y justamente por el lado contrario lo fue besando cuidadosamente. Yo tenía las manos puestas en el lavabo mientras que él, con una mano me agarraba por la cintura y con la otra me tocaba los pechos. Leo estaba muy excitado al igual que yo. Me dio la vuelta, juntó su cuerpo con el mío y me siguió besando, ahora en los labios. Intentó quitarme el sujetador con una mano, pero se le estaba resistiendo, y no sería por la inexperiencia. Tal vez, también estaba algo nervioso. Al final terminé quitándome toda la ropa interior yo misma, mientras que él abrió la ducha para que empezara a salir agua caliente. Cuando él se volvió hizo un lento examen de mi desnudez cuya expresión en sus ojos era intensa y cálida. Él a su vez, también se quitó la ropa interior ¡Uff... dios mío, eso que tenía entre las piernas se veía demasiado potente. ¡Debería estar prohibido ser tan perfecto! Sin dejar de mirarlo a los ojos me ofreció una mano para que lo acompañase a la ducha.

Leo me cogió la mano izquierda y la colocó contra el mármol de la pared y repitió la misma operación con la otra. Mi mente funcionaba a toda velocidad... ¿qué pretendía hacerme? De pronto, eché la cabeza hacia atrás, sorprendida, al sentir cómo sus manos me frotaban la espalda y los costados con una esponja y jabón con la intención de lavarme. Él se inclinó y me lavó las piernas por detrás. Hizo que me diera la vuelta para seguir lavándome las por delante y posteriormente fue subiendo hacia la parte superior de mis muslos hasta llegar a mi sexo. No pude reprimir un gemido al sentir el contacto de la esponja contra mi sexo. Siguió subiendo y me lavó los brazos y ya por último, el pecho.

—Tu piel es tan suave... —me susurró al oído—. Pon el pie aquí. —señalando un banco que había en una de las paredes de la ducha.

Obedecí inmediatamente y sentí el roce de los dedos de Leo en mi sexo, el

cual me estaba tocando por detrás. Él tenía la espalda pegada a la ducha y mi espalda apoyada en su pecho. No pude reprimir una exclamación de sorpresa al descubrir esa sensación tan intensa. Dos dedos me acariciaban el clítoris, obteniendo un placer inconcebible, más intenso de lo que jamás hubiese imaginado... porque él se movía despacio, con ternura. Posteriormente, me acarició el cuello con los labios y deslizó un dedo en mi interior. ¡Ahhh! Era un placer tan cálido y agradable que la necesidad de gemir me iba embriagando por momentos. Hacía demasiado tiempo que no sentía tanto placer.

—Así me gusta, cariño. —susurra al oído, mientras me daba la vuelta apoyando mi espalda contra la pared de la ducha.

Leo se agachó, poniéndose de rodillas y colocó su boca en mi sexo. Donde estaban sus dedos, ahora había unos labios y una lengua juguetona que estaban dándome placer. Él introdujo sus dedos en mi interior, mientras seguía lamiendo el clítoris. De la garganta de Leo salió un gemido. Cerré los ojos y lo único que se escuchaba allí eran mis gemidos y el agua mientras corría. Abandoné mi cuerpo al placer que aquel hombre me estaba proporcionando. Un fuego interior estaba recorriendo mi cuerpo. Había empezado por los pies e iba subiendo velozmente. Mi respiración cada vez era más rápida, ya que estaba a punto de alcanzar el orgasmo. Mi cuerpo se tensó al instante, saboreando aquella explosión de placer. ¡¡Oh sí... oh síííí!! ¡¡Madre mía...!! Me dejé ir y, tuve el orgasmo más intenso de mi vida. Las manos de Leonardo seguían sobre mí, acariciándome las nalgas, atrayéndome hacia su boca. Cuando finalmente me sentí exhausta, me dejé caer al suelo de la ducha quedándome entre los brazos de él, flácida y agotada. Él siguió besándome en el cuello y en las mejillas mientras que me reponía del primer orgasmo.

—¿Estás bien? —preguntó. Asentí. Todavía no era capaz de articular palabra.

Sus preciosos ojos se clavaron en los míos, supongo que para cerciorarse de que decía la verdad. Sonreía de esa manera suya tan sexy... ¿Qué estará pensando? Una vez que fui recuperándome, nos levantamos. Decidí que era su hora del baño. Tomé la esponja y lo empecé a lavar. Empecé por la espalda. Él apoyó las manos en la pared y dejó que lo lavara tranquilamente. Empecé por el cuello y fui bajando y me fijé en ese culito suyo que me vuelve loca. Una vez abajo, volví a subir y me aproximé a su oído para decirle que se diera

la vuelta. Volví a empezar por el cuello y fui bajando progresivamente. ¡Joder, qué ganas tenía de poder tocar esos abdominales sin prisas! ¡Era pura fibra! Lavé su gran y extenso miembro y tras enjuagarlo y sin dejar de mirarlo, me puse de rodillas tal como hizo él, tomé su polla entre mis húmedos labios. Al empezar a lamerlo, un escalofrío le debió de recorrer por la espalda, ya que arqueó su cuerpo. Por último, fue la lengua la que se deslizaba sobre su piel. Posteriormente, una de mis manos tomó su sexo e iba acariciándolo al mismo movimiento que mi lengua le daba un placer inexplicable. ¡Ahh...! Era lo único que se le escuchaba decir, eso, y una especie de gruñido que emitía desde el interior de su garganta. Podía sentir el sabor salado y viscoso de su masculinidad. Me hizo señas para que me retirara de su pene. Supongo que estaba alcanzando el orgasmo y no quería correrse dentro de mi boca. Me levanté del suelo, pero seguí sujetando su maravilloso pene y moviéndolo más rápidamente arriba abajo y besándole en los labios hasta correrlo en la ducha. Leonardo explotó en cuestión de segundos. Cuando recobró un poco el aliento, cerramos el grifo y salimos de la ducha. Nos pusimos el albornoz y nos secamos. Me dio la mano para que lo siguiera y pasamos a su dormitorio.

—Son las ocho. —dijo Leo haciéndome señas para que me sentara en su cama.

—¿Y...?

—Que aparte de que ha sido maravilloso lo de la ducha, me gustaría hacerte el amor aquí en la cama. Todavía tengo ganas de ti.

—¿Ya estás en condiciones de seguir?

—Dame cinco minutos para recuperarme y seré todo tuyo. No es por hacerme el machote, pero por lo general suelo tardar mucho más de diez minutos en alcanzar el orgasmo.

—No te preocupes, yo tampoco he durado mucho.

—Por lo visto, estábamos los dos bien calentitos. Anda, vente aquí a mis brazos mientras seguimos charlando. —Nos acomodamos en la cama y me acurruqué entre sus brazos. Me sentía bien conmigo misma por haber dado aquel paso que tantos dolores de cabeza me habían dado— ¿En qué piensas que andas tan callada?

—Estaba pensando que ha hecho falta que me quisiera ir para que reaccionaras.

—Ya. Sabes que soy un cabezota. Todavía me acuerdo de ese día. Cuando llegué al parque y no veía tu coche por ningún sitio. Llamé a mi madre para decirle que no estabas allí y entonces me acordé del dispositivo de rastreo que tenemos todos los componentes de la casa y ya supe dónde estabas, pero mi madre me dijo que te dejara tranquila, que necesitabas tiempo para pensar, que fuera para casa inmediatamente. Estuve a punto de ir a buscarte a aquel hotel, pero controlé ese impulso. Cuando llegué a casa mi madre mandó a Gio a jugar a la videoconsola. Él estaba que no se lo creía, y nos sentamos los dos a hablar. Mi madre sabía que al menos una noche había dormido contigo, porque vino a buscarme para decirme que Isabella había llamado y mi cama estaba sin hacer. Ella sacó sus propias conclusiones.

—Qué vergüenza.

—También nos había visto pelearnos en muchas ocasiones y ella había notado cómo nos mirábamos los dos. La verdad, es que cuando te vi aquella noche en ropa interior, algo se activó dentro de mí. Y todo cambió, cuando te vi tomándote un helado.

—¿Tanto te gustó? ¿Cuándo pasó eso?

—Se puede decir que he saboreado en primera persona todo lo que le hiciste a ese helado y ha sido maravilloso. Creo que fue en el mes de marzo, pero no estoy muy seguro. Lo que sí he de decirte que te pasaste con el calentón que me diste la última noche que fuimos a la discoteca.

—¿A qué calentón te refieres? —de estar recostada sobre su pecho, me levanté y lo miré a los ojos.

—Ah, es verdad que no te acuerdas mucho de esa noche. Pues ya te lo contaré luego cenando. Ahora mismo solo quiero que estés debajo de mí y gimiendo. ¿Le parece bien señorita?

—Me parece estupendo.

Leonardo puso un poco de música de fondo, y me quitó el albornoz dejándome completamente desnuda. Él hizo lo mismo. Posteriormente, él se tumbó bocarriba junto a mí y yo me puse bocabajo. Estuvimos besándonos y mi mano derecha se deslizó suavemente sobre su piel. A cada movimiento de mi brazo, mis pezones rozaban el torso de él. Deseaba que me poseyera, aún a sabiendas de la potencia que podía alcanzar nuestra pasión. Leo mientras tanto, estuvo acariciándome la espalda y el pecho que había colocado sobre su

torso. Este me había excitado nada más empezar a besarme. Estaba muy, pero que muy caliente, me urgía tenerlo dentro de mí. Él apretó los dientes y se tensó, notando que estaba loco por hundirse en mí. Tomó un condón de su mesita de noche para ponérselo, pero yo se lo quité de las manos y se lo puse. Ambos nos mirábamos con ojos ardientes y lascivos. Se tumbó encima de mí y fue penetrándome con suavidad, con movimientos lentos hasta que estuviera completamente mojada, disfrutando del contacto. Entró y salió una y otra vez. Mientras me poseía, no paraba de darme besos y de susurrarme al oído lo especial que era y cuánto me deseaba. Yo no tardé en alcanzar el orgasmo, pero él siguió una y otra vez haciéndome el amor, deslizándose más y más adentro. Nuestros corazones latían fuertemente. Cada movimiento suyo nos hacía a los dos jadear de placer, cada vez que su piel rozaba la mía, yo quería más.

—Estoy sintiendo tanto placer —dijo Leo con un susurro— que pronto perderé el control.

—Pues sigue para que podamos perderlo los dos. A mí me falta muy poco.

—Yo voy detrás de ti, cariño.

Alcancé nuevamente el clímax y grité, dominada por aquella sensación de éxtasis, deseando que nunca se terminara. Sentí como él también alcanzaba el orgasmo, con fuerza, a los pocos segundos de haberlo hecho yo. Sin embargo, cuando terminó no dejó de mover las caderas. Había experimentado el segundo orgasmo más intenso de mi vida. Se quitó de encima de mí, y de camino hacia el cuarto de baño, se quitó el preservativo. Tras volver, se volvió a tumbar sobre la cama y abrió sus brazos para que me acurrucara con él. Me dio un beso en la frente.

—Ha sido maravilloso, Sofia.

—Siento decirte que los míos han sido mejores.

—Eso es lo que más envidio de una mujer. El poder tener más de un orgasmo en el mismo coito —lo miré y me sonrió, pero tenía una sonrisa algo traviesa. ¿Qué se le estará pasando por la cabeza?

—¿Qué pasa? —le dije divertida y mirándolo a la cara.

—Nada, ¿por qué lo preguntas? —seguía con esa sonrisa picarona.

—Qué te pasa...cuéntame.

—Nada, déjalo es una tontería que se me ha ocurrido que no tiene mucho sentido.

—Dime...

—Me da hasta vergüenza contártelo. Jajaja —viendo que yo seguía esperando a que hablara continuó—. Cuando te he penetrado he sentido que estabas muy apretada y pensé que tal vez eras virgen, pero después he recordado lo de la ducha ,y lo de ayer, y una virgen no hace eso a no ser de que haya visto mucho porno.

—¡Qué gracioso! Lo miraba y no podía parar de reír. Tienes razón, no soy virgen. Suelo hacer ejercicios para fortalecer mi suelo pélvico. En cuanto a lo otro... tú tampoco la tienes precisamente como la media de los españoles.

—Hombre, la verdad es que estoy muy orgulloso del tamaño de mi polla. La media de los españoles está prácticamente en 14. La mía mide 18 y también tiene un grosor un poquito más de lo normal que son los 3 centímetros.

—¿Te la has medido?

—¡Pues claro! Es raro el tío que nunca lo ha hecho —y los dos empezamos a reír—. Bueno, ya son casi las nueve. ¿Nos arreglamos y cenamos fuera? Sé de un sitio que te tiene que encantar. Es el preferido de mi madre y que conste, que eres la primera mujer que voy a llevar allí a parte de ella. —dijo con una amplia sonrisa.

—Vaya, todo un honor.

—¿Qué te vas a poner?

—Mmm, un vestido.

—Mejor unos vaqueros y vamos en moto. Allí es complicado aparcar. ¿Con media hora tienes suficiente tiempo?

—Seguramente me sobre quince minutos.

—Pues ala, a vestirse, que ya hay un poco de hambre por lo que gruñe tu estómago y hay que recargar pilas, sobre todo tú señorita. Esta noche te quiero encima de mí. Me excito solo con pensarlo.

—Pues relájate si no, no te vas a poder poner los pantalones.

Leonardo tenía una moto Triumph Thruxton 900. Para los que no entiendan

de motos como yo, era la moto que llevaba H en la película «Tres metros sobre el cielo». La verdad era, que cuando me fui a montar, me recordó mucho a la escena en que Babi se montó con él la primera vez, y lo apretaba demasiado, imposibilitándolo para conducir. Jajaja seguramente a mí me pasará lo mismo. Nunca me he montado en moto. Ambos llevábamos chaquetas de cuero para el frío y el casco. Yo había cogido un bolso bandolero para poder ponérmelo cruzado y que no se me fuera a caer. Llegamos al restaurante a eso de las 21:45, sin que nos siguieran los paparazzi, para nuestro alivio. Desde aquel encuentro en el colegio de Gio no me habían dejado tranquila en ningún momento, intentando hacerme fotos y hablar conmigo. Aparcamos en la esquina del restaurante y nos bajamos. Tal como comentaba Leo, aquella zona era complicada para aparcar. Cuando ya nos quitamos los cascos, y estábamos cerca de la puerta de entrada, nos encontramos con Víctor que iba con un grupo de amigos y se paró para hablar con nosotros:

—Veo que al final si estáis juntos y ya habéis follado al juzgar vuestras caras.

—Vete a la mierda, Víctor —respondió Leo bastante enfadado al verlo.

—¿A que la chupa de escándalo la chica, eh? Yo lo supe en cuanto vi esos jugosos labios. —lo decía mientras se iba alejando de nosotros con una amplia sonrisa en la cara.

A Leo se le tensaron los músculos de los bíceps y la mandíbula. Víctor estaba buscando pelea y si yo no lo impedía habría bronca, porque le estaba tocando las narices y este tenía poco aguante en cuanto a burlas se trataba. Leo intentó andar hacia Víctor , pero yo lo sujeté con la mano libre, ya que en la otra llevaba el casco.

—Vamos Leo, ese mierda no merece la pena.

Siguió bramando gilipolleces, pero nosotros nos metimos en el restaurante.

—Buenas noches, ¿mesa para dos?

—Sí, por favor. Si puede ser, que esté lo más alejada de la puerta de entrada y de las ventanas — contestó Leo. No tengo ganas de que vuelva a venir Víctor ni que los fotógrafos no nos dejen cenar tranquilos. —había susurrado al oído.

—¿Para beber que tomarán?

—Agua. —contestó Leo. No se vaya, ya sabemos lo que tomaremos. Una ensalada César y la pizza mediana que lleva huevos de codorniz.

—Muy bien.

El camarero se fue con el pedido y al cabo de un rato nos trajeron lo pedido.

—Prométeme una cosa. —dije a Leo.

—Depende.

—Que no le vas a partir la cara en el próximo entrenamiento.

—No te lo puedo prometer. Sabes que no soy camorrista, pero hoy se ha ganado la hostia a pulso.

—Solo está celoso porque estoy contigo. Él lo ha intentado un par de veces y no ha podido conmigo. Tengo que ser una de las pocas mujeres que no quiere nada con él.

—Y haces bien. El polvo de ángel, es una sustancia que suelen echarle a las chicas en los vasos para después poder violarlas sin que se enteren. ¿Qué recuerdas exactamente de esa noche?

—Recuerdo haber pedido un refresco, pero me dieron un Malibú con Blue Tropic que venía de parte de Víctor. Estar dándole un par de sorbos y dejarlo por allí. Ya lo último que recuerdo es a Gio despertarme.

—¿No te acuerdas de lo que pasó en tu apartamento esa noche?

—No. ¿Qué pasó? —lo miraba con cara de preocupación debido a que él tenía abierto muchos los ojos por la sorpresa.

—Estuvimos discutiendo porque me había puesto celoso, cosa que no reconocí aquel día y bueno... lo mejor o peor fue que me estuviste mostrando carnalmente, por decirlo de alguna forma sutil, lo que me estaba perdiendo. Cuando ya me pusiste bastante a tono, me mandaste con Isabella o a que yo terminara solito fuera del apartamento.

—¿Qué yo hice eso? —Me puse como un tomate maduro. No sé cómo me atreví a hacer aquello.

—Sí señorita, y menos mal que terminé yo solito, porque los huevos me iban a reventar. —dijo casi en un susurro— Eso sí, me fui con un cabreo para

mi cuarto que ni te lo imaginas. Te quedaste a gusto al juzgar tu cara de triunfo.

—Lo siento, de veras.

—No, me lo tenía bien merecido, por gilipollas, como tú dices.

—Bueno, ya sabíamos los dos que eres un poquito gilipollas, pero en el fondo, fondo, eres un encanto. ¿Y de quién sentiste celos, si se puede saber?

—De un chico moreno con el que te estuviste morreando en medio de la pista.

—¡Ah, qué fuerte! ¿De verdad que sentiste celos de él?

—Pues sí. ¡SÍ! ¿Estás contenta? —dijo Leo con cara de niño malo y los dos empezamos a reír por el comentario. He de reconocer que le hubiera partido allí mismo la boca por haberte besado.

—Ya que has empezado a decir verdades por qué no me cuentas algo de ti que no sepa.

—Mmm... soy el dueño de la discoteca.

—¡No me fastidies!

—Pues ya ves.

—¿Y por qué me acompañaste la primera vez?

—Porque quería conocer con quien te relacionabas. Además, tenía ganas de salir y tú, prácticamente, te ofreciste sin saberlo.

—Que malo eres —los dos empezamos a reír.

—Te toca a ti. Cuéntame algo de ti.

—Mmm, me encanta viajar. Siempre he viajado con mis padres, pero desde que empecé la universidad apenas he viajado.

—A nosotros también nos gusta. ¿Has estado en Italia?

—No, la verdad es que me encantaría ir. Seguro que allí se come de lujo.

—La verdad es que sí. Este restaurante es de un chef napolitano y hace unas pizzas que te quitan el sentido. A todos nosotros nos gusta mucho la comida italiana.

—No creo que solo sea la comida lo que os guste.

—¿Lo dices por Gio?

—Sí y por tu...

—Dilo... no pasa nada. Ya lo he superado. Mi difunta mujer. Antes me dolía mucho solamente con nombrarla, pero sus padres me apoyaron en todo lo que pudieron y me dieron su bendición para que buscara otra chica. Imagínate, un chico con veintidós años y con un niño de dos años a su cargo.

—Tuvo que ser realmente duro.

—No te lo puedes ni imaginar. Mi madre estaba viuda y se vino conmigo. Yo me refugié en el trabajo para poder soportar ese terrible dolor. He estado con muchas mujeres, no te lo voy a ocultar, solamente para rellenar el vacío que dejó Gisela. He tenido largas relaciones y solo relaciones sexuales. Ya con Isabella había sentado un poco más la cabeza, pero apenas nos veíamos y ya contigo... —dijo mientras sonreía y se encogía de hombros— Pues no sé qué pasará.

—Necesitamos tiempo para conocernos como amigos y amantes.

—Mmm lo de amante suena fenomenal y pienso igual que tú.

—Solo te voy a pedir que nunca me mientas. Detesto que me mientan y la infidelidad. Si vas a estar conmigo, será exclusivo. —No soy una persona que esté abierta a que mi chico se vaya morreando con otras. Si estás de acuerdo, estupendo. Si no... creo que esto termina aquí.

—¡Qué drástica te pones!

—Por lo que he visto en estos meses eres celoso y no creo que quieras compartirme.

—No, no. Tengo la misma opinión que tú. Pareja exclusiva.

—¿Tienes algo más que añadir?

—Mmm sí. Si lo dejamos, espero no verte en ningún programa de televisión contando nuestras intimidades.

—Ten por seguro que eso no lo haré, siempre y cuando no te pille con otra.
—dije mientras sonreía.

—No, ahora hablando en serio. Espero que no esperes de mí lo típico, es decir, ir cogidos por la calle de la mano, que quieras tenerme controlado las

veinticuatro horas, que durmamos siempre juntos y cosas por el estilo. Necesito mi espacio.

—No creo que te haya acosado mucho durante estos meses.

—Que va, al contrario. Y con Gio lo has hecho fenomenal. Antes siempre tenía que ir a buscarlo para estar un rato juntos y ahora viene a buscarme. Ese niño ha cambiado muchísimo desde que estás aquí y he de agradecértelo. Ahora es mucho más familiar y cariñoso.

—¿Cuándo hablas de agradecérmelo es en sentido metafórico o material?

—Era en sentido metafórico pero... ¿quieres algo material?

—No, no. Ya me has pagado puntualmente por eso. He ayudado a tu hijo en todo lo que he podido y para mí no ha significado un esfuerzo. Gio me cae súper bien y es un niño que si sigue por el mismo camino será una excelente persona.

—Yo creo que él ve en ti a su madre. Una noche me confesó que se arrepentía de haberte preguntado si querías ligar conmigo el primer día, porque ahora le parecías una buena mamá.

—Que tierno es.... dije con una sonrisa en los labios.

—¿Lista?

—Sí.

—¿Quieres que compartamos un postre que hacen aquí? Es panacota con mermelada de frutos rojos. Tiene la misma textura de un flan y está realmente bueno. No suelo tomar postre, pero cuando vengo aquí me doy el capricho.

—¿Nos pone una panacota para compartir? —le había comentado al camarero.

—Muy bien, ahora mismo se lo traigo. había dicho este.

—Después ya nos vamos a casa y me das el otro postre, ¿te parece bien?

—Pensaba que con lo de antes de cenar habías tenido suficiente.

—La verdad es que con uno o dos al día estaba satisfecho, pero creo que he vuelto a mi adolescencia junto con la primavera.

—¿Sabes algo de Isabella?

—Desde que lo dejamos oficialmente, nada.

—¿Cuánto tiempo te llevaste con ella?

—Casi tres años, pero más de la mitad del tiempo apenas hemos estado juntos. A ella no le gustan los niños y por eso no se llevaba muy bien con Gio.

—No hace falta que lo jures. Esa chica es muy egocéntrica.

—Bueno... dime algo más de ti. Supongo que habrás tenido alguna vez algún novio.

—Sí —la cara se me entristeció al recordar el pasado—. Solo he tenido uno, un gran amor. Los demás chicos no cuentan. Nos conocimos en primero de carrera. Era un compañero de la facultad. Después de cinco años de novios, nos prometimos y alquilamos una casa. Lo estábamos preparando todo para casarnos. Una mañana, él iba a su primer día trabajo y yo me iba a casa de mis padres porque esa noche nos quedamos a dormir en la casa cuando ocurrió lo peor. Una mujer se saltó un Stop y se chocó con el coche de mi prometido, con la mala suerte de que estaba pasando un camión y el coche se metió debajo, quedando prácticamente aplastado. Murió en el acto. Yo iba en el coche de atrás de él y ya te puedes imaginar lo que supuso aquello.

—Lo siento cariño, no sabía nada. Sabía qué hacía tiempo que no salías con un chico, pero nunca me hubiera imaginado que fuese eso. Pensaba que habías salido con chicos malos, que se habían portado mal contigo y te habían engañado. Pero nunca algo tan trágico.

—Ya lloré todo lo que tenía que llorar. Lo recordaré siempre, pero tal como me dijo su madre: «Cariño, la vida sigue. Ahora mismo te duele, pero en un futuro tu corazón sanará y podrás volver a conocer a alguien estupendo de quién enamorarte». Solo con recordarlo, mis ojos se pusieron vidriosos. Las lágrimas empezaban a aparecer.

—Joder, lo siento. Valiente cita.

—La cita es maravillosa y la compañía mejor aún —dije mientras le acariciaba la mejilla—, pero todavía hay cosas de mi pasado que duelen. Me vine a Madrid para pasar página y con un poco de tu ayuda, mi futuro amoroso será mucho mejor.

—Claro que sí preciosa. y me dio un fuerte beso en los labios y me abrazó. Anda, vámonos para casa.

En el camino de vuelta, apoyé mi cabeza contra su espalda y estuve pensando que no quería pasar ni una noche más sola. Que mi difunto novio me perdonase, pero necesitaba vivir y sentirme querida. Quería olvidar aquel trágico día y solamente Leo podría ayudarme a pasar página. Ya en la casa, el estado de ánimo de Leo había menguado considerablemente. Al juzgar por su rostro se veía la culpabilidad en él. Tal vez fuera por haber sacado el tema o por otra cosa, pero no se le veía tan animado. Él fue el primero en hablar:

—Supongo que esta noche querrás estar sola.

—Supones mal. No quiero dormir sola, siempre y cuando no te importe dormir conmigo.

—Estaré encantado de dormir contigo. ¿En tu cuarto o en el mío?

—Me da igual.

Leo me tomó de la mano y me llevó a su habitación. Él me fue desnudando y posteriormente, cuando me dejó únicamente en braguitas, me puso una camiseta suya. Leo también se desnudó y se puso únicamente un pantalón largo de tela y se metió en la cama preparándose para dormir, pero me volví hacia él y mirándole a los ojos le dije:

—Tómame de los pies a la cabeza y bésame. Quiero que me hagas sentir que estoy viva otra vez.

Y eso fue lo que hizo. Me besó, como si le fuera la vida en ello. Sentía que me derretía por momentos, solo para él. Nos desnudamos completamente e hice que Leo se tumbara sobre la cama y yo me subí a horcajadas encima de él. Deslicé mis manos por su torso y más allá del vientre para poder acariciarlo. ¿Me cansaría alguna vez de este hombre?

—Te deseo —susurré a Leo al oído, mientras le acariciaba la punta húmeda de su sexo— Tócame. —ordené.

—Haré lo que me pidas. —Me estremecí al sentir sus manos contra mis pechos. Luego deslizó un dedo en mi interior. ¡Ahhh...!— Estás muy húmeda —me dijo casi en un susurro.

Cogió un preservativo y al igual que había hecho la vez anterior, me lo dio para que se lo pusiera, pero esta vez fui yo la que estuvo encima de él cabalgándolo lentamente. Ambos teníamos las respiraciones agitadas y ya cuando los dos estábamos a punto de llegar al clímax, fue cuando hice que la

penetración fuera con más fuerza y mayor profundidad, llegando yo en primer lugar al orgasmo, seguido rápidamente por él. Los dos seguíamos jadeando y temblando después de haber llegado al clímax.

—Eres fabulosa. Si lo de esta tarde estuvo bien, lo de ahora ha sido maravilloso.

—Gracias.

—Vamos a vestirnos y a dormir un poco. Mañana hay que ir por Gio.

—Vale.

—Vente aquí preciosa, que tengo muchas ganas de hacerte la cucharita despierto, porque ya me he dado cuenta de que cuando hemos dormido, al final termino por hacértela inconscientemente. Hasta mi cuerpo lo sabía antes que mi cabeza.

—Buenas noches, Leo.

—Buenas noches, preciosa.

«Las pasiones son como los vientos, que son necesarios para dar movimiento a todo,

aunque a menudo sean causa de huracanes»

[Bernard Le Bouvier de Fontenell](#)

SÁBADO 7

Leo se había despertado antes que yo, porque cuando desperté, ya no estaba allí. Mejor. Después de aquella noche tan especial y fabulosa de sexo, algunos de mis viejos fantasmas habían aparecido otra vez. ¡No me podía estar pasando eso a mí! No estaba preparada para que la historia se volviese a repetir con Leo. ¿Y si esa era mi segunda oportunidad para ser feliz? ¿Tendría la mala suerte de que él volviese a desaparecer rápidamente de mi vida? El agobio rebosaba por todos los poros de mi cuerpo, y yo no sabía qué hacer con él. ¿Y si nos habíamos precipitado en empezar algo, tan pronto de haberlo dejado él con Isabella? Una vocecilla en mi interior me decía que dejara de pensar en eso y que disfrutase del momento, pero tenía muchas preguntas en la cabeza sin resolver. Tumbada sobre la cama, todavía podía notar esos besos tan ardientes que me había dado anoche. Ya eran las 10:00, y dentro de una hora había quedado Leo en ir a recoger a Gio. Entrando en la cocina, me encontré a Leo terminando de preparar el desayuno.

—Buenos días, dormilona. Iba a llevarte el desayuno a la cama.

—Pues ya ves, me he adelantado —estaba terminando de preparar las tostadas. Me acerqué a él y le di un beso en la boca. Apoyando mi cuerpo contra su espalda, y haciendo más presión sobre su trasero, decidí quitarle una de las tostadas que estaba untando con mantequilla. Él empezó a reírse, pero no dijo nada. —Yo le di un mordisco a la tostada, pero seguí moviéndome detrás de él.

—Si sigues así no vas a desayunar —seguí haciendo lo mismo y soltó el cuchillo. Me quitó la tostada y la puso sobre el plato. Se dio la vuelta, me cogió y me sentó sobre el mármol de la cocina. Yo abrí las piernas y él se acercó a mí.

—¿Quieres que te folle aquí en la cocina? —mi corazón empezó a latir a mil por horas.

—No tienes ningún preservativo.

—¿Quién ha dicho que yo quiera terminar? —supongo que vio la duda en mi rostro—. Además, estoy limpio. Me hice un test del sida hace dos semanas.

Y lo próximo que hizo fue romperme la braga de encaje, y a continuación,

meterme un dedo dentro de mi vagina y yo simplemente ya estaba más que mojada. Se bajó el pantalón y de un golpe se introdujo completamente dentro de mí. ¡Ah! Me tenía jadeando en cuestión de segundos y él seguía saliendo y entrando una y otra vez. Me agarré a sus hombros y no parábamos de besarnos. Notaba perfectamente toda su longitud. ¡Qué maravilla poder sentirlo sin un dichoso condón! Su piel contra la mía una y otra vez y cuando menos lo esperaba me dejé ir. Él fue parando poco a poco y a los instantes se salió de mí, dejándome extasiada y exhausta. Se separó de mí, y me ofreció su mano para que me bajara de la encimera. Me volvió a dar un beso y me indicó con la cabeza que me sentara en la mesa de la cocina.

—Volveré a calentar los cafés y las tostadas nos la tendremos que comer frías por tu culpa, señorita.

—Tienes tanta culpa como yo —reí— ¿A qué hora recogías a Gio?

—Pues en breves. El tiempo de desayunar y vestirme —dijo mientras colocaba nuestro desayuno sobre la mesa. —Desayunamos en silencio, compartiendo nuestras miradas. —¿Quieres venir a recogerlo?

—Tengo algunos asuntos que resolver. Yo te espero aquí mientras recojo el delicioso desayuno que me has preparado.

Me dio un rápido beso y se fue a vestir. Yo terminé de desayunar a lo justo, porque me sentía como en una nube. Casi podía flotar de lo bien que me sentía conmigo misma. Cuando llegó Gio, vino directamente a buscarme al apartamento. Yo estaba sentada en la mesa comedor con el portátil.

—¡Hola, Sófi!

—Hola, Gio. ¿Cómo te lo has pasado?

—Muy bien. Anoche Jorge nos estuvo contando historias de miedo y estuvimos comiendo palomitas mientras veíamos la tele —Gio siguió relatando todo lo que hicieron con todos los detalles.

—¿Dónde está tu padre?

—Se ha ido a la oficina, y la abuela, ¿ya llegó?

—Creo que tiene que estar al llegar.

A la hora de la comida, estábamos los cuatros sentados en la mesa y había un ambiente bastante cargado entre nosotros. Leo se había sentado enfrente de

mí, Gio a su lado y a mi lado María. Él y yo nos mirábamos y nos sonreíamos. Estábamos comiendo cuando se me ocurrió algo. Me quité la zapatilla y empecé a subir el pie por la pierna a Leo. Me miró con aquellos ojos azules que me hacían que me derritiera y cuando llegué a su entrepierna pude notar que ya estaba excitado. Estuve así un buen rato hasta que prácticamente terminamos de comer. Una vez que estábamos recogiendo la mesa, yo me encargaba de meter los platos en el lavavajillas, él se acercaba por detrás de mí y estuvo realizando lo mismo que yo le había hecho por la mañana. Una vez que María y yo terminamos de recoger me fui a buscarlo. Tenía ganas de él.

Toc toc

—¿Se puede? —pregunté.

—Pasa —dijo Leo mientras seguía hablando por teléfono— Sí, yo se lo digo ahora, vale, gracias Laura. Hasta luego. Era Laura, recordándome que esta noche os vais las chicas de cena. Pasa a recogerte a las 22:00, que vayas elegante.

—Vale gracias.

—¿Quieres algo más? —ahora parecía divertido y tenía la cara de pillín que tanto me gustaba.

—La verdad es que vengo a por mí postre.

—Me parece justo. ¿Uno rapidito y nos vamos a dormir la siesta?

—Claro, pero hoy toca en mi dormitorio o... ¿prefieres dormir en el salón?

La cama es mejor para la espalda.

Después de que me hiciera el amor indescriptiblemente, nos echamos la siesta y posteriormente de darnos nuestros respectivos besos de acostarnos y levantarnos, busqué a María para que me diera el visto bueno con la ropa que había elegido. Para esa noche, elegí un vestido en beige hasta las rodillas con el cuello terminado en forma de pico, como si el traje fuera cruzado por la zona delantera y como complementos: un cinturón negro que quedaba perfectamente debajo del pecho, unos zapatos cubiertos con un tacón razonable y cartera de mano a juego, ambos en color negro. Como hacía un poco de frío, utilicé una chaqueta negra. Me había alisado el pelo y ya estaba lista para salir cuando fui a darle las buenas noches a Gio. Leo estaba allí también despidiéndose de su hijo. Cuando me vio, se levantó de la cama y me dejó a

mí despedirme de él.

—¿Esta noche también vais a la discoteca?—había preguntado el niño.

—No Gio, esta noche tu padre se va con los chicos y yo con las chicas a cenar fuera.

—Ah.

—Hasta mañana, Gio.

—Hasta mañana, Sófi .Tras cerrar la puerta, Leo me cogió de imprevisto y me atrapó entre sus brazos.

—¡Eii! —dije por la sorpresa.

—¿Te pensabas que te ibas a ir sin darme mi maravilloso beso de buenas noches? ¿Sabes que estás realmente impresionante?

—Adulador.

—Cariño, solo tienes que mirarte al espejo pasa saber que estás preciosa. Pórtate bien, porque seguro que partes más de un corazón esta noche. Si puedo y me dejan, ¿te recojo y dormimos juntos?

—Claro que sí. —María nos pilló en pleno beso apasionado.

—Ejem, ejem

—Upss... ya nos vamos mamá. Un beso, que llego tarde —se lo dio a su madre y a mí— ¡Ahí está Laura, Sofía!

—Gracias por todo, María.

Al llegar todas al bar fuimos ocho chicas, entre solteras y casadas. Algunas tomaron vino, otras cervezas, cócteles y otras de las chicas refrescos, mientras esperábamos la cena.

—Bueno Sofía, ¿al final hubo tema con Leo? —me había preguntado Laura sin rodeos. Bueno, para aquellas que no la conocéis, Sofía trabaja como profesora interina para el hijo de Leo.

—Nos estamos conociendo.

—Conociéndoos estáis desde que llegaste a su casa, pero ¿ya habéis tenido sexo salvaje? Bueno, al juzgar la cara de Leo esta mañana yo diría que durmió acompañado.

—Lo siento, pero he firmado un contrato de privacidad y mi jefe me puede demandar si cuento algo de lo que pase en la casa —todas empezaron a reírse.

—Chica, si has podido pescarlo tienes mucha suerte. Yo le eché el ojo, pero por aquel tiempo ya había empezado a salir con Isabella, con que al final nada. —Había comentado una de las solteras.

—Más de una ha estado pillada por ese bombón. —dijo Laura mientras echaba una mirada a algunas de ellas.

—Sofía, cuando fuimos a la Warner y antes de que te echaran a la fuente, dijiste algo de que ya lo echarías al bote, ¿a qué te referías? —preguntó Marta.

—En la casa tenemos prohibido decir palabrotas. Cuando se dice alguna, hemos puesto como castigo que el que la diga tiene que poner un euro en el bote.

—¿Y funciona? —quiso saber Laura.

—Creo que sí. Al principio empezó a subir rápidamente, pero ya cada vez sube menos.

—Pues la verdad es que una buena idea. Mis hijos algunas veces están disparatados. Bueno chicas, después del postre hay que quemar algunas calorías. ¿Os apetece ir a alguna discoteca? —había comentado Laura.

—Sí, ¿pero a cuál vamos? —estuvo comentando otra de las nuevas.

Siguieron así un rato hasta que se pusieron de acuerdo. Yo, mientras tanto, había recibido un Whatsapp y lo iba a contestar:

Leonardo: Hola wapa, ya habéis terminado de cenar?

Sofía: Pues sí. Están mirando dónde quemar las calorías del postre.

Leonardo: Nosotros posiblemente vayamos a un pub que nos pilla cerca, para no tener que coger el coche.

Sofía: Mmm, creo que vamos a tu discoteca.

Leonardo: Mmm... y si convenzo a estos y nos vemos allí?

Sofía: No era noche de chicas? Jajaja

Leonardo: Jooo pero yo quiero estar contigo... :(

Sofía: Jajaja... eres horroroso :P

Leonardo: Te molestaría que al final tirásemos para allá?

Sofía: Todo lo contrario. Estaba pensando que si vinieras... pues..

Leonardo: :D pues.....

Sofía: Has estrenado la parte de atrás de tu coche?

Leonardo: :O Lo dices en serio?

Sofía: Claro¡, con esas cosas no se juegan.

Leonardo: Cariño, en media hora estoy allí, con hombres o sin ellos. Una invitación tan buena no se puede desaprovechar.

Sofía: jajaja. Tampoco te pases, que no me vas a dejar ni tomarme la primera copa. Tienes algún preservativo en el coche?

Leonardo: La copa siempre te la puedes tomar después :P, para lo otro ahora mismo busco una solución.

Sofía: Te dejo, que van a pagar y ya nos vamos. Primero vamos a ir a tomarnos algo a un pub. Tómatelo con filosofía.

Leonardo: Un beso, cariño.

Sofía: Otro para ti.

Cuando llegamos a un pub cerca del restaurante nos pusimos cómodas en una mesita y pedimos cócteles tanto con alcohol como sin él. El pub estaba lleno porque había una exhibición de salsa. Las chicas iban a esperar para verla y luego nos iríamos para la discoteca. Cuando fui al baño, me encontré con mi profesor de salsa. Por lo visto, su compañera llegaba tarde y necesitaba que lo ayudase.

—Sofía, por favor.

—Sabes perfectamente que llevo pocos meses y no soy igual que tu compañera.

—Me ha dicho el gerente que empiece ya, o que me olvide para siempre el querer hacer algo parecido.

—Ufff... me vas a deber una muy grande, que lo sepas.

—¿¡Eso es un sí!?

—Sí. Suelto el bolso y vengo. Eso sí te pido, nada de tirarme por el aire ni nada por el estilo.

—No te preocupes, básicamente haremos lo que has practicado en clase. Tú, solamente, déjate llevar. Vamos a bailar un poco de salsa.

—Buenas noches, señores y señoras. Perdonen la tardanza. Aquí os dejo al profesor de baile de salsa más famoso de toda Madrid. —Os pido un fuerte aplauso para él y su acompañante. todo el mundo estuvo aplaudiendo.

—Emma, aguántame el bolso, que voy a bailar un momento. Luego te cuento.

—Me temo que mi compañera ha sufrido un esguince, pero para el baile me va a acompañar una de mis últimas alumnas, la cual lleva tres meses en mi academia y ustedes mismos podrán observar el buen resultado que ha tenido esta chica en tan poco tiempo empezando desde cero. Lo único que necesitas para aprender a bailar salsa es ganas de pasártelo bien. Por favor, un fuerte aplauso para mi tímida acompañante. —Todo el mundo volvió a aplaudir.

Empezó la música, y mi profesor tomó mi mano derecha y me la besó. Nada más empezar, me dio dos vueltas completas seguidas. Me paró, hicimos un 8 con las manos y el profesor me pasó bajo sus piernas y cuando pasé, este levantó la pierna y me incorporó rápidamente. Tomó una de mis manos y me hizo un giro quedando nuevamente uno enfrente del otro. Nos tomamos de las manos y fuimos moviendo rápidamente los pies y las caderas. Posteriormente, estuvimos haciendo pases de un lado a otro mediante movimientos de brazos y piernas. Por mi petición, no hicimos ningún paso arriesgado ni complicado, ya que, tampoco llevaba el mejor traje para bailar. Dimos todo un señor espectáculo. Una vez que la música terminó, todo el mundo estuvo aplaudiendo y saludamos. Me volvió a girar para que nos cambiásemos de sitio y saludáramos a la otra parte del local. Cuando terminamos, el profesor me volvió a dar un beso en la mano.

—Muchas gracias, Sofía. —había susurrado en el oído.

Todo el mundo se acercó a nosotros, pero en cuanto pude me escabullí de allí y volví a la mesa dónde estaban mis compañeras. Tenía las mejillas rojas y estaba bastante acalorada.

—Vaya chica, estás hecha una caja de sorpresas. ¿Hay algo que se te de mal? —me había preguntado Laura con un tono entre ironía y sarcasmo.

—Pues fíjate, cocinar no se me da especialmente bien y tampoco sé coser.
—dije mientras las demás se reían al ver nuestras caras. —Gracias Emma.

—De nada. Por cierto tu móvil ha vibrado hace unos momentos.

Antes de mirar el móvil, de un solo trago me tomé el resto de mi cóctel. Estaba seca. La salsa era uno de los bailes en los cuales tenías que mover todo el cuerpo.

Leonardo: Me he quedado flipado al ver el vídeo. No me podía ni imaginar cómo has avanzado en las clases. Me podías decir a que ha venido ese espectáculo?

Sofía: Quién te lo ha mandado? Estás enfadado?

Leonardo: Laura. Debería estarlo?

Sofía: Creo que no.

Leonardo: Lo dices en serio?

Sofía: Sí claro. No he hecho nada malo. Para eso doy las clases, para saber bailar salsa.

Leonardo: No me refería a eso, si no dónde ponía tu profesor las manos. Estoy un poco celoso.

Sofía: Por lo visto, su compañera se retrasaba y necesitaba dar la exhibición. Me pidió el favor de que lo ayudara. Si no quieres que vuelva a bailar con él, ya sabes lo que tienes que hacer :p.

Leonardo: Lo pensaré :D. Os queda mucho para venir? Estoy deseando verte.

Sofía: Nos vamos en breve. Besitos

Después de mi espectáculo, nos fuimos directamente al Paradise. Laura que había estado muy charlatana durante la cena, ahora estaba un poco enfadada por la pérdida de protagonismo. Le encantaba ser el centro de atención, y yo se lo estaba quitando poco a poco, y eso no le estaba gustando nada. Cuando llegamos a la zona VIP de la discoteca, enseguida nos reunimos con los chicos. No éramos la única pareja que tenía ganas de verse. Leo tenía una sonrisa de oreja a oreja. En cuanto me vio se dirigió hacia mí. Me puso una mano en la parte posterior baja de la espalda, atrayéndome hacia él. Con

la otra mano, tomó mi rostro, y me besó allí en medio de todo el mundo. Los chicos estuvieron silbando hasta que paramos de besarnos. Leo me tomó de la mano y regresamos a su sitio. Él con una sonrisa de oreja a oreja, mientras que yo estaba sonrojada por el espectáculo tan apasionado que habíamos dado allí en medio. Cuando llegamos a la mesa, este se volvió a sentar en su silla alta y me atrajo hacía sí, quedando al lado de él.

—Te tomas una copa y desaparecemos —había susurrado al oído.

Lo miré con cara picarona, la misma que tenía él y acepté con la cabeza. Me deshice pronto de su brazo, ya que cogí a Emma y a Laura de la mano y nos fuimos las tres a bailar. La noche era joven y nosotras teníamos muchas ganas de bailar. Nuestros respectivos acompañantes no tardaron en ir a buscarnos. Leo me separó de Emma y empezó a bailar conmigo. Estaba feliz por estar allí pasándomelo tan bien, y esta vez podía tocarlo y besarlo sin ningún impedimento. En cuanto sonaron un par de canciones nos fuimos de allí. Fuimos directamente al aparcamiento.

—No me podía creer lo que habías escrito. Hace siglos que no lo hago en un coche.

—Yo también, pero si la ocasión lo requiere....

—Entra para adentro que es posible que te haga el amor aquí mismo. —dijo este cuando estábamos muy cerca del coche y empezamos los dos a reír.

—¿Dónde está aquel chico que me dijo que tenemos que ser cuidadosos con nuestra relación? —estaba preguntando, mientras él, me arrinconaba contra su coche.

—No tengo ni idea de dónde lo han metido. Tienes ante ti al Leonardo de dieciocho años con las hormonas a flor de piel y con ganas de ser amado —explicó mientras jugaba con mi pelo antes de volverme a besar en los labios.

El coche era un Audi Q7, con 5 puertas, negro y con los cristales traseros tintados. Lo ideal para dos amantes, ya que la parte trasera era espaciosa. Abrió el coche y ambos subimos. Nos devoramos a besos nada más entrar. Yo me subí a horcajadas encima de Leo, ya que previamente, me había subido el vestido hasta la cintura. Él tenía mejor acceso a mi cuello al tenerme enfrente. Mientras me estaba besando el cuello una de sus manos me quitaba el pelo del cuello y con la otra mano me tocaba un pecho. Yo gemía cada vez que él me recorría el cuello con sus deliciosos y cálidos labios. Intenté quitarle la

camisa de lino que llevaba, pero Leo no me dejó.

—Cariño, esto va a ser algo rapidito. Necesito que vuelvas a estar encima de mí —dijo mientras me miraba con ojos de deseo.

Me bajé de él. Leo se bajó el pantalón y la ropa interior dando lugar a una gran erección. Me fui a quitar las braguitas beige de encaje, pero él se ofreció a quitármelas. A continuación, me facilitó un preservativo, que por lo visto lo había comprado en las cajas expendedoras del cuarto de baño de la discoteca. Nada más ponérselo, me volví a subir a horcajadas encima de él. Ambos nos encontrábamos muy húmedos y la penetración fue rápida. En el coche lo único que se escuchaba era nuestros gemidos. Alcanzamos el orgasmo en cuestión de diez minutos. Cuando terminamos, nos volvimos a vestir y lo pusimos todo en su sitio antes de salir. Antes de abrir la puerta del coche, me volvió a besar, pero ya era un beso tierno, no como los que nos habíamos dado antes de entrar.

—Eres maravillosa. Nunca me pude imaginar que fueras así —dijo mientras me miraba directamente a los ojos.

—Gracias. Tú tampoco estás mal —afirmé mientras me bajaba del coche con una sonrisa de niña mala en los labios.

—¡Eh! Pero qué poca vergüenza tienes y me encanta. —exclamó mientras sonreía.

Cerró el coche y nos fuimos andando nuevamente a la discoteca con el brazo de él sobre mis hombros. Una vez dentro, Christian se me acercó y me preguntó si se lo podía dejar refiriéndose a Leo.

—Claro, te lo dejo un ratito —me aproximé a dónde estaba Emma.

—Me alegro de que tú y Leo estéis juntos. Es un buen chico y te hará feliz. Según me ha dicho Christian está bastante enamorado, pero que conste que yo no te he dicho nada.

—Gracias Emma, lo tendré en cuenta.

Leo y Christian venían con una botella de champán cada uno para invitar a todos los presentes, puesto que la próxima semana tenían el último partido de la temporada, y ya cogían vacaciones y posiblemente, fuera la última vez que se reunían. Una camarera trajo todas las copas y fue Laura quién las iba repartiendo. Todo el mundo tomó su copa y brindamos en grupo. Después de brindar estuvimos charlando un poco, y una hora más tardes nos despedimos

de todos. Emma y Christian se vinieron con nosotros, puesto que ya estaban algo cansados. Tras dejar a la pareja en su hogar, nos dirigimos directamente a casa. Antes de entrar, Leo me tocó el brazo para que no me bajara del coche que ya estaba aparcado en el garaje.

—¿Dónde dormimos esta noche? —preguntó, mientras me acariciaba el dorso de la mano.

—¿Eso es una proposición, señor Leonardo?

—En toda regla, señorita —dijo mientras sonreía pícaramente.

—¿Cuándo tienes partido?

—El jueves, ¿por qué lo preguntas?

—¿Cuántos días tienes que estar sin mantener relaciones?

—Mínimo dos días, sin contar el día del partido.

—Entonces... ¿podemos hacer todavía algo esta noche y mañana?

—Mmm sí.

—Entonces a mi cuarto, que está más lejos del dormitorio de tu familia.

—Ok, me parece perfecto. Me cambio y voy para tu dormitorio.

—Allí te espero.

Antes de separarnos en el pasillo, él me tomó la mano y me atrajo hacia sí para darme un rápido beso. Cuando Leo llegó a mi dormitorio se acostó, me acurruqué en sus brazos y ambos nos quedamos prácticamente dormidos a la vez. Estábamos algo cansados del día tan completo que habíamos tenido.

DOMINGO 8

Eran las 9:30 y me había despertado antes que Leo. Por la ventana entraba un rayo de luz que iluminaba un poco la habitación. Estaba observando como aquel dios griego estaba medio desnudo durmiendo plácidamente en mi cama. Todavía no me lo podía creer. Pero qué guapísimo era. Me daba pena despertarlo, pero pensé en que lo podía ir despertando a besos. Le fui repartiendo besos por toda su espalda. Empecé desde la parte baja del pantalón y fui subiendo progresivamente. No me dio tiempo llegar hasta el cuello cuando ya se había vuelto. Ahora empecé a darle besos por el cuello y fui bajando muy despacio hasta llegar a la zona del pantalón. Comprobé que su pantalón sobresalía un gran bulto: volvía a estar listo para mí. ¡Por favor, este hombre era incansable!

—Buenos días —dijo Leo.

—Buenos días. Él también me está dando los buenos días —refiriéndose a su pene.

—Él también está contento porque nos despiertes. Los dos tenemos ganas de desayunarnos a Sófi.

—Mmm... que bien suena eso —Este se subió sobre mí y escuchamos la voz de Gio llamándome.

—¿Sófi, estás despierta? —preguntó Gio, mientras tanto los dos nos quedamos quietos. Teníamos pocos segundos antes de que el chico entrara en el cuarto.

—Al suelo —ordené y prácticamente lo tiré de la cama.

—Hola, Sófi.

—Hola, cariño. ¿Ya has desayunado?

—No.

—Pues vete para la cocina y ahora mismo voy yo, en cuanto haga un pis, ¿vale?

—¿No quieres que te espere?

—Bueno sí, pero espérame fuera y cierra la puerta, que hoy no me he

puesto pijama.

—Ah, vale, vale —dijo Gio mientras cerraba la puerta.

—¿Estás bien, Leo? —le había preguntado en un susurro.

—No es el sitio más cómodo que he estado, pero estoy bien.

—Te espero en la cocina.

—Buenos días.

—Hola papá —como era normal, Leo repartió besos en la mejilla a toda su familia, incluyéndome. María notó la complicidad que había entre nosotros.

—¿Qué vais a hacer hoy? —preguntó Leo de forma generalizada.

—Gio y yo vamos a estudiar para el examen del martes de la primera evaluación —dije con cara de diciéndole lo siento.

—Yo he quedado con unas amigas para comer —comentó María.

—¿Y tú papi, que vas a hacer?

—Yo me iré a la oficina a ponerme al día con los papeles —dijo Leo no muy convencido.

A las 12:30 dejé a Gio estudiando en su dormitorio. Le había explicado los dos temas y habíamos hecho un pequeño guion de lo que se tenía que saber, y mientras Gio estudiaba, fui a darle una vuelta al padre. Llamé a la puerta del despacho y a continuación entré. Leo estaba al teléfono con alguien. Me hizo señas para que entrara y me sentara en su pierna mientras terminaba la conversación. Yo empecé a repartirle pequeños besos en el cuello y a los pocos segundos colgó el teléfono.

—¡Eres horrorosa! He estado a punto de gemirle a mi entrenador por teléfono.

—Tienes diez minutos para hacerme el amor aquí mismo antes de que me vaya a continuar con las clases de Gio.

—No tengo ningún preservativo aquí —dijo mientras ponía cara de pena.

—Oh... pues entonces me tendré que ir.

Inmediatamente me hizo hueco entre sus papeles y me plantó el trasero encima de la mesa. Me subió la falda vaquera que llevaba y él se bajó los

pantalones e inmediatamente me penetró. ¡Ahhh...! Eso de practicar sexo sin condón era lo mejor que había descubierto. El contacto de piel contra piel era lo más maravilloso del mundo. Era la segunda vez que lo hacíamos sin condón. No debería volver a pasar por el bien de los dos. Leo me estuvo penetrando hasta que alcancé el orgasmo. Tuvo que reprimirse mucho para no correrse dentro, ya que en cuanto yo llegué al clímax él se paró. Lo hubiera matado si se hubiera atrevido a ello. Cuando terminé, me senté sobre su pierna y nos estábamos dando unos tiernos besos para despedirnos hasta la hora de la comida.

—Creo que deberías ir al ginecólogo y que te mandara la píldora o el aro. Esto de tener que estar más que pendiente de los preservativos nos va a matar.

—Aunque me mande alguna de las dos opciones, durante el primer mes también te tendrías que poner el preservativo.

—Me da igual. Pero ya el resto del tiempo puedo hacerte el amor en cualquier sitio y en cualquier momento sin tener que buscar un maldito condón. ¿Sabes que me estás volviendo loco? No sé cómo voy a aguantar hasta el jueves sin hacerte el amor.

—Mmm ducha de agua bien fría y cada cual dormir en su cama.

—¿No dirás en serio lo de dormir separados?

—¿Ya se te ha olvidado la escena de hoy? Además, va a ser mucho mejor para ti.

El móvil de Leo había empezado a sonar...

—Dígame

—.....

—Hola —contestó él. Había tapado el auricular con la mano y me habló:— ¿nos vemos luego? —Supe a la perfección que me estaba invitando a que me fuera y acepté con una inclinación de la cabeza.

Después de comer me contó lo que iba a hacer por la tarde e intentaría no volver muy tarde de la gala benéfica que tenía a las 20:30. No omitió el detalle de que tenía que ir con Isabella, a esa gala a la cual los habían invitado hacía muchos meses atrás. No me hizo mucha gracia que se volviera a ver con Isabella, pero... ¿tenía alguna opción? Solo esperaba y deseaba que esta vez

después de su reencuentro no me diera la patada a mí.

LUNES 9

Era un lunes como cualquier otro en cuanto a rutina. Giovanni se había ido al colegio, María y yo nos habíamos ido al gimnasio, pero había una diferencia significativa: Leo no había regresado a casa a dormir, ni se había puesto en contacto conmigo. Estaba considerablemente molesta, pero tampoco quería agobiarlo con miles de preguntas. Llegó la hora de la comida y seguía sin noticias de él. Decidí que tenía que seguir haciendo vida normal para que Gio no notara nada, aunque por dentro me estuviese muriendo por no saber nada de él. Gio ya había terminado con todas sus actividades extraescolares, por lo tanto echaríamos la tarde en la piscina. María estaba tomando el sol, mientras que Gio y yo jugábamos a la pelota dentro de la piscina. Habíamos colocado una pequeña portería y estábamos jugando al waterpolo. Cuando Leo llegó a casa, llevaba un vaquero y un polo, nada que ver con el esmoquin negro que llevaba la noche anterior.

—Sófi, no vale —había protestado Gio porque estaba perdiendo.

—Eres muy malo Gio parando los balones, menos mal que con el pie se te da mejor —le había dicho con una sonrisa.

—Tal vez necesitas un contrincante de tu tamaño —me había contestado Leo, en voz alta, desde la entrada a la piscina. Yo me volví, aunque ya sabía que era él— Gio tiene que aprender a perder. No siempre se gana en esta vida —contesté a Leo algo seria. Ya podía haber tenido la decencia de hacer una puta llamada.

—Si uno es bueno en lo que hace, nunca tiene que perder. Me cambio y te demuestro que seguro que a mí no me metes tantos puntos —dijo el muy fanfarrón.

—Déjame hacer un par de largos para calentar —mientras iba calentando, yo empecé a cambiar la portería de sitio. De estar en la zona menos profunda a la más profunda. —Él se paró— ¿Por qué cambias la portería de sitio?

—Me voy a enfrentar a alguien de mi tamaño, pero con las mismas ventajas para ambos.

Tiré el primer balón y lo metí. El segundo lo paró y a continuación, continué tirando balones. Algunos los parabas y otros no. María y Gio se

fueron a ducharse cuando ya estuvieron cansados de ver tantos balones ir y venir.

—Ves, como no eres tan buena —había dicho Leo.

—Ves, como siempre no ganas —contesté.

—¿Quieres que cambiemos de sitio y vemos lo buena que eres parando?

—No gracias, yo sé que puedo perder —dije mientras me estaba saliendo de la piscina

—¿A dónde vas?

—Afuera, tengo frío —me salí de la piscina y me envolví en una toalla. Leo también se salió y vino a buscarme.

—¿Me dejas un hueco contigo en la toalla? —preguntó este algo meloso.

—Búscate una.

—Eh, ¿qué te pasa?, ¿a qué viene esa cara de enfado? —dijo Leo mientras me cogía de la barbilla para que lo mirase a los ojos. ¿Es porque no he venido a casa a dormir? —preguntó con una sonrisita en los labios. ¡Dios, que cachetada le daba! Me deshice de su mano y me estaba marchando a mi apartamento cuando él me atrapó entre sus brazos— Vaya, mi princesita está celosa. En mi defensa tengo que decir que me dejé el móvil y las llaves aquí con las prisas. Al final, Laura y Jorge nos recogieron a mí y a Isabella y fuimos los cuatros en el mismo coche. Como anoche nos recogimos muy tarde y no tenía nada, me dejaron dormir en su casa. Esta mañana, me ha sido imposible venir a casa y me fui directamente a entrenar, y no he venido a comer porque el místico quería hablar con nosotros después de comer y bueno... ya el resto lo sabes. He llamado varias veces a mi móvil por si alguien lo escuchaba y lo cogía, pero no he tenido suerte. El de casa estaba mal colocado y lo siento, pero tu número no me lo sé. ¿Me perdonas? —había dicho con cara de pena— Estoy muy bien contigo como para hacer alguna estupidez con Isabella. Anda... dame un beso de reconciliación.

—Yo no te he dicho que te haya perdonado —dije menos molesta— ¿Todavía me tienes que explicar el chupetón que tienes en el cuello? —había preguntado en forma de broma.

—¡No me fastidies que al final me dejó un chupetón! —soltó el muy

descarado, dejándome muy sorprendida— No me quieras tomar el pelo. A mi cuello no se acercó ninguna vampiresa.

Después de eso ya pude respirar de alivio y le di un beso de bienvenida, pero él quería otro más pasional de reconciliación. Estaba preparando la ropa para ponerme después de la ducha cuando apareció Leo en mi dormitorio. Nada más entrar, cerró la puerta y me apoyó contra ella apegando su húmedo cuerpo al mío. Empezó a besarme salvajemente. A continuación, empezó a quitarme la parte superior del bikini ¡Joder, este hombre me ponía cardíaca y cachonda en minutos! Continuó besándome el cuello mientras que con su mano izquierda me apretaba contra él y con la otra estaba jugando con mi pezón. ¡Qué ganas de sentirlo dentro de mí, saboreando como me llenaba! Me tomó de la mano y me llevó hasta la cama. Hizo que me subiera en ella y luego él se subió encima de mí, totalmente desnudo. Me besó en la boca y empezó a descender por mi cuerpo. Me estuvo lamiendo y succionando mis pezones. Continuó bajando hasta llegar a la braguita del bikini. Me la quitó y continuó bajando, pasando por mis costillas. A continuación, siguió descendiendo por mis costados y me estuvo besando los muslos interiores y una vez que llegó hasta la rodilla, se volvió realizando el camino inverso. Se quitó de encima de mí y se tumbó entre mis piernas. Colocó su boca en mi clítoris y empezó a lamermme. ¡Joder, que maravilla! Pasaba su lengua una y otra vez sobre mi clítoris y mis labios vaginales. Tenía muchas ganas de moverme contra su boca, para sentir mejor cómo me succionaba. ¡Me iba a volver loca! Una vez que me tuvo al límite de alcanzar el orgasmo, se paró, e hizo que colocara mis piernas sobre sus hombros. Despacio, me penetró y fue moviéndose poco a poco. Era la segunda vez que hacía esa postura. La primera vez fue con Klaus y el orgasmo fue alucinante. Cada vez que él entraba, yo tenía que gemir. Las penetraciones eran profundas y muy intensas. Entraba y salía de mí, despacio. Mi cuerpo se arqueaba cada vez que me penetraba. Poco a poco empezó a coger velocidad y en cuestión de minutos ambos alcanzamos el maravilloso orgasmo. Como se solía decir, el polvo de reconciliación fue apoteósico.

JUEVES 12

Por fin, había llegado el último partido de Leo de la temporada. Ese día jugaban en Valencia y por lo tanto, no estaría en casa en todo el día, y cuando regresase sería a altas horas de la madrugada. Los días previos al partido habíamos dormido cada uno en nuestros respectivos dormitorios, para evitar tentaciones. Después de comer, Leo se había puesto en contacto conmigo vía Whatsapp:

Leonardo: Hola, cómo se ha levantado mi princesita hoy?

Sofia: Muy bien. Y tú, qué tal has dormido?

Leonardo: Muy bien. Me he levantado súper contento porque es el último partido de la temporada. En cuanto Gio termine las clases, nos vamos de vacaciones.

Sofia: Me alegro mucho. A dónde vais a ir?

Leonardo: Me gustaría que Gio visitase a sus abuelos maternos. Vamos dos veces al año. Italia no lo conocías, verdad?

Sofia: Para mi desgracia no :(

Leonardo: Pues vete pensando que ciudad quieres visitar. Por lo pronto Florencia, que es dónde viven los abuelos de Gio.

Sofia: Vaya... pensaba que a mí también me ibas a dar vacaciones

Leonardo: Por supuesto, pero vacaciones en familia ;p

Sofia: Jajaja, eso suena maravillosamente bien

Leonardo: Vas a ver el partido?

Sofia: Sí, aunque tus mayores fan me han dejado sola.

Leonardo: Siento escuchar eso. Te dejo, que me llama el míster. Quiere hablar con nosotros antes del partido. Un beso, princesa.

Sofia: Otro para ti. Mucha mierda :D

Leonardo: Gracias

Gio se había ido a dormir a casa de Laura, y desde allí, mañana se iría para el colegio. María había quedado con las amigas para cenar fuera y yo

tenía pensado pasar la noche en casa o quedar con Margui, pero...

—Dígame

—Hola Sofia, soy Emma.

—Hola Emma, ¿qué tal estás?

—Muy bien. Te llamaba por si os apetecía a ti y a Gio veniros a cenar a casa con nosotras.

—La verdad es que Gio pasa la noche en casa de Laura, pero cuenta conmigo. Me he quedado sola en casa. María también ha salido con las amigas.

—Perfecto. Te espero a las 20:00 y así podemos ver juntas el partido.

—Me parece perfecto. Hasta dentro de un rato.

A las 20:05 llamaba a la puerta de Emma:

—Hola Sofia, pasa. Los chicos están a punto de empezar el partido. Ya han calentado y todo.

—Hola Emma, hola Daniela.... ¡pero qué grande está! ¡Cuánto ha crecido!

—Sí, ha dado un buen estirón. Ya está empezando a dar sus primeros pasos y más que quiere estar en el suelo.

—Eso es muy buena señal.

—He preparado para cenar algo ligero, una ensalada, que tenemos que cuidar la dieta.

—Uff no me hables de dieta que estoy hasta el gorro.

—Como yo, pero qué se le va a hacer. Sofia, te quería explicar por qué la otra vez no te llamé.

—No tienes por qué darme explicaciones. Tus razones tendrías.

—Te lo agradezco, pero creo que te lo debo: Después de la barbacoa, Jorge habló con mi marido. Le dijo que para que tú pudieras entrar en el grupo, Laura tenía que darte el visto bueno y en esos momentos no lo tenías, con que, nos ordenó que no volviéramos a quedar contigo. A Jorge le sentó muy mal que nosotros te invitáramos a comer a nuestra casa y le dijo a Christian, con palabras textuales que: No es lo mismo echar una partida al

póquer en su casa a que salga con nosotros en público. Amablemente nos recordó, que si volvíamos a quedar contigo, tendría que volver pasar el procedimiento de aceptación y tanto Christian como yo lo pasamos muy mal. Nos llevamos un tiempo que eran continuas peleas. Solo quiero que tengas cuidado con Laura y debes llevarte bien con ella porque es muy amiga de Leo.

—Gracias por contármelo Emma y ya había notado algo sobre Laura.

—Laura y yo, no nos llevamos precisamente bien. Tenemos caracteres muy diferentes. Yo me parezco más a ti, por lo que te conozco. Por eso me dio mucha rabia que no me dejara volver a quedar contigo porque me caíste genial.

—Tú también me caíste muy bien.

—Me alegro de que estés con Leo. La verdad es que se le ve muy alegre y me alegro muchísimo por él, es un buen chico.

—Leo me comentó que quería llevar lo nuestro en secreto. ¿A ti también te pasó lo mismo?

—Pues sí, la verdad. Cuanto menos se propague nuestra vida personal mejor.

—Sé que te va a parecer una tontería, pero tengo miedo de Isabella, de que Leo abra los ojos y se dé cuenta de lo guapísima que es Isabella o que Laura me coja manía y entonces me deje.

—Isabella es tan estúpida como Laura y las dos se llevan perfectamente, pero a Leo nunca lo había visto tan enamorado y hace bastante tiempo que lo conozco.

—Espero que eso no cambie nunca.

—Ya verás cómo no. ¡Uoohhh! ¡Otro gol! Los chicos se van a venir muy contentos para casa.

—Emma, volviendo al tema de antes. Si no te importa, mejor que nadie sepa que nos hemos visto. No hay que cabrear al ogro de Laura —empezamos a reír.

—Te doy toda la razón.

—¿Ustedes también fuisteis a la gala benéfica, verdad?

—Sí. Es un acto muy bonito para recaudar dinero para diferentes proyectos. ¿No te ha contado Leo nada?

—No, absolutamente nada. Solo sabía que iba con Isabella, pero nada más. Tampoco he querido preguntarle aunque me moría de ganas por saber.

—Mmm pues te cuento: mi marido llamó a Leo y le dijo que se viniera con nosotros, pero ya se iba a ir con Jorge. Es una tontería llevar tantos coches y después no pueden beber alcohol, aunque no suelen beber mucho. Cuando Leo te iba a mandar fotos de la mesa, se dio cuenta de que había dejado el móvil y las llaves de casa en su dormitorio con las prisas. Viendo el panorama, pues se fue a dormir a casa de Laura. Ya por la mañana, se le pagaron un poco las sábanas a todos, porque la mayoría llegó tarde al entrenamiento.

—Gracias por contármelo. Me dejas más tranquila. Yo me había pensado que había pasado la noche con Isabella, con que imagínate el cabreo que tenía por la tarde.

—Normal. A mí me hubiera pasado lo mismo. Isabella estuvo intentando que Leo estuviera más acaramelado con ella, pero en cuanto pudo se la quitó de encima. Se hicieron las típicas fotos nada más entrar en pareja, pero en cuanto entraron, se distanció de ella. Parece como si la hubiera aborrecido.

—Mejor. Gracias por contármelo. Anda, dámela que voy a pasear con ella un poco —dijo mientras ponía a Daniela a andar por la alfombra— ¿Cuándo le vais a dar un hermanito?

—Vamos a esperar un año o dos más. Queremos disfrutar un poco más de su niñez. A ver si la enana se pone grande y ya empieza a ir al colegio. ¿Te gustaría ser madre pronto?

—Para mi desgracia, el reloj biológico empieza a sonar. Yo pensaba que eso era un cuento, pero es verdad. Cada vez que veo un crío tengo que mirarlo.

—Si sigues con Leo, seguro que aumentáis pronto la familia. A él también le gustan mucho los niños. Siempre que viene a casa juega con Daniela.

—¡Exagerada! —dijo mientras le sacaba la lengua a Emma con una gran sonrisa que se me iluminaba el rostro.

La noche continuó muy animada en casa de Emma. No me había reído más en mi vida mientras me contaba viejas anécdotas de Christian cuando estaban de novios. Cuando ya eran las 23:00 me fui dando un paseo a casa, tal como

había ido. Diez minutos andando no era distancia como para coger el coche. Por el camino le mandé un Whatsapp a Leo:

Sofia: Excelente partido. Me alegro mucho de que hayáis ganado. Ya me voy para la cama. Mañana me tomo el día libre de gimnasio.

Leonardo: Gracias. Cómo que el día libre? Tenemos mucho día para estar juntos. Además, podemos ir por la tarde los dos.

Sofia: Desde ayer estoy en rojo y no me apetece ir a sudar. Hoy también me lo he tomado libre.

Leonardo: Te refieres a que estás con la menstruación?

Sofia: Exacto

Leonardo: Jo... no me digas eso. Cuántos días te quedan?

Sofia: Mañana será el último

Leonardo: Bueno, tampoco está mal. Has empezado a tomarte la pastilla?

Sofia: Sí. Ayer fue la primera. Tened cuidado en el viaje. Un beso y a disfrutar de vuestra goleada.

Leonardo: Gracias. Mañana nos vemos. Que descanses princesa.

VIERNES 13

Era las 10:00 cuando me dirigí hacia el dormitorio de Leo con intención de despertarlo a besos. Al principio, estaba tan dormido que no se dio cuenta, pero cuando cesaron los besos se giró porque quería más. Cuando abrió aquellos preciosos ojos, las maripositas en mi interior empezaron a revolotear. ¡Qué guapo estaba recién levantado y con el pelo alborotado!

—Buenos días, dormilón.

—Buenos días, preciosa —me atrapó y me tumbó sobre la cama y él se echó sobre mí.

—Que buen despertar tienes.

—¿Has visto?

—Ya veo. ¿Una noche movidita?

—Sí, mucho. —reí— Llegué a casa de madrugada y directamente me vine a dormir un poco, ya que, tanto en el avión como en el autobús, venían todos muy contentos por la gran victoria y había tanto jaleo que me fue imposible echar una cabezada. Menos mal que hoy estoy ya libre y podré dormir la siesta —estaba dándome pequeños bocados en el cuello— Mmm... antes de devorarte en la cama me gustaría desayunar. Por cierto, ¿hay alguien en la casa?

—Está el servicio. Hoy toca limpieza a fondo, con que, vístete y vamos a la cocina para que puedan trabajar.

—Perfecto.

—¿Café y tostada?

—Sí, por favor.

—Nos vemos en la cocina.

Una vez que llegué a la cocina, preparé el desayuno para ambos. El servicio estaba de limpieza y a mí no se me iba a caer los anillos, metafóricamente hablando porque solo tenía uno, en preparar dos cafés y un par de tostadas con mantequilla.

—Mmm que me gusta el olor a café —había afirmado a Leo.

—La verdad es que huele mejor de lo que sabe. ¿Qué tienes pensado hacer esta noche?

—Pues no he pensado en nada. ¿Alguna propuesta?

—Podíamos salir a tomar algo. Esta noche organizan una fiesta en la discoteca: Rojo y blanco, creo recordar. Habrá gogós de ambos sexos y algunas sorpresas.

—Se pone interesante... ¿En qué consiste exactamente?

—Todas las personas que vayan vestidos de esos colores, y que tengan una invitación previa por supuesto, entrará en un sorteo para una estancia de dos noches en un hotel.

—Interesante marketing.

—Gracias. ¿Hago unas llamadas a ver quién se apunta?

—Me parece perfecto.

Al final solo se animaron Christian y Emma. Los demás, o bien tenían planes, o tenía algún niño enfermo. Me quedé pensando en que hacía tiempo que no quedaba con Margui y la verdad era que la extrañaba. Últimamente tenía mucho trabajo y era complicado contactar con ella. Cuando alguna noche la llamaba ya tenía el móvil apagado. Menos mal que estábamos en contacto mediante los [Whatsapp](#). ¿Cómo habíamos vivido sin eso hasta hoy en día? Supongo que nos volveremos adictos a la tecnología.

—He quedado con la parejita a las 21:30 en el bar para ir antes a cenar.

—Estupendo.

—¿Qué te piensas poner?

—No lo sé todavía, pero posiblemente algo en rojo. El último día que fui con tu madre de compras, me compré un vestido entallado de palabra de honor en rojo y negro metalizado por la rodilla y posiblemente me ponga ese con los complementos en negro y el pelo recogido.

—Me parece perfecto. Yo creo que voy a poner pantalón en negro y camisa blanca.

María y Gio se habían quedado en casa viendo una película, mientras que nosotros nos fuimos a cenar con Emma y Christian a un bar de tapas. Pedimos

unos cuantos montaditos y antes de que pagáramos la cuenta, nos llamó Jorge de que ellos iban directamente para la discoteca junto con Eduardo. Tras pagar nos fuimos al Paradise. Tras entrar y saludar a todos los que estaban allí, pedimos unas copas y las chicas nos fuimos todas a bailar mientras que los chicos se quedaron en los asientos hablando tranquilamente.

—Emma, ¿tienes que ir al baño?

—La verdad es que sí. Te acompaño.

—Laura, ahora venimos que vamos al baño —ella asintió con la cabeza. Parecía que el enfado conmigo ya se le había pasado.

Leo a pesar de que estaba en plena conversación con los chicos, me hizo gestos preguntándome a dónde iba y yo le indiqué que al baño, y este me guiñó un ojo. Al salir del baño Emma me susurró al oído:

—Ten cuidado, por ahí viene Víctor.

—Hola preciosa... cada día estás más buena. Solo con mirarte se me hace la boca agua —afirmó el muy descarado mientras me cogía de la barbilla y yo echándome hacía atrás me había soltado de su mano—. Hui que arisca, ¿no me das un besito? Claro, como Leo te los da todos ahora... ¡Eh! ¿A dónde vas? —había preguntado mientras me agarraba de la muñeca.

—Haz el favor de soltarme.

—¿Y si no quiero? —gritó desafiante. Me dio un fuerte jalón del brazo atrayéndome hacia sí mismo. Con una mano me tenía agarrada la muñeca y con la otra puesta en la zona lumbar me tenía atrapada, colocada de tal forma, que uno de mis hombros daba directamente con su pecho y me dijo al oído— Te voy a hacer una confesión: me has gustado desde que te vi el primer día en la discoteca y se me ha hecho la boca agua al descubrir el carácter que tienes. Seguramente tienes que ser una fiera en la cama y me encantaría descubrirlo ahora y aquí.

—Suéltame, es la última vez que te lo repito —exclamé mirándolo directamente a los ojos.

—Sabes qué... vamos a hacer una cosa mejor. Te vas a venir a los baños conmigo y me la vas a chupar hasta que me corra en tu preciosa boca. ¿Te parece bien?

Víctor tenía más fuerza que yo y sujetándome por la muñeca me arrastró hasta los servicios de los caballeros, los cuales estaban totalmente desiertos. Intentó meterme en uno de los baños individuales, pero yo me resistí. Por mucho que él quiso no pudo meterme y entonces cambió de táctica. Me puso contra la pared, agarrándome ambas muñecas con sus dos manos y apegó su cuerpo contra el mío, refregando su erección contra mí. Empezó a besarme el cuello y quiso besarme en la boca, pero obviamente no me dejé. Molesto por no conseguir besarme, se separó de mí e intentó con una de sus manos atrapar mis dos muñecas. Intenté darle un rodillazo en su sexo, pero al ser un traje estrecho no pude darle tan fuerte como quise. Le rocé un poco, lo suficiente para que me soltara y perdiera el equilibrio al intentar protegerse. Al desequilibrarse, pude salir corriendo a buscar a un portero o a cualquier persona menos a Leo, puesto que no quería que tuviera una pelea con su compañero de trabajo. Con aquellos tacones apenas pude correr y me pilló cuando salía del baño de los chicos. Volvió a cogerme ahora por la cintura y empezó a besarme apretándome contra la pared, allí delante del todo el mundo sin importarle quién nos pudiera ver. Yo quería empujarlo, pero no podía. Estaba tan cerca, haciendo tanta presión con su cuerpo, que no podía empujarlo con las manos. Cuando él se apartó un poco, le asesté un golpe con la mano, de abajo hacia arriba partiéndole la nariz. Víctor al comprobar que tenía sangre me dio un manotazo partiéndome el labio y estuvo a punto de tirarme al suelo, con la suerte de que la pared amortiguó un poco el retroceso. En ese momento, apareció tres seguratas y Leo. Christian me ayudó a incorporarme mientras que Leo le propinaba un par de puñetazos a Víctor en la mejilla tirándolo al suelo. No siguió más porque yo me interpuse.

—No vale la pena, Leo.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí, sí. No te preocupes.

—Llévároslo de aquí y meterlo en una oficina pero quedaros con él. Que lo vea el médico. Ahora bajo yo.

—¿Qué vas a hacer con él? Por favor, ni se te ocurra pegarle.

—No te preocupes. Voy a llamar a mi abogado para ver que hago con él. ¿Lo denunciarías?

—Si crees que es lo mejor y no te afectará, sí.

—Toma, ponte esto en el labio y siéntate —pidió Leo mientras que Emma me había facilitado un pañuelo con hielo para mi labio y otro para la mano de este.

—Gracias Emma.

—En cuanto solucione esto, vengo por ti y nos vamos para casa. ¿te parece bien?

—Sí —Leo me dio un beso en la frente.

Al cabo del tiempo volvió Leo con malas noticias. Si lo denunciaba se podrían complicar las cosas, tanto personales como profesionales para él.

—He hablado con mi abogado y me aconseja que no denuncies.

—¿Sigue abajo?

—Sí, lo está curando un médico que tenemos aquí. ¿Por qué lo dices?

—Quiero hablar con él, pero a solas.

—Ni lo sueñes. No pienso dejarte con él a solas.

—¿Tenéis esposas?

—Sí.

—Pues esposarlo y entraré. El médico que no se vaya muy lejos —mi mirada era fría y calculadora. Ese mierda lo iba a pagar, sí o sí.

—¿Qué vas a hacerle?

—Mejor que no sepas nada. Solamente quiero que me olvide.

—Pasa —ordenó Leo con los ojos llenos de furia.

—Hola preciosa... que amable de tu parte venir a ver cómo estoy. ¿Has venido a terminar lo que empezamos? Esta vez tendrás que hacer tú todo el trabajo, ya que me han esposado —lo habían esposado por detrás de su espalda—. La verdad es que me he puesto muy cachondo. Y cuando te miro me pongo más.

—Cuando quieras salir llama a la puerta. Te doy diez minutos. Ni uno más —me dijo Leo.

—Vale. Estaré bien —afirmé mientras me aproximaba a dónde estaba

Víctor—. Vamos al grano que tenemos poco tiempo.

—Yo sabía...

—¡Cállate imbécil! —grité mientras daba un manotazo a la mesa con ambas manos. Tenía la mano izquierda sobre la mesa y con el dedo levantado de la mano derecha le estaba haciendo hincapié— Te advertí que si volvías a molestarme lo ibas a pasar mal.

—El que me rompieras la nariz, tampoco ha sido para tanto.

—Me alegro —le sonreí—, porque te la van a tener que poner otra vez en su sitio —tomándolo por el pelo lo cogí y lo estampé contra la mesa. Él empezó a chillar, pero nadie apareció tras la puerta. La nariz se le volvió a salir de su sitio y le empezó a sangrar nuevamente.

—¡Hija de puta, me has vuelto a romper la nariz! —ahora estaba algo más cabreado. Tenía toda la nariz y parte de la boca ensangrentada y en su camisa blanca también había bastante sangre.

—Espera, que todavía no he terminado contigo. También me voy a cobrar la mierda que le echaste a mi copa —mirando hacia los lados encontré un paraguas y decidí utilizarlo.

—¡Zorra, te juro que en cuanto te vuelva a ver te follo donde te pille!, ¡puta! —Él había perdido los nervios, pero yo estaba realmente tranquila, sin levantarle la voz.

—Como eres muy macho, creo que te voy a castrar, pero solo un poco —amenacé mientras tomaba el paraguas y con el mango, sin pensármelo dos veces, le volví a pegar en la nariz, levantándole la cara y posteriormente con la punta de este le propiné un fuerte golpe en su sexo, dejándolo KO. Lo cogí de los pelos y le escupí la última frase—. Espero que sea la última vez que me vuelves a molestar. Si hay una próxima vez, no seré tan benevolente y ten por seguro que te castraré para que no puedas violar a ninguna chica más, ¡hijo de puta!

Mientras tenía cogido a Víctor por los pelos, se abrió la puerta y Leo entró un poco asustado, escuchando lo último que yo le había dicho y los chillidos de dolor que emitía este. Cuando lo solté, él se había encorvado y tenía toda la cara y la camisa llena de sangre. Yo aún sostenía el paraguas con el que lo había golpeado, lo limpié con un pañuelo y lo deposité tranquilamente dónde

lo había encontrado. Los gritos de dolor de este se escuchaban desde afuera. El médico entró en la sala mientras que los seguratas le quitaban las esposas. A juzgar por las caras de todos los que estaban afuera, estaban más que sorprendidos por cómo había dejado a Víctor y lo tranquila que salí de la oficina. La expresión de Leo era entre sorprendido y aterrorizado.

—No soporto a los violadores y Víctor tiene todo el perfil. También me he cobrado lo que me echó en la copa y el numerito del restaurante —comenté a Leo.

—Vayámonos para casa. Chicos, a este tío en cuanto lo curen lo echáis para afuera y tiene totalmente prohibida la entrada.

—Lo que más siento es que vas a tener que verlo en el trabajo.

—No te preocupes por eso ahora. ¿Cómo sigue tu labio?

—Se curará.

Nos despedimos de todos y nos fuimos a la casa. En el camino de vuelta, ninguno de los dos habló. Esperando a que se abriera la puerta para meter el coche en el garaje, rompí el silencio:

—¿Tienes mucho sueño?

—No mucho, la verdad.

—¿Nos tomamos una taza de té y hablamos un poco? Me gustaría contarte algo de mi pasado.

Tras cambiarnos los dos de ropa, Leo vino a mi apartamento. Allí mismo preparé un poco de té y nos sentamos en el sofá a hablar:

—¿Qué tal tienes la mano?

—Ha tenido días mejores, pero no te preocupes, estoy bien. No me duele.

—Me gustaría explicarte lo poco que has visto y escuchado en esa habitación. He notado que estabas un poco asustado.

—Me parece muy bien que sepas defenderte, pero no era normal como Víctor gritaba, y al juzgar por la sangre que tenía en la cara, seguramente le habías vuelto a romper la nariz.

—Sí, lo hice aposta.

—¿Desde cuándo sabes defensa personal?

—Empecé a practicarla a los dieciséis años, pero mi padre me enseñó algo cuando era más pequeña. Yo empecé a desarrollarme muy pronto y enseguida tuve pecho. Un amigo de mi padre siempre estaba tonteando conmigo. Mi padre nunca le dio importancia, puesto que era como un hermano para él y no había visto indicios de nada indebido. Un día nos invitó a su apartamento en la playa y yo me había dejado la toalla en este. Él, me acompañó a cogerla, y ese día fue el primer día que un hombre me tocó un pecho y me había dado un beso en los labios. Todo eso con catorce años. No le di importancia en ese momento, pero ese hombre, con el tiempo, cada vez quería más de mí. Mi padre había notado que yo nunca quería ir al apartamento y un día me convenció. Fuimos a pasar el día completo. Me acuerdo que había quedado con mis compañeros del instituto para tomarnos un helado y dar una vuelta. Me había duchado y estaba leyendo un poco mientras hacía un poco de tiempo. No recuerdo muy bien lo que pasó, pero recuerdo de haber salido del dormitorio con el albornoz abierto, con el labio roto y llorando. Mi padre le pegó una paliza a ese mierda que tenía el pantalón bajado. Le pegó lo suficiente para que ese tío no me volviera a poner una mano encima, y así fue. Desde ese día, me enseñó diferentes formas de protegerme, tanto con las manos como con un objeto. No me voy a disculpar por lo que le hice a Víctor. No me arrepiento de nada. No sé qué pensarás al respecto, pero no voy a consentir jamás que un tío me fuerce a nada que yo no quiera hacer sin pelear —Leo había escuchado mi relato sin pronunciar ninguna palabra. Aún seguía callado y lo peor es que estaba muy serio.

—¿Cuánto tiempo duraron los abusos?

—Dos años.

—¿Pagó el hombre por lo que hizo?

—Sí.

—¿Cómo le partiste la nariz la primera vez?

—Cerré los dedos de la mano derecha mirando hacia arriba y con un movimiento rápido de la palma de la mano le golpeé lo más fuerte posible.

—¿Y la segunda vez?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Me gustaría.

—Como estaba atado de manos, simplemente le di contra la mesa.

—¿Entonces para qué querías el paraguas? —Leo me miraba con los ojos muy abiertos y yo me sentía un poco intimidada por tanta pregunta.

— Para recordarle que no quiero nada con él. Le volví a pegar con el paraguas —dije mientras agachaba la cabeza, con un sentimiento de culpa en mi interior. Seguramente pensaba que era un monstruo. Leo posó su mano izquierda en las de mías y con la otra mano me acarició la mejilla.

—Cariño, lo hiciste muy bien. Me siento muy orgulloso de ti. Sé que tarde o temprano sabes protegerte y eso me hace estar más tranquilo. He de reconocer, que tuve algo de miedo cuando lo vi todo lleno de sangre, gritando como gritaba y tú... tan tranquila. Llegué a pesar de que había más gente ahí contigo. Siento mucho lo que te pasó, pero eso te ha ayudado hoy.

—Ya.

—¿Qué pasa? —me había quedado con la mirada perdida.

—Los ojos de Víctor estaban cargados de odio y espero equivocarme, pero creo que lo volverá a intentar. Hasta que no me haga daño, no parará.

—Ven aquí princesa y no pienses en eso ahora. Estás en casa y estás a salvo —dijo mientras le daba un beso en la frente y me acurrucaba contra él—
¿Te apetece dormir juntos o prefieres estar sola?

—Prefiero que duermas conmigo. No quiero que reaparezcan viejos fantasmas.

—Claro que sí. Anda, vámonos y te acurruco un poco.

«En la venganza, como en el amor, la mujer es más bárbara que el hombre»

[Friedrich Nietzsche](#)

SÁBADO 14

Gio no me fue a levantar a ese día, si no que se había ido con la abuela a hacer la compra de la semana. A María ya no le importaba llevarse a Gio al supermercado. Desde que yo me lo llevé, parece que sus berrinches menguaron. Cuando Leo se despertó, ya llevaba un buen rato despierta mirándole.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿No has dormido muy bien, verdad?

—No mucho, ¿cómo lo sabes?

—Porque aparte de que te has movido mucho, te tuve que despertar en mitad de la noche. Estabas teniendo alguna pesadilla y tras estar un rato intentando despertarte, te has calmado y has seguido durmiendo. ¿Necesitas ir a un psicólogo para que te ayude?

—¿Ya me quieres mandar al loquero? —dije mientras le sonreía y le sacaba la lengua.

—No mujer, pero si necesitas hablarlo y te da cosa hacerlo conmigo siempre podemos buscar a un profesional.

—No te preocupes por mí. Si necesito ayuda para superar este bache, el primero en saberlo serás tú —afirmé mientras me salía de la cama.

—Ehh... ¡No te puedes ir de la cama sin mi beso de buenos días!

Me puse las zapatillas y fui a buscar a Leo para darle su beso de buenos días. Nos fuimos juntos a la cocina. En ella no había nadie, solamente había una nota de María que decía:

Leo, tu entrenador ha llamado.

Que lo llames en cuanto te levantes, es urgente.

Mamá

—¿Tostadas y café?

—Sí, por favor. Voy a llamar al míster a ver qué le pasa y ahora vengo.

—El míster ha convocado una reunión y a las 12:00 nos quiere ver todos

allí. No me ha dicho de qué iba ni nada.

—Pues tienes el tiempo justo. Toma tu desayuno.

Ambos desayunamos en silencio y a las 11:15 Leo se vistió de manera informal y se fue. Al cabo del rato llegó María con Gio, ambos cargados con la compra.

—¿Te ayudo María?

—Sí, por favor. En el coche quedan algunas bolsas más. Gracias Gio. Acompaña a Sofía por la que queda. —Tras traer el par de bolsas más que había en el coche, María mandó a Gio a que jugara un rato a la videoconsola, ya que por la tarde se tenía que poner a estudiar— Abre el periódico por la página tres —Cogí el periódico deportivo y lo abrí por la página que me indicó. Me encontré con imágenes nuestras de la noche anterior, saliendo a toda prisa de allí y una fotografía de Víctor todo ensangrentado— ¿Me puedes explicar que fue lo que pasó en esa discoteca, anoche? —había preguntado María algo molesta al ver esa foto— En el periódico pone que el agredido no ha presentado denuncia a su atacante y que ha sido un mal entendido entre Leo y él.

—Víctor quería violarme y me defendí —María se había quedado muda al escuchar esas palabras tan directas. Seguramente, se pensaba que su hijo era el que le había hecho eso a Víctor porque este habría querido ligar conmigo.

—Ven aquí cariño, lo siento... ¿cómo estás? —dijo mientras me abrazaba.

—Estoy bien, María —me separó de sí misma, pero sin soltarme los brazos.

—¿Por eso tienes el labio roto? —asentí con la cabeza y me volvió a abrazar— Pensaba que había sido Leo. Él es muy celoso con lo suyo, pero eso.... Me alegro que le dieras bien fuerte a ese mal nacido.

Cuando llegué a casa me encontré con mi madre estaba en la cocina terminando de preparar la mesa para empezar a comer.

—Hola mamá —le di un beso en la mejilla y ella me lo devolvió.

—Hola cariño. ¿Qué quería tu entrenador?

—Pues lo mismo que todos los demás. Había visto en el periódico lo que había pasado y quería hablar con nosotros dos. Nos ha echado una pequeña bronca por el inapropiado comportamiento y que no estaba dispuesto a que eso

pasara en su equipo. Básicamente, que nos comportáramos como adultos y que disfrutásemos de las vacaciones sin meternos en líos.

—Ya me ha contado Sofía que fue ella la que le partió la nariz a ese mal nacido, que la quiso violar.

—A decir verdad, es el tercer intento de estar con ella.

—¿Cómo...? Explícate.

—Víctor hace tiempo que se fijó en Sofía. ¿Te acuerdas de la primera vez que la llevé a la discoteca? —mi madre asintió— Pues desde esa noche ya puso los ojos en ella. Allí fui yo el que se lo quitó de encima. Otro día se encontraron en el gimnasio y Sofía le paró los pies y él fue el que le puso la droga en la copa. Ya anoche la besó a la fuerza y quería meterla en los baños para dios sabe qué cosa, pero mi chica sabe defensa personal y ya has visto cómo quedó.

- Me estoy quedando muerta —dijo mientras que se sentaba en uno de las banquetas de la cocina— ¿Y cómo es que él no ha presentado denuncia?

- Porque hay demasiados testigos que testificarían a favor de Sofía, tanto en la discoteca como en el gimnasio. Y ella no lo ha denunciado por mí. Llamé a mi abogado antes de sacarlo de la discoteca y me dijo que tanto para la discoteca como para mí sería perjudicial, ya que sería su palabra contra la de ella.

- ¡Ay, mi pobre niña! ¿Cómo la has encontrado esta mañana cuando ha despertado?

- Triste y cansada. Por lo general, no se mueve mucho cuando duerme, pero esta noche no ha parado de moverse.

- ¡Ya estamos aquí! —había dicho Gio mientras entraba en la cocina conmigo.

Comimos tranquilamente y después de comer, a Gio le tocaba estudiar. Como ya tenía hecho un resumen y todo explicado para únicamente memorizar, me coloqué el bikini, tomé un libro y la toalla y me fui junto con Gio y Leo a la piscina. Previamente, les puse crema protectora a los dos y a continuación, Leo me la puso a mí. Gio se puso a estudiar y nosotros dos a leer. Cuando ya llevábamos media hora de estudio, Gio quiso que le preguntara las dos primeras páginas y perfecto. Me entró un poco de calor y me senté en el filo de

la piscina con los pies metidos en agua para refrescarse un poco. El agua de la piscina estaba algo fría, a pesar del día tan caluroso que hacía. Cuando ya se me aclimataron un poco los pies, empecé a echarme agua por las piernas. Leo se sentó a mi lado e hizo lo mismo. A los veinte minutos de estar sentados, Gio quería que le volviese a preguntar otra dos páginas, y como era un chico muy listo que memorizaba perfectamente, esas dos páginas también se las sabía. Le di un pequeño descanso de media hora, suficiente para irse dentro de la casa a jugar un rato con la videoconsola. Leo sin pensárselo más, se metió en la piscina de una zambullida y vino a buscar mis piernas.

—¿Por qué no te metes? Al principio está un poco fría, pero apetece.

—Necesito un poco más de tiempo.

—Anda, ve bajando por las escaleras y así vas tomando temperatura más rápidamente.

Hice lo que Leo me pidió y me metí también en la piscina. Estuve nadando un rato y después de que se me quitara el frío fui a buscarlo. Leo se había ido a una zona intermedia de profundidad, aproximadamente donde había 1,70 metros de profundidad, y yo lo abracé por el cuello quedando mis manos entrelazadas por detrás del cuello de este y con las piernas me enlacé en su cintura.

—¿Estás mejor?

—Sí, creo que estoy algo más tranquila.

—Tengo que contarte algo, que no puedo aplazarlo más, y que posiblemente no te guste mucho.

—Tú dirás.

—El martes me tengo que ir de viaje, un viaje publicitario por Nueva York. Lo tenía programado desde hace tiempo y me temo que como mínimo estaré una semana fuera.

—¡Ah, es eso! Me habías asustado.

—¿Lo sabías? —me había preguntado un poco sorprendido.

—Sí, tu madre me lo comentó la semana pasada.

—¿Y por qué no me has dicho nada? —me encogí de hombros.

—El que se va de viaje eres tú... ¿no querías un poco de espacio?

—Nunca te tenía que haber dicho aquello. Eres demasiada estricta. A partir de ahora quiero que me beses todos los días, que sigas igual de amorosa, que si tienes algún problema cuentes conmigo sea la hora que sea y me gustaría dormir contigo siempre que quieras —posteriormente empezó a besarme delicadamente por todo mi rostro.

Él ya tenía sus manos en mi espalda y lo que hizo fue atraerme más hacia sí mismo. Cuando nos dimos cuenta de dónde estábamos, este dejó de besarme el cuello. Me separé un poco de él y le di una zambullida. No se lo esperaba, tras ver su cara de sorpresa al salir del agua. Después, vino a por mí y me la devolvió. A continuación entre risas volvimos a la posición inicial.

—Gio tiene que estar a punto de llegar, suéltame, anda...

—Creo que sería conveniente de que habláramos con él.

—Pues ala, campeón. Eso son cosas de chicos.

—¿Me abandonas? ¡No te vayas tan pronto!

—¿Por qué no te sales tú también?

—Porque necesito un poco más de tiempo metido en agua fría —dijo mientras me sacaba la lengua y hacía un par de largos.

Después del baño en la piscina cada cual nos fuimos a nuestras respectivas duchas a quitarnos el cloro. Fui a buscar a Gio a su dormitorio, puesto que necesitaba hablar con él sobre Sofía.

—Hola Gio, ¿descansando un poco del estudio?

—Sí, Sofía me ha dado permiso. Ya solo me falta repasar el segundo y tercer tema, pero eso ya será mañana —contestó mientras seguía jugando.

—Gio, ¿te gusta cómo es Sofía? —me senté en el filo de la cama. Gio estaba jugando en el suelo, encima de una alfombra y algunos cojines.

—Sí papá, ¿por qué lo preguntas? —Gio, al escuchar la pregunta puso la videoconsola en pausa.

—Porque este mes acabas el colegio y Sofía, pues ya no volvería a estar con nosotros hasta septiembre y bueno... ¿te acuerdas cuándo te comenté que queríamos conocernos? —el niño asintió— pues eso —Gio había puesto una

cara extraña porque a mi parecer no me estaba entendiendo— Como conclusión, le voy a pedir a Sofía que viva con nosotros, pero ya no como tu profe, que seguirá siéndolo en el invierno, si no como mi novia.

—¡De verdad papá! —me sorprendió la reacción de mi hijo— ¡Yujuuuu! —Gio se levantó rápidamente y me dio un abrazo tan fuerte, que casi me tiró hacia atrás sobre la cama— Gracias papá.

—Vaya, me alegro de que te guste la noticia — lo tomé de las manos —Otra cosa Gio, posiblemente nos veas algunas veces dándonos un beso o durmiendo juntos.

—Ah, vale. ¿Ya se lo has pedido a Sófi?

—¿El qué Gio?

—¿Ser novios?

—No, todavía no le he pedido que sea mi novia. ¿Crees que tendría que pedirle una cita?

—¡Claro papá, hasta yo sé esas cosas! —ambos nos reímos.

—Bueno, pues le pediré esta noche salir. ¿Me aconsejas algún restaurante para llevarla mañana a cenar?

—¿Y si la llevas a ese restaurante dónde la abuela siempre se pide lo mismo?

—¡Ah!, pues no me acordaba ya de ese sitio. Buena elección, Gio.

—Me alegro de ayudarte, papá. Me tienes que contar si te dice que sí.

—Muy bien. En cuanto ella diga que sí, serás el segundo en saberlo —Gio se puso muy serio al escuchar aquello.

—¡Yo quiero ser el primero!

—Lo siento Gio, el primero seré yo —le dije mientras le sacaba la lengua y le alborotaba el pelo.

—Ah, vale. Así sí.

Ya después de cenar, habíamos alquilado una película para todos los públicos y la estuvimos viendo en la televisión del salón. Cuando hubo acabado, Gio quiso que le acompañara a su cuarto, porque quería hablar

connmigo. Destapé su cama mientras este se lavaba los dientes. Cuando terminó, se metió en la cama y lo tapé un poco con la sábana y me senté a su lado.

—Sófi, ¿te acuerdas cuando al principio de conocernos te dije que no quería que ligaras con mi padre?

—Sí, perfectamente.

—Pues ahora no pienso lo mismo. No me importa que ligués con mi padre.

—Ah... ¿y por qué ese cambio?

—Porque... no eres igual que las otras chicas que han venido a darme clase, ni te pareces a ninguna novia de mi padre.

—¿Me estás llamando fea? —contesté mientras le hacía cosquillas a Gio y él no paraba de reírse y gritar.

—¡Sófi! —reía sin parar— ¡Para Sófi! ¡No más cosquillas!

—Vale, vale.

—¿Qué pasa aquí? —había preguntado Leo con las manos colocadas en la cintura como si estuviera enfadado, pero con una sonrisa en su rostro desde la puerta del dormitorio de Gio.

Gio, me ha llamado fea —dije a Leo con una sonrisa en los labios.

—¡No me puedo creer que hayas llamado fea a Sofía! —dijo este con cara divertida.

—No papá, yo solo he dicho que no se parece a ninguna novia tuya.

—¡Lo ves!, me ha llamado fea. ¡Al ataque!

Los dos empezamos a hacerle cosquillas a Gio y al cabo del rato, Leo dejó tranquilo a su hijo y se vino hacia mí para hacerme cosquillas. Gio, que ya se había recuperado, también me empezó a hacer cosquillas para vengarse. Intenté escapar y poco a poco, lo fui logrando. Cuando ya estuve en el suelo, fuera del alcance de los dos, me levanté y padre e hijo estaban riéndose de lo ocurrido y fue el momento del contraataque. Tiré a Leo encima de la cama, ya que lo pillé de imprevisto, y me subí encima de él a horcajadas y empecé a hacerle cosquillas. Gio también se apuntó a hacerle cosquillas a su padre. Cuando ya llevábamos unos segundos haciéndoles cosquillas gritó:

—¡Me rindo, me rindo! —los dos paramos de hacerle cosquillas. María que no se había perdido ningún detalle de nuestra batalla, nos echó a nosotros dos fuera del dormitorio para poder tranquilizar un poco a Gio para que se durmiera.

—Descansa Gio. Mañana tenemos que terminar de estudiar —le dije dándole un beso.

Dejamos a Gio con la abuela para que ella lo arropara y le diera las buenas noches, y nosotros nos fuimos para abajo dados de la mano hacia el dormitorio de Leo.

—Esta noche me gustaría que durmieras aquí conmigo. Aunque no me puedes dar muchos besitos... podemos hacer otras cosas, ¿no crees? Siempre y cuando te apetezca, claro está.

—Lo siento, pero hoy no me apetece hacer nada. Prefiero únicamente dormir contigo.

—¿Estás bien?

—Sí, solamente un poco cansada.

Nos dimos un beso de buenas noches y a dormir. Esa noche, me moví algo menos que la noche anterior, pero todavía seguía inquieta.

DOMINGO 15

Gio tenía que continuar estudiando, ya que el lunes tenía el examen y era el último que tendría que realizar ese curso. Tras desayunar, Gio empezó a estudiar. Yo me fui a mi despacho a repasar las cuentas y ver que todo estaba en orden. Estuve preparando los billetes del avión que tendría que tomar y ver si de alguna forma podía adelantar un poco ese viaje, pero me fue imposible. Hacía demasiado tiempo que todo estaba planificado y no podía mover nada. Tras mirar el planning de esos días, lo metí todo en una carpeta para meterlo en la maleta e ir preparándola poco a poco. Solo me quedaba un día para irme y no tenía muchas ganas de marcharme. Cuando me iba a levantar para irme de allí, llamaron a la puerta. Era Sofia que traía mi móvil sonando:

—¿Por qué no lo has cogido? —dije después de que colgaran.

—¿Se te ha olvidado la última vez que me dio por coger tu teléfono? Porque a mí no. Te lo dejaste en la cocina.

—Siento lo que pasó aquel día y me tenía que haber disculpado contigo por la forma en la que te hablé.

—No te preocupes. Ya aprendí aquella lección —me contestó de forma natural. No había ningún rencor en su voz. El móvil empezó a sonar nuevamente— Te dejo. Luego nos vemos.

—¿Dígame?

—Vaya... pensaba que no me lo ibas a coger. ¿Tan ocupado te tiene la niñera?

—¿Qué es lo que quieres Isabella?

—Veo que al final te has decantado por ella. Espero que el calentón no te dure demasiado y entres pronto en razón. Ya te falta menos para viajar, ¿no? ¿Cuándo te ibas?

—A ver Isabella, ¿qué es lo que quieres? Estoy un poco ocupado y no tengo ganas de tonterías.

—Solamente quería saludarte y ver qué tal estas. Conmigo no te ibas partiendo la cara con tus compañeros. ¿Qué fue lo que pasó en la discoteca? ¿Víctor intentó ligar con la niñera y tú te cabreaste o fue ella la que lo buscó a

él?

—Adiós, Isabella.

—Ni se te ocurra colgarme...

Le colgué y me sentí súper ajusto. Eso era lo que se sentía cuando alguien empezaba a decir tonterías y tú simplemente no tienes ganas de escucharlas. Tras comer, Gio volvió a estudiar un rato más hasta que fueron aproximadamente las 16:20. A esa hora, ya se sabía todos los temas perfectamente, sin dudar en lo más mínimo.

—Leo, ¿qué te parece si salimos a dar una vuelta con Gio, para que desconecte un poco?

—Me parece estupendo. Jorge nos había invitado a tomar café. Me lo comentó esta mañana. Lo voy a llamar por si sigue en pie la invitación —lo llamé y estuve hablando con él. Tras terminar se lo comenté a Sofía— Dice que sí, que nos vemos en su casa sobre las 17:30 y por lo visto también va Christian y Emma.

—Ya es un poco tarde para preparar un bizcocho. ¿Compramos unos dulces?

—No te preocupes, por lo general no se suele merendar nada cuando nos reunimos. El café y listo.

—Voy a ir a comprar una docena de dulces en una pastelería que hay cerca de casa, que tienen unos dulces muy ricos. Me visto y voy. En cuanto esté entrando por la urbanización te pego un toque para que salgáis y os recojo.

—¡A sus órdenes jefa! Toma, veinte euros.

—No hace falta que me des nada.

—Insisto, y quédate con la vuelta.

Cuando llegamos ya nos estaban esperando para empezar a merendar. Había comprado bollos para los niños y dulces más elaborados para los mayores. Aunque Laura había preparado bizcocho, los dulces tuvieron más aceptación de la que me había imaginado. Los niños se fueron a jugar y los mayores nos quedamos en la terraza charlando con el café:

—¿Cómo te encuentras, Sofía? —preguntó Jorge señalándole con la mirada

el labio.

—Bien, Jorge. Me duele un poco, pero es un dolor que se puede soportar.

—¿Desde cuándo sabes defenderte así? —quiso saber Laura con una gran curiosidad.

—Desde jovencita. En plena pubertad estuve asistiendo a clases de defensa personal. A una amiga le pegaba su novio y yo no quería que eso nunca me pasara a mí. Hablé con mi madre y me apuntó a clases. Las niñas de mi edad iban a practicar deporte, guitarra o baile... y yo, pues, me apunté a eso. Una vez, un niño le quería pegar a mi hermano y fui yo la que le plantó cara. Imaginaos: una chica de la misma altura que él, pero con tres años menos que el niño y la mitad de su volumen. Hicieron un corro alrededor de nosotros y todos se reían porque yo era una chica. Al niño en cuestión le daba igual pelearse con una niña... hasta ese día. Con la mano izquierda me agarró por la camiseta y con la otra hizo el intento de pegarme un puñetazo, pero todo se quedó en un intento. Le mordí la mano que me tenía agarrada la camiseta, y con el puño cerrado y tomando un poco de impulso, le di una hostia que se fue llorando. Desde entonces, dejaron en paz a mi hermano, que el pobre, casi siempre llegaba a casa llorando.

—Como para pelearse contigo. ¿Alguna vez has perdido alguna pelea? —preguntó Christian.

—Sí, el otro día en casa. Me cogieron entre Leo y Gio y me estuvieron haciendo cosquillas —todos empezaron a reír.

—En mi defensa he de decir que tú empezaste la pelea —comenté.

—¡Perdona!, ¡si tú estabas abajo en el salón, viniste a cotillear y te apuntaste! —comentó Sofia y todos se volvieron a reír de nuevo.

—¿Leo, cuando te vas? —preguntó Jorge.

—El martes y no tengo nada de ganas de irme —dije poniendo mala cara.

—Chicos, ¿qué os parece si dejamos a las señoras y nos vamos a jugar a la videoconsola con los niños? —preguntó Jorge.

—Perfecto —comentamos Christian y yo a dúo.

Cuando llegamos a casa, Sofia fue la primera en bajarse del coche y cerrar su puerta. Nosotros nos habíamos quedado dentro.

—¿Ya se lo has preguntado papá?

—No Gio, ahora lo haré —ella viendo que estábamos hablando y que no nos bajábamos del coche, volvió a abrir la puerta.

—¿Me podéis decir que os tramáis ustedes dos? —nos mirábamos y respondimos a la vez.

—¡No! —empezamos a reír.

—Gio, vete para tu cuarto a ducharte.

—Vale.

—¿Qué te traes entre manos con Gio?

—Nada, ¡qué cotilla eres! —contesté con cara de chico travieso. Al llegar a la casa, ella se iba hacia el apartamento para ducharme y yo la seguí. Se paró y se volvió.

—¿Quieres algo?

—Me gustaría invitarte a salir —ella empezó a reírse.

—¡Qué bueno!

—No tiene ni la más mínima gracia. Te lo estoy preguntando en serio —su comentario y el que se riera de mi pregunta me molestó.

—Vaya, no sabía yo que fueras de los antiguos, aunque me podrías explicar el procedimiento, es decir: ¿primero duermes en su cama, luego te acuestas con la chica, la invitas a cenar y por último a salir?

—Olvídalo, ha sido una gilipollez —empecé a marcharme del apartamento algo mosqueado.

—¡Venmm...! —dijo mientras me agarraba por la cintura y me daba la vuelta para que estuviéramos de frente. Ella me rodeó con sus brazos por la cadera, mientras que yo había cruzado mis brazos sobre mi pecho y había puesto morritos— No te mosquees tan pronto. Te fastidia que esté en lo cierto, pero estaré encantada de tener una cita contigo. ¿Me tengo que vestir de alguna forma en especial?

—Vístete elegante.

—¿Traje o falda?

—Sí, por favor. A las 21:15 nos vamos. Intenta estar lista.

—¡A sus órdenes, jefe! —le robé un beso antes de irme.

Para esa ocasión, tan especial, ella eligió un traje negro de encaje que le llegaba hasta la rodilla. Tenía cuello redondo y no era muy escotado por delante. Como complementos, se puso unos zapatos de tacón en negro, con bolso a juego y un brazalete y pendientes semilargos en color plata. La ropa interior que llevaba era exclusivamente un tanga. Se hizo un semirecogido y para completar el conjunto, y debido a que hacía frío, utilizó una chaqueta de vestir en negra. Yo también me había puesto muy elegante. Me puse un traje chaqueta gris oscuro y una camisa negra de manga larga.

—Vaya, estás guapísima. Toma esta rosa es para ti —era una rosa roja envuelta en un papel transparente con un par de hojas verdes como decoración.

—Muchas gracias, Leo. Huele muy bien.

—Vamos a darle las buenas noches a Gio y a mi madre y nos vamos.

—Muy bien. Por cierto, tú también estás muy guapo —los dos estaban en el salón viendo la televisión.

—Ya nos vamos.

—Muy bien. Tened cuidado, chicos —María nos dio un beso a cada uno.

—Un besito Gio —dije y le susurré al oído— Tenemos una cita —al niño se le iluminó la cara.

—Un beso Gio. No te acuestes muy tarde.

—Sí Sófi, que mañana me tengo que levantar temprano para ir al colegio.

—Muy bien, así me gusta.

Cuando llegamos al restaurante hacía mucho calor en comparación con el exterior y ambos nos quitamos nuestras respectivas chaquetas y nos la pusimos en el antebrazo. El maître nos acompañó a nuestra mesa, previamente reservada, y cuando le puse la mano en la espalda me encontré que estaba tocando su piel. Prácticamente tenía toda la espalda al descubierto. Sorprendido, le pregunté:

—¿Dónde está el resto del vestido? —pregunté recreándome en su espalda— Podíamos irnos, tampoco tengo muchas ganas de comer.

—El resto del vestido está más abajo, cariño y para lo otro... ya habrá tiempo después —yo seguía mirando el vestido sin poder creérmelo.

—¿Dónde lo tenías que no lo había visto por tu armario?

—Disculpa... ¿pero has estado mirando en mi armario?— dijo sorprendida.

—Solo un poco. Quería ver qué tipo de ropa te gusta y la talla que usas —comenté con cara de niño travieso.

—¿Piensas comprarme ropa?

—Puede. Nunca se sabe. En mis viajes me gusta traer un regalo de cada sitio que visito y es mejor estar precavidos.

—Ah, interesante.

—Hacía mucho tiempo que no venía por aquí. Gio fue el que me recordó este lugar.

—¿Me vas a contar lo que os traéis tú y Gio, o tengo que sacar la bola mágica para adivinarlo?

—Mmm... ¡qué mujer más impaciente! Pensaba preguntártelo al final de la cena, pero como insistes... pues no me queda más remedio que contártelo. Pero primero vamos a pedir algo para beber y la comida antes de hablar. ¿Qué te apetece?

—¿Tinto para beber?

—Vale, me parece bien —le pedí al camarero una copa para cada uno de tinto y este se fue. Estuvimos mirando la carta y una vez que nos trajo lo pedido, nos tomaron nota de la comida— Pues a ver, el motivo de esta cena, aparte de estar contigo un rato a solas, también me gustaría pedirte formalmente que fueras mi novia —ella, que estaba levantando la copa para beber un poco, se quedó a medio camino y la volvió a colocar sobre la mesa. Se quedó tan sorprendida que no me contestó— ¿Y bien? —nos mirábamos pero ella seguía en silencio.

—Me has pillado un poco desprevenida, eso es todo. ¿Y qué tiene que ver Gio en todo esto?

—Pues le comenté que me gustaría que fueras mi novia y él me dijo, que tenía que pedirte una cita. Que hasta él sabía eso.

—Este niño es horroroso —empezamos a reír.

—¿Y bien? Sigo esperando una respuesta por tu parte.

—¿Habría mucha diferencia en lo que hacemos habitualmente a ser novios?

—Básicamente sería lo mismo, con la salvedad de que tendrías que acompañarme a algunos eventos como mi pareja formal. Te presentaría como mi novia y no, como la profesora de mi hijo.

—Mmm... no sé, no sé... no me termina de gustar la idea —dijo con una sonrisa en los labios y posteriormente me sacó la lengua. Se acercó hacia mí y me susurró—: estaré encantada de ser tu novia —nos dimos un largo beso, tanto que el camarero nos puso los entrantes y no nos dimos cuenta.

En el coche de vuelta a la casa....

—¿Qué te gustaría hacer mañana?

—Me gustaría pasarlo contigo todo el día.

—Mmm... lo siento, pero no pienso igual. Esta noche y mañana por la tarde noche seré toda tuya, pero a plena luz del día me gustaría, si das el visto bueno, que lo echemos en familia, con —Gio y María.

—Es otra opción. ¿Qué habías pensado?

—Un día de piscina.

—Bueno... me has convencido. ¿Lo tienes todo planificado?

—Todo. Te cuento: por la mañana Gio que se vaya al colegio a hacer el examen y en ese tiempo, echamos un polvo mañanero, preparamos tu maleta y todo lo que te tengas que llevar. Sobre las 11:00 recogerías a Gio del colegio. ¿Te parece bien? A tu madre le comenté la idea y a ella le pareció bien. Que le dejáramos una nota en la cocina con la decisión.

—Me parece estupendo. ¿Te cambias y nos vemos en mi dormitorio?

—Claro.

Ambos salimos del coche y nos fuimos a nuestros respectivos dormitorios. Tras lavarme los dientes me puse la parte baja del pantalón del pijama. Me quité hasta los bóxers. A continuación, preparé mi dormitorio para una noche romántica: un poco de música de ambiente, muy bajita, y velas por el dormitorio, aunque no muchas. Nuestra primera noche de novios formales, 15

de junio, bonita fecha para empezar una relación. Me senté sobre la cama para esperarla. Me hubiera gustado ver su cara cuando ha entrado en su dormitorio y se ha encontrado una caja mediana de color rojo intenso con una nota:

«¿Te lo pones para mí, esta noche, cariño?» Tuyo, Leonardo

Cuando lo vi en el escaparate no me pude contener y lo compré. Aunque era para que se lo pusiera ella, más bien había sido un auto regalo. Estaba ansioso por vérselo puesto. Era un corsé de inspiración afrancesada rojo y negro satinado, el cual tenía un pequeño encaje negro en la parte superior y pequeñas líneas en negro, marcando las curvas del cuerpo. La parte delantera tenía una cremallera y la parte de atrás venía con cordones en negro. El conjunto además, traía un tanga negro, medias y porta ligas desmontable. Llamó a la puerta y mi corazón empezó a palpar rápidamente. No me podía creer que estuviera tan nervioso. Empecé a mirarla de arriba hacia abajo, para saber si se había puesto el conjunto, pero no hubo suerte. Solo podía ver su bata de seda que le quedaba por debajo de las rodillas, en color negro y unos tacones negros. Nada más entrar me dice:

—Si no me pones una música más sexy me será imposible hacerte un striptease.

¡Joder, que suerte la mía! Rápidamente fui a cambiarla y puse algo más sexy. Mientras tanto, ella había cogido una silla y la había puesto delante de la cama. Me hizo señas para que me sentara enfrente de la silla y así lo hice. Empezó la música y ella se colocó enfrente de mí. ¿Tendría paciencia para dejar que me realizara el striptease? Se quitó el lazo de la bata, pero sin que se le viera nada de lo que llevaba puesto debajo. Se bajó un poco la bata dejando al descubierto un hombro, pero posteriormente se dio la vuelta y se volví a tapar. Hizo exactamente lo mismo con el otro hombro, pero a continuación ya se lo dejó bajado. Muy despacio, se dio la vuelta, estando de espaldas a mí dejó caer la bata. ¡Me tenía cardíaco solo con eso! Giró un poco el torso para mirarme y posteriormente se volvió a poner de espaldas. Me había quedado alucinado cómo le quedaba el conjunto por detrás. A continuación, se colocó detrás de la silla quedando yo a su izquierda. Tomó la parte más alta de la silla y apoyando las manos en esta, fue bajando mientras movía mis caderas muy sensualmente y sacando el trasero hacía afuera. Cuando quedó en forma de r, se volvió a levantar. Posteriormente, giró la silla y la puso enfrente de mí y se sentó muy al filo de la silla con las piernas

cerradas. Ahora estábamos sentados uno enfrente del otro. Yo podía admirar cómo le quedaba el corpiño: perfecto. Si cuando vi el conjunto en el escaparate me había gustado, ahora que ella lo llevaba mucho más. Abrió su pierna derecha y a continuación su pierna izquierda y desde su sexo se pasó las manos, acariciándose hacia los muslos y una vez que llegó a sus rodillas, las volvió a subir pero ahora siguió subiendo por los costados hasta llegar a su pecho. ¡Joder, me costaba hasta respirar! Estaba tremendamente cachondo. Una vez en sus pechos, se los frotó mientras me miraba lujuriosamente. A continuación, se fue bajando lentamente la cremallera del corsé, donde podía ver parte de sus pechos. Esto fue lo último que hizo del striptease antes de abalanzarme sobre ella para devorarla a besos. De un tirón de su muñeca, la atraje hacía mí, dejándola entre mis piernas. Inspiré el perfume que ella se había echado en el escote y le acaricié un poco los pechos, sin terminar de bajarle el corsé. La miré a los ojos y le dije:

—Necesito urgentemente hacerte el amor, pero todavía no me gustaría quitarte nada.

Le bajé el tanga y la acerqué más a mí con intención de practicarle sexo oral y mojarla interiormente. Hice que colocara su sexo sobre mi boca cuando estuve tumbado sobre la cama y lentamente fui lamiendo y succionando su sexo. Cuando ya estaba bastante mojada, le facilité un preservativo. Me quité rápidamente el pantalón del pijama. La puse en posición del perrito, e hice que ella se apoyara con sus antebrazos en la cama con las piernas ligeramente separadas. Poco a poco, fui penetrándola despacio, pero posteriormente tomé más velocidad. Sofía empezó pronto a tensarse, una señal muy grata para mí, ya que me indicaba que le faltaba poco para alcanzar el clímax. Y así fue. Al cabo de unos segundos más, yo también lo alcancé. Cuando me salí de ella, me senté sobre la cama. Estaba muerto, pero deseoso de volver a estar dentro de ella otra vez.

Para recuperarme del primer orgasmo, la estuve desnudando poco a poco, sin prisas. La tumbé sobre la cama y yo me coloqué fuera de esta. Primero, le quité una media y tras quitársela le iba besando la pierna, desde el pie hasta el muslo, justamente hasta donde había estado la media colocada. Hice exactamente lo mismo con la otra media. Posteriormente, hice que ella saliera de la cama y se pusiera enfrente de mí de pie. Le di la vuelta para quitarle el ligero. Tras quitárselo y admirar sus hermosas nalgas, le di un cachete, lo cual hizo que Sofía diera un respingo. Le dije que se volviera otra vez. Tenía ganas

de volver a oler su dulce aroma entre sus pechos. Le bajé un poco el corsé y le estuve lamiendo los pechos hasta endurecérselos. Ella no paraba de gemir por el contacto de mi boca con estos. Con una mano, le sujetaba el pecho mientras que con mi boca y lengua los besaba y los lamía, mientras que con la otra le estaba tocando el clítoris en movimientos circulares. Sofía me agarró por el pelo e hizo que echara la cabeza para atrás, entonces apoyé mis manos contra su trasero. En su rostro, había una sonrisa y tenía la boca entre abierta. Le costaba respirar. Me estuvo besando todo el cuello y subió hasta el lóbulo de la oreja y posteriormente, volvió a bajar para besarme en los labios. Delicadamente, la tumbé sobre la cama y yo me amoldé sobre ella. Mi pelvis la empujaba contra el colchón con movimientos lentos mientras la seguía besando. Y en unos momentos los dos estábamos perdidos... Perdidos el uno en el otro una vez más.

Sobre las cinco de la mañana, noté cómo Sofía empezó a moverse, pero antes de levantarse tenía que salir de debajo de mis brazos: uno estaba descansando sobre su vientre y el otro descansaba debajo de su cuello, abrazándola desde arriba. Intentó salir de la cama muy despacio para no despertarme, pero cuando ya había conseguido poner los pies en el suelo...

—¿A dónde vas, señorita? —pregunté adormilado.

—Voy al baño y a por agua. ¿Quieres agua?

—Sí, pero ponte algo antes de salir del dormitorio —estaba totalmente desnuda y si no le llego a decir nada, hubiera salido así a la cocina. Decide ponerse mi camiseta y nada más porque seguramente no encuentra ni su bata ni el tanga. Va rápidamente a la cocina y coge dos botellas de medio litro de agua. Cuando llega al dormitorio, tengo una luz encendida esperándola.

—Toma —me tiende la botella mientras se sube a la cama y se tumba.

—Gracias —tras darle un gran sorbo, la cierro y me giro para mirarla—, ¿tienes mucho sueño?

—¿Me está proponiendo otro asalto, jefe?

—Sí, señorita... a no ser que tengas mucho sueño y prefieras dormir.

—Mmm no sé, no sé... me tienes que convencer un poco. Son las cinco de la mañana y no sé si a estas horas...

—Vamos a ver cómo estás —digo mientras cubro su sexo con mi mano y le

rozo el clítoris con el pulgar, lo que le hace dar un pequeño grito de sorpresa. Lentamente, meto un dedo en su interior y después un segundo dedo. Gime y proyecta sus caderas hacia adelante, ansiosa por acercarse a mis dedos y a la palma de mi mano— Oh, cariño, ya estás lista. Es maravilloso.

Sigo con los mismos movimientos, sacando y metiendo nuevamente mis dedos dentro de ella, penetrándola con los dedos mientras la besaba. Tras un rato, tanto, que ella se estaba tensando para alcanzar el orgasmo, me detuve y la miré fijamente:

—Te quiero preciosa y necesito hacerte mía otra vez.

No le di tiempo para responder cuando la volví a besar. La miré fijamente durante unos segundos, suspendido en el aire sobre ella, colocándome la protección, y la volví a penetrar con un movimiento rápido llegando hasta el fondo de ella, lo cual nos produjo una oleada de calor, gimiendo de placer. Empujé una y otra vez con movimientos frenéticos sin dejarla de besar y al cabo de unos segundos los dos alcanzamos el clímax.

LUNES 16

Gio se fue al colegio a hacer su último examen, ya que, esa misma semana terminaba el colegio y si todo iba bien, en vez de tener que repetir curso iba a sacarlo todo notable y algún sobresaliente. Todo el mundo estaba muy sorprendido del buen cambio que había dado. Como anoche fue movidita, nos levantamos algo más tarde de lo habitual, teniendo que prescindir de nuestros mimos mañaneros.

—¡Eh, señorita! ¿Se puede saber a dónde va? —me había dicho desde la cama, únicamente vestido con la ropa interior. Había apoyado la cabeza en una de sus manos con el codo pegado a la almohada.

—Pues a levantarme. Son las 10:00 y estamos todavía en la cama. A las 11:00 termina Gio el examen y tendré que ir a por él mientras que terminas de preparar tus cosas. Con que... ¡ánimo campeón, que todavía tenemos que preparar tu maleta! —Leo puso cara de pocos amigos.

—¿No prefieres que estemos acurrucados aquí todo el día? —dijo con cara de pena.

—¿Qué vamos a hacer todo el día metidos en la cama? Estás muy mayor para tanto ajeteo —me tiró un cojín, pero casi me dio. Yo me fui al baño y antes de salir de este, ya lo tenía en la puerta. Me dio la vuelta. Acercó su erección a mi trasero y, restregándose contra mí, abrió un preservativo.

—Te va a enseñar el madurito lo que sabe hacer. Separa las piernas y agáchate. Sujétate al borde de la bañera. Esto va a ser rápido, preciosa.

Una vez que terminamos, me salí para afuera y lo dejé un rato en el baño para que se aseara. Cuando escuché el grifo del lavabo, entré. Después de tanto sexo, necesitábamos darnos una ducha. Lo tomé de la mano y me lo llevé hasta la ella. Nos enjabonamos mutuamente y él volvió a estar listo. ¡Qué velocidad, por dios! Decidí practicarle sexo oral. Empecé por la lamerlo despacio, primero el glande y después me lo metí entero en la boca, o mejor dicho, todo lo que pude meterme. Leo se apoyó contra la mampara y su respiración cada vez era más acelerada hasta que se corrió. Menos mal que el agua amortiguó un poco sus gemidos, porque fue algo escandaloso. Cerramos el grifo y nos envolvimos en una toalla. Se sentó en el inodoro y estaba demasiado relajado. Tanto que pensé que se iba a ir a dormir. Me coloqué

delante de él de pie:

—¿Sigues vivo?

—Ummm.

—Vale, tomaré eso como un sí. Si no te apetece hacer la maleta por lo menos deberías hacer una lista con todo lo que te vas a llevar y ya por la tarde, meterlo todo. ¿Te parece mejor?

—Ainss ¡qué bien suena eso! ¿Te vas sin darme mi beso de buenos días?

—¡Eres tremendo!... ¿Cuántos besos de buenos días necesitas?

—Todos los que puedas darme —dijo mientras me atrapaba contra la puerta de la habitación. Me quitó muy sensualmente y lentamente el lazo del albornoz, viendo mi cuerpo con ojos lascivos.

—Si sigues por ahí.... no saldremos de la habitación en todo el día. ¿Seguro que quieres esto o prefieres tostadas y café? —dijo mientras le tomé del trasero y lo atraje hacia mí, notando el gran bulto que se le estaba formando entre sus piernas. Estaba muy sonriente esa mañana.

—Por ahora solo café, lo otro podemos dejarlo para un poco más tarde. ¿Te importaría acercármelo a mi despacho?

—En absoluto, ahora te lo llevo.

—Gracias cariño —dijo mientras dejaba que me escapara de la habitación.

—Buenos días, María.

—Buenos días, Sofía.

—Ahora cuando desayune irá a recoger a Gio del colegio. Tampoco están haciendo ya mucho —comentaba a María mientras le preparaba el café a Leo—. Ahora vengo, voy a llevárselo que se ha ido a la oficina.

—¿Tú no desayunas?

—Sí, ahora vengo yo.

—¿Por qué no desayunas tú y yo se lo llevo?

—Si no te importa. Gracias, María.

Tras hablar con Sofía en mi dormitorio, me acordé de que en Nueva York

tenía previsto pasar esos días con Isabella. ¡Mierda! Solo había contratado una única habitación para nosotros y eso era lo primero que tenía que arreglar. Todo fuera por evitar un mal entendimiento con Sofia. Estaba realmente bien con ella como para cometer semejante error. Sabía que Sofia tenía un carácter fuerte y que era muy orgullosa. Posiblemente, si se enteraba de eso, me saldría caro y no estaba dispuesto a correr ese riesgo. Lo primero que iba a hacer era llamar a Irene para que me buscara otro hotel. La conocía desde hacía tanto tiempo y era tan profesional que siempre recurría a ella para cualquier viaje o entrada que necesitase.

—Buenos días, Irene. Soy Leonardo.

—Buenos días, señor Leonardo, ¿qué puedo hacer por usted?

—Tengo echa una reserva en el hotel de Nueva York para dos personas, pero me gustaría cancelar una de ellas y que me buscaras alojamiento en otro hotel próximo a ese y con las mismas características y para los mismos días.

—Déjeme un segundo para comprobar los datos que tengo actualmente y hacer alguna llamada. Si no le importa, le llamo en aproximadamente entre diez y quince minutos.

—Muchas gracias, Irene.

—A usted.

—Pasa —había comentado al escuchar que llamaban a la puerta.

—Hola cariño.

—Hola mamá.

—¿Noche movidita? Lo digo más que nada porque los dos tenéis un aura de felicidad que se proyecta alrededor vuestra.

—Pues sí. Anoche fuimos a cenar y nos acostamos tarde.

—Por cierto, ¿qué haces aquí? Pensaba que ya tenías todo el papeleo listo.

—Eso pensaba yo, pero hoy me he acordado que en Nueva York comparto habitación con Isabella y he llamado a Irene para que me busque un hotel diferente. No quiero líos con Sofia.

—Haces bien. Aquí tienes tu café. Bueno, te dejo con tu llamada —comentó cuando empezó a sonar el teléfono.

—Dime Irene.

—Le comento: He encontrado un hotel con una estrella menos, en la misma zona, pero que está bien de equipamiento. La segunda opción es otra habitación en el mismo hotel. Y la última opción es un hotel de la misma categoría de la inicial pero algo más alejado de Central Park.

—Opto por la última opción. Reserva los mismos días que tenía en el otro hotel y cancela una de las dos personas y las reservas a los restaurantes.

—Muy bien. ¿Algo más en lo que pueda ayudarle?

—Nada más Irene. Muchas gracias.

—Es un placer ayudarle en todo lo posible. En una hora, aproximadamente, tendrá toda la documentación en su casa. También me he tomado la libertad de avisar a la compañía de transporte.

—Como siempre, es usted muy eficiente Irene. Gracias de nuevo.

Mientras me tomaba el café, ya más tranquilo, estuve realizando la lista de las cosas que me quería llevar de viaje y mi cerebro no me paraba de volver a enseñarme las imágenes de Sofia con el corsé. Uf, no sabía cómo iba a aguantar una semana sin estar con ella. Por lo menos, me iba a recuperar un poco, ya que estaba muerto, sexualmente hablando. Todavía no sabía, cómo podía tener una relación sexualmente tan buena, después de haber sufrido abusos durante tanto tiempo. Un día se lo tendría que preguntar, pero no iba a ser hoy. Me tenía que vestir rápidamente e ir a recoger a mi pequeño del colegio. Gio se iba a quedar alucinado porque fuera a recogerlo sin avisarle.

Efectivamente, tras hacer el examen se fue al recreo con todos sus compañeros y le pareció extraño que lo llamaran de la sala de profesores. Cuando él llegó y entró, me vio. Estaba realmente sorprendido porque se iba a saltar el resto de las clases e íbamos a pasar el día en la piscina. En el coche de vuelta tuvimos una charla entre hombres:

—¿Ya le pediste que fuera tu novia?

—Sí.

—¿Y...? Jo, papá ¡que te cuesta hablar! —dijo Gio poniendo morros.

—Dijo que sí. Ahora mismo somos novios.

—¡Bien!... ¿Cómo es que más recogido del colegio?

—¿Quieres que te lleve de vuelta? —decía con una sonrisa. Gio negó con la cabeza— Sofía ha programado un día de piscina para todos nosotros.

—Ah, guay. Mis amigos se han quedado con la boca abierta cuando les he dicho que me iba del colegio.

—Me alegro mucho. Por cierto, ¿hay algo que quieras que te traiga de Nueva York?

—Pues ahora mismo no sé, pero tiene que ser algo chulo.

—Vale. Si se te ocurre algo me lo dices, si no ya veré.

—Vale papá.

El día lo pasamos en la piscina. Todos nos pusimos el bañador y protección solar y como ya teníamos preparada la comida, pues solamente teníamos que traerla de la cocina a la piscina. Nos estuvimos bañando, haciendo ejercicio en ella y otras veces, simplemente descansando un poco. Tomamos muchas fotos: de forma individual, en grupo y en parejas. Cuando ya eran las 19:00 todos nos fuimos a nuestros respectivos dormitorios para ducharnos y tener un poco de tiempo libre. Habíamos quedado en encontrarnos en la cocina para cenar sobre las 21:30. Sofía se prestó a ayudarme a hacer la maleta, sin imaginarse el gran surtido de ropa que poseía mi vestidor: infinitas camisas, camisetas, trajes de vestir, vaqueros, zapatos, zapatillas, ropa de deporte, gafas de sol, relojes... Por tanto, me estuvo ayudando a colocarlo todo de manera que se arrugara lo menos posible. Cuando ya habíamos metido todo lo de mi lista, Sofía se fue a despedir para darse también ella una ducha:

—¿Me ducho y nos vemos en la terraza?

—¿No te gustaría ducharte conmigo? O mejor... ¿darte un baño de espumas aquí?

—Mmm... ¿Me estás pidiendo guerra de nuevo?

—No cariño, por lo pronto solo mimos. No tengo ganas ni de mirármela para hacer mear.

—¡Qué exagerado!

—¿Exagerado yo? No cariño, de exagerado nada. Si te proponías dejarse

seco para que no tengas ganas de sexo en algún tiempo, ahora mismo te digo que lo has conseguido.

—Lo que yo he dicho, eres muy exagerado. Voy por la ropa y ahora nos vemos. Vete preparando el baño, pero que no esté muy caliente el agua.

Empecé a preparar al baño. Eché agua entre caliente y templada. Le añadí sales de baño con olor a naranja y un poco de jabón para hacer espuma. Encendí unas velas aromáticas por el cuarto de baño y preparé las dos toallas para luego secarnos. Estuve tentado en coger algún preservativo, pero mi polla no pensaba lo mismo. Aunque aquello me pareciese muy excitante, no estaba por la labor. En cuanto Sofía entró en el dormitorio echamos el pestillo: ninguno de los dos quería ser interrumpido y menos que entrara Gio y nos viera a los dos, aunque Gio pocas veces entraba en mi dormitorio sin llamar varias veces. Ambos nos quitamos los bañadores y los dejamos en el suelo. Yo fui el primero en meterme y Sofía después. A pesar de que nos habíamos puesto varias veces protección solar, teníamos la piel algo sonrojada. El agua estaba ideal para meterse: ni demasiado caliente ni fría. Tomé una esponja, un poco de gel y le lavé la espalda a Sofía. Podía ver perfectamente donde tenía la marca del bikini. A continuación, ella se tumbó sobre mí y la empecé a lavar por delante. Parecía un acto de lo más normal, pero a medida que le iba pasando la esponja se estaba volviendo más y más erótico.

—No me habías dicho que no íbamos a hacer nada —exclamó Sofía al notar mi erección.

—Eso pensaba yo, pero parece que el agua caliente la ha espabilado. Pero por ahora, nada de nada. Si tiene que pasar algo será esta noche, ahora mismo no me apetece. Tú hazme caso a mí, ella va por su cuenta.

—¿Estás enfermo para decir eso? —se había girado para mirarme directamente a los ojos con cara de traviesa.

—Puede que esté enfermo, porque creo que es la primera vez en mi vida que no quiero sexo. Eres un brujilla que me ha hipnotizado y enamorado —dije mientras le ponía un poco de espuma en su nariz.

—Se hace lo que se puede —contestó mientras me sacaba la lengua— Vamos a cambiar de posición y ahora te voy a lavar yo.

Cuidadosamente nos cambiamos de posición, quedando entre sus brazos y piernas. Apoyé la cabeza en su hombro y dejé que le enjabonara el pecho.

Entre el agua caliente y ella pasando una y otra vez la esponja por mi torso, me estaba quedando adormilado, debido al gusto que me estaba dando. Eso me encantaba al igual que me rascara la espalda.

—Leo....

—Mmm....

—¿Quieres que mañana te acompañe al aeropuerto? —tras escuchar la pregunta, abrí completamente los ojos y me incorporé a mi pesar. Me di la vuelta y quedamos sentados el uno frente al otro.

—Me encantaría que vinieras a despedirme, pero me temo que si lo haces, no tenga suficientes fuerzas para dejarte allí o para irme yo. Prefiero que te quedes en casa y nos despedamos aquí. Será menos doloroso para los dos, te lo aseguro.

—Vale, como quieras —contestó con una falsa sonrisa.

—No pongas esa carita de pena, preciosa, en una semana me tienes aquí pidiéndote guerra otra vez.

—Ya, pero me va a resultar raro no tenerte por aquí. Por lo menos, me llamas una vez cada dos o tres días, ¿no?

—Te llamaré diariamente y podemos hablar por Skype. Ya está instalado en tú portátil y yo me llevo el mío.

—Vale, gracias. ¿Tienes que decirme algo más?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Te veo algo pensativo y eso te suele pasar cuando tienes algo que no sabes si contarle o no. ¿Me equivoco?

—Pues no, no te equivocas —afirmé mientras le sacaba la lengua— Pues tenía un pequeño problemilla que he resuelto, pero me gustaría que si te lo digo no te enfades conmigo. No deberías enfadarte, pero con una mujer nunca se sabe.

—Si te vas a quedar más tranquilo cuéntamelo... soy toda oídos.

—Cuando hice el contrato de Nueva York estaba saliendo con Isabella y como los dos coincidíamos allí, planeamos vernos y estar en el mismo hotel. Esta mañana, me acordé de que seguíamos compartiendo la misma habitación,

y por eso, me fui al despacho. He encontrado otro hotel lejos del de ella y he cancelado las reservas de los restaurantes. Me gustas mucho como para cometer un error tan grande y no quiero malentendidos entre nosotros. Prométeme que hablaras conmigo o, con mi madre si lo prefieres, antes de tomar cualquier decisión sobre lo nuestro. Isabella es muy celosa y sé de sobra que está dolida porque la dejé. Nunca había hecho eso, pero siempre hay una primera vez, si la chica lo merece.

—¿Nunca habías dejado a una chica?

—Pues no, que yo recuerde. Por lo general, las chicas con las que he salido, siempre han querido más de lo que yo estaba dispuesto a ofrecer y con el tiempo, se han dado cuenta de que yo no les iba a ofrecer nada más y se ha ido enfriando la relación.

—Gracias por confiar en mí —me besó—. Creo que va siendo hora de salirse. Se me está arrugando los dedos de las manos.

—¿Me dejarías probar una cosa?

—Tú dirás.

—Tumbate —mientras ella lo hacía, yo me había colocado en un lado de la bañera para dejarle espacio y una vez que estuvo tumbada me coloqué encima—. Me gustaría hacerte el amor aquí en la bañera.

—¿Has traído protección?

—No. Me gustaría correrte y luego que me termines manualmente a mí.

—¿Estás seguro de esto?, quiero decir... ¿podrás aguantar? No estoy preparada para ser mamá —en los ojos de ella, se podía ver su preocupación por quedar embarazada. La verdad era que estábamos siendo un poco irresponsables el practicar tanto sexo sin protección, pero yo era el mayor culpable. Penetrarla sin condón era una gozada.

—No te preocupes, cariño, conozco mi cuerpo y podré aguantar.

Después de salirnos del baño y vestirnos, fuimos cogidos de la mano a la cocina para cenar. Mi madre, que había sido la primera en llegar, estaba preparando unas tortillas a la francesa y calentando un poco de pisto. Cenamos tranquilamente y posteriormente nos fuimos a ver la televisión un rato. Tras acostar a Gio y despedirme tanto de él como de mi madre, me fui junto con

Sofía a mi cama.

—Esta noche únicamente me quiero acurrucar a tu lado y dormir. Mañana me espera un largo día y en el avión no suelo dormir mucho.

—Me parece estupendo. Tengo esta caja para ti, pero solamente la puedes abrir cuando estés en el hotel —No era una caja ni grande ni pequeña. Era la mitad de una caja de zapatos, más bien rectangular—. Se puede decir que es un regalo de buen viaje.

—Gracias cariño. Pues parece que los dos hemos pensado en lo mismo. Yo también tengo un detalle para ti —le di una pequeña caja roja. La abrió y se le iluminó la cara. Era una gargantilla de oro con un pequeño corazón.

—¡Oh Leo, es preciosa!

—Me alegro de que te guste. Ven, déjame ponértela —ella se dio la vuelta y se la puse—, cuando estés triste, tócala y recuerda que tienes mi corazón junto a ti.

—Muchas gracias. Eres un sol. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

«El más difícil no es el primer beso si no el último» Paul Géraldy

MARTES 17

Dormimos unas cuantas horas, ya que, a las 7:00 cogía el vuelo y tenía que estar allí una hora antes. Me levanté a las 5:00 sin hacer mucho ruido. La noche anterior había dejado la ropa en el cuarto de baño, por lo tanto, muy silenciosamente me fui a vestirme al baño. Apagué la luz y me dirigí hacia la cocina a prepararme un café. Necesitaba cafeína para empezar el larguísimo día. Me puse la taza de café a calentar y le eché sacarina. Me senté en unos de los taburetes y me lo fui tomando poco a poco. Había dormido plácidamente y maldecía la hora en que planeé aquel viaje. Fue todo por estar más tiempo con Isabella. Que diferente eran las dos: su piel, su olor, el sexo...

—¿Pero qué haces levantada?

Le dije mientras que Sofia se aproximaba a mis brazos. Tenía los ojos brillosos: estaba a punto de llorar. Se agarró a mi cuello y yo la agarré por la espalda atrayéndola más hacia mí, situándola entre mis piernas. Le susurré al oído:

—Cariño, en una semana estoy de vuelta. No te preocupes que todo va a ir bien y se te va a pasar volando estos días.

La despegué de mí para mirarle a los ojos y se me partió el corazón. Sofia tenía una lágrima que le corría por la mejilla. La volví a atraer hacia mí y la abracé con todas mis fuerzas. A mí también me dolía dejarla allí, pero no podía hacer nada. Si me la llevaba estaría mucho tiempo sola en un gran ciudad, y no sabía hablar mucho inglés, con que fue una idea que descarté desde el principio. La miré a los ojos llorosos y le dije:

—Te quiero —me miró muy sorprendida. Era la segunda vez que se lo decía— Sí, sé que me has escuchado perfectamente: Te quiero con locura. Me haces el hombre más feliz con solo estar a mi lado. A tu lado, simplemente puedo ser yo —volvió a abrazarme y me besó.

—Te quiero Leo y estaré esperando tu regreso con muchas ganas—volvimos a besarnos y ella me acompañó hasta mi dormitorio para que me lavara los dientes y cogiese mi caja sorpresa.

—No quiero que me acompañes hasta el taxi. Quédate aquí en mi dormitorio y cuida de los míos.

—Descuida que lo haré.

—Te quiero, princesa.

—Te quiero, Leo.

Llegué con el tiempo más que suficiente para facturar la maleta y esperar el tiempo justo para el embarque. Cuando llegó la hora, la azafata me comentó que había un retraso de media hora. No había cosa que me fastidiara más que tener que esperar. Tras veinte minutos, nos avisaron para embarcar a los de clase preferente. Me acomodé en el sillón y antes de despegar, ya me había leído el periódico del día. A las cuatros horas de vuelo, el comandante anuncia que ha recibido una orden de volver a Madrid. En Nueva York había un gran huracán y que les iba a ser imposible aterrizar allí. Enseguida me puse en contacto con mi agente para ver qué pasaría con el contrato que habíamos firmado. Este habló con las personas de Nueva York y dieron por cancelado el contrato de propaganda debido al terrible tiempo que hacía allí. Yo me quedaría con el dinero que me habían adelantado al firmar el contrato, pero que ninguna de las partes tendría que indemnizar a la otra parte debido a una de las cláusulas de este y que ellos corrían con todos los gastos de hotel y transporte que hubiese contratado previamente, ya que, debido a las fuertes lluvias y a la velocidad del viento era imposible estar en la calle y menos que un avión llegase hasta allí. Después del temporal, la ciudad tendría que hacer una gran limpieza de farolas rotas, árboles arrancados y demás objetos que fuesen destruidos o rotos y les iba a ser imposible cumplir con el contrato que previamente firmaron conmigo. Estaba más que emocionado de poder volver a casa. Cuatro horas más y estaría en casa con los míos. Llegaría justo para la hora de la merienda. Por una vez, podría ir tranquilamente a la fiesta de fin de curso de mi hijo.

Después de haber transcurrido una hora desde que el comandante comentara que dábamos la vuelta, nuevamente se ponía en contacto con nosotros: «Estimados tripulantes, debido a cuestiones técnicas haremos escala en París. Disculpen las molestias». ¡Mierda!, al final tenía que pasar la noche fuera de casa, pero solo era una noche. Llamé a la azafata para preguntarle en qué aeropuerto de París aterrizaríamos. Posteriormente, me puse en contacto con Irene dándole la información que me había proporcionado la azafata, para que me buscara un vuelo de vuelta a Madrid ese mismo día o en su defecto un hotel cerca del aeropuerto, donde poder darme una ducha y dormir más

cómodamente. No tenía ganas de pasar una noche en el aeropuerto. También le comenté que cancelara el hotel y el transporte en Nueva York y que le reclamase a la compañía aérea el error que habían cometido de no haberse enterado previamente de cómo estaban en América. Ya pensaría en algo para regalarle a Irene por su efectivo trabajo. Cuando llegué a la entrada del hotel, un hotel nuevo con una decoración moderna y colorista, fui a registrarme cuando tuve la «suerte» de encontrarme con Isabella y unos cuantos amigos suyos que al día siguiente también volaban para Madrid y a la misma hora que yo, a mi pesar.

—Vaya, vaya, vaya... mira quién tenemos por aquí... ¡Leo! Jamás te hubiera imaginado en París. ¿No tenías trabajo en Nueva York?

—Hola Isabella. Allí están de huracán y se lo han comentado al piloto prácticamente después de cuatro horas de vuelo. En vez de regresarnos a Madrid, hemos hecho escala aquí, pero mañana a las 12, supuestamente vuelvo para casa. ¿Y tú, que haces aquí?

—Pues yo iba a coger un vuelo para Nueva York, pero mi agente me ha comentado que el espacio aéreo de esa zona está cerrado por el huracán, con que para casa a descansar unos días. Como el hotel está muy cerca del aeropuerto y ya me había alojado unas cuantas veces aquí, pues mejor hospedarse en un hotel conocido. Luego vamos a cenar todos juntos, ¿te apuntas?

—Gracias Isabella, pero me apetece descansar. Me he despertado demasiado temprano y no he dormido mucho en el avión.

—Tampoco te he dicho que nos vamos a ir de marcha, solo a cenar y aquí en el hotel.

—Me lo pensaré, no te prometo nada.

—Vale, luego nos vemos.

Me fui a mi habitación situada en la tercera planta. Era una habitación sencilla, pero lujosa y moderna. El suelo era de parqué y a continuación, y a mano izquierda, había un mueble blanco de lavabo con un gran espejo. La decoración y algunas toallas eran de color rojo y lo demás en blanco imaculado. Justo enfrente del mueble, había una ducha de cristal opaco con su respectiva puerta y había otra puerta al lado que daba al inodoro. La cama extra grande, estaba al final de la habitación y en alto y justo encima de esta,

un gran ventanal desde el cuál podías ver la pista de aterrizaje. Al lado de la cama había un armario para colgar la ropa. Prácticamente estabas casi dentro del aeropuerto. En cada habitación había una tableta moodpad, que controlaba la iluminación, la música, la TV y otros equipos eléctricos de la habitación. Tras entrar en la habitación, solté las maletas, saqué algo de ropa y me pegué una ducha. Necesitaba despejarme después de cinco horas de vuelo. Tras ducharme y vestirme, llamé a Sofia. Quería darle una sorpresa, pero si veía las noticias se iba a enterar del huracán y no quería darle ningún disgusto. Mejor decirle la verdad:

—Buenas noches

—Muy buenas. ¿Ya has llegado? ¿No eran diez horas de vuelo?

—Al juzgar por tus preguntas no has visto el telediario de hoy.

—Pues no. No he puesto la televisión para nada. ¿Ha pasado algo?

—Te cuento. Salimos para Nueva York con media hora de retraso, como sabes, pero después de haber volado cuatro horas nos comenta el comandante que es imposible aterrizar allí porque el espacio aéreo está cerrado debido a un huracán, con que... ahora mismo estoy en París.

—Ah. Me he quedado muerta. ¿Y cómo es que no habéis vuelto a Madrid?

—Ni idea. Entonces...

—Entonces...

—Si todo va bien mañana, estaré allí antes de la hora de comer.

—¡Pero eso es fantástico!

—Eso sí, me gustaría que no le dijeras nada a Gio de que mañana estaré allí. ¿Cuándo tenía Gio la fiesta de fin de curso?

—Mañana a las seis de la tarde. ¿Contamos contigo?

—Por supuesto. Será una de las pocas veces que pueda ir. Siempre me pasa algo en esa fecha. El hotel está al lado del aeropuerto y desde la única ventana que hay en la habitación, la cual está al lado de la cama, puedo ver la pista de aterrizaje. Te mando una foto.

—¡Qué chulada! ¿Te acabas de duchar?

—Sí, necesitaba quitarme tantas horas de vuelo. Volar me cansa más que

estar una hora en el gimnasio.

—Interesante.

—Hay otra cosa que me gustaría contarte, pero espero que te lo tomes con filosofía y no me formes un gran numerito.

—Vaya, tal como has empezado me estás asustando. ¿Qué es lo que pasa?

—Pues...—inspiré profundamente y tomé fuerzas para contárselo. Con las mujeres nunca sabía cómo iban a reaccionar— Me estaba registrando en el hotel cuando me encuentro a Isabella en la recepción. Ella también vuela a Madrid porque le han cancelado el trabajo de Nueva York.

—Ah —después de un silencio entre nosotros...

—¿Solo... ah? Por favor, dime algo más que tengo el corazón que me va a más de mil.

—Estoy digiriendo la información. Tienes un imán para esa chica. Agradezco que me lo hayas contado, pero confío en ti.

—¿Ya está? ¿No me vas a formar un numerito ni nada por el estilo?

—Mmm... ¿Quieres que me ponga en plan celosa y un poco gilipollas? No voy a arreglar nada diciéndote que esa chica es un bicho ni nada por el estilo. Habéis coincidido en el hotel y supongo que también en el avión... ¿y qué? No pasará nada si tú no quieres, y espero que no lo quieras. Ya tendremos tiempo de pelearnos por cosas más importantes.

—Pues sí, pero estate tranquila que no pasará nada entre nosotros. Me ha invitado a que cene con ellos, pero no creo que vaya. Prefiero cenar algo aquí, en la habitación.

—Si te apetece un poco de compañía deberías ir. Os vais a cenar, no de juerga —me reí.

—Eso mismo me ha dicho ella. Eres demasiado buena, ¿lo sabías?

—Eso me han dicho alguna vez que otra, pero todavía no has descubierto mi lado oscuro.

—Siento recordarte que sí, o ¿te has olvidado de Víctor? Hasta mi madre se pensó que el que le pegó fui yo, pero claro, con esa carita de niña buena... ¿quién se lo iba a imaginar? —empezamos a reír— Te he de dejar, me están

llamando a la puerta. Luego te llamo de nuevo si no es muy tarde. Por cierto, ¿ya puedo abrir mi regalo?

—Mmm, no es justo, porque solo vas a estar una noche fuera, pero te doy permiso para que la abras. Un besito.

—Otro para ti.

Parecía que me había vacunado contra sus encantos y la veía como una chica más. Me fui con Isa al vestíbulo del hotel, el cual era tipo salón y tenía una zona para relajarse donde nos estaban esperando los demás comensales. Primero fuimos a cenar y después nos pedimos diversos cócteles y allí estuvimos charlando varias horas, todo en el mismo hotel. Cuando me di cuenta, ya era la una de la mañana, hora de acostarse. Como un buen caballero, acompañé a Isabella a su habitación. Cuando llegué a su puerta, hizo que yo se la abriera, porque ella, supuestamente, había bebido más cócteles de la cuenta y estaba algo borracha. Tras entrar y comprobar que estaba en condiciones de meterse sola en la cama, nos despedimos. Cuando fui a sacar mi tarjeta para abrir la puerta de la habitación, me di cuenta de que no llevaba el móvil. Supuse que se me había caído cuando dejé a Isabella dentro del cuarto, ya que me agarró porque se iba a caer, y volví a por este. Nada más llamar, ella me abrió y me dio el teléfono.

—Se te ha caído.

—Gracias Isabella. Que descanses —en su último intento por seducirme, me había abierto la puerta en ropa interior.

—¿Por qué no pasas un rato y hablamos?

—Estás borracha y no creo que sea lo más conveniente.

—Por fa, búscame el camisón que no lo encuentro.

—Duerme así. A ti no te importa dormir desnuda. Buenas noches.

—Eres un gilipollas por seguir con la niñera. No me puedo creer que la prefieras a ella en vez de a mí. Nunca serás feliz con esa gorda.

Seguí andando sin darle ninguna explicación. Ya era feliz. Infeliz había sido con ella cuando había tenido siempre que elegir entre ella y mi familia y ahora con Sofía a mi lado, todos estábamos muy unidos, más que nunca. Cuando llegué a mi cuarto y a pesar de que era muy tarde, decidí abrir el

paquete que ella me había hecho. Estaba algo ansioso por saber lo que había dentro. En él había una foto de nosotros cuatro de ese mismo día. Una braguita roja nueva de ella con su perfume. Delicioso, fue lo que pensé tras olerla y por último una pequeña carta.

Querido Leonardo,

Todavía me acuerdo de cómo nos conocimos y cómo en tan poco tiempo nos hemos vuelto indispensable el uno para el otro. Físicamente, me gustabas desde que te había visto por la televisión...¡¡y a quién no!!, pero cuando empecé a trabajar contigo conocí al verdadero gilipollas que llevas dentro. Lo siento, te lo tenía que decir :(Sí, sí... soy así de descarada, pero reconócelo que tengo toda la razón). Pero ahora que te conozco mejor, y más a fondo, he descubierto a un hombre familiar, cariñoso, protector y muy detallista.

Parece mentira que hace unas horas estuviéramos los dos juntos aquí en la casa. Todavía puedo sentir tus besos en mis labios, en mi cuello y cómo tus manos me recorrían mi cuerpo. Pero mejor olvidarlo ahora, que si no, ninguno de los dos se va a concentrar en nada.

Sé que pronto estarás de vuelta y podremos hacer más cosas como pareja y, poco a poco, ir conociéndonos mejor.

Espero que esos dos detallitos te hagan la estancia más fácil y no nos echés mucho de menos a ninguno de los tres.

Un beso cariño, nos vemos a tu vuelta, tu princesita.

Leí una y otra vez la carta e inspiré su perfume. Si me hubieran dicho que me iba a enamorar de ella, hubiera pensado que era una broma, pero lo peor, era que estaba loco y perdidamente enamorado. Si todo fuera bien con la familia de mi difunta mujer, posiblemente le pediría que se casase conmigo a la vuelta de Italia. Cogí una hoja del escritorio y con un bolígrafo pinté un corazón y en su interior puse Te quiero. Cogí mi móvil, me hice una foto con la hoja y se lo mandé en un Whatsapp que además, decía:

Muchas gracias. La carta y los regalos han sido preciosos. Estoy deseoso de verte mañana. 1.30

MIÉRCOLES 18

Tras levantarme a las 9:30 cogí el móvil, el cual estaba en silencio, y vi que tenía varios Whatsapp: dos de Leo y dos de un número desconocido.

Me encantó ver la fotografía de Leo. También había un mensaje que me decía que ya estaba desayunando y que a las 11:00 se iría para el aeropuerto para coger el avión. El del número desconocido eran dos fotografías de... ¡Leo e Isabella besándose y otra con la que salía Leo con un pantalón y ella en ropa interior! No me podía creer lo que estaban viendo mis ojos. Hice una inspiración profunda, solté el móvil y empecé a pasearme por el apartamento muy nerviosa y bastante enfadada. No tenía sentido que a la 1:30 me mandara aquello y a las 2:00 me enviara fotos de los dos en situación muy cariñosa. Me paré, intenté tranquilizarme y volví a tomar el móvil para volver a mirar las fotos. Sin prestar atención al beso y a ellos, había algo en la foto que no me terminaba de encajar. Enchufé el móvil al portátil y amplié las fotos y efectivamente... las fotos no eran recientes. Comparé la fotografía que ayer me mandó Leo desde su habitación, con la que salía con Isabella. Vi que tanto el peinado como el corte de pelo eran diferentes. En las fotografías tenía el pelo mucho más largo y la habitación era distinta. Le pedí a María el teléfono para no levantar sospechas y le conté a esta, brevemente, lo que había ocurrido con Isabella.

—Chicos disculpadme, es mi madre. Hola mamá.

—Hola Leo, soy Sofía, pero no digas mi nombre. Háblame como si fuera tu madre y luego escúchame.

—Sí. A las once nos vamos para el aeropuerto. Ya estamos terminando de desayunar.

—Necesito que hagas el mejor papel de tu vida, porque voy a cortar contigo cuando luego te llame con mi teléfono y necesito que todo el mundo se lo crea. Quiero que te pelees conmigo delante de todos ellos, donde te puedan oír y dame un poco de guerra, pero sin pasarte. Supuestamente me has puesto los cuernos con Isabella.

—Sí, yo también tengo ganas de ir a la fiesta de Gio.

—¿Me has entendido bien? Voy a cortar contigo, pero es de mentira.

Cuando llegues a casa te digo el porqué.

—Vale, me parece bien.

—Te quiero. Un beso y buen vuelo.

—Gracias mamá. Otro beso para ti. Contad conmigo para comer.

—Buenos días Sofía [...] eh, tranquilízate ¿qué te pasa? [...] oye, que yo no te he puesto los cuernos, ¿eso es lo que piensas de mí? ¿Qué te engaño con la primera que veo? [...] Lo que me faltaba por oír [...] Sí, sí, ¡sí que soy gilipollas, pero por estar contigo! Esto es lo último que pienso aguantarte. En unas horas estaré en ¡MI CASA! y espero que cuando yo llegue, tú no estés por allí [...] No te preocupes por tu puto dinero, en cuanto llegue te haré la transferencia del finiquito y ¿quieres también que te pague por tus trabajos sexuales?

—A ver guapo, tampoco hace falta que me digas eso. Corta ya conmigo —respondí tras escuchar su monólogo.

—No te preocupes, te pagaré hasta el último polvo que echamos, aunque me cueste un dineral. Adiós.

—¿He estado bien? —comentó Leo muy orgulloso de su monólogo ya en su habitación.

—Demasiado bien. ¿No crees que te has pasado un poco con lo de pagarme los polvos?

—Que va, eso ha sido lo mejor. Todos estaban sorprendidos, haciéndose señas unos a otros cuando solté lo del primer polvo y a partir de ahí, se hizo un silencio completo y estaban más que atentos a la conversación. Isabella tenía una cara entre felicidad y sorprendida, no sabría decirte bien. ¿Qué es lo que ha pasado exactamente?

—¿No puedes esperar hasta llegar?

—Sabes que no.

—Te lo mando y ya me dices tú —mandé las dos fotos que Isabella me había mandado.

—¿Cómo has sabido que no son recientes?

—Por tu pelo. Ahora lo llevas más corto. Además, me mandaste una foto

desde tu cama y se veía el aeropuerto. En esa foto hay muchas ventanas y en la tuya solo hay una. Por lo general, los hoteles tienen la misma distribución.

—Ains, mi chica lista. Me alegro de que no me montaras tú el numerito. ¿Cómo es que me llamaste desde el teléfono de mi madre?

—Porque si te llamaba desde el mío, enseguida dirías mi nombre y ya fastidiaríamos el plan de Isabella.

—Perfecto. Te dejo que me tengo que preparar que en breves nos vamos para el aeropuerto. Espérame para comer.

—Vale. Ten cuidado. Un beso

—Otro para ti.

Cuando estaba llegando a la entrada del hotel todos estaban hablando y algo escandalizados de lo que había ocurrido durante el desayuno, pero en cuanto me vieron se hizo el silencio. Debería estar serio, pero no podía, estaba feliz porque volvía a casa, pero entonces recordé lo que la bruja de Isabella había hecho y me cabreeé mucho. Con eso tendría el rostro serio para un buen rato. Isabella se aproximó a mí, pero no me habló y estuvo todo el tiempo a mi lado. Ya cuando despegamos, fue cuando se atrevió a hablarme.

—Leo, sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Isabella, no te molestes por lo que te voy a decir, pero ahora mismo no necesito compañía femenina. No quiero una amiga, ni novia, ni amante ni nada que tenga que ver con una mujer. Con que, hazme el favor de dejarme tranquilo. Cuando esté preparado para algo, yo te avisaré.

—Vale.

La estuve observando todo el vuelo por el rabillo del ojo y al juzgar por su rostro estaba algo decepcionada por lo que no había conseguido. No solo supuestamente me había separado de Sofía, sino que también no quería saber nada de las mujeres. Le di su merecido. Lo próximo era cogerle el móvil y borrarle todas las fotos que tenía nuestras.

—Isabella, ¿tienes un chicle?

—Toma el bolso, busca por ahí adentro que tiene que haber algo —estaba molesta. Perfecto.

Se volvió a poner su antifaz y los cascos. Busqué el chicle, pero también encontré su móvil. Como ella no podía escuchar y sus amigos estaban más atrás, no habría problema en que lo descubriera. Borré todas las fotos en las que yo aparecía y los vídeos que nos habíamos hecho. Por último, descubrí que tenía el número de Sofía y también se lo borré. Estaba tan enfadado con ella que también le borré mi número. Hice todo lo posible para que en un futuro no pudiese recuperar ni teléfonos ni fotos. Cuando terminé, volví a dejar el teléfono en su sitio y le cerré el bolso y se lo metí debajo de su asiento. No volví a hablar con ella en todo el viaje. Cuando llegué al aeropuerto de Madrid, volví a encender el teléfono y comprobé que tenía un Whatsapp de Sofía:

Te recojo :D Te espero en la salida

Tras recoger las maletas, todos nos fuimos en grupo hacia la entrada y allí estaba Sofía con Gio. Me parecía mentira que dos de mis personas más importantes estuvieran allí. Mi madre seguramente se habría quedado en casa terminando la comida. Gio vino corriendo hacia mí y me abrazó. Le ofrecí a Gio conducir el carrito de las maletas y así poder tener una mano libre para agarrar a mi chica. Isabella, al verla allí se quedó muy sorprendida, sobre todo, cuando esta se me acercó y me dio un beso bastante apasionado, allí, delante de todo el mundo sin importarle los paparazzi. Los compañeros de Isabella nos estuvieron vitoreando mientras nos besábamos, pero Isabella desapareció rápidamente de allí. Esta vez no había comprado ningún regalo, ya que, apenas tuve tiempo en el aeropuerto. Cuando iba por libre me era más fácil irme de compras, pero en esa ocasión me había amoldado al grupo. Comimos tranquilamente mientras relataba todo lo que me había pasado en el avión y en el hotel, sin mencionar el incidente de la supuesta ruptura. Ya eso lo comentaría más tarde con Sofía.

—Bueno Gio, mañana tienes la fiesta del colegio. Te parecerá mentira pasar de curso con todo limpio.

—Pues sí, papá. He trabajado muy duro para conseguirlo. ¿Me vas a dar algún premio?

—Mmm... ¿Qué te parece si... nos vamos el viernes a ver a los abuelos?
—el niño abrió mucho los ojos al escuchar aquello. Estaba realmente encantado.

—¿De verdad, tan pronto?

—Yo no tengo ningún problema. Solamente tendría que llamarlos para ver si podemos adelantar las vacaciones.

—¿Los llamo yo?

—No Gio, prefiero hacerlo yo y ya con eso charlo un rato con ellos. Mamá, ¿tú te apuntas?

—La verdad es que este fin de semana había quedado con las chicas para irnos a la playa unos días. Como tú no ibas a venir hasta dentro de una semana he hecho planes, pero vamos, tampoco me apetece mucho ir. Iros los tres y dale un fuerte beso a Fabiola y a Lorenzo de mi parte —me contó mi madre.

—¿Alguna objeción, Sofia?

—Ninguna. Sabes perfectamente que estoy encantada de poder visitar Italia.

—Pues perfecto, hago unas cuantas llamadas y luego nos vemos.

Me retiré a mi oficina para llamar a mis suegros y ver si podíamos adelantar las vacaciones. Tendría que comentarles antes de lo previsto que estaba saliendo con Sofia.

—Buon giorno (buenas tardes) —se escuchó en el teléfono.

—Buon giorno, Fabiola. ¡Cuánto tiempo!

—¡Leonardo!, que grata sorpresa. No esperaba tu llamada. ¿No estabas de viaje de negocios?

—Sí, pero ha sido cancelado por el mal tiempo. Están de huracán en estos momentos. Y por eso te he llamado. ¿Sería posible adelantar las vacaciones?

—Por supuesto. Lorenzo va a estar más que encantado de tener a Gio aquí. ¿Cuándo tenéis pensado volar?

—Pues si hay plaza, nos gustaría salir el viernes por la mañana.

—Perfecto entonces. Prepararé los tres dormitorios igual que siempre.

—Hay un pequeño cambio. Mi madre no se esperaba que yo llegase antes de tiempo y ya había reservado hotel para viajar con las amigas, por lo tanto, ella no podrá venir. El cambio es... —me daba un poco de corte tener que

decírselo, pero sabía que tarde o temprano aquella situación llegaría. Tras un tiempo que pareció demasiado largo...

—Venga Leonardo, no creo que después del tiempo que nos conocemos no me puedas decir que te vas a traer a tu novia. No nos importa, y además, estamos muy contentos de que por fin te hayas animado a presentarnos a una chica. —Lorenzo que estaba por allí cerca le estaba preguntando a su esposa que cuál de las dos era— No lo sé Lorenzo, todavía no me lo ha dicho.

—¿Qué es lo que no te he dicho?

—Lorenzo me pregunta que si es la modelo o la profesora de Gio —me quedé mudo tras la línea telefónica—. Siento que te enteres así, pero como sabes, Gio nos manda fotos y correos muy a diario. Nos mandó una foto de ustedes dos cuando os ibais a una discoteca, y ya sabes cómo es Lorenzo, que le gusta estudiarlas con mucha meticulosidad. También nos ha mandado fotos de tu cumpleaños, estudiando con Sofia, en la piscina y cosas así.

—Pues Lorenzo ha dado en el blanco. Aunque oficialmente solo llevamos unos días saliendo, pero estoy preparado para que la conozcáis. Ella no sabe mucho de vosotros ni mis intenciones de que me deis el visto bueno. Dime que estoy loco, pero veo muchas cosas en ella que también tenía Gisela. Como Sofia no conoce Italia, pues es la excusa perfecta para llevarla.

—Sí Lorenzo, es Sofia. Este hombre que pesado se pone. No para de preguntar quién es. Leonardo, ya eres mayor para decidir con quién pasar el resto de tu vida, pero me alegro de que nos tengas en tal alta estima. Te lo agradecemos. ¿Entonces os esperamos a los tres el viernes para comer y preparo las dos habitaciones?

—Pues todavía no he mirado vuelos ni nada. Primero quería hablarlo con ustedes. Lo de las habitaciones, tal vez sea mejor que nosotros dos nos vayamos a un hotel.

—¿Solo vais a visitar Florencia?

—Pues la verdad es que no he planificado nada con Sofia, pero también me gustaría llevarla a Venecia y tampoco sé si Gio quiere venir con nosotros a visitarla.

—Podemos hacer una cosa. Cuando estéis aquí en Florencia os quedáis en casa y ya cuando os vayáis pues reserváis hotel. No será por habitaciones....

¿Te parece bien?

—Vamos a hacer una cosa. Voy a hablarlo con ellos y dentro de unas dos horas, aproximadamente, te llamo ¿vale?

—Me parece estupendo. Espero tu llamada. Un beso Leonardo y saluda a María de mi parte.

—Ella también os manda recuerdo. Un beso Fabiola.

Tras colgar el teléfono llamé a Gio y a Sofía, pues quería comentar con ellos el itinerario a seguir para poder hacer alguna reserva antes de que se fuera el día. En cuanto llegaron al despacho, hice que los dos se sentaran y con papel y bolígrafo en mano, fui tomando anotaciones de sus preferencias. Mi idea era pasar un día en Pisa, cinco días en Florencia para visitar la ciudad y alrededores y estar con mis suegros y amigos y cuatro días en Venecia, contando tanto la ida como la vuelta en coche. Gio no estaba seguro de querer visitar Venecia, pero a Sofía le había encantado la idea. Cuando ya hablamos de todo esto, le di permiso a Gio para que se fuera, ya que quería hablar algo más privado con ella.

—Fabiola, mi suegra, me ha comentado que si queremos quedarnos en su casa mientras estemos en Florencia y quería comentarlo contigo antes que nada.

—Sé perfectamente quién es Fabiola y Lorenzo. Ya nos conocemos.

—¿Cómo es que ya os conocéis?

—Un día que Gio estaba hablando con ellos por el Skype, hizo que me pusiera para que también me viera a mí, y ya puestos, estuvimos charlando un rato.

—¡Qué coraje me da ser el último en enterarme de todo! ¿Y de eso hace mucho?

—Un mes o algo más. No estoy muy segura. Pero no te enfades.

—No es enfadarme, pero parece que siempre soy el último mono de esta casa en enterarme de todo —se sentó en mi pierna.

—Si a ti te apetece quedarte allí, yo no tengo ningún inconveniente, eso sí, cada uno duerme en una cama diferente.

—¡Ostras, esto es nuevo! —dije abriendo muchos los ojos, ya que estaba realmente sorprendido— ¿Y por qué tendríamos que dormir en camas diferentes?

—Porque son tus suegros y hay que tener un poco de decoro con ellos. No saben ni que estamos juntos y voy a llegar yo y nos vamos a costar juntos. Ni que se te pase por la cabeza.

—Ellos ya saben que estamos juntos, y antes de decírselo, me preguntó si era la profesora de Gio o la modelo. ¿Qué, cómo te quedas?

—Alucinada. ¿Se lo habrá dicho Gio?

—Gio le ha estado mandado fotos de nosotros, y también le mandó la foto que nos hicimos la primera noche que nos fuimos al Paradise. Lorenzo era psicólogo y por lo visto, ha estado analizado meticulosamente las fotos. Se puede decir que ellos también se olían lo nuestro.

—¡Pues vaya dos carajotes que somos por no darnos cuenta! —empezamos a reír.

—¿Nos hospedamos con ellos entonces?

—Si es en habitaciones separadas, sí.

—Uf, como eres. Bueno, ya lo veremos.

—No, no. Te lo digo en serio. Que se te quite de esa mente calenturienta el hacer cualquier cosa en casa de tus suegros.

—¿Me estás vacilando? ¿Pretendes que en cuatro o cinco días no tengamos nada de sexo?

—Efectivamente, bueno, algún día más.

—Por favor, dime que estás de broma —preguntaba y como veía que ella seguía igual de seria, seguí hablando—. ¿Después en Venecia tampoco? Pues me niego a irme a Italia así.

—Y yo me niego a acostarme contigo en casa de tus suegros y si después vamos a Venecia, Gio tendrá que dormir con nosotros.

—¡Qué bien! —respondí sarcásticamente— ¡Mi suerte mejora por momentos a pasos agigantados! —intentó levantarse pero yo la volví a sentar en mi pierna— ¡Eh, no te vayas! Todavía no hemos terminado de hablar. ¿Esta noche

también me vas a tener a dos velas?

—Depende de cómo te portes —me sacó la lengua.

—Entonces vete a preparar la maleta, el viernes salimos. Voy a hablar con Irene a ver si hay vuelos para ese día. Anda... vete, que contento me tienes —la dejé que se levantara y le di un leve tortazo en el trasero.

Irene nos buscó un vuelo con destino a Florencia, para el viernes a primera hora de la mañana, pero con la fecha de regreso abierta. Todavía no habíamos decidido cuántos días estaríamos allí. También nos reservó un coche para movernos por Italia. Esta me facilitó los datos de un hotel en el mismo centro de Venecia, para poder reservarlo personalmente el día en que nos fuéramos para allá. Hablé nuevamente con Fabiola comentándole que nos hospedaríamos en su casa y que no hacía falta que nos vinieran a recoger al aeropuerto, ya que había alquilado un coche.

JUEVES 19

Por la mañana me dediqué a preparar la maleta de Gio y la mía. Tras la fiesta del colegio nos íbamos a ir a cenar todos juntos y después de cenar no habría muchas ganas de preparar ninguna maleta. Leo prácticamente tenía la maleta echa, aunque cambiaría algunas prendas de vestir por algo más cómodo y por tanto, me estuvo ayudando para que luego nos pudiésemos ir juntos al gimnasio.

—Tienes que echar también ropa para salir por la noche, por si vamos a cenar y tal. También échate ropa para hacer deporte. Muchos días comiendo bien, ten por seguro vamos a coger varios kilos. Por allí hay varias zonas donde podemos ir a correr por las mañanas.

—A sus órdenes jefe. ¿Este modelito está bien? —dije mientras le enseñaba un traje beige ajustado pero elegante.

—Sí, me parece bien y mete también el rojo, que estás muy sexy con él. ¿Por qué metes esos zapatos negros en vez de los otros?

—Porque con estos estoy más cómoda. No creo que en Italia podamos siempre aparcar al lado del restaurante, ¿o me equivoco?

—Pues no. Por lo general hay que andar un poco.

—Pues listo. Maleta lista. Cojo mi mochila y nos vamos.

Cuando salía del vestuario para empezar mi jornada de ejercicios, me encontré de cara con Javier:

—Hola Javier.

—Hola Sofia. Felicidades. —me sorprendió que me felicitara.

—¿A qué se debe las felicitaciones, si se puede saber?

—A que has pescado a uno de los solteros más codiciados. Presentía que entre ustedes había algo, pero nunca imaginé que fuera a funcionar. Sois tan diferentes... —en las palabras de Javier había cierto rencor— Ya me podías haber avisado de lo vuestro, somos amigos, ¿no?

—No ha surgido el tema y desde que hemos empezado a salir tampoco nos hemos visto.

—¿Desde cuándo estáis juntos?

—Desde el quince de este mes.

—Que graciosa. No de verdad. Me gustaría saberlo.

—Te lo acabo de decir.

—Lo siento, pero no me lo creo. Leonardo no es una persona impulsiva y lo conozco desde hace mucho tiempo.

—Pues ese es tu problema. Te dejo que voy a entrenar.

—Oye, espera —miró a su alrededor para comprobar que no había nadie—. Que sepas que me ha dolido enterarme así de que estás con él.

—Javier me caes súper bien, pero no quisiste tener ninguna relación conmigo y por tanto, no tengo por qué darte explicaciones de mi vida.

—Ya, pero había algo especial entre nosotros.

—Si lo había o no, eso ya no importa. Estoy con Leo y eso es lo que cuenta.

—Hola chicos —saludó Leo mientras se acercaba a nosotros. Javier se quedó muy sorprendido de verlo allí.

—Hola Leonardo, ¿tú no estabas de viaje?

—Sí, pero me lo cancelaron a mitad del océano atlántico y no te he avisado porque mañana me voy con Sofia y mi hijo a Italia a pasar unos días. Cuando vuelva, ya te llamaré para empezar a trabajar y quitarme los kilos que mi suegra me arrime.

—Ah, muy bien. Pues que lo paséis bien. Sofia... Leonardo.

—Hasta luego —contestamos ambos a la vez.

Estuvimos realizando los mismos ejercicios. Cuando pasaron las dos horas, nos duchamos en nuestros respectivos vestuarios y nos vimos en la entrada del gimnasio para regresar a casa. Después de comer, practicamos un poco de sexo y después nos acostamos a dormir la siesta. Sobre las 16:30 empezamos a prepararnos. A las 18:00 empezaba la clausura del año escolar y los chicos tenían que estar allí un rato antes de que empezara el acto. Todo transcurrió con normalidad y después del acto nos fuimos a cenar los cuatros y a celebrar las magníficas notas que había sacado Gio.

«Solo es útil el conocimiento que nos hace mejores» Sócrates

VIERNES 20

Todos estábamos, desde muy temprano levantados, para viajar a Italia y sobre todo Gio. Desde las cinco de la mañana ya se le escuchaba moverse de arriba para abajo y eso que hasta las ocho no cogíamos nuestro vuelo. Tras despertarnos, Gio se fue a su cuarto a vestirse y arreglarse. Estábamos todos desayunando cuando Gio se dio cuenta de algo:

—Papá, ¿no nos podemos ir a ver a los abuelos! —Leonardo, que estaba sentado en la mesa de la cocina tomando su café, lo miró con cara de pocos amigos.

—¿Qué es lo que te pasa Gio?

—¡Que no he comprado ningún regalo para los abuelos!

—No te preocupes Gio, yo he comprado un jamón —contestó su padre.

—María me ha dado un pañuelo para Fabiola y un estuche Sumiller con vino para Lorenzo. Ah, también encargué dos llaveros grabados con tu foto, Gio. Por tanto, no te estreses y tómate la leche —dije medio dormida tomándome el café. Gio se sentó más aliviado a desayunar. Cuando ya eran las 6:15 María apareció por la puerta para despedirse de nosotros.

—Vaya carita tenéis —dijo al contemplarnos a todos medio dormidos excepto a Gio que estaba muy nervioso por el viaje. —¿Ya estáis listos para salir?

—Sí, mamá.

—Yo cogeré algo para comer antes de que volemós. Con dos horas más en el cuerpo, seguro que nos entran ganas de tomarnos algo.

—Ni se te ocurra cargar con comida. En el aeropuerto hay muchas tiendas. Se compra allí y listo —comentó Leonardo.

—¡A sus órdenes, jefe!

—Tened cuidado y llamarme por lo menos cada dos días para saber cómo estáis y en cuanto lleguéis también. Dame un beso y pórtate bien, Gio. Que no se diga.

—Sí, abuela. ¡Voy arriba por mi maleta!

—Un beso María. Yo también voy por mi maleta.

María estuvo con nosotros hasta que se cerró la puerta de la entrada. Ya en el aeropuerto, me fui a comprar algo para desayunar antes de subirme al avión. En media hora teníamos que embarcar. Gio vino conmigo y se compró una empanada de atún con un zumo. Leo y yo habíamos escogido una empanada de carne cada uno, pero este prefirió un café y yo otro zumo. Tras pagar, me fui a donde estaba Leo esperando con las maletas de mano y le entregué su desayuno. Cuando ya estuvimos instalados en nuestros asientos, Gio se puso los auriculares para escuchar música y yo le pregunté a Leonardo ciertos detalles del viaje:

—¿Tus suegros que viven en el mismo Florencia?

—No. Viven en un pequeño pueblo que está a 8 kilómetros de Florencia. Es un pueblo pequeño y se llama Fiesole. Está situado en una montaña desde la que se ve una fantástica panorámica de Florencia. Hay varios palacios y villas con vistas a Florencia, y una de ella fue inscrita en la [Lista del Patrimonio de la Humanidad](#) el año pasado.

—Vaya, para ser un pueblo pequeño tiene buena pinta. ¿Qué debería saber de tus suegros?

—¿Sabes algo de ellos?

—Sé que Lorenzo era psicólogo y que habla italiano e inglés. Fabiola era relaciones públicas de una gran empresa y habla varios idiomas. Sé que no tienes cuñados, según me comentó Gio. Viven a la entrada del pueblo en una gran casa. Eso es básicamente lo que sé, pero me gustaría saber si tienen alguna manía o algo interesante a tener en cuenta.

—Sé tú misma. Son personas con dinero pero muy sencillas. Seguro que te caen bien.

—¿Soy a la primera chica que le presentas?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Por tu cara. Tienes una expresión entre culpabilidad e inseguridad. No te suelen sudar las manos y ahora las tienes sudosas.

—No se te escapa ninguna. Pues sí, eres a la primera que les voy a presentar, ¿contenta, señorita?

—Pues no sabría decirte. Es un poco acojonante que me los quieras presentar. ¿No crees que vamos muy rápidos?

—¿Te están entrando dudas? —me tomó de la mano y empezó a hacerme círculos en ella con la intención de transmitirme tranquilidad.

—No es eso, sino simplemente...que... llevamos poco tiempo juntos y estamos avanzando muy rápidamente en nuestra relación.

—¿Eso te da miedo?

—No sé si es miedo o lo que es, pero hay cosas, tan simples que no sé de ti, que creo que toda pareja debería saber.

—Pregunta.

—No se me ocurre ninguna pregunta ahora.

—Por ejemplo, yo sé que tu color preferido es el rojo. Eres dormilona. Tienes una vista bastante buena en cuanto a detalles a pesar de tener lentillas. Tu plato preferido son las patatas fritas con huevo. Te gusta cualquier comida que pueda llevar queso. Te gusta tanto lo dulce como lo salado. Los sabores de helado preferidos son los de chocolate y nata. Eres la mayor de tres hermanos. No puedes estar quieta sin hacer nada. Te gusta leer novelas fantásticas e históricas. Te encanta bailar y la música... creo que te gusta casi todo lo que suene. Eres un poco peligrosa conduciendo. Cuando estás enfadada es mejor dejarte un rato para que te tranquilices. Tienes un carácter fuerte y eres muy orgullosa. Creo que prefieres la playa a la montaña. Eres dulce y cariñosa y tu reloj biológico te empieza a funcionar. Te sonrojas muy fácilmente y podría reconocer tu aroma en cualquier sitio. ¿Algo más?

—Vaya, estoy realmente sorprendida de cuánto sabes sobre mí. Solo tengo una pregunta: ¿cómo sabes lo de mi reloj biológico?

—Es obvio, ¿no? —yo seguía esperando la explicación a tal frase— Eres muy protectora con Gio y te he visto jugando y darle de comer a Daniela. Si no te gustaran los niños, no lo hubieras hecho. Además, aunque no lo creas, sabes mucho más de mí de lo que te piensas. A ver, ya que eres tan lista...

—Eres una persona muy presumida y te gusta cuidarte mucho. Tu color favorito es el blanco. Con seis horas de sueño funcionas bien. Eres ordenado y muy cuidadoso con tus cosas. No te gusta que te toquen tus efectos personales. Te dejas influenciar mucho por tu exterior y piensas demasiado en el que

dirán, pero creo que eso últimamente te está dando un poco igual. Te encanta la lasaña, ya sea de carne o atún. Te gusta mucho el chocolate aunque no lo comes mucho, solo cuando estás algo agobiado. Te gusta la naturaleza en general. Te gustaría tener una gran familia. Eres cariñoso y te encanta que te mimen. Aunque dices que te gusta mucho que te toque el pelo, también te encanta que te rasque la espalda, aunque yo creo que eso nos gusta a todos los mortales. Eres muy detallista y no te importa gastar dinero si es por una buena causa. Te gusta la lectura aunque no tienes mucho tiempo para ello. Prefieres un buen vino a una cerveza. Eres celoso, muy celoso... —ambos estábamos sonriendo mientras yo lo decía— y tienes buenos amigos que te apoyan y te hacen ver la realidad.

—¿Tú eras la que decías que no sabía nada de mí? Y te has equivocado en una cosa. Me gusta tanto el vino como la cerveza, pero la cerveza engorda más y por eso la bebo menos. No por otra cosa —dijo mientras los dos nos reíamos— Ves, como sabes más de mí de lo que te pensabas. Llevamos desde marzo conociéndonos a diario. Prácticamente, se puede decir que eres mi no relación más larga. Eres con la que más me he peleado en este año, y la que más me ha cabreado en estos meses, y todo eso sin la parte buena —yo no sabía a qué se refería con parte buena.

—¿Qué parte buena?

—La de acostarnos —dijo en un susurro y con una sonrisa en los labios— Si hubiera sabido cómo eres desde un principio, desde que me manchaste con el helado te hubiera metido en mi cama.

—Que exagerado eres.

—De exagerado nada. Sabes cómo poner a un chico caliente con solo mirarlo. Todavía me acuerdo cuando he coincidido contigo en el gimnasio, la de tíos que había siempre cerca de ti y eso me ponía de muy mala leche y... ¿me vas a negar que entre tú y Javier no ha habido nada? —yo estaba flipando al escucharlo, me había quedado muda. ¿Se habría ido de la lengua Javier?

—Eh...yo...

—No te preocupes, no quiero saberlo. Javier me estuvo preguntando por ti varias veces y cuando estabas por el gimnasio no paraba de mirarte. Llevaba muy controlado con quien hablabas, cuánto peso habías perdido, los ejercicios que hacías y cuánto tiempo durabas en cada máquina. Una vez, hasta me estuvo

hablando de tus piernas. Me dijo que tenías piernas atléticas, que seguro que antes de engordar practicabas deporte. También me llegó a preguntar si entre nosotros había algo y ayer cuando estaba hablando contigo se le veía bastante enfadado. La conclusión es directa. Tenías algo con él pero espero que eso haya terminado.

—No llegué a tener nada con él. Desde el primer momento, él puso las cartas sobre la mesa y lo dejó todo bien claro, pero ayer me confesó que estaba molesto por no haberle comentado lo nuestro, y se pensaba que llevábamos más tiempo juntos.

—Javier y yo nos conocemos desde hace muchos años y es un buen entrenador. Aparte de eso, también le he contado en numerables veces mis problemas: tú entre ellos.

—Vale, gracias.

—No eres precisamente un angelito. Aunque tienes la carita, por dentro eres un bicho malo —dijo Leo mientras me sacaba la lengua.

—Por cierto, hace tiempo que lo pienso, pero nunca me he atrevido a preguntárselo a tu madre. ¿Por qué no hay ninguna foto de tu padre por la casa? —ups, he tocado un tema delicado al juzgar por su cara.

Risa irónica

—Mi padre.... Apenas tengo recuerdos de él. Era camionero y casi siempre estaba viajando. Tras morir en un accidente de tráfico, nos enteramos de que tenía un amor en cada ciudad. Eso destrozó a mi madre y yo... nunca había tenido buena relación con él. Siempre me echaba en cara de que era un flojo y eso que compaginaba deporte con los estudios. También creo, que alguna que otra vez, había pegado a mi madre, pero solo es una suposición. Nunca se lo llegué a preguntar. Por tanto, con su muerte, todos salimos ganando. Lo único bueno que hizo por nosotros fue hacerse un buen seguro de vida. Gracias a eso, mi madre no tuvo que buscar trabajo para sacarme adelante.

—Joder. Nunca había imaginado eso.

—No te preocupes, de eso hace mucho tiempo y ya está todo olvidado. Vaya... ya estamos llegando. Así da gusto volar. Gio, apaga los auriculares que vamos a aterrizar.

—Vale.

Tras llegar al aeropuerto y coger dos carros para poner el inmenso equipaje que llevábamos, que parecía que íbamos a estar en Italia un mes, fuimos a buscar nuestro coche de alquiler. Leo para variar, había reservado un BMW 3, con silla para Gio y GPS. Tras entregarle toda la documentación a la chica y pagar, metimos todas las maletas en el coche y nos fuimos rumbo a la casa de Lorenzo y Fabiola. Leo no necesitó GPS, puesto que conocía perfectamente el camino. Yo estaba nerviosa, tanto, que Leo lo notó. Me dio la mano mientras conducía y así nos llevamos todo el camino hasta llegar a la casa. Cuando llegamos, la puerta principal se abrió automáticamente y entramos sin tener que esperar. Nada más entrar, en la zona izquierda del terreno había un techo de vigas de madera y allí fue dónde Leo aparcó el coche a la sombra. Allí ya había dos coches aparcados. Toda esa zona estaba asfaltada hasta llegar a la casa. La casa estaba en alto, ya que en el terreno había un poco de desnivel. Encima de la escalera que llevaba a la casa principal nos estaban esperando. Era una casa típica de zona rural, con las paredes de piedra, un pequeño porche con mesa para sentarse en el lado izquierdo de la casa y muchas macetas con flores por toda la terraza. Gio nada más bajarlo del coche fue corriendo a ver a sus abuelos. Nosotros fuimos tras de Gio pero más tranquilos. Mi corazón latía tan rápido que parecía que estaba realizando la carrera de los 100 metros lisos y dando un spring. El saber que yo era la primera chica que les presentaba a sus suegros, no era lo mejor que me había dicho si con ello quería tranquilizarme. Leo me esperó y me cogió de la mano antes de empezar a andar hacia el sendero que llegaba hasta la entrada de la casa. El camino se me había hecho demasiado corto y Leonardo lo intuía, debido a que me apretaba fuertemente la mano, dándome su apoyo no verbal. Él se adelantó un poco para saludarlos. Lorenzo estaba vestido con unas bermudas y una camisa de mangas cortas. Su pelo era castaño liso y ojos marrones. Medía 1,80 m. Era de complexión delgada. Tenía que ser una persona muy expresiva con la mirada y la sonrisa, ya que poseía muchas arrugas en esa zona. Tenía cara de buena persona. Fabiola poseía el pelo castaño oscuro, por encima de los hombros y ondulado. Ojos verdes. Medía 1.70m y aunque se le veía en forma tenía unos kilos de más. Era muy guapa para su edad y la verdad era que su hija se parecía mucho a ella, por lo que pude ver por una foto que atesoraba Gio en su dormitorio. Ella llevaba un traje cómodo por encima de las rodillas y amplio para estar por la casa. Me cayeron bien en cuanto los vi.

—Gio... ¡pero qué grande estás y qué guapo! —Le había dicho su abuela—
Hola Leonardo, ¿cuánto tiempo? —se estuvieron dando abrazos y besos por
doquier. Se veía que tenían muy buena relación entre ellos.

—Lorenzo, Fabiola... ella es Sofia.

—Mucho gusto —me dieron un beso y un abrazo.

—Estamos encantados de conocerte Sofia. Lorenzo opina igual y dice que
eres muy guapa —Lorenzo lo comentó en italiano y Fabiola tuvo el detalle de
traducirlo pero algo había entendido.

—Muchas gracias.

—¿Queréis pasar o preferiréis dejar primero las maletas en el cuarto,
mientras preparo una limonada?

—Mejor vamos a dejar las maletas y a colgar la ropa para que no se
arrugue.

—Gio, tú vete con el abuelo a coger unos limones mientras yo les ayudo
con las maletas, que seguro que traéis muchas.

—¡Cómo te conocen! —exclamé yo.

—Son muchos años Sofia que nos conocemos y no es la primera vez que
viene, para nuestra suerte —dijo Fabiola.

Bajamos al coche a recoger las maletas y las metimos en la casa. Nada
más entrar en la casa, había a mano izquierda una gran cocina en forma de U
con una mesa en el centro y a mano derecha estaba el salón con su chimenea.
No había paredes entre el salón y el comedor propiciando una estancia
espaciosa y amplia. En la cocina, había una puerta que daría justamente a la
parte de atrás: al jardín. También, había otra puerta que era el lavadero y
había un pasillo el cual llevaba a un despacho y otro salón aunque algo más
pequeño. Al lado del pasillo, había un aseo y justamente al lado de este una
escalera que daba a la segunda planta donde estaban los dormitorios. Subimos
a dejar las maletas en los dormitorios, y Fabiola nos dijo cuáles eran las dos
habitaciones que había preparado y se bajó hacia abajo, dejándonos a los dos
solos, dándonos un poco de intimidad. Había 4 dormitorios: dos de
matrimonios con sus respectivos cuartos de baño incorporado y dos
individuales, los cuales compartían el cuarto de baño. Nada más subir a mano
derecha estaba el dormitorio de Fabiola y en la misma línea estaba uno de los

dormitorios individuales. La zona izquierda tenía la misma distribución. Estábamos los dos parados entre las dos habitaciones y fue cuando Leo me miró y me preguntó:

—¿Juntos o separados? Es el momento de elegir. Tú ya sabes perfectamente lo que pienso.

—Lo sé, pero me sigue dando un poco de corte dormir contigo en la misma habitación.

—Fabiola no te va a decir nada al respecto, te lo aseguro —como yo no me terminaba por decidir, Leo continuó hablando—. Dejaremos las dos maletas nuestras en el dormitorio de matrimonio y ya esta noche te decides. Aceptaré de buen agrado lo que hayas decidido. ¿Te parece bien?

—Gracias.

Leonardo colocó la maleta en un lado y sacó de ella el jamón que había traído para ellos, y yo hice exactamente lo mismo con los regalos que María me había dado. Coloqué en el cuarto individual la maleta de Gio, y los llaveros que había encargado para él. Estuvimos colgando en las perchas las prendas que se podían arrugar más fácilmente. Cuando llegamos abajo, nos fuimos directamente a la cocina y desde allí salimos a la terraza trasera que tenía la casa. Esta tenía allí una mesa y sillas de mimbre y al fondo de la terraza había un balancín. Era una parcela de 1400 metros cuadrados. Tenía una pequeña piscina, jardín para tomar el sol, un par de columpios, una zona plantada y algunos árboles frutales repartidos por toda la parcela. Hacía un tiempo cálido, el suficiente para poder darte un baño en la piscina y necesitar algo de abrigo por la noche. Cuando llegamos nos sentamos allí, puesto que ya estaba preparada la limonada. Leonardo le dio a Lorenzo el jamón y yo también les di los regalos de María. Gio me llevó dentro de la cocina para preguntarme por sus regalos:

—¿Dónde están los regalos de los abuelos? —había preguntado casi en un susurro.

—Te los he dejado en tu cuarto. Al lado de tu mochila.

—Gracias, Sófi.

—¿Todo bien? —preguntó Leo.

—Sí, sí, perfectamente.

—Es precioso el pañuelo. María sabe perfectamente que me encanta los bolsos y los pañuelos.

—Me alegro de que te guste, Fabiola —dije.

—Mi marido os agradece el vino pero dice que Leonardo ha acertado mucho más con el jamón —comenzaron a reír. Gio llegó rápidamente con sus regalos.

—Toma abuela, abuelo.

Les entregó el llavero a ambos. Era una foto de Gio con sus abuelos. A los abuelos les empezaron a brillar los ojos por el detalle de su nieto.

—Muchas gracias Gio, son preciosos —los abuelos los devoraron a besos.

—Fabiola, ¿nos has preparado algo para estos días?

—Pues sí, Leonardo. Supongo, que después de comer, os apetecerá dormir un rato la siesta porque ya me ha contado un pajarito que estáis levantados desde muy temprano. Por lo tanto, después de merendar creo que sería un buen momento para enseñarle a Sofía nuestro pueblo. Por las mañanas, todos los días, hay actividades para los chicos en el colegio: deportes, piscina y cosas así, con que si Gio no quiere ir de visita a Florencia os podéis ir vosotros y nosotros nos quedamos aquí con él. Si también se quiere ir, pues nada, os vais todos de visita.

—También os podéis venir vosotros y pasamos el día todos juntos. Así le explicas un poco de historia a Sofía, que le gusta mucho —dijo Leonardo a Fabiola.

—¿No os importaría que os acompañáramos? —preguntó Fabiola.

—Claro que no, Fabiola. Será un placer para nosotros que nos hagas de guía —respondí.

—¿Gio, tú qué dices? ¿Te apetece visitar Florencia? —preguntó Fabiola.

—Pues no lo sé. Todo depende si nos vamos a levantar muy temprano.

—Mejor que se quede aquí con los abuelos durmiendo la mañana, así tocamos a más pizza y helado —había comentado yo a Leo con un tono burlón.

—Ah, no, no. Si vamos a comer pizza y helado yo voy —empezamos a reír cuando el chico dijo tan convencido aquello. El pobre Lorenzo apenas se

enteraba de nada ya que estábamos hablando en español y a él le pasaba como a mí, que entendía algo pero sin comprenderlo todo.

—Bueno, voy a terminar de preparar la comida, que supongo que ya tenéis hambre —informó Fabiola.

—¿Te podemos ayudar Fabiola? Gio pone muy bien la mesa, es muy detallista —comenté.

—Vaya Gio, que callado lo tenías. ¡Cómo sabes que me gustan las sorpresas! Las cosas están en el mismo sitio de siempre. Pero para los mayores, pon vasos de vino. ¿Te gusta el vino rosado, Sofia?

—Sí, me gusta mucho pero soy poco bebedora. ¿Voy cortando el pan?

—Sí, gracias. El pan está ahí abajo en una bolsa y la panera está en la esquina.

Gio puso perfectamente la mesa y sus abuelos se habían quedado encantados con el nuevo comportamiento de su nieto. Tras poner la mesa, Gio llamó a los hombres los cuales ayudaron a poner los platos calientes. Fabiola preparó comida para 10 personas, en vez de para 5. Los entrantes fueron: una ensalada de tomates con mozzarella, un surtido de panecillos con paté y otras salsas típicas y affettati es una selección de embutidos y como plato principales: risotto de gambas y calabacín, lasaña de carne y pollo con aceitunas negras y tomillo. Después de la gran comida, Fabiola sacó un poco de fruta del tiempo y para rematar la gran y deliciosa comida, compró pasteles típicos como son los cantucci, pasteles de almendras con vino dulce y los Cenci, unas galletas espolvoreadas con azúcar. Yo solo probé uno de almendras que estaba delicioso, Gio prefirió las galletas y Leo se comió uno de cada. Después de recoger entre todos la mesa, cada cual se fue a su cuarto a dormir la siesta y quedamos en vernos abajo a las 18:00 para merendar y dar una vuelta por el pueblo. Cuando ya estuvimos en el dormitorio de matrimonio le comenté a Leo:

—Ahora entiendo lo de los kilos de más. ¡Estaba todo buenísimo!

—¡Ves cómo había que echar ropa para correr! —reímos— Fabiola es una gran cocinera, pero Lorenzo también le gusta cocinar. Su especialidad son los chuletones.

—Muchos días aquí y nos van a tener que tirar como bolas por las cuevas.

Mañana si te parece salimos a correr antes de irnos a visitar.

—¿Te has tomado la píldora?

—Sí, señor, a las dos y media, me he puesto en la alarma del móvil. Un recordatorio diario para tomármela, por si acaso se me olvida. Por lo general y lo más recomendable es tomarla siempre a la misma hora para que sea más efectiva. Duérmete un poco que dentro de nada habrá que ducharse para salir.

—Hablando de salir. Cuando vengo suelo quedar con los primos de Gisela. Más o menos son todos de nuestra edad, algunos casados y otros solteros. ¿Te apetecería quedar con ellos un día para irnos a bailar un rato y cenar? Como ellos trabajan, lo ideal sería entre hoy y mañana.

—Sí, estaría bien aunque creo que es mejor quedar con ellos mañana.

—Vale, luego llamaré al cabecilla y le digo que cuente con nosotros. Mañana si quieres, podemos ver algo de Florencia y ya pasar la tarde aquí en la casa para estar descansados para la noche.

—Me parece bien. Ahora a dormir, que estoy algo cansada.

—Un besito princesa.

Tras dormir la siesta y ducharnos, nos vestimos de manera informal, para dar una vuelta por el centro del pueblo y visitarlo. Ninguno quiso merendar después de la magnífica comida que habíamos tenido. Cuando salimos de la casa fuimos directamente a una plaza donde se encontraba el Duomo de San Romolo, una iglesia con un gran campanario con un reloj. A continuación, seguimos hasta el Palazzo Comunale. Era una gran plaza donde había dos estatuas: una del rey Vittorio Emmanuele II y Garibaldi. Posteriormente, fuimos a visitar el teatro y el parque arqueológico. Después de visitar todo eso, Gio ya estaba un poco cansado de tanta piedra y fuimos a tomarnos algo a la terraza de un bar.

—Si quieres mañana, cuando vayamos a correr un poco, te enseño cuál es el mejor sitio para ver una vista general de Florencia —dijo Leo.

—Me parece estupendo, gracias.

Yo no era persona que me gustase demostrar mis sentimientos en público, pero si me gustaba pasear cogidos de la mano o con el brazo puesto sobre Sofia. Lamentablemente, antes de salir del dormitorio esa tarde, me había

dicho que no lo hiciera. Notaba que ella estaba en tensión y suponía que era por estar en casa de mis suegros y eso me fastidiaba un poco. Me encantaría que Fabiola y Lorenzo viesan la buena relación que había entre nosotros, pero desde que estábamos allí, ella no se había dejado ni que le diera un beso en los labios mientras nos encontrásemos con ellos. Después del refresco, nos fuimos a cenar, a un restaurante escondido para un turista pero que merecía la pena ir. Después de la cena, me puse en contacto con los primos de Gisela, los cuales estuvieron más que encantados de llevarnos de marcha el sábado. Tras llegar a la casa, Lorenzo y yo fuimos a acostar a Gio, mientras Fabiola y Sofía se quedaron en la cocina preparando un poco de té para ellas dos y para mí. Cuando se hubieron preparado el té se fueron a la terraza trasera a tomárselo. Fabiola se sentó en una de las sillas y Sofía prefirió sentarse en el balancín.

—Lorenzo que lo disculpéis, que se va a la cama —le comenté a Fabiola.

—Es normal que se quiera acostar tan temprano, después se levanta a las seis de la mañana y se lleva media mañana dando cabezadas, pero... ¿qué se le va a hacer? Ya no puedo cambiarlo —exclamó Fabiola.

—Toma Sofía, supuse que tendrías frío —le dije cuando le ofrecí un fular.

—Gracias Leo. Toma, tu té —me senté junto a ella en el balancín.

—Sofía, ¿qué te ha parecido nuestro pueblo?

—Aunque es pequeño, es muy bonito y coqueto. Tiene lugares muy pintorescos y la vista es preciosa, pero lo que más me ha gustado ha sido la comida y la compañía.

—Vaya, muchas gracias por la parte que nos toca. Leonardo, creo que Gio te llama.

—¿Me lo sujetas? Voy a ver qué le pasa al niño.

—¿Qué es lo que ha sido? —pregunté tras llegar.

—Pues que me has hecho perder una apuesta con Lorenzo.

—¿Qué apuesta, Fabiola? Tú no sueles apostar.

—Pues Lorenzo, tras ver tu foto con Sofía, la que os ibais de fiesta, dijo que no os daba más de dos meses para que estuvierais juntos. Y creo que habéis tardado un mes, con que tengo que comprarle un vino que lleva mucho tiempo detrás de él.

—Lo siento Fabiola, pero ya sabes que con un psicólogo no puedes apostar.

—¡Ahora me lo vas a decir! —reímos— ¿Qué le pasaba a Gio?

—Me ha preguntado que si mañana vamos a Florencia a comer pizza viene con nosotros, que si no, se queda con ustedes. Le he dicho que sí, que la comeremos, pero me gustaría venirme después de comer porque he quedado con los primos de Gisela.

—Estarán todos encantados de volver a verte. Eso sí, iros en taxi que la última vez la liaste.

—Mmm... ¿Qué fue lo que paso? —Sofía estaba sorprendida por lo que había comentado Fabiola.

—Nada, poca cosa —dije en mi defensa. Fabiola empezó a reírse a carcajada. Ufff, ya empezamos a sacar los trapos sucios.

—¡Poca cosa! Cariño, ¡qué tú no te acuerdes no quiere decir que fuera poca cosa! Sofía, yo creo que aquella noche se bebieron hasta el agua de los jarrones, porque venía de alcohol hasta arriba. Salieron todos de fiesta y eran las 9:00 cuando llegó en un taxi. El pobre taxista nos tuvo que ayudar a sacarlo de allí porque le había dado la dirección y se había quedado dormido. Se levantó a las seis de la tarde.

—Vaya con el angelito —comentó Sofía— Si no os importa, yo me voy para arriba que ya tengo algo de sueño. ¿Vais a tardar mucho?

—Un ratito más, pero pronto habrá que irse para la cama, ¿no Leonardo?

—Sí. Ahora nos vemos arriba Sofía.

—Muy bien. Buenas noches.

Cuando esta ya hubo desaparecido del porche y las luces de la escalera se apagaron, yo estaba ansioso por hablar con Fabiola a solas para ver qué le había parecido.

—Es encantadora Leonardo y una chica muy responsable. Tienen muchas cosas que me recuerda a Gisela, pero...

—Pero...

—Os veo un poco cohibidos. ¿Se siente ella un poco distante por nosotros?

—Creo que sí. No te puedes imaginar lo que me ha costado para que

durmamos en la misma cama. Esta tarde me advirtió que no quería nada de manitas ni nada.

—Es una chica muy tímida y respetuosa. Sus padres la educaron muy bien. Me he quedado muy sorprendida de ver cómo trata a Gio. Parece su hijo. Lo trata con mucho cariño y dulzura. Gio ha cambiado mucho su comportamiento: de pasar de ser un niño caprichoso que con lo más mínimo cogía un berrinche, a ser educado y atento. Ya María me comentó el cambio que había dado desde que ella empezó a trabajar para ustedes, pero no me lo terminaba de creer, hasta que hoy lo he visto. Cuando murió Gisela, se puede decir que te adoptamos como hijo. La verdad es que tanto Lorenzo como yo, estábamos un poco asustados, porque desde que ella murió no habíamos conocido a ninguna chica, a pesar de que estamos al corriente de tus relaciones. María había notado que entre vosotros había algo especial, llámalo feeling o atracción, lo que quieras. Nos contó que parecíais un matrimonio por las continuas disputas que tenías con ella y que no era una chica de las que se callaba, si no que se enfrentaba a ti y me alegro, porque eso te hace volver a la realidad.

—A mí también me gusta esa faceta de ser tan familiar. El último día antes de mi supuesto viaje, quise pasar el día solo con ella y se negó. Me dijo que era mejor un día en familia. Me resultó hasta raro, porque con las otras chicas que he salido solo me querían para ellas.

—A Lorenzo también le gusta, aunque el pobre no pueda hablar mucho con ella.

—Ya es hora de que nos acostemos —dijo Fabiola mientras se levantaba del asiento.

—¿Me dais entonces vuestra bendición? —estaba algo ansioso por saber el veredicto de ellos.

—Ven aquí hijo —me abrazó fuertemente y tras separarse de mí y con lágrimas en los ojos me dijo—. Me siento muy orgullosa de ti. Desde el día que entraste en nuestra familia has sido un hijo para nosotros y con la pérdida de Gisela más. Estaremos encantados de que Sofía también forme parte de nosotros y de que nos deis más nietos.

—Gracias Fabiola, pero lo de los niños tendrá que esperar un poco más.

—A Gio lo encargasteis aquí... siempre os podéis llevar otro para España —me dijo mientras la cogía de la cintura y entrábamos en la casa—. Sofía,

según tengo entendido es mayor que tú.

—Sí, ya cumplió los treinta.

—Si has decidido a presentárnosla, creo que ya estas más que seguro de que te quieres casar con ella y formar familia. ¿Me equivoco?

—No. Estas en lo cierto, pero me da miedo ir demasiado rápido con ella y que se asuste. Sofía, antes de venirse a vivir a Madrid, estaba preparando la boda para casarse, pero su novio se mató en un accidente de coche delante de ella.

—Dios mío, qué horror. Lo tuvo que pasar fatal.

—Imagínate.

—Claro, ahora entiendo de que no quieras correr. Dale un poco de tiempo para habituaros a estar juntos. Además, lleváis poco tiempo como pareja, ¿no?

—Si te digo que desde el día quince de este mes, ¿te lo creerías? —sonrió.

—No, lo siento. Lo que os pasa es que habéis convivido durante tantos días y os conocéis del día a día y parece que hace más tiempo.

—Eso nos dice todo el mundo.

—Bueno cariño, tú no te preocupes. Sabrás cuando ella está preparada para dar el siguiente paso. Dame un beso y a la cama que es tardísimo.

Cuando llegué al dormitorio, Sofía ya estaba media dormida. Me quité la ropa y me puse el pantalón del pijama, me lavé los dientes y le di un beso de buenas noches. Me acurruqué contra ella y dormimos plácidamente. Había sido un día muy largo, cargado de situaciones nuevas para los dos.

«La vida a veces resulta más fácil cuando aprendes a interpretar silencios en lugar de pedir respuestas» Paulo Coelho

SÁBADO 21

A las 8:00 nos despertamos y fuimos a correr un rato antes de irnos de visita a Florencia. Hicimos un recorrido de una hora, pero aparte de correr, también estuvimos paseando, contemplando las maravillosas vistas que había desde allí de la ciudad. Era un pueblo tranquilo y rodeado de mucha vegetación. Al llegar a la casa nos encontramos a Lorenzo y Fabiola en la cocina preparando café. Nos saludamos con un beso y fuimos a ducharnos.

—Déjame meterme a mi primera en la ducha, porque así yo me voy arreglando mientras tú te duchas.

—¿No te apetece que te lave la espalda?

—No sé, no sé.

—Te prometo que me portaré bien.

—Entonces sí.

Mientras que él se terminó de duchar, yo me arreglé y desperté a Gio. Cuando Leo estuvo listo, también lo estaba Gio. Desayunamos y a las 10:30 estábamos preparados para pasar un maravilloso día en Florencia. Fabiola era una excelente guía turística y nos estuvo llevando por los lugares más turísticos y contándonos parte de la historia. Fuimos directamente a la Piazza del Duomo donde se encontraba la maravillosa catedral, Santa María de las Flores. La fachada de la catedral era simplemente hermosa e impresionante, toda de mármol blanco, verde y rosa dando lugar a una escultural belleza, pero el interior de esta no era tan impresionante, si no que era algo más sencilla, sin mucho lujo.

Justamente enfrente de la catedral estaba el Battistero di San Giovanni. De forma circular, estaba cerrado al público y tenía una gran puerta realizada en oro, aunque la original estaba en otro lugar mucho más seguro, en la cual había grabados contando pasajes de la biblia. A continuación, nos dirigimos a La Piazza della Signori. Es la plaza más importante de Florencia. En ella se encontraba el Palazzo Vecchio: El edificio más característico de la plaza y justo en su entrada hay una copia del el David de Miguel Ángel. También había diversas esculturas como la de Hércules y Caco, Adán y Eva. En esa plaza también estaba la fuente de Neptuno. Posteriormente, fuimos a visitar

uno de los puentes más característicos de Florencia, el Ponte Vecchio. Se caracteriza por las numerosas tiendas de joyeros y orfebres.

—Además, de sus casas colgantes, si hay algo que caracterizó el puente durante años fue la cantidad de candados que eran colocados en este —informaba Fabiola mientras señalaba uno que estaba enganchado en el puente— como señal de amor. Actualmente, esto se sigue realizando, pero cada muy poco tiempo el ayuntamiento quitan los candados por la seguridad de la estructura.

—¿Y eso por qué lo hacen abuela? —Gio había seguido a la perfección la explicación de su abuela.

—Porque aunque un candado parece que no pesa mucho, cuando ponen miles de ellos hacen que el puente pese más y se puede romper.

—Ah.

—Ahora vamos a ir a un sitio que te gusta mucho, Gio.

—¿Vamos a ir a ver al jabalí?

—Claro Gio, Sofia no lo conoce.

—¡Ah!, es verdad.

Nos dirigimos al Mercato del Porcellino. El nombre provenía de la estatua del jabalí salvaje situada en la parte sur. Contaba la leyenda que quien tocaba el morro del jabalí volvía a Florencia. Después de ver aquello, y tocarle el morro al jabalí, estuvimos buscando algún recuerdo para comprar. Cuando nos percatamos de la hora, ya era la hora de comer. Fuimos a uno de sus restaurantes habituales. Cada cual se pidió un plato aunque Leo y yo compartimos los platos para poder probar un poco de todo. Después de comer, fuimos a una de las innumerables heladerías y nos compramos un helado cada uno y nos sentamos en un banco a comérmolos. Cuando ya estábamos listos, eran las 16:00, buena hora para irse para casa a descansar. En el coche de vuelta, le comunicamos a Gio que por la noche nos íbamos a cenar los dos solos. Tras la siesta, nos preparamos para salir. Me puse el traje rojo que tanto le gustaba a Leo. A las 21:30 habíamos quedado en un restaurante de Florencia y no queríamos llegar tarde, con que a las 21:10 nos fuimos.

—Vaya, vaya, vaya... ¡qué guapos! —exclamó Fabiola.

—Esperad un momento, voy a hacer os una foto —dijo Gio mientras cogía su cámara de fotos— ¡Decid whiskyyyy!

—Ahora poner os a ustedes tres que os la hago yo —pedí quitándole la cámara a Gio—. Toma Gio.

—Pórtate bien y hazle caso a los abuelos.

—Sí, papá.

—Dame un beso Gio. Fabiola, Lorenzo: ya tenéis mi teléfono por si necesitáis algo y este es el número de Sofía —dijo Leo mientras le daba el papel.

Al llegar al local ya estaban la mayoría de ellos esperándonos. Íbamos a ser diez personas, cinco parejas. Leo me presentó como su novia y aunque todos se presentaron y me dijeron sus nombres no retuve a muchos de ellos. Solo se acordaba del nombre del primo de Gisela, el cabecilla del grupo: Alexandros y Byanca, su mujer. Ambos hablaban perfectamente español debido a que trabajan con España. Alex, que era como le llamaban, era un chico bastante alto, 1,85 m, moreno con el pelo corto, se notaba que iba al gimnasio porque estaba muy fuerte y ojos verdes claros. Byanca se parecían mucho físicamente a él pero más baja, 1,75 m. Ella tenía el pelo liso y por debajo de los hombros. Hacían una bonita pareja. Cuando ya llegaron todos, pidieron bebidas y empezaron a hablar. Aunque conseguí captar algunas palabras de la conversación, había cosas que Leo me las tenía que traducir para seguir un poco la conversación. Hablaban muy rápidamente y el vino no facilitó la comunicación.

—Bueno pareja... ¿desde cuándo estáis juntos? Cuando Leo me comentó que venía con novia, por poco me caigo del susto.

—Oficialmente llevamos poco tiempo, pero nos conocemos desde febrero.

—¿Y de qué os conocéis? —preguntó Byanca a Leo.

—Sofía impartía clases particulares y cómo a Gio no le iba bien en el colegio decidí contratarla —respondió Leonardo.

—¿Por qué te ríes Sofía, no es verdad lo que dice Leo? —Alex parecía divertido al ver mi sonrisa.

—Leo ha dado una versión light.

—Uy, esto se pone interesante. Por favor, cuéntanos. —le invitó Alex.

—Cuéntales tú la verdad en italiano. Yo ya sé cómo pasó —entonces Leo les relató cómo nos conocimos y como llegué a instalarme en su casa. Cuando Leo terminó de contarle todo, todos los oyentes empezaron a reírse.

—¡Vaya primito, qué callado lo tenías! ¿Y por qué estas con él Sofia, a parte de sus millones? que ya sabemos todos que tiene muchos.

—Ah, no voy detrás de sus millones. Solo lo quiero por el sexo —empezaron a vitorearme y yo, como era normal, me puse muy colorada.

—¡Gracias señor, porque una mujer dice la verdad! —gritó Alex mientras levantaba las dos manos y la cabeza mirando al cielo y agradeciéndolo. Resultó ser una escena muy cómica— Un brindis: por las mujeres y el sexo —brindaron.

—Eres horrorosa y me encanta —susurró Leo al oído— ¿me darías un beso en los labios? —lo besé y volvieron a vitorearnos otra vez.

A medida que la cena avanzaba se empezaba a calmar las conversaciones. Cuando terminamos de comer, pagaron y nos fuimos andando a un pub cercano del restaurante.

—Bueno pareja, ¿para cuándo la boda? Desde que nos casamos nosotros, hace dos años, no hemos vuelto a tener boda y ya va tocando —nos comentó Alex.

—Para eso queda todavía un poco. Todavía nos tenemos que conocer como pareja —Leo tenía el brazo por encima de mis hombros.

—Pues parecéis una pareja que ya lleva unos años conociéndose.

—Nosotros es que hemos empezado al contrario de todo el mundo. Nos fuimos a vivir juntos y ahora hemos empezado a conocernos como pareja —les dije yo.

—Bueno, esperemos que pronto nos deis la buena noticia.

Nos quedamos un poco rezagados del grupo, ya que teníamos ganas de besarnos por derecho. Me paró y me besó con ternura y muy intensamente. Cuando nos separamos, porque Alex nos estaba llamando, y empezamos a andar, todavía podían notar la intensidad del beso.

—Sabes que no has debido de decir lo de que me querías por el sexo.

—Lo siento, no sabía que eso te había molestado.

—Para nada. Me ha encantado.

—Por cierto, ¿qué le pasa a la morena que no para de mirarme con cara de odio?

—Pues que le gusto. Cuando he venido otros años siempre me ha tirado los tejos, a pesar de saber que ya tenía novia.

—Lo siento por ella, pero eres mío. ¿Qué te parece si nos tomamos una copa y nos vamos?

—Me encanta como suena, pero me temo que cuando entres en el local te vas a querer tomar más de una.

—¿Y eso?

—Vamos a un local donde ponen salsa y estos también están dando clases. Yo no he dicho nada de que tú también las das, así que es una sorpresa para ellos, igual que fue para mí. Todavía me acuerdo del baile que te pegaste con tu profesor.

—Eh, chicos, no podéis hacer eso. Apaciguad un poco el calentón, y Sofía, déjanos disfrutar un poco de él.

—Todo vuestro, Alex.

A Leo se lo llevaron a la barra para pedir y las chicas nos quedamos sentadas en el sofá, esperando a que ellos vinieran. El local no estaba demasiado lleno para ser un sábado. Nada más entrar, había una barra y alrededor del local sofás con mesas bajas, y en el centro, una gran pista de baile. Era un local bastante amplio. Byanca se sentó a mi lado y empezó a hablar conmigo:

—Nos alegramos de que al fin, Leo haya encontrado pareja. Pensábamos que no volveríamos a verlo feliz.

—Muchas gracias por la parte que me toca. ¿La morena lleva mucho tiempo detrás de Leo? —se había quedado un poco sorprendida por la pregunta— Leo me lo ha comentado.

—Ah, vale. Me habías pillado algo desprevenida. Pues desde que empezó

a salir con Gisela. Como todos salíamos en la misma pandilla, pues ya sabes lo que pasa...

—Sí, me hago una idea, ¿pero nunca se ha liado con ella? No te preocupes, solo es simple curiosidad. No soy la típica que monta el numerito.

—Hay rumores de que se liaron en las navidades. Yo solo sé que Alex llegó trompa a la casa. Le faltaba botones en la camisa y no se acordaba de nada. No me extrañaría que si se liaron, él ni se acordara.

—Chicas, vuestros cócteles —dijo Alex, sentándose al lado de su esposa.

—¿Qué me has pedido? —pregunté a Leo.

—Lo de siempre, un pitufo. ¿He acertado?

—Bueno sí, pero si los dos bebemos alcohol... estará complicado irse en coche para casa. ¿Yo puedo conducir el coche?

—Sí, lo he puesto para que tú también lo puedas conducir.

—Entonces... ¿puedo conducir?

—Sí cariño, claro que puedes.

—¡Nos vamos a la pista! ¡Vamos a dar un buen espectáculo! A ver qué os parece... —gritaba Alex.

—Tu amiga me mira con cara de asco. ¿Te has liado alguna vez con ella?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí, me gustaría.

—Si he estado con ella o no, realmente no me acuerdo. Si pasó fue aquella noche que nos bebimos todo lo que tuvimos a mano.

—Borracho....

Tanto Alex como Byanca bailaban muy bien. Se notaba que llevaban mucho tiempo en clases, pero yo también tenía buen nivel para las pocas clases que había dado. Se fueron todos a la pista y nos dejaron a nosotros dos en la mesa con todas las copas. Leo me había pasado el brazo izquierdo por encima del hombro y me sentía súper ajusto. Fabiola tenía razón, me sentía un poco cohibida por estar en su casa y eso tendría que cambiar. Necesitaba besarlo y hacerle el amor, pero lo segundo tendría que esperar un poco más. Él

estaba mirando cómo bailaban y le toqué la pierna y enseguida miró hacia donde yo estaba. Me acerqué a él con la intención de besarlo, pero antes de hacerlo, soltó la copa que tenía en la mano derecha y eso quiso decir que estaba preparado. Dejó la mano que tenía sobre el hombro y se inclinó hacia mí y me besó. Hacía tiempo que no me besaba así, desde que se fue de viaje, y nos estábamos encendiendo como un fósforo. Cuando ya notamos que se estaban acercando paramos de besarnos. Alex nos animó a bailar con ellos, pero Leo tenía un problema muy grande entre las piernas con que me dijo que le diera una lección de baile a Alex.

—¿Desde cuándo bailáis salsa? —pregunté a Alex.

—Yo llevo tres años apuntado a clase, pero Byanca solo dos. ¿Sabes algo de salsa?

—Sí, un poquito. Yo te sigo.

—Perfecto.

Los dos empezamos a bailar mientras los demás nos miraban. No se nos daba mal, aunque a veces no nos entendíamos con los movimientos, provocándonos a los dos un ataque de risa, pero lo hicimos realmente bien. Cuando terminamos de bailar dos canciones seguidas, un chico se acercó a Alex. Este me dijo:

—Este chico quiere bailar contigo.

—Dile que muchas gracias pero que no —Alex le transmitió su mensaje y parecía que el chico había desistido de su intento, pero volvió. Me cogió de la muñeca, me paró y me soltó. Alex continuó andando.

—¿Posso invitarti ad un bicchiere? —preguntó el chico mirando hacia la barra. Iba a responderle cuando Alex se puso posesivo conmigo y me lo quitó de encima.

—Gracias Alex.

—De nada. Si la señorita no quiere, no quiere —dijo mientras me guiñaba un ojo—, te la devuelvo —le dijo a Leo y este levantó la copa en su salud y dándole las gracias.

—No te voy poder dejar bailar más. Hasta aquí llegan tus encantos. Había más de la mitad de los tíos del pub mirándote cómo te movías. Ese ha sido el

único gilipollas que no ha visto cómo nos besábamos.

—¿Celoso?

—No, porque eres toda mía y además, Alex es un caballero y sé que no te va a meter mano mientras bailas con él. Por si no lo sabes, cuando bailas te pones muy sensual.

—Chicos, ¿una segunda ronda? —preguntó Alex a todo el grupo.

—¿Qué te apetece tomar? —me dijo Leo.

—Pídeme un refresco. Ahora vengo, que voy al baño.

—Vale.

Me marché y la enamorada me siguió. Me estaba retocando los labios cuando la otra chica me soltó de golpe la noticia, sin percatarse de si hubiera más gente conocida en los baños. Le había molestado mucho el beso que nos habíamos dado y el comentario que hice durante la cena.

—Me he acostado con Leo —me había quedado con la barra de labios en el aire para darme otro repaso. Cuando escuché aquello, terminé de retocármelo. Una vez guardado, le contesté.

—¿Y? —esa no fue la reacción que la chica se esperaba al juzgar su cara de asombro. Como no dijo nada más, me fui para afuera.

Salí de los baños muy tranquila y me fui hacia la pista donde estaba Alex con Leo. Byanca me llamó y nos fuimos hacia afuera del local, ya que quería hablar conmigo tranquilamente:

—Sofía, me gustaría pedirte un favor.

—Tú dirás, Byanca.

—No le cuentes nada a Leo de lo que te ha pasado en los baños. Siento que te hayas enterado así de que estuvieron juntos, pero no me gustaría que hubiera malos rollos en el grupo.

—Leo me comentó hace un rato, que si tuvo algo con ella fue la última vez que estuvo aquí, y ni él mismo se acuerda de lo que pasó, pero me temo que ella está bien colada por él. No te preocupes que no le diré nada, pero no me gustaría verla la próxima vez que quedemos.

—Eso mismo le he dicho yo, no te preocupes. Intentaré que no lo vuelva a

ver.

—Gracias, y ahora a ver si me ayudas a que Leo se anime a apuntarse a clases de salsa.

—Eso nos va a costar mucho —soltamos una carcajada.

Después de haber bailado muchas canciones, nos fuimos para la casa, pero antes íbamos a hacer una parada. Leonardo, aunque se había tomado varias copas, sabía perfectamente hacía donde teníamos que ir y yo fui la conductora. Era una zona tranquila y con bastante vegetación situada a las afueras de Florencia. Tras llegar y aparcar nos fuimos a la parte de atrás del coche. Tras desnudarnos completamente y quedarnos ambos en ropa interior, nos empezamos a devorar. Los dos estábamos muy calientes y yo necesitaba tenerlo dentro de mí, saboreando cómo me penetraba hasta el fondo. Tras recobrar un poco el aliento, nuestras ropas interiores, también desaparecieron. Tras colocarme encima de él a horcajadas pero sin sentarme encima de él, se lamió un dedo y me lo introdujo dentro de la vagina mientras me besaba. Empezó a coger velocidad y en cuestión de minutos alcancé el clímax. Me desplomé sobre él. Había sido rápido pero intenso. Empezó a besarme el hombro y después de unos minutos me volvía a tener erguida delante de él.

—¿Todo bien?

—Demasiado bien —estaba casi literalmente drogada.

—¿Te apetece otro?

—Por mí, no te cortes.

Me sentó en el asiento y me penetró hasta el fondo de una sola vez. Me seguía besando mientras me penetraba una y otra vez. Esto debería estar prohibido. Sentir tanto placer, debía de ser un pecado. Yo alcancé nuevamente el orgasmo, pero él siguió con el mismo ritmo y ya después de un rato lo tenía que parar por nuestro bien.

—Leo, cariño, para.

—Solo un poco más Sofia. Me falta poco para terminar.

—¡Leo para! ¡No tienes puesto el condón! —Rápidamente se salió de mí y con la respiración muy acelerada apoyó su cabeza contra la mía.

—¡Lo siento Sofia! Me he dejado llevar. Estás siempre tan apretada que me

vuelvo loco cada vez que te penetro.

—Pues esperemos que tu locura no sea contagiosa, porque si lo es, la vamos a liar —nos reímos.

Cuando llegamos a la casa eran las seis y media de la mañana. Al otro día estaríamos muertos. Habíamos quedado con Alex y Byanca en vernos el domingo para tomar café y ver al pequeño Gio.

DOMINGO 22

Nos levantamos más tarde de lo habitual, debido a la salida nocturna. Cuando bajamos a las 11:20, había una nota en la cocina diciendo que habían ido al mercado que ponen los domingos y que no nos fuéramos, que hoy comíamos en casa porque Lorenzo iba a preparar su magnífico chuletón a la brasa. Al final de la nota ponía: «Llegaremos a partir de la 13:30». Teníamos la casa para nosotros dos. Ambos nos miramos y tras tomarnos un poco de fruta, y un poco de café, subimos para arriba rápidamente. Nos quitamos rápidamente el pijama y en cuestión de segundos estábamos encima de la cama en ropa interior devorándonos a besos. Cuando ya llevábamos un rato besándonos, pude recobrar la cordura y me acordé de que todavía teníamos que usar el preservativo.

—Leo... espera Leo... —le decía mientras él me besaba el cuello— Espera —lo paré en seco— ¿Has cogido los preservativos?

—Sí, aunque no recuerdo dónde los puse.

—Pues a buscarlo antes de que llegemos a más.

—Estoy tan cachondo que me da igual ponérmelo o no.

—Pero yo no estoy por la labor de aumentar la familia o ¿se te ha olvidado el numerito de anoche?

Leonardo, me hizo el amor dulcemente, después de ponerse el preservativo. Llevaba todo el fin de semana conmigo y no me había tocado casi nada y eso lo estaba matando. Después de hacerme el amor... seguía necesitado de más. Me cogió de la mano y me llevó a la ducha. Me enjabonó y yo hice lo mismo con él. Cuando ambos estuvimos limpios, me agaché y empecé a practicarle sexo oral. Cuando a él le pareció prudente, me paró e hizo que subiera. Me apoyó contra la ducha, se puso otro preservativo, tomó una de mis piernas y me la puso a la altura de su cintura, penetrándome hasta que los dos nos dejamos ir. Cuando Leo salió de la ducha me encontré envuelta en una toalla, sentada sobre el váter, pensando en lo maravilloso que era el sexo con Leo. Un par de días sin practicarle y hasta yo misma me sentía diferente.

—¿Estás ya, más relajada? —me había cortado los pensamientos y me costó

un poco responder a su pregunta.

—Ehh...La verdad es que sí. Fabiola y Lorenzo me caen súper bien y me encuentro muy ajusto en su casa. En un principio, pensaba que esto iba a ser más intenso y que iba a resultar una situación algo extraña, aunque no me mal interpretes, lo sigue siendo.

—¿Por qué dices eso?

—Estamos en casa de tu difunta mujer, compartiendo cama y sexo y bueno... me siento bien, aunque me resulta algo raro. No sé cómo explicarlo.

—Ya te dije que te caerían bien y que lo pasaríamos muy bien. Para mí también es una situación nueva. No he estado aquí con ninguna chica desde mi mujer —había bajado la cara. Su mujer, otra vez presente. ¿Podría estar a la altura de ella? ¿Me estarían siempre comparando con ella? Él se colocó la toalla en la cintura y se arrodilló frente a mí y me miró directamente a los ojos. Me tomó la cara con sus suaves manos—. No te agobies pensando en ello. Somos dos personas especiales y es normal que nuestra relación sea también especial. Me encuentro realmente bien cuando estoy contigo. Me puedo mostrar como soy, sin miedo al qué dirán, y creo que eso es lo único que importa, lo que sintamos y deseemos los dos —nos seguíamos mirándonos muy intensamente.

Por fin reaccioné y lo besé. Qué bien sabía los labios de él, qué dulces y apasionados podían ser. Estuvimos un buen rato abrazados, espantando mis fantasmas y controlando los impulsos de él por seguir avanzando en la relación. Yo necesitaba tiempo para asimilar a una nueva pareja y para él las cosas iban demasiado lentas. Tras separarnos, nos vestimos. Pronto sería la hora de comer y la familia estaba a punto de llegar a la casa. Cuando bajamos a la cocina, Fabiola estaba abriendo la puerta:

—Hola chicos.

—Hola Fabiola. ¿Dónde están los hombres?

—Sacando la compra del coche —Leo se fue directamente a ayudarlos—
¿Estuvo bien la noche, no?

—La verdad es que sí, muy bien. Alex y Byanca son una pareja estupenda. Son como una gran familia. Me alegro de que Leo tenga tan buenos amigos.

—Me alegro mucho. Desde siempre han salido en grupo y nunca han

perdido el contacto.

—Esta tarde hemos vuelto a quedar con ellos porque quieren ver a Gio.

—Pues se van a llevar una grata sorpresa.

Los chicos llegaron con las compras del mercado. Lorenzo encendió la barbacoa con Leonardo mientras que Gio se fue a jugar un rato a la PSP y yo estuve ayudando a Fabiola en la cocina, preparando una ensalada para acompañar al chuletón. Nos sentamos a comer en la terraza trasera y todo estuvo delicioso. Después de recoger nos quedamos un rato charlando allí mismo. Como nos habíamos acostado tarde y dormido bastante, no teníamos ganas de irnos a dormir la siesta. Lorenzo sí que se fue a dormirla y Gio siguió un rato más jugando. Al cabo de un rato vino Gio a donde estábamos sentados.

—¿Sófi, me pasas este trozo, que siempre me matan ahí?

—Mmm... no te prometo nada. Vamos para adentro que aquí no se ve nada. Ahora volvemos.

—Muy bien —soltaron Fabiola y Leo a la vez.

—¿Qué tal anoche, Leo?

—Pues muy bien. Fabiola. A Alex le gustó mucho y el grupo también la aceptó bien.

—Parece que ella ya está algo más relajada.

—Sí, aunque sigue algo tensa. La verdad, y tengo que darle la razón, es una situación algo extraña. Estoy en casa de mi difunta mujer, con otra chica y compartiendo dormitorio. A nadie le gusta que la comparen con otra.

—Ya. Lo entiendo. Pero espero que nosotros no le demos motivos para estar tensa.

—Ah, no, no. Se siente muy ajusto con ustedes.

—A mí me duele mucho que nuestra hija se fuera, pero la vida sigue y era normal que rehicieras tu vida con otra chica, y Sofía nos gusta a los dos. Es como me comentaste: tiene muchas cosas que es igual que Gisela, pero Sofía tiene mucho más carácter y se enfrenta más a ti, cosa que Gisela no hacía.

—Que me vas a contar que no sepa —empecé a reírme.

—Además, adora a tu hijo. Es muy tierna con él.

—¿También te has dado cuenta de eso?

—Pues claro Leonardo, tendría que estar ciega para no verlo. Solo tienes que observarla un poco cómo lo trata. Es pura devoción, aunque también es estricta con él. Gio ha cambiado mucho desde la última vez que estuvisteis aquí. Yo pensaba que tu madre exageraba cuando me comentó lo del cambio, pero se ha quedado corta.

—Listo. Me ha costado un poco pero ya lo tendremos un rato más callado. ¿A qué hora quedaste con Alex, Leo?

—A las seis en una cafetería del centro de Florencia.

—Pues son las cinco. Habría que irse preparando para no llegar tarde.

—Te vamos a abandonar Fabiola. Luego no sé si nos quedaremos por allí y cenaremos con ellos. En cuanto sepa algo os aviso, ¿vale?

—Muy bien, Leonardo.

Llegamos cinco minutos tarde debido a que nos costó mucho trabajo aparcar. Era domingo y había muchas personas paseando. Fuimos directamente a la cafetería, y allí estaba la pareja esperándonos. Se quedaron muy sorprendidos al ver el estirón que había dado Gio desde las navidades. Pedimos café para todos y Gio se pidió un helado, le encantaban.

—Sofía, ¿este año vas a seguir trabajando para Leo? —me había preguntado Byanca.

—No lo hemos hablado todavía, pero me gustaría buscar trabajo como Ingeniera Química, pero tal como está el mercado laboral, me va a costar mucho trabajo encontrar algo.

—¡No me vas a dar más clases! —había preguntado Gio algo sorprendido y molesto.

—¿ No quieres seguir con las clases? —habría preguntado Leo algo incómodo.

—No es que no quiera, pero no he estudiado una carrera tan dura para ser únicamente profesora. Le puedo seguir dando clases a Gio y trabajar en una industria.

—Si quieres, puedo mover algunos hilos en Madrid y ver qué podemos

hacer con respecto a eso —me había comentado Alex.

—Muchas gracias, Alex —dije yo.

—Sí, Alex, muchas gracias —dijo Leo sarcásticamente—. No me parece buena idea de que busques trabajo en la industria.

—Ya hablaremos de este tema más detenidamente en casa, ¿vale? —A nadie le dio tiempo a contestar cuando se nos acercó un chico.

—¿Leonardo? —el chico se le había quedado mirando y se había levantado hasta las gafas de sol para comprobar que era realmente él.

—¡Coño Ángelo! ¡Cuánto tiempo! ¿Qué haces tú por aquí? —los dos se abrazaron y parecían muy contentos de verse.

—Eso mismo me preguntaba yo. Te he reconocido por la voz, porque era imposible de reconocerte, entre las gafas de sol y la gorra que llevas puesta.

—He venido con mi familia a pasar unos días aquí y luego nos vamos a Venecia. Te presento a mi novia Sofia, mi hijo Gio y estos son mis primos, Alex y Byanca —nos saludó con dos besos a las chicas y con un fuerte apretón de manos a los chicos. Tomó una silla y se sentó allí con nosotros.

— Estamos preparando un partido benéfico, para este próximo martes, para recaudar fondos para ayudar a los comedores sociales. La cosa está fatal por aquí. Hemos reunido un buen grupo de deportistas, artistas y actores. También vamos a sortear nuestras camisetas tras el partido, firmadas por todos nosotros. Hemos vendido una buena cantidad de entradas, pero todavía faltan bastantes para completar el aforo. Si vinieras, tal vez vendiéramos las que nos queda. Tú sigues siendo muy admirado aquí. ¿Qué me dices viejo amigo? —Leo me miraba, como intentando decidir si eso me parecía bien. Estaba sonriéndole y le había asentido con la cabeza— ¿Sí? ¡Perfecto! Sería conveniente que mañana por la mañana vinieras al campo, para que conocieras a los demás y llamar a la televisión para hacer más propaganda. Toma, mi tarjeta y esta es la dirección del campo, por si ya te has olvidado de ella. Bueno familia, os dejo disfrutar del domingo. Nos vemos mañana y vente preparado para echar una partida. Encantado de conoceros a todos.

—Hasta mañana, Ángelo.

Al final tapeamos con Alex y Byanca en el centro de Florencia en un local algo escondido, pero menos mal que Leo sabía el camino de vuelta, porque yo

no hubiera llegado al coche ni con un mapa de la ciudad. Cuando llegamos al bar, algunas de las personas que estaban allí cenando, hablando entre ellos, se empezaron a dar codazos porque lo habían reconocido. Esto era algo habitual en Leo, que lo fueran parando por la calle para hacerse una foto con él o simplemente para que le firmaran algo. Él se lo tomaba bien y parecía que no le importaba mucho esas pequeñas paradas que tenía que hacer. Tras cenar, nos fuimos para la casa, ya que Gio estaba algo cansado y ellos tenían que trabajar al día siguiente. Quedamos en que volveríamos a quedar el día antes de irnos para Venecia. Tras acostar a Gio, Leo se tumbó en la cama mirando hacia el techo, con las palmas de la mano hacia abajo y cerró los ojos. Yo, que venía del cuarto de baño, me sorprendió verlo así. Me acerqué a él y me tumbé a su lado.

—¿Qué te pasa?

—Gracias a Ángelo conocí a Gisela —seguía con los ojos cerrados, pero continuó hablando— Yo estaba jugando en su mismo equipo y un día me fui de marcha con él y allí estaba ella. En cuanto la vi, me gustó. Ella me miró con aquellos ojos verdes y fue un flechazo lo que sentimos los dos —no sabía dónde quería llegar. Me estaba contando cómo conoció a su mujer y eso me rompía el corazón. Quería empezar una vida conmigo pero su pasado le perseguirá allá donde vayamos. Él abrió los ojos y vio mi tristeza—. No pienses eso de mí. Solamente que al verlo me ha traído nostalgia. Hacía muchos años que no lo veía ni hablaba con él —se incorporó en la cama, quedándose sentado. Se volvió a tumbar, pero esta vez de lado, para poder mirarme directamente a los ojos—. Ella es mi pasado y tú mi futuro. Te quiero y no estoy dispuesto a dejarte ir otra vez —Se tumbó sobre mí y me dijo casi en un susurro— Me gustas mucho brujilla. Te quiero y ahora deseo hacerte el amor.

—Yo también te quiero Leo y soy toda tuya.

LUNES 21

Me desperté más temprano de lo habitual. Eran las 8:15 de la mañana y ya llevaba un buen rato viéndola dormir. Qué tranquila se veía ahí durmiendo. Tenía los labios un poco entreabiertos y estaba durmiendo bocarriba y con las piernas ligeramente separadas. El camisón de seda blanco lo tenía subido hasta la cintura y se le veía el tanga de seda blanco. Estaba recordando cómo le había hecho el amor la noche pasada, tan tranquilamente, devorándonos a besos y sin ninguna prisa y me volví a encender. No entendía como aquella chica me podía calentar hasta durmiendo y ahora que estaba allí dormida le iba a dar placer. Deseé que no le tuviera cariño a ese tanga, pues se lo iba a romper. Le abrí un poco más sus piernas y me coloqué entre ellas. Empecé a lamerla muy despacio, para que ella se fuera despertando. Cuando ella empezó a mover un poco las caderas, le introduje un dedo en su interior y pude comprobar que ya estaba húmeda. ¡Cómo me gustaba que ella siempre estuviera dispuesta para recibirme! Le introduje un segundo dedo y ella se estaba tensando... y le susurré.

—Sí, cariño, córrete.

Ella me tomó del pelo y me agarró, pero cuando me di cuenta, estaba tirando más fuerte de la cuenta y ahora me estaba haciendo daño.

—Tranquila cariño, siéntelo.

Pero en vez de soltarme y dejar que su cuerpo disfrutara, me agarró más fuerte y tiró de mí. Tuve que dejar lo que estaba haciendo y moverme para no sentir tanto dolor, quedando tumbado sobre la cama bocarriba. Me sorprendí, al ver que ella se había levantado rápidamente colocándose encima de mí, pero era una posición algo extraña. Me había atrapado el brazo izquierdo con la rodilla, y mi mano derecha la tenía inmovilizada con su mano izquierda, y se había sentado encima de mí. Me quise morir al comprobar que no me podía mover, ni podía moverla a ella y esta había levantado la mano derecha. Tenía el puño cerrado, listo para asestarme un puñetazo. ¡Joder! Fue lo primero que se me vino a la cabeza. Si dejaba que ella me asestara el puñetazo seguramente me partiría la nariz. Estaba con los ojos abiertos, pero no reaccionaba. Tenía la misma mirada distante de cuándo entró en mi despacho para ajustar cuentas con Víctor y ya había visto lo que le hizo... pero ahora estaba dormida. Tendría que intentar por todos los medios que no me diera y

empecé a hablarle urgentemente.

—Sofía, cariño, que soy Leo. Sofía, por favor, mírame, cielo... Sófi, por favor.... soy Leonardo —intenté moverme de debajo de ella, pero me fue imposible, a pesar de que lo estaba intentando con todas mis fuerzas. La urgencia de que ella reaccionara era indispensable y como no podía tocarla, lo único que podía hacer era hablarle—. Sofía, soy Leonardo. Princesa, mírame, Sofía... mírame —ella fue pestañeando pero seguía con el puño levantado y su cuerpo estaba en tensión.

—¿Leo? — había dicho casi en un susurro. Tragué saliva al ver que ella se estaba despertando y estaba reaccionando a mis palabras.

—Sí Sófi, soy Leo. Por favor, baja el puño. No te quiero hacer daño. Princesa, mírame —volvió a pestañear y fue cuando me vio. Al comprender dónde estaba y cómo estaba yo, reaccionó rápidamente y se bajó de mí, bajándose a su vez de la cama.

—¿Pero qué coño has hecho? —empezó a frotarse los brazos con las manos de forma nerviosa, como protegiendo su cuerpo de mí y paseándose nerviosa de arriba hacia abajo en el dormitorio.

—Eso mismo me gustaría saber a mí —todavía tenía la respiración agitada por la situación—. Has estado a punto de darme un puñetazo.

—No es normal que yo hiciera eso... te vuelvo a preguntar... ¿qué estabas haciéndome? —entonces se notó que tenía el tanga roto y montó en cólera, ya que se puso roja. Intentó calmarse. Se paró y me volvió a preguntar— ¿Qué estabas haciéndome? —estaba algo avergonzado por lo que le había estado haciendo, pero de todas formas se lo tenía que contar.

- Te estaba practicando sexo oral.
- ¿Dormida? —los ojos de ella se le iban a salir de órbita.
- Sí —en los ojos de ella había miedo y odio a la vez.

—¡Pero te has vuelto loco! —Ahora me lo había chillado y había retumbado en toda la habitación.

—Baja la voz que todos están durmiendo. Solo pretendía darte un orgasmo antes de levantarte. Lo siento —fui a tocarla pero ella se apartó de mí.

—Vístete y sal de la habitación. Necesito estar sola.

—Sofía, por favor, creo que deberíamos hablarlo. Lo siento cariño —se volvió y me dio la espalda.

—Por favor, vete. Cuando esté preparada para salir y hablarlo, iré a buscarte.

—Muy bien, como quieras.

Me vestí y me fui para abajo. Allí estaban Lorenzo y Fabiola desayunando. No sabía si se habrían enterado de la discusión. Mientras me tomaba el café en silencio, estuve pensando en las palabras de mi madre antes de venirme para Florencia: «ponte en su lugar», y entonces caí en la cuenta: ¿se habría imaginado Sofía que la quería violar? Era la única explicación que podía tener su reacción. He sentido verdadero miedo al verla así. Me había sido imposible moverla y la fuerza que había hecho con su pierna y con su mano no era normal.

—Leonardo, ¿y Sofía? —me costó un rato reaccionar y entender que me habían preguntado.

—Eh... Sofía se ha quedado en la cama. Se ha levantado con jaquecas y hasta que no se le pase un poco no bajará.

—¿Se ha tomado algo?

—Sí, no te preocupes. Yo me voy en breves, porque voy a ir a participar en el partido benéfico, y querían que fuera hoy para conocer a los demás participantes.

—Muy bien. ¿Te esperamos para comer?

—En un principio contad conmigo. Si hay cambio, ya os aviso con lo que haga. Voy arriba por mi mochila.

—Pregúntale a Sofía si necesita algo.

Llamé a la puerta y entré pero no la encontré en la cama. Estaba apoyada contra una esquina echa una rosca en el suelo. Con las manos tenía envuelta las piernas. Me horroricé y se me partió el corazón. Al verla así, intenté acercarme a ella. Parecía un animal arrinconado con mucho miedo pero dispuesto a atacar.

—No te acerques más, y te he dicho que me dejes sola —volvía a tener la mirada desafiante y peligrosa de hace un rato. Me paré en seco.

—Sofía, por favor, dime cómo puedo ayudarte. Se me está rompiendo el corazón de verte así —di un paso más hacia ella.

—Si quieres que vuelva la antigua Sofía, hazme el favor de irte. —Si quieres que recoja mis cosas y no volverme a ver nunca más, sigue andando —me quedé perplejo tras escuchar lo que me había dicho.

—De acuerdo. ¿Puedo ir a la esquina del armario, a coger mi bolsa de deporte? Y ya te dejo tranquila. No quiero que te vayas.

—De acuerdo.

—Le he dicho a Fabiola que estás con jaquecas y que te deje tranquila. No creo que venga a molestarte.

—¡Lárgate!

Tras salir de la habitación me tuve que apoyar contra la pared. Era como si ella me hubiera dado un puñetazo en todo el estómago, dejándome sin aire en el interior. Me dolía el pecho y me sentía nervioso y angustiado al mismo tiempo. ¿Quién era esa chica? ¿Dónde estaba mi dulce y amorosa novia? ¿Quién fue el cabrón que le hizo eso, que la dejó destrozada emocionalmente para toda la vida y cómo podía ella esconder, soportar y convivir con esos sentimientos tan bien? Volví a mirar hacia la puerta. Tal vez no fuera buena idea dejarla sola ahí, pero me había dicho que me fuera. En estos momentos, le repugnaba mi presencia, así de simple. Así que esa era su forma de auto controlarse. Si supiera que si me daba una hostia, ella iba a volver, volvería entrar en la habitación para enfrentarla, pero me volvía a la mente lo que ella había dicho «Si quieres que vuelva la antigua Sofía, hazme el favor de irte». Haría el esfuerzo de dejarla tranquila y darle el espacio que necesitaba.

Al cabo de unas dos horas, siendo las 11:00, llamé urgentemente a mi psicóloga:

—Dime Sofía.

—Hace un par de horas tuve un mal encuentro con mi novio y no consigo estabilizarme.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy nerviosa y con un poco de ansiedad.

—¿Por qué, qué te ha hecho?

—Estaba... —suspiré— practicándome sexo oral pero.... yo seguía dormida. Me he despertado y he estado a punto de darle un puñetazo. Me ha entrado miedo al verlo debajo de mí, pálido y muy asustado. Me vi reflejada en sus ojos y vi en ellos el horror.

—¿Eso quiere decir que no le has contado lo que te pasó?

—Le he dado una versión light de lo que me pasó.

—Vale... esto es lo que vamos a hacer. Respira profundamente y cuando estés lista repite: Yo no tengo la culpa y él me quiere —empecé a respirar pero no terminé de estar lista nunca—. Vale cariño, es una crisis más profunda. ¿Estás enfada contigo o con él?

—Estoy enfadada con él y conmigo misma. Tenía que haberle contado todo lo que me pasó, pero no quiero que sienta lástima de mí.

—Vale... Lo mejor que puedes hacer es irte a un gimnasio y descargar toda la tensión. Aporrea un buen rato una bolsa de boxeo, y ya verás cómo después te sientes mejor. Tal vez no necesites contarle todo lo que te ocurrió, pero sí las cosas que no debería hacer.

—Vale, eso haré.

—Si necesitas llamarme otra vez, no lo dudes.

—Gracias.

—Para eso estamos. Dale bien fuerte y descarga toda la tensión que tienes acumulada.

Y eso fue lo que hice. Me puse unos vaqueros y metí la ropa de deporte en una mochila. Cuando bajé a la cocina me encontré con Fabiola que estaba leyendo.

—Buenos días, Sofía. ¿Ya te encuentras bien?

—Sí, Fabiola, buenos días. Necesito salir un rato... ¿hay por aquí algún gimnasio?

—No, me temo que ninguno, pero en Florencia hay algunos.

—¿Te importaría llamarme a un taxi para que me lleve hasta allí?

—Si quieres, yo te puedo llevar.

—No quiero molestarte.

—No es ninguna molestia. ¿Necesitas algún gimnasio en particular?

—Uno que tenga material de boxeo.

—Ah, perfecto. Sé dónde hay uno. Vamos, te llevo.

El viaje lo hicimos en silencio. Me dejó en la puerta y me facilitó el teléfono de un taxi por si luego no quería que viniera a recogerme. Nada más entrar, me encontré con la recepcionista. Estuvimos hablando, pero a pesar de la diferencia del idioma, nos llegamos a entender. Un monitor me iba a facilitar todo el material necesario para entrenar. Me enseñó todo el local y le pagué el día. Me fui a los vestuarios y me cambié. Cuando llegué a la zona dónde estaba el saco, me di cuenta de que no tenía las cintas que habitualmente me colocaba en las manos, pero un chico se me acercó y me las ofreció. Era uno de los monitores del gimnasio y me iba a ayudar a sujetar el saco. Él intentó ponérmelas, pero no lo dejé. A pesar de que hacía algo tiempo que no pisaba un gimnasio así, sabía perfectamente cómo ponérmelas y solo lo dejé que me las amarrara al final. El chico estaba muy sorprendido. Se pensaba que era nueva y cuándo empecé a darle al sacó se quedó alucinado. También sabía pegar, tanto con manos como con piernas. Al cabo de media hora, había en el cuadrilátero una chica practicando con su entrenador y pregunté si yo podía pelear con ella. El chico fue a hablar con el otro entrenador y me dijo que sí, que no había ningún problema. Me descalcé, me quité los pendientes y el corazón que me regaló Leo, ya que estos estaban totalmente prohibidos en ese tipo de ejercicios y a ambas nos pusieron los bucales (una funda para protegernos los dientes), guantes y el casco acolchado. Además, nos pusieron unos tibiales acolchados que cubren pie y empeine hasta debajo de la rodilla para proteger también las piernas, un chaleco para proteger el torso y ya estábamos listas para empezar el combate. Parecíamos dos muñecas de Michelin con tantas protecciones. Aunque la chica era de mi misma categoría, yo la tenía casi derrotada tras los primeros tres minutos. Hicimos una pausa para que la chica se recobrara unos momentos. Como no había árbitro, el mismo entrenador hacía las veces de él. Se estaba reuniendo un gran número de espectadores tras el primer asalto. La chica decidió continuar un poco más, pero al cabo del siguiente minuto terminó en el suelo y se dio por vencida. Chocamos los guantes como forma de despedida y esta salió del cuadrilátero. Todos los que estaban por allí entrenando, pararon lo que estaban haciendo,

tras ver cómo me movía durante el primer minuto del combate. Después del primer combate, seguía igual de fresca. El entrenador me estuvo controlando las constantes vitales y me dejó continuar. Empezó a prepararse una segunda chica, de un grupo superior al mío. Estaba que no me lo creía. Dos combates en un solo día. Hacía mucho tiempo que eso no me pasaba.

Estaba terminado de concretar la hora para quedar, cuando uno de ellos traía una noticia inquietante:

—¡Eh, chicos! Un amigo me ha dicho que una chica le ha pegado una paliza a otra en cuatro minutos y se está preparando para otro combate con un peso mayor. Yo voy a ir a verlo, ¿os apetece venir a verla?

—Es la uno. Yo me tendría que ir para casa.

—Anda, vente. Será algo rápido. Está muy cerca de aquí el gimnasio, y cómo nos retrasemos seguro que no vemos ni la pelea. Es una chica nueva que nadie conoce.

—Bueno, si es así, vamos, pero pronto he de irme.

Cuando llegamos al gimnasio, había mucho público y acababa de empezar el segundo combate. Ella era ágil y pegaba fuerte. Su contrincante era buena y había ganado algún título y también tuvo la oportunidad de pegarle en varias ocasiones. Cuando llegué al gimnasio, la chica estaba de espaldas pero su silueta me era familiar. Nos acercamos más, y cuando le vi la cara, me puse pálido al ver que era Sofía. Se estaba pegando con una chica que pesaba cinco kilos más que ella. La chica tenía mejor técnica, pero Sofía era algo más ágil. Tras darle una patada en el lado, la chica intentó devolverle el golpe, pero Sofía dio un pequeño salto quedando fuera del alcance de su pierna, entonces, Sofía contrató. Le propinó a la chica un par de golpes en la cara mientras esta se la tapaba con los dos puños y juntaba los brazos para protegerse el rostro. La chica no se quedó quieta, si no que intentó darle una patada, la cual le alcanzó en todo el dorsal, que era el músculo que iba desde la axila hasta el glúteo. Se estuvieron intercambiando patadas y golpes hasta finalizar el primer asalto, que duró tres minutos. Sofía ya estaba algo más cansada. Ambas se fueron a un rincón del cuadrilátero para tomar agua y sentarse un momento. Intenté hacerme un hueco para llegar hasta allí y cuando lo conseguí, la empecé a llamar.

—Sofía, por favor, déjalo ya.

—Lárgate.

—¿Quieres pelear conmigo? —ella me miró a los ojos, pero los cerró y cuando los abrió, le había salido una sonrisa en el rostro. Eso me dejó perplejo.

—No pienso pelearme contigo.

—Pues si no quieres pelarte conmigo, por favor, vámonos para casa. Sofía, por dios, esa tía es más grande que tú. No voy a dejar que te sigas peleando con esa chica.

—¿Te acuerdas cómo quedó Víctor? —asentí y se me heló el cuerpo. Un rápido escalofrío me recorrió el cuerpo de arriba abajo. Ella me miraba directamente a los ojos mientras me hablaba y su mirada era fría, la misma que tenía esa misma mañana y cuando entró a la oficina de la discoteca— Pues si no me peleo con esta chica, el próximo podrías ser tú y no me gustaría hacerte daño, cariño. Déjame afrontar el problema a mi forma.

Las respiraciones de ambas eran más agitadas debido al esfuerzo. Antes de continuar, el entrenador les comentó a las dos chicas, que era el último asalto e iniciaron la pelea. Empezaron a intercambiar golpes y patadas. Me volví para no ver cómo machacaba a Sofía: le estaba dando varias patadas seguidas y ella apenas se defendía. Me volví a girar para seguir viéndola. No entendía lo que estaba haciendo, hasta que vi la sonrisa en sus labios. La estaba cansando y con un movimiento rápido de piernas le dio una patada desde atrás hacia delante con la pierna izquierda, tomándola desprevenida porque hasta ese momento solo la había golpeado con la derecha, derribándola, la cual calló de espaldas a la lona. Sofía dejó que ella se pusiera de pie, y una vez que estuvo de pie, volvió a acercarse a ella. Esta vez, la arrinconó en un lado y tras intercambiarse varios puñetazos y patadas, le dio un puñetazo de abajo hacia arriba, dándole justamente debajo de la barbilla, lo cual hizo que desestabilizara a la chica y tras separarse un poco de ella, le volvió a dar una patada con la pierna derecha impactando en la parte posterior del muslo, lo cual hizo que se tambaleara un poco de ese lado. Le volvió a dar la misma patada pero con la pierna izquierda derrumbándola en la lona. Tras caer la chica al suelo, el entrenador paró el combate. Sofía había ganado, pero no se libraría de tener cardenales al día siguiente. Se acercó a su contrincante para ayudarla a levantarse y entonces dieron por terminada la pelea. Se volvieron a chocar los guantes y les empezaron a quitar los guantes, más todas las

protecciones que previamente les habían puesto. Ya pude respirar aliviado.

—¿De qué conoces a esa chica, Leonardo? —uno de ellos se había quedado alucinado al comprobar que nos conocíamos.

—Es mi novia.

—¿Sabías que practicaba el kick boxing? —me había preguntado Ángelo.

—Pues no. Me estoy enterando ahora.

—Según he oído por los comentarios, es bastante buena y aunque no tiene mucha técnica. Esa chica está en una categoría superior a ella y le ha ganado. Pero vamos, creo que la chica no se ha empleado 100%, porque si lo hubiera hecho le hubiera roto algo. Yo la he visto pelear en otras ocasiones y es una tía muy bruta.

—Buena pelea —me había comentado la segunda chica.

—Gracias, aunque no te has empleado a fondo, has sido una buena contrincante. Gracias de nuevo.

—¿Me aceptarías una invitación a comer?

—Te lo agradezco, pero mi novio me espera —señalando con la cabeza a Leo.

—Ah, vale. Mucho gusto haber peleado contigo. Serás bien recibida si decides volver.

Me bajé del cuadrilátero y fui a buscar a Leo. Me sentía calmada y mentalmente pude decir aquellas palabras que me había dicho mi psicóloga: «Yo no tengo la culpa y él me quiere». Él estaba rodeado por sus amigos y cuando vieron que yo me acercaba a él con paso firme, me dejaron paso y tal como me acerqué a él, lo besé. El beso lo pilló por sorpresa pero me lo correspondió. Tras apartarme, le susurré al oído que iba a ducharme. Leonardo me esperaba sentado en un banco. Parte del público se había disipado quedando muy pocas personas puesto que era la hora de comer. Llegué hasta dónde él estaba con una sonrisa de oreja a oreja, tranquila y feliz, pero Leo seguía algo molesto.

—Estoy lista.

—Yo también estoy listo para hablar.

—No me refería a eso, pero si quieres, también podemos hablar.

—He llamado a Fabiola para decirle que no vamos a comer ninguno de los dos. Comeremos algo por aquí y durante la comida me gustaría que me explicaras ciertas cosas —me dijo Leo con una expresión dura en su rostro. Estaba muy enfadado conmigo.

El entrenador del gimnasio vino a hablar conmigo, invitándome a que me unieran a ellos o que me pasara por el gimnasio cuando quisiera, que sería bien recibida. Aunque mi técnica era algo rudimentaria, me habían enseñado muy bien a golpear. Nos fuimos a comer. Pedimos agua y mientras esperábamos a que nos trajeran la comida, Leonardo empezó la conversación:

—¿Qué te pasó en la habitación esta mañana? —seguía serio y muy molesto.

—Vaya... directo al grano.

—No te puedes ni imaginar lo mal que me sentí al verte así, y me sentí muchísimo peor cuando fui a por la bolsa de deporte —En un susurro me comento—. Joder, solo quería una sesión de sexo antes de irme.

—Cuando te conté lo de los abusos, te di una versión bastante light de los hechos.

—Ahh... —eso lo pilló por sorpresa y abrió mucho los ojos— ¿Y me contarías algo más de lo que pasó?

—No. Lo siento pero no quiero darte detalles. Solamente tienes que saber que no quiero que nunca me fuerces a hacer nada y que no me despiertes nunca con sexo, aunque eso creo que te ha quedado bien clarito hoy —no tenía fuerzas para mirarlo a la cara.

—Sí, me ha quedado bastante clarito. ¿Por qué no me quieres dar detalles? —lo miré directamente a los ojos y le contesté.

—No quiero que sientas lástima de mí.

—Vale, respeto tú decisión... ¿La forma de controlarte siempre es con violencia?

—Primero un poco de tranquilidad para serenarme y lo siguiente es violencia. A veces directamente me pongo violenta. Necesito descargar tensión y esa es la forma más eficaz que me enseñaron. Al principio, me iba a

correr pero seguía teniendo odio conmigo misma, y mi psicóloga me aconsejó que me apuntara a un deporte de contacto, para hacer mucho ejercicio físico y así fue como terminé apuntada a king boxing.

—¿Qué pensabas que te iba a hacer esta mañana? —me puse colorada y no podía mirarlo mientras se lo decía. Resultaba demasiado duro decírselo a él, que había sido siempre tan cariñoso conmigo.

—Pensaba que me querías violar y ya cuando noté que el tanga estaba roto... me terminé de descontrolar. Lo que más siento es que te podía haber partido el tabique nasal si no me hubieras despertado.

—Siempre me había preguntado cómo podías tener una relación sexual sana después de lo que te había pasado.

—Mi psicóloga me ayudó a protegerme de los abusos empleando la violencia y mi prometido fue el que me enseñó que también se podía disfrutar del sexo tras muchos años de duro trabajo. Le costó seis meses de trabajo el tocarme un pecho sin que le lastimara un brazo.

—¿Y cuánto tiempo necesitaste para acostarte con él? —seguía con el rostro serio.

—Demasiado tiempo para él y demasiado pronto para mí.

—Un año.

—Vaya, pues sí que te esperó.

—Me ayudó mucho en ese tema y fue muy paciente y cariñoso.

—Cuando empezaste a trabajar con nosotros tenías algunos kilos de más... ¿a qué se debieron?

Seis meses tumbada en un sofá sin hacer nada y comiendo porquerías. Cuando me vine a Madrid, yo sabía que resultaba atractiva, pero estaba emocionalmente destrozada. No quería que se me acercara ningún hombre y lo mejor era estar gorda y nada apetecible. Lo mejor era vestir con prendas anchas.

—Ya. Entiendo. ¿Cómo es que no me diste una hostia el día en que nos conocimos?

—Estaba impresionada y ruborizada por haberle estrellado un helado al

famoso futbolista Leonardo. Además, no me sentó mal lo que me dijiste, porque si me hubiera molestado te hubiera restregado el resto del helado —nos estábamos sincerando y nos mirábamos directamente a los ojos.

—Eres una mujer que a veces me asustas. Pareces tan frágil y dura a la vez —me dijo mientras con las yemas de sus dedos me hacía círculos sobre el dorso de la mano.

—Siento haberte asustado esta mañana y por el numerito del gimnasio.

—Yo también lo siento. No tenía ni idea de que aquello te iba a sentar tan mal y bueno... lo del gimnasio, si así te has liberado de tus fantasmas, fantástico. Esta mañana estuve a punto de entrar en el dormitorio para ver si dándome una hostia se te pasaba ese mal humor, pero me pediste espacio y eso fue lo que te di. Además, viendo lo de hoy, creo que te hacía falta dar más hostias de lo que yo te iba a poder ofrecer. Uno de mis compañeros me ha preguntado que si eras guardaespaldas, porque te iba a contratar —empezamos a reír y ya el mal humor que había entre los dos y la tensión se disiparon— ¿Te saldrá algún cardenal de la batalla?

—Bastantes, y eso me recuerda de que tenemos que ir a alguna farmacia para comprar alguna pomada. La chica me ha dado bastante fuerte y aunque llevábamos protección, hay zonas donde el golpe lo pagas con tu cuerpo.

—Hubo un momento donde la chica no paraba de darte patadas. No te defendías apenas, y pensaba que te habías vuelto loca. Cuando vi tu sonrisa... había algo demasiado extraño en todo eso.

—Tenía que hacer que se confiara para darle el golpe final. No siempre gana la que tiene más fuerza. Hay veces que gana la que tenga más aguante.

—Por lo que veo, no es tu primera pelea, ¿verdad?

—No. —se carcajeó.

—¿Has hecho muchas?

—En el cuadrilátero unas cuantas. En la calle muchas más. En la calle, por lo general, no hay reglas y es mucho más rápido el tirar a un contrincante. En ocasiones de una patada ya está listo para salir corriendo. Me llevé una temporada que era una camorrista.

—¿Cómo es que nunca le diste una patada de esas a Víctor?

—Victor siempre se ha mantenido muy cerca de mí y lo más fácil es usar las manos. También, porque me ha pillado dos veces con falda y es algo complicado dar una patada con una falda de tubo.

—Ya. Creo que para el próximo curso te voy a contratar de guardaespaldas —nos reímos de nuevo— ¿Estarás el próximo curso con nosotros dándole clases a Gio, verdad?

—¿De verdad quieres que hablamos de eso ahora?

—No. No tengo más ganas de discusiones por hoy. ¿Te apetece ir después a visitar Pisa?

—Claro que sí.

—Pues terminamos de comer, y llamo a casa, por si alguno de los demás quieren venir.

Tras comer, Leo llamó a la casa, pero nadie tenía ganas de visitar, entonces nos fuimos los dos solos. Pisa estaba a una hora de Florencia, con que, después de comer nos fuimos directamente a visitarla. Cuando llegamos allí, aparcamos y fuimos andando hacia la Piazza dei Miracoli (Plaza de los Milagros) compuesta por: La Catedral, el Baptisterio y la Torre. Leo era un excelente guía y fue explicándome todo lo que recordaba de los monumentos. Este empezó a contarme todo lo que sabía conforme visitábamos los monumentos. La Catedral de Pisa está recubierta de mármol blanco y tiene forma de cruz. El Baptisterio era el más grande de Italia. Tenía una altura de 55 metros y un diámetro que superaba los 35 metros y La Torre inclinada era el campanario de la Catedral. Era una de las Siete Maravillas de la Edad Media y la más conocida mundialmente. Aunque la torre estaba abierta al público, tras el enderezamiento de unos centímetros, no me atraía mucho la idea de subir arriba. Nos hicimos la típica foto empujando la torre que salió bien tras algunos intentos fallidos. A las 20:00 llegamos a la casa, ya algo más relajados y tranquilos, después de haber hablado del incidente de la mañana.

MARTES 22

Me desperté antes de lo habitual. No eran las 8:00 cuando un mal sueño me había despertado. Me incorporé rápidamente y cuando abrió los ojos, respiré tranquilo: solo era un mal sueño. Sofía seguía durmiendo plácidamente a mi lado. Me apoyé en uno de mis codos, me tumbé y me giré hacia ella: qué dulce se le veía durmiendo. No parecía la misma chica que le había roto el tabique nasal a Víctor, con un solo movimiento, ni la que se estaba peleando con una chica en un ring, dándole una paliza. Normal que el entrenador del gimnasio la quisiera allí. Antes de acostarnos, le había untado una pomada en todos los cardenales que tenía, que no eran pocos. Sobre el costado era donde antes había empezado a salirle, y en unos días pasaría del rojo al negro. Aunque convivía con ella desde marzo, prácticamente apenas la conocía. Era una chica protectora, lo había visto con Gio en infinidad de veces y muy detallista. Miraba por el bienestar de mi hijo y era bastante lista...pero... tal vez me había precipitado en pensar en pedirle matrimonio. La mañana anterior había descubierto una faceta de ella no muy grata. Tenía miedo hasta de tocarla por la noche y esa misma noche tuve algo de miedo en acostarme en la misma cama. Sabía que le gustaba hacer la posición de cuchara pero recordé que estando en Madrid también lo habíamos hecho alguna vez, y no había pasado nada, por eso no me cuadró nada la reacción de ella, el día anterior. Seguía pensando cuando ella abrió los ojos y me miró directamente. Estaba bocabajo mirando hacia mí. Yo seguía mirándola pero sin decir nada, no sabía qué hacer.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Qué tal te encuentras?

—Muy bien. Algo dolorida en algunas zonas, pero bien en general. ¿Llevas mucho tiempo despierto?

—Solo un poco —mentí. No quería que ella supiera que había estado pensando en todos los acontecimientos ocurridos el día anterior.

—¿Qué te pasa?

—Nada —respondí extrañado— ¿Por qué lo preguntas?

—Porque por lo general te lanzas a darme mi beso de buenos días y hoy te

mantienes distante. ¿Sigues pensando en que te voy a hacer daño si me abrazas o me das un beso? —parecía que ella me estaba leyendo el pensamiento.

—Algo así.

—Nunca antes te ha pasado, ¿verdad? —asentí— Entonces, no te pasará nunca. Eso es algo que trabajé mucho con él.

—¿Lo del sexo oral por la mañana no lo trabajaste, verdad?

—Dormida no. Despierta, todo el que quieras o aguante.

—Está bien saberlo —dije mientras me incorporaba y me levantaba de la cama con dirección al cuarto de baño. Ella seguía sentada en la cama y mirándome fijamente.

—¿Qué es lo que te ocurre de verdad, Leo? —me paré y me di la vuelta, antes de entrar en el cuarto de baño y la miré a los ojos. Había algo que me inquietaba mucho. Sentía miedo de ella y no sabía cómo decírselo.

—Sofía.... lo de ayer me hizo pasar mucho miedo y tal vez necesite un poco de tiempo para digerir todo lo que me has dicho.

—¿Quieres dejarlo?

—Eh, no.... no estoy diciendo eso. Solamente que... —joder... qué complicado era decírselo— tal vez deberíamos dormir separados un tiempo.

Aquello me pilló por sorpresa a mí también. No me esperaba que de mis labios saliera aquello. Estaba muy bien con ella pero no sabía hasta qué punto quería dejarlo con ella.

—Está bien Leo, te daré el espacio que necesitas.

—Gracias Sofía.

Cuando salí del cuarto de baño, Sofía ya se había colocado un vaquero largo y una camiseta de manga corta y tenía puesta la maleta encima de la cama y estaba metiendo sus pertenencias en ellas. Me paré un momento tras salir del baño, ya que, no me cuadraba muy bien lo que ella estaba haciendo.

—Espera Sofía, ¿qué haces?

—Estoy preparando la maleta para irme.

—Solo te he dicho que podemos dormir separados un tiempo, no quiero

que te vayas —me puse algo nervioso al comprobar su reacción.

—Creo que será lo mejor para los dos. Tienes miedo de mí y yo ahora mismo no me siento cómoda —decía mientras seguía metiendo cosas en la maleta.

—Para de meter las cosas en la maleta, por favor y háblalo conmigo ¿Te quieres ir de verdad?...Mírame por favor y contéstame —tenía las manos metida en la maleta y miraba hacia sus manos temblorosas. Le tomé la barbilla e hice que subiera la cara, ya que quería que me dijera a mi cara que se quería ir. Aunque le subí la cara, sus ojos seguían mirando hacia abajo. Estaban tristes—. Sofía cariño....

A Sofía se le cayó una lágrima del rostro. Me miró a los ojos y se le volvió a caer otra lágrima del otro ojo. Con el pulgar le quité la segunda lágrima y la atraje hacia mí. Ella seguía con los brazos pegados a su rígido cuerpo y aunque la apreté contra mí con todas mis fuerzas, supe al instante que la había perdido. Había cometido un gran error: le había confesado haber sentido miedo de ella partiendo en dos su lado fuerte, el cual le hacía seguir adelante y afrontar lo mejor posible su trágico pasado. No sabía cómo podía corregir aquello sin terminar de destrozarla a ella y sin quedar destrozado yo mismo.

—Cariño, no quiero que te vayas —le susurraba al oído. Solo de pensar en que ella se fuera, me estaba hundiendo, destrozando interiormente—. Por favor, no te vayas, nos vas a arruinar la vida a los dos si te vas —Yo la apretaba más contra mí y ella seguía sin reaccionar. No sé qué me ocurrió, pero empecé a llorar. Eso hizo que ella reaccionara y me abrazara. Tras unos minutos, la separé de mí y le puse las manos en los hombros y le dije mirándola directamente a los ojos—. No permitiré que te vayas así como así.... te quiero preciosa, mi niña... —dije mientras que con una mano le tocaba el rostro.

—Leo, por favor, no llores... —dijo mientras me secaba las lágrimas con su mano.

—No podría soportar que te fueras y me dejaras —no podía más con mi cuerpo y me puse de rodillas delante de ella y con las manos me tapé el rostro y empecé a llorar.

Sofía se parecía tanto en el carácter a Gisela que pensaba que el destino me estaba dando una segunda oportunidad con ella, y ahora, ella quería

abandonarme, destrozándome nuevamente. Ella se agachó y se arrodilló delante de mí hasta quedar las dos caras a la misma altura. Me quitó ambas manos y fue besando por donde habían pasado mis lágrimas. Nuestros ojos expresaban las inseguridades que teníamos el uno con el otro. Sin quererlo, habíamos sido un gran apoyo el uno para el otro y si los dos nos separábamos, quedaríamos desbastados por nuestra propia agonía. Me ayudó a levantarme y una vez que estuvimos de pie, nos abrazamos. Estuvimos tanto tiempo unidos en ese abrazo, que parecían que habíamos estado horas, compartiendo los miedos que nunca llegamos a expresar con palabras y las inseguridades que sentíamos los dos de forma individual. Cuando nos separamos, nos miramos a los ojos y nos besamos. Era un beso cargado de miedo, miedo a separarnos uno del otro, miedo a hacernos daño mutuamente pero tan cálido y agradable para los dos que no sabíamos que lo necesitaríamos tanto hasta que nos lo dimos.

—Necesito que me hagas el amor ahora mismo.

—Sofía....

Un instante después, mis labios se habían posado sobre los de ella. Insistentes y hambrientos, separaron los de ella. Los dedos de ella se hundieron en mi cabello y nos rendimos al beso que era simplemente sexual. Mis sentimientos se aceleraron rápidamente al igual que nuestras respiraciones. Nunca me había sentido más vivo, aunque también tenía cierto miedo. Mis manos se instalaron delicadamente en la región lumbar de ella, atrayéndola hacia mí. La besé por el cuello. Le quité el botón del pantalón y se lo bajé. Ella con mi ayuda salió de él, colocándose nuevamente en la misma posición. El sonido que emitía mi pecho era suave y excitante. Ella subió una pierna y la dejó reposar sobre mi cadera. Entonces le coloqué las manos bajo su trasero y me la llevé a la cama. Delicadamente, la acomodé sobre esta. Me incliné sobre ella y le quité las braguitas, mientras que yo me quitaba los pantalones del pijama y los bóxer dando lugar a una dura erección. Me detuve un instante. Mis ojos centrados en ella con sincero interés. Entonces la besé justo por encima de la línea de vello púbico. Fue un beso perezoso, sexy y húmedo. Me tendí sobre ella y sus muslos se separaron con toda naturalidad. Deslicé mis brazos por debajo de sus hombros atrayéndola hacia mí. Y entonces la penetré. Ella ya estaba muy húmeda y me resultó realmente fácil. Sofía alcanzó rápidamente el orgasmo, entonces me fui parando un poco para que ella se recuperase, ya que, yo no estaba todavía listo para terminar.

Cuando la respiración de esta se fue calmando volví a tomar velocidad en las penetraciones. Mientras que entraba y salía de ella la iba besando en los labios y en el cuello. Cambiamos de posición. Ella se colocó encima de mí y ahora era ella la que llevaba el ritmo y marcaba la profundidad de la penetración. Tras ponerme el preservativo volvió a colocarse en la misma posición. Alcancé el clímax en cuestión de segundos. Estábamos enroscados el uno con el otro casi totalmente desnudos, excepto Sofía que seguía conservando la camiseta para que no le viera los moratones que tenía. Ella se acomodó sobre mí con la cabeza sobre mi pecho y un brazo extendido sobre mi cintura. Respiraba de manera uniforme y con satisfacción le acariciaba la espalda a ella sin pensar mucho.

—Ha sido maravilloso, Sofía, creo que no he gemido más en mi vida —comentaba mientras le besaba la frente como muestra de cariño.

—Gracias, tú tampoco has estado mal —dijo mientras me sonreía y me miraba a la cara.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—Y también tienes que saber que no dejaré que te vayas de mi lado nunca. Creo que nos merecemos la oportunidad de conocernos más y de pasar más tiempo juntos.

—¿Sigues queriendo que durmamos separados?

—No, la verdad es que no. A veces soy un poco bocazas pero solo de pensar en la idea de perderte ha sido suficiente para que ese miedo haya desaparecido. Tras hacerte el amor creo que hemos conectado como antes y todos mis miedos se han disipado.

—Me alegro de escuchar eso. Creo que deberíamos irnos.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Dime.

—¿Te gustaría ser madre pronto? —Aquella pregunta le había cogido por sorpresa y se tomó su tiempo para responderme.

—Antes de ser madre me gustaría tener un marido. Mi familia es muy religiosa y un niño fuera del matrimonio no lo verían precisamente bien.

—Entonces... ¿antes de ser madre te gustaría casarte?

—Exacto.

—¿Te has imaginado alguna vez cómo querías que fuera tu boda?

—Creo que la mayoría de las niñas soñamos con vestirnos de princesas, aunque solo sea un día. Me gustaría una boda íntima, con los amigos más allegados y la familia, no de esas bodas que empiezas a conocer a miles de amigos del novio ese mismo día. ¿Cómo fue la tuya?

—Así también. A Gisela no le gustaban las bodas por todo lo alto. Si hubiéramos invitado a todos nuestros amigos, eso hubiera sido una locura.

—¿Volverías a tener una boda íntima?

—Sí, aunque esta vez me gustaría involucrarme un poco más. La otra vez, se lo dejé todo a ella y yo solo tuve que elegir el menú.

—¿Qué lo celebrasteis aquí en Italia?

—Sí. Una boda religiosa. Reservamos un avión para todos nuestros amigos y un hotel en Florencia. Prácticamente, medio hotel fue ocupado por nuestros invitados.

—¿Tantos fuisteis?

—Familia por mi parte fueron veinte y por ella cincuenta y cinco. Ahora, contando los amigos de ambos, creo que fueron cien más.

—Vaya tela. ¿Y eso llamas tú íntimo?

—Pues sí. Fue bastante íntimo considerando que por aquella fecha ya éramos conocidos los dos, y muchos de nuestros compañeros de trabajo no fueron invitados. Como ya te digo, los más íntimos.

—Curioso...por cierto, ¿a qué hora te tienes que ir para el partido?

—El partido empieza a las ocho. Me comentaron que me fuera mínimo dos horas antes, porque previamente hay que calentar un poco, con que creo que me iré sobre las 18:00 para estar tranquilo.

—Bueno, son las once y media —informó tras consultar el reloj de pulsera—
Creo que deberíamos bajar, aunque no se escucha nada.

—Tal vez hayan salido. ¿Te apetece desayunar?

—Solo me apetece algo fresquito, un zumo tal vez.

—Pues vamos a vestirnos y bajar.

Cuando llegamos a la cocina no había nadie por ningún lado. Había una nota en la cocina comentando que se iban a dar una vuelta y sobre la una de la tarde estarían de vuelta. Preparó zumo de naranja y nos sentamos en el porche a leer. Yo cogí el periódico del día y me puse a leerlo y Sofia cogió una revista y estuvo hojeando las fotos y poco más. Ella fue quién rompió el maravilloso silencio que reinaba allí:

—Siempre me he preguntado cuántos idiomas hablas.

—Mmm... Déjame pensar... italiano, inglés, alemán y algo de francés.

—Vaya, estoy realmente asombrada.

—Es fácil cuando tienes que vivir fuera algún tiempo. Te terminas acostumbrando a escuchar siempre lo mismo y aprendes o aprendes. Por eso Gio también sabe idiomas y tú también tendrías que empezar a aprender.

—¡Qué chistoso! —me carcajeé.

—¿Te estas riendo de mí, señorita?

—A ver Leo, es más fácil que yo te enseñe a ti hacer integrales a que yo aprenda idiomas.

—No se te da nada mal. Te pudiste comunicar con el entrenador y con la chica de recepción del gimnasio.

—Lo bueno del italiano es que se parece mucho al español y solo hay ciertas palabras que cambian totalmente.

—Es decir... ¿que unos cuantos meses aquí terminarías por hablarlo?

—Posiblemente. Ya cuando habláis en italiano me entero de algo más.

—Sí, eso también lo he notado yo, que solo necesitas que te aclare ciertas palabras. ¿Te gustaría que nos viniéramos a vivir aquí?

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Sí, es la mejor forma para que aprendas el idioma. Por mí no habría ningún problema. Cada cuatro años podíamos cambiar de país. El próximo año se termina mi contrato en Madrid. Siempre podía buscar algún equipo de

por aquí, Francia, Reino Unido...elige. A Gio tampoco le vendría mal.

—En un año pueden pasar muchas cosas.

—Pues sí, pero ¿no te gusta la idea?

—Mejor lo hablamos cuando se vaya aproximando la fecha, ¿te parece mejor?

—Vale.

—Por cierto, ¿le vas a traer una camiseta firmada a Gio?

—Sí, claro. ¿También quieres una?

—Mmm... sí... ¿Y sería posible hacernos una foto con ellos? —estaba algo sorprendido por aquella revelación.

—Vaya, no sabía yo que te gustara alguno de ellos.

—Pues mira, para serte sincera, hay uno que me fascina y puede ser que le toque el trasero cuando lo vea.

—Mmm interesante. Miraré que puedo hacer. Te llamo lo antes posible.

—Vale.

Tras comer en familia y acostarnos un rato, Fabiola nos comentó que ella se venía con nosotros a ver el partido, pero que Lorenzo tenía que ir al dentista sin falta, ya que tenía una muela picada y lo había aplazado más veces de lo que recordaba. Como también había comprado su entrada, se la cedió a unos de los primos de Gisela, con el cual jugaba Gio, ya que tenía la misma edad que él. A las 18:45 nos llevó Lorenzo a todos al partido, ya que sería imposible encontrar un aparcamiento gratuito en el centro y después nos vendría a recoger. A las 19:00 estábamos todos ante el Estadio Artemio Franchi. Era la segunda vez que pisaba un campo de fútbol. No me pareció precisamente bonito desde afuera, puesto que tenía una arquitectura moderna, todo en blanco. Después de todos los impresionantes monumentos antiguos que había visto de Florencia, me esperaba algo más espectacular y más acorde a la ciudad. El estadio era bastante grande, con capacidad para 47.300 espectadores. Leo me comentó, que tras aparecer él en los medios de comunicación, se vendieron 3.200 entradas más. Él se pensaba que si no estaba todo lleno habría quedado pocas entradas sin vender. Iban a rifar veinte camisetas firmadas por ellos, con que había que guardar la entrada. También

les harían a cada afortunado, una foto con todos ellos. Entramos y nos sentamos en nuestro número. María y yo nos pusimos juntas, y los dos chicos se pusieron a mi lado. Cuando llegamos, ya había muchas personas en las gradas, pero el número fue aumentando considerablemente conforme la hora del partido se iba aproximando y el número de huecos libres cada vez era menor.

El partido transcurrió sin ningún incidente y no nos tocó ninguna camiseta oficialmente a ninguno de los cuatro, pero Leo nos había visto a todos allí y seguro que se traería alguna firmada, por lo menos para Gio y su primo. Cuando ya el estadio se había quedado más tranquilo, bajamos abajo por donde mismo habían entrado los ganadores, pero había un seguratas con cara de antipático que no dejaba pasar a nadie. Fabiola le dijo quiénes éramos y de todas formas no nos dejó entrar. Dijo que no podía dejar entrar a nadie. Tras mucho insistirle, seguía sin dejarnos entrar y a mí se me estaba terminando la paciencia y a eso que llegaba Leo:

—¿Pero por qué no entráis? Llevamos un rato esperándolos —comentó Leo que venía hacia nosotros y le puso mala cara al seguratas, que enseguida nos dejó pasar.

Cuando llegamos allí, nos dieron una camiseta a cada uno, hasta para Fabiola. Individualmente, nos hicimos una foto en grupo y yo me puse entre Ángelo y Leo. Le pasé el brazo por detrás a ambos, para posteriormente tocarle el trasero a Leo, tal como se lo prometí de antemano, obteniendo de él una sonrisa de complicidad. Tras despedirnos de ellos, Fabiola llamó a Lorenzo para que viniera a recogernos. Los chicos iban a tomarse algo y Leo no sabía a qué hora volvería a casa. Tras dejar al primo en su casa, nosotros cuatro nos fuimos a cenar a la casa. Gio estaba más que encantado con su camiseta, y hasta Fabiola estaba algo emocionada por ello. Se la regaló a Lorenzo, ya que él era más aficionado al fútbol y seguro que le haría más ilusión tenerla. Terminando de tomarnos el postre, llegó Leonardo, el cual ya había cenado y estaba algo cansado. Después de preparar un poco de té frío, nos fuimos a la terraza. Había hecho un día soleado y muy caluroso, y se apetecía algo de fresquito. Los cinco nos sentamos allí a charlar un rato.

—¿Qué os parece si mañana nos vamos a Venecia? —me había preguntado Leo.

—A mí me parece bien, ¿Gio?

—Jo... ¿yo tengo que ir?, ¿no me puedo quedar con los abuelos?

—Si no quieres venir, tampoco pasa nada. Estaremos unos tres días en Venecia y luego vendremos por ti —explicaba Leo a su hijo.

—¿ Estás seguro de que me puedo quedar? —Gio no se terminaba de creer que su padre lo dejara con los abuelos y se fuera tan tranquilo, entonces caí en la cuenta.

—¿No será por esa...? —no me dio tiempo terminar la frase cuando Gio saltó rápidamente.

—¡ Pero qué estás diciendo Sofia!, ¿te has vuelto loca o qué? —me quedé muy sorprendida por su reacción, no pensaba que decirle lo de la chica le iba a sentar tan mal y ya se estaba yendo cuando Leo lo llamó con una voz muy autoritaria.

—¡Quieto ahí Gio! ¡Ya puedes estar disculpándote con Sofia! ¡Esa no son formas de hablar a nadie, me estás oyendo! —pero Gio no hizo caso, si no que salió corriendo. Leo se iba a levantar cuando lo agarré para que no se levantara.

—Déjalo, luego subiré yo para hablar con él —los abuelos que no habían hablado, se habían quedado asombrados por la reacción de su nieto y no sabía a qué venía esa reacción.

—Sofía, cariño, ¿te importaría explicarnos por qué Gio se ha puesto así, porque estamos estupefactos?

—Aunque mi italiano es muy básico, creo que esta tarde le estaba diciendo al primo algo de una chica, de que le gustaba. Creo que es la vecina del primo que según tengo entendido es un año mayor que él. Lo que no entiendo por qué se ha puesto así —todos se quedaron sorprendidos por la respuesta y al ver la cara de asombro de todos, tuve que preguntar— ¿Qué es lo que pasa?

—Estoy realmente asombrada, ya que, para no saber nada de italiano te has enterado muy bien de la conversación —me había comentado Fabiola sonriéndome.

—¿Qualcuno vuole un po' più di tè? (¿Alguien quiere un poco más de té?) —preguntó Lorenzo mientras se levantaba y se dirigía a la cocina.

—Voglio un po ' più di té, per favore (Yo quiero un poco más de té, por

favor) —hasta Lorenzo se había quedado asombrado al escucharme hablar en italiano. Se paró y se volvió para mirarme. Ahora había tres pares de ojos mirándome fijamente.

—Ora lo porto, Sofia (Ahora mismo te lo traigo, Sofia)

—Si no lo veo no me lo creo. Solo llevas aquí unos días y ya eres capaz de hablar italiano. En dos meses lo hablarías perfectamente —exclamó Leo anonadado.

—No exageres tanto, solo ha sido una frase.

—Sófi, yo tardé más de un mes en poder decir una frase coherente y con sentido.

—Tienes mucha facilidad para el idioma, Sofia, eso no lo puedes negar.

—Es que es divertido y vuestras caras han sido muy graciosas.

—Vaya, muchas gracias señorita por la parte que me toca —me comentó Leo divertido.

—Grazie, Lorenzo.

—Prego, Sofia.

—Bueno, voy a ir a ver a nuestro enamorado antes de que se duerma. Ahora vengo. Con vuestro permiso.

Tras llamar a la puerta y ver que Gio no contestaba, entré directamente. Se había puesto el pijama y estaba leyendo. Seguía enfadado.

—No te he dado permiso para entrar.

—Me da igual. Creo que me debes una disculpa.

—¿Yo? ¡¡ Me la tendrías que dar tú a mí!! —abrí mucho los ojos, sorprendida porque no sabía exactamente a qué se refería él.

—¿Y por qué me tengo que disculpar exactamente?

—Por estar cotilleando en mis conversaciones.

—Ahhh... tú crees que yo he estado escuchando tu conversación con tu primo...mmm interesante. ¿Te recuerdo el insignificante hecho de que no sé nada de italiano? —el chico que seguía supuestamente leyendo, bajó el libro y me miró directamente a los ojos, prestándome atención a lo que le estaba

aclarando. Ahora era él el que sentía cierta curiosidad.

—¿Entonces cómo sabes que me gusta esa chica?

—Cuando fuimos a recoger a tu primo, la chica nos estaba esperando con él. Tú te pusiste colorado y ella no paraba de mirar para dónde estabas tú —se volvió a poner colorado otra vez.

—Lo siento Sófi, pensé que me habías estado espiando y bueno, no quería que se lo contaras a mi padre, ni a mis abuelos.

—¿Por qué Gio? No es malo que te gusten las chicas. Además, es una chica muy guapa y tu padre, ten por seguro, que no sospecha nada. Lo que no te puedo garantizar es que tus abuelos ya lo sepan. Tu abuelo sabía, antes que nadie, que tu padre y yo que nos queríamos.

—¿Cómo puede ser eso, no tiene sentido?

—Tu abuelo es psicólogo y estudia el comportamiento de las personas, cómo se mueven, se relacionan y demás. Si te gusta esa chica no tienes por qué ocultarlo. El amor es muy bonito cuando es correspondido. Además, yo también me quedaría aquí si el chico que me gusta está aquí y no me iría con mis padres a ver agua y piedras —le dije mientras que le guiñaba un ojo.

—¿Pero tiene un año mayor que yo, eso importa?

—Yo tengo dos años más que tu padre, ¿eso importa?

—No, creo que no. Lo siento Sófi, siento el haberte gritado. ¿Me perdonas?

—Mmm, con dos condiciones.

—¿Cuáles?

—Primero que me des un abrazo y un beso, y después, que también pidas disculpas a los de allí abajo. No entendían el porqué de tu reacción. No es malo que sepan que te gusta esa chica. Te lo digo en serio.

—Gracias Sófi, eres la mejor.

—Anda vamos, que se van a preocupar si tardamos más en bajar.

Tras darme un fuerte abrazo y el beso, bajó conmigo para disculparse con los demás. Dio un pequeño razonamiento de por qué había reaccionado así, pero todos lo perdonaron. Lorenzo seguido de Fabiola acompañó a su nieto al dormitorio para acostarlo. Una vez ya solos, Leo tenía algunas preguntas que

hacerme:

—¿Por qué se puso Gio así?

—Se pensó que lo estaba espiando cuando le contaba al primo que le gustaba una chica mayor que él, cosa que así fue, pero que quede entre nosotros, por favor.

—Descuida. ¿Cuántos años tiene esa niña?

—Nueve años, y es una chica preciosa. Una morenaza de ojos verdes y algo más alta que Gio. A ella también le gusta Gio porque cuando fuimos a recoger al primo, allí estaba ella esperándolo para verlo y el pobre Gio se puso como un tomate maduro... rojo, rojo, rojo, por la vergüenza. Fue otra pista que me dio.

—Pronto va a empezar con líos de faldas. Le tendré que hablar demasiado pronto de dónde vienen los niños y como no encargarlos.

—Me temo que sí, pero eso tardará unos cuantos años más. Ahora mismo son críos y ya el darle un beso tiene que ser lo máximo.

—¿Entonces mañana Venecia?

—Eso parece y nos vamos los dos. Es normal que se quiera quedar aquí y tontear más.

Fabiola apareció con mi móvil que estaba sonando. Eran las once y media de la noche y era muy extraño que me llamaran a esa hora. En cuanto vi quien me llamaba, el alma se me cayó a los pies y me puse pálida en cuestión de segundos. Mi corazón empezó a palpar rápidamente sabiendo que eran malas noticias.

—Mamá... ¿qué ha pasado?

—¡Ay cariño! Siento llamarte a estas horas pero tenía que contártelo... a tu padre le han disparado.

—¿Qué?, ¿cómo ha pasado?, ¿cuándo?

—Él está bien, aunque sigue en el hospital bajo observación. No querían que te llamara pero necesitaba hablar contigo —se puso a llorar.

—Mamá, por favor, no llores. ¿Está bien papá, se recuperará?

—Sí cariño... ains que tonta soy — dijo mientras se secaba las lágrimas y

se sonaba la nariz— La bala le atravesó el hombro y por lo visto no le ha tocado ninguna arteria ni nada. Ya han pillado a ese mal nacido que le disparó. Este quería atracar el banco en que estaba tu padre.

—¿Pero él no estaba de vacaciones?

—Sí. Solo fue a pagar unos documentos. Viendo que no venía lo llamé al móvil y me dieron la noticia. Iba vestido de paisano y le disparó cuando forcejeó con el hombre para quitarle la pistola. El muy mal nacido hacía dos días que había salido de prisión y volvió a hacer lo mismo por lo que había entrado en esta, anteriormente. Una verdadera locura cariño.

—¿Tú estás bien, mamá?

—Sí hija...lo malo ya ha pasado. Tenía que decírtelo. No tenía la conciencia tranquila y tus hermanos tampoco querían que te dijera nada a estas horas.

—Pues me alegro de que me lo hayas contado. Mañana mismo voy para allá.

—No cariño, no hace falta que interrumpas tus vacaciones.

—No mamá, iré de todas formas. Venecia siempre estará ahí y Leonardo lo comprenderá —este que no se había perdido nada de lo dicho, asentía con la cabeza de que estaba realizando lo correcto.

—Vale cariño. Si quieres que te vayamos a recoger a algún sitio solo tienes que avisarnos.

—Vale mami. Dale un beso a papá de mi parte y otro para ti. —Mañana nos vemos. Te quiero.

—Y yo a ti, cariño. Ten cuidado.

Tras colgar, Leonardo me estaba mirando intensamente. Conocía esa mirada de posesión y no estaba dispuesta a que le arruinase los planes a su hijo.

—Conozco esa mirada y ya te digo de antemano que no.

—¡Perdona...! —dijo con los ojos muy abiertos debido a su sorpresa— ¿Todavía no he abierto la boca y ya sabes lo que estoy pensando?

—Exacto.

—A ver, señorita listilla... ilústrame.

—Te quieres venir conmigo.

—Exacto... y... ¿me puedes decir por qué es tan malo que yo te acompañe? No estaría mal que conociera a mis futuros suegros —miré hacia abajo como la que no quería la cosa—, ¿o es que no le has dicho nada de que estamos juntos? —lo miré a los ojos con cierta cautela.

—A ver Leo, no llevamos ni un mes juntos. No estaba preparada para hablarle a mi madre de nosotros.

—¿Ahora sí lo estás? —él había fruncido un poco las cejas como señal de frustración.

—Sí, creo que sí.

—¿Supuestamente con quién le has dicho que te venías a Italia, porque sabrá que estás aquí, no?

—Sí, sabe que he venido a Florencia. Pues con mi jefe y su hijo. Hasta finales de junio tenemos firmado el contrato.

—Ya, entiendo.

—Joder, no te enfades conmigo. Solo te estoy pidiendo un poco más de tiempo para conocernos y hacerme a la idea.

—Me parece muy fuerte, y ahora después de mucho tiempo lo entiendo —en su rostro se reflejaba una sonrisa de incredulidad— La mayoría de las chicas me han dejado por no querer avanzar en mi relación y ahora que soy yo el que está en esa posición. ¡Qué irónica es la vida!

—Ya sabes cómo acabaron tus anteriores relaciones. Si de verdad me quieres, tendrás que esperar hasta que yo esté preparada, si no... me temo que ya sabes cuál será nuestro final.

—¿Puedo por lo menos ir en calidad de tu jefe? ¿Me concedes, aunque sea, el beneficio de eso? —nos estábamos mirando directamente a los ojos. En los de él había miedo a que yo me fuera y no quisiera regresar y en los míos había temor de tener que afrontar una relación formal, con el dolor que eso me causaba.

—Está bien, aunque mis padres no creo que se traguen el hecho que vienes

en calidad de jefe y ¿qué hacemos con Gio?

—Estamos a veintidós de junio y hasta el catorce de julio no me tengo que incorporar al trabajo. Nos vamos a Cádiz los días que necesites, luego nos pasamos por aquí y recogemos a Gio, aunque si nos vemos muy apurados, también puedo invitar a Lorenzo y Fabiola a Madrid unos días. Hace tiempo que no vienen. Dame un segundo —se fue hacia la cocina y llamó a Fabiola, que estaba por allí. Nos habían dejado solos para que habláramos libremente.

—Dime Leonardo.

—Ven un momento a la terraza.

—Tú dirás.

—Ha llamado la madre de Sofía comentándole que han disparado a su padre, pero que el hombre está bien. Vamos a ir a Cádiz a verlos y pasar allí unos días. ¿Sería posible dejaros aquí a Gio y después me lo trajerais a Madrid? Ya hace bastante tiempo que no pasáis unos días en casa y estaría bien teneros a todos juntos.

Fabiola tuvo la gentileza de hacerle un resumen a Lorenzo que acababa de llegar a la terraza, y estuvieron encantados de visitar Madrid cuando nosotros estuviéramos allí, y sobre todo de quedarse con su querido nieto. Ya era muy tarde para llamar a Irene para cambiar los vuelos de avión, con que esa misma noche Leo miró los vuelos de Florencia a Sevilla desde su portátil.

—Te comento: no hay vuelos directos, con que tenemos que hacer alguna escala. Como mínimo todos tardan seis horas, pero hay un avión que tarda cuatro horas pero nos llevaría hasta Málaga.

—Sí, pero de allí hasta mi ciudad hay dos horas más de coche.

—¿Cuánto hay desde Sevilla hasta tu ciudad?

—Una hora más.

—¿Reservo el de Málaga? Cuando estemos allí podemos alquilar un coche y conducir hasta Cádiz. ¿Qué te parece?

—Vale. Voy por mi tarjeta de crédito.

—No no... no dejaré que lo pagues.

—Por favor, insisto. Vamos a ver a mis padres. Ya pagaste el de Italia.

—Me da igual.

—Eres horroroso, ¿lo sabes no?

—Ya sé cariño, que estoy horrorosamente bueno, pero eso creo que ya lo sabías tú —dijo mientras me sacaba la lengua.

—Vete al dormitorio y ve haciendo la maleta que en cuanto termine con los billetes subo para dormir. A las ocho estamos volando, con que habrá que salir sobre las seis y media de aquí.

—Muy bien. Te espero arriba.

«Una casa será fuerte e indestructible cuando esté sostenida por estas cuatro columnas: padre valiente, madre prudente, hijo obediente, hermano complaciente» [Confucio](#)

MIÉRCOLES 23

Sofía apenas pudo dormir esa noche. Antes de que fueran las 6:00 ya estaba despierta. A las seis en punto me llamó. Cuando yo salí del cuarto de baño ya lo tenía todo metido en las maletas. Después de transcurrir quince minutos estábamos listos para irnos. Entramos en la habitación de Gio, el cual seguía plácidamente dormido, y les dimos un beso en la frente como despedida y nos fuimos hacia la cocina. Tuvimos mucho cuidado de no hacer ruido al bajar las maletas, pero al llegar a la cocina, nos encontramos con el matrimonio, que nos estaban esperando.

—Buenos días, pareja.

—Buenos días —dijeron los dos a la vez—. ¿Os habéis caído de la cama?
—les comenté.

—Casi —había confesado Fabiola— Solamente hemos bajado a despedirnos de ustedes y deseamos un buen vuelo.

—Muchas gracias por todo, Fabiola —dijo Sofía.

—Un beso preciosa. Espero que tu padre se mejore y que nos volvamos a ver pronto.

—Yo también lo deseo Fabiola y muchas gracias por vuestra hospitalidad. Lo he pasado realmente bien y me alegro de haberos conocidos —se dieron un abrazo—. Grazie Lorenzo por todo —también con él se dio un abrazo. Yo que no iba a ser menos, también les di un fuerte abrazo a los dos.

—Cuidarme bien a Gio. En cuanto lleguemos a Málaga os llamo —les comenté.

—Muy bien. Nos vemos en breve —me dijo Fabiola.

Tras facturar las maletas nos fuimos a la zona de espera. Eran las 7:15 y no nos habíamos tomado ni un café. El aeropuerto estaba desierto a esas horas de la mañana y decidimos sentarnos en uno de los asientos que estaba próximo a nuestra puerta de embarque. Empecé a oler a café recién hecho y se me hizo la boca agua.

—Sófi....—la miré y estaba con la mirada en el horizonte. Posiblemente estuviera pensando. La toqué y entonces fue cuando me miró— Sé que estás

nerviosa por llegar, pero tu madre dijo que estaba bien. Voy a ir por un café, ¿te traigo algo?

—Gracias Leo, pero no me apetece nada.

—Por favor, si no quieres un café puede ser leche, zumo...necesitas tener algo en el estómago antes de volar o puede ser que te entre fatiga.

—Mmm, vale. Tráeme un café.

Cuando volví con el café y un par de cruasanes de jamón y queso, aún calentitos, ella volvía a tener la mirada perdida. Me quedé parado, perplejo mirándola, ya que era la primera vez que la había visto así. No tenía ningún miedo de lo que le pudiera pasarle así misma, pero se veía demasiado vulnerable en el campo familiar. Me volví a sentar a su lado.

—Tu cruasán recién salido del horno. Cuidado que quema y este tu café.

—Gracias, Leo.

—Vaya, parece que tu estómago se alegra de verme por el sonido que hace.

—Ya ves, no tenía hambre hasta que has llegado con este suntuoso manjar.

—He comido mejores cosas que esto para desayunar.

—¿Por ejemplo?

—Beicon, huevos revueltos, donuts, bollos de pastelería, churros....

—¿De qué siglos me estás hablando? Jamás has comido eso en la casa y si lo has hecho sería antes de que yo entrara.

Reí, esta era mi chica

—Todo eso lo tomaba cuando empecé a jugar al fútbol y di el estirón. Siempre tenía hambre y no había dulce que se me resistiera.

—Por aquí hay más de una que te sigue viendo como un dulce andante.

—¿Quién?

—Mejor dicho, quienes. Las dos morenas que están sentadas allí enfrente, hacia tu derecha y el rubio que está en el banco de al lado de ellas.

—Ah. ¿Un poco celosa?

—¿Por qué lo dices, porque no paran de mirarte y hacer risitas?

—Sí, por eso mismo.

—¿Te divierte, jefe?

—Un poco —decía mientras de un sorbo me tomaba lo que me faltaba de café—

—¿Ves el grupo de chicos que están a tu izquierda?

—Sí... —empecé a mirar hacia ellos y ellos a su vez estaban mirando hacia ella. Ella seguía tomándose su café tranquilamente— No me jodas que se han atrevido a acercarse.

—¿Qué?, ¿a que ya no te hace tanta gracia?

—Usted señorita, siempre tan inteligente. Te encanta darle la vuelta a la tortilla, ¿eh?

—Solo me gusta que veas desde mi punto de vista las cosas que dices y haces —bajó el café y me miró directamente— ¿a que no te gusta recibir de tu propia medicina? Sabes que estás bueno y que eres muy atractivo y te encanta pavonearte para que todos se giren para mirarte, pero nunca te paras a pensar si eso puede molestar a alguien.

—Nunca me habías comentado nada. ¿Te molesta que otras personas me miren? Para mí ya es algo normal, ni me doy cuenta de ello.

—No me importa que te miren... yo también me giraría para mirarte ese pedazo de trasero que tienes y esa jodida sonrisa que le quitaría el hipo a cualquiera.

—¿Entonces qué puedo hacer para que esa arruga que te ha salido entre las cejas se quiten?

—Podrías darme un beso.

—Eso está hecho.

Tal como ella me había pedido, le había dado un beso algo más profundo, pero nada de lenguas, ya que mi estado de ánimo se hubiera elevado demasiado. Muchos de nuestros admiradores nos siguieron mirando. También había comprado el periódico y una revista, donde aparecían algunas fotografías y un artículo sobre el partido que había tenido el día anterior. Tras llegar a Málaga a eso de las 12:30 Sofía llamó a su casa para ver que tal

seguía todo y su madre le dio una excelente noticia: su padre estaba en casa descansando. Tras contratar el coche en el mismo aeropuerto, llamé a Fabiola para decirle que habíamos llegado bien. Tras darme las llaves y ponernos rumbo a Cádiz, Sofía llamó a mi madre para ponerla al corriente de los últimos acontecimientos. Tuvimos que parar para comer en un bar a pie de carretera, tras una hora y cuarto de viaje. Yo prefería un restaurante, pero ella fue muy estricta en eso, ya que tardaríamos mucho más en llegar a casa de sus padres. Compramos un par de bocadillos y refrescos, ya que necesitaban algo de cafeína para seguir conduciendo. Solo tardamos en llegar dos horas y cuarto y eso que habíamos necesitado veinte minutos en comer e ir al baño. Me gustaba apretar el acelerador, aunque más de 140 km/h no me gustaba conducir.

Cuando llegamos a la casa de los padres de Sofía y aparcamos el coche. Eran las 15:00 y la calle estaba desierta. Dejamos las maletas en el coche y subimos a la casa. Su madre nos abrió la puerta. No estaba sorprendida de verme allí, ya que Sofía le había puesto sobre aviso de con quién iba. Pude comprobar el tremendo amor que se sentía madre e hija nada más verse. Ambas empezaron a llorar nada más verse y abrazarse. Yo no sabía si era de alegría o simplemente por el mal acontecimiento que había ocurrido, pero allí estaban las dos abrazadas, sin decir ninguna palabra y expresando tanto. Tenía que admitir que Sofía se parecía mucho a su madre físicamente, aunque su madre era más rubia que ella. Tras ambas limpiarse las lágrimas, Sofía y su madre pudieron articular palabra.

—Dios mío, cariño, ¡estás guapísima y qué delgada te has quedado!

—Gracias mamá. Te presento a Leonardo. Leo ella es mi madre Carmen.

—Mucho gusto en conocerla, Carmen —nos dimos un par de besos.

—El placer es mío Leo. Pasad, tu padre está en el salón sentado.

Carmen y José vivían en un segundo piso muy cerca del centro. Era un piso de 90 metros cuadrados en forma de L. Nada más entrar en la casa había un pequeño recibidor y si seguíamos por el pasillo justo enfrente estaba la habitación Juan, el hermano de Sofía. Si continuábamos por el pasillo, a mano derecha estaba la cocina y a mano izquierda había un salón-comedor donde estaba José con sus hijos. Nada más entrar en el salón, Sofía fue bien recibida por su familia. Sus hermanos, se abrazaron a ella y la estuvieron devorando a

besos. Sentí algo de envidia al verlos, ya que yo era hijo único y ese sentimiento no lo conocía. Cuando por fin pudo librarse de sus hermanos pequeños, se arrodilló junto a su padre y se dio el mismo abrazo amoroso que con su madre. Parecía hasta embarazoso estar mirando esa muestra de cariño tan especial. Aunque eran cinco personas diferentes formaban una gran unidad y eso me encantaba. Sofía se había criado en una familia de la cual había recibido mucho cariño. Cuando ya cesó su abrazo, le dio a su padre dos besos y fue cuando se dio cuenta de que sus hermanos me miraban algo perplejos y nadie decía nada.

—Perdonad, él es Leonardo.

—Leo, ellos son mi hermano Juan, mi hermana Aitana y mi padre José.
—Me saludaron cordialmente y me acerqué a saludar a José que seguía sentado en el sofá. A pesar de las presentaciones todos me seguían mirando, aún de pie, y su padre fue el primero en romper el silencio.

—Perdona Leonardo, pero... ¿tú eres jugador de fútbol, verdad?

—Sí señor, a eso me dedico.

—¡Coño! —dijo Juan.

—Juan, ese lenguaje —le había regañado su madre.

—Lo siento mamá, pero cuando Sófi dijo que estaba trabajando para un pez gordo nunca me imaginé que fuera gordo de verdad — no pude evitar sonreír por el comentario de Juan—

—¿Sofía nunca les mencionó que trabaja para mí? —estaba algo sorprendido.

—Que va.... ella es muy reservada para eso. Prácticamente lo supimos por lo que salió en la televisión y en las revistas —dijo Aitana confirmando que no sabían nada.

—Por favor, Leonardo, siéntese. ¿Os apetece un poco de café?

—Muchas gracias, Carmen —dije mientras me sentaba al lado de José y Juan se sentaba a mi lado.

—Yo te ayudo mamá —dijeron Aitana y Sofía a dúo.

Desde la cocina se le podía oír a Juan preguntarle a Leo sobre cosas

técnicas, sobre su equipo y sus perspectivas para el próximo curso futbolístico que en quince días empezaría. Aitana se había puesto como un tomate maduro al verlo allí. Mis hermanos fliparon cuando lo vieron entrar por la puerta.

—Explícame qué haces aquí con uno de los mejores y más guapos futbolistas del mundo —me había exigido Aitana.

—Pues estábamos en Italia...

—No no.... no me refiero a eso, si no ¿por qué te ha acompañado? Si fuera solamente tu jefe no estaría aquí.

—Aitana, deja de atosigar a tu hermana que acaba de volar durante dos horas, más dos en coche. Pero cariño, no nos puedes negar que entre vosotros hay algo, si no, como dice Aitana no te habría acompañado.

—Uf, sois horrorosas.... estoy saliendo con él, ¿contentas? —a las dos les faltaban un palmo de boca al escuchar la inesperada noticia.

—¿Tú y él? ¿Desde cuándo? ¿Desde qué aparecisteis en la revista? —fue lo único que Aitana pudo articular. Carmen me seguía mirando fijamente.

—Desde el 15 de junio.

—¡Cariño, pero eso es fantástico! — armen lo dijo tan alto que hasta los chicos se volvieron para ver qué se estaba cocinando en la cocina.

—Baja la voz mamá. No os he dicho nada, porque llevamos muy poco tiempo.

—Si yo hubiera sido tú, lo hubiera gritado a los cuatro vientos para que el mundo se enterase —comentó Aitana—. Si hasta dormido tiene que estar guapo... —dijo mientras lo miraba algo escondida desde la cocina para que no la viera. Pensé que durmiendo era mucho más guapo, sin tener que aparentar nada.

—¡Esposa mía! ¿Está fabricando el café con sus dos niñas? —gritaba mi padre desde el salón.

A los segundos, volvimos con el café y unas pastas que había comprado mi madre para las visitas, que preveían que iban a tener en los próximos días. Todas sus amistades, se habían enterado del incidente y como mi padre era muy popular, su casa iba a tener siempre alguna visita. Tras servir el café, mi padre empezó a relatar con sumo detalle todo lo que había pasado en el

dichoso banco y qué control médico tenía que seguir. Era un buen orador. Tras intercambiar conmigo alguna información del viaje de vuelta a casa y de nuestra corta estancia en Florencia, les pedí algo a mi familia:

—Como bien sabéis, Leo es una figura muy jugosa para los periodistas y para el público en general. Nos gustaría que cuantas menos personas sepan que está aquí mucho mejor. Os aseguro que no es agradable tener a un grupo de paparazzi delante de vuestra puerta las 24 horas del día.

—Ya cariño, ya nos constaste tu experiencia.

—Juan y Aitana, espero que no se lo digáis a ningún amigo y repito, ninguno.

—¿Por qué, preguntaron a la vez?

—Porque en cuanto se sepa, correrá la voz cómo la pólvora y nos tendremos que ir, y me gustaría pasar unos días con vosotros en familia. Cuando nos vayamos a ir, podéis gritarlo a toda la ciudad y haceros fotos con él, pero mientras, totalmente prohibido y sabéis que fácilmente me enteraré si alguno de los dos se va de la lengua.

—¿En tu casa también se pone en plan mandona? —le preguntó Juan con toda normalidad a Leo que había estado en silencio desde que llegamos las chicas al salón.

—Pues sí. Pensaba que solo era así en mi casa, pero veo que es su carácter —hizo el intento de acercarse a darme un beso en los labios, pero se contuvo.

—Sofía siempre ha sido igual. Se parece a su padre. Siempre dijimos que se metiera a policía, pero decidió dedicarse a la química —dijo mi madre.

—Ya veo. ¿Os importaría si voy un momento al baño?

—No, estás en tu casa. Al fondo del pasillo —le indiqué.

—Gracias.

—¿Vais a dormir aquí, cariño? —me preguntó mamá.

—Pues la verdad es que no lo hemos hablado, pero creo que estaremos más cómodos en algún hotel. La casa ya está completa y además, supongo que esta tarde vendrán mis tías y demás, y no me gustaría que nadie más se enterara. Intenté que no viniera conmigo, pero se puso muy pesado.

—Sófi, cariño, sabes que la policía no es tonta, ¿verdad? —comentó papá.

—Sí papá, ¿pero a que te refieres exactamente?

—¿Estás saliendo con él, verdad?

—Sí —Juan se quedó con un palmo de boca al escuchar aquello y los demás seguían tan normales.

—¿Sabe él todo lo que te pasó en el pasado?

—Tiene una breve versión de lo que pasó. No he querido entrar en detalles, pero sabe todo lo que tiene que saber.

—Me alegro cariño, se le ve muy buena persona —dijo mientras Leo entraba en el salón y volvió a sentarse a mi lado.

—Sofía nos ha comentado que os vais a hospedar en un hotel y ¿por qué no os vais al chalet de la playa? Es un sitio tranquilo y tiene un muro bastante alto que os dará un poco de privacidad — nos comentaba mi madre.

—Yo no tengo objeción, lo que Sofía considere mejor.

—Por mí bien. Si queréis mañana podíamos hacer una barbacoa allí y pasar el día juntos.

—Perfecto —todos estaban de acuerdo— Pues yo mañana haré la compra y sobre la una de la tarde nos vemos allí. Esta tarde esperamos bastante visitas, con que, si no queréis ser vistos, sería mejor que os fuerais ya, aunque que conste, que no os estoy echando.

—Gracias mamá. Mañana nos vemos. Un beso papá, cuídate. Niños, nos vemos mañana.

—Mucho gusto de haberle conocido, Leonardo.

—Igualmente José. Que se mejore —mis hermanos también tenían ganas de despedida y Aitana fue a por sus besos.

—Gracias Leonardo, por cuidar tan bien de nuestra Sófi.

—De nada Carmen, el placer ha sido mío.

Esta vez fui la encargada de conducir. Nada más montarnos en el coche y sacarlo del aparcamiento llegó la vecina más cotilla del todo el barrio, acompañada de mi tía, con la suerte de que no nos vio salir. Justo a tiempo,

pensé. El recorrido de media hora lo hicimos en silencio. Leo parecía pensativo y también estaba admirando nuestro paisaje. Cuando llegamos a la casa y soltamos las maletas nos dimos cuenta de que en frigorífico había poca cosa: tinto, cerveza, refresco y un par de yogures.

—¿Compramos algo para preparar aquí?

—Como quieras.

—¿Te quedarías aquí mientras que yo voy al supermercado?

—¿No quieres que vaya contigo?

—Sinceramente, no. Seguro que alguien te reconoce.

—¿Estás enfadada conmigo por algo?

—No, ¿qué te hace pensar eso? —pregunté algo extrañada.

—Estas muy callada.

—No. Estoy bien, solo que mis padres y bueno, mi familia en general saben que estamos juntos —Leo parecía algo impresionado—. Me hubiera gustado contárselo más adelante.

—¿Qué hemos hecho para que se den cuenta?

—No es normal que un jefe, un verdadero jefe que no se acuesta con su empleada, acompañe a su trabajadora para ver a su familia.

—Ya, en eso soy culpable.

—Pues pórtate bien, date un baño en la piscina y yo mientras voy por la compra. Esta noche podíamos cenar... ¿berenjenas con atún y queso al horno?

—Suena delicioso. Compra pan, café y yogur, ah, y algo para desayunar.

—No te preocupes, iré improvisando. Ya hablaremos a mi vuelta.

La casa de la playa era muy bonita y rústica. Tenía una zona para aparcar los coches con sombra proporcionada por grandes pinos. Nada más entrar en la parcela, había una zona de aparcamiento y justo al lado, estaba la casa con un gran porche techado con mesa de mármol y barbacoa de ladrillos. Tenía un jardín de césped con más pinos que daban sombra y con un par de butacas para tomar el sol. También había un par de columpios que se veían algo viejos. La casa tenía un gran salón con chimenea y una cocina con barra

americana bastante amplia. Había un cuarto de baño y tres dormitorios con dos camas cada uno, exceptuando una de ellas que era de matrimonio. Había una pequeña puerta que daba a una piscina. Esta tenía los escalones incorporados en su interior. Se parecía mucho a mi piscina de Madrid, aunque bastante más pequeña. Me gustó aquel lugar en cuanto llegué. Se respiraba paz y apenas se escuchaba nada. Me cambié de ropa y me iba a pegar un chapuzón. El agua estaba deliciosa y me vino genial para quitarme tantas horas de viaje. El encuentro con mi futura familia política había salido bien. Llamé a mi madre para contarle las últimas novedades y ya estuvimos charlando un rato. Después, también llamé a Alex para comentarle el imprevisto que habíamos tenido. Cuando colgué, ya estaba allí Sofía con su bikini para meterse también en el agua. Volví a meterme con ella y esta vez sí la pude besar a conciencia. La retuve contra la pared de la piscina y ella enlazó sus piernas en mi cintura y los brazos a mi cuello. Nada más besarla me había excitado, ya que, la urgencia de mis besos delataban que la había echado de menos y que me había relajado. En su casa estaba algo tenso. Era lo más normal, pero ahora allí, sin nadie más que nosotros dos solos, podía dejarme llevar a placeres más carnales.

JUEVES 24

El día anterior habíamos preparado dos camas individuales de uno de los dormitorios y las habíamos juntados para estar más cerca el uno del otro. Cuando me levanté a las 9:00, Leonardo ya no estaba allí. Me levanté y encontré una nota en el cuarto de baño:

Salgo a correr. Son las 8:15. En una hora ya estaré por aquí. Besitos

Tras ir al baño, me puse a preparar café e iba a preparar tostadas con mantequilla y fruta fresca. Estaba calentando la leche, cuando él entró en la casa. Se vino hacia mí y me dio el beso de buenos días.

—¿Me da tiempo de darme una ducha rápida antes de desayunar?

—Sí. Ya está listo el café y ahora prepararé las tostadas.

—Vale.

Tras ducharse y desayunar, los dos estuvimos realizando las labores de casa y eran las 12:00 cuando nos llamó mi madre de que ya venían para la casa. Mientras los esperábamos, estuvimos tomando un poco el sol y charlando.

—Me ha encantado la playa.

—Sí, tiene una buena tierra y está limpia, y sin gente, es mucho mejor.

—Mañana a ver si no duermes tanto y te vienes a correr un poco conmigo. Luego nos podríamos dar un baño.

—Me parece muy buena idea. Además, he de decir en mi defensa que tampoco me he despertado tan tarde después de la mala noche de ayer.

—Pues sí, en eso te doy la razón. Ayer estabas muy inquieta y hoy apenas te has movido. ¿Has descansado bien?

—Sí, mucho, gracias. ¿Y tú, como has dormido?

—Muy bien. Tengo compañeros que veranean por esta zona y siempre me habían dicho que viniera. Tengo que reconocer que esto está muy bien. Gio también hubiera disfrutado de la playa.

—Esperemos que se esté portando bien. Esta noche habría que llamar y

hablar un rato con él.

—Me parece bien. Estoy pensando.... ¿nunca te has bañado de noche?

—Un par de veces, pero siempre ponen la película tiburón en verano y por la noche, con todo oscuro, me da miedo entrar en el agua y que algo me ataque.

—Miedica... lo digo más que nada, porque no te he probado saladita....

No me dio tiempo contestar cuando tocaron el timbre de la casa: eran mis padres. Abrimos la puerta y tras meter el coche y ponerlo a la sombra, ya eran las 12:45, hora ideal para tomarse unas cervezas y empezar a preparar la barbacoa.

—Hola papá, ¿cómo te encuentras, has pasado una buena noche?

—Hola preciosa, la verdad es que he dormido bien. Me ha molestado un poco pero es lo normal cuando no sueles dormir de la forma habitual.

—Buenos tardes, José.

—Leonardo —tras abrir el coche y darle ambos un beso a mi madre, empezamos a meter comida en la casa.

—Mamá, que exagerada eres, has comprado comida para un batallón. ¿Mis hermanos vienen?

—Sabes que es mejor que sobre que no falte. No. Ambos tienen que trabajar y no se podían escapar. Posiblemente vengán para la merienda. También he comprado dulces de la pastelería, que seguro que Leonardo no los ha probado.

—Pues no, es la primera vez que vengo a Cádiz.

—Esperemos que te guste y vuelvas.

—Me gusta más de lo que imaginaba, Carmen.

—Leonardo, ¿sabes preparar la barbacoa?

—Hombre, no soy un experto pero seguro que con unas buenas indicaciones, todo sale bien.

José y yo estuvimos preparando el carbón. Ese día comeríamos chuletas, chorizos, pinchitos, verduras a la parrilla y ensalada. Mientras yo avivaba el carbón, José se me acercó con una cerveza para mí y un refresco para él, ya

que estaba tomando calmantes para el dolor.

—Toma Leonardo —dijo mientras me la daba.

—Muchas gracias, José. El fuego está algo triste.

—Pídele a las señoras el secador de pelo —extrañado, fui a por ello. Cuando llegué con ella, lo enchufé y apunté directamente al carbón. Aquello empezó a arder rápidamente.

—Vaya... nunca lo hubiera imaginado —los dos empezamos a reír.

Mientras, las chicas estaban en la cocina preparando la carne, echándole sal y cortando las verduras. Cuando lo hubieron preparado y dejado listo para ponerlo a la barbacoa, Carmen se llevó a Sofía a la playa y nos dejaron solos a los chicos. Seguramente José quería hablar conmigo tranquilamente y si estaban ellas por allí no podría hablar con total libertad. Nos sentamos en el porche, esperando a que el carbón estuviera listo para poner la comida, cuando José empezó a hablarme:

—Bueno Leonardo, me gustaría saber por qué exactamente has querido venir a Cádiz. Ya Sófi nos comentó que fue idea tuya el venir.

—Quería conocerlos a ustedes.

—¿Por algún motivo en especial? Según tengo entendido solo llevas saliendo formalmente unos días con mi hija.

—Pues sí, está usted en lo correcto —José imponía un poco y él lo sabía— Ella empezó a trabajar conmigo a finales del mes de febrero y hasta marzo no se instaló en mi casa. Aunque solo llevamos unos cuantos días saliendo, conozco a su hija desde hace muchos meses, conviviendo con ella a diario. Sofía es muy especial y me siento muy ajusto con ella. Mi hijo la quiere con locura y bueno... me gustaría casarme con ella próximamente —A José aquella revelación lo pilló por sorpresa y por poco se atraganta con el refresco.

—Discúlpame Leonardo, ¿pero no crees que vais un poco rápido? —el padre pensando lo peor y dándose cuenta de sus propias palabras, se sorprendió y abrió muchos los ojos al creer cuál era la urgencia de esa boda— ¿No estará embarazada?

—No, no. Este tranquilo que no lo está.

—Ufff, qué peso me has quitado, pero sigo sin entender por qué quieres

casarte con ella.

—¿Tan loco estoy de querer vivir con una bella persona que adora a mi familia? Ya le digo que Sofía es muy especial para todos nosotros, y llevo mucho tiempo soltero, esperando a una chica como ella y no me gustaría perderla.

—Ya. Entiendo. ¿Y ella que piensa al respecto?

—Ella no quiere oír hablar de matrimonio. Solo la palabra le da pánico.

—Normal. Lo pasó muy mal con su prometido y supongo, que recordar otra vez lo mismo, la tiene que aterrar. ¿Entonces quieres mi bendición para casarte con ella?

—Pues sí, José. Me encantaría que tuviera su consentimiento.

—Antes de dártelo, me gustaría que supieras lo que realmente le pasó. Después de que lo sepas, y si sigue en pie tu oferta, estaré encantado de bendecir vuestro matrimonio.

—¿Tan malo es, que espera que salga corriendo?

—Suele ocurrir dos cosas cuando lo sabes: o te da pena o miedo.

—Me dijo que no quería que sintiera lástima de ella.

—¿Qué es lo que sabes del tema en cuestión?

—Que un amigo de usted abusaba de ella y que un día que intentó abusar de ella, usted lo pilló y le dio una paliza hasta el día de hoy.

—Vaya —dijo con una breve sonrisa en sus labios— una versión bastante light. ¿Alguna vez has sentido miedo de ella?

—Sí. En alguna de ocasión.

—Supongo que una sería el día de la discoteca. Cuando lo vi en el periódico por poco me da algo. Recuerdo que estaba tomando el café y lo escupí todo del susto. Enseguida supe que había sido ella. ¿Las otras veces fueron peores?

—Pues sí. Otra vez fue en Italia. La vi como machacaba a una profesional del king boxing y la otra fue contra mí.

—¿Supongo que no me lo vas a contar, verdad? —sellé los labios y negué

con la cabeza. No le iba a contar a José que estaba practicándole sexo oral a su hija. Eso son cosas que un padre nunca debe oír decir de su hija— Quizás debería contártelo otro día porque después de eso, necesitarás un rato para digerirlo y pensar. No es algo fácil. Yo necesité dos días para poder terminar de ver el vídeo.

—¿Qué vídeo?

—El que le estaba grabando a mi hija. Gracias a que este tío le gustaba grabarla, pudo pagar por lo que le hizo.

—Ella me comentó que nunca lo denunciaron.

—Y así fue, pero pagó por su delito. Te voy a ser sincero, Leonardo. Espero que siempre la trates bien. Es mi hija y como padre que soy, es mi responsabilidad mirar por la seguridad e intereses de mis hijos. Ha sufrido mucho en esta vida, demasiado, pero es una chica fuerte. No me voy a meter en vuestros líos de dormitorio, pero si le haces algo y ella tiene que volver a Cádiz hecha polvo, pagarás por ello.

—Soy consciente de ello.

—También te voy a dar un consejo: A mi hija le gusta los retos y proponerse pequeñas metas. Eso le hace seguir adelante y ver su objetivo. Ya nos contó cómo le costó llevarse a tu hijo a su terreno, con que este año puede ser que necesite otra pequeña meta. ¿Este año también trabajará para ti?

—A mí me gustaría, pero ella quería buscar trabajo en la industria.

—Pues ahí lo tienes. Deja que busque trabajo y si puedes ayudarla, mucho mejor.

La conversación entre hombres no pudo durar nada más, ya que madre e hija llegaron de la playa. José se fue para adentro para ver las noticias mientras que se hacía la comida, y Carmen se quedó con él, dándonos un poco de intimidad a nosotros. Sofia sacó los chorizos y los pinchitos y fue lo primero que pusimos en la barbacoa.

—Siento haberte dejado sola con el poli, pero me lo pidió mi madre. ¿Se ha portado bien contigo?

—Sí. Es un buen padre y mira por su hija. Yo haría exactamente lo mismo. ¿Estaba buena el agua?

—Algo fría al principio, pero bien. Ahora que nos hemos venido, estaba llegando la gente.

—Si te portas bien, esta noche te llevo a la playa y nos damos un baño. ¿Me dejarías lamerte ahora un dedo? —puse mi cara de niño malo y travieso, mirándola con ojos lascivos.

—¿Te hace ilusión?

—Mucho. Si pudiera, te llevaba al dormitorio y te lamía de arriba abajo, pero con un dedo, por ahora me puedo conformar.

—Eres un perverso, jefe —me había susurrado al oído a la vez que me había metido el dedo índice entre mis labios. Le estaba lamiendo toda la sal que contenía su dedo. La atraje hacia mí, quedando sus manos en la parte inferior de mi espalda y la empecé a besar. Paramos cuando oímos que alguien salía de la casa.

—¿Cómo va ese carbón? —había preguntado Carmen.

—Ya está casi listo lo que está en la parrilla. Vamos a poner las verduras y luego las chuletas. Dile a papá que se venga para afuera mientras que nosotras terminamos de poner la mesa —seguía mirando la comida, ya que me había animado demasiado y necesitaba que me bajara antes de que llegasen todos para comer.

Los cuatro comimos tranquilamente y tras recoger, José se fue a descansar un rato mientras que yo me fui para adentro para ver los deportes mientras que madre e hija se quedaron en el jardín tomando el sol, charlando tranquilamente y poniéndose al día en sus cosas. Cuando Sofía entró en la casa me encontró dormido en el salón. Cuando ya eran las 17:15 salimos todos a la terraza y a las seis se incorporaron los dos hermanos de Sofía para merendar. Tras servir el café y abrir los dulces, empezamos a hablar:

—Aitana, ¿a qué te dedicas? —pregunté.

—Soy pediatra en el hospital de Cádiz.

—Vaya... que interesante, y tú Juan, ¿a qué te dedicas?

—Sigo con el negocio familiar. Soy guardia civil. Yo estaba de servicio cuando escuché por radio que había un atraco en el banco. Me quise morir cuando supe que era mi padre el guardia civil de paisano.

—Normal.

—¿Cuánto tiempo os vais a quedar aquí? —preguntó Aitana a Sofia.

—Pues todavía no lo hemos hablado, pero no creo que sea mucho tiempo, ya que su hijo tiene que volver de Italia.

—¿Lo habéis dejado allí? —preguntó Carmen algo confundida.

—Sí, esta con sus abuelos maternos —aclaré yo.

—¿Pero no estabas casado? —Aitana y Carmen sabían perfectamente que era uno de los pocos solteros del fútbol que seguía libre, pero Juan siempre iba a su rollo— Pero si haces poco estabas con un pibón. No te ofendas, Sófi.

—Soy viudo, Juan. Isabella era mi novia.

—Ah, vale, vale —se hizo un silencio algo incómodo y Sofia fue la que lo rompió.

—¿Habías pensando en algo, Aitana?

—Como todos los veranos, solemos hacer una barbacoa en la playa y queríamos hacerla este fin de semana. Es más pronto que otros años, pero en julio se van muchos a trabajar fuera y queríamos hacerlo antes de que se fueran. Seremos unas diez parejas, aunque todavía faltan por confirmar algunos.

—Ah, pues ya cuando lo hablemos nosotros dos, te digo lo que sea.

—Muy bien —Juan me volvió a mirar que estaba sentado a mi lado y casi en un susurro me preguntó.

—¿Cómo es que dejaste a ese pibón por mi hermana?

—No todo se reduce al exterior. Si mirases a tu hermana como una mujer la verías como un pibón —contesté también en un susurro y le guiñé un ojo.

Cuando ya todo el mundo se fue, nos fuimos a la playa: primero a dar un paseo y luego a darnos un baño. Como era entre semana, apenas había personas por allí. Vimos el maravilloso atardecer entrando en el agua, y estuvimos tanto tiempo que se nos hizo de noche. Cuando salimos hacía un poco de viento y nos entró algo de frío. Corrimos rápidamente para el chalet y una vez abierta la ducha de agua caliente, empecé a lamer a Sofia. El sabor de su sexo me encantaba y ahora saladita estaba muchísimo mejor. Después de

tener un poco de sexo, con un final muy feliz para los dos, nos duchamos. Más tarde llamé a Gio y ambos estuvimos hablando un rato con él. Mientras Sofía preparaba la cena, yo llamé a mi madre. Tras cenar y practicar un poco de sexo salvaje en el sofá, vimos un poco la televisión y nos fuimos a la cama. Al día siguiente, había quedado con José en que me enseñaría la grabación de Sofía. No me podía ni imaginar que lo que vería podría determinar mi relación con ella. Estaba algo nervioso porque llegara el próximo día.

VIERNES 25

Tras llegar al domicilio de los padres de Sofia, Carmen nuevamente se había llevado a su hija, pero esta vez de compras. Tenía una boda próximamente y no tenía vestido, e iba a aprovechar a su hija para ir a comprarlo, ya que Aitana siempre estaba algo atareada y era difícil cogerla con algo de tiempo como para ir de compras. Yo me quedé con José en el piso.

—Leonardo, ¿estás seguro de que quieres verlo?

—Sí, José.

—Siéntate en el sofá que voy a ponerlo —fue a buscar el portátil y tras introducir la clave en la carpeta que contenía ese vídeo, le dio al play. José me dejó allí solo. Él no quería verlo nunca más. Con una vez, fue suficiente. Estaba bastante nervioso y mi corazón palpitaba rápidamente. ¿Tan fuerte iba a ser? Pronto lo descubriría.

En la grabación se veía una adolescente que había dejado su ropa encima de la cama y había desaparecido. Tras los minutos, la chica volvió a parecer envuelta en un albornoz y se estaba secando la cabeza con una toalla. Se volvió a ir y cuando regresó, ya no traía consigo la toalla y se había peinado. Ella se había sentado en la cama y se había puesto las braguitas. Llamaron a la puerta al juzgar la mirada de ella hacia esta. Cuando vio aparecer a un hombre se había puesto tensa porque ese hombre había entrado y se había sentado al lado de ella. El hombre le puso la mano en la rodilla y fue subiendo. Ella se la quitó. No quería que la tocara. Volvió a ponerle la mano en la rodilla, pero esta vez, su mano fue hacia la zona interior del muslo. Ella volvió a protestar y al hombre no le gustó que ella lo rechazara. Se puso de pie y se puso entre sus piernas. Ella se echó para atrás. Este la tomó de los tobillos y estuvo tirando de ella, levantándole el albornoz y dejando ver sus braguitas. Ella se resistió y le dio una patada en la cara. Salió corriendo con el albornoz abierto, ya que le quitó el cinturón en un intento de atraparla. Durante unos instantes estuvieron fuera del alcance de la cámara. Lo que llegó a pasar fuera de las cámaras nadie lo supo. Al cabo de los doce minutos, volvieron a aparecer los dos. Ella tenía en las manos un cuchillo mediano de cocina y se podía ver que él tenía varios cortes en los brazos, pero seguía arrinconándola. El hombre estaba totalmente desnudo, incluida la ropa interior. Ella solo llevaba las braguitas. Se veía que habían estado forcejeando porque ella tenía marcas de manos en

sus brazos y estuvo corriendo de él por el subir y bajar de su pecho. Ella estaba de espaldas a la cámara y en los labios del hombre se podía leer que se la iba a follar, si quería o no y que si no se dejaba de tonterías, también la follaría por el culo, por ese precioso y virgen culito. Ella seguía apuntándolo con el cuchillo, el cual lo tenía agarrado con sus dos manos delante de su pecho, con unas manos temblorosas por el miedo y él se iba aproximando hacia ella sin ningún miedo. Se podía ver perfectamente que el hombre estaba excitado y ya se había puesto un preservativo para forzarla. El hombre intentó quitarle el cuchillo, pero sin obtener ningún resultado. Sabía que le quedaba poco tiempo para actuar, ya que había mirado hacia el reloj de mano que tenía y rápidamente había mirado hacia ella. Él intentó con un movimiento rápido acercarse a ella, clavándole esta el cuchillo en el estómago. Este no se creía que lo hubiera apuñalado, al juzgar la expresión de su rostro, y cuando vio el cuchillo en su pecho, se enfadó mucho y le dio un guantazo, tirándola al suelo. El hombre se apoyó con el brazo contra la pared en un intento de sacarse el cuchillo y en su rostro se pudo ver el dolor que estaba soportando. Estuvo hablando pero al tener el rostro hacia abajo de la cámara no se podía saber lo que le estuvo diciendo. Se dio la vuelta, apoyando su espalda en la pared y se resbaló hacia el suelo muriendo en un baño de sangre. Sofía lo miraba horrorizada y asustada, y se fue echando hacia atrás hasta chocar contra la pared opuesta. Una vez en la pared, se agachó y se hizo un ovillo y se puso a llorar. Así se la encontró José cuando llegó a la casa.

Cuando terminé de ver la grabación, me dio un poco de tiempo a que asentara la información obtenida por el vídeo. Posteriormente, José vino hacia dónde yo estaba y paró la grabación. Se sentó a mi lado y me contó el resto de aquel horrible día.

—Cuando llegué al apartamento, ninguno de los dos respondía. Me preocupé, porque toda la casa estaba revuelta y parecía como si hubieran robado. Lo habían dejado todo por el medio: sillas en el suelo, libros esparcidos por todo el salón, platos, tazas rotas por la cocina y una lámpara rota. Cuando ya entré en el dormitorio, me lo encontré tal como sale en la grabación y a mi hija echa un ovillo en el suelo. Me asusté mucho. Rápidamente le dije a nuestras mujeres se quedaran afuera y cerré la llave principal para que no entraran. Estuve llamando a mi hija y seguía mirándome como si no me reconociera —también conocía esa mirada—. Fui acercándome a mi pequeña que estaba temblando y vi en su cuerpo manchas de sangre y

pensé lo peor. Le pregunté si tenía algún daño, aparte de la mejilla hinchada por el guantazo que le había dado ese cabrón, pero ella negó con la cabeza. Enseguida llamé a la policía y a una ambulancia y le puse algo más encima para sacarla fuera del apartamento. Salí con ella en brazos y la senté fuera hasta que vinieron todos. Carmen se quedó con ella mientras que yo me ocupaba de la mujer del hombre, que estaba hecha un mar de lágrimas al decirle que su marido había muerto. Tomaron todo tipo de fotografías y a mi hija se la llevaron al hospital. Enseguida le pusieron un psicólogo a su disposición, tanto a ella como a la esposa del fallecido. Obscultaron perfectamente a mi hija y gracias a Dios, solamente tenía una mano lastimada y la mejilla hinchada, pero mi hija se llevó dos semanas sin hablar y por tanto no pudieron tomarle declaración, cosa que no hizo falta. Después de que pudieron entrar en el ordenador de ese cabrón, tras tres días intentándolo varios informáticos de la policía, vieron las miles de grabaciones que ese hijo de puta le había hecho ... tocándola ... penetrándola con dedos, practicándole sexo oral mientras que ella lloraba o dormía —la voz se le quebraba—. Ahora me alegro de que lo hubiera matado ella, porque si yo me hubiera enterado, personalmente lo habría matado con mis propias manos y eso ya habría sido premeditado. No hubo juicio, aunque la mujer había denunciado a mi hija por homicidio, pero el juez tenía suficientes pruebas de que fue en defensa personal. Después de ver esta maldita grabación, no tenía fuerzas para mirar a mi hija a la cara, y necesité ir al psicólogo durante bastante tiempo. Fue un golpe muy duro para mí, que mi pequeña fuera violada por mi amigo, mi compañero de toda la vida que la había visto crecer y era parte de mi familia —José bajó el rostro, roto por el dolor que aquello le seguía produciendo a pesar de los años.

—José, usted no tuvo la culpa de aquello —dije mientras le ponía un brazo en la espalda para darle un poco de consuelo—. Ese cabrón no estaba bien de la cabeza y debería sentirse muy orgullo de haber criado a una chica tan fuerte y que supiese defenderse de ese... mal nacido. Si Sofía hubiera sido mi hija y yo me enterase de esto mismo, habría hecho lo mismo que usted —José recobró la compostura y volvió a mirarme, aunque su rostro estaba muy serio.

—Estaba hablando con su madre sobre el incidente y lo primero que dijo después de dos semanas sin hablar fue: Ese cabrón no volverá a tocar a nadie más. La psicóloga nos dijo que era una chica fuerte y con la terapia adecuada podría sobrevivir a esa etapa de su vida. Prácticamente nosotros dos

necesitamos el mismo tiempo de psicólogo. Fuimos a varios psicólogos que nos recomendaron, pero por último, la llevamos a una psicóloga que también sufrió acoso de joven, pero ella fue a manos de su padre. El llevarla a esa chica fue lo mejor que hicimos por ella. Yo empecé a enseñarle muchas técnicas nuevas de defensa personal que nos enseñaban en el cuerpo y se apuntó a kick boxing. Descubrió una nueva forma de defenderse y ya se sentía más segura saliendo a la calle. Bueno Leonardo, ya conoces la verdad sobre lo que le ocurrió a mi hija. Ya eres libre de decidir si quieres continuar a su lado o no.

—¿Su prometido también supo lo que le pasó?

—Sí, también lo supo, aunque este no me pidió ver la grabación. Eres la segunda persona que la ve, después de mí. Mi mujer no la ha querido verla nunca y es lo mejor. Sería un golpe muy duro para ella ver a su niña así.

—¿Cómo murió este chico? ¿Fue en un accidente de tráfico?

—Sí, la mujer de ese cabrón pensaba matar a mi hija, pero con la diferencia que le tocó al chico, que ese día iba solo en el coche.

—Sofía me comentó que fue una mujer que se saltó un stop, pero nunca dijo que fuera la mujer de ese tipo.

—Después de detenerla, porque se quiso dar la fuga corriendo, investigamos su casa y tenía horarios y fotografías de ellos dos. Fue directamente a la cárcel, sin fianza, y allí sigue. Ese accidente destrozó a Sofía por completo. En febrero prácticamente la tuvimos que echar de casa. La psicóloga nos recomendó que necesitaba pasar página y lo mejor era que se fuera de aquí. Ya, prácticamente, sabes el resto.

—Joder...

—Creo que era necesario que tuvieras toda la información de primera mano. Mi hija apenas quiere recordar aquel suceso y según su psicóloga, se ha inventado una versión menos dolorosa para ella.

—Sigo pensando lo mismo José, ahora siento por ella más respeto si fuera posible. No siento lástima por ella, si no me siento furioso porque ese cabrón se encaprichó de una niña indefensa.

—Pues entonces, Leonardo, te doy mi bendición para que os caséis, aunque ten paciencia con la novia —comentaba con una sonrisa en los labios— Solo

con oír hablar de boda le puede entrar miedo —nos dimos un gran abrazo los dos— Nos encantará tenerte de yerno.

—Muchas gracias, José.

Ya en el coche de vuelta al chalet seguía pasando por mi cabeza una y otra vez las imágenes del vídeo. ¿Cómo era posible que un hombre, casado para colmo, pudiera encapricharse de una niña? Me daba hasta asco con solo pensarlo. Ahora entendía la reacción de Sofía cuando le practiqué sexo oral durmiendo y le partí el tanga. Su mente la había llegado a algún lugar de su infancia donde estaba con ese mierda. ¡Joder! No sentía lástima de ella, si no que sentía unas ganas tremendas de partirle la cara a ese mierda. Si hubiera sido mi hija lo hubiera colgado por los huevos durante varios días, eso lo tenía claro.

—Suéltalo o te va a dar algo.

—¡Joder Sofía! ¡Esto me tiene muy cabreado!

—Tranquilízate, ya eso quedó en el pasado.

—¿Cómo quieres que me tranquilice después de haber visto eso? ¿Por qué no le contaste a tu padre lo que te estaba pasando?

—A ver Leo, no solo fue abuso físico. Detrás de eso también hay un maltrato emocional. Una de las formas más común es la manipulación. Los pederastas utilizan esa hipersensibilidad que tienen los niños a la creación de temores. Te aterrorizan de que algo malo puede pasar, pero tú no sabes ni para quién: si para ellos, para su familia, para tus amigos, ni por qué: ¿qué es lo que puede ocurrir después de contarlo? Pero presientes que algo nefasto ocurrirá si hablas. Otro factor es la culpabilidad: ¿y si yo he hecho algo para que él pueda hacer esto? ¿Y cómo le dices a tu padre que su mejor amigo y compañero de trabajo quiere practicar sexo contigo cada vez que nos vemos?

—Si te entiendo perfectamente, y ahora apoyo más lo que le hiciste a Víctor, pero lo que tuviste que haber pasado, tuvo que ser horrible. Una chica en pleno desarrollo descubriendo así la sexualidad en manos de un hombre experimentado y forzándote a hacer cosas que no querías... Te podría haber marcado mucho más si no llega a ser por tu fuerte carácter.

—Ya Leo, lo sé. Pero no le des más vueltas, es una tontería. Aquello pasó hace mucho tiempo y la verdad es que cuanto menos hablemos de ese tema,

mucho mejor para mí. Ese período de mi vida intento recordarlo lo menos posible.

—Lo siento.

—No tienes por qué disculparte. No has hecho nada malo.

—Gracias Sofia, por confiar en mí.

Le cogí de la mano y se la besé, ya que seguía conduciendo. El resto del viaje la pasamos cogidos de la mano. Para mí, fue un hecho muy importante que su padre me diera a conocer ese gran detalle de la vida de Sofia. Pasé por alto el hecho de que lo mató, porque si no lo llega a haber matado, la hubiera forzado nuevamente y también tenía intención de practicarle sexo anal y al juzgar por lo cabreado que estaba, seguramente le hubiera hecho más de un desgarró. Intentaría no pensar más en el tema, porque cada vez que lo recordaba, la sangre me hervía de lo furioso que me ponía.

«No puedo pensar en ninguna necesidad en la infancia tan fuerte como la necesidad de la protección de un padre» [Sigmund Freud](#)

SÁBADO 26

—Buenos días, dormilona.

—Buenos días —dije después de bostezar— ¿qué hora es?

—Bastante temprano para ti. Son las 8:15.

—¿Y qué haces despierto y mirándome?

—Me gusta mucho mirarte. Lo he hecho siempre que he podido. —Me encanta verte dormir.

Vaya... una revelación muy bonita. A mí también me gusta verte dormir.

—Estaba pensando que podíamos ir a correr un rato por la playa antes de desayunar. ¿Te parece bien?

—Claro que sí.

Nos pusimos las zapatillas y nos fuimos a correr durante una hora. Yo estaba algo desentrenada y hacía más días que Leo que no iba a correr y eso se notaba. A pesar de ello, tuvimos un buen ritmo y a la vuelta volvimos andando ya que habíamos comprado pan y el periódico en el supermercado. Como Leo llevaba las gafas de sol, una gorra y se había dejado un poco la barba, nadie lo reconoció. Terminando de desayunar, recibí una llamada. Era Aitana.

—Me pregunta Aitana si vamos a ir.

—Como quieras.

—Vale, vamos a ir. ¿Es aquí, no?

—Sí. Solo tenéis que llevar vuestra propia bebida y traeros algo para picotear como un par de tortillas de patatas que te salen muy buenas. Ayer compraron la carne para hacerla a la barbacoa.

—Vale. ¿A qué hora es?

—Sobre las nueve y media hemos decidido vernos allí. Irán llegando a medida que avanza la noche.

—Muy bien. Un besito cariño.

—Otro para ti.

Cuando llegó la hora, ya había varias parejas allí. Yo le presenté a Leonardo y todos lo reconocieron. Preparé tres tortillas y en una nevera nos habíamos llevado tinto de verano. También nos llevamos una toalla para sentarnos y un par de sudaderas. Todos me recibieron muy bien, exceptuando una chica que no me saludó e hizo que su novio solamente me saludase desde lejos. Después de habernos sentado todos alrededor de la hoguera y cenar, estuvieron contando batallas de años anteriores. Leonardo me acompañó a la casa, ya que necesitaba ir al baño. Tanto en el camino de ida como el de vuelta veníamos cogidos de la mano.

—¿Has tenido algún roce con la chica que no te saludó?

—Se puede decir que sí.

—¿Me lo vas a contar? —me dijo mientras hizo que me parase y le mirase a la cara. Yo tenía una sonrisa divertida al recordar lo ocurrido con ella.

—Hará ya unos cuantos años, ella se acostó con mi prometido, que por aquel tiempo todavía solo era mi novio, estando ella soltera.

—Ya, pero sigo sin entender por qué está enfadada ella contigo y no al revés.

—Espera impaciente, que sigue la historia. Hará dos veranos atrás, ella se echó novio y decidí pagarle con la misma moneda. ¿Te acuerdas del chico que le pegaba a mi hermano?

—Sí, la historia que contaste en casa de Laura.

—Pues ese es el novio. Yo le gustaba a él desde hacía mucho tiempo, desde el instituto creo recordar, y ya cuando me pidió salir yo ya salía con mi prometido. Una noche, fui a hacer pis a las dunas y él también fue. Cuando nos dimos el encuentro, no sé qué nos pasó y nos empezamos a besar, pero solo fue unos besos, no hubo nada más. Él se lo contó y ella le perdonó y mi prometido no dijo nada, ya que sabía perfectamente que yo me enteré de su desliz.

—Eres tan mala como siempre. Dándole a probar de su misma medicina, ¿no? —me miraba con ojos entrecerrados y con una sonrisa maliciosa en los labios. Me gustaba el Leo travieso. Continuamos andando.

—Exacto. Con que mantente lejos de ella. Con el tiempo, me arrepentí de aquella gilipollez, pero ya el daño estaba hecho. Ten cuidado también con la pelirroja, que tiene las manos un poco largas.

—Si lo intento, pero me ha tocado el trasero un par de veces.

—Tiene la pegatina de golfa. Con tres de los actuales chicos que están allí se ha acostado, incluido mi hermano, aunque pocas personas saben ese pequeño detalle.

—¿Has visto alguno de sus revolcones?

—Mi hermano me contó el suyo, pero no he visto ninguno de ellos. Hizo un trío con dos de ellos.

—¡Joder con las gaditanas!

—Somos de sangre caliente. —Reí.

—Sí, eso lo puedo colaborar. Por cierto, ¿cuánto tiempo más te quieres quedar?

—¿Ya te quieres ir, no te sientes ajusto?

—No, no...no me malinterpretes. Estoy muy bien con tu familia, pero me gustaría pasar unos días con Fabiola y Lorenzo y yo estar disponible. Además, con tanta comida y tan poco ejercicio, estoy algo bajo de forma y una semana antes me gustaría empezar fuerte mi entrenamiento con Javier.

—Si quieres nos podemos ir el lunes. Mi padre está bien y yo ya me siento más relajada.

—Me parece bien. Mañana llamaré a Fabiola para que se venga el martes para Madrid. Eso sí, no nos podemos ir sin antes hacerte el amor aquí en la playa y en el mar.

—Si quieres, hoy podemos hacer alguna de las dos. Llega una hora que todos se van o simplemente desaparecen.

—Me parece bien.

—Por cierto, y solo por curiosidad... ¿si te vuelven a poner los cuernos qué harías?

—Simplemente dejarlo. No merece la pena pagarle con la misma moneda. Sabes que le has hecho daño a la otra persona pero no te encuentras bien contigo misma. Por cierto, ¿perdonarías unos cuernos?

—No. Si te lo han puesto una vez, ¿por qué no una segunda?

—Yo pienso igual.

Eran las 3:00 cuando la gran mayoría se había ido. Solo quedábamos nosotros, mis hermanos y una pareja más. Mis hermanos se iban en breves, entonces, fue el momento perfecto para hacer el amor en la playa bajo las estrellas. Nos fuimos a una zona tranquila, alejada de un par de locales que había en la carretera principal, extendimos la gran toalla y nos tumbamos. Yo me había puesto una falda larga y amplia, un poco hippy que tenía mi hermana en el armario. Me quité las bragas y las dejé en la arena, cerca de mí. Empezamos a besarnos y Leo bajó su mano para tocar mis suaves muslos y fue subiendo progresivamente. Solo se podía escuchar de fondo el suave sonido de las olas al romper con la arena. Era una noche cálida y ya la arena estaba fría. Tras comprobar que yo ya estaba lista para él, se bajó un poco el pantalón dando lugar a su gran erección. Se puso el preservativo y me penetró suavemente. Me hizo el amor sin ninguna prisa, escuchando el romper de las olas e iluminados únicamente por los millones de estrellas que estaban como testigos del amor que sentíamos uno por el otro. Saboreó mis labios, besó mi cuello y cuando ya la tensión entre los dos era máxima, alcanzamos el orgasmo. Tras finalizar, nos quedamos tumbados sobre la arena, disfrutando del momento sin pensar en nada más.

DOMINGO 27

Hicimos una comida familiar para despedirnos, ya que al siguiente día partiríamos para Madrid. Estaban mis padres, mis hermanos con sus respectivas parejas y también habíamos encontrado a algunos paparazzi esperando en la puerta del chalet. Algunas de las parejas de la noche anterior, con ganas de coger algún dinero extra, los habrían llamado. Menos mal que el chalet tenía unos muros altos, con que les fueron imposibles hacernos ninguna fotografía. Entre Juan y Leo idearon un plan para quitarse a los paparazzi de encima y estos picaron el anzuelo. Leo le dio a Juan el coche de alquiler, sus gafas de sol y su ropa. Con las gafas de sol y vestido con la ropa de Leo prácticamente se parecían, ya que ambos llevaban un poco de barba. En cuanto salió del chalet por la tarde, los reporteros lo siguieron. Quedaron en que dejaría el coche de alquiler en casa de mis padres, y a la mañana siguiente lo intercambiaríamos nuevamente. Leonardo tuvo la amabilidad de hacerse innumerable fotos con mis hermanos y les firmó alguna que otra camiseta. Gracias a su idea y tras apagar todas las luces de la casa, pudimos hacer una escapada a la playa ya de noche y desierta. No tomamos el camino habitual en línea recta hacia la playa, si no que dimos un gran rodeo por si nos seguían, pero no había ningún paparazzi a la vista. Nos metimos en el agua aún caliente y estuvimos un rato nadando. Luego con mis piernas me agarré a su cintura y con los brazos a su cuello. Él me puso las manos en mi trasero. Empezó a besarme salvajemente y acto seguido se bajó un poco el bañador, mi bikini lo desplazó hacia un lado y me penetró. Nunca antes lo había hecho en el mar y fue una experiencia diferente y muy grata para mí cuando llegué al orgasmo. Después de eso, Leo se volvió a colocar el bañador y seguimos en la misma posición. Así estuvimos un rato mientras conversábamos. Cuando ya nos empezó a entrar frío, nos salimos para secarnos. Leo no quería que me duchara, puesto que quería hacerme el amor y me quería saborear salada.

—Señorita, si ya está buenísima cuando es dulce, salada está mucho más apetecible —Leo me había estado pasando la lengua por todo el cuerpo e insistiendo en las zonas eróticas.

—Jefe... ¿nunca le han dicho que es insaciable?

—Mmm alguna vez creo, pero es que no me canso de lamerte.

—Creo que deberíamos ducharnos para quitarnos el resto del salitre.

—Vale, pero nos duchamos juntos.

—Me parece bien —de camino al baño—¿te lo has pasado bien?

—La verdad es que sí. Me encanta el poder sentarme a una mesa y estar rodeado de la familia. Tanto Gisela como yo éramos hijos únicos y rara vez nos sentábamos a comer con tantas personas. Solo se liaba cuando comíamos con los primos y tíos de Gisela y eso me gustaba mucho.

—¿Te gustaría tener una gran familia?

—La verdad es que sí. Dos o tres niños más estaría bien —empecé a reírme y él que estaba cogiendo la toalla de detrás de la pared, se volvió y me preguntó— ¿qué es lo que te hace tanta gracia, si se puede saber?

—Si con uno me has tenido que llamar a mí para sacar partido de él, si tuvieras dos o tres más iba a ser una locura, ¿no crees?

—En absoluto, porque tú serías su madre.... —me quedé muy sorprendida por su comentario y ahora me puse algo seria.

—Leo yo...—él se me acercó rodeándome con los brazos, y me miró directamente a los ojos. Yo coloqué mis manos en sus pectorales.

—Sabes perfectamente que me gustaría formar una familia contigo y que me quiero casar en primer lugar. También comprendo que necesitas tiempo para asimilarlo y no te estoy pidiendo que empecemos hoy mismo a formarla.

—Ya lo sé, pero no sé cuándo estaré preparada.

—No te preocupes, tómate el tiempo que necesites. Estaré esperándote el tiempo que haga falta.

—¿Y si nunca estoy preparada para eso? —tenía un tremendo miedo a ese tema. No sabía si la muerte de mi prometido me había hecho desistir de esa idea para siempre.

—Entonces...tendremos que encargarnos de los niños antes de que te hagas una abuela —me dijo el muy descarado mientras me sacaba la lengua. Forcejeé con él para que me soltase.

—Serás... —empezamos a reír— Anda, vamos a ducharnos y acostarnos que pronto habrá que irse.

LUNES 28

Tras levantarnos, desayunar y terminar de recoger las cosas, nos fuimos hacia la casa de mis padres para intercambiar el coche de Juan por el de alquiler. Una vez allí, nos despedimos de mis padres. Leo tuvo la amabilidad de invitar a toda la familia a pasar las navidades en su casa. El viaje lo hicimos tranquilamente, sin mucho tráfico y solamente paramos dos veces: una para echar gasolina y otra para comer. Esta vez sí entramos en un restaurante y echamos más tiempo del que me hubiera gustado en comer. Sobre las 17:00 ya estábamos en la casa y María nos estaba esperando. Ya iríamos a devolver el coche de alquiler el martes, ya que, de todas formas teníamos que recoger a Gio, Fabiola y Lorenzo del aeropuerto y la oficina para devolverlo estaba allí.

—¡María!

—Sofía preciosa... ¿qué tal todo? —nos dimos un fuerte abrazo y un gran beso. Ambas nos habíamos echado de menos.

—Todo muy bien, gracias.

—Menos mal que lo de tu padre solo fue un susto. ¿Y Leonardo?

—Se ha quedado en el garaje hablando por teléfono.

—Hola mamá.

—Hola cariño —se dio un fuerte abrazo con su madre y un beso.

—Me parece mentira que estéis otra vez aquí. La casa sin ustedes no es lo mismo. ¿Y cuando llega mi diablillo?

—Pues ahora mismo estaba hablando con Fabiola, de que Gio no se quiere venir.

—¿Y eso, que ha pasado?

—Pues que nuestro Gio se ha enamorado de una chica mayor que él.

—Vaya... —dijo la abuela muy sorprendida.

—¿Y qué le has dicho a Gio?

—No se quería poner al teléfono, pero le he dicho a Fabiola que se vengan aunque se lo tenga que traer amarrado.

—Eres horroroso. ¿Me dejas el móvil que quiero hablar con él?

—Si insistes... Yo estaré en el despacho poniéndome un poco al día. Luego hablamos mamá.

—Muy bien, cariño.

—Hola Leonardo.

—Hola Fabiola, soy Sofía.

—Hola Sofía, ya me ha dicho Leonardo que tu padre estaba bien. Me alegro mucho, querida.

—Muchas gracias, Fabiola. Me ha dicho Leo que Gio no se quiere venir.

—Pues no. Se ha ido a su dormitorio muy enfadado.

—¿Te importaría ponérmelo al teléfono?

—Gio, es Sofía que quiere hablar contigo.

—Enséñame el móvil —tras enseñárselo ponía Leonardo en la llamada— Es mi padre y no quiero hablar con él.

—No quiere Sofía.

—Dile que lo coja que yo le hablaré para que sepa que yo soy —tras dárselo y Gio esperó a que alguien hablara— vaya, vaya... no sabía yo, que tampoco querías hablar conmigo.

—Hola Sófi. Contigo no estoy enfadado.

—¿Y por qué lo estás con tu padre, si se puede saber?

—Porque quiere que nos vayamos para Madrid.

—¿Y eso te parece mal? Porque a mí no. Tu padre tuvo la idea de dejarte allí mientras que nosotros nos veníamos a Cádiz, con que no deberías estar enfadado con él, sino que se lo tendrías que agradecer por esos días de demás que has estado allí.

—Si lo entiendo Sófi, pero yo no me quiero ir.

—¿Has hecho algún avance con la chica?

—No mucho, la verdad. Ella me coge la mano cuando estamos juntos pero a mí me da vergüenza, pero tampoco me gusta cuando me la suelta.

—Gio es normal que te de vergüenza. A mí también me pasa cuando tu padre me la coge. Con el tiempo te sentirás más ajusto. Ya sé que ella te gusta, pero tienes que estar con tu familia. Si ella te quiere, te esperará y en navidades regresarás, con que, en unos cuantos meses más volverás a estar con ella. Además, la puedes ir conociendo por e-mail y podéis veros por skype.

—Jo...pero a mí me gustaría quedarme unos días más, ¿no puedo?

—Lo siento Gio, pero te tienes que venir. Además, ahora que te vas a venir podemos ir al parque de atracciones y al zoo, si quieres.

—Mmm...Vale Sófi, me has convencido. Mañana me iré para Madrid.

—Además, tu abuela María te echa mucho de menos y hasta yo te echo de menos.

—Yo también te extraño.

—Te quiero Gio.

—Yo también te quiero Sófi.

—Gracias Gio. ¿Te puedo pedir un favor?

—Dime.

—¿Sería posible que te disculparas con tu padre y le dijeras que te vienes?

—Vale, pónmelo —había estado andando hacia el despacho, llamé y entré. Me encontré a Leonardo con muchos papeles sobre la mesa y le pasé el teléfono.

—Dígame.

—Papa, lo siento. Te agradezco los días que me has dejado aquí, pero pensaba que ibais a pasar más tiempo allí y no sabía que era mi último día aquí y por eso me he enfadado. Mañana volveremos a casa —Leo me miraba muy sorprendido por escuchar aquello de su hijo.

—Muchas gracias Gio. Por cierto, ¿ya le has dado un beso a la chica?

—¡Papá!

—Vale, vale... solo era una sugerencia. Un besito Gio y mañana nos vemos.

—Otro para ti papá. Hasta mañana —tras colgar el teléfono Leo se volvió

hacia mí.

—Señorita estoy realmente sorprendido por su efectividad.

—Gracias jefe...por cierto ¿qué vamos a hacer con mi trabajo?

—Yo quiero que sigas trabajando para mí.

—Leo, Gio ya no necesita una canguro.

—Necesita una madre, pero vamos, ese no es el tema. Te necesitamos, tanto él como yo.

—Me gustaría trabajar en la industria.

—¿Te conformaría aunque solo fuera media jornada?

—¿Lo dices para compaginar ambas cosas?

—Sí, exactamente.

—Me parece bien.

—¿Te importaría si hago algunas llamadas para ver si moviendo algún hilo encuentro algo?

—No sé hasta qué punto sería bueno para mi carrera eso.

—Ahora mismo tal como está la industria te iba a ser muy complicado que encontrases algo, aunque fuera de becaria.

—Ya, entiendo.

—No te pongas triste. Ahora mismo, la mayoría de los contratos son por enchufe y si puedo hacer algo por ti, mucho mejor.

—Gracias.

—Ah, otra cosa antes de irte.

—Dime —dije mientras que me volvía para mirarlo. Él me hizo señas con la mano para que me sentase en sus piernas— Dime.

—¿Te traerías tus cosas para mi dormitorio? —¿qué? ¿ya? ¿ahora? Mi cuerpo se tensó al escuchar la pregunta y enseguida me tranquilizó— Tranquila, que solo era una sugerencia.

—Me lo pensaré —dije con una sonrisa algo forzada— ¿Quieres que te

ayude con el papeleo?

—No, prefiero hacerlo solo.

—Muy bien, luego nos vemos.

María y yo nos estuvimos poniendo al día de todo lo que habíamos visto en Florencia, lo que hicimos en Cádiz y le estuve explicando cosas de mi familia. Por la noche, cenamos los tres y nos fuimos a la cama, ya que después del viaje estábamos algo cansados.

Estaba en mi oficina y no me lo podía creer. En el sobre, había fotografías nuestras de todo el viaje a Cádiz, desde el aeropuerto hasta que regresamos a Madrid. Encendí el portátil y coloqué el pen drive donde estaban todas las fotos que nos hicieron. Casi me desmayé al verlas: en el aeropuerto de Florencia mientras compraba los cafés, cuando llegamos a Málaga, cuando paramos en el área de servicio a comer, entrando y saliendo de la casa de los padres de Sofía, entrando en el chalet, cuando salí a correr... ¡y ahora venía lo peor! Bañándonos desnudos, mientras le hacía el amor a Sofía... ¡joder, foto por foto! Desde que se quitó las bragas hasta que terminamos. Solo ella y yo sabíamos aquello. ¡No podía ser! No quería pensar que Sofía se llevaría una parte de la millonada que había tenido que pagar para que esas fotos no salieran a la luz. Necesitaba pensarlo con calma. Si ella quería sacarme dinero, supongo que su padre no me habría contado aquello... ¿y si esto lo planeó antes de que yo le dijera a su padre que quería casarme con ella? Pero ella no sabía que yo me quería casar, pero sí sabía que iba a ver el vídeo, ¿por qué no lo impidió? Necesitaba hablarlo con alguien y quién mejor que mi amigo Jorge. Lo llamé e iba a ir a su casa, aprovechando, que no se encontraban los niños en su casa ni había nadie en la mía.

—Hola Leo, pasa —me abrió la puerta Laura.

—Hola Laura.

—¿Te apetece un café?

—Sí, gracias.

Nos acomodamos en el salón y le pasé algunas de las fotos que nos habían hecho para que las vieran:

—¿Estas son las fotos? —me comentó Jorge.

—Sí. Son las más light —en ella había una pequeña recopilación de lo que habíamos realizado durante nuestra estancia en Cádiz. También me llevé alguna más subida de tono para que se hiciera una idea.

—Vaya, veo que has aprovechado bien tu visita a Cádiz —me insinuó Jorge.

—Sí, no he sido el único que se ha aprovechado de la visita —dije con retintín.

—¿Piensas que ha sido Sofía? —comentó Jorge. Les hice a Jorge y Laura, un breve resumen de todo lo que había pensado en casa, pero sin mencionar nada relacionado con el vídeo de Sofía.

—No tiene sentido de que si ha sido ella, haya esperado tanto tiempo.

—Claro que sí tiene sentido —exclamó Laura que hasta entonces había permanecido callada— ahora le tienes más aprecio y estás más involucrado. Se ha ganado a tú familia y ella es uno más de los vuestros. Además, ya has probado lo que ella te puede ofrecer, ganándose así tu lealtad. Te ha enamorado y seducido poco a poco, para que pareciera algo casual. Seguramente haya llegado a un buen acuerdo con el fotógrafo. Con el dinero que te habrá pedido para no publicarlas, seguro que se puede tirar a la gran vida durante algunos meses. Esto nunca te hubiera pasado con Isa. ¿Qué piensas hacer? No creo que te apetezca tenerla por tu casa, ahora que sabes que ha sido ella. Nunca me gustó, lo siento Leo. Esa carita de niña buena no me terminó de convencer. Te mereces algo mejor que esa arpía.

—¿Y este tío de la foto que le hace ojitos a Sofía? —preguntó Jorge que seguía mirando fotos.

—Unos de los amigos de sus hermanos.

—Pues para ser amigos de sus hermanos, en esta foto, está muy agarrada a ese tío —me pasó la foto y lo pude ver. ¡Joder!, el chico le tenía el brazo por la cintura. ¿Y yo dónde cojones estaba? Volví a mirar a Jorge y su cara cambió. Me dio otra fotografía y el chico estaba junto a ella diciéndole algo al oído y ella sonreía. La estaba devorando con la mirada y yo aparecía más a la derecha de espalda a ella charlando con los demás— Lo siento Leo, no sé si ella tendría algo con el tío este, pero creo que esta vez te la han dado de lleno. Tu instinto te ha fallado.

—Sí, eso parece.

No me lo creía, pero así había sido. Sofía me la había jugado, pero no sabía por qué, porque mi corazón me indicaba lo contrario. Me fui para la casa. Tenía la cabeza que me iba a explotar con tantas suposiciones. Solamente ella sabía el por qué. Tarde o temprano tendría que hacer frente a este problema, pero mientras tanto, intentaría hacer vida normal hasta decidirme por algo. Necesitaba pensarlo con tranquilidad.

A la mañana siguiente, fuimos todos a recoger a los italianos al aeropuerto. Leo devolvió el coche de alquiler y después todos nos fuimos a comer a la casa. Los días que estuvieron la pareja en Madrid tuvimos la misma rutina. Por la mañana, visitábamos algún sitio y comíamos fuera de la casa. Ya por la tarde, la pasábamos disfrutando de la piscina y prácticamente Leo la pasaba en el gimnasio trabajando con Javier. Cenábamos todos juntos y a la cama. Nosotros habíamos estado durmiendo en su dormitorio, con la salvedad de que no habíamos mantenido ninguna relación sexual desde que llegamos a Madrid. Fabiola y Lorenzo se habían quedado más de una semana. Cuando nos fuimos a dormir, Leo me dio un casto beso en los labios y fue a apagar la luz, tal como había hecho durante una semana:

—Me gustaría saber por qué estas así conmigo —A Leo le pilló por sorpresa.

—No sé a qué te refieres.

—¿De verdad? Pues entonces, ten la amabilidad de decirme por qué no me has tocado en estos días.

—Estoy dándote el espacio que necesitas —yo lo miraba perplejo.

—No sé qué tiene que ver el espacio con el sexo.

—Son dos cosas que están muy relacionadas.

—¿Me estás castigando por no querer traermis cosas aquí? —ahora era él el que me miraba perplejo. Ambos nos estábamos enfadando por una gilipollez.

—No, ni mucho menos.

—Entonces, no lo entiendo. Me he puesto melosa contigo y tú simplemente me has dado un beso de buenas noches y a dormir.

—Joder Sofía, me estoy cabreando y no sé ni el por qué. ¡A ti no hay un

dios que te entienda! Cuando estoy muy pendiente de ti, te agobio, y si quiero dejarte un poco de libertad te enfadas conmigo. ¡A ver si te aclaras de una puta vez!

—Mira, no sé por qué estás enfadado conmigo y yo nunca te he dicho que no quiera acostarme contigo, pero cuando sepas por qué te estás enfadando me buscas —me levanté de la cama para irme y él se sorprendió.

—¿A dónde vas ahora? ¿Vas a salir corriendo y dejando la conversación a medias?

—Los dos estamos algo tensos y cabreados, conque lo mejor será que nos tranquilicemos, antes de decirnos cualquier cosa y hacernos daño. Esta noche, dormiré en mi dormitorio. Buenas noches.

Yo salí del dormitorio pero Leo no vino en mi búsqueda. A la mañana siguiente, cuando me levanté, Leo no estaba por ningún sitio. Había dejado una nota diciendo que había salido y que no volvería a comer. Hablé con María y nos fuimos los tres a pasar el día al parque de atracciones. Yo también le dejé una nota a Leo que decía:

Nos hemos ido los tres juntos. No volveremos hasta por la tarde-noche

Si quería estar de morros y no dar la cara, iba a dejar que él se viniera abajo por su propio peso. Cuando llegamos a la casa a las 21:30 esta seguía desierta. Fui al dormitorio de Leo y él había estado allí. Se había duchado pero no había señales de él. Esto se nos estaba yendo de las manos. Y entonces lo llamé y al segundo tono respondió:

—Dígame —su forma de hablar era seca y seguía molesto por la forma de responderme.

—Soy Sofia, ¿dónde estás? Hemos llegado a la casa y no estabas.

—He salido de fiesta con mis amigos.

—Ah. ¿Piensas volver pronto?

—Te acabo de decir que he salido de fiesta.

—Pensaba que hoy podíamos arreglar lo nuestro.

—Yo no tengo nada que arreglar contigo.

—Leo, si lo estás diciendo de broma no tiene ninguna gracia.

—De broma no tiene nada. Estas despedida. Tienes el resto del fin de semana para recoger tus cosas e irte de mi casa —me dio un vuelco en el corazón y me quedé muda con el teléfono en el oído. El corazón me latía muy rápido. No me podía estar pasando eso a mí, no después de aquellos maravillosos días en la playa—. Cuando te vayas, deja las llaves de la casa, del coche y el teléfono, así como las demás cosas que se te facilitaron en la mesa del apartamento.

—¿Qué?

—¿No me he explicado con claridad?

—¡Joder Leo, la pelea que tuvimos no es para que te pongas así!

—Quiero que salgas de mi vida. Es así de simple.

—¿Por qué, que ha pasado?

—No tengo por qué darte explicaciones.

—Claro que me las tienes que dar. Estamos saliendo, por si no lo recuerdas —de fondo escuché como una chica lo llamaba y él le contestaba ahora mismo voy. Ahora lo entendía. Había vuelto con Isabella. Hice de tripas corazón y le pregunté.

—¿Has vuelto con ella?

—No lo hagas más difícil, Sofia.

—Vale —fue la única palabra que llegué a articular. Después de un rato de silencio por mi parte, Leo colgó.

Yo miraba el móvil y no me creía que me hubiera echado de su vida, así, por teléfono, sin darme ninguna explicación y de forma tan fácil. Para colmo retomó su relación con Isabella. No podía ser. Las lágrimas no llegaban a mis ojos, si no que estaba enfadada y muy cabreada con él. ¿Qué le había pasado para deshacerse así de mí? No quería saberlo. Solamente tenía ganas de estrangularlo. ¡Volver con la caniche! ¡Qué hijo de puta! No me merecía eso. Solté el móvil en la mesa y borré de la agenda todos los teléfonos. También coloqué las llaves de la casa que tenía en mis vaqueros y me fui hacia el dormitorio para meter la ropa en las maletas. Cuando llegué al dormitorio me di cuenta de que había un sobre. Lo abrí y me encontré dos cheques por dos importes diferentes: uno de 2000 Euros y otro de 800 Euros, con una nota que

decía:

Uno es tu finiquito y el otro es por el pago de este mes

La nota no aparecía firmada, pero sabía por la letra que era suya. Lo volví a meter todo en el sobre y lo dejé encima de la cama. Busqué un bolígrafo y en la mismo sobre le escribí una nota. Coloqué la maleta encima de la cama y empecé a meter la ropa. Ya había llenado tres maletas y tras cerrarlas, tomé dos de ellas y las puse en la puerta de la cocina. A continuación, fui a por la otra que ya tenía lista. Tomé el sobre y fui a dejarlo junto con las llaves del coche, a eso, que llegaba María comentándome algo de una revista de moda. Cuando vio las tres maletas en la puerta se sorprendió:

—Sofía, ¿le ha vuelto a pasar algo a tu padre?

—No María, él sigue bien.

—Entonces, ¿te vuelves a ir de viaje?

—Sí María, mañana mismo.

—Vaya, no me habéis dicho nada ninguno de los dos. ¿Te vas sola?

—Sí María. Me voy de vacaciones.

—¿Y tanto tiempo vas a estar para llevarte tanta ropa?

—Bastante María —mi enfado había desaparecido, dado lugar a las lágrimas de dolor que sentía por tener que irme y dejarlos todos allí. No solamente era novia de Leo, sino que también me había ganado el cariño y el respeto de su familia. María al ver mis lágrimas había entendido el verdadero motivo de las maletas.

—Sofía cariño... ¿no me digas que mi hijo....? —asentí con la cabeza.

—Quiere que me vaya y eso es lo que estoy haciendo.

—Este niño es tonto. Voy a llamarlo ahora mismo.

—No por favor, María —le puse las manos sobre el móvil para que no lo llamara—. Tu hijo tendrá sus motivos y hay que respetarlos.

—Sofía, pero.... —ambas nos abrazamos y nos pusimos a llorar desconsoladamente. Cuando ya descargamos bastantes lágrimas nos fuimos a la cocina para prepararnos un té— ¿Cuándo te vas?

—Mañana mismo a primera hora.

—Toma cariño, tu té —lo tomé pero tuve que ponerlo en la encimera porque me temblaban las manos. Nos tomamos el té en silencio y fue cuando llegó Gio.

Tras terminar de hablar con Gio, me disculpé y me fui corriendo hacia el apartamento. No podía controlar las lágrimas. Me quedé dormida llorando.

Pasé la noche en un hotel. No tenía ganas de volver a mi casa y verla por allí. Había tomado una decisión y no iba a volver para atrás. Cuando encendí mi móvil solo tenía un mensaje de voz de mi madre y empecé a escucharlo:

—Hola. ¿Qué os pasa a las dos? —era Gio.

—Ven Gio, necesito hablar contigo. Siéntate aquí conmigo.

—¿Qué pasa Sófi? ¿Por qué estás llorando?

—Gio me tengo que ir mañana mismo. Mi papá se ha puesto malito y tengo que ir a cuidarlo.

—Ah, pero no pasa nada. Como papá no está trabajando nos podemos ir contigo a cuidarlo.

—No cariño, no podéis. Los hospitales no son sitios para niños tan buenos como tú.

—Pero no llores, Sófi. Cuando él se ponga bueno puedes volver con nosotros. Este año lo tenemos que sacar todo sobresaliente.

—Cariño, me tienes que prometer que estudiarás como nunca y que aunque yo no esté lo sacarás todo sobresaliente.

—¿No quieres estudiar conmigo?

—No es eso, mi niño, pero mi padre está muy enfermo y no sabemos si se podrá bien o no. Por eso, no sé si cuando empieces el curso yo estaré aquí para ayudarte. Yo prometo llamarte cada vez que pueda, pero tú me tienes que prometer que estudiaras, y que vas a ser obediente a tu abuela y a... tu padre.

—Claro Sófi, te lo prometo.

—Dame un fuerte abrazo, mi precioso.

—No llores Sófi, que te pones muy fea.

—Eso intento Gio, pero es complicado, y ya sabes que las mujeres somos unas lloronas.

—Ya verás cómo tu padre se pone pronto bueno y vuelves enseguida. Te quiero, Sófi.

—Y yo a ti, Gio. Te quiero con locura.

Si mi madre había querido que sintiera lástima de ella iba apañada. Seguramente, cuando volviese a la casa, ya no estaría allí. Llegué a las 12:12 muy sonriente, pero cuando entré, a mi madre le llegaba la cara a los pies y mandó a Gio a su cuarto. Eso significaba que quería hablar conmigo:

—Buenos días, mamá.

—Lo serán para ti —mi madre me miraba con ojos desafiantes. Hacía tiempo que no la veía tan enfadada. Se dirigió hacia mí y me propinó un guantazo. Era la primera vez en su vida, que mi madre me había dado una cachetada. No me lo podía creer—. Eso te lo has ganado a pulso por lo mal que me lo hiciste pasar ayer. A mí y a Gio nos has destrozado. Espero que tengas una buena excusa para lo que has hecho —mi madre tenía los ojos hinchados de tanto llorar y se fue hacia su dormitorio llorando.

Me dirigí hacia el apartamento para ver que todo estaba vacío. Y efectivamente, allí no había nadie. Sentí una gran tranquilidad al ver que ella no estaba allí. Fui a la mesa del salón y allí estaban todas las llaves, el teléfono y el sobre con algo escrito:

Quédate con tu maldito dinero y que lo disfrutes a mi salud

Lo abrí y allí estaban los cheques con mi nota. Me sorprendió porque no lo había cogido. Tal vez, ella no se hubiera ido todavía. Fui a su dormitorio y allí estaba la caja que yo le había regalado con el corsé, la rosa marchita de nuestra primera cita y la gargantilla con el corazón, la cual tenía la cadena rota. Miré en el armario y ella había dejado allí muchas prendas con etiquetas y prendas caras. No tenía sentido que si quería dinero dejara todo aquello allí. ¿Qué cojones había hecho? Me dio un vuelco el corazón y rápidamente corrí para el dormitorio de mi madre. Tras abrir la puerta, me la encontré tumbada en la cama. Ella me miraba con cara de pocos amigos.

—¿Sofía te dijo para dónde iría?

—No, no mencionó nada.

—¿Tienes su viejo número de teléfono? —mi madre pudo notar la ansiedad en mi voz y pasó de estar enfadada a estar preocupada. Se incorporó de la cama.

—¿Qué es lo que pasa, Leo?

—Necesito hablar con ella, ha sido un mal entendido.

—¿Has mirado en su móvil por si tiene alguna amiga en la agenda?

—Tienes razón.

Salí disparado hacia abajo. Nunca había bajado la escalera tan rápido y encontré un único teléfono que se le había olvidado borrar en la lista de llamadas. Alguien contestó al segundo timbre.

—Dígame.

—Buenos días, ¿con quién hablo, por favor?

—Soy Margui, ¿tú quién eres?

—Solo quiero saber si Sofía está contigo.

—¿Crees que te voy a decir si está conmigo después de cómo te has portado con ella? Serás una espectacular estrella de fútbol, pero déjame decirte que eres un verdadero hijo de puta. Hazme el favor de no volverme a llamar, porque aunque sepa dónde está no pienso decírtelo para que sufras un poco de lo que ella está pasando. Cabrón —me colgó.

Vale, ya sabía que seguía en Madrid, pero ahora no recordaba donde estaba la casa de esa chica. Podía hacer que le rastreara el número y así dar con ella. ¡Joder!... ¿cómo había sido tan gilipollas de pensar eso de ella? Cuando me senté en mi despacho y vi las fotos que nos tomaron, me había dejado muerto y solo había pensado que la culpable había sido ella. Mi manager había pagado un dineral para que esas fotos no salieran a la luz. Pensé, que era una de las tantas chicas que había estado a mi lado para hacerse famosa a mi costa. ¡Qué estúpido había sido! Si hubiera sido así, su padre nunca me hubiera contado aquello... Y ahora estaba allí, cabreado conmigo mismo y sin saber qué hacer. Volví a llamar a Margui, tenía que hablar con Sofía, sí o sí.

—Dígame.

—Quiero hablar con Sofía.

—Pues tienes un problema gordo, porque ella no quiere.

—Por favor, pásamela.

—Te la voy a poner, pero mucho cuidadito con lo que le dices.

—Vale —tras escuchar un silencio, se volvía a escuchar una respiración pero al otro lado del teléfono permanecía callada—, Sófi cariño, lo siento, ha sido un mal entendido. Por favor, vamos a hablarlo. Necesito explicarte todo lo que ha pasado y cómo ha pasado —por la otra línea solo se escuchaba el silencio—. Sé que he sido un imbécil y gilipollas y todos los adjetivos que me quieras poner te los aceptaré de buen grado, pero por favor, dame la oportunidad de explicarme.

—Dime lo que me tengas que decir, porque será la última vez que hablemos.

—Sofía por favor, no me hagas esto. Yo te quiero y te necesito. Cuando vi aquellas fotos de nosotros dos en la playa, mientras te hacía el amor aquella noche y cuando nos estuvimos bañando al atardecer, no me pude creer lo que estaba viendo. Pensé que solo te querías aprovechar de mi fama y que querías dinero, pero al venir al apartamento y ver que te habías dejado aquí los cheques, no tenía sentido que tú lo hubieras echo. Por favor... por favor te lo pido, déjame rectificar el error que he cometido contigo. Intentaré que si esto vuelve a pasar, primero lo hablaré contigo. Sófi, cariño, dime algo.

—Adiós, Leonardo.

—No Sófi, esto no puede terminar así, por favor, perdóname.

Y me colgó el teléfono. Me quedé mirándolo y empecé a llorar. La había perdido y ella simplemente no había luchado por nuestra relación. Sería imbécil, claro que había luchado. Me llamó para arreglar las cosas. Quiso hablarlo conmigo y yo solamente la había echado de mi vida sin preguntarle al menos si era culpable. Yo ya tenía el veredicto en cuanto vi las pruebas. Ahora me sentía mal conmigo mismo. Ya solamente me quedaría el recuerdo y las fotografías de una etapa de mi vida en la que fui feliz. ¡No, esto no podía terminar así!. Yo la quería, aunque la rechacé a la primera de cambio. No volvería a pasar. Me iba a ganar a pulso que ella me perdonara.

Mandé rastrear el móvil de Margui y una tarde me llegué por allí. Vi a

Sofía saliendo de la casa y supuse que estaba viviendo allí. Una vez que supe en qué piso vivía, le estuve enviando un ramo de flores cada día, con la siguiente nota:

Lo siento cariño... ¿Hablamos? Por favor, llámame

Leonardo

Busqué el antiguo número de Sofía, e intenté hablar con ella, pero cuando llamaba me salía el contestador diciendo que ese número no existía. Volví a llamar al teléfono de Margarita, que era el único que tenía, pero esta cuando sabía que era yo, simplemente me colgaba el teléfono o si llamaba con identificación oculta no lo cogía. Después de una semana recibiendo flores diariamente, me llamaron de la floristería diciéndome que cancelaban las entregas, puesto que Sofía les había dicho que no aceptaría ninguno más. Lo intentaría personalmente el sábado siguiente.

«No es más grande quien más sitio ocupa, si no quien más vacío deja cuando se va»

MES DE JULIO

SÁBADO 26

Me había vestido con una falda corta vaquera por debajo de las rodillas, una camiseta de manga corta y unas sandalias. Cogí mi bolso y una bolsa para salir a hacer la compra cuando al abrir la puerta me encontré con Leonardo, el cual iba a llamar al timbre. Pasé de estar sonriente a ponerme seria en cuanto lo vi.

—Hola, Sofia.

—¿Qué haces aquí?

—Solo quería saber cómo estás y darte esta rosa —dijo mientras la extendía para que la cogiera.

—Estoy bien Leo y no tienes por qué comprarme nada —no la tomé y él bajó el brazo. Cerré la puerta y me fui hacia los escalones ignorándolo. Él me tomó de la muñeca e hizo que me parase. Yo me volví y él me soltó.

—Sofia yo....

—Ya tuviste tu oportunidad por teléfono de contármelo todo. No sé exactamente qué es lo que quieres de mí.

—¿No es obvio? Quiero que me des una segunda oportunidad.

—No será tan fácil que vuelva a confiar en ti.

—Lo sé Sofia, lo sé. Pero creo que nos debemos una segunda oportunidad. Me porté muy mal contigo y a la primera de cambio te eché de mi vida.

—¿Qué es lo que te hizo reaccionar?

—Cuando vi los cheques encima de la mesa, las cosas que te había regalado y muchos de los vestidos que te habías comprado con la etiqueta aun puesta, colgados en tu armario.

—Entonces todo se reduce al dinero.

—Pensé en ese momento que solo querías fama. No serías la primera chica que sale conmigo por eso.

—Ya —dije con una falsa sonrisa— Parece que el que mi padre te contara

todo aquello no sirvió mucho para asentar nuestra relación. No creas que es una historia que me gusta contarle a mis amigos para entretenerlos un rato.

—Sofía yo...

—Eres un hipócrita, Leonardo. Me hablas de boda e hijos y a la primera de cambio me das una patada sin al menos preguntarme. ¿Por cierto, cuánto te costaron las fotos?

—Trescientos mil Euros.

—¡Joder, qué pasada! Gracias por no dejar que las publicasen —empecé a bajar las escaleras, y él las empezó a bajar conmigo. Esta vez me tomó de la mano para que me parase.

—Sofía, espera.

—Suéltame, Leonardo.

—Por favor, piénsatelo. ¿Podemos, al menos, quedar alguna noche para cenar? —podía ver la desesperación en sus ojos.

—Suéltame, por favor —Él me soltó— De acuerdo. Esta noche, pero solo como amigos.

—Vale, de acuerdo. Te recojo a las 21:00.

—Me parece bien. Nos vemos aquí.

—Gracias, Sofía.

Me dio un beso en la mejilla y metió la rosa en la bolsa que llevaba para la compra. Después de comprar, regresé a la casa. Margui me echó la bronca al ver la rosa. Le dije que había quedado con él para cenar, pero solo como amigos. Margui me llamó loca, pero que entendía perfectamente que le diera una oportunidad porque era evidente que seguíamos enamorados a pesar del desastre. Me animó a que siguiera siendo fuerte y que se lo pusiera crudo. Me puse un vaquero largo y una camiseta que me quedaba un poco suelta. Había perdido ocho kilos desde que lo habíamos dejado y eso se notaba un poco. Me vestí en plan informal, aunque llevaba zapatos de tacón. Me dejé el pelo suelto y me hice las planchas. Me maquillé y a las nueve en punto llamaron al porterillo. Bajé las escaleras y allí estaba él. También llevaba vaqueros y un polo. Estaba recién duchado, puesto que todavía tenía el pelo mojado. Hice un esfuerzo tremendo para no tocarle el pelo y darle un beso en aquellos labios

tan irresistibles. Cuando había llegado esa mañana a mi puerta, me lo encontré con ojos tristes y ahora estaban radiantes. Su sonrisa llegaba a los ojos. Cuando fui a darle dos besos, olí aquel perfume que tan bien conocía. Fuimos a un bar a tomar unas cervezas antes de irnos a cenar. Allí nos encontraron con Javier y vino a saludarlos. Me dio un abrazo y la mano a Leo.

—¿Te has cambiado de gimnasio para no volverme a verme?

—No es eso Javier, si no que he encontrado trabajo como ingeniero y ahora, pues he cambiado a un gimnasio que me pilla algo más cerca de casa.

—Ah, ¿y se puede saber cuál es?

—Es el que está a un par de calles de aquí, donde hacen king boxing.

—Ah sí, sé cuál es. A ver si un día quedamos para celebrar tu trabajo y por cierto, cuídate mucho, porque estás más delgada que la última vez —a Leonardo aquello lo estaba sacando de quicio al juzgar la cara de enfadado que tenía.

—Muchas gracias, Javier. Ya hablamos.

—Ok. Hasta luego, Leonardo.

—Adiós, Javier. No me habías dicho que habías encontrado trabajo de ingeniero.

—Pues sí. Es para una empresa que fabrica yogur aquí en Madrid. Una de mis compañeras trabaja como administrativa allí y se enteró que necesitaban un ayudante para control de calidad urgentemente, con que me presenté y me aceptaron. Me pagan una mierda, pero suficiente para ir tirando. El horario es de nueve a dos. Prácticamente soy una becaria. Tengo un contrato de formación.

—¿Le darás clase a Gio este curso?

—No creo que sea lo mejor, Leo.

—Él te echa mucho de menos. Sé que has estado hablando con él y con mi madre.

—Es lo menos que podía hacer. Ellos no tienen la culpa de lo que nos ha pasado a nosotros.

—Sofía... —fue a cogerme la mano que estaba sobre la mesa, pero la retiré

inmediatamente. Si me tocaba estaba perdida. Tantos días llorando y pasándolo mal para nada.

—No Leonardo, no es lo correcto.

—¡Joder Sofía!, te sigo queriendo. Se me ha hecho un nudo en el estómago cuando te he visto en el portal, tan preciosa como siempre, y no te he podido besar.

—Perdona Leo, ¿te importaría echarte una foto con nosotras?

—Claro que no, chicas —Leo puso su mejor sonrisa para hacerse la foto con las dos chicas por independiente y tras darle las gracias se fueron, volviéndolos a dejar solos. Si seguía por el mismo camino, me iba a marchar.

—¿Por qué no me cuentas en qué consiste tu trabajo?

—Pues a ver. Supuestamente formo parte de control de calidad, es decir, mi labor consiste en que todos los productos que se fabriquen salgan igual de textura, sabor y que todo esté según unos parámetros de calidad, previamente establecidos. Mi jefa directa es una señora de unos cuarenta años algo estirada y con pocas ganas de enseñar. Hasta ahí bien. El problema es que en esta semana solo he hecho fotocopias. ¿Cuántas? Ni yo misma lo sé. Demasiadas para mi gusto. Como esta tía me manda hacer muchas fotocopias, pues al final dejo imprimiendo y yo me voy dando una vuelta por los demás departamentos que hay en la misma planta. Uno de los días, un hombre mayor vino a hacer una fotocopia y yo me ofrecí a llevársela cuando yo hubiera terminado. Este hombre trabaja en el departamento de I+D. Se encarga de buscar nuevos productos y desarrollarlos por completo. Ahora está investigando sobre yogures para niños. No sé si sacara algo en fondo pero tiene varios diseños que están muy bien. Le llevé la fotocopia y el pobre estaba liado con uno de ellos. Yo solo le di mi opinión y fue justamente eso lo que le faltaba para aceptar el diseño. Ya los demás días le he estado ayudando y me comentó si quería colaborar con él. Que una mente nueva puede aportar grandes progresos.

—¿Has aceptado su oferta?

—Claro. Me encantó la idea, porque la bruja esa no me quiere allí. Los de arriba, ya me lo habían advertido, que era una mujer complicada. Yo la estuve observando y tomando anotaciones la primera semana y si me voy con este hombre, hasta yo misma puedo hacer la prueba de calidad del producto nuevo.

—¿Cómo es que te metieron con ella?

—Porque se le acumula el trabajo, ya que, todos los productos tiene que pasar por sus manos y ella sola no da a vasto, ya que, Diego está inventando continuamente. Es muy buena persona y le gusta enseñar. Esperemos que los de arriba acepten y me pueda cambiar de sección.

—Ya verás cómo sí. Si le has gustado a Diego como trabajas y si le aportas nuevas ideas, seguramente hable a tu favor.

—Y tú, ¿qué me cuentas?

—Poca cosa. Ya hemos empezado a entrenar por derecho y la semana próxima, el martes creo, tenemos nuestro primer partido.

—Eso está muy bien. ¿Ya te quitaste los kilos del verano?

—Sí y creo que he perdido alguno más. Javier ha hecho un buen trabajo conmigo. Los primeros días apenas me podía mover de las agujetas que tenía. ¿Cómo es que te has apuntado a ese gimnasio?

—Siempre me ha gustado el deporte y bueno, este me pilla al lado de casa. Además, siempre hay alguna chica dispuesta a ponerme en mi sitio —nos reímos.

—¿Ya te has pegado con alguna?

—Mmm, déjame recordar. Pues creo que con cinco, pero solo ha sido entrenamiento, sin pegar fuerte. Pero he tenido cinco combates con protección, aunque solo una de ellas me ha ganado. Se pensaban que no tenía ninguna idea y se las hice pagar duro.

—Esa es mi chica. ¿Siempre realizas la misma táctica o vas cambiando conforme sea tu rival?

—Voy cambiando. No todas desarrollan lo mismo: unas fortalecen sus piernas, otras sus brazos, la técnica. Hay muchas cosas diversas que puedes mejorar. En el primer asalto ya puedes saber dónde tiene el punto flojo tu rival.

—Interesante. ¿Qué te parece si vamos a cenar?

—Sí, claro. ¿Has pensando en algún sitio en concreto?

—Hay por aquí un bar para tomar unas tapas que está muy bien, pero

tendríamos que coger el coche. ¿Te importa?

—No, en absoluto.

Fuimos al bar y tras pedir, seguimos charlando de cosas que nos habían pasado a cada uno pero sin hablar nada de Gio y María. Leonardo comprendió que tenía que ganarse mi amistad nuevamente.

—¿Mañana madrugas?

—No. Solo trabajo de lunes a viernes. ¿Por?

—¿Te apetece echar una carrera a los cars?

—Mmm, suena bien.

Nos montamos en el coche. Programó en el GPS circuito de Jarama y en media hora estábamos allí. Tras bajarnos y presentarme al dueño, fuimos a un garaje para que eligiera mi car. Me pareció un poco extraño porque son todos iguales, pero mi sorpresa fue alucinante:

—Señorita, puede elegir entre un Ferrari, Lamborghini, Porsche o un coche de competición —mis ojos iban a salirse de órbita. No sabía por cual decidirme.

—¿Cual me recomiendas, Leo?

—Todos están bien, pero yo me decantaría por el Ferrari o el Lamborghini.

—Pues el Lamborghini.

Después de eso, el chico me explicó un poco el funcionamiento y yo estaba más que nerviosa por conducir aquello. Me indicó que primero diera un recorrido en una velocidad razonable y que ya después podría conducir a mayor velocidad. ¿Vueltas? Cuantas quisiera. Leonardo había reservado para nosotros aquella pista. Después de darle cinco vueltas me temblaban hasta las pestañas. En la última vuelta había puesto el coche a mucha velocidad y cuando me bajé me temblaba todo el cuerpo. Leo me ayudó a salir del coche y después le hice señales para que se diera una vuelta él. Ese coche no lo tenía en el garaje y pensé que se moría de ganas de hacerlo. Después de tres vueltas ya dimos por finalizada nuestra experiencia. Una vez de vuelta a Madrid, Leo me acompañó a casa. Aparcó muy cerca y me acompañó hasta la puerta, como todo un caballero.

—Gracias por la cena y por la sorpresa. Ha sido alucinante.

—De nada. Ha sido un placer estar un rato contigo. ¿De verdad que no te apetecer ir a bailar un rato?

—Te lo agradezco, pero estoy algo cansada. Ayer tuve una pequeña pelea y me duele bastante las piernas como para irme a bailar.

—¿Te has puesto la crema de los golpes?

—Mmm, sí. De los que me puedo ver sí, jajaja, de los otros más o menos. Voy tocando y donde me duele es dónde me la pongo.

—¿Por qué no se lo dices a tus compañeras?

—Me da un poco de vergüenza, la verdad. Cuando es la primera vez que ves un cuerpo de una mujer con tantos golpes resulta algo incómodo.

—La verdad es que sí. A mí me pasó. ¿De qué color los tienes?

—El viernes por la tarde los tenía rosáceo y ya me puse la pomada. Hoy cuando me he duchado los tenía de un color oscuro tirando a lila. Supongo que ya el lunes estarán amarillos-verdosos.

—¿Quieres que te ponga crema donde no te los ves?

—Leo, no creo que sea lo más conveniente.

—Solo me estoy ofreciendo a ponerte crema.

—¿Solo crema?

—Sí. Solo crema.

—Vale. Vamos para arriba.

Cuando llegamos al piso, no había ninguna de mis compañeras. Entramos en mi dormitorio y le indiqué a Leo que se lavara las manos para aplicarme la crema. Cuando él llegó, yo ya me había quitado los pantalones. Tenía las piernas con hematomas en la mayor parte de ellas. Me tumbé sobre la cama y él se aplicó un poco de crema en las yemas de los dedos y me fue poniendo la crema, hematoma a hematoma. Los tenía de diferentes colores, ya que había estado peleando durante toda la semana.

—Sofía, eh...

—¿Qué pasa?

—Pues que tienes uno prácticamente en la zona de las braguitas.

—Por eso me dolía tanto. ¿Te importa ponerme ahí también?

—De acuerdo. Pues listo. La última. ¿Has estado toda la semana combatiendo?

—Sí. Supongo que por eso tengo diferentes colores. Ya puestos... ¿te importaría ponerme en la espalda?

—Claro —cariño, tú has querido jugar con fuego. Ahora veremos si aguantas el tiro como un campeón.

Tomé una silla y tras ponerme el pantalón del pijama, se senté en ella. Me recogí el pelo con una gomilla y luego me quité el sujetador y la camiseta, dejando libre la zona de la espalda pero la zona delantera quedó oculta por la camiseta, la cual no terminé de quitármela. Leo se sentó en la cama y me volvió a poner crema por todos los hematomas que tenía en la espalda. Por donde más tenía era por la zona lateral. En algunas zonas, me sobresaltaba un poco al sentir el contacto de sus dedos sobre mi piel.

—Listo señorita.

—Gracias Leo. Lávate otra vez las manos, que es una crema muy fuerte —tras lavársela volvió al dormitorio donde yo estaba. Ya me había colocado la camiseta del pijama.

—Creo que me voy a ir. Tienes que estar bastante cansada.

—Sí. Te acompaño a la puerta.

—¿Ahora tienes cuarto privado?

—Sí, una de las chicas se ha ido y yo me he quedado con él.

Ya despidiéndonos en la puerta, nos dimos los dos besos de cortesía y se estaba volviendo cuando lo cogí de la camiseta, lo metí rápidamente en la entrada de la casa y cerré la puerta. Nada más cerrarla, ya tenía mis labios contra su boca. Lo estaba devorando contra la pared, pero a él no le importó. Me atrajo hacia él y me besó el cuello, escapándose un gemido de mi boca. Tomó mi cara entre las manos y me preguntó:

—¿Qué es lo que quieres de mí, Sofía?

—Quiero que me folles ahora.... aquí.

—¿Sigues tomándote la píldora?

—Ehhh...no, pero tengo preservativos.

Me tomó de las manos y me condujo al dormitorio. Un instante después, sus labios insistentes y hambrientos se posaron sobre los míos. Nuestras lenguas flirtearon, se acariciaron, hasta que dominó la de él. Reclamaba y exploraba mi boca. Mis manos se cruzaron en su nuca. Hundí los dedos entre sus cabellos y se rindió a mi beso. Nuestros sentidos se aceleraron como si un potente estimulante los impulsara. Me besó por el cuello. Yo ladeé la cabeza y él me acarició el lóbulo de la oreja con su respiración, con su lengua. Siguiendo la iniciativa de la cabeza, permitiéndole así a él besar todo mi cuello y el hombro. La sensación de su boca me provocó unos escalofríos de placer que me recorrieron la espalda por completo. Dándole ahora la espalda, me recosté contra su amplio pecho mientras sus manos me acariciaban. Presionó mis pechos, los cubrieron, repasaron sus formas, antes de continuar camino por el tórax. Se detuvo al llegar a las caderas. Deslizó la mano por la parte delantera de mis braguitas hasta situarse profundamente entre mis muslos. Cuando encontró el punto central, murmuré su nombre, volví la cabeza y busqué sus labios. Nos besábamos mientras sus dedos seguían acariciando, separando y penetrando. Me volvió de repente y me amoldé a su cuerpo. El sonido que emitía su pecho era suave, animal y excitante. Encajamos como dos piezas en un rompecabezas. Perfectamente. Cómodamente. Sobrecogida, levanté una pierna y la dejé reposar sobre la cadera de Leo. Y mientras nos besábamos apasionadamente, él empezó a acariciarme la parte inferior del muslo. Empezó quitándome la camiseta y luego el pantalón, llevando sus labios a mis pechos. Cada vez me sentía más caliente. Sentía una fuerte presión en la parte inferior de mi cuerpo. Entonces sus labios se cerraron en torno al duro pezón. El sedoso calor y los movimientos tirantes de su boca, resultaban eróticos y potentes. Él se desnudó rápidamente. Empecé a acariciarle y a besarle aquella piel tan firme y esos músculos tan bien definidos que yo conocía. Su pene sobresalía de forma agresiva y la erección se sentía caliente, dura y viva. En ese momento, lo tomé por las caderas con mis manos y lo atraje hacia mí. Se inclinó sobre mí y me quitó las braguitas. Se detuvo un instante, sus ojos centrados en mí con sincero interés. Me tumbó encima de la cama y empezó a besarme justo por encima de la línea del vello púbico. Fue un beso perezoso, sexy, húmedo, que me incitó a desearlo sin ningún reparo. Se tendió sobre mí. Mis muslos se separaron con

toda naturalidad para dejarle espacio a sus piernas. Él deslizó sus brazos por debajo de mi espalda y me atrajo hacia él. Y entonces me penetró.

Estábamos enroscados el uno con el otro, desnudos, sin ni siquiera taparnos con una sábana. El aire acondicionado lanzaba aire frío en la pequeña habitación, pero la piel de ambos irradiaba calor. Me había acomodado sobre él, la cabeza sobre su pecho, un brazo extendido sobre su cintura. Él respiraba de manera uniforme y con satisfacción, me acariciaba el cabello.

—Creí que te había hecho daño.

—¿Daño? —murmuré yo.

—Has gritado —Sí. Ahora lo recordaba. Él había posado una mano en uno de los moratones, pero no me importó. Volvió la cabeza y le acaricie la nariz.

—Porque era muy bueno —Él me abrazó con más fuerza.

—También para mí. Esa cosa que haces...

—¿Qué cosa?

—Lo que haces con las caderas, es estupendo —me sonrojé y volví a colocar mi mejilla sobre su pecho.

—Gracias. Me alegra de que te guste.

—El gusto ha sido mío.

—Leo... ¿qué hemos hecho? —Él abrió un único ojo para mirarme.

—¿Quieres la fraseología educada y fina o bastará con la jerga del siglo XXI?

—Me refiero...

—Ya sé a qué te refieres —Abrió el segundo ojo y ladeó la cabeza sobre la almohada para poder mirarme mejor—. Nos estamos dando una segunda oportunidad porque nos queremos.

—¿Ha sido solo eso? —Él me puso un dedo debajo de la barbilla y me la levantó hasta que yo volví a mirarle.

—Cualquier cosa entre nosotros será complicada, Sofía, pero todo los obstáculos lo podremos ir superando si estamos el uno con el otro, confiando

plenamente en el otro. Ya he aprendido la lección y estoy dispuesto para confiar plenamente en ti.

—Estoy agotada.

—Yo también.

—¿Te importaría irte? — Leo se sorprendió de que prácticamente lo echara.

—¿De verdad quieres que me vaya? Pensaba que tal vez podía pasar la noche contigo.

—Lo siento, pero es lo mejor para los dos. Ambos necesitamos dormir bien y en una cama de noventa centímetros no creo que lo consigamos. Tampoco me gustaría que te encontraras con Margui por la mañana. Todavía sigue molesta contigo y bueno, también un poco conmigo. Además solamente ha sido un poco de sexo como amigos.

—Como quieras, Sofía —se levantó y empezó a vestirse algo serio. No estaba enfadado pero sí algo molesto. Tras vestirse y calzarse los zapatos, se levantó de la cama. Yo ya tenía colocado el pijama completo. Me miró a la cara—. Si estás jugando conmigo, por lo menos ten la decencia de decirme cual es el juego para que entiendas las normas.

—Leo, no estoy jugando contigo. Simplemente ha sido un impulso.

—¿Tú, siendo impulsiva? —estaba realmente impresionado.

—Ya, yo también me he sorprendido. Solo quiero que nos conozcamos algo más y que volvamos a confiar uno en el otro. —No te enfades conmigo, por favor.

—No estoy enfadado, preciosa. Solamente que no sé qué esperas de mí, ni cómo quieres que me comporte.

—Sé tú mismo y bueno, somos amigos pero también me gustaría tener sexo contigo, si no te importa.

—Claro que no. Cuando quieras cualquier cosa, solo tienes que llamarme —fuimos hacia la puerta y él me dio un beso en los labios como despedida—. Por cierto, no tengo tu número de teléfono.

—No te preocupes, esta semana te llamo y ya lo agregas.

—Vale. Nos vemos pronto.

—Buenas noches.

JUEVES 31

Era jueves y todavía no se había puesto en contacto conmigo y eso me tenía un poco histérico, por decirlo de alguna forma sutil. No tenía su teléfono y mi madre tampoco lo tenía. Todas las veces que la había llamado había sido con número oculto. Esa mañana cancelé mi sesión de la tarde con Javier. Iba a quedar con ella, sí o sí. Era las 19:00 y llamé a la única persona que podía saber dónde estaba. Tras el segundo tono, alguien contestó a la otra línea.

—Dígame.

—Hola Margui, soy Leonardo.

—¿Qué quieres? —Seguía bastante molesta por lo que le había hecho a su amiga y no le importaba hacérmelo saber.

—¿Sabes dónde está Sofía?

—Por la hora que es, seguramente esté en el gimnasio.

—¿Hasta qué hora suele estar por allí?

—Por lo menos hasta las ocho y media cuando cierran.

—Gracias.

—Adiós.

Cogí mi moto y me fui a buscarla al gimnasio. Cuando llegué allí, no me podía ni imaginar que había tantas personas aficionadas a aquel deporte y sobre todo, tantas chicas. El único hombre que había en aquella sala se acercó a mí.

—¿Le puedo ayudar? —al verme allí en medio mirando para todos los lados, me sentí un poco desorientado y un poco intimidado con tanta mujer.

—Hola, buenas tardes, estoy buscando a una chica.

—Sí, eso pensaba. ¿Cómo se llama?

—Sofía.

—Mmm... ¿La gaditana?

—Sí, esa misma.

—Pues la tienes en el cuadrilátero calentando —dijo mientras señalaba con la cabeza—. Si te esperas un poco podrás ver una rápida pelea. ¿Es la primera vez que la ves pelear?

—Sería mi segunda. ¿Es buena?

—Bastante buena. Si se centrara y dejara un poco la lógica, sería la mejor. Ya he intentado que compita, pero no quiere. Una verdadera lástima —La estaba mirando, quedándome un poco embobado al verla allí— ¿Es tu novia?

—Eh... solo somos amigos.

—Empezó hace algunos meses con nosotros. Venía de vez en cuando, se entrenaba y descargaba tensión y se iba. Pero este mes viene diariamente y rara vez es el día que deja pasar a una adversaria. Me contó que cuando tenía problemas con su jefe era cuando venía y hará unos quince días vino echa una fiera, literalmente. Parecía como si hubiera tomado algo porque después de combatir dos veces con chicas de su grupo, seguía igual de fresca. Le pasé una de mayor categoría y ya con esta terminó de descargar. Desde entonces, ya tiene algo de fama por aquí y pocas chicas se quieren enfrentar a ella. En cuanto se pone el casco y el protector de dientes, cambia. Se transforma. Es admirable el cambio que da. Se lo quita y vuelve a ser una persona tranquila. Venga, vamos, que empieza.

Sofía conocía bien a esa chica o por lo menos le caía bien, ya que estaban charlando tan animadamente mientras le colocaban todas clases de protección en todo el cuerpo. Sabía que si no fuera por esa protección, más de una se hubiera roto algún hueso, incluida ella. Según me comentó el director del gimnasio, la chica con la que se iba a pelear era de una categoría mayor. Sofía desde que estaba yendo de continuo, había disminuido en una categoría, debido a que había perdido al menos cinco kilos en ese mes, suficiente para disminuir en categoría. Esta vez fue la chica la que le ganó. Tras levantar a Sofía del suelo, chocaron los guantes y eso dio por terminada la sesión. Tras quitarle los guantes, el entrenador le dijo algo y ella miró directamente hacia dónde yo estaba. Nuestras miradas se encontraron y los dos empezamos a sonreír. Cuando le hubieron quitado todo, se bajó y vino a buscarme. Tomó su toalla y durante el trayecto se fue secando la cara y las manos con ella. Se paró delante de mí.

—Hola, ¿qué haces aquí? —me dijo con una gran sonrisa en los labios.

—Pues ya ves, como no me has llamado.... he venido a verte.

—Lo siento, he estado algo liada.

—Ya veo, ya veo. Aquí dándote hostias.... muy liada...

—Jajaja, que exagerado eres. Por cierto, ¿no te resulta nada raro estar rodeado de tantas mujeres?

—Pues ahora que lo dices —dije mientras miraba a su alrededor, y vi que todas las chicas me miraban—, más que raro, me siento un poco intimidado. ¿No me pegarán entre todas, verdad? —le dije a ella casi en un susurro y algo asustado por la situación, pero con sonrisa pícaro en los labios.

—No te preocupes, no creo que te hagan nada y si no se las tendrán que ver conmigo —me dijo mientras me guiñaba un ojo—. Dame quince minutos y estoy fuera. ¿Vale? —asentí.

—Ya estoy lista. ¿Ninguna te ha magreado ni nada?

—No. Solo se han acercado un par de chicas para hacerse una foto conmigo, pero ni tu entrenador se ha acercado —olía a jabón y olía a ella... su aroma lo identificaría en cualquier sitio.

—¿Cómo has venido?

—En moto. Estaba pensando... ¿puedo invitarte a cenar?

—Te lo agradezco, pero no me apetece. Estoy algo cansada y por eso no te he llamado. Entre el trabajo y el gimnasio, cuando llego a casa estoy muerta. Ceno algo y para la cama.

—Me ha dicho tu entrenador que has bajado de categoría porque has perdido más de cinco kilos. ¿Estás comiendo bien?

—Sí, estoy comiendo bien. Lo que pasa es que estoy perdiendo líquido retenido. Vengo más horas de la que él me recomienda. Si no entreno, estoy ayudando a alguna chica.

—Ya, entiendo. Bueno...si no quieres que te invite a cenar, me voy a ir.

—Será lo mejor, ah, por cierto, apunta mi teléfono —saqué mi móvil y apunté su teléfono— Antes de irme, ¿me darías un beso?

—Claro que sí —me dio un beso en la mejilla.

—Vaya... yo estaba pensando en otro tipo de beso, pero me conformo.
Gracias, Sofia.

—Hasta otro día, Leonardo.

MES DE AGOSTO

MARTES 5

—Buenas noches, Sofía.

—Hola Leonardo, ¿a qué debo tu llamada?

—Pues solo quería escuchar tu voz un rato y saber cómo estás. ¿Qué haces?

—Pues estaba con mis compañeras echando a cara y cruz quien iba esta noche por la cena y me temo que me ha tocado a mí.

—Ah, muy bien.

—¿Y tú, que haces?

—Pues poca cosa la verdad. He estado jugando con Gio un poco a la Play, pero me ha dado una paliza. Esta tarde he ido a la piscina a nadar un poco, porque aunque el gimnasio tiene aire acondicionado, hacía demasiado calor para estar allí metido.

—¿Y ahora que ibas a hacer?

—Pues comeré algo del frigorífico. Mi madre se ha ido con unas amigas a cenar y Gio se ha ido a casa de Laura a pasar la noche.

—¿Te quieres venir a cenar? Tenemos pizza rica en hidratos de carbono. Sé que no entra dentro de tu dieta, pero siempre se puede hacer una excepción.

—¿No te importaría?

—No, aunque no te aseguro de que alguna intente asesinarte con un tenedor o algo por el estilo.

—Mientras que sea solo un intento... creo que me arriesgaré. ¿Dónde nos vemos?

—Vente para la casa y cuando estés abajo dame un toque y vamos por la cena.

Cuando Leo llegó en la moto, aparcó delante de mi piso y me pegó un toque al móvil. Enseguida bajé y estuve a punto de caerme de bruces si no llega a ser porque él me aguantó por la cintura. Hice una mueca de dolor y él lo vio pero no dijo nada. Nos dimos dos besos en las mejillas como saludo y

empezamos a andar con dirección a la pizzería.

—¿No crees que deberías dejarlo?

—Estoy bien.

—Tienes el cuerpo como si te hubieran pegado una paliza diaria. Eres un poco masoquista.

—Es lo único que me hace sentirme bien.

—¿Has probado a practicar sexo? —me había dicho casi en un susurro.

—También me serviría, pero no tengo a nadie para eso —él se paró en seco y yo, al ver que no me seguía, también lo hice. Se aproximó hacia mí, me colocó un mechón de pelo en la oreja y tomando mi rostro con sus manos y muy dulcemente me contestó.

—Me tienes a mí —sonreí al escuchar aquello.

—Gracias, pero tengo tanta ansiedad que no creo que fueras capaz de darme todo lo que necesito —los dos seguíamos con la mirada perdida en los ojos del otro.

—¿Por qué no probamos?

—¿Estarías dispuesto a tres o cuatro polvos diarios? —A Leo le sorprendió aquello. Yo sabía que no. Ahora empezaba los partidos y tenía que tener un poco de abstinencia antes de estos. Seguramente nunca había tenido tanto sexo seguido. Me soltó el rostro. Seguía con la mirada fija en mí y continuaba pensando.

—Podemos intentarlo. Que yo no pueda terminar no tiene nada que ver con darte tu dosis diaria.

—Vale. Si me das lo mío, dejaré de pelearme.

—Me parece bien. ¿Empezamos hoy?

—Jajaja, lo siento. Hoy no puede ser. Ya he tenido mi dosis de zurras, pero si me puedes dar un poco crema para aliviar los hematomas.

Tras llegar a la pizzería, él sacó la cartera para pagar, pero me negué, esa noche invitaba yo. El chico del mostrador lo había reconocido y se había puesto muy nervioso al verlo allí. Nos regaló un par de refrescos como agradecimiento a la foto y al autógrafo que le firmó. Era un gran aficionado de

su equipo. Cuando llegamos con las pizzas a la casa, ya estaban todas las chicas en el salón, sentadas en el sofá esperándonos. Les presenté a todas ellas, pero Margui solo lo saludó con un hola. Mis compañeras estaban más que encantadas por la situación. Se hicieron algunas fotos con él porque no se lo iban a creer en sus trabajos. Tras hablar de cosas triviales y después de cenar, me lo llevé al dormitorio para que me pusiera la crema. Mis compañeras se pensaron que íbamos a hacer otra cosa y cerraron la puerta del salón para darnos más intimidad.

—¿Qué tal te lo has pasado?

—Muy bien, la verdad. Son chicas muy simpáticas, hasta Margui, aunque siga mosqueada conmigo.

—Es una buena amiga y hoy me ha echado la bronca al decirle que te apuntabas para cenar.

—No me extraña. Pensé que me iba a dar una hostia en cuanto entré en el salón.

—Pues ya ves, son chicas sensatas y muy respetadas.

—No pienso contradecirte. ¿Sabes que estás poniendo patas arriba mi mundo?

—¿Por qué lo dices?

—Por ejemplo, lo de esta noche. No lo hacía desde hacía muchísimo tiempo. Casi siempre me tengo que estar escondiendo porque la gente me atosiga allí por donde voy. Hay días, como hoy, que no me importa hacerme fotos con todo el mundo, pero otros, me cuesta la misma vida. Contigo...todo es tan simple y me encuentro muy a gusto cuando estoy a tu lado. Haces que todo sea sencillo y es fácil mimarte. Me encanta —él se había sentado en la cama y yo me aproximé a él. Me senté en una de sus piernas, como tantas veces había hecho antes, y enlacé mis dedos por detrás de su cuello—. Ves, a esto me refiero. Puedes sentarme en mis piernas y con solo ese gesto me encuentro bien.

—Necesito hacer que confíes plenamente en mí.

—Confió ciegamente en ti.

—Eso es lo que quieres creer, pero no es la verdad. ¿Me vas a decir por

qué me echaste de tu vida, sin preguntarme al menos si era culpable? Te llevaste tantos días sin tocarme y quise creer que era porque estabas cansado y.... ¿por qué me hiciste creer que volvías a estar con Isabella?

—Supongo que para hacerte más daño, pero no te agobies con aquello. Cuando vi las fotos en mi escritorio no me lo podía creer. Solo pensé que habías sido tú, ya que eras la única que sabía lo que hicimos allí. Lo siento de veras —me levanté y volví a coger la silla para sentarse.

—¿A quién más le contaste lo de las fotos, Leo?

—A Laura y Jorge. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada en particular. Toma —le di la crema para que me la untara.

Después de eso, acompañé a Leo hasta la puerta. Nos dimos dos besos y se fue. Intentó besarme pero no lo dejé. Todavía me seguía doliendo cómo me expulsó de su vida sin preguntar previamente.

VIERNES 8

—Buenas noches, Sofía.

—Hola Leonardo, ¿qué te cuentas?

—Pues aquí estoy un viernes a las ocho y media de la tarde sin saber qué hacer y bueno, como tampoco me has llamado esta semana y no sabía si te apetecería verme un rato.

—Pues la verdad es que.... ya estoy en pijama. Esta semana no te he llamado, porque he estado premenstrual y no he ido ni al gimnasio en toda la semana.

—Ah, bueno, pensaba que no me querías ver.

—Hemos hecho un trato, ¿no?

—Sí, tienes toda la razón.

—Por cierto, ¿cuándo tienes partido?

—El próximo jueves, aquí en Madrid. ¿Te apetecería ir? Te puedo conseguir algunas entradas.

—Te lo agradezco, pero no. Si vemos el fútbol, lo haremos aquí en casa con pizzas y cervezas.

—Me parece un plan excelente.

—¿Qué tal está Gio?

—Está bien, aunque sigue esperando a que vuelvas. Está un poco enfadado con tu padre por tenerte alejado de él. Laura se los lleva algunas noches para que juegue con sus hijos y así esté algo distraído. Te extraña bastante y mi madre también. Ella sigue enfadada conmigo y creo que no me perdonará hasta que no vuelvas.

—¿Has intentado disculparte y explicárselo?

—Sí, más veces de las que recuerdo.

—Lo siento por ti.

—Gracias, aunque lo tengo merecido por gilipollas.

—¡Menos mal que lo reconoces!

—Ah, muchas gracias —empezamos a reír—. Por cierto, esta noche tengo fiesta en la discoteca ¿Te vistes y paso a recogerte?

—Gracias, pero voy a ver una peli romántica en el portátil. No me apetece ningún tipo de compañía esta noche.

—Vale, pero que sepas que puedes ir cuando quieras. Estás apuntada a la lista, al igual que tus amigas.

—Muchas gracias. Hasta mañana.

—Buenas noches, que descanses princesa.

Antes de ponerme los cascos para empezar a ver la película escuché dar un portazo. Me levanté y allí estaba Margui con lágrimas en los ojos. ¿Qué le habría pasado? Se acercó a mí y nos abrazamos. Después de un rato llorando, me la llevé al salón. La senté en el sofá, fui a por un vaso de agua y pañuelos.

—¿Te acuerdas de que te dije que había quedado con un chico del trabajo para tomar café? —asentí—, pues el muy cabrón después del café me dice sin rodeos que si vamos a echar un polvo rapidito en su coche. Le dije que no, y el muy idiota me dice que si no quiero follar pues que será mejor que no volvamos a quedar.

—Lo siento, Margui. Tipos así hay muchos. Ya encontrarás a uno que sepa valorarte.

—Gracias, Sofía.

—Para eso estamos. Mmm... ¿te apetece ir a la discoteca Paradise?

—Me encantaría, pero no tenemos ninguna invitación.

—Leonardo me ha dicho que podemos ir cuando queramos, ya que estamos apuntadas en una lista. Anda —le guiñé un ojo—, ponte guapa y vamos a pasarlo bien, que hace mucho tiempo que no nos pegamos un homenaje —nos levantamos y nos dimos un gran abrazo.

—Eres la mejor, Sofía. ¿Qué te vas a poner?

—Un pantalón y una camiseta. ¿Y tú?

—Ah no, no. Te tienes que poner súper sexy. Vamos a hacer que se vuelva loco y aülle cuando te vea, o que relinche.

—¿También quieres que me dé la patita?

—No creo que haga falta. Con que mueva la colita, será suficiente —me sacó la lengua—. Creo que has entendido el propósito.

—Sí, sí, perfectamente.

—Te tienes que poner ese vestido corto turquesa que tiene el cuello de pico —no me acordaba cual era—. El que solo está sujeto al cuello y tiene la espalda totalmente descubierta.

—Ese creo que es demasiado provocativo.

—Pues ya que tú no te quieres vengar, déjame vengarme a mí. Yo te voy a dejar mis zapatos turquesas de tacón, los que tiene plataformas y el bolso de mano. ¿Te parece?

—Me parece perfecto.

Antes de vestirme, me hice una cola de caballo y me maquillé. Después me puse un brazalete plateado al igual que los pendientes. Cuando ambas nos vimos, quedamos muy asombradas. ¡Estábamos espectaculares! Fuimos a cenar a un bar de tapas que nos cogía de camino para coger el taxi que nos llevaría a la discoteca. Estuve tentada de mandarle un Whatsapp a Leo, pero era una noche de chicas. Una vez que cenamos con algún tinto de verano demás, poniéndonos al día con todos nuestros líos, tomamos el taxi. Cuando llegamos a la discoteca, nos encontramos con los amigos de Margui que también acababan de llegar y todos nos pusimos en la cola. Estaba muy animada charlando con uno de ellos cuando vi de refilón a Laura. ¿Me habría visto? Directamente entró... uff que alivio. No tenía ganas de hablar con esa estúpida. Seguro que fue la que le comió la cabeza a Leo de que yo había sido la culpable de aquellas fotos. La cola para entrar era enorme.

—¿Sofía?

—Hola Jorge —parecía sorprendido de verme allí.

—¿Sabe Leo que estás aquí?... Y ¿qué haces haciendo cola? Anda, salid de ahí y veniros para la entrada —una vez que salimos de ella y de presentarles a mis acompañantes, Jorge tuvo el descaro de cogerme del brazo y empezó a susurrarme. Mis amigos se quedaron más atrás—. Leo va a flipar cuando te vea. Si yo fuera él, no te dejaría ni entrar. Me he dado cuenta de que eras tú, porque había unos chicos que no paraban de mirarte y he seguido sus miradas.

—Primero: Leo no sabe nada. Segundo: preferiría que fuera así porque es noche de chicas —iba a continuar hablando pero él me paró.

—¿Y esos dos tíos? ¿Los novios de tu amiga?

—Mmm son los primeros candidatos para una orgía. ¿Te apuntas?

—Me encantaría, pero Leo me cortaría los huevos si te pongo una mano encima —le miré su mano—, sabes que me refiero a sexualmente hablando. Te dejo. Ya nos vemos luego.

Cuando llegamos al portero, nos pidieron los DNI:

—Buenas noches. ¿Me facilitan el DNI? —tras dárselo, el hombre consultó en su tablet nuestros nombres y cuando llegó al mío le hizo señas al de la taquilla— Por favor, pasen para adentro. A la señorita Sofia le ponéis la pulsera dorada — una vez dentro, le pregunté a la chica que las ponía—

—Disculpe, pero eso que significa.

—Significa que usted es una VIP y además, tiene todas sus consumiciones pagadas.

—Vale gracias.

Margui tuvo que pagar 10Euros por entrar a pesar de que a ella también le habían dado una pulsera VIP. Todavía no me lo podía creer. Ahora me sentía un poco mal, porque no le había dicho nada a Leo de que estaba allí. A los segundos, mi teléfono comenzó a sonar. Era él. Me salí para afuera y me puse en una zona menos transitada.

—Hola, Leo.

—Pensaba que te ibas a quedar en casa.

—¿Quién se ha ido de la lengua?

—¿Importa?

—Mucho.

—Laura te ha visto en la entrada muy bien acompañada. ¿Por eso no me has dicho nada? ¿Ya habías quedado con él?

—A ver Leo, primero, no tengo por qué darte explicaciones de lo que hago. Segundo, mi amiga necesitaba salir. Ha tenido un problema y necesitábamos

pasar un rato juntas. ¡Le ha faltado tiempo a Laura de ir corriendo a decírtelo, eh!

—Laura es una buena amiga. ¿Y el tío ese que te tenía cogida por la cintura, también formaba parte del problema de tu amiga?

Reí.

—A ver Leo, él solo es un amigo. Hemos coincidido en la entrada. Nada más —vi que Margui me hacía señas para que entrara.

—¿Seguro que no estaba intentando ligar contigo?

—Mira, me voy a ir para adentro. Si conocieras al chico en cuestión no me preguntarías, te lo aseguro. Lo que sí te voy a decir, es que pienso colgar.

—Sofía, por favor. ¿Tienes algo con ese tipo?

—Es gay, ¿vale? Posiblemente, tú le gustes más que yo.

—No me lo creo.

—Pues aquí te espero.

—¿Vas a subir?

—No. ¿Vas a bajar?

—No Sofía, sabes que no puedo.

—Cariño, cuando me veas querrás bajar.

—Quiero verte ya, sin saber lo que llevas puesto.

—Ah, ¡por cierto! Todo un detalle por tu parte ponerme VIP. Gracias. Y si por casualidad habías pensando en mandarme a algún segurata para que sacara de ahí, ve pensando otra forma —estaba riéndose—. Lo digo en serio, Leo, por tu bien.

—Vale, vale. Que te lo pases muy bien.

—Gracias.

Lo estábamos pasando genial. La música era buena y la compañía muchísimo mejor. Gracias a que teníamos a los dos amigos gay de Margui al lado, ningún chico se nos acercó. Ninguno de los dos lo parecía, hasta yo llegué a dudarlo la primera vez. Con el que mejor me llevaba, era muy guapo y

bastante alto. Lo único malo es que me cogía de la cintura y era muy amoroso. Eso algunas veces me tenía mosqueada, hasta que un día lo vi besándose con un chico. Desde entonces, me daba igual que hiciera esas cosas. Fui a pedir mi tercera copa de ron con naranja cuando siento vibrar mi móvil:

Leo: No crees que ya has bebido bastante?

Sofía: También me vas a controlar lo que bebo? No me importa tener que pagarlas si es eso lo que te preocupa

Leo: No estás acostumbrada a beber y te puede sentar mal.

Sofía: sí papá, mi tercera copa aquí y tres tintos de verano comiendo. Contento?

Leo: Para nada. Deberías parar.

Me estaba tocando la moral. ¿Quién se habrá creído que es?

Sofía: Estas observándome?

Leo: Sí. Por qué no subes?

Sofía: Por qué no bajas?

Leo: Sabes perfectamente por qué no he bajado

Perfecto, se estaba cabreando. Tenía ganas de ver dónde tenía Leo su límite. Después de pedir mi tercera copa y bebérmela de un solo trago, le dije al chico que me pusiera otra igual y lo hizo. Mi teléfono no paró de vibrar y sabía que era él, pero no le contesté. Me fui con mi cubata a la zona de baile y empecé a moverme con Margui y con ellos. La música era fantástica y habían puesto una luz blanca que parpadeaba. Había cerrado mis ojos y me estaba moviendo al son de la música, dejando que mi cuerpo se meciera al ritmo de la canción. De repente siento como unas manos me tocaban la cintura y continuaron bajando por mi cadera. Sus labios me besaban el cuello y lo olí. Estuvimos un rato así y después me di la vuelta. Me miraba directamente a los ojos y su mirada era muy intensa. Fui a besarlo pero él no se dejó. Me cogió de la mano y tiró de mi hacía afuera de la pista. Me llevó hasta su despacho y tras meterme allí, cerró la puerta con llave. Casi, literalmente, me empotró contra la puerta. Me cogió de las manos y me las puso hacía arriba y empezó a besarme salvajemente. Me mordió un poco un hombro e iba a protestar cuando me besó de nuevo. Después me soltó las manos y con sus manos apretaba mi

cuerpo contra el suyo. Nos encontrábamos muy calientes. Me llevó hasta la mesa que tenía allí y fue a quitarme el tanga pero yo lo paré.

—No Leo. Estoy con la regla.

—Da igual.

—Lo vamos a poner todo perdido, al igual que nosotros.

—No te preocupes. Hay una ducha al fondo.

No me dio tiempo de decir nada más. Me volvió a besar con urgencia. Me quitó el vestido y luego el tanga y a continuación el tampón. Me sentó sobre la mesa. No sé qué le pasaría por la cabeza, pero se encendió mucho más, porque enseguida se quitó los pantalones y los bóxers, se puso un preservativo y me penetró. Estábamos gimiendo en cuestión de segundos. Me encantaba tenerlo dentro de mí, saboreando toda su plenitud. Era puro fuego. Entraba y salía con fuerza, moviendo sus caderas energéticamente. No sé si sería el alcohol, o que lo tenía bastante enfadado o a saber por qué, pero fue un orgasmo que recordaré durante mucho tiempo, ya que parecía que no tenía fin. Si lo comparaba con una montaña rusa, era como si hubiera estado mucho tiempo en la zona alta y después de mucho gozar, volviera a descender. Tras terminar, me limpió. No tenía fuerzas para bajarme ni de la mesa. Al final, no hubo tanta sangre como previamente había pensado. Me dejó un momento para que fuera al baño, a ponerme otro tampón, y ya a la vuelta estaba sentado en una silla completamente vestido. Me senté sobre él a horcajadas. Miró mi pecho y empezó a besarlo. Volví a notar su excitación y me levanté. Cogí el tanga que estaba tirado del suelo y me lo puse. Enseguida lo tenía detrás de mí, con su cuerpo pegado al mío. Hizo que pusiera las manos sobre la mesa y él fue tocándome todo el cuerpo mientras se apegaba a mi trasero. Sabía perfectamente que quería más sexo. Me estaba besando el cuello y estaba bajando por mis caderas. Me estaba bajando lentamente el tanga, supongo que para tantear el terreno y ver si podía seguir. Yo no me moví. Cuando empezó a bajármelo, su teléfono empezó a vibrar. Dijo un par de palabrotas seguidas, se separó de mí y lo cogió. Al juzgar por su cara, eran problemas. Se agachó y me ofreció mi traje mientras seguía hablando por teléfono. Me lo empecé a colocar y una vez que me subí la cremallera, él terminó de hablar.

—Lo siento, pero he de irme. Hay un problema que tengo que solucionar. Mi gerente está enfermo y el que lo sustituye está de vacaciones.

—No te preocupes. El deber es el deber.

Me dio un casto beso y esperó a que saliera para volver a cerrar con llave la puerta. Se fue directamente para la zona VIP.

«En un beso, sabrás todo lo que he callado» Pablo Neruda

VIERNES 15

—Dígame.

—Hola guapo.

—Hola guapa. Estaba hablando con mis compañeros y no he visto quién era. ¿Qué me cuentas?

—¿Estás hoy libre para vernos y practicar un poco de sexo?

—Mmm, claro que sí. ¿A qué hora quieres que nos veamos?

—Podemos vernos a las nueve. Un poco de sexo rápido, ir a cenar y después me vuelves a dar el postre. ¿Qué te parece?

—Suena deliciosamente bien.

—Pues te espero entonces. Ah, por cierto, felicidades por el partido de ayer. Estarás contento.

—Mucho, la verdad. Gracias.

A las nueve en punto estaba Leonardo en mi puerta. Tuvo la suerte de encontrar aparcamiento delante de esta y cuando bajé, allí estaba él, esperándome con mi antiguo y maravilloso coche.

—Hola

—Hola. ¿Qué me lo has traído para ponerme los dientes largos?

—Todo lo contrario. Es todo tuyo.

—¿Cómo que todo mío? —yo no sabía que significaba aquello.

—Pues eso, que es tuyo. Me lo compraste hace dos días, pero siento la tardanza.

—Yo no te he pagado nada como para comprártelo.

—Sí que lo has hecho. Los 2.800 euros del finiquito que no cobraste —se sacó un contrato y algún folio más—. Si firmas estos papeles, es todo tuyo. Ya está puesto a tu nombre, al igual que el seguro.

—Leo, no puedo aceptarlo. Te hubieran dado mucho más por él.

—Lo sé, pero quiero que lo tengas tú. Lo compré para ti y lo más normal es

que lo tengas tú. Acéptalo, por favor —tomé el bolígrafo que él me había ofrecido, y estaba dudando entre firmar los papeles o devolverle el bolígrafo. Al final firmé donde tenía una x—. Muchísimas felicidades por su nueva adjudicación, señorita.

—Muchas gracias. Bueno...puesto que es mío, voy a ser yo la que conduzca, ¿te parece bien?

—Me parece perfecto.

—Dame un segundo que ahora vuelvo —subí arriba un momento y traía conmigo un pañuelo largo y un jersey finito. Él me acompañó hasta la puerta del piloto, me la abrió y una vez que yo estuve instalada me la cerró. Rodeó el coche y se sentó como copiloto— ¿A dónde me vas a llevar?

—¡Sorpresa!

Tras conducir durante veinte minutos y llegar a un sitio algo oscuro, por el cual no pasaba ni un alma, Leonardo empezó a impacientarse, ya que no paraba de mirar para todos los lados. Habíamos entrado por un carril de arena y llegando a un descampado, en el cual había algunos árboles y arbustos, pero ninguna señal de que habitase nadie por allí cerca.

—Sofía, si piensas dejarme aquí como señal de venganza... —en su voz se notaba algo de nerviosismo. Aquello parecía una escena de una película de terror donde mataban al bueno.

—¿Eso es lo que piensas? ¡Por dios, Leo!... —dije mientras ponía el parasol en el cristal delantero del coche—. Anda, vamos para la parte de atrás —me quité el cinturón, salí del coche y me senté en la parte de atrás. Viendo que él no se había movido de su sitio y que todavía llevaba puesto el cinturón... — Te estoy esperando —él hizo lo mismo. Una vez que estuvo sentado, cerré el coche completamente para que no pudiesen abrir desde afuera—. Me gustaría estrenar el coche contigo, por eso te he traído aquí.

—¡Joder, me habías asustado!

—Miedica —le dije mientras le sacaba la lengua. Me quité la camiseta y la colgué en una de las ventanas. El jersey que había cogido la puse en la otra y rápidamente Leo se quitó la suya, ofreciéndomela para que la pusiera en otra de las ventanas. Aunque a nuestro alrededor no había nadie, era mejor ser precavidos—. Quitate los pantalones —Él muy obediente se los quitó, y al igual

que yo, los puso en la parte de atrás. Ya no estaba la silla de Gio y por tanto había mucho más espacio allí—. Ves esto —le dije mientras le enseñaba un pañuelo y él asintió—, te lo voy a poner en los ojos y no te lo voy a quitar hasta que terminemos. Necesito que confíes en mí y creo que esto puede ser un buen método.

—De acuerdo.

Tras ponérselo, puse un poco de música ambiente para que se escuchara algo más que a nosotros dos gimiendo en el silencio de la noche. Me senté a horcajadas sobre él, ambos aún con la ropa interior puesta. Apoyé mis pechos contra sus pectorales y empecé a besarlo. Era un beso lento y metódico. Mi lengua tanteó su boca mientras mis manos seguían deslizándose por su espalda, desde los hombros hasta las caderas. Me encantaba acariciar ese cuerpo tan bien esculpido. A continuación, empecé a mover lentamente mis caderas contra su sexo. Cuando él notó la vibración, el beso se intensificó. Sus manos me asieron por las nalgas y me presionaban con fuerza contra su erección. Dejé de besarlo en los labios y con ellos fui recorriendo todo su cuello, subiendo por su oreja y volviendo a bajar. Él entreabrió sus labios para gemir. Tras unos instantes, me baje de él y le quité la ropa interior. Yo también me la quité, pero en vez de volver a la posición anterior, tomé su miembro y lo estuve masturbando, moviendo arriba abajo, una y otra vez y entonces, besé su sexo. Fue un beso rápido, que a continuación pasó a ser más dulce y placentero para él. Le pasé la lengua por la punta y a él se le escapó un gemido, por la sorpresa de su piel caliente contra mis fríos labios. Ahora le lamía todo el miembro mientras que con una mano seguía el mismo ritmo que con mi boca. Paré y volví a sentarme a horcajadas encima de él. Estaba en mi interior, una presión plena, pesada y muy deseada. Llenando algo más que mi cuerpo. Proporcionándonos algo más que nuestro propio placer. Empecé a aumentar el ritmo de las penetraciones...

—Sófi, cariño, para... —él intentaba frenar mis movimientos haciendo fuerza con sus manos contra mis caderas para que parase de moverme y en su voz había cierta urgencia— No me has puesto el preservativo y no creo que pueda aguantar mucho más.

—¿Confías en mí? —se quedó en silencio pero seguía apretando mis caderas para que yo parase—, ¿confías en mí?

—Confío en ti.

—Pues entonces, déjate llevar y disfruta.

Él dejó de obstaculizar mis movimientos y empezamos a movernos siguiendo un ritmo perfecto. Cuando alcanzamos el clímax, él se aferró a mí de forma posesiva, sus dedos clavándose en mi piel. Yo enterré la cara en el hueco creado debajo de su hombro y mordí su piel. Fue un orgasmo largo, lento y dulce. Y las repercusiones fueron igualmente largas, lentas y dulces. Yo estaba tan relajada, tan llena, que tenía la sensación de haberme fundido y haber pasado a formar parte de él. No podía distinguir mi piel de la suya. De forma perezosa me aparté de su pecho y le quité el pañuelo de los ojos. No supe interpretar su mirada, pero si lo que él había sentido era lo mismo que yo, estaría bastante feliz. Me bajé de él y nos limpiamos. Me volví a colocar el tanga. Él se colocó su ropa interior y se volvió a poner en la misma posición, pero esta vez, hizo que me recostara colocando mi espalda contra su pecho y la cabeza en uno de sus hombros. Él me abrazó y nos quedamos un buen rato en silencio, recuperándonos de aquella maravillosa experiencia.

—Sófi... ¿estás despierta?

—Mmm...

—Cariño, habría que vestirse. Me estoy quedando un poco frío y no me gustaría que ninguno de los dos se resfriara — de malas ganas me incorporé y me senté en el asiento de al lado— ¿te puedo hacer una pregunta? —nos estábamos colocando las camisetas.

—Claro.

—¿Esto... ha sido una muestra de que me perdonas? —nos estábamos mirando, ya vestidos.

—¿Eso te ha parecido?

—Sí, pero me gustaría saber si solo ha sido sexo, el que tengo que decir, que ha sido espectacular o hay algo más.

—Sexo ha sido sin dudas, pero estos últimos días me he sentido bien conmigo misma y supongo que es una forma de decirte que me estoy replanteando el perdonarte.

—Gracias Sofía. Hay otra cosa que me gustaría que me aclararas.

—Tú dirás.

—¿En nueve meses vamos a ser padres?

—No Leo —de la risa que me entró, se me saltaron hasta las lágrimas.

—Me alegra mucho de que te divierta la idea —en sus labios se podía ver que no estaba precisamente agradecido de que me riera de esa situación—

—No he dejado de tomar la píldora —la tensión que se veía en los músculos de él fue disminuyendo—. Necesitaba saber si confiabas en mí y creo que ha sido una buena manera.

—Pero la otra noche me dijiste que no la tomabas.

—Ya. Pues te mentí.

—¿Por algún motivo en especial?

—No. ¿Cuándo vuelves a tener partido?

—El martes y el viernes. Esta semana tengo que trabajar.

—¿Entonces me quedo sin mi sesión de sexo?

—Cariño, el que yo no pueda, no quiere decir que tú no puedas tener lo tuyo.

—Mmm, suena interesante. ¿Nos vamos a comer?

—Claro que sí —ya instalados en la parte de adelante del coche para irnos de allí—. Sofía, necesito pedirte un favor —yo, que me había estado acomodando en el asiento y tras enganchar el cinturón, lo miré.

—Dime.

—El próximo 20 de septiembre tengo la boda de un compañero del equipo y me gustaría que me acompañaras.

—Leo, no creo que sea lo más correcto.

—¿Pero por qué no? Estamos bien, nos gustamos y nos queremos —al ver que yo le iba a protestar, me contestó—, antes de decirme que no, piénsatelo al menos.

—¿Estarán todos tus compañeros?

—La gran mayoría —puso cara de pocos amigos—, si te refieres a Víctor, él no va a estar. Además, ya está en Italia —al ver que yo abría la boca y los ojos

por la sorpresa, este me aclaró—. Lo vendieron a otro equipo después de investigarlo un poco. Pensaba que lo sabías. Ha salido en todas las noticias.

—Lo siento, pero no he visto la televisión en todo el mes.

—Me lo he imaginado al ver tu cara. Piénsatelo al menos. Tengo que confirmarlo una semana antes de la boda como muy tarde. Si te animas a venir, los costes del vestido y demás corren a mi cargo, ¿vale?

—Vale. Ya te contestaré, pero por favor, no me lo vayas a preguntar cada vez que nos veamos.

—Vale y ahora vámonos para comer que estoy muerto de hambre.

Los siguientes días prácticamente pasaron volando. Nos veíamos a diario para una buena sesión de sexo que duraba como mínimo cuatro horas. Prácticamente era sexo oral aunque también había penetraciones. Uno de los días me regaló un vibrador rosa fucsia. Era muy suave al tacto. Tenía un apéndice con forma de conejito que también vibraba para estimular el clítoris. Poseía diferentes modos de vibración y con diferentes potencias. La verdad era, que fue un buen juguete, para jugar yo sola o con él. Otros días para mi pesar, él no pudo terminar debido a que tenía prohibido mantener relaciones sexuales dos días antes del partido. No nos vimos los días que él tenía partido, y esos días pues me iba al gimnasio. Prácticamente, los encuentros habían sido en el mismo hotel pero sin quedarnos a dormir. El placer de dormir juntos se lo tenía que ganar.

VIERNES 22

—¿Dígame?

—Buenos días, Sofía.

—Ah, hola Leo.

—¿Te pillo bien?

—Sí, dime. Estaba terminando mi hora del desayuno, pero todavía me quedan diez minutos. ¿A qué debo tu llamada?

—Esta tarde juego un partido aquí en Madrid y me gustaría saber si después nos podemos ver.

—Claro que sí, pero... ¿terminas muy tarde?

—El partido termina a las diez con que, en una hora más estaría listo.

—Bueno, no creo que haya problema. ¿Te vienes para mi casa?

—Estoy pensando que podría reservar habitación en el hotel y ya quedarnos allí a pasar la noche, si te parece bien.

—Vale, no tengo ningún problema. ¿El mismo de siempre?

—Sí. Un besito, preciosa.

—Otro para ti.

Me fui con unas amigas a tomar algo a un pub y así ver el partido. Estaban perdiendo y en los últimos minutos del partido, unos de los jugadores del equipo contrario habían entrado muy fuerte en el área de la portería para defenderla, llevándose por delante a Leonardo. Le habían hecho daño al juzgar la expresión de su rostro. Literalmente, maldije al jugador que lo había derribado. Deseaba que no fuera nada grave y que volviese a estar bien para el siguiente partido. Tras terminar, cogí la mochila y me fui para el hotel que él había reservado. Antes de las 23:00, llegó Leo a la habitación. Allí estaba yo en camisón, tumbada encima de la cama, viendo la televisión mientras esperaba a que llegase. En cuanto lo escuché llegar, me incorporé.

—Hola. He visto el partido, ¿qué tal estas?

—Bien, no te preocupes, no es nada grave. Estoy más fastidiado porque

hemos perdido, que por la entrada que me habían hecho —Soltó su mochila en un lado y se tumbó bocarriba a mi lado.

—¿Qué te pasa? Te veo más triste de lo normal. Sé que habéis perdido, pero ya ganareis la próxima vez.

—No pasa nada, solamente que estoy algo cansado. ¿Me das un beso?

—Claro que sí —me acerqué a él y empecé a besarlo, primero con besos tímidos, pero posteriormente quería darle besos más largo, pero él no me dejaba. Paré de besarlo y lo miré a los ojos— ¿Me vas a decir lo que te pasa?

—Estoy a punto de volver a fastidiarlo contigo.

—¿Y qué te hace pensar eso? —él se levantó y empezó a pasearse por la habitación. Se paró enfrente de mí y me miró.

—El 3 de septiembre tengo un spot publicitario con Isabella —lo miraba perpleja. No me lo podía creer.

—¿Estás de broma, verdad?

—No.

—¿No hay ninguna modelo más con la que puedas hacerlo?

—La marca la han contratado a ella.

—Que fuerte me parece. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Pues desde hace un par de días. El próximo miércoles firmaré el contrato.

—Tiene gracia el tema —me levanté de la cama y me fui al armario a coger mi ropa.

—Espera Sofia, ¿qué vas a hacer?

—Como tú bien has dicho, la has cagado.

—Tampoco es para que te vayas así, enfadada. Solo es trabajo.

—¿No hay ninguna modelo más para hacer el trabajito a la cual no te hayas follado?

—Estás siendo muy injusta conmigo. Yo no la he elegido.

—Pero siempre les podías haber dicho que no, que se buscaran a otra —me

estaba cambiando de ropa— o simplemente rechazar el trabajo.

—Sofía, joder espera —me había cogido por el brazo para que parase de desvestirme. Ya me había colocado los vaqueros y ahora me iba a quitar el camisón.

—Ella te dijo una vez que escogieras entre ella y yo. Ahora, yo te voy a proponer lo mismo. Si haces el spot con ella, olvídate de mí —me soltó y yo paré de desvestirme.

—No estás siendo razonable. Solo es trabajo.

—Te voy a poner un ejemplo y después me dices si lo ves igual: ¿Qué te parecería verme entrenar con Javier?

—No es lo mismo, Sofía.

—¿Por qué no? Javier está realizando su trabajo.

—Javier está pillado por ti.

—E Isabella por ti.

—Pero yo no quiero nada con ella.

—Lo siento, pero yo me voy. No me apetece estar contigo. Estoy demasiado cabreada.

—¿Vas a salir corriendo otra vez?

—Sí, igual que la última vez que me diste la patada y puede ser que ahora también me la vuelvas a dar, aunque esta vez no conseguirás nada de mí: ni a una amiga ni sexo, absolutamente nada. Pasaré por tu lado como si no te conociera. Y poco a poco romperé los lazos con tu familia. Si es eso lo que quieres, ya sabes lo que tienes que hacer —tras terminar de hablar ya estaba completamente vestida con ropa de calle—. Tengo derecho a ser feliz, ya sea a tu lado o no. Si crees que no te merezco, solo tienes que decírmelo. Mi corazón se repondrá nuevamente, por eso no te preocupes.

MARTES 26

Me había llevado toda la mañana intentando hablar con Sofía sin conseguir que me cogiera el jodido teléfono. Por la tarde la había vuelto a llamar, pero nada. Ya estaba desesperado. Le había enviado varios Whatsapp y tampoco había obtenido ninguna respuesta. Me acordé, que en el Whatsapp podía ver cuándo era la última vez que había mirado el teléfono, y para mi desgracia desde el lunes por la noche no lo había tocado. Posiblemente lo había dejado en su casa. Ya eran las nueve de la noche cuando ella me llamó.

—Buenas noches.

—Hombre... menos mal que te decides a responderme.

—Me había dejado el teléfono en casa y ahora he visto que me habías llamado. ¿Qué es lo que quieres?

—¿Todavía sigues molesta conmigo?

—Estoy algo cansada, Leo. Ha sido un día muy duro. ¿Vamos al grano, por favor? Necesito cenar y acostarme.

—Quería quedar contigo para hablar.

—¿Has firmado el contrato?

—De eso mismo quería hablar contigo.

—¿No me puedes consultar lo que sea por teléfono?

—No, lo siento. Prefiero hacerlo personalmente. ¿Te importa si me acerco a tu casa?

—Te espero a las nueve y media. No te retrases mucho.

—Vale. En breves salgo para allá. Gracias.

Cuando llegué al apartamento de Sofía, ella me hizo pasar al salón. Sus compañeras le habían cedido el salón para que pudiera discutir conmigo tranquilamente. Todas estaban al corriente de casi todo lo que nos pasaba. Había ciertos comentarios y aspectos que Sofía omitía para evitar rumores y cotilleos, pero todos en su trabajo sabían que se acostaba conmigo. Tras entrar, hice el intento de darle un beso, pero ella simplemente había cerrado la puerta, se dirigió al salón y se desplomó en un sofá.

—Tú dirás.

—Tienes muy mal aspecto. ¿Estás bien? —me miró con cara de pocos amigos.

—Leo, al grano.

—Hablé con la marca del spot publicitario y les he dicho que no lo haría si la modelo era Isabella y les he propuesto a otra chica.

—¿La conozco?

—Sí.

—¿También te la has follado?

—Pues sí —se levantó algo enfadada para echarme y yo intuí su reacción. ¿No quieres saber quién es?

—Me da igual quién sea. Por lo visto, te las has follado a todas.

—Estás siendo muy dura conmigo y no me lo merezco. Estoy intentando rehacer las paces contigo y no eres ni capaz de mirarme a la cara —me miró—, la modelo eres tú. —no se podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Qué?

—Pues eso, le propuse que fueras tú.

—¿Te estás quedando conmigo, verdad?, porque no tiene ni pizca de gracia. Sabes que nunca he trabajado como modelo.

—Pues por eso. Necesitan a una cara nueva y qué mejor que tú — ella estaba negando con la cabeza— Les dije que primero tendría que hablar contigo y les gustaría hacernos una prueba antes de firmar el contrato.

—Me vas a volver loca, ¿lo sabes?

—¿Eso es un sí?

—¿Pero por qué eres tan complicado? —en la cara de ella ya se reflejaba menos tensión, pero seguía estando algo pálida.

—Tú tampoco eres nada fácil, señorita —me atreví a acercarse a ella y a rodearla por la cintura con los brazos. Cuando ella me miró a los ojos, silenciosamente le pedí permiso para besarla y eso fue lo que hice. Cuando paré de besarla, ella colocó sus brazos sobre los míos.

—¿Y cuándo tendríamos que hacer esa prueba?

—Mañana por la tarde. ¿Te viene bien?

—Sí, supongo que sí.

—¿Por qué estás tan decaída?

—Llevo todo el día con la tensión por los suelos y varios días sin poder dormir plácidamente.

—Lo siento, preciosa.

—No te preocupes, solo tienes parte de la culpa. El otro resto ha sido mía.

—Sinceridad máxima.

—Jajaja, sí.

—Pues ya que nos estamos sincerando, he de decirte que has vuelto a perder peso. Por lo menos dos kilos más. ¿Comes bien?

—Sí Leo. Como lo suficiente.

Y tras decir esas palabras se desplomó en mis brazos. Menos mal que la tenía bien agarrada, que si no se hubiera chocado contra la mesa o contra el suelo. Pedí ayuda y enseguida llegaron sus compañeras de piso. Me ayudaron a tumbarla sobre el suelo y le levantaron los pies. Mientras ella recobraba el conocimiento, sus compañeras me comentaron que apenas había estado comiendo. Se podía pasar el día con una manzana y un par de yogures y que seguía yendo a entrenar cada tarde. Ellas habían notado que cada día se levantaba más cansada, pero se lo habían atribuido al gimnasio, no a la falta de alimentación. Yo estaba gravemente preocupado por su situación. Estaba siguiendo el mismo patrón que Gisela, pero esta vez no iba a permitir que Sofía se me fuera sin pelear por ella. Le pedí, a una de sus compañeras, que le preparase un tortilla a la francesa con atún y hasta que no se la comiera no me iría de allí. Cuando esta recobró el conocimiento, le ayudamos a incorporarse y la sentamos en el sofá. Le pusieron la tortilla y hasta que no dio el último bocado no me fui de su casa.

«Si no puedes volar entonces corre, si no puedes correr entonces camina, si no puedes caminar entonces arrástrate, pero sea lo que hagas, sigue moviéndote hacia delante»

Martin Luther King Jr

MIÉRCOLES 27

Tras levantarme a las 8:00, como todos los días, me vestí. Fui al cuarto de baño a peinarme y me miré al espejo. Estaba horrorosamente blanca. Tomé un poco de colorete y me lo coloqué en los pómulos, en la frente, un poco por la barbilla y el cuello. Me pinté una línea negra en la parte superior del ojo, marcando la miraba, la cual hacía días que estaba algo apagada debido a la pelea que había tenido con Leonardo. Me puse un poco de perfume y me dirigí al dormitorio. Tomé el bolso y el móvil, y lo deposité todo en la encimera de la cocina. Estaba tomando una taza de la estantería para prepararse un café, cuando empezó a vibrar mi teléfono. Era Leo.

—¿Ha ocurrido algo? —me extrañó mucho al ver la llamada de Leo tan temprano.

—¿Estás levantada?

—Sí, iba a prepararme un café.

—Ábreme la puerta.

—¿Estás en la puerta de mi casa? —aquello me pareció algo inimaginable.

—Exacto —colgué y me dirigí hacia la puerta de la casa. Allí estaba él, con una gran sonrisa en su rostro. En las manos llevaba un par de cafés calientes y traía pan recién horneado que había comprado en una panadería cercana.

—¿Qué haces aquí tan temprano?

—Traerte el desayuno. Me apetecía desayunar contigo y por eso estoy aquí. Tráete la mantequilla y desayunamos juntos —me había quedado estupefacta en la puerta y lo había visto dirigirse hacia el comedor con el desayuno.

—¿No te quedaste contento con la escenita de anoche? —Cerré la puerta y me dirigí a la cocina. La otra noche se negó a irse hasta que no me hubiera terminado hasta el último trozo de tortilla. Me estuvo amenazando que si no me la tomaba, él mismo me la iba a meter en la boca. Para mi disgusto me la tuve que terminar.

—Si lo que quieres, es que me quede mirándote cómo te vas consumiendo sin hacer nada, vas lista.

Cogí la mantequilla, un par de platos, un cuchillo y un par de servilletas.

Estuvimos desayunando en silencio y una vez que estábamos terminando, Leo fue el que rompió el silencio.

—Hazme el favor de que cuando discutamos no lo pagues con tu cuerpo. Parece que te gusta auto agredirte.

—El dolor es una forma rápida de saber que sigo viva.

—Hay otras formas más eficaces de hacerlo.

—Ya.

—¿Sigues molesta conmigo por lo de ayer?

—¿Tú qué crees?

—Pues no deberías estarlo. Lo hice por tu bien.

—Si darme de comer como una niña chica es por mí bien, tú mismo. Tampoco quiero que me des sermones. Ya soy mayorcita.

—Pues si eres mayorcita, deberías comportarte como tal y no auto castigándote. Si ayer no hubiera estado abrazándote, te hubieras dado un buen porrazo.

—¿Ya has terminado, papá, con la regañina? ¿Puedo irme a trabajar?

—Te lo estás tomando a broma, pero el tema de que no comas es muy serio, y te puedes ir rápidamente para el otro barrio.

—Leo, es muy temprano y si sigo peleándome contigo no voy a llegar a la mierda de trabajo que tengo, pero a pesar de eso, me gusta lo que hago. Te agradezco el desayuno, pero hazme el favor de meterte en tus asuntos.

—Tú eres un asunto mío.

—Dejé de serlo cuando me despediste —seguía seria y me estaba empezando a doler la cabeza. No había dormido tan bien como hubiera necesitado.

—¿No me ibas a dar una segunda oportunidad? —se había sorprendido al escucharme.

—Solo te dije que me lo estaba pensando y si sigues por el mismo camino.... —me iba a levantar, pero él me cogió de la muñeca y yo me volví a sentar. Nos miramos fijamente.

—¿Quieres que me vaya definitivamente de tu vida?

—Tal vez fuera lo mejor para los dos.

—Si me quieres echar de tu vida, lo vas a tener que hacer un poquito mejor ¿A qué hora tienes que estar en el trabajo?

—A las nueve, ¿por qué? —con la mano aún sujeta por mi muñeca, hizo que me levantara y me llevó hasta mi habitación. —¿Pero qué haces?

—Voy a hacerte el amor ahora mismo y después me dices si quieres que me vaya de tu vida. ¿Te parece bien?

—Paso. Son las ocho y media, necesito veinte minutos para llegar.

—Nos va a sobrar hasta tiempo.

Lo estuve discutiendo con él hasta el último minuto, pero a él no le importó. Me sentó en la cama, me subió la falda vaquera y me bajó las braguitas. En cuestión de segundos, yo ya estaba lista para él. Leo no se desnudó, simplemente se quitó el botón de los pantalones y se bajó un poco la ropa interior. Se arrodilló delante de mí y me penetró. Hizo que alcanzara el orgasmo en cuestión de minutos. No me hizo el amor, si no que fue sexo salvaje realizando embestidas fuertes y rápidas, sin miramientos, para que ambos descargáramos toda la tensión acumulada del día anterior. Una vez que terminamos, hizo que me pusiera un pantalón, ya que me iba a acercar al trabajo en su moto. Llegamos a este con cinco minutos de antelación. Él paró próximo a la entrada de las oficinas y yo me bajé de la moto. Ambos nos quitamos el casco y se lo devolví.

—Gracias por el paseo.

—De nada, un placer haberte traído. ¿Te apetece comer conmigo?

—¿Vas a seguir controlándome lo que como?

—No, si comes. ¿Cuánto pesas?

—No pienso decírtelo.

—¿Cuál es tu talla de pantalón? —empecé a sonreír, pero no abrí la boca— Sabes perfectamente que puedo saber ambas cosas con mucha facilidad.

—No te atreverás.

—¿Me estás retando? —también empezó a sonreír.

—No. No se me ocurriría. Salgo a las dos de trabajar. Sé puntual.

Ya me iba a ir, pero él me hizo señas para que le diera su beso de despedida. Se había puesto el dedo índice en los labios y le estaba pegando pequeños golpecitos para que yo supiera dónde quería su beso. Me acerqué a él y le di un rápido beso en los labios, pero él me atrajo hacía sí y me dio un beso muy apasionado, delante de todos los trabajadores que pasaban por allí, hasta de uno de mis jefes. Cuando me soltó, mi corazón palpitaba tan rápidamente, que me pensaba que se me iba a salir del pecho. ¿Cómo no iba a querer pasar más tiempo al lado de ese hombre, que con solo un beso, mi cuerpo podía flotar? Además, extrañaba tanto a él como a Gio y a María. Pero no estaba dispuesta a que él descubriera mi debilidad. Me habría prometido que no iba a caer tan fácilmente en sus manos, pero cuando él me tocaba, me besaba... mi mente desconectaba de mi cuerpo, y este era el único que mandaba sobre mí. Cuando llegó la hora de mi descanso me fui a buscar a mi compañera de piso, dónde estaban las administrativas. Todas me recibieron con un fuerte aplauso, ya que estas estuvieron mirando cómo Leonardo me había besado. Si el beso me había dejado sin aliento, el recibimiento me había puesto colorada como un tomate maduro, de la vergüenza que había sentido al saber que había sido el gran cotilleo del día.

A las 14:05 cuando terminé mi jornada laboral, me estaba despidiendo en la puerta de mi compañera de piso, allí estaba mi chico esperándome apoyado en la moto, con una sonrisa de oreja a oreja. Estaba realmente contento. Nos fuimos a comer, y tras comer me llevó a un estudio para hacer la prueba. Maquillaje me estaba preparando, cuando llegó el representante de la marca. Yo podía ver, a través del espejo que tenía delante de mí, cómo un grupo de hombres no me quitaban el ojo de encima pero no sabía a qué se debía. Leo estaba con ellos y les estaba explicando algo, pero no logré oír nada. Estaban demasiados lejos para escucharlos. Una vez maquillada, me mandaron para que me pusiera un modelo de ropa interior, que era lo que iba a promocionar. Era un corsé, el cual me recordó al que Leo me había regalado, aunque este tenía más encajes y era todo en negro. Resaltaba mucho en comparación con mi piel blanca. Sin decirme mucho, me pusieron delante de la cámara y este me empezó a hacerme fotos. Y allí estaba yo, en medio de una sala con muchas personas a mí alrededor mirándome sin mucho que hacer. Pensaba que me iban a indicar cómo quería que posara y demás, pero no me dijeron nada de nada. Leo me dio algunos consejos durante la comida de cómo actuar, pero habían

sido tan breves y me estaba agobiando con tantos flashes. Después de diez minutos, el fotógrafo paró. Se había estado moviendo a mi alrededor, pero sin decir nada y eso me había desconcertado mucho. El fotógrafo habló con uno de los hombres que me había estado observando a través del cristal y posteriormente se acercó a mí.

—Buenas tardes, Sofía. Soy el promotor de la marca. Físicamente me gusta mucho cómo te queda el conjunto —me había dado una pasada visual de arriba abajo—, pero me temo que no le muestras a la cámara tus encantos femeninos. La sensualidad que posees por naturaleza, no lo expresas y así no puedo hacer mucho por ti.

—Me temo que es mi primera sesión de fotos y pensaba que me iban a dar alguna indicación de cómo querían las fotos y demás.

—¿No te han dicho nada?

—No, nada de nada. Prácticamente me han soltado delante del fotógrafo y listo.

—Dame un segundo —el hombre muy amablemente se fue a buscar a alguien y a hablar nuevamente con el fotógrafo. Leo que había estado hablando con un grupo de hombres, se acercó a mí.

—¿Nerviosa?

—Bastante. Me ha dicho que le gusto.

—Sí, cuando te estaban maquillando ya les habías gustado, pero cuando te has puesto el corsé... uff, nos habíamos quedado todos mudos al verte. Se parece mucho al que yo te regalé —dijo mientras tocaba mi cintura y me miraba con ojos lascivos—. No me importaría quitártelo después de la sesión —me dijo en un susurro.

—Sofía, discúlpalos, pero la chica que tenía que decirte cómo queríamos las fotos no está aquí. El fotógrafo te irá indicando lo que hacer.

—Gracias.

Cambiamos de escenario y pusieron una cama, la cual era toda blanca. Me tumbé sobre ella y me colocaron el pelo hacia afuera, y el fotógrafo descalzo se subió rápidamente encima de la cama y me fue indicando que miradas tenía que expresar a la cámara. Después se bajó y yo me incorporé. Quería fotos

sexys pero sin ser porno. También me hice algunas fotos con Leo, para ver si la cámara también captaba la química que había entre los dos. Después de veinte minutos, ya habíamos terminado la sesión de fotos. Me volví a vestir rápidamente. Leo se reunió conmigo y nos dirigimos a las oficinas del director.

—Buenas tardes, tomad asiento —allí estaba el representante de la marca, el fotógrafo, el director y nosotros dos. Cordialmente se presentó y me estrechó su mano—. Hemos estado hablando este hombre y yo, refiriéndose al representante, y nos gusta mucho cómo has salido en las fotos que te han tomado, Sofía —estuvo pasando algunas de las mejores fotos que había tomado y ni yo misma me podía creer que esa chica era yo: segura de sí mismo, tremendamente sexy y desinhibida. Una preciosidad—. Además, la química que hay entre vosotros dos es muy buena —aunque Leo estaba totalmente vestido, se veía mucha complicidad en las fotos—. Nos gustaría formalizar contigo el contrato y firmarlo hoy, si es posible, para hacer la verdadera sesión fotográfica la próxima semana.

—Vaya... eh... gracias —Leo me apretaba la mano, dándome fuerzas. Creo que estaba orgulloso de mí, de cómo lo había hecho, contando que era mi primera vez.

—Vale, tomaré eso con un sí. Te cuento: la sesión la tendréis la próxima semana, porque hay que empezar a preparar la temporada de navidad, y tenemos el tiempo justo para hacerlo. Abajo supongo que te habrán pesado y medido y te habrán dado una copia con los datos —afirmé—, pues intenta que esas medidas y ese peso no cambien de aquí a una semana. Tendrás que cambiarte unas cuantas veces, ya eso te lo comentaran el mismo día y te irán dando indicaciones de cómo se van a realizar las fotos. El pago se haría al final de la sesión, pero previamente se te daría un anticipo. Si aceptas, te daré hoy mismo un cheque por quinientos euros y los dos mil euros cuando termines, ¿conforme?

—¿Dos mil quinientos euros por una sesión de fotos? —la pregunta se me había escapado de los labios. Estaba flipando. Eso tenía que haber alguna equivocación para tanto dinero.

—¿Le parece poca la cantidad, Sofía? —el representante fue el que respondió. Parecía un poco ofendido.

—Ah, no, no, todo lo contrario. Simplemente que me parece mucho dinero —los allí presentes, hasta Leo se habían empezado a reír por el comentario. Yo me puse colorada al instante.

—Guapísima, si me haces ganar mucho dinero, puedes apostar a que te voy a hacer de oro. Ahora mismo te parecerá mucha cantidad, pero si sigues trabajando para mí, dentro de poco tiempo te parecerá una ridiculez —dijo el representante de la marca—. Estoy deseoso de ver las fotos vuestras.

—Una cosa más, Sofía. La maquilladora me ha dicho que tienes muchos cardenales. Me gustaría saber a qué se deben —comentó el director, un poco incómodo.

—Practico king boxing diariamente.

—Si no te importa, esta semana, intenta no pelearte con nadie. Cuanto menos maquillaje haya que ponerte, muchísimo mejor.

—Muy bien, eso haré.

Una vez que firmamos, Leo me llevó a mi casa. Quería ir a cenar para celebrarlo, pero yo estaba algo cansada. Seguía pasando mala noche y eso hacía estragos en mí. Nos despedimos dulcemente y él se fue a su casa. Prácticamente no nos volvimos a ver en toda la semana, ya que él tenía dos partidos esta semana.

MES DE SEPTIEMBRE

MIÉRCOLES 3

Se iba aproximando el día en que Gio empezaría el colegio y era un día muy importante para él. Estaba todo el día liada: por las mañanas en el trabajo y después por la tarde en el gimnasio. Apenas si tenía tiempo para llamarlo. Esa mañana me había sobrado unos minutos del desayuno y decidí llamarlo. Descolgó el teléfono a la segunda llamada.

—Dígame.

—¡Buenos días!

—¡Hola Sófi! ¿Cómo sigue tu padre?

—Hola Gio, muy bien. Ya parece ser que se está recuperando.

—¡Fantástico! ¿Cuándo regresas?

—Gio, cariño, no es tan fácil. Mi padre está mejor, pero todavía no está bien para dejarle solo.

—Jo — se le notaba que estaba algo triste al escuchar aquello— yo pensaba que ibas a estar aquí para venir conmigo a mi primer día de clase.

—No sé si podré estar allí. Va a ser muy complicado que me pueda escapar.

—No pasa nada, Sófi. Lo entiendo.

—Y cuéntame, ¿qué has estado haciendo desde que no hablamos?

—Pues me he quedado en casa de mi amigo Aron unos días, el hijo de Jorge.

—Ah, muy bien, ¿y qué más?

—Pues otro de los días, también se vino a casa y lo hemos pasado muy bien.

—¿Sigues hablándote con la chica de Italia?

—Sí, solemos escribirnos un e-mail todos los días y algunas veces nos conectamos al Skype para vernos y hablar, pero hay días que su conexión va

muy lenta y no podemos.

—Me alegro de escuchar que todo va bien.

—Ya, pero yo te extraño, Sófi.

—Y yo a ti, precioso. Lo siento, pero te tengo que dejar.

—Vale... un besito

—Otro para ti.

Se me partía el corazón de escucharlo y tenía muchas ganas de estar con él, sobre todo, el día en que empezara el nuevo curso. Tal vez, iba a tener que darle esa segunda oportunidad a Leo, antes de lo previsto, y sobre todo, hacer el esfuerzo de afrontar una nueva relación. Solo la idea me daba pánico. Ya sabía cómo había terminado mi anterior relación con mi prometido, pero...si no le daba una oportunidad, sería una desgraciada el resto de mis días: sola, sin hijos y sin un marido amoroso que me besase diariamente.

Leo fue muy puntual y a las 16:00 vino a recogerme. A las cuatro y media empezábamos nuestra sesión de fotos y necesitaban mínimo media hora para maquillarnos. Básicamente, lo que querían vender era ropa interior, tanto la normal como puede ser braguitas y sujetadores, como corsé y pijamas de lino y seda. Una de las fotos que más me gustó fue cuando Leo estaba en bóxer y yo tenía puesto un corsé en rojo. El rojo me sentaba mejor que el negro, había que reconocerlo. Él estaba sentado en la cama, con las manos apoyadas en ella hacía atrás aguantando su propio peso, y yo tenía puesta una pierna sobre la cama, supuestamente subiéndome o bajándome una de las medias. Si no hubiera sido por el montón de personas que teníamos allí, se hubiera lanzado hacia donde yo estaba. La verdad es que se controló mucho y no me extrañaba, ya que la noche anterior habíamos tenido tanto sexo seguido que había perdido el número de veces que me había hecho el amor. Por lo visto, era la única forma de que estuviera tranquilo, ante tanta exhibición de carne por mi parte. Cuando fui al probador a ponerme otro de los corsés, pero este en negro, vi por allí una máscara y la cogí. Me la puse y le consulté al fotógrafo si podíamos hacer alguna foto a lo Christian Grey. También me acordé de la famosa corbata gris perla que ellos utilizaban, y uno de los que estaban allí me ofreció la suya, para que la utilizara tanto Leo como yo. Pronto se estrenaría la película y sería una buena forma de llamar la atención. A este le pareció una idea fenomenal y nos hicieron alguna así, tanto de forma individual como con Leo. Terminamos

la sesión a las ocho y media de la tarde. Estaba literalmente muerta. Aunque habíamos hecho algunas paradas, parecía que eso no tenía fin. Leo seguía tan fresco. Para él era algo normal. Esa noche acepté su invitación de ir a cenar.

—Gracias —le dijo al camarero tras traernos el vino y pedir.

—Estoy muerta. Pensaba que eso de hacerse foto era más rápido.

—Vamos, que te pensabas que era dinero fácil.

—Y lo es, no me malinterpretes. Cualquier persona necesita trabajar muchos meses para obtener ese dinero. Yo misma en la industria.

—Por cierto, ¿qué tal te va?

—Pues muy bien. Estoy muy contenta con Diego. Explica todo con lujo de detalles y tiene mucha paciencia conmigo para explicarme lo que no entiendo o no hago bien. La bruja se enfadó conmigo por haberme ido con él, y ahora le está exigiendo a los de arriba que vuelva con ella. ¡Qué mujer más odiosa! Seguro que es una separada a la cual hace tiempo que no le dan caña.

—Qué mala eres. ¿Ya has pensado que vas a hacer con ese dinero extra?

—Pues si te soy sincera, todavía no sé lo que voy a hacer con él —nos quedamos un rato en silencio, ya que había traído la comida y estábamos los dos hambrientos. Ya nos habían servido un mousse de chocolate cuando reanudamos nuestra conversación— ¿Sigues queriendo que vuelva a vivir con ustedes? —Leo que estaba llevándose una cucharada a la boca, depositó la cuchara en el cuenco e hizo que yo también soltara la cuchara. Puso cada una de sus manos sobre las mías que estaban encima de la mesa.

—¿De verdad lo estás diciendo? —en sus ojos se expresaban el desconcierto que tenía en su interior.

—Sí.

—¿Por qué? —ahora el desconcierto era mío. ¿A qué venía esa pregunta?

—Lo he estado pensando y creo que estoy preparada para tener una relación formal contigo, con todo lo que conlleva eso.

—¿Y a qué se debe ese cambio tan repentino?

—Porque extraño dormir contigo, levantarme y tenerte ahí, esperándome con mi beso. Adoro la forma en que me mimas y además, extraño a María y a

Gio.

—¿Estás segura de querer dar ese paso? No estoy dispuesto, a que mi familia ni yo, volvamos a sufrir lo que ya hemos pasado. Si te vienes a vivir a mi casa, no habrá vuelta a atrás.

—De acuerdo.

—Lo digo en serio.

—Yo también.

—Entonces no te importará que hablemos de boda.

—Leo...eso.... —quitó mis manos rápidamente de debajo de las suyas. Una cosa era ir a vivir con él como su novia y otra era hablar de boda. Él también recogió sus manos.

—No estoy diciendo que ahora mismo tengamos que hacerlo, pero antes de que se termine el año, tendremos que haber fijado una fecha. No quiero esperar más.

—No estoy preparada para dar ese paso.

—Pues entonces no quiero que te vengas a vivir a mi casa —eso me había dejado alucinada. ¿Qué? Él tan tranquilamente volvió a tomar la cuchara para comerse su postre y yo me había quedado sin palabras.

—¡Pero cómo puedes tener tanta cara! —aquello le parecía muy gracioso, porque seguía comiéndose el mousse tan alegremente mientras que yo no daba crédito.

—¡Ah...! Mi casa, mis normas. Así que, señorita, tiene dos opciones: o te vienes a mi casa como mi prometida o te quedas dónde estás hasta que te animes a ser mi querida esposa.

—Que fuerte me parece. Puedo obtener otra opción.

—Mmm... ¿Cuál?

—Regresar como la profesora de tu hijo.

—No. Me niego. Si entras en mi casa va a ser con algún anillo en el dedo.

—¿Y si te soborno?

—Mmm... ¿Con sexo? —se le había puesto esa carita de niño travieso que

tanto me gusta.

—Sí, puede ser. Creo que en eso soy buena.

—Tendrá que ser la próxima semana, porque esta semana ya me he cobrado el soborno —se carcajeó.

—¡Serás...! —le tiré la servilleta.

Terminé de comerme el mousse que me había dejado y me llevó a casa. Ya cuando nos estábamos despidiendo en la puerta notamos algo raro y efectivamente, había unos paparazzi haciéndonos fotos desde detrás de un coche. Me dio un beso furtivo en los labios y desapareció sin decir nada más. Los días pasaron y él no volvió a dar señales de vida. Posiblemente estaba molesto por eso.

SÁBADO 6

—Buenas tardes.

—Hola preciosa. ¿Qué tal estas?

—Bien y tú, ¿qué tal estas?

—Muy bien, ¿a qué debo tu llamada?

—Solamente quería saber si todo entre nosotros estaba bien.

—Ah, sí, lo siento. He estado algo liado estos días y cuando ya he llegado a casa era demasiado tarde para llamarte.

—¿Sabes que mientes muy mal?

—¿Por qué tendría que mentirte?

—Porque si no tienes partidos, sueles estar más tranquilo por las tardes como para poder llamarme y hasta la semana que viene no los tienes.

—No se te escapa ni una, eh. Pero de verdad que he estado liado. He estado de reformas en casa.

—¿De reformas? ¿Qué estáis reformando?

—Pues mi antiguo dormitorio, el que está al lado de la escalera. —Hemos ampliado el vestidor. Cuando dormía allí, ya tenía las cosas algo apretadas y siempre había querido ampliarlo para un futuro volver a trasladarme allí.

—Ah. Pensaba que me estabas dando coba.

—Nunca se me ocurriría, señorita. ¿Tienes ganas de verme?

—La verdad es que sí. ¿Quedamos hoy?

—Mmm...depende. ¿Ya tienes respuesta para mí?

—No, todavía no he hecho una lista de pros y contra.

—Pues entonces, no nos vemos. —Bromeó.

—Que fuerte me parece. ¿Prefieres estar solo en vez de estar aquí conmigo?

—No cariño, pero es una forma de hacerte un poco de presión para que te animes a dar el paso.

—Entonces... ¿hasta que no te dé una respuesta, no nos vamos a ver?

—Posiblemente.

—Jo, así tampoco te voy a poder sobornar.

—Exacto.

—¿Lo tienes todo pensado, verdad?

—Pues sí. Es mejor evitar tentaciones. Además, tengo una sorpresa para ti, pero me temo que hasta que no vengas a mi casa, no te la voy a poder dar.

—Bueno... a ver que yo me aclare. ¿Qué quieres una prometida?

—Sí.

—¿Podemos prometernos y fijar la fecha más adelante?

—Mmm... si te pido matrimonio, en una semana máxima había que fijar fecha de boda.

—Uff Leo... ¿pero por qué?

—Porque es lo correcto —me quedé un momento pensando—. Ya sé que la otra vez que fijaste fecha te pasó algo muy malo, pero esta vez, será diferente, te lo aseguro —no había vuelto a hablar—, ¿sigues ahí?

—Sí, sí... solamente que estoy pensando. Vale, si acepto fijar fecha... ¿todo volvería a ser cómo era antes de irme?

—No, cambiarían muchas cosas.

—Por ejemplo...

—Dormiríamos juntos siempre y te trasladaría a mi dormitorio. Ya tendríamos que hacer más cosas de pareja, como asistir a bodas de los amigos, viajar, actos benéficos y demás cosas que se suelen hacer.

—¿Podría seguir trabajando?

—Claro que sí, siempre que puedas compaginar trabajo con ser madre.

—¿Cómo que ser madre? Leo, por dios, no me acojones...

—Serías la madrastra de Gio —ufff que alivio. Ya lo que me faltaba—. Además, también me gustaría ser padre otra vez.

—¿Eso también tiene fecha? Digo lo de ser padre.

—Mínimo nueve meses desde que se encargue, pero no. No hace falta que lo encarguemos después de dar el sí quiero. Yo puedo ser padre con noventa y nueve años, pero ser madre es diferente.

—Ya, ahí te doy toda la razón.

—¿Entonces, qué me dices?

—Que tendrás que verme en persona para saber la respuesta.

—Usted como siempre, señorita. Eres una buena jugadora y lo sabes. Nunca desvelas tus cartas hasta última hora.

—Exacto.

—¿Si voy ahora, seguro que me darás una respuesta?

—Mmm... si no vienes, nunca lo sabrás.

—¿O es que quieres un poco de sexo?

—Siento decirte que no me apetece mucho. Estoy premenstrual.

—Bueno, si no te parece mal, me paso mañana por tu casa para desayunar y ya hablamos detenidamente. ¿Te parece bien? Hoy están terminando y quiero revisar que todo esté correctamente realizado.

—Me parece estupendo.

—Un besito, princesa.

—Otro para ti.

«Es importante que de vez en cuando recordemos cómo han sido las cosas, así veremos que

no son regalos si no conquistas» Amelia Valcárcel

DOMINGO 7

Tal como había prometido, a las 10:00 de la mañana apareció Leo con el desayuno. Traía cinco cafés recién hechos, bastantes calientes, y seis bollitos recién salidos del horno. Leo tuvo la gentileza de invitar a desayunar a todas mis compañeras de piso. Después de desayunar, ya se fueron disipando y la mayoría se fueron a pasar el día fuera. Anteriormente, les había comentado a las chicas que tenía pensado dejar el piso, pero no sabía hasta cuando estaría allí. Todo dependería de la conversación que tendría con Leo ese día. La noche anterior, me había costado la misma vida quedarme dormida y esa mañana tenía un nudo hecho en el estómago. Estaba impaciente por hablar del tema con él, pero con todas ellas por allí, no quise comentarle nada.

Cuando fueron las 11:20 ya estábamos solos en el piso. Leo tomó asiento en uno de los sofás y yo me puse a su lado pero en otro de los sofás. No sabía si quedarme sentada o dar vueltas por el salón de lo nerviosa que estaba.

—Bueno... tú dirás. Como no empieces a soltar lo que estás pensando te va a dar algo.

—No es fácil, Leo.

—Claro que lo es. Solo tienes que decir sí o no. Así de simple —me levanté y empecé a dar vueltas por el salón. Él no dijo nada, simplemente esperó a que yo me animase a hablar.

—También tenemos que hablar del trabajo. No te quise comentar nada por teléfono.

—Tú dirás.

—El viernes me propusieron estar a jornada completa. El yogur para los niños, ya está listo para ser comercializado, y ahora quieren que investiguemos o inventemos, uno para adultos. Les dije que me lo pensaría y que la próxima semana les daría la respuesta. No sé qué hacer, porque son muchas horas. Sería de ocho a dos y de cuatro y media a seis y media. Si acepto eso, me partirá toda la tarde y apenas voy a poder ayudar a Gio con los estudios, porque voy a estar muerta y tendría que ir menos días al gimnasio. Ufff, estoy liada.

—¿Y si le propones un nuevo horario?

—¿Eso se puede hacer?

—No lo sé, es una idea —nos miramos—, podrías proponerle de siete a tres o simplemente seguir con el mismo horario. Si te agobia mucho el tema, siempre podríamos buscar una profesora de apoyo para Gio.

—Nada de mujeres. Si tiene que venir alguien, que sea un profesor.

—Vale... nada de profesoras.

—El lunes le plantearé el nuevo horario, a ver qué tal se lo toman. Si tiene que ser el otro horario, pues que solamente me dejen media hora para comer. El turno partido es una mierda.

—Muy bien. Ya tenemos eso listo y a Gio también. Por lo pronto empezaremos normal, sin profesores de apoyo y si necesita ayuda, le buscamos un profesor masculino para que lo ayude.

—Perfecto.

—Ya solo te falta decirme sí o no —me volví a sentar. Aquello era más fuerte que yo. Todavía seguía pensando en dar el paso o no. Leo se puso de rodillas enfrente de mí y se colocó entre mis piernas para poder mirarme a los ojos— ¿Quieres que te lo pida con anillo y todo?

—No Leo, no es eso. Simplemente que es un paso muy grande lo que me estás pidiendo. Estoy aprendiendo a gatear y ya me estás pidiendo que corra. Y sí, quiero anillo y pedida romántica.

—¿Quieres que te haga el amor para que te termines de aclarar?

—Qué malo eres. Qué bien te gusta jugar tus cartas.

—También soy un buen jugador, señorita, a pesar de que me ganaras la única vez que hemos jugado con las cartas. Vamos a hacer una cosa. Hoy te vienes para casa y te instalas en mi dormitorio y cuando estés algo más cómoda, te pido matrimonio de forma romántica, con anillo incluido y fijamos la fecha.

—¿Vienes con las ideas claras?

—Tan claras como aquel día que quería hacerte el amor por primera vez.

—Y te saliste con la tuya.

—Tú tampoco pusiste muchos impedimentos. A lo primero, te resististe,

pero comprendiste que era algo que iba a pasar tarde o temprano entre nosotros, igual que ahora.

—No tengo hechas las maletas.

—Eso me da igual. Con que te pilles algo de ropa, será suficiente. Ya vendremos por ellas otro día, y así te despides de tus compañeras o ¿ya te has despedido?

—No. Solo saben que posiblemente me fuera a vivir nuevamente contigo.

—Vamos, que ya están buscando nueva compañera de piso.

—Sí, se podría decir que sí —nos empezamos a reír.

—Pues ala, mete algo de ropa, que hoy comemos en casa en familia.

—¿Tienes ganas de hacer las paces con tu madre?

—Pues sí, has dado en el clavo. Ahora mismo voy a llamarla para decir que voy contigo para comer allí y que no le diga a —Gio, y así le das una alegría al pobre. Por cierto —dijo mientras sacaba una caja de su bolsillo y la abría—, esto es tuyo —era mi gargantilla con el corazón que me había regalado. La había mandado a arreglar. Se levantó y me la colocó en el cuello— Ahora está en mejor sitio. Te quiero, Sofia.

—Y yo a ti, Leonardo.

Después de eso, nos fundimos en un maravilloso beso. Tras coger varias prendas del armario, tanto para estar allí como para ir a trabajar, nos fuimos cada uno en nuestros respectivos coches. Cuando llegamos a la casa Leonardo fui a la cocina y allí estaba María, terminando de poner la mesa. En cuanto subí, nos abrazamos y las dos empezamos a llorar. Gio estaba arriba en su dormitorio jugando a la Play y por tanto no se enteró de mi llegada. Yo quería darle una sorpresa y todos subimos para arriba sin hacer ruido. Ninguno se quería perder nuestro reencuentro. Muy despacio abrí la puerta, pero él no se había enterado, ya que, tenía la televisión un poco alta. Me senté en la cama y lo vi jugar durante unos minutos, el cual estaba sentado en el suelo, encima de una alfombra. María y Leo se habían quedado en la puerta sin hacer ruido. Gio estaba jugando un partido de fútbol y le acaban de meter un gol.

—Jo, otro.

—Si es que eres muy malo, aunque tu padre es peor, según me dijo el otro

día —en cuanto hablé, Gio se giró y al verme allí, había tirado el mando de la Play y vino corriendo hacia mí. Se tiró en mis brazos, tirándome encima de la cama. Gio empezó a llorar—. No llores mi niño que te pones muy feo.

—¿De verdad estás aquí? ¿No te vas a volver a ir y me vas a volver a dejar solo? —el niño me miraba con los ojos llenos de lágrimas y yo también empecé a llorar.

—No cariño. Mi padre ya está bien y he venido a quedarme aquí contigo —le estaba quitando con las manos las lágrimas.

—Gracias, Sófi.

Estuvimos un buen rato allí los dos abrazados sin decir nada más. Leonardo y María se habían ido a la cocina para hablar y dejarnos tranquilos con nuestro reencuentro. Había sido muy tierno y conmovedor. Aunque yo no había engendrado ni parido a aquel niño, lo quería como si fuera mío.

—¿Me perdonas mamá?

—Sí, cariño. Pero te prometo, que como lo vuelvas a fastidiar con Sofía, el que se va a ir de la casa esta vez vas a ser tú.

—Gracias mamá, eres la mejor —nosotros también nos habíamos dado un gran abrazo. Hacía muchos meses que no estábamos bien el uno con el otro. Justo desde que esta se había ido. Al cabo del rato bajaron los dos y se unieron al abrazo familiar—.

Habíamos comido muy animadamente y todo parecía como si no hubiera pasado nada. Sofía se instaló en mi dormitorio, el cual había sido trasladado a la planta superior, donde habíamos hecho las reformas. Yo sabía que tarde o temprano, ella regresaría a la casa, y había que hacer un hueco para la ropa de mi futura esposa. Desde que ella se había marchado de la casa, no habíamos dormido nunca juntos, y esa noche fue ideal para únicamente dormir los dos abrazados. Nos parecía mentira a ambos estar allí juntos de nuevo.

«Para salvar la especie humana es preciso tener en cuenta las emociones y, por tanto, revisar por completo el modo de pensar y actuar exclusivamente en el raciocinio»

Rita Levi Montalcini

A la mañana siguiente fuimos a llevar a Gio al colegio, como si ya

fuéramos una familia. Gio estaba más que contento porque todo volvía a la normalidad y allí estaba Sofía con él. Cuando bajamos del coche, Gio me cogió de la mano y a Sofía con la otra, y nos fuimos hacia la entrada del colegio. En la puerta nos esperaba su tutora, Silvia, para darnos la bienvenida al nuevo curso escolar. Gio se despidió de los dos y se fue para adentro con sus compañeros. Cuando ya volvíamos hacia el coche, vimos que allí también estaban Laura, Jorge, Eduardo y Nuria que también habían llevados a sus hijos al primer día de colegio. Estuvimos saludándonos, y propusieron hacer una barbacoa próximamente para celebrar el nuevo curso escolar de los niños.

Los días fueron transcurriendo normalmente y todos habíamos empezado con una rutina. Sofía habló con sus jefes y le dieron un ultimátum: o seguía con el mismo horario o se tenía que amoldar al nuevo horario. Esta prefirió seguir con el horario actual, ya que así tendría más tiempo libre por la tarde. A Diego, no le hizo mucha gracia, ya que ella le ayudaba bastante y tenía buenas ideas. Yo seguí en mi misma línea: entrenamientos por la mañana y gimnasio por la tarde. Ya había empezado con los partidos y eso me tenía a veces algo estresado, porque no conseguíamos ganarlos todos. Me daba mucho coraje que mis compañeros no se esforzaran igual que yo.

DOMINGO 14

Ese domingo los chicos tenía partido en Valencia y las chicas, decidimos reunirnos en casa de Laura para el ver el partido junto con los niños. A parte de la Nuria y Emma, también estaban algunas de las chicas con las cuales había salido una vez de copas, y una de ellas era la que se casaba a la siguiente semana. Al final éramos ocho chicas, de las cuales, tres estaban sin pareja y eran compañeras de profesión de Laura. Habíamos dejado a los niños en el salón, esperando a que empezara el partido, y nosotras nos habíamos dirigido a la cocina para servirnos una copa de vino tinto.

—¿Cómo está la futura novia? —me acerqué a ella, pero no se acordaba de su nombre.

—Un poco nerviosa. Ya solo me falta recoger esta semana mi vestido de novia, por lo demás, todo está listo.

—Me alegro mucho por ti. Vas a ser una novia muy guapa.

—Gracias.

—Y hablando de novia... ¿Ya Leo se ha declarado? —Laura como siempre tan oportuna.

—No Laura, todavía no —ya era la tercera vez, que formulaba la pregunta desde que había llegado a la casa, y esta vez se la tuve que responder para ver si me dejaba en paz. Estaba más pesada de lo normal.

—Menos mal que ya has vuelto a la casa, porque Leo estaba bastante antipático con todos y de muy mal humor —me había dicho Laura, y Emma había confirmado asintiendo lo que Laura había comentado— ¿Te gusta jugar con él, verdad Sofia? Siempre poniéndolo al límite.

—No sabes una mierda de nuestra relación —ya estaba cansada de reírle las gracias y menos mal que en la cocina solo nos encontrábamos los adultos.

—Solo sé lo que Jorge me cuenta y a mí me da la impresión de eso, de que juegas con él.

—¿Y si quiero jugar con él, a ti qué te importa?

—Me importa porque es mi amigo.

—Si fuera tu amigo no estarías siempre diciéndole lo que tiene que hacer o ¿te crees que no me ha contado, que cada vez que viene a tu casa, sale el nombre de Isabella a relucir?

—Yo creo que ella es mejor para él, y tú no estás a su altura.

—Señoras, esta conversación se está poniendo algo personal, ¿sería posible que nos dejaran a mí y a Laura a solas, por favor? —mi dosis de paciencia se había agotado ese día, e iba a dejarle las cosas claras a Laura.

—Lo que tengas que decir, lo puedes decir delante de ellas. No tengo nada que ocultar.

—Tú misma. Isabella es una verdadera gilipollas igual que tú y por eso os lleváis tan bien las dos.

—Vaya... no sabía que ibas a seguir por ahí, pero ya puestos, que sepas que solo te he invitado porque mi marido me lo ha pedido.

—Me parece estupendo, porque yo también he venido porque Leo me lo ha pedido. Las dos sabemos que no nos caemos bien.

—No me gustas desde que te vi. Con esa carita de tonta que tienes y al final has resultado ser una manipuladora y una arpía.

—Vaya, nunca me habían dicho eso. ¿Manipuladora por qué?

—Porque te has metido en la cama de Leo a través su hijo.

—Ha surgido así.

—¿Lo tenías todo planificado, no? Primero te hacías amiga del niño y luego te follas al padre. ¿Cuándo empezaste a follártelo, antes o después de que cortara con Isabella?

—¿De quién es la pregunta, tuya o de Isabella? ¡Bien que te gustaría saberlo, eh! jajaja —No me podía creer que las cosas fueran por ese camino. Laura estaba algo exaltada y muy furiosa conmigo porque le había quitado el novio a su amiga.

—Eres una caliente pollas y por eso Leo está encoñado contigo.

—Si fuera una caliente pollas, como tú dices, ya me hubiera follado a tu magnífico marido las veces que yo hubiera querido, porque creo que no come muy bien en casa y tiene que buscar fuera algo de picoteo.

—¡¡Serás puta!!

—No cielo, puta hubiera sido si me lo hubiera follado, pero no lo hice, entonces buscó consuelo en otra de tus supuestas amiguitas —Laura se quedó muerta al escuchar aquello.

—Mientes.

—Puedo tener muchos defectos, pero mentirosa no soy. Pregúntale a alguna de tus queridas amigas. Puedes empezar por las que están aquí, a ver si alguna te confiesa cuando se la chupó a tu marido. Seguro que hace bastante tiempo que no le haces una buena mamada Jorge, ¿verdad?

—¡Eres una hija de puta mentirosa! —vino hacia mí con la mano levantada con intención de pegarme.

—Si fuera tú, me controlaría un poquito. No creo que quieras pelearte conmigo —se paró en seco al escuchar aquello y se sorprendió—. Me alegro de que te hayas acordado de Víctor.

—Quiero que ahora mismo te vayas de mi casa.

—Claro que sí, encantada.

—Sófi, Sófi... —Gio llegó corriendo a la cocina—, ya va a empezar el partido.

—Gracias Gio, pero vamos a irnos para casa, que me duele un poco la cabeza. ¿Nuria y Emma os venís para mi casa? Perdona, pero no me acuerdo de tu nombre ¿te gustaría venirte con nosotras? —refiriéndome a la futura novia.

—Sí, gracias —dijo la chica que tampoco se llevaba precisamente bien con Laura. Nuria y Emma también recogieron sus bolsos.

—Te he acotado un poco a las chicas a las cuales les tienes que preguntar. Si tienes amigas así, yo me buscaría otras menos putas.

Emma, Nuria y la futura novia, junto con sus respectivos hijos se vinieron conmigo a casa de Leo para ver el partido. Como no había mucho en frigorífico para tantas personas, pedimos pizzas para todos. Los niños estuvieron más que encantados. Una vez que cenamos mientras veíamos el partido, los chicos se fueron a jugar a la Play al dormitorio de Gio, dejándonos a nosotras en el salón. Nos estábamos sirviendo la segunda botella

de vino, cuando retomamos los temas de mayores.

—Sofía... ¿Cómo sabías que Jorge le había sido infiel a Laura? —me había preguntado Nuria.

—Lo he visto alguna vez que otra tontear en el gimnasio. Siempre ha sido muy cuidadoso con las chicas, pero uno de los días, ya a última hora, escuché a alguien gemir en los servicios. Fui algo curiosa, he de confesarlo, y esperé escondida a que terminaran. Cuando salieron, era él y una de las amigas de Laura, pero no os voy a decir cuáles de las tres fueron, lo siento.

—¿También intentó ligar contigo?

—Sí, al principio de empezar a trabajar para Leo, pero nunca le he dicho nada a este, con que...si alguna se va de la lengua... sé que habréis sido alguna de vosotras.

—No creo que ninguna de nosotras diga nada. No es un tema que queramos comentar con nuestros maridos —comentó Nuria.

—¿Estás bien? —dije a la futura novia, ya que estaba algo pálida y muy callada.

—Sí, medianamente estoy bien. Solamente que ahora mismo tengo un problema. Las tres parejas vais juntas en la misma mesa y no sé si Laura y Jorge querrán asistir a la boda ahora. No me gustaría que hubiera tensión entre vosotras.

—No te preocupes por nosotras. Es el día de tu boda y lo que tienes que hacer es disfrutar y pasarlo en grande. Ya cuando lleguen vuestros chicos a casa, comentarles algo, pero intentar no darles muchos detalles.

—Gracias por sacarme de allí. Laura nunca me ha caído bien —dijo la futura novia.

—Creo que todas las que estamos aquí no nos ha caído bien nunca. Propongo un brindis.

—Tú dirás —dijo Emma.

—¡¡ Por la finalización del reinado de Laura!! —todas empezamos a reír y brindamos.

—Todavía no me puedo creer cuando le soltaste lo de la mamada a su

marido —comentó Nuria.

—Ni cuando le dijiste que le estaban poniendo los cuernos —dijo Emma.

Todas volvimos a reír de nuevo por la situación que habíamos pasado. Pasó de ser bastante tirante a ser graciosa. Seguramente nuestros chicos no estarían tan conformes cuando llegaran a casa y supieran en qué había quedado reducida la reunión. Cuando ya se fueron todas las chicas, le envié algunos Whatsapps a Leo.

Sofia: hola guapísimo. Muchas felicidades por ese pedazo de partido
23.09

Leo: hola guapísima... ya estamos casi listos para meternos en el bus. Todo bien en casa de Laura? 23.35

Sofia: Mmm, sí y no. Ya te lo explicaré cuando llegues a casa. Es un poco extenso para explicártelo así y prefiero hacerlo en persona 23.40

Leo: Me estás acojonando. La has liado? 23.43

Sofia: Sí, bastante. Lo siento 23.43

Leo: :s Llegaré de madrugada. Mañana me lo cuentas? 23.45

Sofia: Sí, cariño. 23.46

Leo: Ya estás en casa? 23.46

Sofia: Sí y voy para la cama. Ya la casa está en silencio 23.48

Leo: Que duermas bien. Un beso preciosa. 23.48

Sofia: Intenta tener un poco de paciencia conmigo y por favor, no obtengas un veredicto hasta tener toda la información, vale? otro para ti. 23.54

Leo: Lo intentaré. 23.56

LUNES 15

Cuando amaneció, Leo estaba durmiendo a mi lado. Se habría acostado bastante tarde, ya que no me enteré cuando llegó. Intenté salir de la cama, pero me atrapó antes de que pusiera un pie en el suelo.

—Suéltame un momento que voy a ir al baño.

—Mmm —Leo seguía con los ojos cerrados y me había dejado ir. A los segundos, volví y le di la espalda para acurrucarme con él. Él me empezó a hablar, pero seguía con los ojos cerrados. Prácticamente hablábamos en un susurro— ¿Cómo puede ser, que solo lleves un día conmigo, aquí de vuelta, y ya te has peleado con media pandilla?

—¿Ya te has enterado?

— Como para no enterarme. Iba sentado con Jorge en el autobús y los chillidos de Laura se escuchaban perfectamente.

—¿Estás enfadado conmigo?

—Todavía me falta escuchar la otra versión de la historia para dar mi veredicto.

—Sabía decisión. ¿Quieres que te la cuente ahora o cuando desayunemos?

—¿Tienes tiempo?

—Mmm... poco, la verdad, pero estoy ansiosa por contártelo.

—Tenemos todo el día. A la hora de comer me lo cuentas.

—Vale. Dame un beso que me voy a vestir.

Me vestí y bajé a desayunar. Subí al dormitorio y me cepillé los dientes. Cuando ya estaba lista para irme, me acerqué a él y le di un beso, pero él seguía durmiendo profundamente, ya que no se había movido ni nada. Las horas pasaron muy lentas, ya que quería contárselo todo y no quería que se enfadara conmigo. Cuando terminé a las 14:00, salí rápidamente de allí. Cuál fue mi sorpresa cuando me lo encontré esperándome en la puerta, a la sombra con el casco puesto. Nada más llegar, se quitó el casco, me atrajo hacia sí y me dio un beso bastante largo y apasionado. Estaba de buen humor. Una vez que me dejó sin aliento, me ofreció un casco y nos fuimos para la casa.

—¿Qué tal ha ido el día?

—Bueno, he tenido días mejores. Ha sido una mañana algo pesada porque estamos desarrollando algunas ideas que tiene Diego. ¿Por qué esa cara de felicidad?

—¿Te acuerdas de los documentales de leones, dónde la leona protege a sus cachorros de cualquier depredador? —no sabía a dónde quería ir con lo que estaba diciendo. Tomé de un bol de la mesa de la cocina un trozo de zanahoria pelada y le había dado un mordisco. Asentí—. Pues a ellas me recuerda usted, señorita, siempre tan protectora con los suyos —tras masticar y tragarme el trozo le comenté.

—¿Qué se supone que he hecho ahora para que me compares con una leona? —No estaba enfadada por la metáfora, pero sí algo sorprendida.

—Esta mañana fui a casa de Christian, porque tenía unos vaqueros de él y Emma tuvo la amabilidad de contarme lo que había ocurrido en casa de Laura. La verdad es que mucho ha tardado Laura en explotar. Ella se había alegrado mucho cuando nos peleamos y bueno, ella me envenenó un poco para despedirte —él me había atrapado entre sus brazos y ambos seguíamos mirándonos fijamente—. Plantó en mí la duda, de que tú estabas conmigo solo por el dinero, y que habías utilizado a mi familia para llegar hasta mí. También me estuvo insistiendo en que habías sido tú la que llamó a los fotógrafos para en un futuro cuando me dejaras, poder sacar un buen pastón de todo eso.

—Ya, eso mismo me lo he imaginado yo.

—Lo que nunca me pude imaginar es que Jorge tuviera un desliz extra matrimonial. ¿Por qué nunca me dijiste nada de eso?

—Es tu amigo, solo por eso. Y ya me había imaginado que alguien te había coaccionado para que me echaras tan rápidamente de tu vida sin preguntarme previamente.

—Lo siento, por todo lo que te hice.

—No te preocupes. Está medianamente olvidado. ¿Crees que se separarán estos dos?

—Pues no tengo ni idea. Lo que sí sé es que ellos no irán a la boda. La verdad es que me preocupé cuando me dijiste que la habías liado, pero ya estoy más tranquilo.

—Espero que no estés enfadado conmigo, pero Laura me estaba sacando de mis casillas y no se lo iba a consentir, lo siento.

—No tengo nada que perdonarte. Has hecho lo correcto. Alguien la tenía que poner en su sitio y si ya te tenía envidia, ahora cuando salgan tus fotos por toda España, mucho más.

—Ah, la del spot.

—Sí, efectivamente. Ven que quiero enseñarte algo —Me llevó hasta su oficina y me dio un sobre y empecé a sacar varias fotos. Éramos nosotros dos, pero no me reconocía en las fotos—, me las ha dado el director para que las tuviéramos nosotros. Estas las colocarán en los autobuses en el mes de octubre —era una foto únicamente mía con lencería en blanca y otra, la que llevaba el corsé en rojo y él estaba en bóxer en la cama sentado. También había otra de él, apoyado en una pared—, y han hablado con la productora de «Cincuentas sombras de Grey» para en el mes de febrero poner las que nos hicimos con la máscara y la corbata. Darán propaganda, tanto a la película como a la ropa interior. Con que, si no le has dicho nada a tus padres, es mejor que se lo vayas comentando para que no les un infarto cuando te vean ligerita de ropa.

—Gracias por el consejo. Ahora no me parece tan buena idea de que me vean así en toda España.

—Estás muy sexy en las fotos, ¿lo sabes, verdad? —seguía mirando las fotos y no me encontraba.

—No parezco ni yo. Estoy tan....

—Espectacular. Tú no te ves así, pero eres así de hermosa.

—Me miras con buenos ojos.

—No cariño, solo tienes que ver las fotos. Ellas hablan por sí mismas. Bueno, creo que va siendo hora de comer. Luego se las enseñamos a mi madre, pero no le vamos a decir quién es la chica, ¿te parece?

—Vale, me parece bien —nos cogimos de la mano y nos fuimos a la cocina.

Tras comer, fui a la oficina a por el sobre de las fotos y el móvil de Leo tenía una luz parpadeando, con que, también lo cogí. Le deposité a María las fotos y ella, enseguida había reconocido a su hijo, pero a pesar de que llevaba las gafas de cerca, no lograba adivinar quién era la preciosa modelo. Su cara

le era familiar.

—De verdad, que no sé quién es esta preciosidad.

—¿Estás segura, mamá?

—Sé que la conozco, pero ahora mismo no caigo.

—Es Sófi, mamá —María que seguía mirando las fotos mientras hablaba, levantó la cabeza hacía mí y se le formó en la boca una o por la sorpresa.

—¿Desde cuándo haces publicidad, Sofía?

—Pues ha sido el primer trabajo que he hecho.

—Cariño, estás preciosa, pero has perdido bastante peso desde que no nos vemos. Cuando te vi después de que te fueras, tenías algunos kilitos más que en esta foto.

—¿Cómo? ¿La has visto después de que se fuera? —Leo no daba crédito.

—Cariño, que tú te enfadaras con ella no quiere decir que yo también lo estuviera. Cuando me contaste aquello, lo hablé con ella detenidamente. Me costó una tarde entera que me escuchara detenidamente.

—Pensaba que me habías dado una segunda oportunidad por cómo me he portado contigo en estos últimos meses —Leo se había sentado y se había colocado la cabeza entre las manos, colocando los codos en la mesa. Se sentía herido por aquello. Me senté a su lado e hice que este me mirase. Se giró y quedamos frente a frente.

—Leo, tu madre me contó todos los detalles que tú omitiste para no hacerme daño, pero yo necesitaba conocerlos para poder perdonarte. Pensaba marcharme para Cádiz el mismo domingo, pero accedí a hablar con ella antes de irme. Hablamos en un bar de Atocha, con que imagínate lo desesperada que estaba por huir de aquí. Yo estaba allí con tres maletas y bastante apenada. El que te diera una segunda oportunidad, es gracias a ti. Tu madre solo hizo que me parase a escuchar tu error y te diera la oportunidad de rectificar, cosa que no pensaba hacer.

—Lo siento cariño. No volverá a pasar. Y tú, mamá —se volvió hacia el otro lado—, gracias mamá. Me diste la vida y ahora me has dado una segunda oportunidad para ser feliz.

—Ven cariño —madre e hijo, se levantaron y estuvieron un rato abrazados y a María se le saltaron las lágrimas de ser tan feliz. Me hicieron un hueco, y también me uní a su abrazo.

SÁBADO 20

Parecía mentira cómo habían pasado los días. Esa misma semana Leo había tenido partido el jueves y había sido fuera de Madrid, por tanto, estuvimos casi dos días separados. La mañana del sábado tuvo que ir a entrenar como cualquier día y así yo tuve tiempo suficiente para ir a la peluquería. La semana había sido un caos en el departamento de I+D, ya que teníamos varias propuestas para los directivos, pero ninguna les terminaron de convencer. Diego, el pobre, estaba que trinaba. Después del todo el trabajo que estaba realizando, los de arriba no lo apreciaban. Gio había empezado muy bien el curso y estaba llevando al día sus tareas, así como el estudio. Por ahora, apenas había necesitado mi ayuda, pero Leo y yo nos habíamos repartidos las tareas. Yo le corregía la tarea y su padre de preguntaba la lección del día. María, volvía a tener tiempo para ella, pero algo menos que cuando yo era su profesora. El martes fuimos a recoger mis pertenencias del piso e invité a todas mis compañeras a cenar. Margui y Leo ya se llevaban un poco mejor y tenía la esperanza que su amistad mejorara con el tiempo. Me hizo mucha gracia cuando escuché a Margui decirle que le rompería una pierna si volvía a hacerme daño. Siempre tan protectora conmigo. Era una buena amiga.

El jueves, aprovechando que Leo no estaba nos fuimos de compras. Como había perdido bastante peso, a todos los trajes que tenía en el armario había que cogerle, pero no tenía ninguno largo como para ir de boda. Después de pelearme mucho con Leo, conseguí descambiar todas las prendas que había dejado en mi armario con la etiqueta, a pesar de que había pasado el tiempo que indicaban en los tickets. Leo y María eran muy buenos clientes y nos les importaron hacer una excepción. En una de esas mismas tiendas, había un precioso vestido en color burdeos de palabra de honor todo de gasa. Me encantó en cuanto lo vi, pero era una locura el precio que ponía 2000 Euros. Iba a salir espantada cuando María le preguntó si tenía la talla 38 y la chica, enseguida me lo trajo. En cuanto la chica nos dejó solas en el probador hablé con María.

—María, esto es una locura. ¡Qué son dos mil euros!

—Cariño, con lo que hemos devuelto, te sobra hasta para los complementos.

—Ya lo sé María, pero con un traje más barato me puedo arreglar.

—Y después dice Laura que eres una caza fortunas. Anda, pruébatelo y salimos de dudas.

—María...

—Sofía... pruébatelo y si no te gusta cómo te queda, ya hablamos, ¿vale?

—Vale...

María se salió y me dejó que yo me vistiera. Cuando estuve lista, la dependienta entró a subirme la cremallera. Iba a salir descalza, pero la chica me ofreció unos zapatos de mi número en negro para darle más vistosidad al vestido. La verdad, había que reconocerlo, era precioso. Aunque era de palabra de honor tenía un bonito escote en forma de corazón. Tenía varios pliegues por debajo del pecho y parecía que tuviera un corte por la zona de la cintura. La falda era amplia y tenía muchos volantes, los cuales empezaban por debajo de las caderas. La chica, antes de salir, me colocó un bolígrafo que llevaba en las manos, para formarme un recogido, ya que yo llevaba una coleta y con un recogido, el traje quedaba mucho más elegante. En cuanto me miré al espejo se me cayó la baba. No porque yo fuera demasiado presumida, o que no me suelen decir piropos, pero estaba preciosa. La chica salió antes que yo. En cuanto María me vio, me dio un repaso de arriba abajo e hizo que me diera la vuelta.

—Sofía cariño, estás preciosa.

—Gracias, María.

—¿Nos lo llevamos, verdad?

—María, es mucho dinero para gastarme en un vestido.

—Por eso no te preocupes, mi hijo estará más que de acuerdo de que nos lo llevemos.

Y así lo hicimos. El traje venía con un fular del mismo color y como ya tenía unos preciosos zapatos en negro, así como un bolso de mano del mismo color, ya estaba lista. Con el fular fuimos a por una corbata para Leo del mismo color. Él ya había elegido lo que se iba a poner esa misma tarde, con que ya estábamos los dos listos para la boda. Solo me faltaban unas medias. Como hacía mucho calor, decidí comprarme unas medias de muslo, las cuales

tenían un poco de silicona en el filo, para que no se cayeran y eran más cómodas que las medias tradicionales.

Ese sábado, María se había venido conmigo a la peluquería. A parte de hacernos ambas la manicura y la pedicura, me realizaron un semi recogido y además, me habían maquillado. Quería que una profesional me diera ese toque de glamur, necesario para la ocasión. María me confesó que me había extrañado mucho y que echaba de menos el tiempo que pasábamos las dos juntas. Yo era lo más parecido a una hija y se sentía muy orgullosa de mí. Después de comer, era hora de prepararse, ya que la ceremonia era a las cinco de la tarde. Leo, como siempre estaba listo mucho antes que yo. Estaba en ropa interior cuando vino al dormitorio y desde el umbral de la puerta empezó a hablarme.

—Sabe, señorita, que así, únicamente con la ropa interior y medias ya está muy sexy.

—Gracias. Tú también estás muy guapo —él se había acercado hasta dónde yo me encontraba y le centré un poco la corbata. Los pantalones de pinzas le hacían un trasero precioso, ya que tenía el culo un poco respingón.

—Toma —depositó en la palma de mi mano una caja mediana. Era demasiado grande para albergar un anillo, pero nada más verla, mi corazón se paralizó y él seguramente lo había notado, ya que intentó serenarme—. Tranquila que solo es un detalle —cuidadosamente la abrí, y allí había un par de pendientes.

—Leo, no te lo puedo aceptar. Ya el traje ha resultado escandalosamente caro como para que me vengas ahora con estos pendientes que tienen pinta de serlos también.

—Me lo puedo permitir, te lo aseguro. Además, al devolver toda la ropa, se puede decir que el traje ya está pagado.

—¿Son de plata?

—¿Los pendientes? Eh, no. De oro blanco. No te tires de los pelos, pero en cuanto los vi me gustaron.

—¿Lo has elegido tú solito?

—Bueno... la dependienta tuvo la gentileza de ponérselo en la oreja para que yo me pudiera decidir, pero sí, yo los he elegido.

—Son preciosos, gracias —le di un beso en los labios como muestra de agradecimiento. Mmm qué bien olía mi novio.

—Ven, déjame ponerlos.

—¿Y qué hacías en una joyería? —la pregunta le pareció algo graciosa y tras formularla, yo había caído en la cuenta de que había ido a buscar mi anillo.

—Tenía algo de tiempo libre y como ya estás en casa, pues quería ver que me podían ofrecer.

—Ya, claro.

—Listo, preciosa. Me voy para abajo mientras terminas de arreglarte. Espero que te quede poco. Son las 16:15 y pronto habrá que salir para la iglesia.

—Sí, ya solo me falta perfumarme, ponerme los zapatos y el vestido.

—Muy bien, abajo te espero.

Los pendientes eran preciosos. Eran de oro blanco con pequeños diamantes incrustados en la parte superior, la cual formaba una gota de lluvia y en la parte baja del pendiente tenía una perla. La pulsera que me puse fue la que me regaló Klaus. Iba perfectamente con los pendientes. Ambos me daban el toque de elegancia que me faltaba. Pensaba ponerme unos pares de pendientes que ya tenía desde hacía tiempo, pero estos eran fenomenales. María vino al cabo de los segundos para subirme el vestido y se quedó asombrada lo guapa que estaba. Ella fue a llamar a Gio y bajaron. Cuando llegué abajo había tres pares de ojos que me miraban intensamente. Leo estaba también muy guapo con su traje de chaqueta y su corbata en burdeos. María nos hizo unas cuantas fotos y Gio fue enseguida a mandárselas a sus abuelos. Tras despedirnos de ellos, nos fuimos a la iglesia. Tuvimos que dejar el coche en un aparcamiento subterráneo, ya que no encontrábamos ningún hueco para aparcar. Cuando llegamos a la iglesia, con tiempo de sobra, nos encontramos allí a un novio algo nervioso y que no paraba de mirar hacia la entrada. Estuvimos saludando a los conocidos y pronto tomamos asiento, ya que, la novia había sido puntual. Fue una ceremonia muy emotiva, en la cual, los novios dijeron sus propios votos. Más de una estuvo allí llorando, entre ellas yo. Los novios estaban guapísimos. Ella iba vestida muy clásica y sencilla, con una cola muy larga y velo. Llevaba tres niños con los añillos y las jarras,

todos vestidos iguales. Cuando llegamos al banquete, descubrimos que allí había mucha más gente de la que parecía que había en la iglesia, ya que esta era muy grande. Lo celebraron en el ático de un hotel de Madrid. Desde allí se podía ver un precioso atardecer y estos, llegaron en el momento en que el sol se estaba poniendo. Previamente a la llegada de los novios, nos sirvieron champán y en cuanto ellos llegaron, todos los invitados brindamos por los novios. Tras tapear un poco de pie durante el cóctel, el cual duró una hora, nos acomodaron en nuestras respectivas mesas. En lugar de Laura y Jorge había una pareja más, la cual también era compañero de Leo. Pasamos una velada la mar de distraídos. Tras costar la tarta y bailar el primer baile como casados, era hora de la barra libre. Ya eran las 1:00 cuando empezamos con la primera copa. Muchos de los invitados se fueron pasadas las 3:00, pero todavía habíamos muchos por allí con ganas de fiestas. Serían las 4:30 cuando mis pies no aguantaban más y fui a sentarme a una de las mesas de la terraza donde habíamos tenido el cóctel. También necesitaba un poco de tranquilidad. Ya me había descalzado y había puesto los pies en otra de las sillas cuando lo vi aparecer:

—¿Qué haces aquí solita? No te preocupes, no hace falta que bajes los pies. Me imagino que los tienes algo estropeados con tanto bailar.

—Hola Jorge, no te había visto en la boda.

—Llegué hace un rato. Se casa un amigo y he querido pasar un rato con él y su esposa.

—Siento lo que pasó con Laura.

—¿De verdad lo sientes? —me miraba directamente a los ojos y yo me había quedado muda— Porque he de agradecértelo.

—¿Por qué?

—Porque estaba hasta los cojones de Laura, siempre controlándome y aunque en un principio no me hizo mucha gracia que le dijeras lo de mi infidelidad, supuestamente, me ha perdonado. Todas sus amigas negaron que hubieran tenido algo conmigo, pero he de confesarte que me las he follado a las tres que dejaste en mi casa. No te guardo rencor, si es lo que estás pensando, y también me alegro de que no le dijeras a Leo nada de que te estuve tirando los tejos.

—Tampoco tonteaste mucho conmigo que digamos.

—No estuve más encima, porque pronto noté que Leo sentía algo y hablaba muy bien de ti. Si no llega a ser porque le gustabas, seguramente hubiera intentado algo contigo. Por cierto, estás preciosa.

—Gracias.

—¿Os vais a divorciar? —la pregunta salió de mis labios antes de que me hubiera dado tiempo pensarlo más detenidamente.

—No lo creo. Aunque ella tiene cosas que me saca de quicio, en el fondo nos queremos.

—¿Por qué te casaste con ella?

—Jajaja, curiosa pregunta. Llevábamos diez meses de novios y se quedó embarazada. Lo propio era que nos casáramos y cómo nos queríamos y me gustaba mucho...

—¿Por eso coaccionasteis a Leo para que me dejara? —no me iba a callar una pregunta que hacía tiempo me quemaba en mi interior.

—Me encanta que seas directa y sí. Pensábamos que ibas tras su dinero y su estilo de vida. Estaba y está demasiado enamorado de ti y creíamos que eso no era muy normal. Nunca lo había visto tan impulsivo y jamás había demostrado sus sentimientos en público, y eso que hace tiempo que nos conocemos. Leo siempre ha sido una persona divertida y muy alegre, pero casi siempre estaba tenso por su entorno. Ahora lo veo más relajado y me alegro. Eres una buena chica y muy guapa. Siento mucho el dolor que te hemos hecho pasar, tanto Laura como yo, por aquel error que cometimos y espero que en un futuro nos puedas perdonar. Pero me gustaría pedirte un favor.

—Dime

—Cuida de mi amigo y espero que seáis muy felices —no me dio tiempo contestarle cuando apareció Leo por la puerta buscándome. Me dio un beso en la mano como forma de despedida.

—¿Qué quería Jorge? —me comentó Leo tras sentarse a mi lado.

—Solamente quería darme las gracias por poner a Laura en su sitio.

—Curioso, ¿verdad?

—Mucho.

—¿Te ha gustado la boda?

—La verdad es que sí. Una ceremonia muy sencilla y preciosa. La comida, a mi parecer ha sido un poco excesiva. Los entrantes, seis platos y el postre. El último ni lo llegué a probar. Pensaba que iba a explotarme el traje.

—Qué exagerada. ¿Te duelen los pies?

—Una barbaridad y eso que estos zapatos los tenía un poco domados.

—¿Quieres que vaya al coche por zapatos los planos?

—¿No te importaría romper un poco el protocolo?

—En absoluto. Hace media hora que hasta el novio pasa del protocolo. Me llevo estos y ahora vuelvo —me dio un beso en los labios y se fue con mis zapatos dejándome un rato tranquila. Estaba algo cansada. Hacía mucho meses que no me iba de fiesta por derecho y eso se notaba.

Después de que Leo regresase, nos metimos para adentro otra vez y seguimos con la fiesta hasta el final. Eran las 7:15 cuando nos fuimos al buffet del hotel a desayunar. Ya solo éramos cuatro parejas más los novios para desayunar. Una vez que nos saciamos de comer, nos fuimos a casa a descansar.

DOMINGO 21

Al día siguiente nos levantamos bastante temprano para haber dormido solamente cuatro horas. A la una de la tarde bajamos a la cocina y no había nadie. Yo tenía algo de hambre, pero ya esperaba a las dos para comer. Localicé a María en la piscina, la cual estaba leyendo y Gio estaba nadando. Leo se fue a su despacho a mirar unas cuentas y yo me puse el bañador y me fui a la piscina a contarle a María lo que hicimos en la boda. Después de comer, Leo y yo nos fuimos a dormir la siesta. El míster les había dado el día libre, ya que seguramente con la boda, la gran mayoría no iba a aparecer para entrenar. Sobre las seis de la tarde me llamó Leo para que fuera a su despacho. Quería hablar algo conmigo.

Toc, toc...

—Pasa.

—¿Querías verme?

—Sí, pasa y siéntate. Quiero que veas algo —me enseñó un par de folios dónde tenía su calendario, tanto de partidos como de descansos.

—Vale, muy bonito tu planning de trabajo, pero no sé lo que me quieres decir con esto.

—Pues, básicamente, con esto te estoy diciendo en qué fecha te gustaría que nos casemos, si en diciembre, enero o en junio.

—Puff... ¿de verdad que tenemos que decidir esto ahora?

—Lo vamos dejando y el tiempo se echa encima.

—Diciembre y enero son fechas muy malas para casarse con eso de las navidades.

—¿En junio entonces? —empecé a contar los meses que quedaban para que llegase esa fecha.

—¿Y por qué no lo dejamos para el dos mil dieciséis? Para preparar una boda hace falta mucha planificación y para junio solo faltan nueve meses.

—No hace falta más tiempo, cariño, ¿o me vas a decir que cuando vayas a ser mamá no te dará tiempo acostumbrarte a la idea?

—Ya, pero en el nacimiento solo viene uno... y en una boda hay que preparar para muchas más personas —a Leo aquello le parecía divertido al juzgar por su sonrisa.

—¿Te estás acojonando otra vez?

—Sí, ¿contento?

—No precisamente, pero no quiero esperar hasta el 2016 para que seas mi esposa. Además, nos podríamos casar el 14 de junio, que es domingo, casi nuestro aniversario. ¿Qué te parece?

—Lo siento, pero no te puedo contestar a eso. Todavía no me has pedido matrimonio cómo para fijar fecha —había admitido mi derrota y ya la idea no me abrumaba tanto. Estaba sonriendo.

—Mmm, esto se pone interesante. De acuerdo, tomada indirecta. Anda, dame un beso y ya te puedes ir.

«La vida es tan incierta, que la felicidad debe aprovecharse en el momento en que se presenta» Alejandro Dumas.

SÁBADO 27

El viernes, Leo había tenido partido y menos mal que lo habían ganado. Los dos últimos partidos los habían perdidos y el ánimo del equipo había decaído un poco. Al haber ganado, el místico les dio el día libre, con que esa mañana pudimos desayunar como una pareja más. La semana se me había hecho muy pesada, porque mis jefes no estaban contentos con ninguno de los productos que les habíamos presentado nuevamente y estábamos, tanto Diego como yo, ideando alguno nuevo. Gio empezaba a tener exámenes y teníamos que estar más pendientes de él para que estudiara. También se iba acercando su cumpleaños y había pensado en hacerle una fiesta sorpresa, pero no sabía exactamente cómo acostumbraban a celebrar su cumpleaños. Lo mejor era hablarlo con Leo directamente o con María, que seguramente era la que lo planificaba. Gio estaba en su cuarto y María estaba en la cocina leyendo.

—Hola María.

—Hola preciosa.

—María, se va acercando el cumpleaños de Gio y me gustaría saber cómo lo soléis celebrárselo.

—El año pasado alquilamos disfraces y pusimos varios castillos hinchables. Decoramos todo el jardín y vinieron todos sus amigos. Hizo buen tiempo y lo celebramos todo en el jardín. Este año, no sé qué querrá hacer Gio. ¿Has pensado en algo?

—Mis cumpleaños eran mucho más simples. Bocadillos, tarta, refrescos y algunos juegos con los amigos y familiares más allegados. ¿Crees que sería mejor hablarlo con Gio?

—Sí, será lo mejor. En un año ha madurado mucho. Está mucho más centrado.

—Gracias María.

Toc,toc...

—Pasa —Leo estaba al teléfono y me dijo que me aproximara a él y que me sentara en su pierna y eso hice—. Muy bien, gracias. Listo. Soy todo tuyo —me plantó un beso sonoro en los labios— ¿A qué debo tu visita?

—Se va acercando el cumpleaños de Gio y quería saber, antes de preguntarle a él qué quiere hacer, cual es el presupuesto que tengo para celebrárselo.

—¿Con tres mil euros tendrías suficiente? —ese hombre se había vuelto loco.

—¿No crees que eso es excesivo?

—Que va. Todos los años, los padres hacen competiciones para ver cuál es la mejor fiesta de cumpleaños.

—Pues valiente gilipollez. Lo importante es que los chicos lo pasen bien.

—¿Has pensado en algo?

—Tu madre me ha comentado que lo hablase con Gio antes que nada y también me ha dicho lo que hizo el año pasado. ¿A Gio le gusta la nieve, no?

—Sí, ¿por?

—¿Has oído hablar de Madrid Snowzone?

—No mucho, te escucho.

—Es un lugar donde los niños pueden esquiar o también hay una zona de toboganes dónde con unos donuts pueden deslizarse por rampas de nieves. Yo había pensado más bien en los toboganes. Eso cuesta a 10 Euros la hora por niño y por 6€ más por cabeza, le pondrían un Happy meal y tarta, para merendar. También he pensado en la opción de que la merienda sea aquí en casa y vez de una hamburguesa se le podría poner bocadillos ¿Cómo lo ves?

—Me gusta tu idea, pero mejor comentárselo a Gio.

—¿Nos dejarías el sótano para celebrarlo allí? Porque si van primero allí, después ya estará oscuro y hará algo de frío. Por supuesto, se quitaría todas las bebidas alcohólicas y yo no los dejaría solos.

—Mmm... bueno, ya eso lo hablaremos más detenidamente.

—Vale. Pues eso haré, hoy que no tiene apenas que estudiar ni hacer tarea —ya me iba a levantar de su pierna cuando toma entre sus manos mi cara y me da un beso tan cargado de emociones que me dejó sin aliento. Cuando me soltó, mi corazón todavía iba a mil por horas y hasta las piernas me temblaban— Vaya... ¿eso que ha sido?

—Es mi forma de agradecerte lo buena que eres con mi familia.

—Ah, vale. Bueno, te dejo trabajar. Voy a hablarlo con Gio.

—Muy bien, preciosa.

Toc, toc

—Hola Sófi.

—¿Qué haces Gio?

—Estoy terminando de repasar lengua, lo que dimos el viernes por si tengo alguna duda.

—Me parece muy bien. Se va acercando tu cumpleaños y quería saber qué te gustaría hacer.

—Pues este año no sé qué hacer.

Tras contarle el plan que había pensado, a Gio le encantó la idea. Le gustó la idea de primero ir a la nieve un rato y luego merendar en la casa. Y así lo hicimos. Después de que estudiara, me facilitó una lista con los amigos que quería invitar y ya estuvimos preparando las invitaciones para su cumpleaños y planificando lo que podríamos para merendar. También estuvo buscando música para poner luego por la tarde. Leo accedió a que usáramos su cuarto en el sótano para hacer la fiesta allí.

MES DE OCTUBRE

VIERNES 3

Llegó el día esperado. Después de comer, decoramos toda la entrada, así como la escalera hasta llegar al cuarto donde tendría lugar la celebración. A Leo y Gio lo pusimos a llenar globos con helio, mientras que María y yo preparábamos los bocadillos y la mesa con los vasos. En la barra dejamos las patatas fritas, los saladitos, las gomitas y los frutos secos para cuando estuviéramos todos allí colocarlos en los platos. Eran veinte niños, entre chicas y chicos. Gio invitó a los hijos de Jorge y de Eduardo. Yo también invité a Emma y a Nuria para que me hicieran compañía. Alquilamos un mini bus para llevar tanto niño. Los padres los dejaron en el Madrid Snowzone, pero tendrían que recogerlos en la casa de Leo a la hora que se les puso en las tarjetas de invitación del cumpleaños. La verdad, era que los niños pasaron una buena hora con tanta subida y bajada. Yo también probé los donuts, y eso cogía bastante velocidad. María y Leo también se animaron a bajar, aunque María solo bajó una vez porque eso era demasiada adrenalina para ella. Una vez que llegamos a la casa, llegaron Christian con Emma y Daniela para pasar un rato con nosotros y también se acercó Jorge, pero sin Laura. Todavía Laura seguía un poco molesta conmigo y yo agradecí enormemente de que no viniera.

Después de cantarle cumpleaños feliz a Gio, cortamos la tarta y a continuación, estuvo abriendo los regalos. Prácticamente el resto de la tarde se la pasaron bailando. Serían las 20:00 cuando se fue el último chico. Me iba a poner a recogerlo todo, cuando Leo me comentó que no tocara nada, que ya se encargaría el servicio el lunes. Todavía no me había acostumbrado a que ciertas personas hicieran cosas que se suponía que tenía que hacer yo.

Después de cenar nos fuimos directamente al dormitorio. Estaba algo cansada después del largo día, pero no tenía sueño y entonces me acordé:

—Leo, ¿tienes sueño?

—No mucho, la verdad. ¿Me está proponiendo algo indecente, señorita?

—Sí. ¿Qué te parece si jugamos al strip póquer?

—Había oído hablar de ello pero nunca he jugado.

—Es lo mismo que jugar al póquer, pero el jugador que pierda, pierde

prenda. Ambos tenemos que empezar con el mismo número de piezas de ropa.

—¿Y el que se quede sin ropa?

—Podemos ponerle un castigo.

—Mmm, ¿por ejemplo?

—¿Un striptease?

—Vale, me parece bien.

Después de unas cuantas partidas, ya me encontraba en ropa interior y él solo se había quitado el jersey. Dos prendas más y estaba fuera. Como ahora no bebía, no podía intuir qué cartas llevaba. No paraba de devorarme con los ojos, mientras que yo intentaba centrarme en el juego. Mucho tiempo así y no tardaríamos en dar por finalizada nuestra partida.

—Bueno, creo que el ganador es obvio, ¿no?

—El que me hayas ganado dos manos seguidas no quiere decir nada.

—Hacemos una cosa. Yo te hago striptease y luego me haces alguna cochinada. ¿Qué te parece?

—¿Qué quieres que me cague o me haga pis encima de ti?

—¡¡¡ Nooo!!! ¡Qué asco!

—Te he entendido jajaja —me miró con cara de pocos amigos pero parecía divertido.

Puso música de fondo. Inicialmente llevaba una camiseta blanca y unos vaqueros. Se puso delante de mí y empezó a moverse. Vaya, bailaba mucho mejor de lo que había imaginado. Se deslizó hacia un lado y después con un movimiento de hombros empezó a bajar hacia abajo moviendo todo su cuerpo completamente. Después siguió moviéndose y se quitó la camiseta. Me encantaba ver cómo ese precioso cuerpo de dios griego se movía solo para mí. Seguía moviéndose y yo flipaba cada vez más. Se dio la vuelta y empezó a mover el culo. ¡Joder! ¡Hubiera sido capaz de quitarle los pantalones con los dientes! Sin dejar de bailar, vino hacia donde yo me encontraba y se acercó tanto que me cortó la respiración. Sin tocarme hizo como el que me tocaba todo el cuerpo y yo simplemente me estaba derritiendo allí abajo. Fue a levantarse pero no lo dejé. Lo quería desnudar y lamerlo de arriba hacia

abajo. Y eso fue lo que hice al son de la música.

VIERNES 10

La semana se me estaba haciendo muy pesada. Estaba echando más horas de las que figuraban en mi contrato, por ayudarle algo más a Diego. Me había quedado dos horas más diarias, pero el viernes Leo tenía partido y le había prometido que estaría en las gradas para verlo jugar. Había insistido mucho en que fuera y hasta se lo tuve que prometer. También quería que previamente fuera a casa a darme una ducha y estar mucho más que presentable, que seguramente los paparazzi me fotografiaran. Parece que todavía lo estaba escuchando: «Ahora eres una imagen pública y tienes que proyectar belleza. Parecer como si te acabaras de duchar. Pronto aparecerás por toda Madrid y te tienes que comportar como una modelo» Uff, que pesado. Desde el lunes no paraba de darme la lata. Tuvo el detalle de regalarme tres entradas para que mis antiguas compañeras de piso me acompañaran. Ellas estaban más que encantadas de ver un partido desde el campo y sobre todo porque eran gratuitas. Por lo visto, según ellas, se jugaban mucho en ese partido. El viernes por la mañana, me tuve que pelear con uno de los jefes superiores porque quería que me quedara más tiempo y le dije que no:

—Necesitamos que te quedes, mínimo, hasta las siete.

—Imposible ya he quedado y no puedo faltar a la cita.

—De verdad que te necesitamos. Eso tiene que salir el lunes a primera hora.

—¿Me vais a pagar todas las horas extras que he echado esta semana?

—No. La has echado porque has querido.

—Entonces, perfecto. No pienso volver a echar ni una hora extra nunca más, con que a las dos me voy.

—Puede ser que te vayas indefinidamente... —vaya, me estaba amenazando, fantástico.

—Si usted piensa que no soy imprescindible....

—Nadie lo es en esta vida. ¿Te vas a quedar hasta que termine Diego de hacer todas las gestiones?

—No. Cuando den las dos de la tarde, me iré.

—Entonces no hace falta que den las dos, puedes recoger tus cosas ahora mismo.

—Muy bien, pero que sepa, que el producto no podrá salir al mercado ni el lunes ni nunca.

—¿Por qué lo dice? —el pez gordo se estaba acojonando ahora.

—Porque es mi patente. Si yo me voy, la fórmula también me la llevo conmigo y todo el trabajo que hemos estado haciendo durante el último mes no habrá servido para nada. La única que conoce la fórmula soy yo y no he dejado ninguna muestra para poder reproducirla. Diego se lo podrá colaborar. Y si me disculpa...

—Oye, Sofia, espere un momento.

—Dígame.

—No nos puedes hacer esto.

—Claro, pensaba que era una patente de Diego, ¿no? pero déjeme decirle, que ya he registrado el producto a mi nombre y si quieren hacer algo con ello, ya saben lo que tendrán que hacer. Pagarme por los derechos. Ustedes se pensaban que era una cara bonita sin cerebro, pero me temo que os ha salido el tiro por la culata. El lunes, si me apetece, volveré por aquí y ya volvemos a hablar del tema. A ver si ahora, soy algo más dispensable para esta empresa. Buenos días.

A las once y media del mediodía, ya estaba en casa. Primero fui a hablar con Diego del asunto y aunque en el primer momento no le gustó lo que había hecho, comprendió mi postura. A María le conté todo lo que me había pasado y a ella le pareció fantástico. A las seis y media empezaba el partido de fútbol de Leo, con que, a las seis ya estábamos todos allí. Era un partido bastante importante para Leo, ya que había insistido mucho en que fuéramos para darle apoyo al equipo y sobre todo a él. Nos habíamos reunido un buen grupo: María, Gio, Emma sin Daniela (la cual la había dejado con sus abuelos), Nuria con sus dos hijos, mis dos antiguas compañeras de piso, Margui y yo. Estábamos muy cerca del campo de fútbol, tanto, que prácticamente estábamos sentados encima del banquillo del equipo de Leo. Tras hacer el calentamiento, empezaron a salir los compañeros de Leo con lo que parecían pancartas, pero también había allí jugadores del otro equipo. Había en total veintiocho jugadores más Leo. Se pusieron todos en una línea, casi a la mitad del campo,

mirando hacia nosotros, y Leo al final de ellos, situado enfrente de por dónde habían salido al campo. Por los altavoces del estadio empezó a sonar la canción de Bruno Mars, «Marry you» y entonces, todos los chicos a la vez levantaron las pancartas y qué veían mis ojos:

SOFIA ¿QUIERES CASARTE CONMIGO?

El estadio, desde que había empezado a sonar la canción, se había quedado en completo silencio y supuse que hasta mi corazón se paró en ese instante. Todo lo que me había estado diciendo Leo era por eso, porque me iba a pedir matrimonio delante de millones de personas, tanto por las que estaban en aquel estadio como los que estaban en casa. Todos mis acompañantes me estaban observando y Leo también. Me costó mucho tiempo reaccionar. Parecía que había pasado horas cuando mis piernas consiguieron ponerse en pie. Gio me tomó de la mano y me comunicó que lo acompañara. Seguramente estaba al tanto de lo que tenía que hacer. Yo simplemente lo seguí. Mi cerebro había desconectado de mi cuerpo. Bajamos rápidamente las escaleras y un segurata nos dejó continuar sin preguntar. Estaba sonriendo cuando pasamos. Cuando llegamos al campo, Gio me soltó la mano y dejó que yo fuera a buscar a Leo que estaba esperándome casi en medio del campo. Todos los chicos que estaban allí habían desaparecido. Cuando llegué hasta él andando tranquilamente, mi corazón latía rápidamente, el cual hacía mucho tiempo que no estaba así de acelerado. Estaba nerviosa, pero tan tranquila a la vez. Parecía que solo estábamos él y yo, a pesar del par de cámaras que nos tenían a los dos enfocando. Cuando me aproximé hasta él, me dio la mano y con mi mano aún tomada, puso una rodilla en el suelo y me volvió a preguntar:

—Sofía, conocerte ha sido el mayor de los privilegios. Amarte ha sido y será el mayor de los placeres y tenerte como mi esposa, será el fin último de mis mayores deseos: ¿quieres casarte conmigo?

Su proposición de matrimonio había retumbado por todo el estadio. Llevaba un micrófono. Yo lo miraba y él me miraba a mí. Pensaba que me iba a desplomar allí mismo y me senté en su pierna. Esto le pilló por sorpresa, pero no cambió su postura. No pude articular palabra, pero asentí. Él tomó de uno de sus bolsillos la caja donde tenía el anillo, lo sacó de allí frente a mí y me lo colocó en mi dedo anular de la mano izquierda. Una vez colocado, me agarré a él y nos fundimos en un gran beso y todo el campo estalló en vítores. Los chicos empezaron a salir corriendo del túnel de vestuarios mientras que

nosotros dos seguíamos fundidos en ese gran beso, cargado de deseo y de amor. Cuando terminamos de darnos ese beso, me levanté de él y...

—Te quiero y me has hecho la mujer más feliz. Estaré encantada de ser tu esposa y ahora a por ellos, campeón.

Le guiñé un ojo y él antes de irse, volvió a por otro beso mío. Me sacaron rápidamente del campo y él se colocó en su sitio dentro del campo. Cuando me volví, Gio me estaba esperando, con una gran sonrisa en los labios. Nos abrazamos y cuando nos despegamos, me dice:

—Te quiero, mami.

A mí se me partió el corazón, pero no por la pena, sino por la alegría tan grande que suponía aquello. No solo iba a casarme, sino que también había ganado una familia. Las lágrimas vinieron a mis ojos rápidamente. Tantas emociones en tan poco tiempo y que Gio me dijera aquello, fue la última gota que llenó mi vaso, para que las lágrimas contenidas empezaran a salir rápidamente. Me volví a abrazar a él y cuando empezamos a andar para volver a las gradas, allí estaba María esperándome para abrazarme. Las lágrimas empezaron a salir nuevamente de mis ojos. Estaba nerviosa, excitada, abrumada, avergonzada, pero tenía que ser fuerte. Hasta que María no me pidió que le enseñara el anillo, no me había acordado de él. Cuando le extendí la mano para que lo viera, también lo vi yo. Era espectacular. Era de oro blanco. Era un anillo tradicional. Tenía un gran diamante en el centro y era muy elegante. Ya tenía ahí mi espectacular pedida de mano. Ya solo faltaba la boda.... Uff...boda. Solo la palabra me daba miedo. Después, de enseñarle a María el anillo, volvimos los tres a las gradas para disfrutar del partido. Todas mis amigas vinieron a darme las felicitaciones y todas tenían la curiosidad de ver cómo era el anillo. Tras enseñárselo y calmarnos un poco pudimos disfrutar del buen partido que estaban teniendo los chicos. Durante el partido, mi móvil sonó más veces de las que me hubiera gustado. Mis padres llamaron rápidamente al ver la pedida en directo, al igual que hicieron mis hermanos y algunos amigos de Cádiz. Leo también parecía feliz y se veía mucho más relajado de lo que había estado toda la semana. Tal vez, la pedida de mano también lo tenía un poco preocupado por mi reacción. Los chicos ganaron el partido, aunque Leo no había tenido mucha suerte en este partido.

Después de que terminase el partido, nos fuimos todos a cenar a un restaurante donde Leo había reservado mesa para todos nosotros. A las 23:00

llegamos los cuatros a casa. Antes de acostarnos nos tomamos un té en el salón nosotros dos solos.

—¿Cansado?

—Un poco sí. Ha sido una semana muy larga, entre el partido y lo que no era partido.

—¿Cuándo vuelves a jugar?

—Mmm...el jueves de la próxima semana.

—Está bien —Los dos nos mirábamos directamente a los ojos. Él estaba muy sonriente y olía condenadamente bien— ¿No me vas a preguntar cómo me siento?

—Sinceramente... me da un poco de miedo. Tal vez me pasé un poco, ¿no crees? —me levanté y me senté encima de sus piernas y le pasé un brazo por detrás de su cuello.

—Ha sido una pedida de mano muy romántica y pública —empezamos a reír—, pero a pesar de eso, ha sido preciosa. Cuando me senté en tu pierna pensaba que me iba a desplomar allí mismo de lo intensa que estaba siendo la situación, pero me ha encantado.

—Gracias. La verdad es que me he llevado toda la semana pensándolo.

—¿Por eso estabas tan irritable?

—Sí, puede ser. He tenido que hablar con mucha gente para llevarlo todo a cabo sin que te enterabas. También ha sido algo más fácil el que no estuvieras esta semana tanto tiempo en casa. ¿Qué pasó con tu jefe?

—Una larga historia. Pero se puede decir que ahora me he hecho indispensable en la empresa, pero mejor te lo cuento mañana con más tranquilidad. Ahora me gustaría hacerle el amor a mi futuro marido.

—¿Catorce de junio?

—Sí, será una bonita fecha.

Me tomó de la mano y me llevó hacia nuestro dormitorio. Cuando entramos, no me lo podría creer: había ramos de rosas por todos los muebles, algunos en el suelo y sobre la cama muchos pétalos de rosas rojas esparcidos. Nos desnudamos y me hizo el amor sobre los pétalos: al fin era su prometida.

Amar no es mirarse el uno al otro; es mirar juntos en la misma dirección.

[Antoine de Saint-Exupéry](#)

PRÓLOGO

Dos años han pasado ya después de que Leonardo me pidiera matrimonio. Parece una eternidad. Desde entonces han pasado muchas cosas:

Con la fábrica de yogur llegué a un acuerdo. Me ingresarían mensualmente el 10% de los beneficios de la venta del producto a cambio de la fórmula, durante un período de 10 años: el 5% estaría destinado a una ONG donde cuidaban de las mascotas abandonadas y otro 5% me lo ingresarían a mí.

Después de la pedida de mano, tuvimos que organizar una boda para 200 invitados, cosa que fue muy íntima considerando lo famoso que era él y lo famosa que me hice yo, al salir mis fotos de lencería por toda España. A partir de ese momento, me llovieron las ofertas para trabajar como modelo, cosa que nos pareció bien a los dos dado que ya no trabajaba. Gracias a la organizadora de bodas que contrató Leo, todo el estrés de la organización se lo llevó ella. Yo solo tuve que buscarme un precioso vestido que fue supervisado por mis chicas: mi madre, mi suegra, mi hermana y mi amiga Margui. Las cinco nos fuimos un día de compras y hasta que no lo encontramos no regresamos a casa. Finalmente, el quinto vestido que me probé fue el elegido. Después de eso, nos fuimos a buscar todo lo demás: complementos para el pelo, velo, ropa interior, zapatos y la joyería. Mi madre y María se llevaron a la perfección en cuanto se conocieron.

La boda fue preciosa, un sueño hecho realidad. Lo peor sin dudas, fue llegar hasta el altar del brazo de mi padre. Mi corazón se iba a salir del vestido con lo nerviosa que estaba. No me podía creer que aquello me estuviera pasando. Había soñado muchas veces con ese momento pero necesitaba disfrutarlo al máximo. Todo el mundo levantado, esperando a que yo llegase hasta el altar que se había preparado en una zona del jardín. Fue una boda religiosa con nuestros propios votos. Unos músicos empezaron a tocar una preciosa melodía, con la cual daría comienzo mi gran aventura. Y así fue. Nos casamos a las 12 de la mañana y la boda duró hasta las 2 de la madrugada.

La luna de miel fue una verdadera locura. Nos llevamos tres semanas entre Nueva York y Punta Cana. En nuestra primera parada, estuvimos visitando esa preciosa ciudad que tantas veces había visto en la televisión y luego para relajarnos, nos fuimos a descansar a Punta Cana. Posiblemente encargáramos

a nuestro bebé en nuestra luna de miel, ya que nueve meses después nació nuestra pequeña princesita llamada Claudia. Todos nos enamoramos de nuestra pequeña belleza nada más verle la carita: tan pequeñita, esos ojos tan grandes, con un precioso color sonrosado de piel... volvería a pasar una y mil veces por tenerla con nosotros.

Meses antes de nuestra boda, a Leonardo le propusieron trabajar en un equipo extranjero: Reino Unido o Alemania. Dado que ambas ofertas, fueron mucho mejor que el equipo donde él se encontraba, nos decantamos por Alemania. También influyó mucho que mi amiga Margui se fuera a trabajar con Klaus, cosa que me pareció un poco rara al principio, ya que, al principio se odiaron, pero... ¿quién soy yo para juzgar cómo sería una relación por su empezar?

María no quiso venirse a vivir con nosotros a Alemania, ya que había conocido a un señor con el que mantenía una relación bastante formal. Pasaba algún período con nosotros para pasar tiempo con sus nietos, pero su residencia oficial sería en Madrid.

Lorenzo y Fabiola nos visitaban cada dos por tres y nosotros hacíamos lo mismo, al igual que ocurría con mis padres y hermanos.

Con nuestro matrimonio habíamos formado una nueva familia que estaría repartida por medio Europa, pero eso no era razón suficiente para tener nuestros corazones distanciados. No hay distancias demasiado grandes que puedan matar el afecto existente en aquellos que se aman.